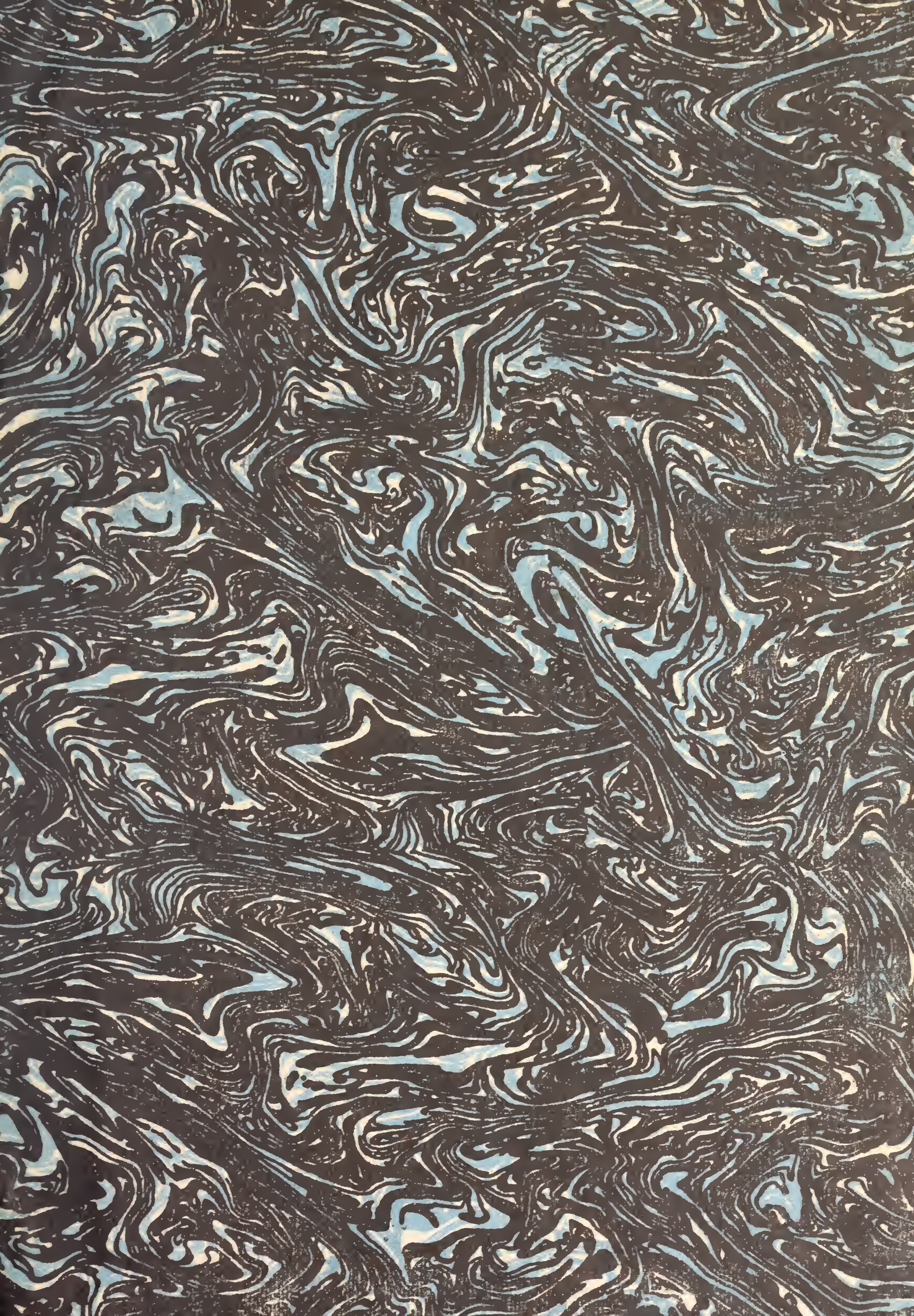
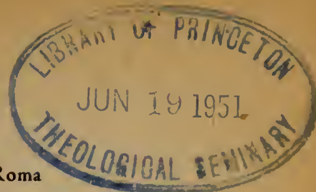
J. ZAMEZA

LA ROMA PAGANA Y EL CRISTIANISMO



LA ROMA PAGANA Y EL CRISTIANISMO

JOSE ZAMEZA, S. J.
Profesor en la Pontificia Universidad Gregoriana de Roma



LA ROMA PAGANA Y EL CRISTIANISMO

LOS MARTIRES DEL SIGLO II

SEGUNDA EDICION

MATERIALES PARA CONFERENCIAS
SOBRE CULTURA SUPERIOR RELIGIOSA

EDITORIAL
BIBLIOGRAFICA ESPAÑOLA
Barquillo, 9
MADRID

NIHIL OBSTAT
Joachim Azpiazu, S. J.

IMPRIMI POTEST
Carolus G. Martinho, S. J.
Praep. Prov. Tol.
Matriti, 12 julii 1943

IMPRIMASE
Casimiro, Obispo Auxiliar y Vic. gen.
Madrid, 5 de julio de 1943

EUGENIO SANCHEZ LEAL. IMPRESOR.—SANTISIMA TRINIDAD, 7. TEL. 48068.—MADRID

«Séanos Dios testigo, a quien está patente lo más íntimo de nuestro corazón, que no queremos defender y confirmar nuestra fe con leyendas ni invenciones, sino con sólidos y varios argumentos.»

ORÍGENES: *Contra Celso*, I, 46.



SEGRETERIA DI STATO

DI SUA SANTITA

Del Vaticano, 13 de febrero de 1941.

Reverendo Padre:

Fruto de sus estudios eclesiológicos y con el laudable fin de facilitar medios para la preparación de conferencias sobre cultura superior religiosa, ha publicado V. R. su nuevo libro LA ROMA PAGANA Y EL CRISTIANISMO. LOS MÁRTIRES DEL SIGLO II, del que, con sentimientos de filial piedad, ha dedicado un ejemplar al Padre Santo.

Ha tratado V. R. con notable acierto y competencia un argumento de importante valor histórico y apologético. Su estudio, hecho a base de sólidos e irrefutables testimonios y a la luz del ambiente religioso jurídico de la sociedad romana de aquella época, viene a dar una clara idea de las diversas fases de la vida cristiana de los primeros fieles en orden al martirio, haciendo concebir la mayor admiración por aquellas almas, tan grandes en su espontáneo sacrificio por amor a Jesucristo.

El Augusto Pontífice, que ha examinado con placer su obra, le felicita por este trabajo y pide al Cielo para V. R. la divina asistencia en sus empresas para mayor gloria de Dios y bien de la Iglesia. Dándole expresivas y rendidas gracias por el devoto homenaje, le otorga con particular benevolencia una especial Bendición Apostólica.

Al expresarle el testimonio de mi distinguida consideración, quedo de Vuestra Reverencia, s. s.,

L. Card. Maglione.

R. P. José Zameza, S. J.
Profesor de la Universidad
Pontificia Gregoriana.
ROMA

AL LECTOR

Razón y contenido de la obra

Lector amigo: Si no quieres desorientarte en las páginas que te aguardan en este libro, te ruego no pases sin leer las líneas de este prólogo.

I. *Tenemos en preparación una serie de preciosos materiales para facilitar conferencias históricas sobre la Iglesia primitiva. Una sección de esos materiales trata de los primitivos Mártires del Cristianismo. Para concretarnos más todavía, hemos querido ceñirnos por este año a los martirios de sólo el siglo segundo: es decir, del año 100 al 202, poco más o menos, pues ese sector presenta características inconfundibles. Comprenderá la época intermedia—incluyendo ambos—desde el martirio de San Ignacio Mártir (año 107) hasta el de Santa Perpetua y Felícitas (del 200 al 202).*

II. *He aquí la ocasión de este libro. Nos hallábamos en la precisión de tener que dar en Roma varias conferencias sobre los mártires cristianos a personas seglares, cultas e inteligentes. Dichas conferencias, tales cuales se proyectaron, suponían, en nuestro caso: primero, la descripción del medio ambiente religioso romano; segundo, procesos martiriales conocidos y ciertos, si los hubiere; y tercero, datos y alusiones de historiadores y escritores no cristianos contemporáneos a los hechos a que nos referiríamos. ¿Dónde hallar un texto que contuviese el rico material de documentos que exigían semejantes proyectos? Yo, a mi gusto, ciertamente no lo conocía. Sólo quedaba la solución de hacerlo, y ahí lo tiene el lector.*

III. *Nuestra Antología contendrá, pues, los documentos auténticos que en dicho triple aspecto pueden ser más barajados en conferencias de esta clase. Es decir, que, con nuestra Antología, un conferencista culto podrá contar con materiales directos de fuente crítica y exacta para sus ulteriores exposiciones.*

IV. *En nuestras conferencias sobre esta materia siempre habíamos sentido cierto acuciamiento interior sobre problemas cuya solución no se hallaba reunida a nuestra satisfacción en otros autores. Por*

ejemplo: respecto del mundo antiguo cristiano me interesaba tener, como ante un solo golpe de vista, los documentos mismos que respondiesen a las siguientes preguntas:

1.ª *¿Dónde hallar en su origen el espíritu y tendencia religiosa de los Emperadores?*
2.ª *¿Las persecuciones religiosas comenzaron con o por la aparición del Cristianismo?*
3.ª *¿Cuáles fueron los primeros choques del monoteísmo judío y el culto de los Césares? Ruina del judaísmo.*
4.ª *Particularidad del culto de los Césares.*
5.ª *¿Tenían relación los dioses y los juegos romanos? ¿Se reputaba «noxii» a los mártires judíos y cristianos?*
6.ª *¿Qué papel jugaban en el culto romano las sibilas, vestales y las mujeres divinizadas?*
7.ª *¿Fué en efecto tan grande como se dice la bajeza de muchos Emperadores divinizados?*
8.ª *Importancia de la demonología pagana en lucha con los primeros cristianos del siglo II.*
9.ª *Idea del vulgo pagano sobre los primeros cristianos: ambiente de calumnia.*
10. *Idea de los filósofos sobre los mismos: desprecio, lástima, rencor.*
11. *¿Qué disposiciones legales o consuetudinarias del Imperio se conocen sobre los cristianos primitivos?*
12. *¿Cómo interpretaban los grandes hombres paganos el valor de los mártires?*
13. *Caricaturas de los cristianos en la novela y en la sátira paganas.*
14. *¿Fué entonces en efecto la cruz de Cristo estulticia para los gentiles?*

*

V. *Por otra parte, paralela a ésta surgía otra serie no menos larga de problemas iniciales cristianos, cuyos documentos exactos e íntegros era bueno tener a la vista, para, según ellos, hacer formar a mis oyentes un juicio directo sobre la materia* [1].

---

[1] El lector notará la gran diferencia en fondo y forma entre nuestra obra y el *Enchiridion Fontium Historiae Ecclesiasticae antiquae*, del P. C. Kirch, S. I. Friburgo, 1923. Dígase lo mismo de *La vita dei Romani descritta dagli antichi*, de C. Giorni, Firenze, 1906 y *La vie quotidienne à Rome à l'apogée de l'Empire*, de J. Carcopino, París, 1939. *Cristianesimo e Impero Romano sino alla morte di Costantino*, de P. Brezzi. Se acabó de imprimir en Roma, el 9 de julio de 1942.

Voy tan sólo a citar algunos puntos concretos que a mí al menos me interesaban:

1.º *¿Qué espiritualidad bullía en el alma de aquellos primeros cristianos?*
2.º *¿A qué raza de almas creían pertenecer? ¿Cuál era su nombre, su Madre, su Patria?*
3.º *¿Qué contrastes ofrecía su vida ante las más soeces calumnias contra ellos?*
4.º *¿Qué criterio reinó entonces entre ellos respecto del trato que deberían dar a los enemigos de su religión?*
5.º *Y pues tan fácilmente lo despreciaban, ¿qué era el mundo a los ojos de la fe de los primeros mártires?*
6.º *Papel en la vida de los mártires de la gran fraternidad, o sea, la «sociedad del amor».*
7.º *¿Cuál era la significación de los viajes, hospitalidad, mutuo auxilio y solidaridad de los cristianos para explicar alusiones importantes de las Actas de los mártires?*
8.º *¿Qué moral y moralistas sobre el caso hubo entre los cristianos del siglo II?*
9.º *¿Los ríos de sangre impidieron hubiese a la vez misioneros y apóstoles de la vida cristiana?*
10. *¿Se conoce algún texto de la formación primera catequística durante la época de los martirios del siglo II?*
11. *¿Qué símbolo de fe profesaban y qué Libros canónicos se tenían ya entonces por divinamente inspirados?*
12. *¿Se conoce algo de la Liturgia y plegarias de la Iglesia de los primeros mártires?*
13. *¿Es verdad que luchaban con tanto heroísmo mirando sólo a su Patria?*

*

VI. *Puestos a buscar en magníficas Bibliotecas documentos que respondiesen a estas preguntas, nos hallamos con las manos tan llenas de ellos, que para su comodidad y provecho nos hemos apresurado a ofrecerlos en esta Antología a más de dos lectores, que tal vez, en caso análogo al nuestro, se gozarán de tenerlos reunidos en un solo y bien documentado volumen crítico.*

Naturalmente, por este fin y por la misma materia, la colección ha tenido que distribuirse en dos partes: Parte Primera Preliminar, *que comprende cuanto atañe a la historia misma o al derecho pagano*

de Roma, y PARTE SEGUNDA PRINCIPAL, *que ofrece ya la documentación cristiana.*

*

VII. *Ahora ocurre preguntar: Y ¿qué criterio hemos tenido en la elaboración del libro? Sólo la mayor utilidad práctica para el caso. No nos gusta la geometría ni la matemática fuera de su campo.*

Ante todo, contra lo que nos pareció mejor al principio, al fin hemos optado por preponer a cada una de las dos grandes partes documentales su correspondiente INTRODUCCIÓN, *en utilidad de los lectores, pues éstos se podrán así orientar mejor en el uso de este tal vez para ellos nuevo género de libros. A la vez, una rica y variada profusión de notas aclaratorias explica al lector diversos puntos de vista o datos curiosos, que suponemos pueden servir para dar mayor matización y colorido a las conferencias que quiera hacer el lector.*

VIII. *En todo ello hemos tenido, como principio práctico, previa una lista completa de los Emperadores romanos hasta Septimio Severo, seleccionar y después ofrecer en el libro, no precisamente lo más recóndito, sino lo que juzgamos excita mayor interés al lector y oyente moderno en este género de conferencias de vulgarización culta y erudita. Ante todo, como primera* INTRODUCCIÓN, *ofrecemos un cuadro de conjunto de lo que entrañaban las Religiones Paganas del mundo greco-romano por esta época en los dos órdenes, ideológico divino y de la parte moral. Supuesto esto en la documentación aducida después, hemos intentado hermanar la crítica, el orden y el interés. Por ejemplo: en la* PARTE PRELIMINAR, *el primer documento que incluímos íntegro es el «Testamento», de* AUGUSTO, *tal cual se encuentra esculpido en la puerta del antiguo templo de Roma y Augusto, de Angora, y hoy se reproduce en la pared-sostén de la nueva reconstrucción en Roma del «Ara Pacis». Yo, al menos, no conozco documento ni más breve, ni más sintético, ni más contundente que el indicado para hacerme cargo del espíritu religioso romano oficial de los primeros Emperadores, empezando por Augusto mismo, en cuyo reinado nació N. S. J. C. Al lado de ése publicamos un párrafo del supuesto discurso de Mecenas a Augusto, que incluyó en su «Historia»* DION CASIO *(LII,* 36), *pues, como acertadamente escribió Batiffol, difícilmente se halla en ningún otro escritor antiguo, formulada tan clara, la política religiosa de los romanos.*

IX. *Tras estos textos, imposible prescindir, tratándose de martirios, de las alusiones a los primeros mártires de Roma en* TÁCITO *y* SUETONIO. *Naturalmente, a estos documentos deben seguir las tan conocidas «Cartas» cruzadas entre* PLINIO *y el Emperador* TRAJANO,

con ocasión de los cristianos de Bitinia. Y así, consiguientemente, hemos seleccionado otros autores y materias, siempre, aun en su gran brevedad, interesantes para quienes deseen conocer el problema político-religioso relativo a los primeros mártires del Cristianismo.

La parte aclaratoria del medio ambiente «pagano» hemos procurado sea variada, exacta, detallista y llena de vida y colorido.

X. *Para dar ahora sólo alguna lista de los autores del material contenido en esta parte no cristiana, advertimos ya a los lectores que los documentos están entresacados de* FILÓN, FLAVIO JOSEFO, DIONISIO DE HALICARNASO, EPICTETO, FRONTÓN, MARCO AURELIO, LUCIANO, CLAUDIO GALENO, AULO GELIO, JUVENAL, CELSO, APULEYO, «*Historia Augusta*», DIÓN CASIO *y* PETRONIO.

XI. *Todos estos autores no cristianos van distribuídos en dos agrupaciones: unos, los más importantes y directos, bajo el epígrafe de* DOCUMENTOS PRINCIPALES; *los demás, no tan importantes, pero también muy útiles para el caso y fin de la Antología, bajo el título de* DOCUMENTOS SECUNDARIOS, *que, a su vez, se han tenido que subdividir, por la clase de su contenido, en tres subtítulos: A) «Instituciones y creencias religiosas», B) «Ludi» y C) «Apoteosis de los Emperadores». Con esto se termina lo referente a la documentación de la* PARTE PRIMERA PRELIMINAR.

*

XII. *Como «Introducción» de la* PARTE PRINCIPAL *se ha antepuesto a ésta una breve explicación del concepto y del valor de «mártir», tales como los concebían los mismos cristianos de la primitiva Iglesia. Es la réplica de la afirmación cristiana de la Iglesia primitiva al ambiente religioso pagano expuesto en la Introducción de la* PARTE PRELIMINAR.

La documental cristiana a su vez—dado que por precisión debe ser la principal de la Antología—, prescindiendo de otras lógicas de ideas o de argumentos, para mayor facilidad en el manejo práctico del libro, la hemos distribuído en varios apartados sencillos, que el lector advertirá con una simple ojeada al «Indice» de la obra.

XIII. *Ante todo adelantamos una indicación bibliográfica de las ediciones, autores y títulos de las obras cuyos textos ofrecemos en nuestra obra. Esquema que, por su importancia, bien merecería él solo algún día de las conferencias una explicación entera del disertante; pues sabido es que el valor que damos al testimonio depende mucho de la importancia objetiva que concedamos a su autor. Tras esto se imponía una lista crítica de los Papas romanos en relación con la lista*

de los Emperadores hasta el 202, en cuyo principado tuvo su existencia el preludio de la gran Era posterior de los mártires. Tenemos experiencia de que la comprensión total de encuadre depende mucho en las conferencias de estos, a primera vista, pequeños detalles, cuya sencilla luz es insustituíble por otros métodos más complicados, y concedo que también tal vez más científicos, pero menos prácticos y menos al alcance aún de auditorios cultos, si no son de especializados. Después de estos dos prenotandos, que bien pueden corresponder a la materia de otras dos conferencias preliminares, subsigue el acervo del material escogido.

XIV. *Advierto aquí, de paso, que nuestro fin no ha sido agotar los materiales existentes, labor para nuestro objeto, además de ineficaz, inútil. Como llevamos dicho, al criterio de la totalidad de material hemos preferido el de la selección y del interés.*

*

XV. *No será ahora fuera de propósito digamos dos palabras, sobre todo de la «primera sección» de la parte Cristiana, ya que en las* SECCIONES *restantes de esta parte el lector no hallará dificultad.*

Hoy poseemos una serie de documentos interesantes de pormenores de la vida primitiva de la Iglesia, que no debe ignorar ninguno que desee conocer a fondo el espíritu de los primeros mártires. No son textos que se refieren al martirio precisamente, pero sí son instantáneas maravillosas de aquel ambiente creador de almas de temple de mártires. En su profunda sencillez se advierte y respira algo íntimo que huye de la forma literaria, porque nace y muere dentro del espíritu. Cuadra todo ello perfectamente con el estilo de los diálogos procesales. Nunca el espíritu aparece tan espíritu como en toda esta documentación; y nunca tal vez tampoco, fuera de los Evangelios, la sencillez, rayana en desaliño, ha sido el ropaje tan adecuado de los más sublimes sentimientos. Literatura que encierra en la forma algo de niño, en el fondo mucho de virilidad y en la inspiración latente, pero viva, muchísimo de Dios. Del disertante debe ser hacer saborear a sus oyentes estas bellezas ingenuas del alma sencilla de aquellos héroes de Cristo.

XVI. *El «Epitafio», de* ABERCIO, *los delicadísimos recuerdos seniles de la correspondencia de* IRENEO, *el espíritu tradicional, dulcemente encantador de* PAPÍAS, *el himno profundo a la vida cristiana de la «Epístola a Diognetes», el «Fragmento» escultural llamado «Muratoriano», los ritos primitivos cristianos, que con tanto candor descubre a sus enemigos en tono amistoso* SAN JUSTINO *en su «Apologías», y*

así otros fragmentos que ofrecemos al lector son otras tantas pequeñas pero imprescindibles llaves, sin las cuales es difícil penetrar en el interior de aquellas grandes almas, tan humanas en la sencillez como divinas en su espontáneo sacrificio.

XVII. *No hay duda: si la sangre de los mártires resplandece al rojo su valor, por estos fragmentos se atisba, como por resquicios felices, la belleza candorosa de sus viriles corazones. Sé que a más de un lector esta sección le parecerá tal vez desplazada de su lugar. No discuto. Sólo sé que quien quiera exponer a fondo el alma, los criterios y los móviles de los mártires, estoy seguro que me la agradecerá. Nada se pierde con tener oro abundante, que oro es esto, y oro de lo más aquilatado para las cuestiones que tratamos. A propósito hemos querido subsiga a esta sección la valiosísima «Didache de los doce Apóstoles» entera; tanto más que ella, unida a los fragmentos selectos al caso, del «Pastor», de* Hermas, *de la siguiente sección cristiana, forman una pareja admirable de monumentos ya perennes, la una, para conocer la mentalidad ético-religiosa general; el otro para las ideas sobre el martirio de los cristianos de la segunda centuria, envuelta en tanta luz propia espiritual como sombras de extraña prevención. El himno a Cristo de* Clemente Alejandrino *es la primera poesía cristiana que se conoce; bella síntesis a la vez de sus libros del «Pedagogo», razones por las que la incluímos en esta parte.*

*

XVIII. *Siguiendo el orden cronológico de los Emperadores, desde Tiberio a Septimio Severo, al ceñir la época de nuestra obra hasta comienzos del siglo III, es decir, hasta el año 202 de la Era Cristiana, por fuerza nos hemos de encontrar con cuatro clases de autores eclesiásticos, todos ellos primitivos, pero diversos en su valor tradicional y su tendencia literaria. Los unos se llaman «Padres Apostólicos», los otros, «Apologetas»; los terceros son los dogmáticos «iniciadores de la ciencia cristiana», y los últimos los colectores o «narradores de los martirios».*

XIX. *Denomínanse apostólicos los escritores que es tradición trataron ellos mismos directamente con los Discípulos del Señor. Los más célebres son* Clemente Romano *(† hacia el año 96?),* Ignacio de Antioquía *(† hacia el 107),* Policarpo *(† hacia el 156), y* Papías *(hacia el 130), todos ellos Obispos; el primero, de Roma; el segundo, de Antioquía; el tercero, de Esmirna, y el cuarto de Hierápolis. No hay por qué busque el lector en estos antiquísimos Padres del Cristianismo grandes profundidades teológicas, ni discusiones expositivas,*

ni apologías entusiastas. Aman la sencillez, el espíritu, la verdad en la vida y en la doctrina, la formación espiritual de sus comunidades; exigen obediencia a los Prelados, y sólo se preocupan, a base de una doctrina recibida inmediatamente de los Discípulos del Señor, de conservar puras las conciencias y la tradición jerárquica, escrita y oral. En todos ellos se nota algo del dejo cálido de la presencia aún cercana de Jesús.

XX. *Pero al comienzo del siglo II, ante la insistencia y dureza de las persecuciones legales y populacheras, que como consecuencia de continuas calumnias caían al igual que un pedrisco sobre la Iglesia, ésta, por medio de sus hombres de saber y de pluma, se vió en la precisión: primero, de tener que defenderse de las falsas acusaciones; después, de exponer fiel y claramente lo sustancial de su doctrina, y tercero, de salir ante los jueces por los fueros de la inocencia y vida santa de sus miembros, en oposición a la ridiculez de la idolatría y de las viles costumbres, fruto de aquélla. Surgía, pues, la literatura llamada «apologética» en su triple aspecto de defensa, de exposición y de ataque, cuyos mejores representantes en nuestra época son el suave* San Justino *y el férreo* Tertuliano.

XXI. *Al lado de estos «apologetas» brillan, por su parte, grandes figuras de tendencia, más de exposición del dogma cristiano y de espíritu antiherético que de defensa práctica ante los paganos, de sus derechos y de su vida social. Son los primeros grandes teólogos del Catolicismo:* San Teófilo Antioqueno *(† después del año 181),* San Ireneo *(† hacia el 202),* San Hipólito *(160-235),* Tito Flavio Clemente *(† hacia el 215).* San Justino *(† hacia el 165) abarca ambas tendencias, aunque su preferencia, según lo llevamos indicado, es por la apologética científica. Como complemento connatural de este espíritu de sacrificio y de la necesidad de la fortaleza divina para sobrellevar tan terribles pruebas como se presentaban a los mártires, nacen casi desapercibidos los primeros Tratados «sobre la oración», en lo que también* Tertuliano *lleva la palma.*

XXII. *Naturalmente, casi paralela a estas dos corrientes últimas, sobre todo la apologética, nace a la vez otro género literario, hermano gemelo del de las Apologías: son las «Actas y Pasiones de los Mártires». Los apologetas defienden ante los Emperadores los derechos de la Iglesia a la vida civil y social de los cristianos, excelentes hombres y dignísimos ciudadanos. Las «Actas» patentizan a la luz de los hechos, y en el momento más difícil de la vida de la Iglesia, la alteza, virtud y excelencia de los que eran tan vil e injustamente perseguidos por la ley, y tan justa y valerosametnte defendidos por los apologetas.*

XXIII. *Más tarde—pero esta época ya no nos pertenece—, desde comienzos del siglo III, se desarrollarán con esplendor científico y más método las grandes escuelas de la Teología y Filosofía Cristianas, que culminarán en los grandes Santos Padres de los siglos IV y V.*

*

XXIV. *Volviendo ahora a los autores que más nos servirán para nuestra Antología, débese notar aquí que hay muy pocos apologetas del siglo II, cuyas obras se hayan conservado. Además,* CUADRATO *(que escribió hacia el año 124),* ARÍSTIDES *(hacia el 125),* ARISTÓN *(hacia el 140),* CLAUDIO APOLINAR *(hacia el 172),* MILCÍADES *(hacia el 192),* MELITÓN *(hacia el 190), etc., apenas hicieron referencia positiva de importancia al martirio mismo, sino sólo a sus causas u ocasión. Del mismo* ATENÁGORAS, *y de sus obras en este sentido, sólo nos resta algún que otro fragmento diminuto martirial. Pero de todos modos, como reflejo admirable del medio ambiente, hemos trasladado a nuestra colección varios y hermosos fragmentos de interés de su obra «Súplica en favor de los Cristianos». La Apología de* ARÍSTIDES, *célebre por su raro descubrimiento, para nuestro caso, es obra bella, pero de menos importancia.* HERMIAS *(que escribió hacia el año 200), en su «Burla de los filósofos gentiles», más que talento nos mostró bien poco honrosa superficialidad.* TEÓFILO, *Obispo de Antioquía, muerto poco después del año 181, a su vez, mas fué, según llevo dicho, teólogo que apologeta, y su gran valor consistió en haber influído en la mentalidad de San Ireneo; de él aducimos un bellísimo fragmento.* TITO FLAVIO CLEMENTE, *nacido hacia el año 150, fué uno de los directores de la Escuela Teológica de Alejandría, y, perseguido, sufrió no poco él mismo por Cristo; pero su obra apologética (año 200), titulada «Cohortatio ad graecos», con ser preciosa, sigue el método de atracción más que el de exhortación y el descriptivo de tormentos. Con todo, nos hemos servido de ella como de buena fuente para el estudio previo de los misterios paganos, que hemos prepuesto en la* PARTE PRELIMINAR; *y sus admirables indicaciones teológicas sobre el martirio, desparramadas en su obra «Strómata», son unas de las joyas más valiosas de esta* SEGUNDA PARTE *de nuestra Antología.* SAN IRENEO, *por su parte, en los libros que de él conservamos, preferentemente se preocupa más de la exposición de la Fe y de las herejías que del valor y grandeza del martirio.* ORÍGENES, *en cambio, predecesor infantil, en ansias de martirio de Santa Teresa de Jesús, en su animoso discurso de la «Exhortación al martirio», sale de nuestro marco prefijado, por estar escrito hacia el año 235. Lo que sí nos ha servido sobremanera son los frag-*

mentos que nos conservó ORÍGENES *del filósofo Celso, en su célebre obra contra este satírico platónico. Otro insigne escritor cristiano,* SAN HIPÓLITO ROMANO, *mártir, apenas nos legó tampoco nada, que sepamos, que hoy pueda servir para nuestro intento, fuera de algunas alusiones a Marcia y a los confesores de la Fe confinados en Cerdeña en tiempo de Cómodo. Sus méritos posteriores, con ser grandísimos, son perfectamente de otros órdenes, como el bíblico y teológico.*

XXV. *Sólo nos restaban* SAN JUSTINO, *de pleno siglo II, y el autor desconocido de la «Epístola a Diognetes», del fin del mismo siglo. «Las dos Apologías» del primero pertenecen más al tipo científico-filosófico, expositivo, doctrinal, que al estilo polémico descriptivo y de exhortación, de los tres grandes africanos:* ORÍGENES, TERTULIANO y CIPRIANO. *Pero sus principales alusiones, no sólo sobre nuestra materia, sino aun sobre el medio ambiente filosófico de almas como la suya, las hemos recogido con mano cariñosa, como sartas de perlas, preciosas. Fuera de éstos, hemos incluído también en esta colección, además de dichos trozos del santo filósofo, los martirios que cuenta él mismo en la entrada de su II «Apología», porque en su sencilla prestancia nos evidencian las altas miras, los métodos, los derechos que defendían, y la virtud y dignidad de aquellos filósofos cristianos, cuyos triunfos consistían en defender y sellar, sonrientes. con sangre suya y la de sus discípulos, la verdad, para ellos virginal, de su Fe.*

XXVI. *De la «Epístola a Diognetes» sólo hemos transcrito los capítulos 5.º y 6.º, en los que se describe con tan delicada mano la santa y serena vida personal y colectiva de los cristianos de la época a que pertenecen nuestros textos y documentación; y lo indicamos también aquí porque estos capítulos son una amplificación luminosa del bello remate de la «Apología» que* ARÍSTIDES *presentó probablemente a Adriano hacia el año 125, y de la primera parte del «Discurso a los griegos», de* TACIANO, *que sólo hemos aprovechado en algunas notas.*

XXVII. *Verá el lector que en la Sección última hemos transcrito íntegras todas las grandes «Actas» y «Pasiones» auténticas martiriales del siglo II, sin exceptuar las de las Santas Perpetua y Felícitas, de composición, lo más tarde, del año 206, juntamente con dos fragmentos: uno de* SAN CLEMENTE ROMANO *sobre el martirio de San Pedro y San Pablo, y otro de* HEGESIPO *sobre el de Santiago, Obispo de Jerusalén.*

Las «Actas de los Mártires», como es sabido, son las relaciones que, o los notarios públicos o los mismos cristianos asistentes al acto, consignaban sobre los interrogatorios y condena de los mártires. Estas «Actas» casi todas fueron después algo retocadas, y, así arregladas,

empezaron a llamarse «Passiones» o «Martyria». Leíanse en público en las iglesias en el aniversario del día de la muerte de los mártires. Sólo más tarde, ya en el siglo IV, tuvieron su origen los libros especiales llamados «Martirologios» o «Calendarios».

XXVIII. *Encabezamos esta parte con la carta de* SAN IGNACIO, *mártir, «a los romanos», porque ella sola, y no menos que las mejores Actas (las de San Ignacio no son auténticas), nos da a entender el temple divinamente varonil de aquellos primeros enamorados de Cristo, cuya mejor prueba de amor era vivir amando y morir loando a Jesucristo. He aquí la lista de nuestras «Actas», «Reseñas Epistolares» y «Pasiones»:*

«Carta de SAN IGNACIO, *mártir, a los romanos» (hacia el año 106-107).*

«Martirio de San Policarpo» (hacia el año 155).

«Actas de San Justino» (cerca del año 165).

«Cartas de las Iglesias de Vienna y Lyon» (177).

«Actas de los mártires de Scili» (hacia el año 180).

«Actas de los SS. Carpo, Papylo y Agatónice» (según HARNACK *de antes del 180).*

«Actas de San Apolonio» (entre el 180 y 185).

«Pasión de Santa Perpetua y Santa Felícitas» (¿escritas del 202 al 206?).

Con esto quedaba cerrado el ciclo histórico documental, objeto principal de nuestra obra.

*

XXIX. *Sigue a estas Actas un «Apéndice», primero de varios puntos de mira desde los cuales consideraba esta época precisa el Padre de la «Historia Eclesiástica», el célebre* EUSEBIO DE CESÁREA. *Ya en el siglo IV, como dice este mismo escritor, la literatura cristiana era escasísima, por efecto, sin duda, de tres siglos de persecuciones. Escribe el mismo* EUSEBIO: *«Sólo algunos de ellos nos dejaron algunas narraciones breves y muy particulares de su época; y esas mismas, esparcidas acá y allá, como quien levanta desde lejos unas teas, y como si con gritos desde unas atalayas nos avisasen por qué camino debemos marchar.» («Hist. Ecles.» Lib. I, num. 1.)*

XXX. *Tan difícil era ya seguir la senda de los hechos de la historia primitiva cristiana, pues que aún entonces—*EUSEBIO *alcanzó la época todavía de mártires—se habían salvado sólo los documentos precisos para no errar el camino. Estas pocas teas, en lo referente a los mártires del año 100 al 202, parte las hemos aprovechado ya antes*

en el cuerpo de la obra, parte las queremos todavía incluir al fin de nuestra Antología. Pocas son, pero hacen que a su tenue llama distingamos bien el camino, y eso nos basta. EUSEBIO, *en su «Historia», nos pone al tanto de toda aquella primera generación de escritores, y tal fué uno de los grandes valores de este autor; sin él, esas teas, para nosotros se hubiesen apagado; y he aquí también una de las fuentes de los datos que hemos procurado recoger de aquella época tan bella como de a media luz.*

XXXI. *Al remate, por vía de curiosidad y para declarar más la formación espiritual literaria de aquellos hombres en una época tan rica en admirables valores de espíritu, y conocer también alguna de sus favoritas lecturas de entretenimiento y devoción extracanónica, junto con la preciosa descripción de la muerte de Santa Tecla tal cual nos la legó* SAN AMBROSIO, *ofrecemos también en el «Apéndice» algunos fragmentos principales de un apacible y célebre Apócrifo. Muchos eran los «Apócrifos» del Antiguo y Nuevo Testamento que por aquellos primeros siglos se leían como libros de devoción y ameno solaz de las almas. Hubo quienes los creían inspirados por Dios, al igual que las Sagradas Escrituras; pero jamás la Iglesia entera los tuvo por tales. Y tratándose de mártires hemos escogido, como tipo, uno de los «Apócrifos» más antiguos, falsamente atribuído al Papa San Lino, que en su forma primitiva se redactó, lo más probablemente, allá hacia el 160. Todavía en la Edad Media se seguía leyendo con gran aceptación, y es muy notable su influjo en el arte posterior hasta nuestros días. En él aparece, por vez primera, la célebre escena del «Quo Vadis?», que se ha inmortalizado después en una de las más famosas novelas del mundo.*

XXXII. *También advertimos al lector que no se extrañe de hallar en este libro muchas referencias de un autor muy posterior a nuestra fecha, como es* SAN AGUSTÍN. *No hemos querido prescindir en todo este trabajo de ciertos toques agustinianos, pues «La Ciudad de Dios», en cierto sentido, no es sino el punto de convergencia definitivo en nuestra materia de todas las Apologías anteriores a él; y si ella queda iluminada por aquéllas, en cambio éstas reciben mucha mayor sublimidad y fuerza probativas, gracias a la espléndida luz irradiada de «La Ciudad de Dios».*

*

XXXIII. *Con estos documentos juzgo se podrán formar los lectores bastante idea del ambiente íntimo, mucho del sublime espíritu y muchísimo del esfuerzo y admirables hechos del genuino espíritu del*

Cristianismo primitivo, cuando en tenue alborada apenas empezaba a clarear su luz entre las sombras de la infidelidad que cubría el mundo hasta el año 202. Aún debería transcurrir un siglo para llegar a la llamada «Era de los mártires».

XXXIV. *Las ediciones que hemos tenido ante nosotros, al hacer estas traducciones o retoques de otras existentes, son las que hoy por todos están reconocidas como de las más críticas. Al principio de la referencia de cada autor o del libro, se indicará algo de la obra y del valor del texto que ha servido para documento de nuestra Antología.*

Ojalá que el índice de materias y personas, según el fin que se prefija en este Enchiridion, haya conseguido hacer el libro más útil y asequible al curioso lector.

XXXV. *Presentamos numerada toda la Antología con numeración arábiga, incluyendo en ésta, contra lo que en general suele hacerse, las dos Introducciones, salvo el Prólogo, que va en números romanos, todo ello para manejo más fácil del «Indice de materias», contenidos en esta obra, que Dios haga sea para honor de quienes merecieron ser la corona y la gloria más bella del primitivo Cristianismo.*

Roma, día de la Asunción de Nuestra Señora de 1940.

INDICE DE LA OBRA

PROLOGO

INDICE GENERAL

PARTE PRIMERA PRELIMINAR

Autores no cristianos

INTRODUCCION DE LA PARTE PRELIMINAR

TEXTOS Y DOCUMENTOS

I. Documentos principales de autores no cristianos distribuídos según las épocas de cada Emperador

OCTAVIANO AUGUSTO († 14 d. C.)

TIBERIO (14-37)

[1] Los números no corresponden a las páginas, sino a la numeración detallada marginal de la obra.

COMODO ANTONINO (180-192)

DIDIO JULIANO (193)

SEPTIMIO SEVERO (193-235)

II. Textos secundarios de autores no cristianos

A. Creencias e instituciones

I.—Creencias religioso-filosóficas

II.—Creencias religiosas populares.

III.—Los sacerdocios principales de las religiones romanas.

IV.—Religiones y misterios extraños en Roma en el siglo II. Una aparición, una pompa sagrada, una consagración.

B. Panem et Circenses

I.—*«Ludi» en general*

II.—*«Ludi» en particular.*

III.—*Coronas de los victoriosos*

C. Apoteosis de los Emperadores

PARTE SEGUNDA PRINCIPAL

Autores cristianos

INTRODUCCION DE LA PARTE PRINCIPAL

TEXTOS Y DOCUMENTOS

SECCION PRIMERA

Pormenores de ambiente cristiano

SECCION SEGUNDA

Instrucción catequística del siglo II

SECCION TERCERA

La conciencia y moral cristianas ante el martirio en el siglo II

SECCION CUARTA

Apologías en favor de los cristianos en el siglo II

Parte negativa

Parte positiva

Conclusión

SECCION QUINTA

Santos insignes, cuyas Cartas, Pasiones y Actas de Martirios se conservan del siglo II

Hacia el martirio

APENDICES

BIBLIOGRAFIA SELECTA

PARA QUIENES DESEEN MÁS FACILIDAD PARA CONFERENCIAS SOBRE LOS MÁRTIRES DEL SIGLO II

BIBLIOGRAFIA DOCUMENTAL

Escritores cuyos documentos se incluyen en esta Antología

I. NO CRISTIANOS

a) Judíos

AUTORES	OBRAS	EDICION USADA
FILÓN (Del 30? a. de C. al 42.)	Legación a Gayo (El 41 de C.)	*Obras de Filón.* Vol. V. LEOPOLDO COHN, Berlín, 1906
FLAVIO JOSEFO (Del 37 al 105 de C.)	Antigüedades (Hacia el 93.)	*Obras de F. Josefo.* G. DINDORF, París 1845-1847
»	Guerra de los judíos (Entre el 75-79.)	»

b) Paganos

AUTORES	OBRAS	EDICION USADA
AUGUSTO (Muerto el 14 de C.)	Testamento de Augusto (El 13 de C.)	*La Mostra Augustea,* 1938
DIONISIO DE HALICARNASO (Nació hacia el 60 a. C.)	Historia antigua de Roma (Publ. hacia el 8 de C.)	A. KIESSLING y V. PROU. París, 1886
TITO LIVIO (59 a. C.-17 d. C.)	Desde los orígenes de Roma. Décadas	M. MUELLER. Parte II. (Bib. Teubner.) Leipzig, 1930
PLINIO S. EL MENOR (62-113.)	Carta a Trajano (Entre el 111 y 117.)	*Cartas de C. P. Cecilio Segundo,* por KUKULA. (Bib. Teubner), 1923

AUTORES	OBRAS	EDICION USADA
TRAJANO (E. 98-117.)	Rescripto de Trajano (Idem.)	*Ibid.*
EPICTETO (Entre el 60 y 140.)	Diatribas de Epicteto (Reunidas por Arriano.)	H. SCHENKL (Bib. Teubner). Leipzig, 1916
CORNELIO TÁCITO (54-119.)	Anales (98-117.)	CAROL HALM (Bib. Teubner). Leipzig, 1913
»	Historias (Idem.)	Id., íd., íd., 1907
ADRIANO (E. del 117 al 138.)	En la «Apolog. I. de San Justino» (132-134.)	RAUSCHEN. Bonn, 1911
»	En «Historia Augusta» (Lampridio) (En el 155.)	H. HOHL. (Bib. Teubner), Leipzig, 1927
C. SUETONIO TRANQUILO (75-160.)	De la vida de los Césares (Hacia el 120.)	MAX IHM (Bib. Teubner), 1908
FRONTÓN DE CIRTA (110?-180?)	Discurso en el «Octavio», de Minucio Félix	Dr. JOSÉ MARTÍN. Bonn, 1930
MARCO AURELIO (E. 161-180.)	«A sí mismo». Libros XII (Apuntes. Del 171 al 174?)	H. SCHENKL (Bib. Teubner). Leipzig, 1913
LUCIANO (Muerto antes del 200.)	La muerte de Peregrino (Hacia el 170.)	G. DINDORF (Firmin Didot). París, 1840
CLAUDIO GALENO (Muerto hacia el 200.)	«De las sentencias sobre la civilidad platónica» en la «Historia anteislámica»	ABULFEDA. Edic. Fleischer, Leipzig, 1831
AULO GELIO (Segunda mitad del siglo II.)	Noches áticas (Hacia el 169.)	C. HOSIUS (Bib. Teubner). Leipzig, 1903
CELSO (Muerto en la segunda mitad del siglo II.)	Palabra de la verdad (170-85 en Orígenes «Contra Celso».)	PAUL KOETSCHAU (2 vol.). Leipzig, 1899
APULEYO (125-180)	Metamorfosis	R. HELM (Bib. Teubner), 1913

AUTORES	OBRAS	EDICION USADA
»	El dios de Sócrates	PAULUS THOMAS (Bib. Teubner). Leipzig, 1908
ESCRITORES DE... (Varios autores.) (Siglos III y IV.)	Historia Augusta Las vidas, no; pero las fuentes que usan son antiguas.	E. HOHL (Bib. Teubner). Leipzig, 1927
DIÓN CASIO (Nació no después del 165 de C. Muerto hacia el 230?-235?)	Historia de Roma (Terminada hacia el 225?)	J. MELBER. Vol. III. Leipzig, 1928
PETRONIO (Siglo I?-II?)	El Satyricón	Bib. Lat.-Franc. PANCKOUCKE. París, 1834-1835
J. XIFILINO	Epítome de la Historia de Dión Casio	MELBER. Vols. II-III. (Bib. Teubner.) Leipzig, 1928
»	»	H. S. REIMARUS. Hamburgo, 1752. En las obras de DIÓN CASIO

II. ESCRITORES CRISTIANOS

a) Padres apostólicos

AUTORES	OBRAS	EDICION USADA
S. CLEMENTE ROMANO (PAPA) (Murió hacia el 96?-98?)	Carta a los Corintios (Hacia el 96.)	LIGHTFOOT. Padres Apostólicos. Vol. II. Londres, 1890
S. IGNACIO DE ANTIOQUÍA (Murió el 107.)	Carta a los Romanos (Hacia el 106.)	T. ZAHN. Cartas de Ignacio y Policarpo. Leipzig, 1876
PAPÍAS (De la primera mitad del siglo II.)	Explanación de los dichos del Señor (Hacia el 130.)	F. X. FUNK. Padres Apostólicos. Vol. I. Tubinga, 1901
N.	Carta a Diognetes (Siglo II?)	F. X. FUNK. Ibíd. Id.

b) Padres apologetas

AUTORES	OBRAS	EDICION USADA
S. Justino (Muerto hacia el 165.)	Apología 1.ª (155.)	G. Rauschen. Bonn, 1911
»	Apología 2.ª (164.)	»
»	Diálogo con Trifón. (161.)	De Otto. Vol. I. Jena, 1877
Arístides (1.ª mitad del siglo II.)	Apología (Hacia el 125.)	E. Hennecke. Leipzig, 1893
Cuadrato (La 1.ª mitad del siglo II.)	Apología (Hacia el 124.)	
Hegesipo (Muerto después del 180.)	Cinco libros de las cosas memorables (Entre el 170-180.)	*Historia Eclesiást.* Eusebio de Cesarea. Schwartz - Mommsen. 2 vols. Leipzig, 1903-1908
Melitón (Muerto hacia el 190.)	Apología en favor de la fe cristiana (Hacia el 172.)	
Cayo (Muerto 2.ª mitad del siglo II.)	Diálogo con Proclomontanista (Hacia el 199.)	
Taciano (Muerto después del 172.)	Discurso a los griegos (Hacia el 165.)	E. Schwartz. Leipzig, 1888
Atenágoras (Muerto 2.ª mitad del siglo II.)	Súplica en favor de los cristianos (Hacia el 177.)	E. Schwartz. Leipzig, 1891
Tertuliano (Entre el 160-221?)	Apologético (Hacia el 197.)	J. Martin. Bonn, 1933
»	Exhortación al martirio (Hacia el 200.)	Migne-L. Vol. I. París, 1844
»	De la oración (Entre el 198-200.)	A. Reifferscheid. París. I. Milán, 1890

AUTORES	OBRAS	EDICION USADA
N.	Epístola a Diognetes (Siglo II?-III?)	F. X. FUNK. Padres Apostólicos. I. Tubinga, 1901

c) **Padres teologizantes**

AUTORES	OBRAS	EDICION USADA
CAYO?	Pastor de Hermas (Entre el 140-156.)	F. X. FUNK. Padres Apostólicos. V. I. Leipzig, 1877
N.	Fragmento Muratoriano (Del 190-200?)	M. I. ROUTH S. T. P. (en *Reliq. sac.*, v. I). Oxford, 1846
DIONISIO DE CORINTO (Siglo II.)	Cartas Católicas (Hacia el 170.)	En la *Hist. Ecl.* SCHWARTZ - MOMMSEN. Leipzig, 1903
S. TEÓFILO DE ANTIOQUÍA (Muerto después del 181.)	A Autólico (Hacia el 180.)	MIGNE-G. VI. París, 1884
S. IRENEO (Entre el 140-202?)	Carta a Florino (A fines del siglo II.)	En *Hist. Ecl. de Eusebio* SCHWARTZ - MOMMSEN, 1903
»	Contra las herejías (Entre el 188-199.)	W. WIGAN HARVEY, 1857
T. F. CLEMENTE (Muerto antes del 215.)	Exhortación a los griegos (Antes del 200.)	OTTO STAEHLING. Leipzig, 1905
»	Pedagogo (Del 200 al 202.)	OTTO STAEHLING. Leipzig, 1905
»	Strómata (Del 200 al 202.)	OTTO STAEHLING. Leipzig, 1906
S. HIPÓLITO ROMANO (Del 160 al 235.)	Refutación de todas las herejías (Entre el 228-233.)	PAUL WENDLAND. Leipzig, 1916
ORÍGENES (185?-255.)	Contra Celso (Hacia el 248.)	P. KOETSCHAU. Leipzig, 1899

d) Actas de mártires

AUTORES	OBRAS	EDICION USADA
MARCIÓN (De la Iglesia de Esmirna, siglo II.)	Martirio de S. Policarpo (Después del 155.)	F. X. FUNK. Padres Apostólicos. Vol. I. Tubinga, 1901
ACTAS PÚBLICAS (Siglo II.)	del Martirio de S. Justino (Después del 165.)	P. FRANCHI DE CAVALIERI. Estudios y textos. Roma, 1902
LAS IGLESIAS DE LYÓN Y VIENNA (Siglo II.)	Carta sobre los mártires de Lyón (Hacia el 177.)	SCHWARTZ - MOMMSEN. Hist. Ecl. Leipzig, 1903
ACTAS PÚBLICAS (Siglo II.)	de los mártires de Scili (El año 180.)	C. KIRCH. Enchiridion de fuentes de Hist. Ecl. antigua. Friburgo, 1923
N.	Martirio de S. Apolonio (Entre el 180 y 185.)	KLETTE. Proc. y Actas de S. Apolonio. Leipzig, 1897
ACTAS (Siglo II?)	del martirio de los SS. Carpo, Papylo y Agatónice (Hacia el 180?)	A. HARNACK. Las Actas de Carpo, etc. Leipzig, 1888
TERTULIANO?	PASIÓN de las SS. Perpetua y Felícitas (Entre el 200 y 202.)	C. I. MIL. VAN BEEK Bonn, 1938.

Para los apéndices

AUTORES	OBRAS	EDICION USADA
EUSEBIO DE CESÁREA (Muerto hacia el 339.)	Historia Eclesiástica (Del 303 al 323.)	SCHWARTZ-T. MOMMSEN. 2 vols. Leipzig, 1903-1908.
PSEUDO - LINO (Siglo II?)	Martirio de Pedro (Siglo II?)	R. A. LIPSIUS. Actas Apócrifas de los Apóstoles. I. Leipzig, 1891.
S. AMBROSIO (339-397.)	De las vírgenes (El 377.)	OTTO FALLER, S. J. Bonn, 1933.

BIBLIOGRAFIA SUBSIDIARIA

Traducciones y obras de consulta

A. De la parte pagana

I

TRADUCCIONES

Varias de las traducciones castellanas de que nos hemos servido, con algunos pequeños retoques, son las publicadas por «Biblioteca clásica», de Madrid:

TITO LIVIO: *Décadas de la Historia romana* (T. I-VII), por FRANCISCO NAVARRO Y CALVO. Madrid, 1888-1889.
FLAVIO JOSEFO: *Historia de las guerras de los judíos* (T. I-II), por JUAN MARTÍN CORDERO. Madrid, 1923.
C. CORN. TÁCITO: *Anales* (T. I-II), por CARLOS COLOMA. Madrid, 1923-1928.
C. SUETONIO T.: *Los doce Césares*, por NORBERTO CASTILLA. Madrid, 1923.
A. GELIO: *Noches Aticas* (T. I-II), por FRANCISCO NAVARRO CALVO. Madrid, 1923.
AUTORES VARIOS: *Escritores de la Historia Augusta* (T.I-III). Madrid, 1888-1890.
APULEYO: *Las metamorfosis*, por DIEGO L. DE CARTAGENA. Madrid, 1928.
PETRONIO: *Satyricón*, por TOMÁS MEABE. París (sin fecha).

II

OBRAS DE CONSULTA PARA NOTAS Y ACLARACIONES

Para el relleno histórico profano de las notas y aclaraciones, además de otros autores, nos han suministrado datos precisos y seguros, por no citar sino los más principales:

MARQUARD et MOMMSEN: *Manuel des antiquités romaines*, trad, sous la direction de M. HUMBERT. París (15 vols.).
L. FRIEDLAENDER: *Darstellungen aus der Sittengeschichte Roms in der Zeit von Augustus bis zum Ausgang der Antonine*. Leipzig, 1881.

P. Allard: *Le Christianisme et l'Empire romain.* París, 1884-1887.
C. Giorni: *La vita dei romani descritta dagli antichi.* Firenze, 1900.
F. Clementi: *Roma imperiale* (dos vols.). Roma, 1935.
V. Schultze: *Geschichte des Untergans des griechisch-römischen Heidentums* (dos vols.). 1892.
J. Toutain: *Les cultes païens dans l'Empire romain.* P-I, t. 3.º. París, 1920.
G. Boissier: *La fin du paganisme.* París, 1903.
T. Mommsen: *Des collegiis et sodaticiis romanorum.* Kiel, 1843.
J. Carcopino: *La vie quotidienne à Rome à l'apogée de l'Empire.* París, 1939.
F. Cumont: *Les Religions orientales dans le Paganisme romain.* París, 1929.
F. Cumont: *Recherches sur le symbolisme funéraire des romains.* París, 1942.
T. Mommsen: *Codex Theodosianus.* Berlín, 1905.
K. Prümm: *Der christliche Glaube und die altheidnische Welt* (dos vols.). Leipzig, 1935.

También nos han servido para el mismo efecto los dos Diccionarios:

Pauly-Wissowa: Real-Enzyklopädie der Klassischen Altertumswissenschaft. Stuttgart, 1894 y siguientes.
Daremberg-Saglio: *Dictionnaire des antiquités grecques et romaines.* París, 1877 y siguientes.

B. Para la parte cristiana

I

TRADUCCIONES

N. La *Didaché* o «doctrina de los doce Apóstoles», por Luis Segala y Estalella. Barcelona, 1916 (Biblioteca de autores griegos y latinos. Tomo I).
Tertuliano: *Apología contra los gentiles,* por el Ilmo. F. D. Pedro Manero. Madrid, 1927 (Biblioteca clásica). Esta traducción, por su adaptación a las últimas ediciones críticas de Tertuliano, ha tenido que ser por fuerza muy retocada.
San Agustín: *La Ciudad de Dios,* trad. por José C. Díaz de Beyral. Madrid, 1929.

II

OBRAS DE CONSULTA PARA NOTAS Y ACLARACIONES

Además de las que indicamos en el encabezamiento de cada autor u obra (varias de ellas de la colección *Texte und Untersuchungen,* editada por Gebhardt y Harnack), señalamos aquí:

Fr. Anwander: *Die literarische Bekämpfung des Christentums.* 1924 (En *Benedikt. Monatschrift, VI*).

B. Aubé: *Histoire des persécutions de l'Eglise: La polémique païenne à la fin du II.e siècle.* París, 1878.
O. Bardenhewer: *Geschichte der altkirchlichen Literatur.* Vol. I-V (1913-1924).
O. Clemen: *Heidnische Polemik und christliche Apologetik.* Frankfurt, 1925.
A. Harnack: *Die Mission und Ausbreitung des Christentums in den ersten drei Jahrhunderten.* Leipzig, 1915.
L. de Grandmaison: *Jesús-Christ.* Sa personne, son message, ses preuves. París, 1934.
P. de Labriolle: *La réaction païenne.* París, 1934.
B. Steidle: *Patrologia.* Friburgo de B., 1937.
J. Zeiller: *L'Empire romain et l'Eglise.* París, 1928.
A. Ehrhard: *Die Kirche der Märtyrer.* Munich, 1929.
A. Dufourcq: *Le Cristianisme et l'Empire romain.* París, 1930.
P. Batiffol: *L'Eglise naissante et le catholicisme.* París, 1927.
H. Lietzmann: *Geschichte der Alten Kirche,* T. I. Berlín, 1932.
J. Lebreton, J. Zeiller: *L'Eglise primitive.* (En Hist. de l'Eglise. A Fliche et V. Martín. Vol. I.)
Y los cuatro grandes Diccionarios: el de Vacant-Mangenot-Amann: *Dictionnaire de Théologie catholique;* el de Cabrol-Leclercq: *Dictionnaire d'Archéologie Chrétienne et de Liturgie;* el de Baudrillart-Vogt-Rouziès: *Dictionnaire d'histoire et de géographie ecclésiastiques,* comenzados los tres en París, el primero en 1899, el segundo en 1907 y el tercero en 1912; todos ellos aún en curso de publicación, y, por fin, la *Enciclopedia italiana di scienze, lettere ed arte* (Instituto G. Trecani), en el artículo «Roma».

PARTE PRIMERA PRELIMINAR

LA ROMA PAGANA

INTRODUCCION DE LA PARTE PRIMERA

El medio ambiente pagano-religioso del Imperio Romano al comienzo del Cristianismo

I. Los tres milagros morales

1. Esta parte no exige en absoluto INTRODUCCIÓN especial, pues además de que no tiene otro valor que el de darnos a sentir algo del conjunto del ambiente religioso pagano de la época, tal vez sea también ella la más conocida por el público de nuestros lectores.

Sólo quiero, con todo, apuntar unas ideas, que, aunque las indicamos después en el cuerpo mismo del texto, no será inútil subrayarlas de intento también aquí. Me refiero a la degradación de la idea religioso-moral en el mundo greco-romano durante los Emperadores paganos, degradación que tuvo por una de sus consecuencias el derramamiento de tanta sangre inocente.

2. La documentación que presentamos al lector presupone un ambiente. Hijos de naciones católicas y con veinte siglos de influencia cristiana sobre Europa, por viciada que esté la atmósfera moral moderna, no nos hacemos cargo de lo que eran aquellas épocas, que chorreaban por todas partes verdadero y crudo paganismo; y en medio del cual nacieron, vivieron y murieron nuestros primeros mártires.

3. Los apologetas cristianos de los tres primeros siglos hablan ya, aunque no con este nombre, del triple milagro moral, a saber · de la rápida extensión del Cristianismo; de la santidad mundial, producto ya entonces incoado en gran escala en la Iglesia primitiva, y de la fortaleza y constancia admirable de los mártires. Los tres hechos, por su tangibilidad externa, saltan a la vista. Todos tres exceden claramente los cálculos y leyes del modo general de conducirse los hombre libres en circunstancias parecidas; razón por la que su misma presentación luminosa, a los ojos de la Historia, ostenta el inconfundible sello de Dios. Pero lo difícil para nosotros hoy es saber encuadrar

estos tres aspectos históricos en su debido marco real, para que resalte toda la sobrehumana fuerza de esas tres «afirmaciones divinas» ante los ojos del lector del siglo xx, de mentalidad y ambiente tan diferentes de los de la época en que se verificaron los primeros martirios.

4. Naturalmente, dado el fin y materia de nuestra Antología, por ser él ajeno a nuestro objeto, no tengo por qué ahora detenerme nada en el primero de los tres aspectos indicados. Problema, además, solucionado por los mismos racionalistas, como Harnack y Voltaire, según los cuales dicha propagación fué, en efecto—es frase de uno de ellos—, de «fulmínea» rapidez. En cambio, quiero detenerme en el segundo aspecto, que puede dar precisamente la parte de luz del claroscuro del fondo pagano que tan negruzco se ofrece al lector en esta PARTE PRIMERA PRELIMINAR de nuestra colección; el tercero hemos procurado constituya sólo él la INTRODUCCIÓN de la Parte principal.

5. Vuelvo a repetir que estoy convencido de que, descentradas las figuras de su medio y debida colocación, aún más en la Historia que en las demás artes, pierden gran parte de su belleza e interés, porque dislocadas no pueden menos de sufrir el relieve que realmente les corresponde y la luz exacta de interpretación que les prestan las circunstancias en que se desenvuelven.

6. He aquí, pues, el objeto de esta sumaria INTRODUCCIÓN PRELIMINAR: hacer lo que dice la palabra misma: *Introducir*; esto es, tomar de la mano al lector y colocarlo en tal posición, que desde allí pueda, como de un vistazo, alcanzar sin mayor esfuerzo la importancia relativa de los documentos, por lo menos más principales, que se ponen a su alcance.

II. Nuestro punto de vista

7. Ante todo, en esta PARTE nos hallamos con un variado acervo de datos, casi todos ellos directa o indirectamente de referencia religiosa. He aquí, pues, el primer punto de mira correspondiente a las religiones conocidas e influyentes de la época en cuestión, y con las que de un modo o de otro se encontró la Iglesia de los primeros mártires; a saber: las religiones del siglo I al III del Cristianismo.

8. Para enfocar a mi gusto la cuestión no voy a seguir el método de algunos apologistas católicos modernos, que, en materias análogas a la nuestra, creen haber defendido brillantemente su tesis con aducir citaciones vagas de cuatro o cinco autores, por importantes que sean, en las que aparecen entre negras sombras la moral del Imperio Romano. A lo menos yo no soy de ese parecer. Hombres perversos siempre

los ha habido, al igual que corazones hermosos y almas encantadoras. En todas las épocas surgen Catones que presentan deprimentes descripciones del estado moral de su tiempo. Se acumulan cuadros denigrantes descritos ya por CICERÓN, SALUSTIO, JUVENAL, SUETONIO, MARCIAL, OVIDIO..., de la época circunvecina, objeto de nuestra Antología. Pero AMMIANO MARCELINO [1] ¿no nos ofrecería después otros puntos de vista no más bellos de la época ya del primer lucir público del Cristianismo oficial? ¿Y no darán cruz y raya a todas estas descripciones pesimistas las jeremíacas descripciones de SALVIANO [2], como explicación moral de la incursión y pillaje en el mundo de las hordas norteñas, que como hambrientas jaurías desmembraron a dentelladas no sólo el gran Imperio de Augusto y Trajano, sino también el de Constantino y Teodosio?

9. No ha de ser, pues, ahora la fuerza de unas cuantas citas escuetas mi punto de vista. Pues estoy seguro que, como decía Balmes, puesto a coleccionar y unir juicios y apreciaciones de escritores contemporáneos que proyectan negras oscuridades sobre cualquier siglo, los hallaremos a montones, como casi para poder asegurar ser cada vez el tiempo en cuestión, el peor de la Historia. ¡Cuántas veces, a través de los siglos, se ha estado repitiendo hallarse a la sazón la Humanidad a las puertas mismas del Juicio final, porque se creían descubrir inequívocamente entonces las señales apocalípticas y la descomposición moral, presagiadas como víspera cierta de la destrucción del mundo! Y hemos visto que éste sigue tan tranquilo su ruta por los espacios, sin las contorsiones agónicas que tan al vivo nos pintaba como tan próximas, aun el por tantos méritos admirado Papa SAN GREGORIO MAGNO [3]. No es esto. Si SALUSTIO aduce palabras durísi-

[1] AMMIANO MARCELINO fué soldado de la guardia especial de Constantino; luchó en las tropas de Juliano el Apóstata, se retiró a la vida privada en tiempo de Valentiniano y Valente y durante el mando de éste escribió su *Historia del Imperio Romano*. Hoy su obra, en gran parte perdida, sólo alcanza del 350 al 378. Véase Lib. XIV, cap. 6.

[2] Llámasele el «Jeremías del siglo V». Nació hacia el 400, y desde el 424 vivió en la isla de Lerín, célebre a la sazón por su gran monasterio; más tarde presbítero de Marsella, murió tal vez por el 480. Autor de varias obras, la que más nombre le ha dado es la de sus ocho libros *Del Gobierno de Dios*, en la que hace una especie de examen práctico moral de las provincias del Imperio Romano, y deduce de él la consecuencia de que, si ha caído sobre todo el Imperio azote tan fuerte como el de la invasión de los pueblos del Norte, eso no es que se deba a falta de providencia divina, sino al revés, a castigo justo de la justicia de lo Alto.

[3] Era esta idea de la catástrofe próxima del mundo una de las obsesiones del gran Papa de la conversión de Inglaterra y maravilloso apóstol de los pueblos que invadían por entonces el Mediodía de Europa, llenándolo todo de sangre y desolación. Además de algunas de sus fatídicas homilías, puede verse el Lib. III, cap. 38 de sus cuatro libros, *Diálogos de la vida y milagros de los Padres itálicos*, escritos seis años antes de terminar el siglo VI.

mas sobre la moral del final de la República,[4] no las usaron más suaves el CRISÓSTOMO,[5] SAN BASILIO[6] y el mismo AGUSTÍN, de su tiempo. Puestas emparejadas y en columnas paralelas las expresiones pesimistas de cada Era, tengo la impresión de que por sólo su contenido no sabríamos muchas veces a qué plazo de tiempo estigmatizar con el apodo de «el peor».

10. ¡Qué no se ha dicho de la Edad de Hierro, en la que un Papa, coaccionado, ordenó desenterrar a su predecesor para juzgarlo y declararlo excomulgado; cuando dos o tres hermosas, viles y atrevidas hembras se hacían señoras de tierras y castillos eclesiásticos, no sin antes haber logrado enseñorearse de los corazones, de las prebendas y de la influencia de sus amos! ¡Durísima sería la colección que se hiciera de los lamentos de relajación sobre la época de un San Bernardo o de un Savonarola.

11. ¡Qué sombras tan densas no se han proyectado, y con razón, sobre las costumbres germánicas de entonces, como fondo oscuro en que había de destacar la virulenta, rebelde y brutalmente sincera figura de Lutero, cuando arrastró en pos de sí tantos pueblos de su raza!

12. ¿No es estilo de los grandes historiadores de las mismas Ordenes religiosas, como, por ejemplo, del P. TACCHI VENTURI (vol I) presentar en toda su crudeza al público, tanto las heridas provenientes del exterior cuanto las postemas y podre interior, en que a la sazón abundaban las así dichas naciones católicas y Ordenes religiosas en el momento de la aparición de sus respectivos fundadores?

13. ¡Qué cuadros de reflejos sociales más bajos e indignos no se han descrito de la época de la prerrevolución francesa desde Luis XIV a Luis XVI, para explicar aquella erupción volcánica de ansias de revueltas de un nuevo estado de cosas, por más que para ello hubiese que inundar Europa en ríos de sangre y en revoluciones en serie? En nuestros mismos días vemos se repite tanto, que la sociedad moderna, abandonando a ciencia y conciencia los principios de la moral cristiana, ha retrocedido técnica y prácticamente a un naturalismo brutal y a una despreocupación ética, digna de la *peor época pagana*. Ahí voy precisamente. A lo que supone esa frase de retroceder a la *moral pagana;* retrogresión que no se debe a los principios morales cristianos, sino a pueblos y masas que se jactan, si no de renegar, a lo menos sí de prescindir de ellos.

[4] «Roma ha sentido el cambio de pasar de bellísima y óptima, a ser pésima y viciosísima ...» *De la conjuración de Catilina*, cap. 5.

[5] Para muestra léase, por ejemplo, la *Carta* del Santo al Papa Inocencio I.

[6] Es impresionante y pesimista en sumo grado el cuadro que presenta el Santo asceta en el último capítulo de su obra *Sobre el Espíritu Santo*, escrita el año 375.

14. Poco valen al lado de estas grandes perspectivas que da la historia de miseria global; solas unas cuantas pinceladas acá y allá, de diez, veinte escritores, aunque sean de la antigüedad, muchos de ellos de métodos efectistas y tendenciosos en la génesis de sus historias; tanto más, que ni ellos mismos, como paganos que eran, acertaban con la raíz de todo el mal, contentos con sólo consignar los hechos. Los testimonios de los autores clásicos solos, podían parecer fórmulas literarias más o menos similares a declamaciones éticas más tardías.

15. No basta eso para juzgar del nivel moral de entonces. Los cúmulos de hechos solos, por graves y múltiples que se presenten, mientras se salven y reconozcan social y colectivamente los verdaderos principios morales, nunca prueban una depravación ética radical y absoluta. Hay que escudriñar más a fondo e ir a los principios y criterios en los que se justifica luego la conducta y la vida: no nos faltarán quienes nos conduzcan hasta enseñarnos toda la profundidad del abismo.

III. Es cuestión de raíz

16. Primera consideración que da la Historia—y en ello están contestes cristianos y racionalistas—. Es indudable que, al aparecer el Cristianismo en el mundo, hace éste el efecto de una verdadera aurora de luz, dentro de una noche cerrada, sin más claridades que las de unas cuantas constelaciones siderales de nobles escuelas filosóficas, cuyo titileo intermitente y luminoso hiere más la vista del estudioso de hoy por el contraste de la cerrazón oscura que las envuelve.

17. En este contraste adviértese que la concepción moral se encuentra éticamente viciada en su misma entraña y raíz, cual es en el mismo concepto religioso; en casos así falla la misma luz guiadora, y, por fuerza, no resta otra salvación ética que la que sugiera cierto buen instinto humano, que a las veces podrá sobreponerse a la bajeza moral de las propias convicciones religiosas, pero siempre con triunfos sólo precarios y contadísimos.

18. Y como veremos, éste fué nuestro caso: que al extenderse tan rápidamente por el mundo el Cristianismo, se halló éste en su entrada en el Imperio Romano por mil causas ahora ajenas a nuestra explicación, con tal conjunto de ideas e instituciones precisamente religiosas, tan degeneradoras de por sí, que por necesidad había de encontrarse en su desarrollo moral como uno de los obstáculos más graves, por ser precisamente del orden religioso. Pero por razón del complejo, para dar más luz sobre la materia por tratar, procedamos paso a paso.

No es mi intento ahora presentar un estudio de las religiones comparadas en las diversas teorías mitológicas modernas; sólo pretendo indicar el abismo moral a que condujo a Roma, lógicamente, la inmoralidad de sus religiones en la Era de los mártires.

IV. Las grandes religiones y su adaptación en Roma

19. Sabido es que todas las religiones existentes en el mundo pueden encuadrarse en una de esta triple clasificación general: NATURISMO, ANIMISMO, TEISMO. Es el NATURISMO el culto que, de un modo o de otro, rinde adoración a las fuerzas mismas de la Naturaleza con sus últimas derivaciones de *tabú* [7], *mana* y *magia:* el ANIMISMO es, a su vez, el culto ofrecido a las almas o seres en cuanto animados, ya sean estas almas siempre independientes de los cuerpos, como es el *daimonismo* [8], o almas que alguna vez dependieron de los cuerpos, como son el *manismo, larvismo* y *lemurismo;* o de objetos donde residen de especial modo los espíritus, cual es el *fetichismo* Si se trata de la veneración a plantas, y, sobre todo, a animales cuyo origen y sangre tenga relación más íntima con el origen y sangre de las primeras familias de las tribus, dícese *totemismo*. Por último, el TEISMO se subdivide en *monoteísmo*, que reconoce y adora un solo Dios, *politeísmo,* que admite pluralidad de divinidades, y *henoteísmo*, que tributa culto a un solo Dios dentro de su nación, sin que esto obste el que reconozca otros dioses en distintos pueblos.

*

20. Demos ya un segundo paso. Estos elementos de culto, que en todas las naciones de alguna civilización se entremezclan más o menos—aunque, como es obvio, con predominio en cada región de alguna de estas características—, presentan diversas modificaciones según las razas y pueblos que los profesan. La agrupación primera greco-romana pertenecía a la gran división de las RELIGIONES INDO-EUROPEAS. Sin querer por esto significar que otras agrupaciones de religiones, como

---

[7] La palabra *ta-bu* (Polinesia) consta de dos raíces, *ta* (señalado), *bu* (especialmente): es, pues, un objeto que, por algo *especial* que se *nota* en él, merece ser especialmente reverenciado: equivale, en su significado religioso, a la palabra (melanesia) *mana*, objeto que entraña una fuerza mayor que la de la Naturaleza, fuerza que le sobreviene de su unión misteriosa con otros seres suprasensibles.

[8] El gran valor del daimonismo, para comprender la mentalidad pagana de los siglos II y III, puede colegirlo el lector de los textos que más adelante aduciremos, de CELSO y APULEYO, sobre las divinidades daimoníacas.

la mongólica, india, etc., carecieran en sí de los inconvenientes que apuntaremos en las indígenas greco-romanas y en las otras religiones, que por esta misma época desembocaron en Roma, adonde, como dice TÁCITO, venía a confluir por entonces lo más nefando y vil de todas partes.

21. Por otra parte, las líneas generales de la evolución progresiva pagana de Roma, desde sus legendarios orígenes hasta el siglo IV, parecen bastante sencillas. Primero aparecen en su forma más rudimentaria las divinidades pastoriles y agrícolas de las fuerzas de la Naturaleza y de cuanto se vincula con las almas de los antepasados y con los genios tutelares de la fecundidad y conservación de sus familias y campos. Los *penates,* los *lares,* los *genios,* los *manes* (pan y familia, antepasados, descendencia).

22. Poco después, por la eterna ley del flujo y reflujo cultural de los pueblos activos asimiladores, siguióse la aceptación de los templos y dioses vecinos, de civilización superior etrusca y de la Magna Grecia, la cual introduce entre los romanos las religiones y misterios griegos con su rico antropomorfismo mitológico de ambos sexos, más o menos similar a las más nuevas tradiciones romanas. Con esto entran a raudales ritos de purificaciones, sacerdocios, procesiones, lectisternios, súplicas públicas y los juegos sagrados al estilo pomposo y solemne de Grecia. Dada la importancia suma que entonces se les atribuía, no podían faltar ni para lo ordinario los adivinos, augures y arúspices, ni para los casos más graves las sibilas con sus antros sagrados y misterios al modo y según la descripción virgiliana [9], que supliese, en parte, los oráculos de Delfos. A la vez, aunque con mucho menor relieve que en Grecia, se presentan en escena los seres intermedios entre los dioses y los hombres, los dáimones, con sus maravillosas teurgías, y surgen las divinidades y templos milagreros [10] y de salud, y mágicos portentos, y los oráculos para el porvenir en la lucha entre la Naturaleza, las necesidades físicas y el hado con los poderes benéficos o maléficos de los dáimones y de los dioses interesados

---

[9] *Eneida,* lib. VI. Advierto aquí que a Virgilio siempre se le ha considerado en las descripciones de las ceremonias religiosas de la época como un modelo de precisión exacta. Ya MACROBIO, en sus *Banquetes Saturnales,* lib. III, cap. 1.º, escribía: «Decías que, entre todas las cosas en que sobresalía la alabanza de Marón, una de las más es que tú, al leerle asiduamente, admirabas cuán a fondo conocía el derecho (ritual) de los pontífices, como si él mismo fuese de la profesión . . . , y dabas a entender como que te comprometías a presentárnoslo cual si fuese un Póntifice Máximo.»

[10] Llama mucho la atención la gran multitud de templos y estatuas, creídas milagreras, existentes en el Imperio durante esta época, con sus procesiones, exvotos y grandes donativos de sus devotos; uno de los casos más conocidos fué el de *Esculapio,* en la ínsula tiberina de Roma, y otro templete en el Foro romano.

o no en pro de quienes les invocaban y les pedían la intervención en su favor. Rápidamente se mezclaron en una misma explicación mitológico-teológica Grecia y Roma.

23. Atenas griega se funde con la Minerva armada latina; Afrodita griega con Venus romana; Artemides helénica y la fecundosa Diana de Efeso con la cazadora ágil y virginal de los bosques latinos; y todo el Panteón griego con sus respectivas familias divinas adquirió, con su nuevo parentesco romano, completo derecho de ciudadanía espiritual en tiempo ya de la República, aunque los sacerdocios preferidos oficialmente y en público en Roma serán siempre los de procedencia indígena; de los doce dioses y ocho diosas principales que adorará Roma, la gran mayoría serán de concepción mitológica helénica.

24. Las religiones, pues, de Grecia y Roma siempre, pero sobre todo después de las guerras púnicas y conquistas de Grecia y Asia, tenían por precisión notables puntos de afinidad entre sí en divinidades, sacerdocios, sodalicios, colegios sacros, asociaciones religiosas, liturgia, procesiones, ceremonial, oráculos, sibilas, sacrificios, misterios y todo cuanto a ritos y pompas religiosas de entierros y aun de juegos, teatros y diversiones públicas se refiere; como que la leyenda sagrada de ambos pueblos, según se lee en sus historiadores, hace intervenir, en su modo de hablar, parecidos milagros de sus respectivos dioses, sin excluir de ello los orígenes sacrosantos aun de sus juegos, circos y teatros. Grecia fundió con los de Roma sus dioses al igual que identificó y mezcló también su sangre y su cultura. Ella pondría sus preferencias por el arte religioso mientras Roma buscaría más la verdad de la piedad. Tenía razón Cicerón [11].

25. Además, desde los Escipiones, como una exigencia de los Libros Sibilinos para el triunfo definitivo contra Aníbal, el Asia Menor, con su Cibeles y Piedra negra de Pesinunte, había hecho su entrada triunfal en Roma el 204 a. de J. C. Rodearon a la diosa de flores, incienso y los vítores de la muchedumbre de damas romanas, a la vez que todo lo sublimaba la legendaria prueba virginal del ceñidor de la Vestal (?) Claudia Quinta [12]. De lo más selecto de las familias ro-

[11] «No ganamos—escribía—ni a los españoles en la población, ni en robustez a los galos, ni en astucia a los cartagineses, ni en el sentido de las artes a los griegos; pero en lo que dejamos muy atrás a todos los pueblos y naciones es en la devoción filial y religiosidad, y en saber que todo se gobierna y se rige según los designios de los dioses inmortales.» *Resp. de los arúspices*, núm. 29.

[12] En época de los desastres nacionales era muy fácil al pueblo creer o fingir que la causa de sus desgracias podía ser la infidelidad de alguna vestal a su doble compromiso del fuego sagrado o de la virginidad. Y tal vez lo que en otras ocasiones se pasara por alto. se castigaba severísimamente. Cuando Aníbal paseaba victorioso por Italia, fue-

manas creídas descendientes de Troya se formó bien pronto una gran asociación aristocrática femenina en honor de la diosa, que se consideró ya como la diosa mimada del Palatino.

26. La vida práctica del romano, si fomentaba sin perder su rango respectivo la convivencia de todos los ciudadanos y súbditos del Imperio, no menos procuró al fin el abrazo de todos los dioses y cultos de sus provincias, con tal de que se reconociese por todos la supremacía de la Tríada del Capitolio y se mirase con especial recuerdo los dioses arcaicos romanos, sabinos, albanos y etruscos. Con la mezcla y el intercambio de negociantes, esclavos, soldados, marineros, con el trasiego de los turistas y estudiosos y el contacto de todos los centros de emporio de unas y otras regiones del Imperio, desde el Irak hasta Cádiz y desde casi las fuentes del Nilo hasta el Rhin y el Oder, se volcaron en Roma, primero clandestinamente y después sin rebozo, todos los cultos, misterios y supersticiones de Persia, Babilonia, Frigia, Egipto, Africa Proconsular, las Galias y la vecina Germania. Bien pronto los «dii adventitii», por su novedad y misticismo, llegarían a ser los dioses de moda, y Roma, sin saber cómo, se vería en los siglos III y IV cuajada de sus templos, aras y sacerdotes.

27. Las razas medio semíticas tardaron mucho más tiempo en influir, y siempre poco con sus cultos típicamente crueles y voluptuosos, como los de Baal, Ma-Bellona y Anahita, tan extraños a la mentalidad religiosa de los romanos. Sólo un Heliogábalo podía ser su mejor representante. Más tarde, los misterios propios, celebrados en Frigia y Tracia, de Dionisio Sabazios, de Atis y de Rhea, se refundieron en parte en las iniciaciones, procesiones, orgías, purificaciones y bacanales con la fiesta dionisíacas al estilo griego. Pocas veces, como en varios de estos misterios, se verán unidas dos tendencias tan opuestas, cuales son, los anhelos de purificación y perdón de la vida pecadora y las ansias de una felicidad de más allá de esta vida, con un materialismo tan crudo, feroz y orgiástico.

28. Por otra parte, simultáneamente al primer desarrollo del Cristianismo, entraban también por entonces en Roma, y, por cierto, con

---

ron condenadas las vestales Opinia y Floronia, que murieron, enterrada viva la una, suicidada al punto, la otra. Su violador, Cantilio, fué azotado, hasta morir, en los Comicios del Foro. Ocurrió, pues, según la leyenda, que el rumor del pueblo supuso responsabilidad grave contra el Imperio en la vestal Claudia Quinta, por infidelidad al compromiso virginal. Ella insistía en su inocencia. Cuando llegó la diosa Cibeles a Ostia hallábase ella allí, y al ver que la nave no podía navegar con todos los medios humanos, soltó su ceñidor, lo ató a la nave y, como prueba de inocencia, el barco la siguió como un cordero. El caso dió nuevo lustre al entusiasmo que había por la diosa de Pesinunte. Poco después Aníbal quedaba completamente derrotado y Claudia Quinta pasó a ser una de las heroínas religiosas en Roma. OVIDIO, *Fastos*, IV, 249-348.

éxito clamoroso, sobre todo, entre las clases militares, los misterios purificadores de Mithra, con sus ribetes astrológicos, divinidad originaria de la religión antigua de los persas: el Mazdeísmo; culto al que habían prestado antes su respectivo influjo sincrético caldeos, estoicos magos y helenos, y que acabó por tener eficaces propagandistas netre lo más selecto del Imperio, y que fué tal vez la religión contendiente más peligrosa de la primitiva Iglesia. A fines del siglo II y en el III los templos de Roma presentaban un aspecto muy diverso en los ritos y ofrendas del antiguo ceremonial republicano.

Los dioses e instituciones religiosas—tipo romano—de que nos habla Tito Livio en sus libros I, VI, VII, X, XXI, XXII y XXIV, con toda su gravedad litúrgica tradicional, no bastaron para contener la irrupción de cultos extraños. La piedad de Escipión cedió su puesto a la excitación oriental y africana.

29. Y si Augusto y Tiberio, por razones ante todo políticas, prohibieron continuasen en Roma divinidades egipcias y asiáticas, el pueblo las siguió venerando más que nunca, y bien pronto la persecución primera se convirtió en adhesión e incluso entusiasmo.

30. Egipto, con su pareja Isis y Osiris y con Serapis, forma grupo aparte. Un naturalismo mitad celeste, mitad del Nilo es su base, junto con una fe grande en una vida de ultratumba llena de ensueños y misterios, que simbolizan el eterno retorno e intercambio de la vida y de la muerte, de la noche y de la luz, de la inercia y del dinamismo, bajo cuyas opuestas manifestaciones aparece el circuito alternante de la vida y de la muerte en los hombres, en los astros, en los animales y en los campos. Ra, Seth, Isis-Osiris, Serapis, Atis, Horus serán transportados a Roma no sólo en el simbolismo de los obeliscos desde Augusto, y de los misterios desde Mario y Sila, sino también por la exuberante voluptuosidad de las márgenes del Nilo. Alejandría ejercía un ascendiente fascinador sobre la psicología romana. No fué sólo Cleopatra la que se atrajo los corazones de Pompeyo el Joven, Julio César, Antonio e incluso Octaviano. Sabido es que los jóvenes alejandrinos, por su exquisita amabilidad y misticismo algo morboso y sentimental—que tan bien cuadró después con el mahometismo—, eran los que en pedagogios, banquetes y festejos solían ser los preferidos para los vicios y servicios de la sociedad elegante romana [13]. Pues bien: como se expresa maliciosamente Minucio Félix, años adelante, todos estos dioses forasteros vinieron a ser los mejores «hóspites» [14] de la capital del mundo, y serían, a no dudarlo, los «dii adventitii» los

[13] Marcial, lib. IV, ep. 42.

[14] *Undique «hóspites» deos quaerunt et suos faciunt. «Octavio»*, cap. VI.

que acabarían a la vez con la religiosidad tradicional y con los pocos restos que aún quedaban de las severas costumbres de la Roma de los Escipiones y de Catón.

Se me dirá que existe una línea divisoria entre romanos y romanos, entre la Edad de Oro y la de Hierro dentro de su espíritu religioso. No hay por qué negarlo.

V. Dotes excepcionales de los romanos

31. La verdad lleva a la verdad. Para mí no ofrece discusión cierta moralidad, digámoslo así, civil-religiosa primitiva del pueblo romano. La frase de JUVENAL *Omne aliud crimen mox ferrea protulit aetas* (VI, 23) no deja de tener su mucho de razón. Más aún, la pintura de los primeros romanos, para él ya antiguos, hecha también por SALUSTIO, es un cuadro preciso y de realidad. Como que SAN AGUSTÍN mismo, al indicar la razón por la que Dios premió a este gran pueblo con el dominio del mundo entonces conocido, con negar el Santo Doctor que en ello hubieran tenido parte el hado, los astros, los dioses, los genios y dáimones intermedios entre Dios y los hombres, atribúyelo exclusivamente al verdadero Dios [15], y eso en calidad de recompensa natural por las virtudes también naturalmente egregias [16] de una raza extraordinaria y rica en prendas humanas fecundas, ya de suyo para empresas y éxitos del orden natural [17].

32. Para San Agustín, pueblo que trabajó por poseer un código legal más equitativo aún que el griego; pueblo que supo ser fiel a la palabra dada y al juramento emitido; pueblo sencillamente práctico y amante del honor, de la libertad y de la gloria más que de otras ventajas bajas y materiales; pueblo organizador y de una elasticidad y asimilación adaptativas por las que tan fecundamente supo primero ennoblecerse y luego romanizar en su espíritu y en su cultura a todas las naciones circunmediterráneas, no necesitaba para nada de la ayuda del hado, de los astros, de sus grandes dioses y de las diosas «Victoria» y «Fortuna», que valían menos que él, para que resultase señor del mundo. Su espíritu de acoplamiento y tino colonizador fueron otros de sus grandes valores sociales.

---

[15] De este argumento, tan necesario y obligado entonces, habla nuestro SAN AGUSTÍN en *La Ciudad de Dios*, sobre todo en los libros IV y V; léase, por ejemplo, el cap. 11 del libro V.

[16] *La Ciudad de Dios*, lib. V, caps. 12, 15, 18, 19; lib. VIII, cap. 1.

[17] *Non est quod de summi et veri Dei iustitia conquerantur. Perceperunt mercedem suam.*

33. Los primeros romanos, según lo indica y celebra su historia, escribe San Agustín, aunque como las demás naciones adorasen a dioses falsos y sacrificasen en holocausto sus víctimas, no a Dios, sino a los dáimones, «con todo eran aficionados a elogios, eran liberales en el dinero y tenían por riquezas vivir por la gloria, y por ésta no dudaron morir. Todos los demás deseos los refrenaron, contentándose con el extraordinario apetito de la gloria. Finalmente, porque el servir les pareció ejercicio infame y el ser señores y dominar glorioso, quisieron que su patria primeramente fuese libre, y después procuraron que fuese señora absoluta...» Todo era en él ambiente de valor, de grandeza, de heroísmo, de libertad; «luego le invadió la sed insaciable del dominio y el espíritu de protección». Por eso dice el Santo: «Virgilio formuló esculturalmente este programa de la gran Roma de los antepasados en aquellos inmortales versos de la Eneida [18]:

«Otros con más primor vultos vivientes
harán de bronce duro o mármol fino,
oradores habrá más elocuentes,
sabios podrán con más seguro tino
el cielo escudriñar y las estrellas,
y los cercos medir y el poder de ellas.
Tú, romano, regir debes el mundo:
esto y paces dictar, te asigna el hado,
humillando al soberbio, al iracundo,
levantando al rendido, al desgraciado.» [19]

34. Es verdad. Pero no lo es menos lo que el Santo Doctor escribe pocos capítulos adelante. Esta clase de virtudes, meramente sociales, con ser madres naturales de éxitos clamorosos y de conquistas de los pueblos a los ojos de los hombres, no son a los de Dios de aquéllas que él premia con la verdadera felicidad. Virtudes son éstas por las que el hombre no merece particular predilección del cielo. Este es el único que da los reinos de la Tierra a los buenos y a los malos, según el orden natural de las cosas y de los tiempos, tan ocultos a nosotros como patente a él; orden que él, como señor absoluto, lo gobierna con admirable sabiduría. Mas la verdadera felicidad no la otorga sino a las almas buenas. Y añádase que Dios da los reinos de la Tierra a buenos y malos, para que los que le sirven y adoran, y son aún pequeñuelos en el aprovechamiento del espíritu, no anhelen ni le pidan estas gracias y mercedes, como si fueran dones grandes y estimables. Re-

[18] *La Ciudad de Dios*, ibíd., donde aparece el arte, dice, de los romanos: *regnandi atque imperandi et subigendi ac debellandi populos.*

[19] Traducción de Miguel Antonio Caro: *Eneida*, VI, 847-853.

compensas sólo del orden material fueron conocidas y barajadas por los hijos del Antiguo Testamento. Pero el Señor mismo, con su vida y con su Cruz, despreciándolas, nos recalcó que no son esos precisamente los premios propios ni la digna grandeza con que el Señor premia la verdadera virtud de las almas [20]. A este programa de virtudes, del orden meramente social y patriótico, con sus éxitos en el orden también mero humano, correspondieron, en efecto, las virtudes morales que los primeros romanos a los principios relacionaron con sus dioses. Levantaron incluso templos y aras a la «Justicia», la «Virtud», la «Piedad» (filial), al «Pudor», la «Fortuna», la «Victoria», la «Concordia» y la «Paz».

35. Según lo llevamos indicado, ni el carácter ni el genio romanos encauzaron a los comienzos sus cultos con la misma orientación que los griegos. La diversidad de preferencia especulativa en los unos y práctica en los otros, que se advertirá también después en el alborear del Cristianismo, tendiendo más los Padres orientales a las grandes cuestiones especulativas, y, en cambio, los latinos a las prácticas y morales; esa misma orientación psicológica se advierte exactamente en el aspecto primitivo de las religiones de estos pueblos; en el uno, la de la especulación y las construcciones ideales y místicas; en el otro, la

[20] *La Ciudad de Dios,* lib. IV, cap. 33. Para San Agustín, la gran ciudad es aquella que mas parecido tiene con la celestial, de la cual escribe aquellas bellísimas palabras: *Incomparabiliter superna èst civitas clarior, ubi victoria veritas; ubi dignitas sanctitas; ubi pax felicitas; ubi vita, aeternitas* (lib. II, cap. 29). Por eso, al describir el concepto que un católico debe tener de la verdadera felicidad de un Emperador, ponía aquellas palabras: «No decimos que algunos Emperadores cristianos fueron felices, ni por qué duraron más en el mando, ni por qué, tras plácida muerte, dejaron herederos del Poder a sus hijos, ni por qué subyugaron a los enemigos del bienestar del Imperio, ni por qué lograron o evitar o desbaratar a quienes se levantaron contra ellos. Estos y otros éxitos consoladores de esta vida llena de miserias son bienes y consuelos de Dios, que, a veces, los merecen aun naciones dadas al culto de los demonios, sin por eso pertenecer al reino de Dios, sino que son paganos... Los llamamos felices cuando al reinar usan de justicia, no se enorgullecen con el halago de lenguas lisonjeras, ni se engríen del vano acatamiento que les rindan almas demasiado serviles, sino que se acuerdan que son tan hombres como los demás, y su mismo poder lo convierten en servidor de la Majestad divina, con la mira puesta, sobre todo, en la extensión del reino de Dios. Que temen, aman y reverencian a Dios, si su corazón lo tienen puesto más en aquel otro Reino donde no se recela competidor; si son tardos en la venganza y fáciles en el perdón; si el mismo castigo lo emplean no por satisfacer venganzas y odios mal domados, sino por necesidad del orden y seguridad públicos; si el mismo perdón no ha de ser para fomentar el mal, sino para corregir los delitos; si las medidas rigurosas que por precisión se deben tomar las saben compensar con bálsamo de misericordia y largueza de mercedes; cuando, expuestos a mayor libertad personal, saben tener freno severo de sus propias pasiones; si prefieren dominarse más a sí propios que a naciones extrañas. Si todo esto lo saben hacer, no por ansiedad de aura popular, sino por amor a la otra vida que nos aguarda allá arriba; y, por fin, si no se descuidan en pena de sus pecados, de ofrendar a Dios el sacrificio de su propia nada, conmiseración y plegarias.»

del derecho y la de las realidades positivas de la vida. Los dioses serán iguales; pero su interpretación simbólico-moral cambia. Las virtudes nacionales, la templanza, el valor, la austeridad, el obsequio litúrgico a los dioses patrios; es decir, todo cuanto nazca, lleve y termine en la gloria y bien de la Patria, incluso con el sacrificio absoluto de todo lo personal, tal fué el código moral sagrado por el que se regiría aquel pueblo que, empezando por unas chozas en el Palatino, había de terminar por señorear la Tierra.

VI. Lo grave de la cuestión

36. Pero el siglo de Pablo, y más aún el de nuestros mártires, distaba mucho de la primera Roma, tan bellamente descrita por SALUSTIO y por TITO LIVIO en el preámbulo de sus Décadas. Ambos historiadores, no menos que JUVENAL y PERSIO, pocas líneas después pintan ese mismo Imperio derrumbándose en su tiempo precipitadamente y cayendo de sus antiguas virtudes a vicios esencialmente destructores de la misma sociedad.

Más aún: por más que Cicerón se gloriaba ante todo del espíritu religioso de Roma, el paganismo romano, desde el principio, como muchas veces lo repite SAN AGUSTÍN, llevaba dentro de sí, y en su mismo ser, los gérmenes inevitables de descomposición moral, que habían de influir en agudizar y acelerar su misión destructora, al contacto de otros elementos religiosos extraños, que le servirán de acicate, a la vez que de vehículo de contagio fatal, en el orden de las costumbres.

37. Aquí era donde los escritores cristianos esperaban al paganismo. Se imponía un análisis minucioso de sus dioses, de sus genios, de sus espíritus y de sus misterios. Doce apologetas principales, de ellos siete africanos, se encargarían de desenmascarar la careta de religión que encubría tanto rebajamiento moral. Para ellos, el asunto no era tanto problema de hojarasca cuanto problema de raíz: los frutos, dada ésta, eran inevitables. JUSTINO, TACIANO, ATENÁGORAS, MINUCIO FÉLIX, CLEMENTE ALEJANDRINO, ORÍGENES, TERTULIANO, CIPRIANO [21], ARNOBIO, EUSEBIO DE CESÁREA, FÍRMICO MATERNO y AGUSTÍN son sus nombres

38. Todos ellos supieron, como hombres expertos, enfocar admirablemente la cuestión, sin duda, en parte, porque la gran mayoría, an-

---

[21] Las obras de todos estos autores se señalarán en su debido lugar. Aquí, por escasas referencias posteriores, sólo citaremos los dos escritos: de TACIANO, *Discursos a los griegos*, publicado hacia el 165, y de SAN CIPRIANO, *Que los ídolos no deben ser adorados*, escrito cuando aún era catecúmeno, hacia el 246.

tes de ser escritores al servicio del Cristianismo, habían profesado religiones paganas o heréticas; tales fueron, por ejemplo: JUSTINO, TACIANO, MINUCIO FÉLIX, CLEMENTE, TERTULIANO, CIPRIANO, FÍRMICO, ARNOBIO y el mismo AGUSTÍN; es decir, de doce, nueve. Eran, pues, testigos de mayor excepción. Hombres de talento, fueron al fondo para plantear la cuestión en su mismo fundamento.

39. Me fijaré tan sólo en cuatro o cinco por su especial acierto en haber sabido iluminar precisamente nuestro punto de vista; son: CLEMENTE, MINUCIO FÉLIX, FÍRMICO, EUSEBIO y AGUSTÍN. Todos ellos llevan el ataque al paganismo en la realidad palpitante viva de sus religiones en la línea moral. La lucha, pues, deberá ser de cuerpo a cuerpo; mejor dicho, de alma a alma y de moral a moral, porque era de Dios a dios. Las armas serían iguales: los misterios [22], los ritos, las aras, los númenes, los sacrificios, las ceremonias, las mitologías, las alegorías, sus explicaciones filosóficas; es decir, toda la vida pagana en su aspecto ético-religioso. Defensores y atacadores, conocían la materia, y así la emboscada en el equívoco y el fraude no podría tener fácilmente lugar en la discusión.

40. Ante todo, los Padres distinguen en su disputa científica los dos aspectos a que se prestaba el problema: el del ataque y el de la defensa. Este segundo, a su vez, se subdividía en dos partes: la de la defensa doctrinal y la de la defensa moral. Esta de la defensa, sin

---

[22] Prevengo aquí al lector que no crea hablamos en estos pasajes ni de los misterios ni tampoco del misticismo, en el sentido cristiano moderno, diverso de la ascética, ni en el sentido cristiano del siglo III en adelante, de ciencia y de vida cristiana sagradas, en sus sentidos y sentimientos profundos más o menos ocultos. Palabras muy en boga en la época a que nos referimos *myo-mystes-mysticos-mysterion, liturgia theurgia*, etcétera, las tomamos aquí en la misma acepción en que los autores a que aludimos las usaban. ¿Qué término más augusto y sagrado en nuestros días que el del Pontífice Máximo de Roma? Y, sin embargo, cuando, por el primer sentido de la palabra, ese mismo vocablo lo aplicamos, al tratar de Augusto y de Marco Aurelio, a los Sumos Pontificados de estos Emperadores, nadie lo confunde con el significado de los Papas • Romanos Pontífices cristianos. De la palabra *myo*, que, entre otras cosas, significa «cerrar la boca», derivaron los antiguos, para sus actos religioso-ocultos, la palabra *mysticos*, y para las personas que se dedicaban a estos actos sagrados, a la vez que secretos o arcanos, el vocablo *mystes*, que se dividían en *iniciados* comunes y en *teletai*, que eran ya los de perfecto conocimiento; *mysterion* era la cosa misma y objeto o idea secreta; y *orgia*, los raptos o estados extáticos en que, a las veces, la devoción, el frenesí o el libertinaje, ponía a los miembros en estas funciones o ceremonias de los misterios. La *askesis*, de donde «ascetismo» o sea, el ejercicio de entrenamiento para los combates de atletismo, y después para la lucha con uno mismo o con los demonios, hasta llegar al perfecto dominio de las pasiones desordenadas, tuvo entre los paganos (otra cosa es entre los judíos) más de concepto de fruto de una filosofía, la platónica o estoica, etc., que de una religión o culto de los dioses. Su lema eran dos palabras: ante lo arduo, *sostenerse;* ante lo deleitable, *abstenerse*.

duda, la más bella, profunda, conmovedora y constructiva por ahora la pasaremos por alto, por ajena a nuestra materia. En cambio, la parte de ataque cae de lleno en ella. La lucha, según el fin de cada escritor, quedó orientada y graduada, o en el terreno ideológico de la absurdidad ante la razón del politeísmo, sea éste personal, emanantista o virtual; o en el terreno religioso-moral, del aspecto de inmoralidad absoluta y universal, que entrañaban en su seno las religiones paganas entonces dominantes, y que, por ley de consecuencias ineludibles, había de arrastrar a sus adoradores hasta el último peldaño de la degeneración ético-religiosa.

41. El conciliador amable y erudito, director de la Escuela Teológica de Alejandría, Tito Flavio Clemente, dió a luz pública, a fines del siglo II, su *Exhortación a los griegos,* que puede considerarse como la parte preámbula de sus otras dos inmortales obras: *El pedagogo* [23] escrito hacia los años 200 al 202, y los ocho libros de *Los tapices* o *Strómata,* redactados también hacia esos mismos años, no mucho después del 202.

42. Pues bien: la *Exhortación a los griegos,* de Clemente, ofrece las características de una invitación convincente a los filósofos paganos para que, dejando los falsos dioses y misterios, pasen a ser discípulos de la única y eterna Verdad, que es el Verbo Encarnado, Cristo Jesús. Clemente no molesta, ni irrita, da la mano [24] Antes de indicar

[23] La idea práctica de Cristo *Pedagogo* de la Humanidad, es una de las sugerencias más obvias, dado el espectáculo moral tan corrompido que observó Clemente de Alejandría en todo aquel mundo pagano; y el desarrollo de la obra, con su doble exposición positiva y negativa, cuadra perfectamente a este concepto. Es ésta una de las obras que más he admirado, no sólo por ser el primer libro pedagógico cristiano dentro de aquel ambiente de abyección, sino, además, porque ha sabido en ella el autor presentar en su *Pedagogo* Hombre y Dios, la amabilidad de la persona de Cristo y los frutos educadores de su espiritu, bajo una forma serena, atrayente, llena de dulce unción y de auras alejandrinamente helénicas. Véanse núms. 558, siguientes y 659.

[24] Este opúsculo, con ser de trazos tan duros y tan despectivos en más de dos pasajes, indica admirablemente el temperamento y fines apologéticos de Clemente, en aquel precioso llamamiento a los filósofos paganos, que es todo un programa, y lo único que el insigne escritor trataba de obtener con sus escritos. «Este Eterno Jesús, el único Sumo Pontifice del único Dios, que es lo mismo que el Padre, a la vez que ora por los hombres, exhorta a éstos diciéndoles: Oíd, todas las razas del mundo, o, mejor dicho, cuantos entre los hombres estáis dotados de razón, bárbaros o griegos. Llamo a toda la Humanidad. Yo mismo, por voluntad del Padre, he sido su hacedor. Venid a mí, para que el único Verbo de Dios os ordene debajo de ese mismo único Dios. No os contentéis con superar con vuestra razonabilidad los brutos irracionales, cuando de todos los seres vivientes sois los únicos que podéis gozar de mi don de la inmortalidad; yo os puedo

el autor los siete grados por donde cayó la Humanidad en la más vil de las idolatrías, nos presenta una exacta pintura de la abominación moral que encierran gran parte de los cultos y misterios paganos. Con ser él tan delicado y ático, no rehuye la crudeza de la expresión y de la línea recia y rasgante, porque precisamente parte de la fuerza de su efecto quiere hacer consistir en desenmascarar, tal cual es, la repugnancia de la bruta realidad, sin los afeites de ningún simbolismo velado y sacerdotal.

43. A la verdad, provocan a náuseas sus descripciones de agrio realismo, y se hace difícil creer que sacerdotes de aquellos nefandos cultos de Baco, de Ceres, Themis, etc., creyeran en divinidades, que así daban pie para tales monstruosidades morales. No se extrañe el lector no aduzca ninguna de sus descripciones, pues el mismo escritor declara que si es realista y de expresión para almas pías, tal vez poco delicada, no es porque él no ame el pudor, lustre de las virtudes, sino porque entonces era preciso presentar ante los ojos de sus lectores la evidencia desnuda de la repugnancia de los hechos de tales cultos [25]. ¡Qué culto sería aquel cuyo solo descubrimiento al público debía encender de rubor a los lectores! Quitad el velo. Vuestro mismo secreto os condena; ateos prácticos [26], eso es lo que honráis con honores divinos. Cultos así, dice CLEMENTE, son los que introdujeron entre los hombres el «semillero de la muerte y de los crímenes».

44. Los iniciados y los más entendidos y eruditos de ellos, como dicen ATENÁGORAS, ARNOBIO y EUSEBIO DE CESÁREA, se excusaban con que lo que parecía tan degenerado eran sólo símbolos, meras alegorías de realidades divinas, que necesitaban explicación. Unas veces eran representaciones de los cuatro elementos del mundo con sus combinaciones; otras, las maravillosas fuerzas de la vida vegetal y animal de toda la fauna y flora; otras, las energías naturales y fenómenos, para entonces inexplicables, que aparecían en el cielo, en el aire, en la tie-

---

hacer partícipes de ese don íntegramente, dándoos la inmunidad de la corrupción. Os doy el Verbo de Dios, es decir, el conocimiento de Dios: cuanto soy yo mismo. Eso soy yo. Esto es lo que quiere Dios. Esto es la Sinfonía del Padre, esto música concertada, esto el Verbo de Dios, el brazo de Dios, el poder de todas las cosas, la voluntad del Padre. De todo ello conociéronse antes algunas cosas, pero que eran sólo su figura, y esa misma no del todo parecida. Por eso mismo quiero reformaros, según el prototipo ejemplar, para que toméis así mi parecido. Os ungiré con el ungüento de la Fe, que os purifique de la corrupción y os vestirá de la forma de la justicia, para que os elevéis hasta Dios.» Cap. 12.

[25] «Estoy decidido a desenmascarar y presentar a la luz pública lo más secreto y recóndito de estos misterios, pues caso es éste en que no hay que ocultar sólo por pudor lo que ellos no se avergüenzan en adorar con honores divinos.» Cap. 2.

[26] «Tales son aquellos misterios de los «ateos», pues no merecen otro nombre cultos tan opuestos a la verdadera noción de Dios.» Cap. 2.

rra, en nosotros mismos; otras, modos y virtualidades misteriosas de la «mente» que, según algunos, agita y anima el Universo.

45. Las mismas diversas actividades psíquicas y las pasiones, como «cupido» y también la «libido» no carecían tampoco de su latente parentesco con ese sér misterioso, que algunos llamaban «mente» o alma del Universo; lo propio que los seres que habitan los aires y rigen los planetas, dan la fecundidad, excitan el amor, provocan las inspiraciones, originan el talento, facilitan la fortuna, mueven y ordenan los astros y regulan la salud. ¿Por qué no han de poder expresarse esas virtualidades ocultas y mutuas relaciones, se decían, con símbolos. los más expresivos e intensos del misterio y de la unión, como es todo cuanto se refiere al mundo sexual humano y divino?

Débil defensa que, en vez de justificar, condenaba más ceremonias tan indignas. Pero se dirá que CLEMENTE describía, sobre todo, los misterios más en boga en el mundo greco-alejandrino.

Y ¿no constituía esa región una parte muy principal y de las más influyentes dentro del Imperio Romano? Pero pase.

*

46. MINUCIO FÉLIX, de mentalidad y pluma de la más culta latinidad, no describe, pero va dando instantáneas fulgurantes y rápidas de la misma realidad denigrante, dentro ya de los dioses y cultos, tales cuales se celebraban y adoraban en la capital del Imperio. «No nos achaquen—dice—los gentiles a los cristianos, en nuestras reuniones religiosas, indecencias del todo opuestas al espíritu del Cristianismo.» MINUCIO conocía la conducta de los primeros cristianos, porque lo era; y lo que practicaban en muchas de sus fiestas los gentiles, porque lo había sido. Por eso les contesta muy parecidamente a Atenágoras ya el 176. Eso que nos calumniáis en nuestro culto tal vez lo decís porque son así vuestros misterios, donde nada de nadie queda sin contaminación de viles acciones [27]. Os conozco; sé por qué llamáis urbanidad a la lubricidad; sé lo que llevan en sus corazones los que se dedican a cultos semejantes. Cada región tiene el dios y el culto de su devoción particular; pero «numina universa, Roma», Roma todos.

47. «Aún caliente la sangre de los enemigos que habéis matado en las batallas, transportáis acá sus derrotados dioses; por todas partes tratáis de traer «dioses huéspedes» que residan en vuestra ciudad; por desconocidos que sean los númenes y dioses que confluyen, aquí se les erigen aras y templetes. Los cultos y dioses egipcios «nunc et

[27] La frase del autor es mucho más expresiva. *Octavio*, cap. 28.

sacra romana sunt», ya han quedado naturalizados entre vosotros.»

48. «Casi todos vuestros templos son de objetos de rapiña, fruto de ruinas de poblaciones y espolios de estatuas de dioses y de matanzas de sacerdotes. Más parece eso burla y chacota de religión, servir a religiones vencidas y traer a sus dioses como tras el carro de vuestros triunfos. La medida de los despojos de los dioses depende del número de trofeos de vuestras guerras de conquista. Adoráis vuestros propios derrotados. No desconocemos los dioses indígenas de Roma: Rómulo, Rico, Tiberino, Conso, Pilumno... La «Cloacina» hallóla y adoróla Tacio; al «Pavor» y «Palor», Hostilio. Hubo un no sé quién que introdujo además la diosa «Fiebre»; y hasta a las meretrices «Larencia y Flora» les fueron otorgadas fiestas y ministros sagrados [28].»

49. Pero aunque los dioses son así, siquiera, se dirá, los sacerdotes de estos cultos y misterios serán dignos... De ninguna manera. Lo que yo puedo decir es que, dada la calidad de estos misterios, «¿cuándo se han ideado más estupros que entre sus aras y sus capillas? ¿Qué liviandad, qué adulterio no ha sido allí objeto de taimada premeditación? No hay casa pública más abundante en fiebre de pasión que las estancias vecinas a los nichos de los dioses. Ni nos vengáis con que ellos os han dado este gran Imperio. Pues que ordenándolo así él, antes que los romanos ampliaran tanto su poderío, también Dios quiso que aun los sirios, persas, medos, griegos y egipcios gozaran de reinos florecientes; y eso sin que ni un solo pontífice, ni ningún arval, ni ningún salio, ni ninguna vestal ni ningún augur tuvieran encerrados en covachas los pollos con cuyo alimento o fastidio se rigiera la gran República [29].»

Para Minucio Félix, lo mismo que para Atenágoras y Tertuliano, Cipriano, Eusebio, Agustín, los demonios juegan en este punto un papel importantísimo. Y así los efectos moral-religiosos deberán corresponder, según ellos, a tales intermediarios.

50. En esta «cavea turpitudinis», como llama San Agustín a ciertos lugares públicos de diversión popular [30], semejantes espectadores, tratándose del verdadero Dios, no podían desear otro espectáculo que el de quitar de delante los mártires cristianos; y, en efecto, el mismo Minucio Félix se encargará en el cap. 37 de presentarnos la sublimidad de estas escenas. Pero prosigamos con orden.

Julio Fírmico Materno, sin añadir nada especial a lo que apologetas anteriores escribieron sobre la misma materia, se fija prefe-

---

[28] *Ibid*, caps. 22 y 25.

[29] *Ibid*, cap. 25.

[30] *De la Concordia de los Evangelistas*, lib. I, cap. 33.

rentemente más en los cultos de los misterios, haciendo pasar ante los ojos del lector los más principales [31]. Ya el origen impuro del templo de Venus en Chipre, con sus secretas iniciaciones, lo formula diciendo que no hace sino servir «meretriciis legibus» [32]. Después descorre el velo de la indignidad de los misterios de Egipto, con Isis, Osiris y Tifón; el de los misterios frigios de la diosa y Piedra negra de Pesinunte, con sus degradados y fanáticos sacerdotes (galli); el de los africanos proconsulares de la Venus Celeste y Juno, y el de los persas de Mithra; misterios todos ellos, verdaderas «viae libidinum». Síguenles los cultos de Líbero y Líbera, que tan repulsiva sensación le produjeron a San Agustín, aún joven; las de Ceres y Proserpina, y así otras sinfín de similar origen y concepción.

51. Julio Fírmico tal vez recalque más que los autores anteriores la idea exacta del incentivo enorme y aperitivo eficaz que todo ese mundo religioso tenía que ser para las masas populares, tan propensas de suyo a impresiones realistas y fuertes: «hoc optans, hoc quaerens, hoc utique magnopere desiderans, ut et sibi liceat quod diis suis licuit...» [33]. Dichosa comunión y participación, dicen, con tales dioses y tales cultos, si han de servir a uno para goces iguales a aquellos de los que los dioses disfrutaban. Terrible frase. «Semina paene omnium scelerum a diis suis peccantium turba colligit» [34]. No sienten las muchedumbres deseos e instintos bajos cuya satisfacción brutal no la encuentren en modelos divinos...; nada menos que en el mismo Rey y jefe de los dioses: Júpiter...

52. Y con un golpe de gran audacia retórica se atreve el autor a ponernos todo ese conjunto de dioses, tan alejado de la vida divina, a manera de espectáculo de escena representada en los mismos cielos, «scaenam de caelo fecistis...» [35]. La dicha celeste a que se puede aspirar se convierte así en el mejor resbaladero, y ese mismo santificado para dar en la más vil de las renuncias de la dignidad humana. Quien quiera pecar con toda clase de crímenes tiene ya las puertas

---

[31] En castellano, la explicación más breve, clara y exacta que conozco de los misterios en sentido diverso del de mero culto religioso, es la que se lee en la traducción de la *Vida de Jesucristo*. de Grandmaison. Barcelona, 1932. Si uno no quiere perderse en esos verdaderos laberintos novelescos, allí puede conocer lo esencial de los principales misterios de Atis, Cabiros, Cibeles, Eleusis, Isis, Osiris, Orfeo y Mitra. Quien desee ampliar aún más sus conocimientos, puede consultar los *Manuales* o *Tratados* sobre religiones comparadas. de los PP. Huby, Pinard de la Boullaye y Schmidt, que han sido ya vertidos a la lengua castellana.

[32] *Del error de las religiones profanas*, núm. 10.

[33] *Ibíd*, núm. 12.

[34] *Ibíd.*

[35] *Ibíd.*

del vicio y del cielo abiertas..., pues que arriba están los dioses que conviene sean dechado de lo que debe ser el hombre.

53. Ya no queda más, añade, sino trasladar los templos a los teatros, hacer de los histriones sacerdotes, ya que tales cultos imposible hallen sitio y sacerdocio más adecuado. Allí pueden celebrarse con himnos los amores de los dioses, allí caen bien los bailes y danzas por las muertes y sufrimientos de los héroes divinizados; y ningún lugar tan a propósito para que nuestros impíos y sacrílegos dioses den a almas impúdicas lecciones de todo género de crímenes y lubricidad [36].

*

54. Eusebio de Cesárea, por su parte, tras compendiosas síntesis de los mismos y otros misterios y teologías mitológicas [37], en los siete primeros Libros de los de su *Preparación Evangélica*—y cierto que en su recuento los que quedan como los más moderados y parcos son los cultos de origen romano—, excluídos los ateos, reduce su estudio general a una serie graduada de varias clases de divinidades, que él compara con las cabezas de la hidra: 1. Astros y estrellas como fuentes de vida y de luz. 2. Frutos y elementos de vegetación y vida como causas de goce y de deleite. 3. Pasiones, amor, deleite y afectos de bienestar y de fruición. 4. Reyes, príncipes, antepasados ilustres que han sido, y se espera puedan seguir siéndolo, motivo del bienestar y progreso de pueblos y familias... 5. Espíritus medianeros, que nos procuran salud, bienes, dicha, honras y cuanto sea satisfacción de anhelos de placer. 6. Otros, en cambio, todo y sólo lo reducen *al placer*. Si todos esos cultos como cabezas se unen en un solo ser y principio de hidra, ¿quién será la base única y el único principio que une y funde en sí todas esas varias modificaciones de divinidades? Sólo una: la diosa «Voluptuosidad» y «el placer», que reina sobre toda la Humanidad. La «libido», dice, es la idea creatriz de la idolatría [38]. Y las

---

[36] *Ibid.*

[37] Eusebio, en esta gran obra *De la preparación evangélica*, trata, en el libro I, *de la Teología fenicia;* en el libro II, *de la Teología egipcia y romana;* en el libro III, *de la Teología alegórica griega y egipcia;* en los libros IV y V, *de los Oráculos;* en el VI, *del Hado*, etc. Tal vez sea Eusebio el Padre que más se presta a que se pueda estudiar en sus escritos mejor que en los de otros autores la idea de «trascendencia» del Dios de los judíos y cristianos, en oposición a la de «inmanencia» de las teologías greco-romanas.

[38] *Preparación evangélica*, lib. VII, cap. 2.

religiones numeradas no son sino derivaciones en diversos símbolos y modos de toda esa Teología orgíaca y procaz.

*

55. San Agustín, por fin, es quien más profundamente que todos los demás entra en el fondo del problema y lo desenvuelve con eruditísima maestría en *La Ciudad de Dios*. Aparte de las descripciones y análisis detalladísimos de todos esos cultos y religiones en su sentido religioso-moral, de que por ahora quiero prescindir para evitar repeticiones, lo que más nos interesa en este punto es ver cómo el Santo cierra todas las salidas a los paganos doctos y eruditos que, viendo demasiado claras las funestas consecuencias morales de ese panteón formado con tantos elementos extraños e incluso antagónicos [39], han creído poder tomar una posición intocable con distinguir la teología de los dioses: en teología de los poetas y artistas, en teología de los filósofos que explican la verdadera naturaleza de los dioses, y en teología según la cual se celebra en las ciudades el culto y se hacen los ritos y la elección, en cada caso, del dios a quien corresponde se le celebren los actos del culto. Es decir, con otras palabras: la *teología libre*, la *teología científica* y la *teología litúrgica*. De otro modo: la teología donde se falsea a los dioses; la teología donde se explica a los dioses; la teología según la cual se adora a los dioses. En la primera se maneja el artista a su gusto; en la segunda profundiza el pensador tras la verdad divina; y en la tercera el sacerdote hace de medianero entre los hombres y los dioses.

56. Con esta distinción y la solución alegórica creían se evitaban de raíz todas las dificultades antes propuestas. Los dioses quedaban omniperfectos en el Olimpo, omnigratos en las artes, y omnibuenos en los altares y aras, dando así verdades sublimes a la filosofía, inspiración variada y alegre al arte y beneficios celestiales a la religión, o sea, a sus adoradores y devotos.

Si Marco Terencio Varrón anatematiza y flagela los dioses mitológicos y Séneca los litúrgicos, San Agustín pulveriza los teológicos; y lo que es más a nuestro caso: prueba evidentemente que, para el efecto inmoral de las masas y de los pueblos, prácticamente no se diferencian apenas los dioses de los poetas de los dioses de los sacerdotes en sus cultos, ya que éstos y los misterios no se pueden celebrar ni comprender litúrgicamente sino a base de mitos y teogonías. El Pría-

[39] En este sentido escribía a San Agustín un pagano paisano suyo, contento de que ellos, junto con el Dios-Padre, adoraban sus dioses *mille modis corcordi discordia*. *Carta 16*. (Entre las obras de San Agustín.)

po que se adora en los altares es el mismo Príapo que hace reír en los teatros. Terrible anatema [40]. «Deteriora sunt templa ubi haec aguntur, quam theatra ubi finguntur.» La misma escena divina es la que se celebra en el templo que la que se ríe en el teatro.

57. Y al caso, el Santo, exponiendo con muchísimos ejemplos los cultos de Venus, Juno, Ceres, Líbero, Fauna, Flora, la Celeste de Africa, Príapo, Berecyntia, etc., deduce la concordancia cuando no la identidad de entrambas teologías. Ya desde Rómulo, según la leyenda. hijo de sacrilegio y de la violencia divina por parte de Marte y, según la Historia, probable hijo de prostituta, después de su fratricidio y asesinato mereció los honores de los altares patrios con el nombre de dios Quirino. Y con los cultos de Pan, Príapo y Luperco no fué Roma ninguna nación envidiable por la honestidad litúrgica de sus divinos protectores. En su mitología ritual son frecuentes los matrimonios divinos de hermanos entre sí, como Bellona con Marte, Vulcano con Venus, Neptuno con Salacia, etc. Las acciones más feas, según rito, tenían sus divinidades especializadas de tipo y nombre latinizado, tales como Yugatino, la Virginiense, el dios Subigo y la diosa madre Prema. A SÉNECA mismo le repugnaba toda esa mentalidad degenerada e impía; pero, como escribe el Santo, SÉNECA, en sus cultos, «quod culpabat, adorabat» [41]. Nada más natural, pues, que, como escribe SAN AGUSTÍN, propusiera a los romanos más preceptos de bien vivir PERSIO, en cinco versos de una sátira suya, que los centenares de dioses de la abundantísima lista divina del colector de ellos con todos sus nombres y especialidades, VARRÓN, quienes en su vida de goces apenas se preocuparon en los cielos de moralizar a los hombres [42].

58. Imposible dar en pocas líneas ni las ideas directrices generales del Doctor de Hipona en esta materia. El resultado último de su estudio fué el siguiente: La Roma última como Imperio, bajo tales modelos y dioses tutelares divinos y como protectora de tales cultos religiosos, cae en tal aberración sobre el fin último de la sociedad y sobre el modo de celebrar algunos de sus cultos y misterios, que sus dos fórmulas y programas, social-religioso el uno y moral-religioso el otro, pueden servirnos de medida del abismo adonde pueden caer aún pueblos dotados de las más admirables prendas naturales. Léalos el lector y verá que no quedamos exagerados en nuestra expresión. Para no cargar ya de más tinta colores de suyo tan negros respecto del programa religioso, remitimos al lector a la *Ciudad de Dios* [43]. En

---

[40] *La Ciudad de Dios*, lib. VI. cap. 10.
[41] *Ibíd.*, lib. VI, núm. 10.
[42] *Ibíd.*, lib. II, cap. 6.
[43] Lib. VII, cap. 27.

cambio, he aquí traducida íntegra la nervuda página del programa social-religioso, tal cual se lee en la misma obra [44], digna de esculpirse en el frontispicio de una ciudad, más que de verdaderos romanos, de súbditos de Sardánapalo.

59. «Yérgase ella en pie, dicen; florezca repleta de riquezas y victorias; y mejor si todos gozamos de segura paz. ¿Qué nos deben importar otras cosas? Auméntense cada día más nuestros tesoros, que nos faciliten los despilfarros diarios y por los que el más fuerte pueda abusar de los débiles. Sirvan los pobres a los ricos obligados por el hambre, y éstos, en brazos de una descansada inercia, exploten su patrocinio haciendo que los pobres, agraciados, no sean más que un hato de siervos al servicio de la utilidad y ostentación de su fausto.

»Vitoreen los pueblos no a quienes miran por su bien, sino a los que les proporcionen más placer. Nada duro se imponga, nada impuro se prohiba. Los mismos gobernantes glóríense, no de la virtud, sino de la sujeción de sus súbditos; y las provincias, a su vez, obedézcanles, no como a legisladores de la moralidad, sino como a sus conquistadores y provisores de sus diversiones, sin más respeto ni sinceridad que la que tiene el esclavo al látigo de su amo. Las leyes cuidarán más de evitar perjuicios hechos a la vida ajena que a la vida propia. No se lleve a los tribunales sino a quienes se tema que sean dañosos o importunos en relación con la propiedad de los haberes, casas, salud de los otros, dejando, por lo demás, a cada uno haga de sus cosas y con lo suyo, y según mutuo convenio con lo de los demás, lo que más gustare; abunden los lupanares públicos para cuantos ansíen gozar de ellos, y, sobre todo, para quienes no pueden disponer de mancebías privadas. Constrúyanse magníficos y suntuosísimos palacios; no se dé descanso a los sirvientes de opíparos convites; dondequiera y cuanto se quiera, día y noche, juéguese, bébase, vomítese, despilfárrese. Suene doquiera la algazara de los bailes, y en los teatros sea todo un hervidero de libertinaje desenfrenado, ahito de todo género de representaciones sucias y crueles.

»Téngase por enemigo de esta sociedad a aquel a quien no agrada esta felicidad, y si alguien pretendiese o quitarla o mermarla, a ese tal, el pueblo, amante de la libertad, arrójelo adonde no sea oído, quítele de su puesto y bórrele del número de los vivos.

»No se tendrá por verdaderos a más dioses que a los que consigan esta dicha a los pueblos y, conseguida, se la conserven.

»Déseles el culto que les plazca, y los juegos que reclamen para sus fiestas y puedan tener de sus devotos, con tal de que esta felicidad

[44] Lib. II, cap. 20.

esté asegurada de las guerras, de la peste y de cualquier otra calamidad.»

60. La relajación moral no podía descender a más. ¿Hacia falta un estigma? Lo tendrán: pues, como escribía ARNOBIO, los nombres de varios dioses han quedado en los diccionarios como las palabras propias para significar las mayores obscenidades y torpezas [45].

Y por más que el problema histórico evolutivo de los mitos religiosos, en opinión de ESTRABÓN, de APOLODORO DE ATENAS y del mismo POLIBIO, no daban a la Mitología ninguna importancia destructiva en el orden moral, lo cierto es que las acusaciones de los Santos Padres en la práctica no admitían excusa posible.

VII. Ultimas consecuencias de degradación moral.

61. Es decir, que después de tantas precauciones de los antiguos y austeros romanos para ponerse en guardia contra intromisiones posibles de los «dii adventitii», acabó Roma ella misma por levantar aras, columnas, altares, nichos, estatuas, capillas, templos y criptas subterráneos a toda esta verdadera plaga e inundación de religiones y misticismos exóticos, que se juzgaba satisfarían tanto más las ansias sentimentalistas y religiosas de los romanos cuanto hablaban más al interior del corazón y a las esperanzas purificadoras de ultratumba; mucho más que las ya formularias y frías liturgias de los doce dioses y ocho diosas, casi anticuadas por su fosilización espiritual, y a los que, por su compenetración con el culto romano, VARRÓN los calificó como lo más selecto del Panteón greco-romano [46].

62. He aquí, pues, el punto principal de vista del que no se debe desviar la mirada en el estudio que ahora nos interesa. Roma, en su abrazo a todas las religiones del Imperio, a condición de que reconociesen la supremacía de la Dríada Capitolina y la compañía santa de los dioses, lares y penates y de los genios divinizados de los Césares, había puesto en práctica, como norma de conducta suya político-religiosa, aquel principio de los neoplatónicos de la época «omnes deos colendos esse sapienti».

63. Por otro lado la tolerancia religiosa, a base sólo, por una parte, de unos dioses patrios y estatales, y, por otra, de misterios subordinados en todo a los primeros, desde el principio se ve ya que es

---

[45] Véanse los núms. 374 y siguientes.

[46] *La Ciudad de Dios*, VII, cap. 2.º Estos dioses son: Jano, Júpiter, Saturno, Genio, Mercurio, Apolo, Marte, Vulcano, Neptuno, Sol, Orco, Líbero (padre). Diosas: Telus, Ceres, Juno, Luna, Diana, Minerva, Venus y Vesta.

un absurdo social, humana y religiosamente a la vez. Era trasladar al orden trascendente divino, con todas sus consecuencias religioso-morales, las pequeñeces y limitaciones e intereses territoriales; y argüía que se ignoran la naturaleza de Dios, del fin último de las sociedades y de los más elementales valores de la verdadera ética religiosa del hombre. Pero esa monstruosidad de miopía particularista y estatal se exageró aún más cuando el culto, además de rendirse a dioses del cielo y antiguos héroes, se amplió a hombres muy modernos de la Tierra, cual a guías divinos de las naciones y Estados, no pocas veces de moral y dignidad humana personales muy por debajo de las de sus obligados adoradores. Porque en ese caso, en el concepto mismo de nuestros dioses, a la limitación terrena de las naciones unimos la idea de la miseria moral y tal vez la de los crímenes de quienes vivieron en el poder entre ríos de sangre inocente y en vil corrupción propia.

64. Religiones de esta índole por precisión tenían que resultar ser muelles rotos antes que fabricados, frenos desenfrenadores y parodias ineficaces del todo para contener en sus debidos cauces las pasiones violentas, que bien poco necesitan para saltar por encima de las más duras y coercitivas barreras, que con lumbre inequívoca les oponen la razón y la noción misma natural del verdadero Dios, Legislador y juez de súbditos, de señores y de Emperadores.

*

65. Pero no es eso lo peor. Toda alma, si le queda un rastro de nobleza, tiene, además, que sentir repugnancia positiva ante los sacrificios que sus flámines ofrendan en sus enguirnaldadas aras y templos a Cómodo, Pértinax, Lucio Vero y las dos Faustinas, etc. Eso, no menos que emulación al vicio, es un desprestigio absoluto, además, de los dioses mismos, del senado que impone esos cultos, del pueblo que los reconoce y rinde más adulador que piadoso, y de la religión que los acepta y santifica. La tiranía que más hace degenerar a los pueblos que han perdido la noción del verdadero Dios es esa que la adulación diviniza, o por cobardía o por vileza, o por hipocresía de los pueblos o por las tres razones juntas.

66. Si a eso se añade el que la idea de esos Emperadores divinizados se mezcla y se confunde con todo el panteón de dioses y de héroes, en los actos y momentos solemnes en que senado, sacerdotes, vestales y pueblo, al igual que en sus templos y al amparo de los mismos númenes, se juntan todos para sus juegos y diversiones en teatros, circos, anfiteatros, termas y estadios, en donde cada vicio ofrece su divinidad protectora y cada crimen cuenta con un héroe divinizado,

a escoger desde Cástor y Póllux hasta Antinóo o la diosa Flora.... se colegirá el descenso moral a que tienen que bajar necesariamente las masas que en esas asambleas populares y procesiones y fiestas públicas de sus divinidades, con sus ojos ávidos, contemplan en andas y nichos, canonizados, los vicios más nefandos de degenerados inmorales, como un Ganimedes, un Antinóo, un Hércules, un Apolo, un Jacinto y un Grysipo; y prostituídas las eminencias más incontaminadas de las mismas divinidades del cielo con todo género de indignidades, como Júpiter hecho raptor, adúltero, incestuoso, comprador del vicio, pederasta, sodomita, dios indigno, excogitando medios aun milagrosos para satisfacer sus pasiones, como un degenerado vil.

67. ¿Qué vale ahí la poca luz de la razón natural y las voces de unos cuantos filósofos, aislados de las masas, que en muchedumbres de cincuenta, sesenta mil en los anfiteatros, y de doscientos, trescientos mil en los circos, presididas por los respectivos sectores de las diversas clases y colegios de pontífices, augures, arúspides y autoridades civiles y militares, a la presencia condescendiente y bajo el patrocinio de largas hileras de dioses allí presentes, aplauden con delirio a los gladiadores que saben hundir mejor su espada en el pecho y fijar luego el pie vencedor sobre el cuello de su hermano; que gozan frenéticas en las contorsiones de las infelices víctimas que se retuercen entre el chisporroteo de las hogueras y los histriones y «noxii» que saben representar más al vivo en la arena las debilidades y crímenes de los mitos de sus dioses; o cuando caídos y atropellados en terrible confusión unos sobre otros con sus cuadrigas los diversos carros y aurigas de las locas carreras, se sellan todos estos espectáculos con tanta sangre humana, entre alaridos y gritería de las aclamaciones, que, como en ondas de plegarias de frenético entusiasmo, envuelven a la vez a los dioses inmortales del cielo y a los Emperadores divinizados de la Tierra, que allí mismo, desde la «spina» o el «pulvinar» del circo, presencian en nombre de los cielos escenas de tal carnicería y de tan atrevida inmoralidad? Todos los psicólogos e historiadores están de acuerdo en que la crueldad y la obscenidad son dos hermanas que fácilmente se emparejan en almas endurecidas. No sólo en las orgías de Baco; también en esto es muy exacta la expresión de PAULINO DE NOLA, autor del siglo V: «Sacra celebrabat sociata libido furori.» Celebraba los sagrados ritos la impudicia en maridaje con el furor.

68. Pero ni se extiende sólo hasta aquí el grado de descenso ético-religioso del medio ambiente en que se desarrolló el primer romper del Cristianismo.

Los anfiteatros, fuera de muy contadas ciudades, como Corinto y alguna otra, no eran conocidos en Grecia y el Asia Menor. Pero ¿quién

no sabe que, en cambio, el bajo nivel moral de las «divinas» Olimpíadas, también con sus dioses y diosas, no dejaba nada de envidiar, por otro aspecto, a la inmoralidad pública romana, aunque exenta de la fiereza de ésta?

¿De qué cultos misteriosos pasó a Roma el mal griego? ¿No eran divinidades y misterios griegos los que con pluma teñida de carmín de vergüenza cristiana nos han descrito CLEMENTE DE ALEJANDRÍA y EUSEBIO DE CESÁREA?

69. Los dioses y diosas más libres, que también entraron de cinco a dos siglos antes de Cristo en Roma, tuvieron su origen en concepciones etruscas, griegas y asiáticas; y la torrentera de los «misterios» tan «materialistas» en el fondo como ultramundanos en sus programas místicos, que cayeron sobre Roma por la época que nos interesa, son de procedencia griega, no menos que asiática, egipcia o fenicia.

70. He aquí una medida de justipreciar el caso. Si son cultos connaturales, como las fiestas de Pan, Príapo, las Lupercales y de la diosa Flora, cuya lascivia cortesana no podía ser mayor, porque por el fruto se conoce el árbol; si son exóticos, como las bacanales, etc., por la avidez y éxito con que fueron aceptados y asimilados. Masas de millones de hombres de pasiones de fuego y con modelos divinos tan a su gusto, ¿con qué contentivo eficaz pueden contar cuando se vean ante las provocaciones del placer o del furor divinizados?

71. Con razón los primeros escritores del Cristianismo insistían, hasta casi parecer machacones, en este punto, que tan maravillosamente analizado nos dejaron en sus obras casi todos los grandes apologetas cristianos de los siglos II, III y IV, desde JUSTINO y ATENÁGORAS hasta *La Ciudad de Dios,* de SAN AGUSTÍN.

72. Es decir, que los dioses que debían ser pauta y norma de moralidad, por medio de las artes, teatros, circos, termas y aun templos, resultaron continuas canonizaciones y provocaciones al vivo de todo género de vicios. Los dioses bajaron a ser mucho peores que sus adoradores, y, con esto, todos los más ruines instintos e ignominias humanas encontraron en sus ágoras y foros una escuela filosófica: en sus templos, un modelo divino en los dioses impecables, y en sus artes, pinceles ensalzadores y buriles que las eternizaron.

73. Las fórmulas breves usadas por todos estos Santos Padres, en las que ellos expresaban sus últimas impresiones, fruto de su estudio y experiencia de cuanto habían advertido cuando pertenecían a esos cultos, no dejan de ser de un realismo acre, pero contundente: dioses así no podían dejar de ser con su ejemplo. *Via facinorum... lex criminum... via libidinum... tanto devotius quanto turpius...*, *lex*

meretricia... abrupta praecipitia... obscenitatis officia... Dea voluptas... impudicitia sacra... semina omnium scelerum... religio libidinum, etcétera. Fórmulas que podrán parecer de expresión dura, pero que son de profundo abismo de realidad. Aunque también creo sea probable la idea que apunta San AGUSTÍN al hablar del culto más humano de Rómulo, de que [47], en ese modo de proceder el pueblo no era tanto víctima del amor al error cuanto del error por amor. ¿Qué vendría de eso? Lo que resultó. Torcida la regla, ¿quién la enderezará? ¿Quién apreciará dioses más criminales que su adorador? Divinizado el vicioso, más aún, el mismo vicio, ¿qué ojos como los suyos no lo querrán contemplar? ¿Qué instinto vil no lo querrá poseer? ¿Qué fiel servidor no lo querrá adorar?

74. El *Satyricón,* de PETRONIO, el diálogo *De la diosa Siria,* de LUCIANO, las *Metamorfosis,* de APULEYO y la *Sátira VI,* de JUVENAL [48] son el mejor retrato en la época que estudiamos de la última consecuencia de esta religión inmoral y de esta inmoralidad religiosa pues ambos elementos fundidos y abrazados en una sola alma y en un solo espíritu degradado se agitan y mueven en el fondo de esas cuatro obras tan repletas de nombres y alusiones a vidas, misterios y hechos de dioses como de vicios.

75. JUVENAL mismo será de este parecer. Toda la verdad histórica de su alcance realista nos dejó en una frase inmortal: *Saevior armis, luxuria incubuit, victumque ulciscitur orbem* [49]. SÉNECA formuló otra expresión de forcejeo moral psicológico no menos digna de eterno mármol: *Certatur ingenti quodam nequitiae certamine* [50]. SAN PABLO, por su parte, según estilo suyo, nos mostrará con su dedo de vidente divino los tres pasos progresivos del porqué teológico de esta última ceguera religioso-moral en que al fin cayó todo el mundo gentil greco-romano: negándose, soberbio en su ciencia y poderío, a reconocer al Dios que le diera un destello de su propia lumbre divina para reconocerle... «Ensoberbecidos—dice—devanearon en sus raciocinios, y su insensato corazón quedó lleno de tinieblas hasta llegar a la más brutal idolatría. Viéndoles Dios así los abandonó a los deseos de sus concupiscencias..., los dejó a merced de pasiones infames... y los entregó a un réprobo sentido...» (*Roman.* I, 21-32). Todo lo cual le precipitó a la última sima de la degradación humana.

---

[47] *La Ciudad de Dios,* lib. XXII, cap. 6.

[48] Los versos 306-334 de la *Sátira VI* nos dicen adónde pueden descender la profanación última del desprecio de la diosa «Pudor» y el rebajamiento de los misterios de la «Buena Diosa», de Roma.

[49] *Sátira VI,* v. 292-293.

[50] *De la Ira,* lib. II.

76. La raíz del mal estaba, pues, según el Apóstol, en lo que SAN AGUSTÍN había dicho de su propia vida de pecado: *Error meus, Deus meus:* mi Dios había sido mi error; en nuestro caso, los dioses, los genios, los misterios..., y de esa fuente, abierta a todos los males, afluyeron de por sí todas las aguas a la ciénaga de la sociedad de entonces. Tenía razón el mismo Santo al escribir de algunos de los cultos de Roma: *Ratio erubuit.* Con sólo pensarlo se tiñe de vergüenza la razón [51].

VIII. Diques inútiles.

77. ¿Quién contiene inundación tan malsana con todas sus consecuencias religiosas y morales? ¿La autoridad que divinizando o divinizándose fomenta aún más la confusión? ¿Severas leyes que en esa época apenas se urgían? A esto contestó muy a propósito FÍRMICO MATERNO: «¿De qué freno pensáis servirá a las conciencias el que algunos de estos actos caigan bajo severas sanciones, si creen vuestros súbditos *per deos suos sibi licere* algunos crímenes que, si los vedaba severamente la ley [52], los permiten e incluso los hacen sus dioses?» ¿Las escuelas filosóficas que, según SAN AGUSTÍN, en su inverosímil pulverización de pareceres ya en tiempo de VARRÓN ofrecían doscientas ochenta y ocho opiniones diversas, y todas ellas fuera de camino, sobre problema tan trascendental en el aspecto moral como es el del fin último del hombre? [53]. Además, ¿no eran precisamente los neoplatónicos los propagadores más decididos de las tendencias y soluciones místicas y teúrgicas de los misterios? Por otra parte, SÉNECA, CORNELIO LABEÓN, el satírico PERSIO, SIRO, EPICTETO, MARCO AURELIO, FILÓSTRATOS, los NEOPITAGÓRICOS y los ESTOICOS, todos los cuales procuraron, en nombre de la dignidad humana, elevar el nivel moral a base de una ideología ético-religiosa, además de ser gran parte de ellos decididos anticristianos, nunca lograron oponer más que débiles diques de congruencias humanas (y eso en unos cuantos escritos) al desbordamiento moral que, rotos todos los muros de contención de la conciencia pública y privada, estaba por aquellos mismos años dejando al Imperio bajo una capa de cieno en su máxima descomposición moral y religiosa.

78. Sólo restaba el recto instinto humano y la subconciencia de la misma sociedad, que, por un innato principio de conservación, al igual

[51] *De la Ciudad de Dios,* 46, VII, 27.

[52] *Del error de las religiones profanas,* núm. 12.

[53] *La Ciudad de Dios,* lib. IX, caps. 1 y siguientes.

que en toda y cada persona particular, actúa aquí colectivamente en silencio y sin advertirse, en lo íntimo de las mismas masas y pueblos. Y si hay autores de nota que ponen aún en el mundo pagano una exigencia de reacción antimaterialista en aquellos siglos, que se llaman hoy de anhelos elevadores e inquietudes religiosas de reacción—que como hecho soy el primero en admitir—, es menester confesar antes que precisamente esa sed y necesidad colectiva de elevación moral no fué por entonces y poco después sino un efecto por lo menos de una triple concausalidad: primera, del movimiento que Dios imprime a las almas para tender hacia su verdadero fin, que hace reaccionar vivamente en las grandes crisis a los corazones ante las decepciones claras de haber dado pasos en falso; segunda, de la emulación, sobre todo filosófica y sacerdotal, contra el Cristianismo, que, por su vida y miembros, aparecía con asombrosos éxitos ofreciendo al mundo un programa sublime, atractivo y moralizador, que satisfacía a tantas almas bellas y sinceras, sedientas de verdad y de dicha interior; y, por fin, de algunos talentos y conciencias naturalmente rectas que, sin dudar, existían entre los mismos sabios gentiles, los cuales se hacían cargo del abismo a que precisamente había conducido al Imperio Romano todo ese conjunto febril e histérico de falsas magias, supersticiones, mitologías, dioses, diosas, misterios, ansias de novedad y concupiscencias desatadas so pretexto de religión. Pero ese mismo hastío y desilusión religiosa en que al fin cayó Roma, según confesión de todos como efecto de lo dicho, prueba precisamente lo que estamos explicando.

*

79. Pero ¿quién ha llamado nunca salud sólo a las ansias de sanar de uno que se siente enfermo? ¿Quién jamás ha llamado «médico» el sentirse uno, por la gravedad de su mal, a las puertas de la muerte? Esas ansias las pudieron producir en su origen la evidencia y experiencia triste de los errores religiosos cometidos; sanarla, nunca.

80. El enfermo se sentía agonizar, y el médico no aparecía. La crisis proseguía su camino fatal, y si algunos pocos filósofos atinaban con alguna receta, faltaban las farmacias. El enfermo pronto vió era más cadáver que vivo, a pesar de todas las teurgías purificadoras neoplatónicas.

81. Se habla de que favoreció en gran manera al éxito del Cristianismo la cuádruple ventaja de la unidad geográfica del Imperio con sus vías romanas, de la unidad política, de la unidad de lengua y de

la unidad monetaria [54]. Pero ¿es que esas cuatro ventajas eran exclusivas del Cristianismo y no podían servir tanto para que se agravase más el enfermo como para que le llegasen los socorros del Cristianismo?

82. Al revés: todo el prestigio, la tradición, el ambiente, el culto patrio, el apoyo oficial de todos los poderes, personas, sociedades y clases de influjo, en los tres primeros siglos, estaban mucho más en favor de sus filósofos que de los extraños cristianos; y la misma filosofía espiritualista y mística pagana nunca había, tal vez, valido tanto como valdrá bien pronto con la escuela elevadora de PLOTINO. Por la misma causa trabajarán PORFIRIO, JÁMBLICO, ARRIANO, HIERACLES, PROCLO, SAKKAS, LAVIANO, SÍMACO; pero el estado del enfermo pagano seguía agravándose cada vez más.

83. Da la historia de la mística que gran parte de los últimos adalides del pensamiento y del alma tradicional de la antigua Roma, hasta que el teologastro JUSTINIANO clausuró la Academia de Atenas definitivamente el 529, no fueron sino una prueba palmaria más de la nulidad de la filosofía pagana para detener la violenta corriente del mal moral religioso de la época, pues que acabó ésta misma por arrastrar en sus aguas desbordantes sus sistemas y sus nombres, que han quedado en la Historia como meros recuerdos de un naufragio de ideas y de sentimientos, de intentonas inútiles y de estériles esfuerzos para una renovación espiritual pagana. ¿Dónde estará, pues, el remedio?

---

[54] No sólo las historias de economía romana, como la de TOUTAINE, escritas en nuestros días, sino aun escritores católicos, como COSMAS INDICOPLEUSTES, autor egipcio de mediados del siglo VI, mercader de Ceilán y la actual India, y que él mismo navegó los mares de Oriente antes de hacerse monje, indican lo que influyó la fijeza y excelencia de la moneda romana para el gran intercambio de ideas entre los países del Extremo Oriente con Roma durante el Imperio Romano y aun después de la caída de éste. Hablando de su época, COSMAS, en su *Topografía cristiana*, escribe estas palabras sobre las relaciones de la Iglesia y el Imperio, ya para entonces, en gran parte destrozado, en orden a la extensión del Cristianismo por el Extremo Oriente: «El Evangelio se extendió, al principio, dentro del territorio del Imperio Romano; muy pronto también pasó a Persia por el Apóstol Tadeo.., y cierto que en todo esto militaron muchas ventajas en favor del Imperio: una fué el haber sido él el primero en haber creído en la fe de Cristo..; otra, la excepcional ventaja que le dió el Señor, a saber: la de que todas las naciones del mundo usan en el comercio internacional la moneda romana, y eso, en cualquiera nación, por perdida que se halle en el extremo del mundo, todos usan de ella y la admiran, pues que, ciertamente, en ninguna otra gente de ningún pueblo hay otra que se le pueda comparar.» Lib. II, 148.

IX. El Dios rechazado, único remedio

San Agustín, al principio de sus libros sobre la *Concordancia de los Evangelistas*[55] se detiene en ampliar una idea que, por lo visto, le hirió vivamente, pues que la torna a hacer revivir en *La Ciudad de Dios*[56].

84. Roma, dice, que había ido aceptando todos los dioses y todos los misterios egipcios, persas, fenicios, asiáticos, griegos y babilónicos por estos años, sin al fin exceptuar ya a ninguno, sólo establece y sostiene firme una reserva, y ésa contra la religión que transportó de Palestina a la Capital del mundo un pobre pescador de Galilea. Era un «dios adventicio» que, por el género de su muerte, merecía ser considerado, por los juristas y gobernantes romanos, de la misma baja ralea que los «noxii» devorados por las fieras en los anfiteatros, o de los esclavos fugitivos expuestos para pasto de los buitres o en cruces en el Campo Marcio, o en los postes fijos del Esquilino. Caso único en la historia de todas las religiones del mundo.

85. ¡Extraña aparición! Es un artesano crucificado como los siervos fugitivos, en Jerusalén; y que ya no él, sino que, por boca de un pobre pescador del Tiberíades, reclama imperioso lugar de adoración en la cabeza del hasta entonces mayor imperio del mundo; con la pretensión, además, de la abolición explícita de todos los otros cultos a la sazón existentes y reconocidos en todo el imperio. Su intento era que quienes adoraban a Rómulo por el amor que le tenían como a fundador de su ciudad, ahora, dejando este culto, le amen a él por la adoración que él merece e impone.

86. ¿Qué garantía de éxito presenta? En la apariencia, un patíbulo de ajusticiado; en los labios, un Evangelio de fraternidad universal y un único Dios Padre de todos; y en el corazón, la omnipotencia y el amor del Verbo de ese mismo Dios. Se ha propuesto transformar el mundo librándole de toda esta idolatría, y para esa transformación se ha rodeado de «doce» pobres pescadores de un lago desconocido, allá en una provincia también ignota del Norte de la desprestigiada Palestina.

87. Entre otras señales características, dos términos morales antitéticos manifestarán, según él, su obra divina: *el extremo* DE DÓNDE de la miseria moral que acabamos de examinar, y a la que paso a paso ha conducido al mundo greco-romano el culto de todos esos dioses, y

---

[55] Léanse, sobre todo, el libro I, 12-13, 15, 17-20, 24-33.

[56] *La Ciudad de Dios*, lib. XXII, cap. 6.

el extremo ADÓNDE, de santidad social, al que en muy pocos años ha elevado en parte ya, y después de siglo en siglo levantará aún más al mundo [57].

88. Para tamaña empresa, este «dios adventicio» anunció ya, primero antes y luego pocos días después de su muerte, que no contaba, al principio, más que con aquellos doce pobres galileos a quienes mandó en calidad de testigos o mártires suyos extendiesen su culto y su amor aun mucho más allá de los límites del Imperio, hasta los confines del mundo [58]. Según él, a donde no llegó el arma del soldado del Imperio, allí debería llegar el leño de la cruz.

---

[57] He aquí el doble programa de amor de Dios y amor del prójimo de esta elevación sublime formulada por SAN AGUSTÍN, dos años después de convertido, en su libro *De las costumbres de la Iglesia Católica*, lib. I, cap. 30: «Con razón tú, Iglesia Católica, verdaderísima Madre de los cristianos, enseñas no sólo que se debe rendir purísima y castísimamente culto a Dios, en cuya posesión consiste la vida felicísima, sino que no debemos adorar a ninguna criatura a la que se nos manda servir. El es, fijo en su incorrupta inviolada eternidad, el único a quien debe someterse el hombre. La misma razón humana jamás podrá dejar de ser desgraciada si no es uniéndose a El, desasida de cuanto sea criatura, al fin y al cabo sujeta como tal a cambios de forma y de tiempo. En El se distinguen en inconfusas la Eternidad, la Verdad y la Paz, sin que por eso nada separe lo que en la Majestad de su esencia es idéntico y uno. Además, tienes puestas tus delicias en la caridad y amor del prójimo, de modo que cuantos males y enfermedades morales caen sobre la pobre Humanidad por efecto del pecado, hallan en ti la debida medicina.

»Tú adoctrinas y ejercitas a los pequeños puerilmente, con reciedumbre a los jóvenes y con sosiego a los ancianos, según disposición de su estado psíquico y corporal. Tú sometes las esposas a sus maridos con casta y fiel sujeción, no para saciar concupiscencias, sino para propagación de los hijos y para íntimo lazo de comunión familiar. Tú prepones los maridos a las mujeres, no para abuso y juego de su inseguridad de sexo, sino para orden de la ley del sincero amor. Tú haces que los hijos, en filial y libre servidumbre, estén bajo el dominio de sus padres, y que éstos, a su vez, ejerzan su autoridad con piedad paternal. Tú adunas a hermanos con hermanos con lazos de religión con más cohesión que lo hacen los vínculos de la sangre. Cuanto es y sirve para estrechar todo género de relaciones de parentesco y afinidad háceslo tú, sin en ello violentar ni la Naturaleza ni la libertad, con el glútino de la mutua caridad. Enseñas a los siervos que deben estar pendientes de sus amos, no tanto por la exigencia de su condición cuanto por el gusto de servirlos. Tú, en cambio, enseñas a los amos sean para con sus servidores mansos, por la consideración de que los unos y los otros tienen el mismo y común Señor, y más propensos a mirar por su bien que a ser duros con ellos. Tú, recordando el común tronco de procedencia, unes a ciudadanos con ciudadanos y a gentes con gentes, no sólo con vínculos de una gran sociedad, sino de una universal fraternidad. Enseñas a los reyes que miren por la felicidad de sus pueblos, y a éstos que vivan sujetos a sus reyes. No te cansas en indicar a quiénes se debe el honor, a quiénes el efecto, a quiénes la reverencia, a quiénes el temor, a quiénes el consuelo, a quiénes la admonición, a quiénes una palabra de aliento, a quiénes el orden y disciplina, a quiénes la reprensión, a quiénes el suplicio. Tu norma es no todo ni de igual modo a todos, pero sí la caridad para todos y con ninguno la injusticia.»

[58] MAT., XXVIII, y MCOS., XVI, 15-18.

89. El Cristianismo, al entrar y ensayar sus primeros pasos en Roma, se halló, pues, de frente a un pueblo venido de sangre de dioses, cuyos Emperadores obtenían la apoteosis que les colocaba en el mismo rango de las divinidades celestes, que había divinizado su historia en los lares de las casas, en los penates de las familias y de las ciudades, en los héroes de sus templos y en los genios de sus Césares. Su Valor, su Fortuna, su Concordia, su Victoria, su Fidelidad su Fecundidad, su Belleza, su Virtud, su Tierra misma, las Aguilas de sus estandartes se habían transformado para ella en divinidades, con sus aras y sacerdotes. Toda Roma entera, y el mismo Imperio eran como un altar, un templo y un pebetero de incienso sagrado en que Roma adoraba a la propia Roma. Aún nos quedan las soberbias ruinas de su templo frente a la puerta triunfal del Coliseo.

90. ¿Acabaría ésta por abandonar el culto de Rómulo y su propia adoración para, entre las ruinas de sus viejos templos, adorar a un galileo, al que como a uno de los más viles esclavos mandó ejecutar en Jerusalén un representante del César? Esto nos lo dirá el fruto de la sangre de los mártires.

X. Misión de los mártires en esta providencia

91. Lo cierto es que después del derramamiento de ésta, la cual, según San Agustín, apagó las aras encendidas de los altares paganos [59], logrando así extinguir en las conciencias del Imperio el culto a los dioses falsos, con pasmo de la historia de las religiones, resultó verdad que, si primero Roma por solo amor, en frase de San Agustín, divinizó a Rómulo, después por crearle Dios, terminó por amar a Cristo.

*

92. Ante este hecho tan histórico se querellaban los romanos gentiles en tiempo de San Agustín de que se desmoronaban por casi todas las ciudades del Imperio los anfiteatros, foros, murallas y templos... «¿Cómo os extrañáis que caiga todo eso—les replica el Santo—si no podía ser otra cosa, dada su vaciedad interior, como invento al fin

[59] *Eorum templa moriendo everterunt.... qui (Deus) eorum fumantes aras morientium sanguine exstinxit.* «*Serm.*», 312, cap. 5.

que fué del sacrilegio y la lascivia? [60] Tal es el ambiente moral pagano en que los mártires deberían cumplir su transformadora misión.

[60] *Per omnes pene civitates cadunt theatra, caveae turpitudinum et publicae professiones flagitiorum; cadunt et fora vel maenia in quibus daemonia colebantur. Unde enim cadunt nisi inopia rerum, quarum lascivo et sacrilego usu constructa sunt?* «De la concordia de los Evangelistas», lib. I, cap. 33. Por más que muchos, al oír hablar así a San Agustín, como él mismo escribía, furiosos exclamaban diciendo: *O si taceat de Roma, quasi ego insultor sim et non potius Domini deprecator et vester qualiscumque exhortator.* «Serm.», 105, cap. 9. Lo cierto es que la historia le ha dado en todo ello la razón.

TEXTOS PRINCIPALES
DE AUTORES NO CRISTIANOS

Lista de los Emperadores romanos desde Augusto a Septimio Severo

DURACION DE SUS IMPERIOS

DEL AÑO 1 AL 202

1.	Octaviano Augusto	14	después de	Cristo
2.	Tiberio	14 - 37	»	»
3.	Gayo Calígula	37 - 41	»	»
4.	Claudio	41 - 54	»	»
5.	Nerón	54 - 68	»	»
6.	Galba	68 - 69	»	»
7.	Otón, Vitelio	69	»	»
8.	Vespasiano	69 - 79	»	»
9.	Tito	79 - 81	»	»
10.	Domiciano	81 - 96	»	»
11.	Nerva	96 - 98	»	»
12.	Trajano	98 - 117	»	»
13.	Adriano	117 - 138	»	»
14.	Antonino Pío	138 - 161	»	»
15.	Marco Aurelio	161 - 180	»	»
16.	Cómodo	180 - 192	»	»
17.	Pértinax	193	»	»
18.	Didio S. Juliano			
19.	Septimio Severo	193 - 211	»	»

OCTAVIANO AUGUSTO

Autobiografía de Augusto

AUGUSTO nació el 63 antes de Cristo; fué adoptado por J César. Después de ser éste asesinado, el 44 (a. C.), el 43 (a. C.) formó el triunvirato con Antonio y Lépido. El 42 (a. C.) venció a Bruto y Cassio, y el 31 (a. C.) a Antonio, en Accio. Se le dió el título de «Augusto». Se hizo escoger para todos los cargos principales de la República; murió el 14 (d. C.).

El templo de Ancyra, donde se esculpió esta inscripción, estaba dedicado al culto de Roma y Augusto. El Emperador Augusto había confiado el año 13 a las vírgenes vestales cuatro documentos sellados, que deberían leerse en el Senado después de su muerte [1]. De estos cuatro documentos, sólo se nos conserva el que ofrecemos al lector, llamado *Res gestae Divi Augusti.* Según voluntad de Augusto, fué esculpido por Tiberio en dos pilastras de bronce (en Roma), que se colocaron delante de su mausoleo; diéronse también estos documentos a los gobernadores de provincias, que es por lo que se ha conservado esta inscripción. Su primer descubrimiento se hizo en 1555. Su facsímil exacto se expuso en Roma en 1938, en la magnífica «Mostra Augustea della Romanità».

Ofrecemos íntegro su texto a los lectores por su contenido religioso, que refleja muy bien el carácter y obra del gran restaurador del culto patrio. Augusto fué el verdadero fundador del Estado-Dios de Roma, que con los sacrificios y flámines imperiales había de jugar años adelante tan importante papel en las Actas de los mártires cristianos.

Reproducimos, salvas pequeñísimas modificaciones, una de las primeras traducciones que se hicieron al español de tan célebre inscripción en la *Biblioteca internacional de obras famosas,* tomo III, págs. 1.497-1.505, Buenos Aires. La

[1] Llamábasele *Index rerum a se gestarum* o *Res gestae Divi Augusti.* Según SUETONIO, el testamento hízolo Augusto un año y cuatro meses antes de morir, añadiéndole dos codicilos escritos en parte de su puño y letra. Este testamento lo presentaron en el Senado las mismas vestales en cuyas manos habían sido depositados. Instituía por herederos suyos principales a Tiberio y Livia. Legaba al pueblo romano unos veintidos millones de pesetas. De los tres cuadernos que había unido a su testamento, uno contenía disposiciones para sus funerales; otro, un resumen de su actuación como hombre público, que es el documento que ofrecemos a los lectores, y el tercero, una exposición del Imperio, con datos precisos sobre el estado militar, económico y tributario en que dejaba el Imperio.

laguna que dejaron por indescifrable los traductores, la hemos rellenado con las indicaciones de PERROT, en sus estudios arqueológicos sobre el Asia Menor, y de MOMMSEN sobre la misma inscripción; y que las hemos visto después cabalmente confirmadas en la versión del *Res gestae* que se ostentaba en la Sala VIII de la Exposición augustea de la Romanidad.

Res gestae divi Augusti

93. A la edad de diecinueve años equipé un ejército por mi propia cuenta y a mis expensas, por medio del cual devolví la libertad al pueblo oprimido por el poder de las facciones. Por ello, el Senado me eligió miembro suyo mediante honrosos decretos en el consulado de C. Pansa y A. Hircio, concediéndome rango consular. Al mismo tiempo, me dió el *imperium* (mando supremo militar).

A fin de que la República no pereciese, se me confió su custodia como pretor, juntamente con los cónsules; mas habiendo ambos muerto en la guerra, el pueblo me eligió cónsul en el mismo año y miembro del triunvirato que se estableció en la República.

94. Desterré a los asesinos de mi padre [2], castigando su crimen por medio de sentencias legales, y después les vencí dos veces en batalla cuando hicieron guerra a la República.

95. Sostuve una guerra civil y exterior por mar y tierra, que se extendió a todas las partes del mundo, y habiendo salido victorioso, perdoné a los ciudadanos que aún quedaron. Preferí conservar antes que destruir las tribus bárbaras que podía perdonar sin peligro. Quinientos mil ciudadanos romanos me prestaron juramento de fidelidad, y, de entre ellos, establecí colonias y los envié dándoles tierras o dinero para atender las granjas adquiridas por mí.

96. He capturado seiscientas naves, sin contar las que son menores que trirremes. Dos veces he triunfado por ovación [3], y tres veces

---

[2] El 13 de septiembre del año 45 a. de J. C., Julio César adoptaba como hijo y heredero suyo a Octaviano, hijo de Octavio, natural de Velletri, y de una sobrina suya llamada Azia. Esta, a su vez, había tenido por padres a Julia, hermana de Julio César, y M. Azio. Cuando, asesinado ya César, se presentó en Roma Octaviano a reclamar sus derechos, no contaba aún 19 años. Pronto, con Marco Antonio y Lépido, formó el primer triunvirato.

[3] Los triunfos de ovación eran los más insignes después de los solemnísimos, en los que también fué afortunado Augusto. Sólo los tres días, 13, 14 y 15 de agosto, conmemoró durante su vida los aniversarios de las victorias: el 13, el del Ilírico; el 14, el de Accio, y el 15 el de Egipto. En las ovaciones, el general victorioso iba a caballo: en los triunfos, en carro triunfal. Véanse los núms. 450-454.

se me ha concedido el triunfo mayor como magistrado curul, y he sido nombrado *imperator* veintiuna veces. Más tarde, cuando el Senado me decretó otros triunfos, los rehusé aceptando únicamente las coronas de laurel para depositarlas en el Capitolio [4], en cumplimiento del voto solemne que hice en cada guerra. Por el próspero éxito de cincuenta y cinco campañas por mar y tierra, ya mío y de mis legados, el Senado decretó una serie de fiestas a los dioses inmortales, siendo ochocientos noventa los días [5] que dichas fiestas duraron. Nueve reyes o hijos de reyes han sido conducidos en triunfo delante de mi carro. He sido treinta veces cónsul en el tiempo en que escribo esto, y asumí el cargo de tribuno por trigésimoséptimo año.

97. No acepté la dictadura que, tanto presente como ausente, me dieron el Senado y el pueblo durante el consulado de M. Marcelo y L. Arruncio. No he rehusado encargarme de las distribuciones anuales aun en la mayor carestía del trigo, y llevándolas a cabo con cuidado, a mis expensas, he libertado al pueblo en pocos días del temor de un peligro inminente. Entonces no quise aceptar el consulado que se me concedía por aquel año y a perpetuidad.

98. (Borroso en el original). «Bajo el consulado de Vinucio y de Quinto Lucrecio, y después bajo el de P. Léntulo, y, en fin, por la tercera vez, bajo el de P. Fabio Máximo y de Quinto Tuberón, recibí, por acuerdo del Senado y del pueblo romanos, la vigilancia de las leyes y de sus costumbres con los poderes más extensos. Cuando más tarde se me quisieron conferir de nuevo análogos poderes no los acepté; pero habiéndome encargado el Senado el arreglo de otros negocios, los terminé, en virtud del poder tribunicio de que estaba investido. En este poder me he asociado cinco veces a un colega, con el consentimiento y aprobación del Senado.

Durante diez años fuí uno de los triunviros para administrar la

[4] Las coronas de laurel de los grandes triunfos las depositaban en honor de Júpiter Capitolino, como devolviéndole la victoria que le debían sus representantes en las guerras. Desde Augusto también se colocaban en el templo de Marte Vengador. En estos actos siempre les acompañaba la diosa Victoria, con una corona o con un águila de alas extendidas en la mano, cuya pequeña efigie guardaban los Emperadores en sus habitaciones particulares, pero cuya gran estatua de oro macizo se veneraba en medio del Senado romano, en la Curia, y fué definitivamente quitada por Teodosio I.

[5] Recuérdese que los días de fiestas, con ocasión de los triunfos sobre los dacios de Trajano, duraron solos ellos, 132 días. Escribe Dión Casio, según el resumen de Xifilino: «Después de ésto dió (Trajano), durante ciento veintitres días, espectáculos en los que, a veces, se mataron mil animales, y algunos hasta diez mil, y en los que diez mil gladiadores combatieron entre sí.» Ya antes, Tito, después de sus victorias, y terminados el anfiteatro y sus termas, entre otros varios juegos, en un solo día, escribe Suetonio, en la vida de este Emperador (cap. VII), presentó cinco mil (?) animales de toda especie. Véanse los núms. 417 y siguientes.

República; jefe del Senado, hasta el día en que escribo esto, por espacio de cuarenta años; pontífice, augur, miembro del Colegio de los quindecínviros [6] y del de los septénviros [7], arval [8] del Colegio ticio [9], y fecial [10].

99. En mi quinto consulado aumenté el número de los patricios por orden del pueblo y del Senado. Escogí también la lista de los senadores en tres veces. En mi sexto consulado hice un censo del pueblo, teniendo por colega a H. Agripa. Celebré un lustro [11] después del censo pasados cuarenta y dos años [12]. En este lustro, el censo del pueblo romano fué de 4.063.000 individuos.

100. De nuevo, desempeñando sólo el imperio consular, celebré otra lustración en el consulado de C. Censorino y C. Asinio, y en este lustro se contaron 4.233.000 ciudadanos romanos. Por tercera vez, teniendo el imperio consular con Tiberio César, mi hijo [13], por colega; siendo cónsules Sexto Pompeyo y Sexto Apuleyo hice un lustro, en el que se contaron 4.937.000 ciudadanos romanos.

101. Con nuevas y detalladas leyes restauré muchas antiguas prác-

---

[6] Sacerdotes a cuyo cargo estaban los sacrificios más solemnes.

[7] Los encargados de preparar y presidir los banquetes religiosos; llamábanse epulones.

[8] Sacerdotes cuyo fin principal era obtener el fruto y bendición de los campos; se suponia que Rómulo habia sido uno de ellos. AULO GELIO, en sus *Noches Aticas*, escribe: «Concedieronle a Caya Terracia, vestal, estos honores y privilegios, para recompensarla por haber dado al pueblo romano los campos del Tiber, llamado con otro nombre Campo de Marte. En cuanto a Acea Larencia, ésta era una cortesana, enriquecida por la ganancia de su vida licenciosa, y que legó su inmensa fortuna a Rómulo, según VALERIO ANCIAS. En agradecimiento a este beneficio, el sacerdote quirinal le ofrece un sacrificio y se le consagra un día en los fastos. SABINO MASURIO, en el libro primero de sus *Memorias*, pretende, apoyándose en otras historias, que esta Acea Larencia fué la nodriza de Rómulo. «Esta mujer—dice—tuvo doce hijos varones. Habiendo muerto uno de ellos, ocupó Rómulo su puesto, lactándole Acea Larencia. En lo sucesivo llamó a sus hermanos hermanos arvales, y él mismo tomó ese nombre. Tal es el origen de este sacerdocio, con una corona de espigas y cintas blancas.» Lib. I, cap. VII.

[9] Eran los sacerdotes ticios los que aún conservaban el rito y el culto de los sabinos, que se juzgaban anteriores a Rómulo.

[10] Feciales, sacerdotes fundados por Numa para los arbitrajes, legaciones de guerra, proposiciones de paz, examen del cumplimiento o no de los tratados entre los pueblos contendientes y negociaciones que hoy diríamos internacionales. Fueron como los precursores del derecho de gentes. Se modificó mucho con el tiempo su modo de actuar... Antiguamente, el sacerdote fecial era el primero en echar el dardo a tierra enemiga, como en señal de declaración de guerra en nombre de Roma, usando una fórmula que nos conserva AULO GELIO, lib. II, cap. IV.

[11] Sacrificios expiatorios y purificaciones celebrados por los censores cuando se hacían los censos.

[12] Se refiere al censo del año 70 anterior a Cristo.

[13] Hijo adoptivo y sucesor. Es de notar los muchos emperadores romanos que murieron sin lograr sucesión masculina: César, Augusto, Tiberio, Calígula, Claudio, Nerón, etc.

ticas que iban abandonándose en nuestra ciudad, y dicté usos que serán muchos de ellos seguidos por la posteridad.

102. El Senado decretó los votos que debían hacerse por mi salud cada cinco años por los cónsules y sacerdotes; por estos votos se han celebrado a menudo juegos durante mi vida; algunos, al principio, por los cuatro principales colegios de sacerdotes [14], y, a veces, por los cónsules. Tanto individualmente, como en corporaciones municipales, todos los ciudadanos han ofrecido sacrificios regulares por mi salud ante los altares de los dioses.

Por decreto del Senado, mi nombre se incluyó en la himnodia salia [15] como sacrosanto, dándose una orden sagrada en virtud de la que gozaría del poder tribunicio mientras viviese. Rehusé ser Pontífice máximo en lugar del que entonces existía, confiriéndome el pueblo el sacerdocio que mi padre tuviera antes que yo. Acepté el pontificado máximo algunos años más tarde por haber muerto en las discordias civiles el que lo ocupaba y haber acudido el pueblo de todas partes de Italia para mi elección, en multitud tal, que se dijo que nunca se vió antes en Roma [16]. Eran entonces cónsules P. Sulpicio y C. Valgo.

---

[14] El ritual antiguo de Numa contenía ocho oficios, según los órdenes sagrados siguientes: 1), el de los sagrados ministerios que se señaló a los *curiones*; 2), los *flámines*; 3), los *céleres*; 4), los *augures*; 5), las *vírgenes vestales*; 6), *los sacerdotes salios*; 7), los *feciales*, y 8), el *Pontífice Máximo*. A cada Curia señaló sus dioses y sus sacerdotes propios, y dotó a éstos con carga al erario. Cada Curia tenia su cenador sagrado propio para sus sobrios banquetes litúrgicos. Con el tiempo surgieron nuevos compromisos sagrados y nuevos servicios. Se colegiaron las diversas agrupaciones de sacerdotes en clases de sodalicias y colegiadas, y los cuatro colegios a que alude Augusto son el de los pontífices, el de los augures, el de los quindecínviros y el de los septénviros.

[15] Los sacerdotes salios palatinos (contrapuestos a los fundados por el Rey Hostilio, que se llamaban agonales) en general tuvieron su domicilio en el Palatino. Eran saltadores, músicos y danzantes del culto. Célebres por sus distinguidas familias—Escipión fué uno de ellos—y por su solemnísima intervención con himnos en los grandes actos religiosos, vestian túnicas policromas y como pretextas de púrpura, llevaban en la cabeza yelmos en forma de conos; era también institución regulada por Numa. Augusto aumentó el número de sacerdotes, su dignidad y privilegios, sobre todo los de las vestales.

[16] Se advertirá la solemnidad con que Augusto habla de su elección para el Máximo Pontificado después de Lépido. Cuando Marco Aurelio repartió sus poderes con Vero en el Imperio, se adjudicó exprofeso el mismo cargo. Tito tuvo empeño en poseerlo por no manchar más con sangre sus manos ya pontificales. Era distinción y oficio altísimo. Se le reputaba como a una representación o estatua viva del mayor de los dioses. Su esposa, su casa, sus hijos pasaban a ser sagrados y como propiedad de Dios. En asuntos del culto y sacrificios gozaban de atribuciones sobre los cónsules y el mismo Senado. Le correspondian las causas referentes al culto, examen y vigilancia ritual de los demás sacerdotes y tenía a su cargo inmediato a las vírgenes vestales. En los grandes actos religiosos de Roma y del Imperio actuaba como un verdadero representante del invisible genio de Roma y del Imperio. Desde Augusto, para tener toda la fuerza en una sola mano, se vinculó prácticamente a la dignidad imperial, pues cada vez que

103. El Senado erigió un altar a la Fortuna preservadora, cerca del templo del Honor y de la Virtud, en la puerta Capena, a mi vuelta, ordenando a los sacerdotes y vírgenes vestales [17] hacer un sacrificio en el aniversario del día en que volví de Siria, durante el consulado de Q. Lucrecio y M. Vinucio. Este día tomó de mi nombre el de augustal.

104. Por decreto del Senado de aquel tiempo fueron a encontrarme a la Campania parte de los pretores y tribunos con el cónsul Q. Lucrecio, honor que hasta entonces a nadie se dispensara. Cuando de España [18] y las Galias volví a Roma, en el consulado de Tiberio Nerón y P. Quintilio, habiendo tenido término feliz los negocios de aquellas provincias, el Senado mandó erigir en el Campo de Marte un altar consagrado a la Paz Augusta, por mi vuelta, en cuyo altar, los magistrados, sacerdotes y vírgenes vestales, tenían que hacer un sacrificio conmemorativo [19].

---

era elegido un emperador, el colegio de los sacerdotes le ofrecía la investidura de Pontífice Máximo, título al que nunca renunció ni Constantino el Grande. Cuando Augusto comenzó su pontificado, hizo quemar más de dos mil volúmenes de profecías en griego y latín que estaban muy esparcidos por el vulgo. Expurgó asimismo los Libros Sibilinos que guardó en cofres de oro, bajo la estatua de Apolo en el Palatino.

[17] Las vestales, que empezaron por ser cuatro y fueron después casi siempre seis, eran recibidas por el Pontífice Máximo con fórmulas fijas desde los seis a los diez años: su sacerdocio obligatorio duraba lo menos hasta los cuarenta años (véanse nn. 369-373). Institución eminentemente romana, confiaba a las manos virginales de estas sacerdotisas lo más santo que guardaba el pueblo romano, los recuerdos traídos por Eneas y el fuego perenne y sagrado de Vesta, según creencia de ellos tan íntimamente relacionado con las desgracias y triunfos nacionales de Roma. La violación de su voto se castigaba a veces con enterrarlas vivas; sus privilegios eran excepcionales. Tácito nos refiere de una de las vestales, que precisamente tuvo en sus manos el testamento de Augusto que aquí transcribimos, la siguiente referencia que agradará al lector: «Después de esto propuso César Tiberio que se recibiera una virgen en lugar de Occia, que había presidido cincuenta y siete años con gran santidad a los sacrificios vestales. Y agradeció a Fonteyo Agrippa y a Domicio Polión que con la oferta que hicieron de sus hijas, parece que contendían entre sí sobre cuál tenía más amor a la República. Dióse el lugar a la hija de Polión, no por otra cosa sino porque su madre estaba todavía en el primer matrimonio. Consoló Tiberio a la otra por la afrenta de verse estimada en menos, con darle veinticinco mil escudos de oro (un millón de sestercios) para su dote.» *Anales*, lib. II. En la lucha entre el paganismo religioso y Cristianismo en tiempo de San Ambrosio y Teodosio el Grande, las vestales fueron el último baluarte de la vieja religión romana, que el mismo Teodosio I, aunque las desposeyó de sus rentas y privilegios, no se atrevió a abolirlas. Las descripciones sanguinarias que de ellas nos hace Prudencio en sus libros *Contra Simaco*, no creemos tengan a su favor ninguna comprobación de la historia antigua, aunque en tiempo de Domiciano y Caracalla parece que dejaron mucho que desear.

[18] Con ocasión de la guerra de los cántabros y astures estuvo Augusto en España hasta junio del año 25 (a. C.). El octavo y el noveno consulado los recibió en Tarragona,

[19] Esta Ara fué consagrada por decreto del Senado y en procesión solemne de la familia augustal, magistrados, sacerdotes y vestales, en el mismo Campo Marcio donde estaba el Ara de Marte, el 4 de julio del año 13 antes de Jesucristo. Su dedicación celebróse en

105. La puerta de Jano Quirino, que nuestros padres quisieron que se cerrase cuando hubiera paz por mar y tierra, bajo el completo dominio del pueblo romano, mientras antes de mi nacimiento, desde la fundación de la ciudad sólo hay memoria de que se cerrase en junto tres veces, se mandó cerrar tres veces cuando yo era jefe del Senado.

106. Mis hijos, Gayo y Lucio César, que la fortuna me arrebató siendo aún jóvenes, habían sido destinados por el Senado y el pueblo, para honrarme (futuros), cónsules a la edad de quince años, a fin de que entrasen en aquel cargo cinco años después. Y el Senado decretó que pudiesen tomar parte en los debates públicos desde el día en que entraron en el Foro. Los caballeros, por su parte, los reconocieron como jefes de toda la juventud romana, dándoles un escudo de plata y una lanza.

107. Pagué trescientos sestercios por cabeza a la plebe romana, por legado de mi padre; en mi nombre di cuatrocientos, de los despojos de guerra, en mi quinto consulado; otra vez, en mi décimo consulado, hice un donativo de cuatrocientos, de mi patrimonio; en mi undécimo consulado concedí doce distribuciones individuales de trigo que yo había comprado, y en mi duodécimo tribunado di, por tercera vez, cuatrocientos numos. Mis dádivas [20] no comprendieron nunca menos de 250.000 hombres. En mi décimoctavo tribunado, consulado duodécimo, di a 320.000 individuos de la plebe de la ciudad sesenta denarios por cabeza. A las colonias de mis soldados di, de los despojos de mi quinto consulado, mil numos por individuo, recibiendo mi donativo unos 120.000 de ellos. En mi consulado décimotercero di sesenta denarios (a cada uno) a la plebe, que entonces recibía el trigo público. Eran en esta ocasión poco más de 200.000 hombres.

108. El dinero para casas de labranza que, en mi cuarto consulado, y después, cuando eran cónsules M. Craso y En. Léntulo Augur, asigné a los soldados, lo pagué a los municipios. Esta suma ascendía a unos 600.000.000 de sestercios, que desembolsé por las granjas cons-

cambio no menos solemnemente el 30 de enero del año 9, también antes del Señor. Mussolini la reconstruyó el año 1938. En sus magníficos relieves, asombro de arte y ejecución, se puede notar la grandiosa procesión de lo más selecto del mundo de entonces, con sus lictores y cuatro flámines. En el desfile aparecen Agrippa, Gayo César, Julia, Tiberio, Antonia la Menor, Germánico, Druso el Mayor, Mecenas y L. Domicio Enobarbo. Al consagrarse esta Ara de la Paz era muy niña la Santísima Virgen (fig. 1.ª).

[20] Los célebres «congiarios» con que los Emperadores bonificaban a las clases plebeyas de Roma en las grandes solemnidades y fiestas en general consistían en entregas de alimentos según la generosidad y recursos de cada uno: era un medio de atraer y tener contentas aquellas masas que reclamaban tantas veces «pan y juegos». Las distribuciones de estos donativos se hacían en locales muy capaces, sobre todo anfiteatros, circos y foros. A caballeros y soldados se recompensaba con caballos, armas, magníficas preseas y cotas, etcétera.

truídas, y 260.000.000 por las tierras provinciales. Fuí el primero y único que hizo esto de todos los que hay recuerdo en mi siglo de que fundasen colonias de soldados en Italia o en provincias. Y luego en los consulados de Tiberio Nerón y En. Pisón, de C. Antistio y D. Lelio, de C. Calvisio y L. Pasieno, de L. Léntulo y M. Mesala, y L. Caninio y Q. Fabricio; hice volver a los veteranos, con su sueldo pagado a los municipios; pagué sus créditos gastando... millones con este fin.

109. Cuatro veces sostuve el Tesoro público con mi dinero, hasta prestar 150.000.000 de sestercios a los que se hallaban encargados de aquél. Y en los consulados de M. Lépido y L. Arruncio, a fin de ayudar al fisco, que se estableció por consejo mío, para pagar los créditos de los soldados que habían ganado su vigésimo año de sueldo, transferí 170.000.000 en nombre de Tiberio César y en el mío.

... en el año en que fueron cónsules En. y P. Léntulo, cuando faltó, compré trigo para cien mil hombres... di...

110. Construí la curia para el Senado y, cerca de él, un Calcídico (templo de Minerva); un templo de Apolo en el Palatino, con columnatas; un templo al divino Julio [21]; uno a Luperco; un pórtico para el Circo Flaminio, que he permitido sea llamado de Octavio, del nombre del que primero edificó en aquel punto; un altar en el Circo Máximo; templos a Júpiter Vencedor y Júpiter Tonante, en el Capitolio; un templo de Quirino; templos a Minerva, a Juno Reina y a Júpiter Libertador, en el Aventino; un templo de los Lares, en lo más alto de la Vía Sacra; un templo de los dioses Penates, en el Velio; un templo a la Juventud; un templo a la Gran Madre, en el Palatino [22].

111. Reconstruí el Capitolio y el teatro de Pompeyo con grandes gastos, sin inscribir mi nombre. Reconstruí en muchos lugares los acueductos, que los años habían arruinado, y agrandé la fuente llamada Marcia, añadiendo a sus aguas un nuevo manantial. El Foro Julio y la basílica que hay entre los templos de Cástor y de Saturno, empezados y muy adelantados por mi padre, fueron acabados por mí; y cuando el fuego destruyó la misma basílica, la empecé a reconstruir

[21] Con la de Julio César, empezaba la divinización de la Gens Julia y se abría paso el culto imperial, como desde Domiciano le sucederá la divinización de la Flavia. Augusto tuvo la previsión político-religiosa de dar tres pasos decisivos en su idea de la unidad religiosa romana. Incluir en los «lares» de las Provincias del Imperio la adoración al genio de Roma y de sus Emperadores: mezclar los dioses nacionales de la provincias con los dioses del culto romano; y con la constitución de los flámines en las ciudades y en las provincias de todo el Imperio formar la gran red de un único espíritu religioso imperial. El templo de Apolo en el Palatino tenía en la ida de Augusto gran relación con los vaticinios—por eso depositaron allí los Libros Sibilinos—, que se creía se cumplirían en la «Gens Julia».

[22] Gran sacerdote de este templo fué Heliogábalo, que en personificación del dios Sol, se dejaba conducir en el Palatino sobre carroza de oro y pedrería por cisnes, corzos y aun mujeres desnudas.

con un plan más vasto, en idéntico solar, bajo el nombre de mis hijos, y ordené que, si no se terminaba durante mi vida, fuese acabada por mis herederos. Por decreto senatorial, en mi sexto consulado, reedifiqué ochenta y dos templos en la ciudad, sin dejar ninguno, que entonces necesitase ser reparado [23]. En mi séptimo consulado construí la Vía Flaminia hasta Ariminum, de los despojos de la guerra, y rehice todos sus puentes, excepto el Minucio.

112. En mis terrenos edifiqué un templo a Marte Vengador y el Foro de Augusto, con el producto del botín. Levanté el teatro y templo de Apolo en tierra comprada en su mayor parte con mis propios bienes, bajo el nombre de mi yerno Marcelo [24]. Del botín hice donativos al Capitolio y a los templos del divino Julio, de Apolo, de Vesta y de Marte Vengador, que me costaron sobre 100.000.000 de sestercios. Condoné el oro coronario por valor de 35.000 libras de peso, costeado por los municipios y colonias de Italia, para conmemorar los triunfos de mi quinto consulado; y después, cada vez al ser proclamado *imperator,* rehusé aceptar el mismo oro coronario que los municipios y colonias decretaron para mí con igual afecto que antes habían demostrado.

113. Tres veces he dado espectáculos de gladiadores en mi nombre y otras cinco en el de mis hijos y nietos, en los que lucharon 10.000 hombres. Dos veces proporcioné en mi nombre al pueblo espectáculos con atletas traídos de todas partes, y otra vez en nombre de mi nieto. Cuatro veces he hecho celebrar juegos públicos [25] en mi nombre, y otras veintitres en el de otros muchos magistrados. Siendo maestre del colegio de los quindecínviros, y teniendo por colega M. Agripa, cele-

[23] Sabido es que los romanos, además del culto que se celebraba en los templos y edificios públicos por magistrados y sacerdotes, rendían especial culto doméstico a los genios lares y penates de los hogares, cuyo sacerdote nato, en sus sacrificios y libaciones domésticas, se consideraba el padre de familia. Augusto extendió el culto a los dioses lares del Imperio, considerando a éste como una gran familia, cuya cabeza, padre de la patria, era el mismo Emperador. Constantino, el año 321, prohibía los sacrificios en las casas particulares.

[24] Sus ruinas aun hoy producen una impresión de imperial grandeza. El teatro de Orange es el que mejor da hoy idea del conjunto de lo que en mucho mayores proporciones fueron los teatros de Pompeyo y Marcelo a que alude Augusto. Véase la nota del número 433.

[25] Las luchas de gladiadores llamábanse, en general, «munera» y «ludi», así como las cacerías de fieras y animales, «venationes». Los primeros, principalmente, se celebraban por la tarde, y las cazas por las mañanas. No pocas veces, tras breves interrupciones, teníanse estos juegos días y noches consecutivos. Ambos juegos, «munera» y «venationes», se verificaban a veces con la arena convertida en lago. Emperadores hubo que gozaban en dar en esos mismos anfiteatros luchas de naves que se llamaban «naumaquias». Aunque la construcción del actual anfiteatro Flavio de Roma la realizaron Vespasiano y Tito con no poca sangre judía, con todo sábese que en su ejecución e idea se siguieron los planos que mandó efectuar Augusto. Véanse núms. 417-449.

bré fiestas seculares en el consulado de C. Furnio y C. Silano En mi consulado decimotercero instituí los juegos de Marte Vengador, que desde entonces sucesivamente... los cónsules hicieron. Di al pueblo en mi nombre, o en el de mis hijos y nietos, veintiseis cacerías de fieras africanas, ya en el Circo o en el Foro o en los Anfiteatros, en cuyas fiestas se juntaron hasta 3.500 fieras [26].

114. Proporcioné al pueblo el espectáculo de un simulacro de batalla naval en el Tíber, en el sitio donde ahora se encuentra la gruta (el bosque) de César, habiéndose abierto una excavación de 1 800 pies de largo por 220 de ancho, luchando en ella treinta naves de espolón de dos y tres hileras de remos, y gran número de otras embarcaciones menores. En aquella escuadra pelearon, además de los remeros, unos 3.000 hombres.

115. En los templos de todas las ciudades de la provincia de Asia, después de mi victoria, restablecí los ornamentos, de los que los enemigos a quienes hice la guerra los habían despojado y que se llevaron como de su propiedad. En la ciudad se veían unas ochenta estatuas mías de plata, a pie, ecuestres o en cuadrigas, y las quité, y con la suma que produjeron presenté áureas ofrendas en el templo de Apolo, en nombre propio y en el de los que me habían honrado con estatuas.

116. Libré de piratas el Océano. En la guerra de los esclavos fugitivos, en que se escaparon de sus dueños tomando armas contra la República, devolví cautivos 30.000 de ellos a sus dueños, para ser castigados [27]. En la guerra en que resulté vencedor en Accio, toda Italia me juró voluntariamente fidelidad y me aclamó por caudillo suyo, prestándome el mismo juramento las provincias de España, Galia. Africa, Sicilia, Cerdeña. Entre los que prestaron este juramento se contaban más de 700 senadores, de los cuales 170 han sido después cónsules y pretores hasta el día en que se ha escrito esto.

117. He ensanchado los límites de todas las provincias que tenían tribus que no obedecían a nuestro Imperio He pacificado las provincias de Galia y España por la parte en que las baña el Océano, desde Gades (Cádiz) a las bocas del Albis (Elba). He añadido los Alpes al Imperio, desde la región próxima al mar Adriático hasta el mar Toscano, sin hacer guerra injusta a ninguna tribu. El jefe de la

---

[26] Para suministrar fieras a estas diversiones, tan costosas al erario, se habían organizado dentro y fuera del ejército comisiones especiales que se dedicaban al negocio de caza y tráfico de fieras en Africa y en Asia, hasta la Persia y mesetas del Irán; después, en los alrededores de Roma, había verdaderas escuelas de doma. Véase la nota del núm. 443.

[27] Muchísimos de éstos murieron crucificados, según era costumbre hacer con los esclavos rebeldes. Recuérdese que cuando el levantamiento de los esclavos y gladiadores de Espartaco, todo el camino de Roma a Capua estaba lleno de esclavos colgados en cruces.

flota navegó, por orden mía, desde la desembocadura del Rhin a la región del sol levante, hasta... donde antes no estuvo ningún romano ni por tierra ni por mar. Los cimbros y caridas y semones y otros pueblos germanos de la misma comarca solicitaron mi amistad por medio de embajadores, así como la del pueblo romano. Por mi mandato y bajo mis auspicios, dos ejércitos se dirigieron casi al mismo tiempo a Etiopía [28] y a la Arabia llamada Eudemon (feliz); la mayor parte de las fuerzas de ambos países fueron destruídas en el combate y se hicieron muchos prisioneros. El ejército penetró en Etiopía hasta la ciudad de Nabata, que está próxima a Meroe; y en Arabia, hasta las tierras de los sabeos, en la ciudad de Mariba.

118. Añadí el Egipto al Imperio del pueblo romano. La grande Armenia, que pude convertir en provincia después del asesinato del rey Artaxias, preferí, a ejemplo de nuestros antepasados, transferirla como reino a Tigranes, hijo de Artavasdes y nieto del rey Tigranes, por medio de Tib. Nerón, que entonces era mi hijastro. Y después que esa misma nación, por sus agitaciones intestinas y rebeliones, fué conquistada por mi hijo Gayo, concedí su gobierno al rey Ariobarzanes, hijo de Artabazo, rey de los medos, y luego de su muerte, a su hijo Artavasdes. Al ser éste asesinado envié a Tigranes, nacido de la estirpe real de Armenia, a aquel reino. Todas las provincias que se hallan al otro lado del Adriático hacia Oriente y Cirene las he recobrado en gran parte de los reyes que las poseían, y que antes habían ocupado a Sicilia y Cerdeña durante la guerra de los esclavos.

119. He fundado colonias de soldados en Africa, Sicilia, Macedonia, las dos Españas, Acaya, Asia, Siria, Galia Narbonense y Pisidia. Además, Italia tiene veintiocho colonias fundadas por mí, que durante mi vida han adquirido importancia y se han poblado densamente.

120. He recobrado muchos estandartes militares [29] perdidos por otros jefes, de enemigos que han quedado vencidos en las Galias. Es-

---

[28] En tiempo de Adriano habían penetrado exploradores militares de Roma hasta cerca de los orígenes del Nilo, lo propio que comisionados del Imperio llegaron a la línea divisoria de lo que hoy son China e Indochina: dato éste que se ha conocido por unos anales chinos antiquísimos.

[29] Las enseñas romanas muchas veces remataban en águilas que eran los númenes de dioses tutelarse de las legiones. Las águilas se depositaban en oratorios o asilos sagrados. También en el erario o parte del templo de Saturno, en el Foro Romano. El *Sagrario dell'Aquila* que se veía en la Mostra Augustea (sala XVII), con sus remates tal vez totémicos de caballos, lobos, toros, etc., y la aplicación en sus mástiles de medallones divinizados de rostros de emperadores y animales, teniendo como centro el águila legionaria, mostraban bien a las claras, en el orden de su colocación, la importancia de este numen de los ejércitos romanos sobre todos los demás emblemas y significaciones

paña y Dalmacia. He obligado a los partos a devolverme los despojos y estandartes de tres ejércitos romanos, y a solicitar, suplicantes, la amistad del pueblo romano. He vuelto a colocar estos estandartes en el altar del templo de Marte Vengador.

121. Las tribus panonias, a quienes antes de gobernar yo al pueblo romano ningún ejército había atacado, vencidas por Tiberio Nerón, que era entonces mi lugarteniente y yerno, se han sometido al Imperio del pueblo romano y han sido trasladadas desde los confines de la Iliria a las orillas del Danubio. El Ejército de los dacios [30], que atravesó dicho río, fué derrotado y vencido bajo mis auspicios, y mis tropas cruzaron después el propio Danubio, forzando a las tribus dacias a sufrir la dominación del pueblo romano.

122. A menudo me llegaron de la India embajadas de reyes jamás vistas hasta entonces por ningún gobernante de Roma. Los bastarnios y escitas, y los reyes de los sármatas, tanto de una como de otra orilla del (Don); el rey de los albanos e iberos (en el Cáucaso) y medos, buscaron por medio de embajadores nuestra amistad.

123. Vinieron a mí, suplicantes, los reyes de los partos Tiridates y después Frahates, hijo del rey Frahates, y Artavasdes, rey de los medos; Artajanes, de los albaneses; Dumnobolauno, de los bretones y Tim..., de los sugambros; Melo, de los marconamos y suevos y muchos otros jefes. Frahates, rey de los partos, hijo de Orodes, me envió a Italia todos sus hijos y nietos, no por haber sido derrotado en la guerra, sino solicitando nuestra amistad por mediación de ellos. Muchas otras tribus demostraron su afición al pueblo romano, y a mí como a su caudillo, sin que antes hubieran existido entre ellos y el pueblo romano amistad ni embajadas mutuas.

124. De mi mano recibieron reyes, después de pedirlo con embajadas de sus principales jefes, las naciones de los partos y medos; los partos, a Vonones, hijo del rey Frahates y nieto del rey Orodes; y los medos a Ariobárzanes, hijo del rey Artavasdes y nieto del rey Ariobárzanes.

125. En mi sexto y séptimo consulados, después de haber acabado las guerras civiles, hallándome investido de todos los cargos por consentimiento general, transferí la República, de mi poder al del

---

sagradas militares. Los estandartes recobrados del enemigo, desde Augusto se depositaban en el templo de Marte Vengador.

[30] La conquista verdadera de los dacios fué obra de Trajano; y su mejor historia es la columna de Trajano cóclea en forma elicoidal, sobre un podio cuadrado, en Roma, inaugurada el 113 con su rollo ininterrumpido de 200 metros, con un contenido de 2.500 figuras, que representan 150 diversos episodios bélicos. Tal vez para celebrar el final de la segunda etapa de esta guerra, del 105 al 107, se llevó a San Ignacio, mártir, desde Antioquía a Roma.

Senado y pueblo romanos. Como gratitud por ello se me dió el nombre de Augusto [31] por decreto senatorial, y se ciñeron públicamente con laurel las columnas de mis templos, y se fijó en mi propia puerta una corona cívica de hojas de roble, y se colocó una placa de oro en el palacio de la Curia Julia, con una inscripción que declaraba que el Senado y pueblo romanos me lo dedicaban por mi virtud, clemencia, justicia y piedad. Desde entonces sobrepujé a todos en dignidad; pero no tuve en cosa alguna mayor autoridad que la de los que fueron colegas míos en la magistratura.

126. Cuando alcancé mi décimotercero consulado, el Senado, los caballeros y el pueblo romano entero me titularon *Padre de la Patria* [32] y mandaron que se escribiera mi título en el Senado y Foro de Augusto, bajo los carros cuadrigas que se hallaban allí por decreto del senado en honor mío. Cuando escribí esto había llegado a los setenta y seis [33] años de edad.

[31] Octaviano, el año 28 (a. de C.), casi en plena paz del mundo romano, anunció al Senado la intención de dejar ya los poderes absolutos de que hasta entonces había estado revestido. La idea maduró hasta el siguiente, 27, en el que empieza el gobierno del principado bajo la salvaguardia de las antiguas instituciones; Senado y pueblo se le unen en homenaje de gratitud. Un escudo de oro debía adornar el Foro de Julio con un lema que elogiaba su piedad, justicia y clemencia. El 16 de enero de este mismo año le era conferido por decreto del Senado el nombre de *Augusto*, que tenía el triple significado de ser algo como de carácter divinizado, de poseer una legitima consecuencia del «imperium» y de ser él mismo como la personificación de esa emanación eficaz y personal. De aquí en adelante sus sucesores jamás dejaron ese sagrado calificativo, y el mes de agosto nos lo recordará eternamente.

[32] A este título alude bellamente TERTULIANO en su *Apologeticum* (véanse números 753-759). El título de *Padre de la Patria*, escribe SUETONIO, se le tributó por consentimiento unánime e inesperado del pueblo. Una y dos veces se adelantó en esto el pueblo al Senado, saliendo a su encuentro con ramos de laurel en las manos, un día en que Augusto se dirigía al teatro. Después lo ratificó el Senado. Cuando el Senado le llamó con nombre tan significativo, Augusto respondió con lágrimas en los ojos estas textuales palabras: «En posesión de todos mis anhelos, ¿qué me resta ya, padres conscriptos, sino suplicar a los dioses inmortales que alarguen hasta mi último día este recuerdo de vuestros sentimientos para conmigo?»

[33] Augusto expiró en brazos de Livia el 19 de agosto del año 14. En el traslado de su cadáver desde Nola, hecho en general de noche, éste se depositaba en los templos. Estuvo expuesto, vestido de púrpura y oro, en la entrada de su Palacio en Roma, siete días en lecho de marfil y oro. Un esclavo agitaba un abanico de plumas de pavón. Delante púsose la pequeña estatua particular de la diosa Victoria. Al llevar los magistrados en hombros su cadáver a la pira crematoria en el Campo Marcio, tras el Emperador difunto veíanse tres estatuas del mismo cubiertas de la toga policroma de los triunfos, y las imágenes de los romanos más célebres, desde Rómulo hasta Pompeyo, y de las naciones sometidas por él. En el Campo de Marte le esperaba la pira en forma de templo, con cuatro pisos escalonados con imágenes y tapices. Colocado sobre ella el cadáver entre laureles y rosas, magistrados, senadores, sacerdotes y vestales dieron solemnemente una vuelta alrededor de la tapizada pira; siguieron el ejército y pueblo arrojando flores, condecoraciones, joyas, recompensas de guerra, armas y esencias de perfumes. Dos teas lanzadas por unos centuriones prendieron fuego a la pira; y cuando

127. El importe del dinero que di al Tesoro, o a la plebe romana, o a los soldados licenciados, fué de 600.000.000 de denarios.

Construí de nueva planta los templos de Marte, Júpiter Tonante y Feretrio, Apolo, del divino Julio, Quirino, Minerva, Juno Reina, Júpiter Libertador, los Lares, los dioses Penates; la Juventud, la Madre de los dioses, el Lupercal, el ara de los dioses en el Circo, el palacio del Senado con el Calcídico, el Foro de Augusto, la Basílica de Julio, el teatro de Marcelo..., los bosques de César en el Tíber...

128. Reconstruí el Capitolio y ochenta y dos templos sagrados, el teatro de Pompeyo, acueductos y la Via Flaminia.

129. De los gastos para espectáculos del Circo y representaciones de gladiadores y atletas y cacerías y simulacros navales... donativos... a las ciudades coloniales de Italia, a las ciudades de provincias destruídas por terremotos y por el fuego, o individualmente a amigos y senadores cuyas deudas he ayudado a extinguir, son innumerables.

DION CASIO

Este célebre historiador, nacido al principio del reinado de Marco Aurelio (no después del 165), fué gobernador de varias provincias romanas, y tras lucidos cargos, por su talento y mano política llegó dos veces al consulado; la segunda vez el 229. Muy en las interioridades del criterio religioso y político de los Emperadores, nos legó buenas pruebas de ello en su *Historia Romana*, escrita en 80 libros, de los que sólo se conservan 25: los referentes a los años 69 antes de Cristo al 44 después de Cristo, y, además, alcanzan del 216 al 219. Murió hacia el año 235. Al tratar en el libro LII de César Octaviano, pone en boca de Mecenas un difuso discurso, en el que el opulento consejero del fundador del Imperio Romano, adoctrina a Augusto sobre el modo de conducirse en el gobierno y administración del Imperio. Los núms. 35 y 36 encierran gran valor para el asunto religioso que ahora nos interesa, pues por más que el supuesto discurso no deja de ser una declamación al uso de la época, con todo, nadie duda que las ideas que allí explana el historiador griego son las que seguían como

la llama escalaba ya la gradería, un águila salió del último piso del monumento, símbolo de la entrada del triunfador en el Olimpo. Los caballeros más distinguidos, descalzos y vistiendo sencillas túnicas, recogieron las cenizas y las depositaron en su mausoleo. El Senado le consagró dios: cada ciudad le señaló su flamin, y una de las sacerdotisas del divino Augusto sería Livia. Augusto había permitido con gusto su divinización en provincias mucho antes de su muerte. Las aras simultáneas a los genios de Augusto y Roma eran ya frecuentes en todas las ciudades provincianas, y aun quince años antes de Jesucristo, el culto del César fué practicado en las Galias y el Rhin, y entre el Elba y el Oder. Para los políticos romanos los genios divinos de Roma y del Emperador comenzaban a ser la representación viva del genio divino y eterno del Imperio. Compárense núms. 483-487. Ovidio, en sus *Metamorfosis*, XV, 842-870, nos descubre la apoteosis de Julio César.

norma de conducta religiosa los Emperadores romanos desde el fundador del Imperio, Augusto. De ahí la importancia del fragmento transcrito, y que ofrecemos como complemento del anterior. Cfr. VALERIO MÁXIMO, en sus *Factorum ac dictorum memorabilium*, 46, I, 1.

Concepción religiosa romana

Historia Romana. Lib. LII, núms. 35-36

130. Te aconsejo que con los demás te conduzcas del modo siguiente: En lo que toque a tu persona no tengas nada de insolente, soberbio, y jamás aceptes ni de otros ni del Senado lo que te quieran dar con obras o palabras. Pues si a otros honra al que tú les concedas honores, al contrario nadie puede darte a ti nada que sea más de lo que ya posees. Tú prepara el esplendor de tu gloria con obras propias. No toleres nunca que nadie te levante estatuas ni de oro ni de plata, porque además de exigir grandes dispendios de dinero, dan pie a las insidias de la adulación, además de que son poco duraderas. Tú levántalas con tus beneficios en el corazón de los súbditos, indestructibles y eternas. Ni permitas tampoco se te erijan templos, pues estas obras devoran grandes gastos más necesarios para otras empresas; y sábete que los caudales más crecen no gastando mucho que ganando mucho, además de que obras de esa clase no sirven de aumento de gloria.

La virtud es la que iguala al hombre con los dioses, ni jamás los votos populares elevan a la divinidad a ningún mortal. Si, pues, eres bueno y justo en el mando, toda la Tierra te servirá de templo, las ciudades serán como las capillas, y cada hombre una estatua, ya que te llevarán fijo y glorioso en sus corazones. Por el contrario, para los malos gobernantes estos mismos monumentos, por más que se frecuenten en las ciudades, no sólo no les sirven de gloria, antes les acarrean desprecio, ya que se les reputa como trofeos de su maldad y recuerdo de su injusticia, resultando así que a su mayor duración corresponderá mayor ignominia [1]

131. Si, pues, ansías inmortalidad, ya te he mostrado su camino. Respecto de los dioses, sé su adorador siempre y en todo lugar, pero de modo que en ello sigas la tradición patria y obligues a lo mismo a los

[1] La Historia da que Augusto, aun en vida, permitió le erigiesen aras en provincias. Véanse las últimas notas del *Res gestae*, núms. 126 y siguientes.

demás. A los fautores de religiones extrañas aborrécelos y castígalos con penas; y eso no sólo por la honra de los dioses, pues quien a los dioses menosprecia, de temer es no respete a otras cosas que son menos que dioses, sino también porque son introductores de nuevas divinidades, con lo que inducen a que se obedezcan leyes extranjeras. De ahí las conspiraciones, las reuniones clandestinas, los conciliábulos elementos nada aptos para un gobierno [2]. Así que no toleres ni a despreciadores de nuestros dioses, ni a agoreros de otra clase. ¿Son necesarios los adivinos? Pues ahí están los arúspices y augures para quienes les deseen consultar. La magia debe desecharse de plano. que si a las veces acierta, más se equivoca, y siempre es ocasión de ansias de novedades peligrosas. Cosa que también es propia de los filósofos [3], que a fe no son pocos, y cuyo trato te aconsejo evites. No porque hemos conocido a hombres tan buenos como Ario y Athenodoro hemos de juzgar que los demás se les parezcan. Bajo esta careta han caído infinitos males sobre el Estado y particulares.

J. Melber, vol. III, págs. 70-73.

P.

---

[2] Desde el principio del Imperio había en Roma sumo cuidado de no admitir religiones nuevas. Muchas veces, aun los mismos colegios de otro carácter, pero que podían tener relación clandestina con disturbios y costumbres exóticas, fueron abolidos. Caso típico de este rigor legal, antiextranjerista, en materia de culto fué la prohibición que se ordenó contra los misterios egipcios de Roma, hasta demoler sus capillas por orden del Senado, en los años 58, 53, 50 y 48 antes de Jesucristo. Además, César disolvió todos los colegios que no tuviesen carácter de tradicionales, y Augusto recalcó la misma disposición, aunque personalmente en sus viajes y conquistas del Oriente y Egipto se dejó impresionar de la religión de aquellos pueblos de espíritu misterioso y ocultista. Nótese, sin embargo, la consideración que tuvo siempre Julio César con los judíos, quienes tanto lloraron su muerte.

[3] Es curioso el senadoconsulto que trae Aulo Gelio. Siendo cónsules Fannio Strabón y M. Valerio Messala, dióse el siguiente senadoconsulto contra los filósofos y retóricos: «El pretor M. Pomponio ha consultado y propuesto al Senado sobre los filósofos y retóricos de quienes se habla en la ciudad. El Senado ha decretado que el pretor M. Pomponio, en interés de la República y bajo su responsabilidad, disponga que nos los haya en adelante en Roma.» No fueron expulsados de Roma los filósofos únicamente en aquellos tiempos rudos en que las artes de Grecia no habían pulido todavía los espíritus. Bajo el imperio de Domiciano fueron desterrados de Roma, prohibiéndoseles permanecer en la ciudad y en Italia. Alcanzando entonces el senadoconsulto a Epicteto, éste se retiró de Roma a Nicópoli.

Noches Aticas, lib. II, cap. 21. Los censores Cn. Domicio, Ahenobarbo y Licinio Craso urgieron medidas parecidas contra los retóricos latinos... Tampoco Nerón y Vespasiano les profesaron ninguna devoción.

TIBERIO[1]

FLAVIO JOSEFO

FLAVIO JOSEFO, hombre de Estado y autor, entre otras, de las obras *Antigüedades* y *La guerra de los judíos;* nació el año 37. Hijo de sacerdotes; defendió una provincia judía contra los romanos cuando la guerra de Vespasiano en Palestina. Hecho prisionero, púsose a disposición de Roma y sirvió de intermediario entre Tito y los judíos durante el asedio de Jerusalén. Con riqueza de detalles describió la toma de la ciudad santa y el triunfo de Tito en Roma. En su obra *Antigüedades* hállase un testimonio sobre San Juan, y, sobre todo, de Jesús, que, de ser auténticos, tendrían un gran valor histórico. Los críticos los discuten. Autores muy competentes los niegan por meras razones de criterio interno, al paso que otros más recientes y no menos documentados, como B. NIESE, BOLE Y KNELLER, etc., los dan como propios de JOSEFO. El caso es que no existe ni un solo códice manuscrito antiguo de la obra de JOSEFO que no los incluya. Su descripción del triunfo de Vespasiano y Tito es el mejor comentario histórico del Arco de Tito, en Roma, como la descripción de DIONISIO DE HALICARNASO es la mejor explicación histórica de lo que eran los grandes juegos religiosos-civiles del Circo Máximo. JOSEFO vivió en Roma hasta el año 97 después de Cristo y murió hacia el 105.

De la muerte de Juan Bautista

Antigüedades. Lib XVIII, 5, 2

132. Algunos de los judíos eran de parecer de que la derrota del ejército de Herodes[2] era un justo castigo de Dios por la muerte de Juan, llamado *el Bautista.* Habíale mandado ejecutar Herodes. Varón de Dios, su predicación a los judíos sólo había sido de virtud que, unidos entre sí y siendo piadosos con Dios, recibiesen el bautismo. Que éste sería del agrado del Señor, una vez que lo usaban, no para expia-

[1] Tiberio fué uno de los pocos Emperadores cuyo nombre no constaba en la fórmula de los juramentos anuales de los cónsules. Lo mismo ocurrió con su sucesor Calígula; pero se sabe de cierto que también ellos tuvieron, por lo menos en provincias, sus flámines o sacerdotes exclusivos para su culto. En seguida del asesinato de Calígula, sus soldados, por el recuerdo de Germánico, le quisieron divinizar.

[2] Esta guerra con Aretas fué con ocasión de Herodíades: en la batalla quedó deshecho casi todo el ejército de Herodes. *Antigüed.*, 18, 5, 1.

ción de los pecados, sino para limpieza del cuerpo, ya que antes tenían purificadas sus almas por la justicia. De todas partes afluían a él gentes esperanzadas sobremanera por su palabra. Receloso Herodes de que tamaña autoridad arrastrase al fin a sus súbditos a una defección, pues sospechaba que la gente secundaría sus planes, creyó lo más seguro quitarle de en medio antes de que brotase nada de él, no fuera que después, hecha ya la revuelta, se arrepintiesen de verse envueltos en el peligro. Estas sospechas motivaron, pues, la prisión de Juan, quien fué conducido al castillo de Maqueronte, que antes hemos descrito y donde fué ejecutado [3]. Los judíos tenían para sí que el desastre del ejército herodiano había sido un castigo de Dios, enojado por la muerte de Juan.

G. DINDORF. I, págs. 704-705

P.

De la muerte y resurrección de Cristo

Ibid. Lib. XVIII, 3, 3

133. Por entonces fué cuando vivió Jesús, varón sabio si es que es lícito llamarlo hombre, pues fué gran obrador de maravillas y maestro de los hombres que gustan de conocer la verdad, con lo que logró ganarse para sí muchos, así judíos como gentiles. Murió condenado a la cruz por Pilatos, a petición de los primates de nuestro pueblo. Con todo, le fueron fieles en el amor los que ya de antes le venían amando. Aparecióseles resucitado al tercer día, cumpliéndose en esto y en otros mil detalles prodigiosos lo que de él ya mucho antes vaticinaron los profetas, y de él lleva el nombre la gente de los cristianos que todavía perduran en nuestros días.

Id., pág. 699

P.

---

[3] Los EVANGELIOS SIPNÓPTICOS coinciden en muchos puntos de la prisión y muerte de Juan Bautista con JOSEFO. Este añade que el sitio de prisión fué Maqueronte, y que el motivo que a Herodes Antipas le movió a ejecutarle fué razón de política suspicaz. E. SCHURER explica muy bien cómo esta razón de estado pudo muy bien simultanearse con la que aducen los SINÓPTICOS. Para esta guerra de Herodes contra los árabes solicitó aquél la ayuda del Emperador Tiberio; pero el Legado de Roma en Siria, Vitelio, obró con flojedad y el desastre fué inevitable. Pronto llegaba la noticia de la muerte de Tiberio.

Quieren imponerse los estandartes militares romanos en Jerusalén

De la guerra judaica. Lib. II, 9, núm. 25

134. Siendo enviado Pilatos[4] por Tiberio a Judea, y habiendo tomado con su regimiento aquella región, una noche muy callada trajo veladas las imágenes de César y las metió dentro de Jerusalén, y esto tres días después fué causa de gran revuelta en Jerusalén entre judíos, porque los que esto vieron fueron movidos con gran espanto y maravilla, como que ya sus leyes fueran con aquel hecho profanadas; porque no tenían por cosa lícita poner en la ciudad estatuas o imágenes de alguno, y con las quejas y gritería de los ciudadanos de Jerusalén llegáronse también muchos de los lugares vecinos, y viniendo luego a Cesárea para hablar a Pilatos, suplicábanle con grande aflicción que quitase aquellas imágenes de Jerusalén, y que les guardase y defendiese el derecho de su patria.

135. No queriendo Pilatos hacer lo que le suplicaban, echáronse por tierra cerca de su casa, y estuvieron allí sin moverse cinco días y cinco noches continuas. Después, viniendo Pilatos a su tribunal, convocó con gran deseo toda la muchedumbre de los judíos delante de él, como si quisiese darles respuesta, y tan pronto como fueron delante, hecha la señal, luego hubo multitud de soldados, porque así estaba ya ordenado, que los cercaron muy armados, y rodeáronlos con tres escuadrones de gente. Espantáronse mucho los judíos viendo aquella novedad, cosa que ninguno esperaba. Entonces anuncióles Pilatos que despedazaría a todos si no recibían las imágenes y estatuas de César, y señaló a los soldados que sacasen de la vaina sus espadas.

Los judíos viendo esto, como si lo trajeran así concertado, échanse súbitamente a tierra y aparejan sus gargantas para recibir los golpes, gritando que más querían morir todos que permitir, siendo vivos,

[4] La serie de los Procuradores de Palestina hasta Pilatos contiene los siguientes nombres: *Coponio*, 6-9; *Marco Ambivio*, 9-12; *Annio Rufo*, 12-15; *Valerio Grato*, 15-26; *Poncio Pilatos*, 26-36. FILÓN, como JOSEFO, hacen de Pilatos una figura repugnante, sin apenas nada de bueno: obstinado, arrogante, venal, asesino sin entrañas. Según JOSEFO, una vez no contento con meter en Jerusalén las enseñas militares adornadas con la efigie sagrada del Emperador, introdujo otra vez en el palacio de Herodes no ya sólo los estandartes, sino escudos dorados con la misma intención de paganizar la ciudad santa. Pilatos fué depuesto por Vitelio.

fuese la ley que tenían violada y profanada. Entonces Pilatos, maravillándose de ver la religión grande de éstos, mandó luego quitar las efigies de Jerusalén.

Trad. *Bib. Clás.* G. Dindorf. II, págs. 100-101.

Abuso profano del depósito sagrado del templo

Ibíd., núm. 4

136. Tienen los judíos un erario sagrado, al cual llaman Corbanas, y mandólo Pilatos gastar en traer el agua, la cual hizo que viniese de trescientos estadios lejos [5]. Por esto, pues, el vulgo y todo el pueblo echaba quejas de tal manera, que viniendo a Jerusalén Pilatos y subiendo a su tribunal, lo cercaron los judíos; pero él habíase ya para ello proveído, porque había puesto soldados armados entre el pueblo, cubiertos con vestidos y disimulados; mandóles que no los hiriesen con las espadas; pero que les diesen de palos si se movían a algo. Ordenadas, pues, de esta manera las cosas, dió señal del tribunal adonde estaba, y herían de esta manera a los judíos, de los cuales murieron muchos por las heridas graves que allí recibieron, y muchos otros perecieron pisados por huir miserablemente [6].

Trad. *Bib. Clás.* *Id.*, pág. 101.

CORNELIO TACITO

El más ilustre de los historiadores romanos, aunque a las veces busque efectos de arte y subordine la verdad a prejuicios y al brillo de sus cuadros. Nació el 54 y fué cónsul en tiempo de Nerva. En el reinado de Trajano era el escritor de moda del Imperio. Sus principales obras son *Las historias*, desde la muerte de Nerón hasta la de Domiciano (gran parte de ella se perdió), y los *Anales*, que abarcan desde la muerte de Augusto hasta la de Nerón.

---

[5] El mismo Josefo varía en señalar la longitud de este acueducto; pues si unas veces le da 300 estadios de largo, en otros pasajes parece le señala 200 y aun 400. Autores hay que juzgan tratarse de diversos acueductos, cosa nada improbable.

[6] Tal vez fué ésta la ocasión en la que se quedó ensangrentado el templo de Jerusalén, caso al que alude San Lucas, XIII, 1. «En este mismo tiempo vinieron algunos y contaron a Jesús lo que habia sucedido a unos galileos cuya sangre mezcló Pilatos con la de los sacrificios que ellos ofrecian.»

Persecución solapada contra los judíos el año 19

Anales. Lib. II, núm. 85

137. Tratóse también de extirpar la religión de los egipcios y judíos decretando los senadores que cuatro mil de buena edad, de casta de libertinos, inficionados de aquella superstición, fueran llevados a Cerdeña para suprimir los latrocinios que en aquella isla se hacían, adonde, si venían a morir por causa de la intemperie del aire, el daño sería de ninguna consideración; a todos los demás se mandó que saliesen de Italia, si dentro de cierto tiempo no renunciaban a sus ritos profanos.

Trad. *Bib. Clás.* HALM. vol. I, pág. 84.

SUETONIO TRANQUILO

Fué SUETONIO amicísimo de Plinio el Joven y algún tiempo secretario de Adriano. Biógrafo menos psicólogo y menos impresionista que Tácito, aunque demasiado crédulo, a veces narra, sin embargo, los hechos «con la precisión y el realismo sin arte de una tabla de materias» (Batiffol). Menciona muchas decisiones de Emperadores, del Senado y de los magistrados. En el asunto que nos atañe, más que la descripción del incendio de Roma del autor, nos interesa el párrafo en el que en su *Vida de los Césares* trata de las medidas de orden legal y público tomadas por Nerón para cortar muchos abusos y reprimir perjuicios que amenazaban, entre ellos, el naciente y odiado Cristianismo. TERTULIANO habla de un *Institutum* contra los cristianos. Este *Institutum*, si no llegó a ser ley, de todos modos, es claro que fué un decreto prohibitivo permanente. SUETONIO parece dar la razón a Tertuliano. Núm. 148.

Táctica de Tiberio contra los judíos

Vida de Tiberio, 36

138. Prohibió las ceremonias extranjeras como los ritos egipcios y judaicos; obligó a los que profesaban estas supersticiones a quemar

las vestiduras y todos los objetos de su culto. Repartió la juventud hebrea so pretexto de servicio militar en las provincias más insalubres. Expulsó de Roma esta nación y a todos los que formaban parte de estas sectas, bajo pena de perpetua esclavitud si regresaban.

Trad. *Bib. Clás.* MAX. IHM. Pág. 131

GAYO CALIGULA

FILON

FILON, contemporáneo de Cristo, fué de origen hebreo y a nadie inferior en Alejandría en cuanto a alcurnia y dignidades se refiere. Basta ver sus obras para advertir su labor en las ciencias divinas y patrias. No hay por qué decir de su formación humanística y filosófica, pues aventajó a todos sus coetáneos en la filosofía platónica y pitagórica que, especialmente, cultivó. Escribió cinco libros, que abarcaban todas las calamidades que sufrieron los judíos bajo el imperio de Calígula. Allí aparece la demencia de Gayo, que llegó hasta constituirse en Dios y cómo fué azote de infinitas desgracias sobre sus súbditos. Da cuenta de los vejámenes que hubieron de soportar los judíos, y de cómo el mismo FILÓN hubo de llevar una dificilísima misión a la ciudad de Roma en favor de sus correligionarios residentes en Alejandría, y cómo cuando defendió ante Gayo las instituciones y leyes de los judíos no obtuvo sino carcajadas y burlas, con peligro de que le cortasen la cabeza. Habíase levantado una sedición entre los griegos y los judíos que en Alejandría habitaban; cada bando mandó tres diputados al Emperador Gayo. Uno de estos comisionados alejandrinos fué un tal Apión, que acostumbraba difundir ultrajes sin cuento contra los judíos, acusándoles de mil cosas y sobre todo, «de que despreciaban el culto del César[1]», pues cuando todos los súbditos romanos tenían sus aras, sólo los judíos juzgaban cosa indigna dedicar estatuas al César y jurar por su nombre. Cuando, pues, Apión hacía todas estas acusaciones gravísimas, en las que esperaba que Gayo saldría fuera de sí, por su parte, FILÓN, jefe de la misión judía, varón del todo esclarecidísimo, bien impuesto en filosofía, se aprestó a la defensa contra tamañas acusaciones. Y era tal la ira de César, que nadie dudó les había de costar aquella caro

[1] Adviértase ya aquí que en esta época las autoridades romanas apenas se percataban de ninguna diferencia si no es de sectas entre cristianos y judíos, con lo que el odio contra el judaísmo recaía también sobre el Cristianismo. Conviene, sin embargo, notar que por este mismo tiempo, ya desde el edicto de libertad religiosa para los judíos de JULIO CÉSAR gozaban éstos de especiales privilegios: en virtud de este edicto, JULIO CÉSAR expresamente exceptuaba a los judíos de la orden de no poder formar nuevos colegios en Roma. Augusto ratificó las prescripciones de Julio César. Según estos privilegios, los hebreos también quedaban exentos de tener que tributar culto a las efigies sagradas de los Césares.

a los judíos. FILÓN, a su vez, al salir lleno de bochorno, cuéntase que dijo a los judíos allí presentes: «Tened buen ánimo, pues el furor del César contra ellos hará que tenga a Dios por enemigo.» (EUSEB. *Hist. Ecles.* Lib. II, núm. 5). FILÓN es considerado como el teólogo místico mayor del judaísmo heleno, y en sus libros de la *Legación a Gayo* (sólo se conserva uno) fué precursor de *Mortibus persecutorum*, de LACTANCIO.

Gayo obliga a que el templo de Jerusalén sea sitio de su propia adoración [2]

Legación ante Gayo. Núm. 43

139. Tal fué la temeridad y protervia de Gayo contra todos y, en en especial, contra los judíos. Enemicísimo de ellos, se apoderó de todas sus sinagogas, y comenzó esto por Alejandría,[3] llenándolas todas con sus imágenes y estatuas. Pues mientras permitía que otros se las dedicasen a él, él, por su parte, se las consagraba a sí propio. Hasta al templo de Jerusalén, que aún había quedado intacto y gozaba de todos los privilegios de asilo, le hizo ser templo de su nombre, para que en adelante se le tuviese como consagrado a Júpiter, presente en Gayo... [4].

L. COHN-REITER, vol. VI, pág. 218

P.

[2] La lucha de los Emperadores de Roma contra el «monoteísmo» empezó en gran escala en la época de Calígula. Frase suya fué aquella que aduce FILÓN en esta misma *Legación ante Gayo*: «¿Acaso no sois vosotros los únicos que, enemigos de los dioses, os empeñáis en no reconocer mi divinidad, prefiriendo de vuestra parte el culto de un *Dios anónimo?*» «El motivo del odio de Gayo contra nuestro pueblo—escribía FILÓN a Claudio—no era otro que la persuasión que tenía de que los hebreos jamás se abajarían a reconocer la pretendida divinidad de Calígula.» *Ibid.*

[3] Según FILÓN se calculaban por entonces los judíos que residían en Alejandría y contornos en un millón. Calígula, ya desde el año 38, se había mofado de los hebreos de Egipto, mandando colocar en sus sinagogas imágenes y efigies suyas; fueron muchos arrancados de sus casas, y más de 37 de los nobles de la ciudad azotados y muertos en el teatro. En el cumpleaños de Calígula (en agosto del 38), por orden de Flaco se vieron muchas cruces con cadáveres de judíos. La legación de que habla aquí FILÓN fué del año 39 al 40, aunque el libro que citamos sobre dicha legación es posterior a la muerte de Calígula. Apenas desapareció de la escena este Emperador enfermizo, nueva comisión de ambas partes—judía y helénica—partió de Alejandría para Roma, con lo que reinó la paz en la capital de Egipto.

[4] La idea de Calígula fué introducir en el templo un coloso dorado de proporciones enormes, que representase su divinidad. plan que en mucho mayor escala aún sobrepujó después en el suyo, Nerón. Hay autores que sostienen que las alusiones con-

FLAVIO JOSEFO

Quiere Calígula imponer su adoración en Jerusalén a viva fuerza

De la guerra judaica. Lib. II, cap. 10, 1

140. Supo servirse tan malamente de la fortuna Gayo César y usar de la prosperidad, que quería ser llamado Dios, y se tenía por tal. Dió la muerte a muchos nobles de su patria, y extendió su crueldad impía aun hasta Judea. Envió a Petronio [5] con ejército y gente a Jerusalén, mandándole que pusiese sus estatuas en el templo, y que si los judíos no las querían recibir, que matase a los que lo repugnasen, y tomase presos a todos los demás. Esto cierto, movía y enojaba a Dios. Petronio, pues, con tres legiones y gran ayuda que había tomado en Siria, veníase aprisa a Judea.

Trad. *Bib. Clás.* G. DINDORF, vol. II, pág. 102

---

tenidas en la *II Tesalon.* II, 1-8 de SAN PABLO, se refieren a las monstruosidades de divinización intentadas por Calígula en el templo de Jerusalén. Adviértase, con todo, que esa Carta se escribió entre los años 50 y 51. En la última línea hemos seguido la variante de EUSEB. *Hist. Ecles.* II, 6, 2. SUETONIO, en la *Vida de Calígula,* nos da datos que hacen muy probable la audacia auto-divinizadora de Gayo, en el sentido de la antes indicada variante del texto de FILÓN en JOSEFO. «Mandó traer de Grecia—escribe—las estatuas de los dioses más famosos por la excelencia del arte y la veneración popular, entre ellas, la de Júpiter de Olimpia, y quitándole a ésta la cabeza, la cambió por otra suya... Hizo transformar el templo de Cástor y Póllux en un vestíbulo (del palacio alargado por él en el Palatino), y allí sentado entre los dos hermanos gemelos se hacía adorar del pueblo. No faltaron quienes le tributaban como saludo el sobrenombre de Júpiter Latino. Logró tener para su divinización templo, sacerdotes y sacrificios especiales... De día celebraba entrevistas íntimas a solas con Júpiter Capitolino..., y habiéndole Júpiter urgido a vivir más próximo a él, Gayo hizo pasar un puente por encima del templo de Augusto uniendo el Palatino con el Capitolino.»

[5] Los procuradores de Judea dependían de los legados de Siria. De ahí la importancia grande de Petronio en este asunto de las efigies de Calígula en Jerusalén. Se contaron ocho legados en tiempo de Cneo Pompeyo, que fué el que incorporó la Palestina a Roma: cuatro en tiempo de Julio César; varios durante el triunvirato, etc.; doce bajo el imperio de Augusto del año 31 a. C. al 14 después de Cristo. cinco a Tiberio y uno solo, y ése Petronio, bajo el principado de Calígula del 39 al 42. ¿Alude San Pablo (*II ad Tesal,* V, 6 y 7) a la buena intención de Petronio como Jesús en la parábola de las minas (LUC. XIX, 12-15) parece apuntar a la historia de Arquelao?

Planes y dudas de Petronio sobre introducir estatuas de Calígula en Jerusalén

Ibíd. 42, cap. 10, 3-5

141. Habiéndose juntado los judíos, sus hijos y mujeres en Ptolomaida, suplicaban a Petronio, primero por las leyes de la patria y después por el estado y reposo de todos ellos. Movido éste al ver tantos como se lo rogaban, dejó su ejército y las estatuas que traía en Ptolomaida, y pasando a Galilea, convocó en Tiberíades todo el pueblo de los judíos y toda la gente noble, y comenzóles a declarar la fuerza del ejército y el poder romanos y las amenazas del César, añadiendo también cuánta injuria y desplacer le causaba la súplica que los judíos le hacían, pues todas las gentes que obedeciendo reconocían al pueblo romano, tenían en sus ciudades, entre los dioses, también las imágenes del Emperador; que solamente los judíos no lo querían consentir, y que esto era ya apartarse del mando del Imperio, aun con injuria de su presidente.

142. Alegaban, por el contrario, los judíos la costumbre de su patria y las leyes [6], mostrando no serles lícito tener no de hombres sólo, pero ni la imagen de Dios en su templo, y no sólo en el templo, pero ni tampoco en sus casas ni en lugar alguno, por más profano que sea, en toda su región.

143. Entendiendo Petronio esta razón, respondió: «Pues sabed que yo he de cumplir lo que mi señor me ha mandado, y si no le obedezco seré agradable a vosotros, y justamente mereceré ser castigado. Haráos fuerza, no Petronio, pero sí aquel que me ha enviado, porque a mí me conviene hacer lo que me ha sido mandado, como también a vosotros obedecerme y cumplir con lo que digo.»

144. Contradijo todo el pueblo a esto, diciendo que más querían padecer todo peligro y daño que no sufrir que les fuesen quebrantadas o rotas sus leyes.

145. Habiendo puesto silencio en la gritería que hacían, Petronio les dijo: «¿Estáis, pues, aparejados para pelear y hacer guerra al

---

[6] Dicho está en el núm. 139, nota, cómo los judíos gozaban por entonces de muchos privilegios. Recuérdese que la familia de Herodes, por la parte de Mariamme I y sus hijos y nietos, era muy íntima de la viuda de Druso, Antonia, madre de Germánico. Ya César y Augusto habían ordenado varias disposiciones a su favor sobre el culto a los Emperadores, y, además, el no podérseles citar a juicio los sábados y el que no se podían introducir en territorio palestino enseñas paganas con imágenes de los Emperadores y emblemas religiosos de significado gentil

César?»[7]. Respondieron los judíos que ellos cada día ofrecían a Dios sacrificios por la vida de César y de todo el pueblo romano; pero si pensaba deberse poner las imágenes en el templo, primero debía hacer sacrificio de todos los judíos, porque ellos y sus mujeres e hijos se ofrecían para ello a que los matasen.

Maravillóse otra vez Petronio viendo esto, y túvoles compasión viendo la gran religión de estos hombres, y viendo tantos tan prontos para recibir la muerte; y fuéronse todos sin hacer nada.

146. Después comenzó a tomar por sí a cada uno de los más principales y persuadirles de aquéllo; hablaba también públicamente al pueblo, amonestándolo unas veces con muchos consejos, y otras también los amenazaba, ensalzando la fuerza y poder de los romanos y la indignación de César, y entre estas cosas declarábales cuán necesario les fuese cumplir lo que les había mandado. Viendo que no querían consentir ellos en algo de todo cuanto les decía, y que la fertilidad de aquella región se perdería porque era el tiempo aquel de sembrar y había estado todo el pueblo casi ocioso cincuenta días en la ciudad, a la postre convocólos y díjoles que quería emprender una cosa peligrosa para él mismo, porque dijo: «O amansaré al César ayudándome Dios y salvarme he con vosotros, o si se moviere él a venganza con enojo, perderé la vida por tanta muchedumbre y por tan gran pueblo.»

147. Despidiendo con esto a todo el pueblo, el cual hacía muchos ruegos y sacrificios por Petronio, retiró su ejército de Ptolomaida a Antioquía; y de allí luego mandó comisionados a César, que le contasen e hiciesen saber con qué aparejo y orden hubiese venido contra Judea, y lo que toda la gente le había suplicado, y que si determinaba negarles lo que pedían, debía saber que los hombres y las tierras todas se perderían, porque ellos guardaban en esto la ley de su patria, y con gran ánimo contradecían a todo mandamiento nuevo. Respondió Gayo a estas cartas muy enojado, amenazando con la muerte a Petronio, porque había sido negligente en ejecutar su mandamiento[8].

Trad. *Bib. Clás.* *Id.* pág. 102-103

---

[7] Se explica esta frase comprometedora de Petronio por su difícil situación. Calígula había mandado que se pusiese en el templo de Jerusalén su estatua de oro y se introdujesen las enseñas militares en la capital judía por una reacción de aquellos accesos que le daban al César, al saber éste que los judíos habían despedazado un ara que los pueblos limítrofes de Iammia habían erigido como señal de culto al mismo Emperador.

[8] Calígula, en pena de su conducta con los judíos, mandó a Petronio se suicidase; pero antes que esta orden llegase a manos del legado de Siria se supo la muerte del Emperador, asesinado en su palacio con treinta y una puñaladas. La tardanza de la nave que traía la terrible sentencia, detenida en su travesía por una tempestad, que le hizo retrasar tres meses su arribo, fué la salvación de Petronio.

CLAUDIO [1]

C. SUETONIO TRANQUILO

EUSEBIO en su *Historia Eclesiástica* dice: «En el mismo tiempo en que Pablo salió de Jerusalén y sus cercanías para dirigirse a Ilírico, el Emperador Claudio expulsó de Roma a los judíos. Ese fué el motivo por el que Aquila y Priscila con otros judíos, dejando a Roma, se hubieran ido al Asia, donde permanecieron con Pablo, que a la sazón estaba echando las bases de las Iglesias de aquella región.» Lib. II, cap. 19. Muchos autores suponen que esta expulsión de que nos hablan EUSEBIO y *Hechos de los AA.* 18, 2 coincide con la expulsión a que alude SUETONIO en su *Vita Claudii*. 25. 2-4.

De la persecución de Claudio

Vida de Claudio. 25, 2-4

148. A las gentes de condición peregrina prohibió (Claudio) usasen nombres romanos, sobre todo los gentilicios, y mandó cortar el cuello en el Campo Esquilino [2] a quienes se habían abrogado la ciudadanía romana. Entregó al Senado las provincias de Acaya y Macedonia, que Tiberio había dispuesto administrarlas él, y privó de la libertad, reduciéndolas a provincias, a los licios, por sus ruinosas desavenencias; en cambio se la devolvió a los rodios en premio de la enmienda de sus pasados crímenes [3]. Eximió para siempre de sus tributos a los habitantes de Ilión, como a cuna de la raza romana [4], después de haber leído la vieja carta griega del Senado y del pueblo romanos, que prometía amistad y alianza al Rey Seleuco, si es que él exoneraba

[1] Con este Emperador se había educado cuando niño, al lado de Antonia, madre de Germánico, Herodes Agripa I, hijo de la célebre Berenice I.

[2] Era uno de los sitios donde se aplicaba la pena capital. Cerca del lugar aquí citado hallábase una verdadera selva de postes de cruces, donde se colgaba a los esclavos fugitivos, soldados tránsfugas y desertores y criminales de baja ralea.

[3] Según DIÓN, habían crucificado a varios ciudadanos romanos.

[4] La defensa de esta gracia habíala tenido el futuro Emperador Nerón en su entusiasmo por Roma y por la «Gens Julia», procedente de Eneas, héroe de la *Eneida*, de VIRGILIO, que por entonces se leía en todas las casas de Roma.

de toda carga a los antecesores de Roma, los troyanos. Desterro de Roma a los judíos, que a instigación de Chresto [5] originaban frecuentes tumultos. Permitió a los embajadores de los germanos que tomasen asiento en la orchestra [6], pues éstos, presentes en una asamblea popular, al advertir que los partos y armenios tenían puesto en el Senado, se pasaron por sí mismos a este sitio, pregonando que ellos ni en valor ni en condición eran inferiores en nada a los demás

MAX. IHM, págs. 208-209.

DION CASIO

Conducta de Claudio con los judíos

Historia romana. Lib. LX, 6

149. Pues como la afluencia a Roma de judíos empezó de nuevo a aumentar mucho, y ya por la muchedumbre de ellos era difícil hacerlos desterrar de Roma sin provocar revueltas, resolvió no precisamente echarlos fuera, sino no tolerar que pudiesen tener reuniones quienes de entre ellos se conservaban fieles a las tradiciones hebreas.

MELBER, vol. III, pág. 375.

---

[5] Aunque el nombre de *Chresto* era entonces corriente entre esclavos y gente de servidumbre, conviene advertir que ya TERTULIANO (véase núm. 714) echa en cara a los paganos que aún no acababan de diferenciar los nombres de *Christus* y *Chrestus*; bastante probablemente por la coincidencia de los hechos, este *Chresto*, en la mente de SUETONIO, era Christus. Los autores antiguos lo entendían Cristo. OROSIO escribía en tiempo de San Agustín: «No se acaba de ver aún en este pasaje *(de Suetonio)* si mandó Claudio reprimir a los judíos que hacían motines contra los cristianos, o al revés, hacía recaer sobre éstos el mismo castigo que sobre los judíos, como a sectas de la misma hermandad religiosa.»

[6] Los teatros proceden del ateniense del siglo v (a. de C.), con diversas modificaciones ya desde el Teatro romano. Los teatros antiguos tenían siempre la misma distribución: *cavea*, o sea el lugar de los espectadores, la cual estaba a su vez distribuída en diversas cuñas (cunei). Delante de la cavea estaba la *orchestra*, que si entre los griegos era el sitio para bailes, danzas y el coro, en cambio, entre los latinos, se reservaba para espectadores privilegiados. A la orchestra seguía la *scena*, con su muro alto, decorado con estatuas, dioses y bellísimas obras de exquisito arte. El interior del teatro de Orange es uno de los mejor conservados, con su *cavea*, *orchestra* y *scena*. También se llamaba orchestra a la parte del senado y del Foro, junto a los «rostra» correspondiente a la de los teatros.

NERON [1]

CORNELIO TACITO

De Pomponia Grecina

Anales, XIII, núm. 32

150. «Hízose también un decreto por el Senado que miraba a la seguridad y al castigo de los esclavos; es a saber: que si alguno fuese muerto por sus propios esclavos, fuesen obligados a la misma pena que los matadores los que habiendo ya alcanzado libertad por testamento habitaren en la misma casa del señor. Restituyóse al orden senatorio Lucio Vero, Consular, del cual había sido reformado por delitos de malversación. Y Pomponia Grecina [2], matrona ilustre, mujer de Plaucio [3], aquel que regresando de Britania entró en Roma con el triunfo de ovación, acusada de superstición [4], fué remitida al juicio de su propio marido, el cual, vista la causa, conforme al uso antiguo [5] en presencia de sus parientes, y examinada la honra y la vida de la mujer, la dió por inocente. Vivió Pomponia largos años en continua tristeza, porque después de muerta Julia, hija de Druso, por asechan-

[1] Increíble parece, pero lo cierto es que Nerón, lo propio que Calígula, hayan tenido, si no en Roma, si en Provincias, flámines para su culto. Se conocen ciertamente referencias a los sacerdotes y flámines del culto propio (hasta los años que nos interesan aquí) de Julio C., Augusto, Livia, Tiberio, Germánico, Druso, Drusila, Calígula, Claudio, Nerón, Tito, Domitila, Julia Augusta, Nerva, Trajano, Matidia, Plotina, Adriano, Sabina, Antonino, Faustina, Lucio Vero, Marco Aurelio, Faustina la Joven, Cómodo, Pértinax, Septimio Severo y el favorito de Adriano, Antinóo..

[2] Hija del cónsul Pomponio Grecino.

[3] Aulo Plaucio Laterano fué legado de Claudio y conquistó casi toda la Britania; y el 50 después de Cristo fundó una colonia de veteranos en la actual Colchester.

[4] La palabra «superstición», en estos casos, demostraba en general culto extranjero. y en particular aquí denota el Cristianismo, pues no hay por qué juzgar en una matrona tan digna y austera complicidad con religión de moralidad dudosa. Tanto más que en las catacumbas de San Calixto, en Roma, encontró Rossi, en elegantes caracteres, el nombre de Pomponio Grecino, del segundo siglo, pariente, al parecer, de Pomponia; y es cierto que el núcleo más antiguo del cementerio de San Calixto pertenecía a la familia de los Pomponios.

[5] La «patria potestas» daba a los maridos de ese rango el poder de juzgar a las esposas y de velar por las obligaciones del culto doméstico, condición con la cual entraba la mujer a formar parte de la nueva casa.

zas de Mesalina, cuarenta años continuos no vistió sino luto, ni fué vista jamás alegre; lo que, hecho sin sospecha en tiempo de Claudio, le fué a ella de reputación en los otros tiempos.

Trad. *Bib. Clás.* HALM, pág. 267.

FLAVIO JOSEFO

De Santiago, hermano de Jesús [6]

Antigüedades. Lib XX, 9, núm. 1

151. En tanto, Anás el menor [7], de quien ya dijimos se había investido el Sumo Sacerdocio, se mostró de índole feroz y audacia descubierta. Aparecía digno de la secta de los Saduceos, a la que pertenecía, célebre entre los judíos, como ya lo llevamos dicho, por su inclemencia y crueldad en los tribunales. Hombre, pues, de índole así, creyendo tener la ocasión en las manos, pues Festo había ya muerto y Albino aún se hallaba de camino [8], osó reunir su consejo y mandó comparecer ante el tribunal a Jacobo, hermano de quien se decía Jesús, y otros varios con él. Habida la causa, los entregó para que fuesen apedreados por crimen de lesa Ley.

Esto, que advirtieron varios ciudadanos dignísimos y muy escrupulosos de observar la ley, lleváronlo muy a mal, y en secreto enviaron emisarios al Rey, suplicándole que amonestase por cartas a Anás, que no llevase a ejecución lo resuelto, ya que la pena decretada no parecía justa.

P. G. DINDORF, vol. I, pág. 786

---

[6] Este Santiago, llamado hermano de Jesús por su parentesco con Jesús, fué el primer obispo de Jerusalén: tuvo por sobrenombre «el Justo»; después se describe su martirio, núms. 796-799.

[7] Anás, uno de los jueces de Jesús, fué él mismo Sumo Sacerdote, y tuvo, además, sucesores en este altísimo oficio a cinco hijos suyos, sucesivamente: uno de éstos fué Anás, el menor, hombre de gran astucia y mano izquierda, en el que confiaban mucho los judíos. Por su espíritu político se creía que, de haber vivido aún él, se hubiese evitado la ruina de Jerusalén. Intervino eficazmente contra los zelotas e idumeos al principio de la guerra civil; pero al fin fué asesinado por los idumeos, que dejaron su cadáver insepulto por mucho tiempo en las calles de Jerusalén.

[8] Festo gobernó del 60 a parte del 62; Albino, de parte del 62 al 65.

CORNELIO TACITO

Del incendio de Roma

Anales. XV, núms. 38-44

Aunque sea algo prolija incluímos aquí, sin duda con gusto de los lectores, toda la descripción del incendio de Roma, según Tácito, fácilmente presente a la sazón en Roma. Es la más detallada de cuantas se conocen. Como pocos documentos, declara el juicio implícito del autor, de lo que por entonces se creía de las abominaciones de los cristianos. Terrible mortandad, que resultó ser una consecuencia de las ansias de justificación de Nerón *hostis generis humani,* según Plinio (*Hist. nat.* VII, 6), y del aborrecimiento popular injusto de que era ya objeto la nueva religión. El incendio coincidió con el aniversario de la toma y del incendio de Roma por los galos la noche del 18 al 19 de julio del 64.

---

152. Siguióse después en la ciudad un estrago, no se sabe hasta ahora si por desgracia o por maldad del Príncipe, porque los autores lo cuentan de entrambas maneras [9], el más grave y el más atroz de cuantos han sucedido en Roma por violencia del fuego. Salió de aquella parte del circo que está a las faldas de los montes Palatino y Celio, donde comenzó a prender en los almacenes en que se depositan aquellas cosas capaces de alimentarle. Hízose con esto tan fuerte y poderoso, que con mayor presteza que el viento que le ayudaba, arrebató todo lo largo del circo; porque no había allí palacios privados con reparos contra este elemento, ni templos cercados de murallas, ni espacios del cielo abiertos que se opusiesen al ímpetu de las llamas; las cuales, discurriendo por varias partes, abrasaron primero las casas puestas en lo llano, y subieron después a los altos, y de nuevo se dejaron caer a lo bajo con tanta furia, que del todo prevenía su velocidad a los remedios que se le aplicaban. Ayudóle al fuego el ser la ciudad

[9] Si intencionadamente o al caso. Son muchos de opinión que, aprovechándose del viento, que al atardecer empieza a soplar por esa estación en Roma, Nerón ideó parte de la quema que le convenía por razones de estética y utilidad urbanas. Mas no contó con que el viento no siempre está a merced de los Emperadores, y se le amplió enormemente el circuito del estrago, mucho más de lo que él suponía. Hoy surgen nuevas hipótesis; pero en todas queda muy enrojecida por las llamas la silueta del Príncipe histrión.

en aquel tiempo de calles muy angostas y torcidas a una parte y a otra, todo sin orden ni medida, cual fué el antiguo edificio de la vieja Roma.

153. A más de esto, las voces confusas de las mujeres medrosas, de los viejos y niños, y de los temerosos de su peligro o del ajeno; éstos, que se apresuran para librar del incendio a los débiles, y aquéllos, que se detienen para ser librados, lo impiden y embarazan todo; y muchas veces, volviéndose unos y otros a mirar si les seguía el fuego por las espaldas, eran acometidos de él por los lados o por el frente. Y cuando pensaban ya estar en salvo con retirarse a los barrios vecinos, a los que antes habían juzgado por seguros, los hallaban sujetos al mismo trabajo.

154. Al fin, ignorando igualmente lo que habían de huir y lo que habían de buscar, henchían las calles y se echaban por aquellos campos. Algunos, perdidos todos sus bienes y hasta el triste sustento de cada día; y otros, por el dolor que les causaba el no haber podido librar del aquel furor a sus caras prendas, se dejaban alcanzar de las hambrientas llamas voluntariamente. Ninguno se atrevía a remediar el fuego, habiendo por todas partes muchos que no sólo prohibían con amenazas el apagarle, pero arrojaban públicamente tizones y otras cosas encendidas sobre las casas, diciendo a voces que no hacían aquello sin orden; o que fuese ello así, o que lo hiciesen para poder robar con mayor libertad.

155. Hallábase Nerón entonces en Ancio [10], y no volvió a la ciudad hasta que supo que el fuego se acercaba a sus palacios por la parte que se juntaba con el Palatino y con los jardines de Mecenas [11]; y con todo eso no fué posible librar del incendio al mismo Palacio [12], a las casas y a todo cuanto estaba alrededor. Mas él, para dar algún alivio al pueblo turbado y fugitivo, hizo abrir el Campo Marcio, los monumentos de Agripa [13] y sus propios huertos, y fabricar de presto

---

[10] Ciudad natal de Nerón.

[11] Nerón estaba entonces comunicando el Palatino con el Esquilino, en cuya cumbre dominaba el palacio y torre de Mecenas, asombro de riqueza y arte. Estos edificios formaron antes del incendio la gran «domus transitoria» de Nerón, que, después de la invasión de las llamas en sus nuevos edificios, llevó el nombre de «Domus aurea», la que ocupaba una extensión enorme, con variedad de bosques, estanques, villas, palacios, pórticos, templetes con toda riqueza de marfil, oro, piedras preciosas y estatuas. Era el preludio de su Nerópolis, cuyo símbolo fué el coloso, o estatua suya, de 36 metros de altura.

[12] En el Palatino, con todo, no se quemó más que el palacio de Claudio, no los de Tiberio y Calígula; así como tampoco ardieron en otros sitios, ni los jardines de Mecenas, ni el palacio de Nerón en el Celio.

[13] Grupo de bellos monumentos y pórticos en el Campo Marcio, que llevaban el nombre del gran amigo y general de Augusto, Agripa.

en ellos muchas casas donde se albergase la pobre muchedumbre. Trajéronse de Ostia y de las tierras cercanas las cosas de primera necesidad, y bajó el precio del trigo hasta tres numos. Todo lo cual, aunque provechoso y deseado por el pueblo, le era con todo eso muy poco acepto, por haberse divulgado por toda la ciudad y corrido la voz de que en el mismo tiempo que se estaba abrasando Roma, había subido Nerón al palco escénico de su palacio y cantado en él el incendio y destrucción de Troya, comparando los males presentes con aquellas antiguas calamidades [14].

156. Al cabo de seis días tuvo fin el fuego, empezando por la parte más baja del monte Esquilino, gracias al derribo por largo trecho de casas y otros edificios, para que la violencia de las llamas se parase en aquel espacio de campo vacío y descubierto. No había aún cesado el temor, cuando volvió a enfurecerse otra vez el fuego, aunque con menos ruinas, por ser lugares más desavahados de la ciudad, que fué causa de que pereciese menos gente; pero lo que padeció más fueron los templos de los dioses, los pórticos y galerías erigidos para recreo y esparcimiento de los ciudadanos.

157. Fué este incendio más infame que el primero, habiendo salido su violencia de las casas y huertos de Tigelino, que estaba en el arrabal Emiliano [15]; creyéndose que Nerón deseaba ganar para sí la honra de edificar otra nueva ciudad y llamarla de su nombre. Dividíase la ciudad de Roma en catorce regiones, de las cuales sólo cuatro quedaron enteras [16], tres asoladas del todo, y en las otras siete poquísimas casas, y ésas sin techos y medio abrasadas.

158. No se puede decir con certidumbre el número de las casas, de los barrios aislados y templos que perecieron; mas es cierto que cosas de antiquísima devoción se abrasaron: el que Servio Tulio dedicó a la Luna [17]; el templo grande y altar que Evandro de Arcadia [18] consagró a Hércules, vivo y presente entonces [19]; el templo de Júpiter

---

[14] Suetonio y Dión Casio describen en estas circunstancias a Nerón en traje y ademanes teatrales.

[15] Tigelino fué personaje digno de novela por sus aventuras, vicios, enredos palaciegos y amor a gladiadores y circos. Galba le mandó suicidarse.

[16] Estas zonas fueron señaladas y distribuidas ya antes, en tiempo de Augusto.

[17] Dos templos célebres tenía Roma entonces dedicados a la divina Luna: uno en el Palatino, y otro en el Aventino, dominando éste último las carreras del Circo Máximo. A este segundo alude Tácito. Más tarde, uno de los dos obeliscos de los circos, el menor, se consagraría también a la Luna.

[18] Evandro de Arcadia, personaje mítico de los orígenes de Roma.

[19] Se creía que estuvo allí entonces Hércules, de paso de España, donde robó los fabulosos bueyes, para el Lacio.

Estator, hecho por voto de Rómulo [20]; el palacio de Numa y el templo de Vesta [21], con los propios dioses penates del pueblo romano. Quemáronse también las riquezas ganadas con tantas victorias, las obras admirables de los griegos, las memorias antiguas y trabajos insignes de aquellos hombres e ingenios, y otras cosas semejantes conservadas hasta allí sanas y enteras, muchas de las cuales lloraban los más viejos, como incapaces de remedio, aun después de haber visto la grandeza con que Roma volvió a resucitar. Notaban algunos que este incendio comenzó el día diecinueve de julio, en el cual, muchos años antes, los galos senones tomaron y quemaron a Roma; otros, más curiosos, contaban tanto número de años como de meses y días entre un incendio y el otro.

159. Mas Nerón, sirviéndose de las ruinas de la patria, fabricó un palacio, en que no se admiraban tanto las piedras preciosas y el oro, cosas muy usadas ya de antes y hechas comunes por la gran prodigalidad y vicio de Roma, cuanto las campañas, estanques, y como en forma de sitios solitarios cerrados de bosques, y de otros espacios de tierra descubiertos apaciblemente a la vista; siendo los trazadores y arquitectos de estas obras Severo y Célere, hombres de tal ingenio y de tan gran atrevimiento, que emprendían el dar con su arte lo que había ganado la misma Naturaleza, y burlarse de la manía de fuerza del Príncipe.

160. Estos habían ofrecido abrir un canal navegable desde el lago Averno [22] hasta las bocas del Tíber, trayéndole por la seca costa, o al través de los montes, sin que en todo aquello hubiese otra humedad capaz de producir las aguas necesarias para ello, sino las lagunas Pontinas, siendo todo lo demás tierra seca y despeñaderos tan grandes, que cuando se pudiera romper por ellos fuera el trabajo insufrible y el provecho ninguno. Mas, con todo eso, Nerón, como deseoso que era de cosas imposibles, insistió en hacer cortar las cumbres de aquellos montes vecinos al lago Averno, y aún hoy día quedan vestigios de aquellas sus vanas esperanzas.

161. Pero las casas abrasadas del fuego no se reedificaron sin distinción y acaso, como se hizo después del incendio de los galos, antes se midieron y partieron por nivel las calles, dejándolas anchas

---

[20] Viendo Rómulo su ejército en derrota por los sabinos, acudió en plegaria a Júpiter, quien milagrosamente detuvo y paró el ejército en fuga, que muy pronto salió vencedor. Por eso se llamó *Júpiter Stator*.

[21] Las ruinas del «Atrium Vestae» actuales, son de tiempo muy posterior, pues pertenecen a la época de Septimio Severo.

[22] Cerca de Cuma. Por allí se hallaba la gruta de la Sibila Cumana y la supuesta entrada del Infierno.

y desavahadas, tasando la altura que habían de tener los edificios, ensanchando el circuito de los barrios y añadiéndoles galerías o soportales que guardasen el frente de los aislados. Estas galerías prometió Nerón que fabricaría a su costa, y que entregaría a los dueños los solares limpios y desembarazados, y señaló premios conforme a la calidad y hacienda de los que edificaban, con tal que se acabasen las casas y aislados dentro del término fijado por él. Mandó que las calcinadas y despojos de aquellas ruinas se echasen en las lagunas de Ostia, y que lo cargasen y llevasen allá los navíos que habían subido por el Tíber cargados de trigo.

162. Ordenó también que en ciertas partes se hiciesen los edificios sin trabazón de vigas y otros enmaderamientos, rematándolos con bóvedas hechas de piedra de Gabí y de Alba, las cuales resisten valerosamente al fuego. Y para que el agua de las fuentes, que hasta allí se invertía mucha parte de ella en uso de particulares, pudiese abundar más en beneficio público, puso guardias para que pudiesen todos tener más a la mano la ocasión de reprimir el fuego en semejantes desgracias.

163. Mandó también que cada casa se fabricase con paredes aisladas y propias, y no en común con las del vecino. Todas estas cosas, hechas por utilidad, ocasionaron también grande hermosura a la nueva ciudad, aunque creyeron muchos que la forma antigua era más sana, respecto a que la estructura de las calles y altura de los tejados servía de defensa contra los rayos del sol, donde ahora al ser las calles tan anchas y descubiertas, y por esta causa privadas de sombra, ocasiona más ardientes calores.

164. Hechas estas diligencias humanas, se acudió a las divinas, con deseo de aplacar la ira de los dioses y purgarse del pecado, que había sido causa de tan gran desdicha. Consultáronse sobre esto los Libros Sibilinos [23], por cuyo consejo se hicieron procesiones a Vulcano, a Ceres y a Proserpina, y las matronas aplacaron con sacrificios a Juno, primero en el Capitolio, y después en el mar cercano a la ciudad [24]; y sacando de él agua, rociaron el templo y el simulacro de

[23] Estos libros, según la leyenda, fueron vendidos a subidísimo precio por una misteriosa extranjera al Rey Tarquino. Véase núm. 350. Su interpretación hacíanla los duinviros, septénviros o quindecínviros. Sobre todo, desde el incendio de gran parte de los originales, fácilmente pasaron a ser instrumento político del Senado y de los Emperadores y sacerdotes.

[24] Ostia.

la diosa; las mujeres casadas, tendidas por devoción en el suelo del templo, tras sagradas vigilias [25], velaron toda la noche.

165. Mas ni con socorros humanos, donativos y liberalidades del Príncipe, ni con las diligencias que se hacían para aplacar la ira de los dioses, era posible borrar la infamia de la opinión que se tenía de que el incendio había sido intencionado. Y así, Nerón, para cortar en seco esta voz y descargarse, inventó y dió por culpados de él, y comenzó a castigar con refinados géneros de tormentos a unos hombres aborrecidos [26] del vulgo por sus excesos, llamados comúnmente «cristianos».

166. El autor de este nombre fué Cristo, el cual, imperando Tiberio, había sido ajusticiado por orden de Poncio Pilato, procurador de la Judea: y aunque por entonces quedó momentáneamente reprimida [27] aquella perniciosa superstición, tornaba otra vez a reverdecer no solamente en Judea, origen de este mal, pero también en Roma, donde llegan y se celebran todas las cosas atroces y vergonzosas [28] que hay en las demás partes. Fueron, pues, castigados al principio los que confesaron [29], y después, a consecuencia de las denuncias, una gran multitud, no tanto por el delito del incendio que se les imputaba como por haberla convencido de general aborrecimiento al género humano [30].

167. Añadióse a la justicia que se hizo de éstos la burla y escarnio con que se les daba la muerte. A unos vestían de pieles de fiera, para que de esta manera los despedazasen los perros; a otros ponían en cruces; a otros echaban sobre rimeros de leña; a quiénes, en faltando

---

25 En estos banquetes litúrgicos presidían los actos sagrados, como si tomasen parte en ellos, estatuas de diosas, sentadas al estilo que usaban antiguamente las mujeres en los banquetes. Los dioses, en *lecti-sternia*, o sea, en lechos; y las mujeres en *sellisternia*, o sea, en sillas.

26 No es que Nerón los hiciera ahora aborrecibles, ya lo eran ante el vulgo por la multitud de calumnias que corrían de boca en boca contra ellos, lo que facilitó el plan calumnioso y pérfido del tirano: hecho que de rechazo aumentó la malevolencia contra la nueva religión.

27 Con la muerte de Cristo.

28 Indica TÁCITO el motivo del aborrecimiento de que eran objeto los cristianos: crímenes horrendos y vergonzosos. Los apologistas nos enumeran y refutan las tres principales acusaciones en esta materia. Véanse núms. 690 y sigs.

29 La grandísima mayoría de los autores supone que esta *confesión* se refiere a la religión: confesar la fe, confesar que eran, en efecto, cristianos; otros opinan que esa confesión recae sobre el incendio de Roma, es decir, confesaron haberlo hecho ellos; y esto por el tormento a que sometieron a los primeros detenidos, los cuales, por miedo, en esa confesión creían hallar, probablemente, su salvación.

30 Esta acusación era por entonces común contra cristianos y judíos. Así TÁCITO, *Historias*, V. 5, dice de los judaizantes son *adversus omnes alios hostile genus*: enemigos de todas las demás clases de hombres.

el día, pegaban fuego, para que, convertidos en llamas, sirviesen de luminarias en las tinieblas de la noche. Había Nerón diputado para este espectáculo sus jardines, y él celebraba las fiestas circenses; y allí, en hábito de auriga, se mezclaba unas veces con el vulgo a mirar el regocijo, otras se ponía a guiar su carro, como acostumbraba. Y así, aunque culpables éstos y merecedores del último suplicio, movían con todo eso a compasión y lástima grande, como personas a quien se quitaba tan miserablemente la vida, no por provecho público, sino para satisfacer la crueldad de uno solo.

Trad. *Bib. Clás.* C. HALM. págs. 335-339.

S. TRANQUILO SUETONIO

¿Medidas legales de Nerón?

Vida de Nerón. Núm. 16

168. Ideó nuevo proyecto para las construcciones de Roma; hizo erigir a carga suya pórticos delante de los edificios de vivienda contiguos a los llamados islas... Intentó alargar los muros de Roma hasta Ostia mismo, y fué plan suyo hacer llegar agua encanalada del mar a la ciudad.

169. Bajo su reinado se tomaron muchas medidas severas y coercitivas, junto con otras decisiones que cumplir. Se puso coto al lujo, se redujeron las cenas que se daban a la plebe a sus debidas «porciones», se prohibió que en las tabernas se presentasen otras viandas que legumbres y hortalizas, cuando antes no se dejaba de ofrecer toda clase de manjares: fueron condenados a variedad de suplicios los cristianos, casta ésta de hombres adicta a una secta religiosa nueva y maléfica [31]; vedáronse las truhanadas de los aurigas, que en su demasiada libertad de vagabundos se creían con derecho para engañar y robar.

---

[31] OROSIO escribía, el 418, que Nerón extendió su obra de tormentos incluso a todas las provincias del Imperio, en su afán de extirpar de raíz el nombre cristiano. *Historias contra los gentiles,* VII, 7.

entre burlas; y se expulsaron a las comparsas de las pantomimas junto con los que traficaban con ocasión de los mímicos [32].

MAX. IHM, pág. 231.

Creencias del tiempo de Nerón

Vida de Vespasiano. 4, 5

170. Había cundido por todo el Oriente una antigua y constante creencia, que estaba ya del hado, que por entonces, saliendo de la Judea, (los judíos) se apoderarían de todo. Vaticinio fué éste, como después lo evidenciaron los acontecimientos, del Emperador romano, pero que los judíos se lo aplicaron a sí propios, lo cual les facilitó la ocasión para un levantamiento. Y fué así que no contentos con matar al procurador [33] romano, arrebatándole las enseñas, pusieron en fuga al legado consular de Siria [34], que iba a la sazón con nuevos refuerzos.

171. Entre otros varios fué entonces preferido para el caso con más tropas, por sus dotes y experiencia, Vespasiano, quien juntaba a esto el que, por su modesta cuna y nombre, tampoco infundía sospecha [35].

Trad. *Bib. Clás.* MAX. IHM, págs. 296-297.

---

[32] SUETONIO, en todas sus historias, da la sensación de que usaba mucho la documentación legal y el *Acta diurna populi*. Parece claro que SUETONIO en este párrafo, según su uso, hace una enumeración de disposiciones legales permanentes: ley contra el lujo, ley contra las tabernas, ley contra los aurigas, ley contra los cristianos

[33] El procurador romano Gessio Floro.

[34] El ex cónsul Cestio Gallo.

[35] De pretender con sus legiones el Imperio, en contra del Emperador Neron. Pero, muerto éste, después de los efímeros y tristes reinados de Otón, Galba y Vitelio, tras dura guerra civil con este, que fué ejecutado, Vespasiano fué reconocido Emperador de Roma

VITELIO

DION CASIO

Arde el templo de Júpiter en el Palatino

Vitelio, 17 -

Vitelio, cuya muerte y descuartizamiento a punta de espada, y cuyo arrastre, ya cadáver, con garfios por el Foro, es uno de los hechos más tristes de la Historia, fué ocasión, si no causa, del incendio del templo de Júpiter Capitolino en su guerra contra Vespasiano. Así coincidió la simultánea desaparición, por las llamas, de los dos templos más famosos de los dos espíritus religiosos entonces vigentes en el mundo greco-romano: el de Júpiter con Minerva y Juno, en el Palatino, y el monoteísta judío de Jehová, en Jerusalén [1].

---

172. Como por el incendio de los edificios que rodeaban el Capitolio quedasen impedidos del todo los que allá se defendían, los vitelianos entraron en el Capitolio e hicieron una mortandad terrible en muchos de los que allí se hallaban. Saqueado todo cuanto de rico se veía depositado en el Capitolio, vióse que, entre otros edificios, aun el Templo de Júpiter Opt. Máximo [2], venía a ser pasto de las llamas [3].

---

[1] Este Vitelio, siendo todavía Legado de Siria, fué quien depuso primero a Pilatos de su cargo, por acusación de los samaritanos; después, a Caifás, del Sumo Sacerdocio de Jerusalén, poniendo en su lugar a Jonatás; y, por último, a este mismo Jonatás, por peligroso a Roma.

[2] Circunstancia agravante de este incendio fué que, así como, según dicen, Nerón contempló las llamaradas de Roma ardiendo desde la torre de Mecenas, en el Esquilino, igualmente Vitelio se regocijaba observando alegre, mientras banqueteaba, el incendio del templo del Capitolio, en donde él juzgaba morirían abrasados los miembros más conspicuos de la familia flavia, o sea, la de Vespasiano, a quien habían proclamado Emperador las legiones de Egipto y del Asia. TÁCITO supone el incendio obra de los flavianos.

[3] Este soberbio templo tenía un triple orden de columnas al Mediodía, y a los dos lados sólo dos. Lo reconstruyó luego Domiciano, el año 82, con treinta columnas gigantes de mármol pentélico. Se renovaron las tres capillas interiores, y sólo el valor de las planchas de bronce y oro del techo, por los datos que hay, se calcula en cincuenta y nueve millones de liras oro (12.000 talentos).

Cogen prisioneros a Atico y Sabino y los envían a Vitelio; pero Domiciano y Sabino, el hijo de Sabino [4], huídos en el primer alboroto, habían logrado esconderse en casas particulares.

P. H. S. REIMARUS, vol. II, 1.070

VESPASIANO

CORNELIO TACITO

Idea de Tácito sobre la religión judía

Historias. V, núms. 2-5

173. Pero como vamos a describir el último día de una famosa ciudad [1], parece oportuno decir dos palabras sobre sus orígenes. Hay quienes dicen [2] que los judíos no son sino unos esclavos fugitivos de la isla de Creta que fijaron su residencia en los extremos de la Libia [3], coincidiendo con el tiempo preciso en que Saturno fué por Júpiter echado violentamente de sus reinos [4]. La razón tráela el nombre. Como dentro de Creta está incluído el monte Ida, dicen que la palabra judío no es sino una adulteración bárbara de los moradores: ideos [5]. Otros dicen que reinando Isis [6], como efecto de la supra-población exuberante del Egipto, hubo de desplazarse este pueblo hacia tierras vecinas.

---

[4] Hubo un Flavio Sabino, hermano mayor de Vespasiano, famoso como gran militar, quien tomó gloriosamente parte en más de 35 acciones militares. De él hablan Tácito, Suetonio y Josefo.

[1] Jerusalén.

[2] Aún no se ha podido averiguar en dónde pudo inspirarse Tácito para muchas de estas aseveraciones, que las da como corrientes entre los eruditos de su época.

[3] Libia aqui debe tomarse por Africa en general, exceptuada el A. proconsular.

[4] Estos reinos se sobreentiende son los de Olimpo.

[5] Extraña fábula, sin más fundamento que el sonsonete de las palabras *idea* y *judea*. Debajo del monte Ida es en donde la madre Cibeles escondió a su hijito Júpiter, para impedir lo devorase, como a sus otros hermanos, su padre Saturno.

[6] Reina y diosa egipcia. Simboliza la tierra egipcia, que es fecundada por el Nilo, su marido Osiris. Su culto era extremadamente vistoso y lleno de misterios, con especiales ritos, procesiones y purificaciones. Fué una de las primeras religiones subrepticias de Roma, desde los tiempos de Sila. Véanse núms. 374-416.

bajo la guía de Hierosolino y Juda. Los más la tienen por una rama etiópica, a la que, en tiempo del Rey Cefeo [7], el miedo y el odio la obligaron a cambiar de país. No faltan quienes los hacen asirios advenedizos que, pueblo pobre en campos fértiles, se apoderó de Egipto, y después cultivó las tierras y levantó ciudades propias hasta incluso los confines inmediatos de Siria. Para otros no presentan duda estos orígenes. Los sólymos, raza celebrada en los cantos de Homero, fueron los que dieron su nombre a la ciudad fundada, que llamaron Jerusalén.

174. Están contestes muchísimos autores [8] en que habiéndose originado en Egipto un contagio que afeaba los cuerpos, y habiendo ido el Rey Bocchorim a consultar el oráculo de Hammón [9] en demanda de remedio, le mandó éste que purgase el reino y que toda esa clase de hombres [10] fuese arrojada a otras tierras como ofensiva a los dioses. Buscada y reunida así una gran chusma vulgar, como se viere ésta abandonada en sitios desérticos, mientras los demás se entregaban a las lágrimas por la desesperación, uno de los desterrados, Moisés, les intimó que dejando toda confianza en los hombres y en los dioses, pues de ambos eran abandonados, le tomasen a él y se fiasen de él como de un guía mandado del Cielo, y con este primer auxilio se verían libres de las calamidades presentes.

175. Asintieron, e ignorantes de cuanto les podía ocurrir, emprendieron su éxodo sin rumbo fijo. Nada les atormentó bien pronto tanto como la carencia de agua.

176. Parecían ya casi morir de sed y yacían tendidos por la inmensidad de aquellos campos, cuando una manada de jumentos salvajes, saliendo de un pastal, se dirigieron a una roca cobijada por una enramada. Siguiéndoles Moisés por el rastro del suelo y por lo recubierto de verde césped, dió con abundosos manantiales de agua. Sirvióles esto de alivio, y tras una marcha seguida de seis días, al séptimo, echando del país a sus pobladores, se apoderaron de él, y acamparon allí fijando ciudad y templo. Moisés, para asegurar más a la gente en adelante, inventó unos ritos nuevos contrarios a los demás de los mor-

---

[7] Padre de Andrómeda, librada por Perseo.

[8] Se desconocen hoy estos autores.

[9] Dios líbico, con cabeza de ternero. También aparece en las dinastías divinas egipcias patrón de nomos y ciudades. Más tarde vése a Hammón-Ra, de Tebas, cabeza de las divinidades egipcias de Heliópolis, Karnak y Lucsor, dos grupos de templos colosales que formaban un conjunto arquitectónico único en el mundo. Estuvieron consagrados a la gloria de Hammón-Ra (el Sol Hammón).

[10] Los judíos.

tales. Es para ellos execración cuanto los demás consideran sagrado, y, al revés, les es lícito lo que a los otros les está prohibido [11].

177. Honraban como a sagrado un simulacro del animal [12] que, en su descarrío, les había sido ocasión de quitar la sed, y en desprecio de Hammón sacrifican un carnero. Inmolan también un buey porque los egipcios dan culto a Apis [13]. Abominan del puerco en recuerdo del mal por el que una vez les había invadido una enfermedad costrosa, a la que este animal es tan propenso. En recuerdo de aquellas hambres guardan todavía hoy muchos ayunos, y como prueba de los granos de que se apropiaron, el pan de los judíos carece de fermento. Dícese que les gusta darse al ocio cada siete días porque el séptimo día tuvieron fin sus trabajos. Arrastrados por una dulce inactividad, también dedican al descanso el séptimo año [14].

178. Otros son de opinión de que el año séptimo de descanso es en honor de Saturno, según la tradición de los naturales de Ida cuando explican los orígenes de su religión, pues al ser expulsados (de Ida) a la vez que Saturno, echaron las bases de la nación judía; o también en consideración de las siete estrellas por las que se rigen los hombres, de las cuales es Saturno la que posee la fuerza mayor y la esfera más alta: además de que, según opinión suya, la mayor parte de los cuerpos celestes completan sus círculos en períodos de siete tiempos.

179. Estos ritos, introducidos de cualquier modo que fueran, se garantizan con su antigüedad; las demás instituciones, siniestras y feas, sólo tomaron cuerpo por su maldad. Porque toda la gentuza peor,

---

[11] Adviértase el antagonismo de los dos criterios: monoteísta judío-cristiano y el pagano de Tácito y de su época.

[12] La onolatría, o culto de dioses con cabeza de jumento, no era del todo raro en aquella época de tanta degradación religiosa. La opinión de que los hebreos adoraban este animal extendióla Apión, al asegurar que el rey Antíoco había hallado una cabeza de asno dorada en el templo de Jerusalén. Hasta en los fragmentos dichos de Petronio, el autor del *Satiricón*, hállanse referencias de la adoración de los hebreos a un dios con cabeza de jumento. Ocasión de burlas fué esta idea contra judíos y cristianos. En el pedagogio para los pajes imperiales del Palatino, se halló un *grafito* representando a Cristo en cruz, con cabeza de jumento, adorado por un paje imperial.

[13] Usafais, quinto Rey de la Dinastía I, construyó una nave para la adoración del macho cabrío, consagrado a Hershef, dios de Heracleópolis. Si hemos de dar fe a Manetón, Ka-Kau, segundo Rey de la Dinastía II, fué el fundador del culto del buey sagrado Apis, imagen viviente de Phtah, en Menfis, donde se conservaban magníficas sepulturas de estos sagrados animales.

[14] «Cuando hubiereis entrado en la tierra que yo os daré, la tierra hará sábado a Jehová. Seis años sembrarás la tierra y seis años podarás la viña y cogerás sus frutos, y el séptimo año la tierra tendrá sábado de holganza, sábado a Jehová.» *Levítico*, XXV, 2-6.

despreciando la religión de sus padres, encaminaban acá su tributación y donativos [15]. Con esto acrecentaba la fuerza judía, sobre todo porque están aferradísimos a su línea de conducta de ser benéficos entre sí, mientras profesan aborrecimiento de enemigos para con todos los demás [16]. Separados en los banquetes [17], distanciados en las habitaciones, pero, al fin, como raza inclinadísima a la lascivia, aunque evita uniones matrimoniales con otros, entre sí, en cambio, nada reputan vedado...

180. Usan de la circuncisión como distintivo de raza [18]. Los que pasan a su religión obran como ellos, y lo primero en que se les instruye es en despreciar a los dioses [19] y renegar de la patria, teniendo por viles a sus padres, hijos y hermanos. Procuran se acrecienten sus masas, tienen por malo se mate a ninguno de los suyos, y están convencidos de que las almas de los que mueren en la batalla [20] o en los terremotos gozan de la eternidad. De aquí les nace sus ansias de tener hijos y el desprecio de la vida. Siguiendo la costumbre egipcia prefieren enterrar a cremar los cadáveres. Los mismos embalsamamientos de los cuerpos, la misma persuasión del infierno o, en caso opuesto, del cielo. Pero si los egipcios ofrecen culto a la mayor parte de los animales y a simulacros de híbrida composición, en cambio los judíos rinden adoración de corazón sólo a un único Numen.

181. Tienen por profanos a los que en forma humana esculpen imágenes de dioses sirviéndose de materiales de aquí abajo. Según ellos, aquello Sumo y Eterno suyo no admite forma que le imite, a la vez que es indestructible. Inútil, pues, buscar ni en sus ciudades ni siquiera en sus templos simulacros de dios. Jamás rinden ni esta adulación a los reyes, ni este honor a los Emperadores [21]. Y sus sacerdotes, así como acompañan sus cantos con pífanos y tímpanos, así tam-

---

[15] Los que dejaban la religión de los dioses por ser prosélitos del judaísmo, tenían que dar el acostumbrado tributo por el templo de Jerusalén.

[16] Acusación grave que se echaba entonces en cara a todos los judíos y cristianos: el aborrecer a los demás hombres.

[17] Ciertas prohibiciones legales a las que debían someterse los hebreos, como comer carne suina, etc., les impedían el mezclarse con otros en banquetes y reuniones.

[18] *Génesis*, XVII, 11 y sgs. Sabido es que la circuncisión, materialmente, se usaba y se usa aún también en otros muchos pueblos primitivos como ceremonia de iniciación religiosa; pero en ninguno con el significado del pueblo judío.

[19] Esta falta cívica era de las más graves para el público pagano. Se ha hecho célebre la frase de PLINIO (Hist., núm. 13, 4) de que los judíos son «raza famosa por el desprecio en que tienen a los dioses». Su odio a los dioses y al género humano se revela, según estos escritores, en que reniegan de sus padres, familia y nación; pecado político que la dignidad romana no podía perdonar.

[20] Por su religión y nacionalismo religioso.

[21] En esto los judíos coincidían con los cristianos.

bien se ciñen de hiedra; y en su templo vese trepando una vid de oro [22]. Hubo quienes creyeron se trataba del culto al dios Baco [23], domador del Oriente, con ritos, en ese caso, nada coherentes entre sí, pues si a Baco acompañan unas ceremonias festivas y alegres, el rito judío es, por su parte, extravagante y sórdido.

C. HALM, págs. 203-206.

Causas de la destrucción del templo de Jerusalén

¿Historias?

SULPICIO SEVERO, en su *Chronic.* II, 30, narra un Consejo de guerra de Tito con sus capitanes sobre destruir o no el templo de Jerusalén, ya que los judíos se habían servido de él como de fortaleza en la guerra contra Roma. Todos los críticos se inclinan a creer hoy que, parte de esta narración de SULPICIO SEVERO, es un párrafo de TÁCITO sobre el caso, en sus *Historias,* incluído en sus crónicas por SULPICIO SEVERO, hacia el año 420. He aquí el trozo entero de SULPICIO SEVERO: la parte entrecomillada es la atribuída a TÁCITO.

---

182. Los fariseos por algún tiempo resistieron valentísimamente por el templo, hasta que, decididos a todo extremo, al fin se arrojaron ellos mismos a las llamas. Se calculan los muertos en un millón cien mil, y los cautivos y prisioneros hechos esclavos en cien mil. Dícese que Tito, habiendo reunido consejo, antes de tomar ninguna determinación deliberó si era cosa de destruir o no el templo, obra de tanta maravilla, pues había quienes opinaban que edificio sagrado así, célebre entre todos los del mundo, no convenía destruirlo. Su conservación sería un monumento de la moderación romana, al paso que su destrucción un eterno baldón de ferocidad. Pero, con todo, otros y el mismo Tito deberían ser de la primera opinión, de que se destruyese, «para así mejor poder arrancar la religión cristiana y judía, puesto que estas dos religiones, aunque opuestas entre sí, de padre común

[22] A la entrada del templo de Jerusalén, o si no del Sancta, se encontraba la famosa vid de enormes racimos de oro, que fué arrebatada cuando empezó Judea a estar sometida a Roma.

[23] Las alusiones de TÁCITO ahora al dios Baco, lo propio que antes a Saturno, no tienen ninguna explicación verosímil fuera de su mentalidad pagana.

traen su origen; que, al fin y al cabo, los cristianos provenían de los judíos, y así, arrancada la raíz de cuajo, fácilmente vendría a secarse el árbol» [24].

P. AUG. REIFFERSCHEID, pág. 85.

Visiones y ceguera del pueblo judío

Historias. V, núm. 13

183. Sucedieron por entonces prodigios que ni con hostias ni con votos creía era lícito expiar aquella gente, tan expuesta a la superstición como enemiga de las religiones. Se creyó ver luchar escuadrones por el cielo, relampaguear las armas, y en un momento relumbrar el templo a la luz de las nubes. Viéronse abrir de repente las puertas del interior sagrado, y oírse una voz mayor que la humana y marcharse los dioses, a la vez que era enorme el estrépito de los que salían.

Pocos se dejaban intimidar por esto. Muchísimos, según libros antiguos de vaticinios de sacerdotes, estaban persuadidos de que por aquel tiempo preciso el Oriente se había de imponer, y que saliendo de Judea, se apoderarían de todo. Ambigüedad que predecía a Vespasiano y Tito; pero el vulgo, según es la pasión humana, supo apropiarse para sí tanta grandeza vaticinada, de modo que ni a fuerza de reveses logró cambiar hacia la verdad [25].

P. C. HALM, págs. 210-211.

---

[24] JOSEFO, en su *Guerra de los judíos,* se empeña en querer alejar de Tito la responsabilidad del incendio del templo. Natural que quien tomó de su salvador, Vespasiano, el nombre de Flavio (Josefo), trate de justificar la bondad de sus bienhechores. De ser de TÁCITO la citación, como parece muy probable, su versión no se nos hace nada inverosímil.

[25] Es de ver cómo en estas previsiones y presagios, de índole confusa, concuerdan mucho SUETONIO con TÁCITO y ambos con JOSEFO.

FLAVIO JOSEFO

Destrucción del templo de Jerusalén [26]

De la guerra judaica. Lib. VI, cap. 4, núms. 6-8

184. Amontonábase gran muchedumbre de muertos alrededor de donde estaba el altar; por las gradas del templo corría la sangre, y los cuerpos que por allí caían nadaban con la sangre y corrían abajo.

185. Cuando Tito vió que no podía detener el ímpetu furioso de sus soldados y que el fuego lo señoreaba todo, entró con sus comandantes dentro, y observó el santuario y lo más íntimo del lugar santo, el cual ciertamente excedía a la fama de que gozaba entre los extranjeros y en nada era inferior a la gloria y loores que los judíos por ello se daban. Pero como no había llegado aún, por otra parte, el fuego a lo interior del templo, antes sólo se cebaba en los departamentos que estaban a su alrededor, pensando, como era la verdad, que podría aún conservarse el cuerpo del edificio, Tito saltó hacia fuera, comenzó a rogar a su gente de armas que matase el fuego y envió a Liberal, centurión de los lanceros de su guarda, para que castigase a palos a quienes no quisiesen obedecerle; pero el furor embravecido del ejército y el odio que contra los judíos abrigaba, fué causa de que pasasen por encima de la reverencia que debían a su general y de las amenazas del centurión. A no pocos les acuciaba, además, el deseo del botín, por pensar que dentro estaría todo lleno de dinero, al ver que las partes laterales estaban chapadas de oro.

186. Un soldado de los que habían entrado antes de que Tito corriese a prohibirles pusiesen fuego al templo, impidió se evitara éste, pues lo había ya prendido por debajo de los goznes de la puerta apro-

[26] Empezó esta guerra en mayo del 66, siendo Emperador Nerón, y tras un año de interrupción, terminó el 70. Las matanzas previas mutuas entre romanos y judíos la presagiaban. Dícese que habían sido muertos poco antes veinte mil judíos en Césarea, diez mil en Damasco, cincuenta mil en Alejandría, con las recíprocas represalias de los hebreos. El ejército de Vespasiano contaba sesenta mil hombres de guerra. Los cautivos de guerra llegaron a noventa y siete mil, para trabajos de minas, gladiadores.. Parece que varios millares de entre ellos se trajeron a Roma para terminar las obras del Coliseo.

vechando la oscuridad, y entonces, viendo ya la llama relumbrar dentro, Tito, y sus capitanes con él, se apartaron del lugar, y ninguno hizo ya más fuerza a los legionarios, que desde fuera atizaban el incendio.

187. De esta manera fué quemado el templo contra la voluntad de Tito; y aunque fué muy de lamentarse con lágrimas esta destrucción, porque era la obra más maravillosa de cuantas hemos visto u oído por referencia, no sólo en la aparatosidad y grandeza del conjunto del edificio, sino también en la magnificencia de los detalles en particular y en la gloria y culto que a las cosas santas allí se tributaba [27], todavía nos debemos consolar acatando los misterios del Destino, de cuya inevitabilidad forzosa no hay hombre, ni animal, ni edificio ni cosa alguna que se pueda librar.

Trad. *Bib. Clás.* (Muy retocada). G. DINDORF, vol. II, pág. 290.

Fiestas del aniversario del nacimiento de Domiciano

Ibid. Lib. VII, cap. 3, núm. 1

188. Habiendo vuelto Tito a la ciudad de Cesárea, que llamamos marítima, fuéle presentado Simón, muy bien atado, y mandó que le fuese muy bien guardado para el triunfo que había de hacer en Roma; deteniéndose aquí, celebró la fiesta del nacimiento de su hermano, matando por su honra, en sus juegos, gran parte de los cautivos [28] que allí consigo tenía; porque el número de los que pelearon con las fieras, de los que fueron puestos al fuego y de los que perecieron pelean-

[27] El templo de Jerusalén fué construído primero por Salomón, destruído después, el 587 (a. de J. C.). Se volvió a reedificar el año 515 (a. de J. C.), más modestamente de lo que había sido antes. Herodes el Grande lo devolvió más adelante a su primer esplendor. En las obras del templo mismo, en tiempo de Herodes el Grande, trabajaron mil sacerdotes en lo más santo; en lo restante del edificio, dieciocho mil obreros. Las espléndidas obras las terminó Herodes II, Agripa, el año 64 (a. de J. C.). Nadie se imaginaba que aquella maravilla del mundo en riqueza, elegancia y suntuosidad, había de estar convertida en pavesas a los cuatro años de terminada. En el templo de Herodes lucían el estilo judío antiguo, el helénico, el egipcio, el persa y el fenicio. Un siglo escaso después, en aquel mismo emplazamiento de los templos de Salomón y de Zorobabel y luego de Herodes el Grande, se erigió otro a Júpiter, por Adriano, y hoy se levanta la así llamada mezquita de Omar.

[28] Por parte de los noventa y siete mil cautivos hechos en la conquista de Palestina, y, sobre todo, en la ruina de Jerusalén.

do entre sí en sus luchas y encuentros [29], llegó a más de dos mil y quinientos hombres; y, con todo, aun esto parecía a los romanos mucho menos de lo que todos ellos merecían, por más que fuesen de mil maneras muertos y consumidos [30].

Trad. *Bib. Clás.* Id., pág. 307.

Triunfo de Vespasiano y Tito en Roma

Ibid. Lib. VII, cap. 5, núms. 3-7

189. El día que había de ser el triunfo y pompa de la victoria no hubo alguno, de tan infinita muchedumbre como había en la ciudad, que quedase en casa. Habiendo salido todos, ocupó cada uno, según pudo de pie, no más lugar que el preciso, dejando el vacío indispensable para que pudiesen pasar los que habían de ser objeto del espectáculo.

190. Saliendo, pues, antes de amanecer toda la gente de guerra con sus capitanes, cada cual por sus compañías muy en orden, y colocados todos cerca de la puerta, no del palacio superior (Palatino), sino del templo de Isis (porque allí descansaron los Príncipes aquella noche), apenas apuntaba ya la mañana y comenzaba a reír el alba, salieron Vespasiano y Tito coronados de laurel y vestidos con ropas de grana, según la costumbre patria en esos casos, y pasaron a los pórticos, que se llaman de Octavia, donde debía esperar su llegada el Senado y los principales capitanes y caballeros.

191. Se había alzado delante de los pórticos una tribuna, y en ella aparejado sillas de marfil. Subiendo, pues, aquí ellos, se sentaron; fueron luego recibidos con gran regocijo y aclamaciones de todos los soldados que loaban el valor de entrambos.

192. Estaban los Príncipes sin armas, vestidos muy ricamente de seda y coronados con sus coronas de laurel.

193. Habiendo ya recibido Vespasiano muchos loores de ellos,

---

[29] Los armaban unos contra otros para matarse mutuamente, y, en caso de negligencia, eran azuzados por los «bestiarios» con hierros candentes y golpes terribles de azotes.

[30] Los «noxii» o condenados por criminales o traidores, formaban parte del espectáculo de «venationes» y «munera» como materia de diversión, siendo víctimas o de las fieras, por las mañanas, o de los gladiadores, después del mediodía.

como aún quisiesen continuar vitoreándole, hizo señal de que cesasen y guardasen silencio.

194. Estando, pues, todos con gran expectación y silencio, levantóse Vespasiano de la silla donde estaba sentado, y cubriendo parte de su cabeza, hizo sus votos, según rito [31], en lo que también le imitó Tito. Acabados sus votos y gracias, Vespasiano habló brevemente con todos en común y envió los soldados al banquete que los Emperadores acostumbran dar en estos casos, y dirigiéndose hacia la puerta, que, por entrar siempre por ella la pompa de los triunfos, lleva el nombre de triunfal.

195. Tras una parca comida, revestidos de vestiduras triunfales, y ofrecidos sacrificios a los dioses que estaban al lado de la puerta, el cortejo pasó por medio de los teatros, a fin de que el pueblo y gente común lo pudiese fácilmente contemplar [32].

196. No podría yo ahora describir, como conviene, la muchedumbre que había de espectáculos, ni la magnificencia de ellos, todo tan sobre lo que uno puede pensar, tanto la abundancia de riquezas cuanto las rarezas naturales que tenían, porque cuantas cosas admirables y preciosas se hallaron adquiridas de los hombres más ricos, una a una trayéndolas de aquí y allí, reunidas, patentizaban en este día la grandeza del Imperio Romano.

197. Porque ciertamente podría decirse viendo la abundancia de oro, plata y marfil, labrado de toda suerte por gentiles maneras, que

---

[31] Recuérdese que, desde Augusto, el Máximo Pontificado casi siempre recaía sobre los Emperadores, con lo cual les correspondía oficiar no sólo como generales victoriosos, sino también como Pontífices Máximos. En estos actos solemnísimos, los Pontífices Máximos solían tener echada la toga sobre la cabeza durante las ceremonias, y era indispensable la presencia de las vestales.

[32] Según Orosio, de Rómulo a Vespasiano se llevaban celebrados en Roma 320 triunfos. La carrera triunfal, en general, seguía el siguiente trayecto: Pomerio - templo de Isis y Osiris - Pórtico Octaviano - Circo Flaminio - Velabro - Circo Máximo - Vía Sacra - Clivus Capitolinus. El orden del desfile acostumbraba ser: Senado y magistrados - despojos en hombros, angarillas, carruajes, bandejas con paños y riquísimos brocados, trofeos, insignias cogidas al enemigo, riquezas, etc. - estatuas - botín - títulos de las provincias y ciudades y ríos conquistados - tablados móviles como representación viva de las batallas, etcétera - víctimas para los sacrificios, sacerdotes vestidos de ceremonia, novillos y reses blancas coronadas de ínfulas sagradas para las aras de Júpiter - prisioneros de guerra - lictores - General triunfador, en carroza, acompañado de una estatua de la diosa Victoria alada, sosteniendo ésta sobre la cabeza del vencedor una corona. Estado mayor y parientes. Las aclamaciones eran: «Io, triumphe!» Llegada la pompa al Capitolio, se ejecutaba a los prisioneros principales cerca o en la misma cárcel Mamertina, de donde se les sacaba con garfios al Foro, para de allí echarlos al río; se ofrecían los sacrificios a Júpiter y se cerraba el acto con un magnífico banquete y a veces con congiarios de triunfo.

toda esa riqueza más que siendo llevada en cortejo triunfal, parecía se deslizaba a modo de una riada

198. Traían vestiduras de diversos géneros de escarlatas y granas; algunas adornadas con pinturas recamadas a la manera y arte de Babilonia, y piedras transparentes, incrustadas unas, en coronas; otras, puestas de otros modos muy gentiles, y tantas eran y tan ricamente las llevaban, que, por su gran profusión, como que hacían desestimar su valor.

Conducían también muchas imágenes de dioses de los que esta gente adora, hechos de maravillosa grandeza y arte, y en todo ello nada había que no hubiese sido hecho de muy preciosa materia. Aparecían también diversos géneros de animales con sus adornos correspondientes: acompañábalos una multitud de hombres que los traían por especies, todos vestidos de púrpura y de oro. Los elegidos para solemnizar esta pompa veíanse con vestidos aún mucho más ricos y magníficos. Después de éstos, venían las filas de cautivos muy ordenadas y engalanados todos en tal manera, que la variedad y gentileza de vestidos que consigo traían disimulaban el desgarbo que sus cuerpos por tan grande fatiga tenían. Pero sobre todo esto, era maravilloso ver la fábrica y representaciones de castillos y fortalezas, las cuales eran tan altas que los espectadores temían faltasen las fuerzas a los que las traían, porque muchas de ellas venían levantadas de tres pisos y algunas aun de cuatro, y su magnificencia y fábrica movían, por cierto, gran estupor a los que las miraban, mientras no menos deleitaba la vista la refulgencia de tanta cantidad de oro y de marfil.

199. No pocas venían recubiertas con tejidos recamados en oro, y todas ellas estaban encuadradas con franjas y ribetes de oro y marfil labrado.

A su vista se hacía uno cargo por su viva represetación de las escenas de la guerra, ya por el orden, ya por la diversidad de su presentación, porque en campos hasta ahora muy fértiles y abundantes era de ver ser pasados a cuchillo escuadrones enteros, huir otros, no pocos caer cautivos y derrumbarse muros enormes en grandeza al golpe de las máquinas e ingenios; por una parte aparecían castillos conquistados, y fuertes, y guarniciones llenas de soldados entregadas al vencedor; por otra, muros abiertos de ciudades muy populosas, por cuyas brechas entraba el ejército asaltante. Cuadros se veían de escenas llenas de matanza y de muertos; otros, donde los judíos, ya impotentes para la pelea, levantan las manos suplicantes, parecían verse el fuego puesto en los templos, el derribarse las casas sobre sus mismos amos, después de haberlas dado saco, y como remate de tanta des-

gracia y desolación, ríos que corren no ya para riego de fértiles campiñas, ni para hartar la sed de hombres y animales, sino por tierra transformada en llamas.

200. Todas estas cosas vieron y padecieron los judíos a quienes cogió la guerra. Pero el arte y la grandeza de aquellas hechuras ofrecían claramente lo ocurrido a los ojos aun de quienes, sin haberlas presenciado por medio de estas representaciones, las imaginaban ahora como en su realidad. En cada tablado de éstos venía el capitán de la ciudad respectiva tomada, del mismo modo y orden con que fué preso.

201. Seguíanles después muchas naos. Lo restante de los despojos venía amontonado, sobresaliendo entre los demás los que habían sido cogidos dentro del templo de Jerusalén, o sea, la mesa de oro maciza del peso de muchos talentos y el candelabro, también todo hecho de oro [33], pero de forma diversa a la que habitualmente suele servirnos a nosotros, pues la columna de en medio estaba junta y recalcaba sobre un pedestal, y de ella salían unos como brazos delgados, hechos a manera de un arrejaque, terminando cada uno como en una lámpara; sabido es que eran siete, y esto por mostrar la honra del séptimo día, que es el que los judíos celebran y guardan.

202. Seguía después de esto la Ley de los Judíos, el postrero de todos los despojos. Tras ésta seguían muchos trayendo estatuas de la Victoria, hechas de oro y de marfil. Después iba (el carro de) Vespasiano y tras él Tito. Al lado venía Domiciano adornado de toda gentileza, montando un soberbio caballo (blanco), muy digno de ser visto.

203. Acabóse la pompa al llegar al templo de Júpiter Capitolino, donde todos pararon. Es costumbre esperar allí hasta tanto que se anuncie la muerte del jefe de los enemigos.

204. Era este Simón hijo de Giora [34], que venía entre los cautivos, en medio de la pompa, con una cuerda atada al cuello, y así fué

---

[33] Los relieves del Arco de Tito son la contraprueba más fehaciente de cuanto aquí nos asegura JOSEFO, testigo de vista; en él aparecen la mesa de proposición, de oro; las trompetas del templo, el candelabro de los siete brazos, etc En el templo de Herodes no se había conocido el Arca del Testamento, del templo de Salomón. En su lugar sólo se hallaba dentro del Sancta Sanctorum una piedra sagrada, llamada de la fundación (Eben Shaththiyah), que tenía esculpido el tetagrammión de los hebreos. Tampoco se conservaban ya ni la urna del manná, ni la vara de Aarón, que tanta veneración causaban en el antiguo templo. Por eso no nos ha de extrañar que JOSEFO no nos hable de ellas, tratándose de los despojos sagrados del templo de Jerusalén.

[34] Simón de Giora era uno de los tres cabecillas de la guerra civil judía, que tiranizó la parte alta de la ciudad. Sus mejores tropas estaban compuestas por zelotas. Cruel y audaz, con sus luchas intestinas preparó ya desde el año 69 la caída de Jerusalén. Conforme otros autores, fué decapitado en la cárcel Mamertina, cuya puerta cae un poco encima y al lado del Foro Romano.

arrastrado, entre empellones, por los que lo llevaban arriba del Foro; pues, según la ley romana, han de ser allí ejecutados los reos condenados a muerte.

205. Cuando se anunció su ejecución todos rompieron en aclamaciones; en seguida los Príncipes dieron comienzo a los sacrificios; y apenas acabados éstos felizmente, según ritual prescrito, retiráronse al Palacio, donde recibieron a la mesa algunos convidados escogidos, mientras los demás tenían aparejados también sus banquetes en sus respectivas casas.

206. Celebró gran fiesta la ciudad de Roma este día, llena de alegría, parte por la victoria habida de los enemigos, parte por el término de las revueltas intestinas y parte porque se empezaba a disfrutar de mejores esperanzas por lo futuro.

207. Después de estos triunfos y confirmada así la solidez del estado del Imperio Romano, determinó Vespasiano levantar el Templo de la Paz, el cual se concluyó con una presteza y magnificencia maravillosas, que nadie hubiese podido soñar; en su construcción derrochó todos sus prodigiosos medios de riqueza, y lo adornó con pinturas y estatuas que son maravillosas obras maestras de la antigüedad de modo que, en efecto, se vieron reunidas en este templo todas las cosas antes dispersas por el mundo, y que para verlas recorrían los hombres la extensión de toda la Tierra.

208. Colocó también aquí como ofrenda la vajilla de oro que los judíos poseían en su templo. La ley y los velos de púrpura que tenían en los lugares más secretos mandó Vespasiano fuesen puestos y guardados dentro del Palacio [35]

Dindorf, págs. 313-315.

Trad. *Bib. Clás.* (Muy retocada.)

---

[35] El velo de la entrada del Sancta Sanctorum y la Ley arrebatólos Genserico cuando entró a saco en Roma, desde Cartago, en 455, y reconquistólos después Belisario, en la derrota en Africa del reino vándalo (533-534), llevándolos consigo de Cartago a Constantinopla junto con el usurpador Gelimero. De los vestidos del ceremonial solemne del Sumo Sacerdote sábese, por Josefo, que se trajeron a Roma cuando la toma de Jerusalén. Quien desee leer la descripción de otra entrada imperial en Roma, en tiempo de Constancio, poco antes de la caída de Roma, lea Ammiano Marcelino, *Historia de Roma*, libro XVI, 10.

DOMICIANO

Este infortunado Emperador fué el que casi al fin de su vida inició de nuevo otra persecución contra los cristianos, aunque poco antes de morir desistió de ella. Sucumbió a los cuarenta y cinco años de edad, asesinado con ocho puñaladas que le asestaron domésticos y gladiadores del mismo palacio imperial.

C. SUETONIO TRANQUILO

La muerte de Salvidieno Orfito

Vida de Domiciano. 10, 1-2

209. No supo Domiciano sostenerse en las normas ni de la clemencia ni de la sobriedad; y con todo, antes resbaló en la crueldad que en la codicia. Mandó matar a un discípulo aún impúbere y a la sazón, además, enfermo, del pantomimo Paris[1] por el delito de parecerse en belleza y habilidades a su maestro. Asimismo a Hermógenes de Tarso, por ciertas figuras[2] que añadió a las páginas de su historia, con la agravante de que fueron crucificados[3] los copistas que las habían transcrito. Y un padre de familia, porque había dicho que un «tracio» podría contender con un «mirmilón»[4], pero no con el que ofrecía el juego[5], fué sacado de su asiento ante los espectadores y echado en la arena a los perros con este rótulo: «Por haber ha-

[1] Por este célebre actor dramático tenía verdadero entusiasmo la emperatriz Domicia, y por motivos de celos mandó Domiciano cometer este asesinato.

[2] ¿Palabras equívocas o caricaturas?

[3] Porque o las reprodujeron o las divulgaron.

[4] Increíble fué la pasión de Domiciano por los gladiadores, al igual que la de Nerón y Cómodo. Había diversos estilos entre los gladiadores, siendo los más famosos los «tracios», los «mirmilones» y los «reciarios», cada uno con sus típicas armas ofensivas y defensivas. Tito tenía sus preferencias por los «tracios»; Domiciano, por los «mirmilones»; este frenesí, a las veces, llegaba al delirio.

[5] El Emperador que ofrecía el juego.

blado impíamente el parmulario.»[6] Quitó la vida a muchísimos senadores, incluso a algunos consulares, entre ellos a Cívica Gerial[7], procónsul del Asia, a Salvidieno Orfito[8] y a Acilio Glabrión[9], entonces desterrado, como a maquinadores de novedades, y a los demás por insignificantes motivos.

MAX IHM., págs. 324-325.

Cobro del didracma

Vida de Domiciano. 12, 5

210. El impuesto que se perseguía con mayor rigor era aquel de que se componía el tesoro judaico, y por todas partes denunciaban al fisco a aquellos que sin haber hecho profesión vivían en la religión judía o que, disimulando su origen, no pagaban el tributo impuesto a su nación[10]. Recuerdo haber visto en mi juventud reconocer un alcabalero en un tribunal, ante considerable número de testigos, a un anciano de noventa años para saber si estaba circuncidado.

MAX IHM., pág. 327.

Fin de Flavio Clemente

Ibid. 14, 4-15, 1

211. Acercándose el tiempo del sospechado peligro, cada día más receloso, mandó recubrir las paredes de las galerías donde solía pasearse con un mármol jaspe para que en su reflejo, como en un espejo, pudiese advertir al punto lo que a su espalda se hacía. Llegó

---

6 Llámasele *parmulario* porque mostró preferencia por los tracios, que se caracterizaban por una *parma*, o sea, escudo redondo.

7 De envidia por los éxitos de Cívica.

8 Orfito era de familia ya mandada asesinar por Nerón; no es improbable fuese cristiano o simpatizante, por lo menos, con el Cristianismo, dada su misteriosa y austera vida de alejamiento del mundo.

9 Fué, a una, cónsul con Trajano. Es muy fácil que fuese sospechoso por simpatizante con los cristianos.

10 Este tributo fué impuesto a los judíos por Vespasiano, a la vez que pasó a ser propiedad del Emperador toda la Palestina. Consistía esta contribución en que los dos dracmas con que los judíos tenían que contribuir anualmente al templo de Jerusalén, debían ingresar en adelante en el tesoro del templo de Júpiter Capitolino.

al trance de no oír a la mayor parte de los arrestados, sino sólo en secreto y sujetando él mismo con sus manos las cadenas [11]. Y para intimidar a sus familiares de que no se debía matar a los amos ni aun según modelos celebrados, condenó a la pena capital a Epafrodito [12], secretario imperial de informaciones, sólo por el crimen de que después de su destitución se había servido Nerón de su mano para darse la muerte. Por fin, de repente y por mera sombra de sospecha—pero ya pasado su consulado [13]—, mandó matar a Flavio Clemente [14], su primo hermano, que rehuía toda actividad [15] y cuyos dos hijos, aún pequeños, había él públicamente destinado para sus sucesores en el Imperio, hasta el caso de que, privándoles de sus primeros nombres, había ordenado se llamasen el uno Vespasiano y Domiciano el otro. Hecho fué éste que sobre todo acabó de apresurar su ruina.

MAX. IHM., págs. 328-329.

DION CASIO

En J. XIFILINO [16]

El caso de Flavia Domitila. Domiciano

212. Por aquel tiempo se puso un firme de losas en la vía que va de Sinnesa a Putéolo. El mismo año, ya a otros muchos, ya al mismo

[11] Aún se conserva en el Palatino de Roma parte de la Basílica privada, donde Domiciano tomaba declaración y sentenciaba en muchas causas, asiendo él mismo por temor el extremo de las cadenas de los presos.

[12] Liberto de Nerón, para evitar que su Emperador cayese en manos de los conjurados, al verle desesperado y resuelto a suicidarse, le ayudó a quitarse la vida, acercándole la punta del acero al cuello.

[13] Si hubiera sido matado, actuando de cónsul con el mismo Emperador ese año, el escándalo del asesinato hubiera sido mucho más ruidoso; esperó, pues, al año siguiente.

[14] Sobrino de Vespasiano. Lo mismo Flavio Clemente que su esposa, Flavia Domitila, sobrina a su vez de Domiciano, eran cristianos; acusados de judaizar y conspirar con los judíos, fueron primero desterrados y luego él condenado a muerte.

[15] La actividad social y trato de oficios públicos, magistraturas, etc., se podían compaginar poco en aquella época con el verdadero espíritu cristiano, tan mal mirado y peor comprendido por casi todos los gentiles.

[16] Advertimos aquí, para en adelante—pues sus testimonios se aducen después repetidas veces—, que este JUAN XIFILINO, sobrino del homónimo Patriarca de Constanti-

cónsul Flavio Clemente (que era primo hermano suyo, casado con Flavia Domitila, pariente también ella de Domiciano), le mandó matar, con la acusa que ambos habían cometido el crimen de impiedad contra los dioses, crimen por el cual fueron asimismo condenados muchísimos otros por haber dado su nombre a la religión judía [17]. Parte de éstos fueron condenados a la pena capital, parte a la confiscación de sus bienes. Domitila sólo sufrió la pena de ser relegada a la isla Pandataria. Al mismo Glabrión que había administrado la magistratura con Trajano [18], ya porque fué acusado por unos y por otros motivos que a la sazón llevaban a tantos a los tribunales, ya porque había vencido luchando con las fieras [19], le sentenció a muerte. Que esto era lo que más envidia le producía, y por la que le mandó matar. Pues cuando siendo ya cónsul Glabrión le hizo venir a Albano para las fiestas *juvenales* [20] y le obligó a luchar con un león enorme; Glabrión, sin sentir ni un arañazo de la fiera, bien pronto, con magníficas acometidas, la dejó fuera de combate. Todas estas cosas ponían a Domiciano receloso con todos.

H. S. Reimarus, vol. II, págs. 1.112-1.113.

---

nopla, fué monje del siglo XI. Por encargo del Emperador Miguel VII hizo un epítome o extracto de la *Historia* de Dión Casio con gran libertad en el orden y método. Contiene bastantes omisiones. De todos modos, este resumen es aún muy apreciado, porque gracias a él se han salvado del olvido muchos y valiosos detalles de las vidas de los Emperadores y también porque se le deben fragmentos enteros de Dión Casio, que si no por él serían ya desconocidos.

[17] Por esta época, algunos escritores y el vulgo todavía consideraban al Cristianismo como una nueva secta del judaísmo; débese también advertir que, por entonces en Roma, muchos entraban más en el Cristianismo que en el judaísmo.

[18] Esta magistratura fué el consulado. Primero, pues, según escribe Suetonio, debió ser desterrado, y después, conforme a lo que expone Dión Casio, fué condenado a muerte el año 95 ó 96.

[19] En Albano tenía sus delicias Domiciano, al igual que Adriano en su villa de Tibur. «Todos los años—escribe Suetonio en la *Vida de Domiciano,* núm. 4—celebraba en el monte Albano las fiestas de Minerva, divinidad para la que había establecido un colegio de sacerdotes. Entre éstos, designaba la suerte al pontífice, y estaban todos obligados a dar magníficos combates de fieras, juegos escénicos y premios de elocuencia y poesía.»

[20] Fiestas en honor de la juventud (iuvenalia). Desde Nerón llamábanse también así las fiestas y juegos que se celebraban el 1 de enero en las posesiones mismas de los Emperadores, que, como se ve por Dión, llevaban a veces consigo la caza de fieras (venatio).

EPICTETO

Este maravilloso esclavo, primero, y liberto después, de Epafrodito (el que ayudó a Nerón a suicidarse), es una de las glorias mayores de la Estoa, pues supo vivir conforme a su elevada concepción de la vida.

El y Marco Aurelio son las dos figuras cumbres morales del estoicismo romano en esta época, de la cual tratamos aquí de coleccionar algunos datos.

Nació en Hierápolis. Permaneció en Roma hasta el año 89. Cuando Domiciano desterró a los filósofos, se retiró a Nicópolis, donde enseñó su filosofía hasta su muerte, que le alcanzó en avanzada edad. No dejó libros publicados; pero gracias a la fidelidad de Arriano, su discípulo, poseemos su *Manual* y sus *Discursos* o *Diatribas,* publicados sin saberlo al principio su coleccionador. Se ve por sus referencias que ya, por entonces, le había sorprendido la constancia, intrépida y admirable de los mártires. ¿Cómo la explicaría él en su ética y psicología naturales?

Solución de Epicteto del valor de los mártires

Diatribas de Epicteto. IV, 7, 6-20

213. Si tuviéramos nosotros, respecto de nuestra hacienda, mujer e hijos, los mismos sentimientos que respecto de su cuerpo abriga este hombre (*se trata de uno que, indiferente a la vida o la muerte, afronta las iras de un tirano*); si sólo por ofuscación o desesperación nos halláramos en tal disposición de ánimo que nos diera lo mismo ya el tener o no tener estas cosas; si a imitación de los niños que al servirse de unas conchas [21] para divertirse, no se fijan más que en el juego, sin dar valor a las mismas conchas; pues bien, si estuviéramos como éstos también nosotros indiferentes respecto a las mismas cosas en sí y no tuviéramos más mira que el jugar con ellas y servir-

---

[21] «ὀστρακίοις», según unos, con «cascos de vasijas», «cascotes», y, según otros, «conchas»; es decir, objetos despreciables y sin valor.

nos de ellas y no más, ¿qué podríamos temer del tirano ni qué pavor nos podían infundir sus esbirros y sus espadas?

214. Si, pues, el frenesí en un hombre ordinario y la costumbre o (el hábito) en los galileos [22] bastan para proporcionar esta disposición de alma, ¿no podrá el razonamiento y la demostración convencer a nadie que es Dios el autor de todo cuanto hay en el mundo y que a Este, considerándolo en su conjunto, le ha hecho plenamente independiente, sin otro fin que él mismo, mientras sus diversas partes no tienen más razón de existir que la de servir a las exigencias del todo? Los otros seres están incapacitados para comprender esta maravillosa economía; pero el animal racional posee medios suficientes para conocer a la vez que él no pasa de ser parte de un todo, y qué parte sea, y que es preciso que todas las partes se subordinen al todo.

H. SCHENKL, págs. 416-417.

COCEYO NERVA

DION CASIO

En J. XIFILINO

Rescisión de las penas de Domiciano

Nerva. I, 2

215. Condenó Nerva a muerte a los esclavos y libertos que habían puesto asechanzas a la vida de sus amos y prohibió a todos los de esta condición que intentasen acción ninguna contra sus señores. Ni tampoco permitió que se acusase a nadie por haber observado las ceremonias de la religión judaica o haber descuidado el culto de los

---

[22] Todos entienden que estos galileos son los cristianos.

dioses[1]. Habían sido desterradas muchísimas personas por consecuencia de acusaciones calumniosas, contándose entre ellas un filósofo llamado Suras; y como la licencia de las denuncias alteraba profundamente la tranquilidad pública, el cónsul Frontón dijo sabiamente que si era un mal tener un Emperador que nada permitía a nadie, era mal mucho mayor tener otro que todo lo permitía. Esto fué lo que impulsó a Nerva a imponer silencio a los denunciadores[2]

Reimarus, vol. II, pág. 1.118.

TRAJANO

Carta de Plinio el Joven a Trajano

Cartas. Libro X, 96

Estaba prohibido el Cristianismo. Plinio Segundo (Minor), gran amigo de Suetorio, fué legado imperial en Bitinia y el Ponto, de 111-113. Desde que llegó se le presentaron cuestiones de persecución. Había sido abogado, pretor y cónsul. Al encontrarse con tantas delaciones y acusaciones contra los cristianos, perplejo de las medidas que debía adoptar, consultó el caso a Trajano. He aquí la consulta y la contestación imperial, que son célebres en la Historia de los mártires cristianos.

---

216. C. Plinio *a Trajano Emperador:* «Costumbre mía es, Señor, en cuantos casos oscuros me ocurren, acudir a ti. ¿Quién puede

[1] Estas fueron disposiciones que favorecían mucho a los cristianos, aunque no faltan autores que creen que en vez de «culto de los dioses» se debería traducir «culto del Emperador» ocasión de tantas delaciones en tiempo de Domiciano.

[2] *Las Actas de San Apolonio* prueban el mal que producían los delatores esclavos por las denuncias, por las que después debían a su vez, según ley, ser castigados los mismos denunciadores, si eran esclavos. Los denunciadores, al principio del reinado de Domiciano, eran censurados por el mismo Emperador, quien decía «que el oír denuncias era provocarlas». Pero al fin de su vida se sirvió de ellas de modo que, como escribe Plinio, no quedaba en Roma testamento seguro. La alarma fué tal, que una de las primeras medidas de Nerva fué alejar esa peste, incluso con pena de muerte. Se cree que San Juan Evangelista debió a Nerva su libertad del destierro.

mejor o darle luz en la duda o instruirme en la ignorancia? Nunca he intervenido en asunto de procesos del Supremo contra cristianos [1]. Por eso ignoro qué ni hasta qué punto se suele en estos casos ni inquirir ni castigar. Y no es pequeña mi zozobra, si conviene o no tener alguna consideración a la edad o si se les ha de aplicar lo mismo a los de pocos años como a los más robustos [2], si se debe perdonar a los arrepentidos o si no aprovecha ya nada el dejar de serlo al que ciertamente fué primero cristiano; si lo que se castiga es el nombre mismo (de cristiano) [3], aunque esté exento de crímenes personales o, al revés, son los crímenes que implica el nombre de cristiano. Provisoriamente, con cuantos cristianos me han sido delatados, yo hasta hoy he seguido la siguiente pauta:

217. Les pregunto si son, en efecto, cristianos. A lo que dicen que sí, les vuelvo a preguntar por segunda y tercera vez, amenazándoles con el suplicio [4]; a los que persisten, mando les ejecuten. Pues no podía dudar que, fuere lo que fuere lo que profesasen, se debía castigar tal pertinacia e inflexible contumacia [5]. No faltaron, entre los de semejante locura [6] hombres que eran ciudadanos romanos [7], y tomé nota para mandarlos conducir a Roma. Después, como suele ocurrir por el desarrollo mismo de los procesos que se ventilaban, sobrevenían delaciones de nuevos casos. Vez hubo en que se presentó un libelo de listas de muchos cristianos sin la firma del delator. A los que negaban serlo o haberlo sido, creí deber absolverles, si pronunciando yo delante la fórmula invocaban a los dioses y a tu imagen [8], que yo

---

[1] El Derecho romano no consideraba aún de suyo delito sólo el Cristianismo como tal. Si, pues, se quería castigar a los cristianos, se debía incluir el Cristianismo en algún género ya determinado de crimenes o delitos condenados: reuniones clandestinas, colegios ilícitos, crimen de lesa majestad, ateísmo, repulsa positiva a sacrificar por los genios de los Emperadores, etc.

[2] Los menores, como es natural, no recaían en las mismas penas que las personas mayores, ya completamente responsables de sus actos.

[3] Bien pronto, según los apologistas, «el llamarse uno cristiano sería ya prácticamente el único caso en que sólo el nombre se hacía punible».

[4] Se advierte aqui la repugnancia natural que los hombres de conciencia y dignidad sentían en el proceder adelante en cosa tan grave sólo porque una vez declarasen los llamados reos que en efecto eran cristianos.

[5] Esto que aquí llama «contumacia» PLINIO, no pasaba de ser una constancia inflexible en el deber. ¿No eran los mismos romanos célebres en el mundo en saber guardar sus juramentos? AULO GELIO lo reputa una de las mayores glorias de Roma.

[6] Ya indicó SAN PABLO que la cruz de Cristo había de ser escándalo para los judíos y estulticia y locura para los gentiles. *I. Corint.*, I, 23.

[7] Los que gozaban de los derechos de la ciudadanía romana no podían ser condenados a muerte por los gobernadores de provincias.

[8] El gran tropiezo de los cristianos ante la ley romana, dado el espíritu tradicional religioso de ésta, eran el culto de los dioses patrios y el dado a los genios de los Empe-

mandé traer para el caso, a la vez que a los simulacros de los númenes, y ofrendaban incienso y vino [9] y maldecían de Cristo, a nada de lo cual, según se dice, se puede obligar a ninguno que sea verdadero cristiano. Otros nombrados por el delator confesaron primero ser cristianos, cosa que niegan después; que sí lo fueron, pero dejaron de serlo, unos hace ya tres años, otros antes aún, algunos hace más de veinte años. Todos estos veneraron tu imagen y los simulacros de los dioses y a la vez maldijeron de Cristo.

218. Afirmaban reducirse a esto la síntesis de su culpabilidad y error. El que acostumbraban en determinados días juntarse todos antes de la alborada y cantar alternando entre sí a Cristo como a Dios, obligándose con compromiso sagrado a no cometer ningún crimen ni perpetrar hurtos, latrocinios, adulterios [10]; a no faltar a la fidelidad, y ni aun reclamados, renegar del depósito (de su fe); que cumplidas estas ceremonias, se disolvían según costumbre, hasta volverse a reunir de nuevo para tomar alimento [11], promiscua, pero inocentemente, cosa que dejaron ya de hacer después de mi edicto [12], por el que, según tu mandato, había prohibido existiesen las heterías (sociedades secretas). Lo que sobre el caso se contenía de verdad, dedújelo sobre todo de dos servidoras, que se decían ministras [13], a las que sometí al tormento. Deduje que todo ello no pasaba de ser una superstición mala y desenfrenada. Y así, suspendiendo nuevas indagaciones, creí lo mejor apresurarme a consultarte el caso, tanto más que juzgué ser éste digno de consulta por el gran número de los acusados que están en peligro, pues son muchos los que de toda edad, de toda clase social, de todo sexo, son y serán expuestos al peligro. Pues ya no sólo en las ciudades, hasta en campos y aldeas se ha infiltrado el contagio de esta superstición, que por otra parte parece poder detenerse y corregirse [14]. Es un hecho que templos casi desiertos han

---

radores, ambos considerados social y políticamente necesarios para ser y parecer buenos ciudadanos y súbditos de Roma.

[9] Señales de homenaje divino y adoración, sobre todo ante las aras, templos y simulacros de dioses y Emperadores.

[10] Aquí indica PLINIO implícitamente no ser verdad los rumores que para entonces ya se esparcían de la vida criminal de los cristianos, contra los que tanto protestarán pronto los apologetas.

[11] Este alimento, al que alude aquí PLINIO, es la comida de caridad llamada «ágape», de que tratamos más despacio en las notas a las obras de Tertuliano, núm. 778.

[12] El Emperador había ordenado que se prohibiesen las sociedades secretas, porque se creían ocasiones propicias para disturbios.

[13] Tal vez éstas eran sometibles al tormento más fácilmente por su calidad de esclavas, no es difícil que se las llame ministras, porque, según parece, eran diaconisas.

[14] Se ve por estas alusiones la preocupación que empezaba a crearse ya para las autoridades romanas por la extensión, según ellos peligrosa, de la nueva religión.

vuelto a recuperar su culto por tanto tiempo interrumpido, y que por todas partes vénse sacrificar participadores de las víctimas, cuyos compradores ya casi no se conocían [15]. De lo que es fácil colegir que toda esa masa de hombres pueden abjurar de su culto, si es que se da lugar a penitencia.»

R. C. Kurula, págs. 316-317.

Contestación de Trajano (Rescripto)

Ibid.

219. Trajano *a Plinio:* «Tu conducta ha estado ajustada a tu deber, Segundo mío, en tu actuación judicial sobre los procesos de los cristianos que te han sido delatados. Materia es ésta en la que no conviene establecer nada en modo absoluto con carácter de universalidad. No se les debe inquirir [16]; si se los trae y prueba contra ellos, castígueseles; pero con esta reserva de que si dejaren de ser cristianos, y eso se patentiza con hechos como es rindiendo culto a nuestros dioses, aunque de lo pasado puede tenerse sospecha, perdóneseles por la detestación que muestren. Pero de ningún modo debe darse curso a libelos sin firma del delator, pues eso, además de ser de pésimo ejemplo, es indigno de nuestros tiempos [17].»

Ibid., pág. 318.

---

[15] Era una fuente grande de ingresos en todo el Imperio Romano la carne de reses destinadas a los sacrificios, por razón de que tenían que ser nutridas con alimento especial.

[16] Ningún reo de delito común podía ser condenado sin denuncia escrita y firmada. Pero para los gobernadores de provincias era muy práctico, para mayor tranquilidad, provocar ellos mismos suavemente las delaciones con que descubrían a muchos verdaderos malhechores. Como Trajano, por lo visto, no juzgaba que el Cristianismo fuese tan peligroso para el Estado, aconseja a Plinio no fomente esta clase de pesquisas, útiles con otros crímenes, pero no del caso entre cristianos.

[17] Tan distintos de los de Tiberio, Calígula, Nerón y, sobre todo, Domiciano. En todos estos reinados, más o menos las denuncias, muchas anónimas, fueron uno de los peores azotes del Estado.

ELIO ADRIANO

Este Emperador, buen militar y viajante incansable, que recorrió todo el Imperio, es uno de los hombres que presenta más contrastes en su aspecto religioso. Pues si por una parte es tan tradicionalista en el concepto del culto imperial, que llega hasta el autoculto, por otra, se deja fascinar de los misterios orientales, y a la vez que erige muchos templos sin aras y sin simulacros, como quien no cree en ellos, sino en otro más trascendente, diviniza el vicio en Antinóo, y, por otra parte, piensa en poner en el rango de los dioses a Jesús de Nazaret. Su carta a Serviano es una prueba clara de la desorientación increíble que entonces tenían aun las más altas dignidades romanas sobre el culto cristiano.

A Minucio Fundano, procónsul del Asia [1]

En la *Apología I,* de San Justino (Apéndice)

220. «Recibí las letras escritas a mí por tu decesor Serenio Graniano [2], esclarecidísimo varón, y no quisiera pasar en silencio la relación, no sea que se perturbe a los inocentes y a los calumniadores se dé ocasión para engaños; así que si los provinciales con certeza están presentes a su petición contra los cristianos, para que ante el tribunal se les procese de algo, nada tengo contra este proceder. Lo que no les permito es que eso se haga sólo con ruegos y aclamaciones, pues mucho más equitativo es que si hay quien quiere acusar, tú te enteres de lo que se les objeta. Si, pues, hay acusador que pruebe que los dichos han obrado contra las leyes, les aplicarás el castigo

[1] El rescripto, tal cual lo aduce Eusebio en su *Historia Eclesiástica,* IV, 9, parece traducido del latín en que estaba el original al griego. Rufino, después, lo retradujo del griego al latín, creído de que el original aducido por San Justino hubiera estado en griego, cuando el que incluyó este santo mártir al fin de su Apología fué el texto latino tal cual emanó éste del palacio imperial. Hoy ya los autores más críticos dan a este escrito valor de rescripto ciertamente de Adriano.

[2] Se le identifica muy probablemente con Licinio Graniano, que fué procónsul del Asia del 123 al 124. Sucedióle en el proconsulado Minucio Fundano, que había sido cónsul el año 107.

según su merecido. Pero has de procurar, sobre todo, por Hércules, que si alguien sólo, en el afán de calumniar, presentase como reo a cualquiera de éstos, conforme a su maldad has de descargar sobre él los más severos castigos [3].»

RAUSCHEN, págs. 113-114.

FLAVIO VOPISCO

Descripción del carácter egipcio

Historia Augusta. Saturnino, VII, 2-10

221. «Como sabes—decía el Emperador Aureliano al futuro Emperador Saturnino—, los egipcios son presuntuosos, arrebatados, jactanciosos y siempre están dispuestos a injuriar. Llevan la ligereza, la licencia y la libertad de innovaciones hasta excitarlas con cantares en público. Hacen versos y epigramas. Pretenden ser matemáticos, arúspices, médicos. Son cristianos, samaritanos y censuran siempre al presente con desenfrenada libertad. Mas por el temor de atraerme el resentimiento de algún egipcio y de que se me crea autor de esta pintura, voy a citar una carta de ADRIANO, sacada de los libros de su liberto FLAGELONTE, que da cabal idea de este pueblo.»

222. ADRIANO AUGUSTO *al cónsul Serviano* [4], *salud:* «Conozco perfectamente, mi querido Serviano, este Egipto que me estás elo-

---

[3] Muchos y muy buenos autores, KEIM, MOMMSEN, etc., creen que con este rescripto SAN JUSTINO logró cuanto pedía en su *Apología* en favor de los cristianos. Pero hoy, los más, suponen que este rescripto deja intacta la disposición dada por TRAJANO a Plinio; lo único que prohibe es que se perjudique a los cristianos porque los gobernadores de provincias, siguiendo uso ya frecuente, castiguen a los cristianos sólo porque lo exige así el pueblo con griterías y aclamaciones en masa. Pero si los delatores acusan en regla, y convictos los reos de que han sido cristianos, éstos no se retractan ante el juez, este edicto no impide el que sean ejecutados. Dada la redacción del rescripto, a nosotros nos parece que Adriano concede más de lo que admiten FUNK, HARNACK, CALLEWAERT, RAUSCHEN, etc. Hemos preferido a los demás el texto de RAUSCHEN.

[4] Julio Moso Serviano, casado con Paulina, hermana de Adriano, fué cónsul por tercera vez en el reinado de éste. Trajano le apreciaba sobremanera y le creyó como uno de los más capaces para regentar el Imperio entero.

giando [5], este pueblo inconstante y ligero, dispuesto a agitarse con el más pequeño rumor. Allí los que practican el culto de Serapis [6] son cristianos, y son muy devotos de este dios los que se llaman Obispos de Cristo [7]. En este país no hay ningún jefe de Sinagoga judío, ningún samaritano, ningún sacerdote cristiano que no sea matemático, arúspice o esclavo-masagista. Aquel mismo Patriarca, cuando viene a Egipto, se ve obligado por unos a adorar a Serapis, y por otros, a Cristo. Esta raza es extraordinariamente sediciosa, versátil e inclinada a la injuria; su capital es rica y opulenta; todo abunda en ella y nadie permanece ocioso: unos soplan el vidrio [8], otros fabrican papel, éstos ejercen el oficio de tejedores y todos se dedican a alguna profesión. Los ciegos tienen su trabajo especial; los que padecen gota en los pies y manos, los mutilados, todos, tienen el suyo. Este pueblo no adora más que a un dios, al que dirigen sus adoraciones los cristianos, los judíos y todo el resto de la nación: «el dinero». De desear sería sola-

---

[5] En la trayectoria larga de los notables viajes de Adriano por todo el Oriente, cuyo fruto y recuerdo artístico fué después el Museo de todo el Imperio, como se ha llamado a su villa de Tibur, ciertamente que el Egipto no ocupó ningún lugar preferente. Entró por Pelusio, donde glorificó la memoria de Pompeyo. En la adulación oriental, algunos le tuvieron por patrocinado especial del dios Apis, nacido de una becerra virgen fecundada por un relámpago del cielo. No se dejó impresionar vivamente del arte y religiosidad de un pueblo cuyas pirámides y sepulcros regios habían de producir, en cambio, en Septimio Severo efecto tan hondo. Era entonces el Egipto, como sus sacerdotes muertos siglos atrás, momias resecas y cubiertas con máscaras de oro. Adriano nunca sintió simpatía por el Egipto de los Faraones. Tanto más que allí hubo de perder, ahogado en el Nilo, à su después divinizado favorito.

[6] Dios egipcio griego, sideral y de la abundancia, por lo que llevaba sobre su cabeza el calathos, árbitro de la vida y de la muerte, se le representa, o en forma de serpiente, con cabeza de hombre, o sentado como Plutón o Júpiter Olímpico, con la mano derecha posada sobre la cabeza tríplice de un *can cervero;* en la izquierda, un cetro de fuerza sobre el infierno y la vida, y en la cabeza, el símbolo de la abundancia. A las veces se le encuentra de pie con el cetro a la izquierda y en ademán de bendecir con la derecha. Equivale en su eficacia a Júpiter Plutón y Esculapio. Muchos le identifican con Apis; otros, con Osiris, esposo de Isis. Recuérdese que el buey Apis (según VARRÓN, guardaba gran relación con Serapis) tenía una magnífica necrópolis (*serapeum* de Menfis), que ha sido exhumada por Mariette. Estos animales divinos formaban una especie de dinastía divinizada. Veinticuatro Apis se sucedieron en el templo de Serapis Ptah desde Rampses II hasta la época ptolomaica. Para muchos cristianos primitivos, Serapis era el principal de los demonios, como aparece en las obras de CLEMENTE, de Alejandría.

[7] Los cristianos, por lo que precisamente sabemos de Padres como CLEMENTE y ORÍGENES, nada tuvieron nunca de común con los Serapeos ni en mitología ni en culto exterior; como que ellos fueron los que destruyeron el serapeum de Alejandro el 397.

[8] La invención del vidrio es de más de 1.000 años antes de Cristo; sin embargo, hasta muy tarde, a los antiguos no les ocurrió, según parece, el modo de transmitir la luz por medio de vidrieras. Hubo templos y teatros, como el de Aradus, con pisos enteros de columnas incrustadas de vidrio en mosaico.

mente que las costumbres fuesen mejores en esta ciudad, que es digna, sin duda alguna, por su grandeza y extensión, de ser la primera de todo el Egipto. Yo la he colmado de bienes; le he restituído sus antiguos privilegios, le he concedido otros nuevos, y encontrándome yo presente, me han tributado acciones de gracias. Pero en cuanto me alejé, prodigaron ultrajes a mi hijo Vero, y supongo que sabes todo lo que han dicho acerca de Antinóo. Solamente les deseo que se alimenten con sus gallinas; me avergonzaría de decir cómo las incuban [9]. Te he remitido copas tornasoladas que me regaló el sacerdote del templo; te las dedico especialmente a ti y a mi hermana, y deseo que las uséis los días festivos en los festines; pero cuida de que nuestro Africanito no las emplee con mucha frecuencia.»

Hohl, vol. II, págs. 227-228

Trad. *Bib. Clás.*

ELIO LAMPRIDIO

¿Quiso Adriano erigir un templo a Jesucristo?

Historia Augusta. Alex. Severo, 43, 6

223. Cuando se encontraba en Roma (Alejandro Severo), subía cada siete días al Capitolio, visitando los diferentes templos. Quiso colocar a Cristo en el rango de los dioses y elevarle un templo. El mismo pensamiento se atribuye al Emperador Adriano, que ordenó construir en todas las ciudades templos sin simulacros, y estos edificios que no encierran divinidades llevan hoy el nombre de Adrianeos, lo que, según se dice, realiza el pensamiento que se propuso. Pero disuadieron de su propósito a Alejandro los ministros de la religión, declarando, bajo la fe de los libros sagrados, que todo el Imperio se haría cristiano si llevaba a cabo aquel proyecto y que los demás templos quedarían abandonados.

Hohl, vol. I, pág. 285.

Trad. *Bib. Clás.*

---

[9] Alude al método de incubación en basureros.

DION CASIO

(en J. Xifilino)

Ultimo ultraje pagano a Jerusalén

Ibid. LXIX. Adriano, 13-14

224. Como, pues, hubiese construído una colonia sobre las ruinas de la antigua Jerusalén, que la llamó Elia Capitolina, ordenó que en el mismo sitio en que estuvo el templo de Dios se erigiese otro a Júpiter [10]. Con esto se inició una guerra sorda y larga, pues no podían ver los judíos, sin profundo disgusto, su país poblado por extranjeros y ultrajado por la impiedad de las religiones extrañas [11].

225. Sin embargo, mientras Adriano se encontró primero en Egipto y de nuevo en Siria, los judíos determinaron estar sosegados, trabajando sólo en fabricar armas y haciéndolas de intento inmanejables, por si los romanos, al verlas así, las rechazaban, con lo que podrían ellos emplearlas después en contra de los romanos. Pero en cuanto pareció se alejaba ya Adriano, rompió claramente la rebelión. No creyendo prudente los judíos exponerse a una batalla, se apoderaron de los puntos estratégicos, construyeron parapetos y fortines, se prepararon refugios, abrieron trincheras subterráneas de comunicación, haciendo en ellas claraboyas para recibir aire y luz.

226. Los romanos, al principio, no dieron importancia al caso. Pero apenas se dieron cuenta de que la sublevación era general en Palestina y que tomaban en ella parte todos los judíos de la tierra [12],

[10] No se puede precisar aún con toda exactitud todo el ámbito del emplazamiento total de esta colonia de Adriano. Lo que se sabe de cierto es que el Júpiter de este templo pagano, erigido por Adriano, estaba sentado, desnudo de medio cuerpo para arriba; en las monedas de la época le acompañaban Palas y el Genio de la ciudad.

[11] Algo más tarde, consta que también se tributó allí culto a los dioses africanos Astarte y Serapis. El alma de esta nueva revolución del 132 al 135 llamábase Bar Kokhba, seudo-Mesías, de gran influjo, que por lo que parece intentó hacer triunfar la idea de la reconstrucción del pueblo y del templo de Jerusalén destruídos por Tito.

[12] Se sabe ciertamente, a lo menos del Egipto, Libia y Alejandría. Es de notar lo que advierte tratando de estas luchas Eusebio de Cesárea en su *Cronicón;* a saber: que «Bar Kokhba, a los cristianos que no querían sumarse para luchar contra las tropas romanas les atormentaba con horribles torturas».

y que se hacían comisiones, y que se trataba de inferir prejuicios clara u ocultamente a los romanos, y que se formaban alianzas con otros enemigos, y que con esa ocasión se conmovía todo el mundo por el espíritu de su revuelta, entonces fué cuando Adriano envió contra ellos a jefes excelentes, de los que el más notable fué Julio Severo [13], a quien para este objeto llamaron de la Britania, donde estaba al frente de las tropas.

227. Este no creyó deber atacarles de frente, dadas su muchedumbre y desesperación, sino que aislándoles separadamente e interceptándoles con cuñas las salidas y habiéndoles imposibilitado el abastecimiento, a la larga los debilitó de tal manera que con mayor seguridad, al fin los aplastó, agotó y deshizo, de modo que muy pocos pudieron salvar sus vidas.

228. Destruyóles cincuenta fortificaciones principales y novecientos ochenta y cinco caseríos quedaron arrasados. En escaramuzas y combates perecieron quinientos ochenta mil hombres, y la multitud que sucumbió por hambre, enfermedades y el fuego fué tal que no pudo contarse, quedando casi completamente despoblada la Judea.

229. Catástrofe que les había sido vaticinada en cierto modo por la ruina del para ellos tan venerando monumento sepulcral de Salomón, que se derrumbó por sí mismo y por las jaurías de lobos y hienas que entraron en la ciudad lanzando aullidos. Los romanos, por su parte, también sufrieron numerosísimas bajas, por lo que Adriano, al escribir al Senado, se abstuvo de aquel encabezamiento el cual acostumbraban emplear los Emperadores en sus informes: «Si os halláis bien, vosotros y vuestros hijos, en cuanto a mí y al ejército nos encontramos bien...»

H. S. REIMARUS, vol. II, págs. 1.162-1.163.

MARCO AURELIO [1]

No creo se conserve de la antigüedad pagana libro de ética tan elevada como los *Soliloquios*, de MARCO AURELIO, en muchos puntos, por más de un concep-

---

[13] Este Julio Severo, al que no debe confundirse con el prefecto Catilio Severo, amigo de Plinio el Joven, fué después mandado a gobernar la Bitinia, país natal de Antinóo, su favorito, donde dejó imperecedero recuerdo por su cabal y perfecto modo de conducirse en el gobierno.

[1] Antes de Marco Aurelio reinó Antonino Pío (138-161), en cuyo imperio gozaron de paz los cristianos. Este prudente, equitativo y humano Emperador, que por su espíritu de paz y bondad, mereció ser comparado con Numa, no nos ofrece en ningún his-

to, digno de pluma cristiana. Adolece de grandes lunares paganizantes; pero en conjunto su pensamiento es una gloria de la raza y de la conciencia humana. Lástima es que una de las páginas más ensangrentadas en la historia de los mártires, sea precisamente la escrita con tanto heroísmo de las víctimas y tanta crueldad de los verdugos en los años que coinciden con el Imperio del Emperador filósofo. La calumnia no dejaba paso a la defensa eficaz. La criminalidad cristiana era como un axioma para el alma del pueblo, y los profesores de la juventud de Marco Aurelio fueron acérrimos anti-cristianos. Ya escribió poco más tarde Orígenes, que por entonces estaban tan divulgadas y creídas las nefandas acusaciones de infanticidio, banquetes tiesteos e incesto contra los cristianos, que muchas personas, de pura repugnancia, no se dignaban ni dirigir la palabra a un solo cristiano. Por otra parte, filósofos, como Luciano, Frontón y Celso los consideraban como a lo más bajo, antipatriota y ensoberbecido de la sociedad. Marco Aurelio mismo explicaría el valor de los mártires por terquedad de secta.

MARCO AURELIO

Causas del valor de los mártires

Soliloquios. II, 3

230. ¿Cuál es aquella alma que se hallará pronta a desprenderse del cuerpo, si al momento le fuera necesario, o bien sea para extinguirse, o bien para disiparse, o bien para subsistir después? Pero esta prontitud debe ser tal que provenga de la cordura del propio juicio, no de una mera obstinación, como se ve en los cristianos; antes bien, de una reflexión madura y gravedad digna, de modo que sin ostentación pueda también persuadir lo mismo a otros.

H. Schenkl, pág. 137

---

toriador pagano detalles de interés en referencia a la materia que tratamos. Pero por autores cristianos como Melitón, que escribió entre el 169-177, sabemos que su reinado fué de cierta benignidad para con el Cristianismo gracias a la amplitud mayor que dió al antes mencionado rescripto de Adriano. Véanse núms. 688-689.

Rescripto de Marco Aurelio contra los cristianos [2]

En los *Digestos* o *Pandectas* (publicados en 533) XLVIII, 19, 30

231. Si alguien hiciese cosas, que con superstición de numen infundiera temor a los espíritus impresionables de los hombres, el divino Marco rescribió que hombres así deben ser confinados a alguna isla.

Mommsen, pág. 817.

JULIO CAPITOLINO

Benignidad de Marco Aurelio en el tribunal

Historia Augusta. M. Antonino el filósofo. XXIV. 1-4

232. Acostumbraba Marco Aurelio disminuir para todos los delitos las penas que establecían las leyes, aunque algunas veces permaneciera inexorable a las súplicas de aquellos que sin reparo habían cometido crímenes graves. Por sí mismo conocía las causas en los procesos capitales incoados contra ciudadanos de familias distinguidas; y tal equidad mostraba, que censuraba enérgicamente al pretor su precipitación en la instrucción de causas y le ordenaba volver a revisarlas diciendo que importaba a su dignidad que los acusados fuesen oídos por el que juzgaba en nombre del pueblo. No fué menos equitativo con los prisioneros de guerra, estableciendo a muchísimos en territorio romano.

E. Hohl, vol. I, pág. 68.

---

[2] Por el espíritu de este texto que nos suministró Domestino (hacia el 230), algunos autores creen que dicho rescripto, aunque en la forma hostil a los cristianos, contra los cuales parece en parte se promulgó, sin embargo, que en el fondo no fué sino fórmula para evitar sanciones mayores, en que legalmente debían incurrir los que, acusados ya, aún se mantenían firmes en su fe.

DION CASIO

Lluvia prodigiosa en la guerra con los cuados

La columna de Marco Aurelio, de Roma, en una de sus franjas, en espiral, representan a «Júpiter pluvial» alado y con los brazos extendidos en ademán de derramar por todas partes lluvia abundantísima sobre el ejército romano, casi desfallecido de sed, mientras un rayo derriba a su lado a soldados bárbaros. Este episodio ha sido diversamente explicado por autores cristianos y paganos; pues mientras los unos lo atribuyen a magias y bendición de sus dioses, los otros aseguran haber sido un prodigio obrado por las oraciones de una legión cristiana a la que TERTULIANO llama «fulminante» y EUSEBIO DE CESÁREA «melitina». Dejando para su sitio los testimonios de EUSEBIO y TERTULIANO, transcribimos aquí las afirmaciones de DIÓN CASIO y JULIO CAPITOLINO.

Texto conservado por J. Xifilino

Marco Antonino el filósofo. LXXI, 8

233. Marco logró, no sin muchos y grandes encuentros y riesgos, sujetar a los marcomanos y iazygas [3]. Pero tras esto hubo de entablar una guerra con todas las huestes en formación con los que se llaman cuados. Y caso fué ése en que, contra toda esperanza, los romanos obtuvieron victoria gracias a especial asistencia divina, ya que cuando ellos se creían perdidos, los libró Dios como milagrosamente.

234. Estaban rodeados por todas partes por los cuados, que habían tomado excelentes posiciones. Llegada la lucha, al ver los cuados que los romanos se defendían con los broqueles compactos, empezaron a aflojar en el ataque, convencidos de que éstos se entregarían rendidos por la sed y el calor. Mientras tanto, como ellos eran muchos más en número, cortaron impidiéndoles con parapetos todas las retiradas para que de ningún modo pudiesen proveerse de agua. Los romanos, con esto, se vieron en angustioso aprieto, pues la fatiga, las heridas, el ardor del sol y la sed les iban poniendo en el último trance.

---

[3] Tierras de la Hungría Superior, colindantes con el Danubio; otros los llaman sármatas. Casos parecidos al de la lluvia milagrosa se cuentan algunos otros en la antigüedad. De todos modos, la columna antonina da testimonio evidente del nuestro.

Imposible ni luchar, ni encontrar salida; habrían, pues, de quedar abrasados cada uno fijo en su puesto.

235. Entonces fué cuando de repente se condensaron tanto las nubes que una copiosa lluvia cayó sobre ellos, no sin beneficio de Dios. Dicen que un tal Artufis [4], mago egipcio que estaba con Marco Aurelio invocando con sus artes mágicas a Mercurio y a ciertos espíritus del aire, logró se disolvieran los cielos en agua.

REIMARUS, vol. II, pág. 1.182.

JULIO CAPITOLINO

¿Lluvia debida al mismo Marco Aurelio?

Historia Augusta. M. Antonino el filósofo. XXIV, 3-6

236. Sus plegarias tuvieron eficacia para que cayese el rayo sobre las máquinas de guerra de sus enemigos y conseguir la lluvia para su ejército, que moría de sed.

E. HOHL, vol. I pág. 69.

MARCO CORNELIO FRONTON

Calumnias graves contra los cristianos

En el *Octavio,* de MINUCIO FÉLIX. IX, 10

Esta preciosa obrita, la más elegante de la primitiva apologética latina, es algo posterior a la época que nos corresponde. Pero con todo, la aducimos aquí, por hallarse en ella la cita de uno de los primeros profesores de retórica de Marco Aurelio, MARCO CORNELIO FRONTÓN, cuya mentalidad revela, sin duda. la opinión sobre los cristianos de los retóricos que se movían alrededor del Emperador filósofo, y que influyeron no poco en la formación inicial de la idea de éste sobre los cristianos. Autores hay, los cuales opinan que el *Octavio,* de MINUCIO FÉLIX es una refutación de las ideas que a la sazón se divulgaban en los

[4] Hay quienes le confunden con Juliano el Mago, que por entonces escribió sobre magia. DIÓN CASIO parece dar el caso como rumor esparcido, no como hecho cierto. Véase el núm. 1.116.

círculos de los admiradores de Frontón. En este libro todos los interlocutores son africanos. Africano, Cecilio Nata, el personaje pagano del diálogo; africano, Octavio Jenaro, el defensor de la causa cristiana en la discusión; africano, el árbitro de la disputa, Minucio Félix, y, por fin, africano, Marco Cornelio Frontón, cuya autoridad anticristiana es una de las bases del disertante pagano. Todo lo cual hace sospechar que, puesto que la obra parece de los comienzos del siglo III, podría haberse escrito con intención de hacerse simpática al Emperador Septimio Severo, también de cuna, educación y psicología africanas.

---

237. Y de los convites de los cristianos no hay por qué hablar, pues es la comidilla de todos. Ahí está, si no, el discurso de nuestro [1] Cirtense que da fe de ello:

238. «El día señalado se reúnen todos para el banquete con sus hijos, hermanos y madres, sean del sexo y edad que fuesen. Bien comidos, cuando ya hierven de ardor los comensales y el fuego y borrachera de la pasión los enciende, échase un trozo de carne fuera del alcance de la cadena que sujeta a un perro que está atado a un candelabro. Al ímpetu del provocado salto cae el candelabro, apagándose la luz.

239. Al amparo de tan impudente oscuridad y arrastrados por vil pasión, se mezclan promiscuamente como dé la suerte, responsables todos, si no de una realidad, sí de la malicia del incesto; pues que todos están en desear lo que puede ocurrir a cada uno [2].»

CLAUDIO GALENO

El médico Galeno fué de los eruditos de mayor cultura de su época. Observador no sólo en el campo de la Medicina, sino también de la psicología religiosa. Fué hombre de enorme fecundidad literaria. De sus obras perdidas se han conservado dos pequeños fragmentos referentes a los cristianos. El principal, y que

---

[1] *Nuestro*, porque eran todos los interlocutores africanos, y Frontón de Cirta. Esta fué una de las últimas ciudades, con Hipona y Cartago, en caer en manos de los enemigos en la invasión de los bárbaros en Africa.

[2] Esta misma acusación, casi a la letra, la rechazan indignados San Justino, Atenágoras, Tertuliano, Orígenes, etc. Contesta Minucio Félix: «Lo del banquete incestuoso es patraña enorme y calumniosa, inventada, sin duda, en un conventículo de demonios para manchar con el rumor esparcido de la infamia la nitidez de nuestra pureza y hacer así que, mal impresionados de antemano los hombres, antes de oírla se alejen ya de nuestra doctrina. Así tú Frontón, en el testimonio que aduces de él, más ultraja como orador que testifica como historiador.» (*Ibid.*, XXXI.)

viene muy a nuestro caso, ha llegado hasta nosotros, gracias a una cita en su *Kamil*, de un autor árabe, Ibn-Al-Athir, muerto en 1232. Un siglo más tarde la copiaba Abulfeda, muerto a su vez en 1331. Obra traducida al latín por Fleischer en 1831. El texto en cuestión se aduce como contenido en el *Libro de las sentencias de civilidad platónica*, de Galeno. Helo aquí:

De la filosofía de los cristianos en ABULFEDA

Historia anteislámica (en árabe)

240. La mayor parte de los hombres no tienen capacidad para atender mucho tiempo una demostración seguida. Por lo cual, es conveniente que se les instruya con ejemplos (parábolas), como son las narraciones sobre los premios y penas de la vida futura. Así vemos en nuestros mismos días cómo los hombres que se llaman cristianos acreditan su doctrina con parábolas. Es un hecho que salta a la vista el desprecio que éstos tienen de la muerte, lo mismo que cómo el pudor les hace abstenerse de cuanto sabe a obsceno. Se cuentan entre ellos hombres y mujeres que por toda la vida se conservan vírgenes. Ni faltan tampoco quienes en regir y dominar sus afectos, lo propio que en profesar virilmente la virtud han progresado tanto, que no tienen que envidiar a los filósofos de verdad.

FLEISCHER, pág. 109

LUCIANO DE SAMOSATA

He aquí el gran precursor de Voltaire en el siglo II. Siempre con la sonrisa burlona en los labios: lo mismo se ríe de todos los dioses del Olimpo, de los taumaturgos, de los filosofantes y de los místicos paganos, como ridiculiza el heroísmo de los mártires cristianos. Su oficio es destruir con la sonrisa. Vivió en épocas de grandes preocupaciones místicas y teológicas aun dentro del campo pagano. LUCIANO, en sus *Diálogos*, todo lo resuelve en una mueca sarcástica llena de acre escepticismo. *Los diálogos de los dioses*, con muchas ridículas supersticiones, tuvieron el resultado que Don Quijote con los libros de caballerías. De todos modos, en lo que toca al Cristianismo, se le ve más intencionado que instruído. Y el protagonista de su diálogo anticristiano, *La muerte de Peregrino*, es un tipo teatral, fanfarrón, híbrido, que no tiene que ver nada con Policarpo de Esmirna, muerto por entonces, y cuya caricatura tal vez pretendía ser. Nació LUCIANO en Samosata de Siria hacia el 125, y tras largos viajes, se instaló, al fin, en Atenas por veinte años; murió alrededor del 200, y su *Muerte de Peregrino* se debió publicar por el año 170.

Caricatura de Peregrino

I, 1

241. Aquel infeliz Peregrino [1], o como se complacía en llamarse, Proteo, vino a tener el mismo remate del Proteo [2] de Homero: vivir de ansias de aura popular, tomar mil formas y al fin terminar en las llamas. Tanta fué su pasión por granjearse gloria. Ahí le tienes, pues, ante los ojos, carbonizado a ejemplo de Empédocles [3], con la diferencia de que éste huía de las miradas de los hombres cuando se echó al cráter del volcán, mientras este otro, ¡alma noble!, aprovechándose de una enorme concurrencia de las fiestas griegas [4], levantando una pira altísima, rodeado de testigos, se echó a las llamas, no sin haber propalado entre las masas de Grecia la hazaña que pensaba realizar.

242. Ya te veo soltar la carcajada al imaginarte las rechonchas narices del viejo, o, mejor, te siento exclamar: «¡Boberías! ¡Nada! ¡Ansias de gloria!» y otras exclamaciones que salen en parecidos casos. Tú lo dirás de lejos y, por eso mismo, con más seguridad; pero yo lo dije bien cerca del chisporroteo de las llamas, siendo uno de tantos de la inmensa muchedumbre allí apiñada, y que lo llevaron bien a mal varios que estaban entusiasmados con la locura del viejo. No faltaban quienes lo tomaban a chunga. Pero estuve a dos dedos de que hubieran hecho añicos los cínicos, como los perros a Acteón, o, si más te place, al primo hermano de éste, Penteo, descuartizado por las Ménadas...

DINDORF, pág. 691.

Iniciación cristiana de Peregrino

Ibid. XI, 13

243. Por aquel entonces aprendió la maravillosa doctrina de los cristianos, gracias al trato que tuvo en Palestina con sus sacerdotes y

[1] Peregrino, tal como aparece en esta descripción, no pasó de ser un tipo de impostor de la escuela cínica. AULO GELIO (véase núm. 252, nota) nos lo describe todo lo contrario que LUCIANO.

[2] También Apolonio de Tyana se llamaba a sí mismo Proteo.

[3] No todos están contestes en explicar la muerte de Empédocles: Luciano, nos lo presenta aquí echándose al cráter del Etna; otros ponen sus últimos días en el Peloponeso; otros, muerto de la caída de un carro.

[4] La escena se pone en las célebres fiestas olimpíadas.

doctos. ¿Y qué más? Bien pronto logró que todos se creyeran unos niños junto a él. Al punto él era el profeta, él el director de aquel coro, él el jefe de la Sinagoga [5]; en una palabra: él todo. Mientras interpretaba y declaraba los libros sagrados, era fecundísimo en escribir otros muchos de su propia cosecha. Como que le empezaron a tener como un segundo Sócrates, le seguían como a su legislador y le llamaban su Obispo. Y todavía aun hoy le tienen en mucha veneración a aquel gran hombre que fué crucificado en Palestina por introducir en la vida estos nuevos misterios.

244. Como reo de este crimen, fué detenido y encarcelado Proteo. Encarcelamiento que le aseguró, desde luego, el crédito que le abría las puertas para fomentar aquella inclinación ambiciosa que era en él una pasión.

245. Pues desde el día en que fué aherrojado, los cristianos, que consideraron el caso como una desgracia común, pusieron todo en juego para libertarlo [6]; pero como esto era imposible, al menos le prestaron toda suerte de servicios con un celo infatigable. Muy de mañanita ya veíase en los alrededores de la prisión una muchedumbre de viejas [7], de viudas y de huérfanos. Los de alguna categoría de entre ellos pasaban la noche con él, después de haber sobornado a los carceleros a precio de oro; tomaban sus variadas cenas [8] con aportamientos de todos, y leían entre sí sus libros sagrados. En fin, el buen Peregrino—aún conservaba este nombre—era apellidado por ellos «un segundo Sócrates».

246. Más aún, le llegaron comisiones de varias ciudades del Asia enviadas por las comunidades cristianas para que le ayudaran, le de-

---

[5] Por esta confusión del culto judío y cristiano del discurso que LUCIANO pone en boca de uno de los asistentes al acto del sacrificio de Peregrino, vense las ideas confusas que poseía el satírico griego del culto cristiano, lo que parece hace algo improbable la opinión de los que juzgan a LUCIANO como un renegado de la Fe.

[6] Es significativa la descripción que aquí hace LUCIANO de la mutua ayuda de los cristianos, que si en sus labios quiso ser una burla, en la Historia es un testimonio de primer valor, sobre todo por lo que se refiere a su fe sincera en la inmortalidad, a su creencia de la vida de ultra-tumba, a su desprecio del mundo y de la muerte, a su mutuo amor de hermanos y a su despreocupación por cuanto significase transitorio y bienes terrenales.

[7] Tal vez se refiere a las *diaconisas*, que entonces existían para el servicio de los actos del culto, sobre todo en lo referente a mujeres, como intervención en los bautizos de ellas, respecto de ayuda económica y especial cuidado de los ornamentos y ornato del culto.

[8] Alusión a los *ágapes* de que nos hablan casi todos los autores cristianos de esta época.

fendieran ante el tribunal y le confortaran [9]. Es increíble la prontitud con que éstos obran cuando en sus comunidades se advierten ya casos parecidos. No escatiman nada. Y así Peregrino, por causa de sus prisiones, recibió considerables riquezas que le rendían no poco.

247. Estos infelices están, sobre todo, convencidos de que son inmortales y de que vivirán eternamente. Por eso desprecian, por lo común, la muerte, y muchos incluso se ofrecen a ella espontáneamente. Su primer Legislador les persuadió de que todos eran hermanos. Desde que por su nueva abjuraron de los dioses de Grecia, adoran a su crucificado sofista [10], conformando su vida a sus preceptos. Desprecian también todos los bienes y los consideran de uso común, y no exigen pruebas de admisión. Si viniese a ellos un impostor hábil y que entiende el asunto, podría enriquecerse muy pronto y, a fin de cuentas, reírse de ellos en grande, enseñándoles después los blancos dientes.

248. El presidente de la Siria, parte porque él mismo era amante de la filosofía, parte porque cayó en la cuenta de la demencia de Peregrino, y que lo que buscaba éste era adquirir gloria con su cacareada muerte, le dió por absuelto, no creyéndole digno ni de la pena.

P *Ibid*, pág. 691.

Le abandonan los cristianos

Ibid. Núm. 15-16

249. Pero aquel sabio de Proteo, ved cómo respondió a todo esto (*alude a acusaciones graves contra él*) y la maña que se dió para conjurar todo peligro. Presentóse en la reunión de los Parianos. Ya para entonces habíase dejado crecer las greñas, se había echado encima un palio harapiento y con un zurrón a la espalda y un bordón en las manos había tomado trazas de actor. En esta facha presentóse ante todo aquel concurso y dijo que cuanto había sido perteneciente a su buen padre, de feliz memoria, todo ello pasaba a ser del pueblo. Oír esto y vitorearlo el público allí presente, todo fué uno. Gritaban: «He

[9] No es difícil hubiera corrido por todo el Asia la fama de los servicios admirables que algunos años antes prestaron todas las comunidades cristianas del contorno a Ignacio mártir, cuando fué conducido de Antioquía a Roma por las principales ciudades del trayecto asiático.

[10] Acusación extraña contra Cristo. Celso lo cree nigromante y perverso; ya antes Herodes le tuvo por insano, Pilatos por pretendiente y separatista, los judíos por blasfemo comedor y bebedor; ahora LUCIANO por sofista.

aquí el único amante de la sabiduría y de la patria. El único imitador de Diógenes y Crates.» Con esto cerró las bocas a sus contendientes, y si alguien osaba decir nada en su contra quedaba expuesto a morir apedreado.

250. Pero volvió a caer sobre él otro destierro, con lo que empezó una nueva etapa de andanzas. Toda una tropa de cristianos le servía a modo de satélites, proveyéndole de lo necesario con verdadera abundancia. Y así tuvo qué comer por algún tiempo; hasta que habiendo infringido algún precepto de los cristianos [11]—me barrunto que era sobre abstenerse de alimentos prohibidos—, le abandonaron los cristianos, con lo que volvió a caer en la indigencia...

Muerte de Peregrino

Ibid. Núm. 36

251. Salía la luna, y como correspondía a remate de tan bella gesta, salió también él envuelto en su ordinaria vestimenta; acompañábanle los principales de la escuela cínica. Llamaba la atención sobre todo aquel Patrense con su hacha encendida en la mano. También Proteo llevaba la suya. El uno por una, el otro por otra parte, prendieron fuego a la pira, de la que se levantó una gran llamarada por las teas y sarmientos. Ahora entra en escena él, y óyeme bien: Se quita el manto, el zurrón, deja su palo hercúleo, aparece solo en ropa interior raidísima. Pide unos granos de incienso: no falta quien se los proporcione; échalos él a las llamas; mientras sube el incienso, vuelto hacia el Mediodía (sólo le faltaba este detalle trágico), musita una plegaria: «Dáimones paternos y maternos, recibidme gustosos y propicios.» Y sin más, se lanza a la hoguera. Al punto desaparece de la vista en medio de la llamarada que le ocultó [12].

Id., pág. 697.

[11] Hay quienes juzgan que aquí se equivoca LUCIANO en su ficción novelesca atribuyendo a los cristianos las prescripciones prohibitivas de los judíos. Pero se debe advertir que por aquel tiempo aún estaba en vigor lo determinado por los Apóstoles en el I Concilio de Jerusalén, presentes Pedro y Pablo: «Abstención de manjares inmolados a los ídolos y de sangre y de animal sofocado», *Hechos de los AA.*, XV, 29. Tanto así que TERTULIANO, MINUCIO FÉLIX y CLEMENTE DE ALEJANDRÍA hablan de esa prescripción como observada en su tiempo, y hasta el tiempo de SAN AGUSTÍN y SAN JERÓNIMO (siglo V).

[12] Hay quienes en esta manera de hacer terminar la vida a su protagonista creen que LUCIANO pretende ridiculizar la muerte de San Policarpo, quien pocos años hacía había muerto, orando un poco antes, en otra hoguera y en medio de una muchedumbre en el anfiteatro de Esmirna. Compárese este desenlace trágico-cómico con el martirio de San

CELSO

Discurso de la verdad

Hubo un libro que produjo inmenso mal en su época y quedó sin refutación, al menos seria, desde el año en que se publicó hasta el 248, en que lo rebatió ORÍGENES, viendo los estragos que aún producía y por la indicación de su amigo Ambrosio. *Logos Alethès,* que así es su título en griego, fué el primer golpe a fondo, de carácter intelectual, que se quiso asestar al corazón del Cristianismo. En la violencia, brutalidad, concisión y lógica aguda del escritor se nota bien la resolución con que se presentaba ante el público el filósofo medio platónico, medio epicúreo (?), de quien apenas se tienen más datos, sino que redactó algunas obras en Roma, Alejandría y en alguna que otra ciudad del Imperio. C. J. Noumann cree que del texto exacto de la obra de CELSO sólo nos quedan las tres cuartas partes; Glöckner supone que poseemos todo lo esencial de la argumentación de CELSO; Miura-Stange, discípula de Harnack, juzga imposible una reconstrucción apropiada del verdadero texto del filósofo griego. Se nota que CELSO tiende en su obra a desautorizar, bajo todos los aspectos, el Cristianismo, el cual para él no contiene nada de prestancia, santidad, alteza y menos originalidad. Religión, de origen sedicioso, engendro de un mal nacido y bajo impostor, calco y copia en sus aberraciones de un judaísmo de fábulas seniles, de la magia egipcia y de leyendas mitológicas más antiguas y bellas que su

---

Policarpo, que incluimos en la parte principal de esta Antología, y se verá la diferencia enorme que media entre ambas muertes. *Noches Aticas,* de AULO GELIO, presenta el siguiente retrato de Peregrino, su maestro: «Encontrándonos en Atenas, conocimos al filósofo *Peregrino*, varón grave e inalterable, a quien más adelante se le llamó Proteo. Frecuentemente íbamos a visitarle en un tugurio que habitaba fuera de la ciudad. Y a fe que muchas veces que le visitamos recogimos de su boca palabras de profunda moral y grandísima utilidad. He aquí las que nos parecen más dignas de recordarse. Decía que el verdadero sabio no pecaría jamás ni por la seguridad de que ni los hombres ni los dioses eran testigos de su falta; pues creía que no debería servirnos de freno el temor de la infamia o del castigo, sino sólo el sentimiento del deber y el amor de lo justo y de lo honesto. Si hay hombres, añadía, que no tienen en el corazón ese amor del bien, ni han sido educados en estos principios, de modo que no poseen en sí mismos fuerza y voluntad para abstenerse del mal, se sentirán inclinados a pecar cuando crean que no hay testigo alguno de su falta y esperen de las sombras la impunidad. Pero si estuviésemos convencidos, decía, de que nada en el mundo puede permanecer por mucho tiempo oculto, todavía quedarían contenidos por el pudor. Por esto pensaba que debía repetirse constantemente este verso de Sófocles, el más sabio de los poetas: *No ocultes nada, porque el tiempo, que lo ve todo y lo oye todo, todo lo revela.* Otro poeta, cuyo nombre ahora no me viene a la memoria, ha llamado a la verdad «hija del tiempo». Lib. XII, 11. Trad. *Bibl. Clásica.*

imitación tardía, se compone de masas las más abyectas, ignorantes y presumidas—que se creen una clase selecta de la sociedad—, y tienen por maestros y propagandistas, charlatanes de corros y gente de baja estofa, que jamás afrontan una discusión. Su fuerza es la de los magos y agoreros, que en el fondo no son otra cosa. Mejor harían los cristianos en no atacar los cultos tradicionales, y con ser en adelante provechosos soldados y ciudadanos útiles para la Patria. Este escrito, racionalista de esencia y blasfemo en la forma, que ha sido una cantera de materiales anticristianos para los polemistas de los siglos posteriores, también fué la ocasión de la más brillante, erudita y profunda Apología antinicena, de cuyas páginas extractamos algunos pocos párrafos muy significativos para esta colección.

Los presentamos en la parte pagana de la Antología, porque su única razón de incluirse en este libro (que sólo alcanza hasta el año 202) no son las magníficas réplicas de ORÍGENES a las aseveraciones de CELSO que omitimos, sino los textos mismos de Celso (170-185) que denotan bien a las claras el desprecio absoluto en que tenían al Cristianismo los eruditos romanos, que ni se dignaban mirar apenas a los que ellos juzgaban la hez de la sociedad en tiempo de Marco Aurelio, dignos por eso mismo de andar confundidos en los circos y anfiteatros con los *noxii* y *gladiatores*.

IDEAS DEL FILOSOFO CELSO SOBRE LOS CRISTIANOS, SACADAS DE LA OBRA «CONTRA CELSO», DE ORIGENES.

Sedición y clandestinidad

Idem. Lib. I, 1

252. Queriendo CELSO excitar el odio contra el Cristianismo, con ocasión, según él, de que los cristianos forman entre ellos en secreto asociaciones del género de las prohibidas por las leyes, empieza por distinguir dos clases de asociaciones: unas públicas y otras clandestinas; las primeras, lícitas, según ley; las segundas, prohibidas. El apunta, como digo, a excitar el odio contra las reuniones que se llaman «ágapes», y la razón que da es que su origen constituye un verdadero peligro del bien común y que es más firme que cualquier juramento [1]. Como, pues, alude a una ley pública y asegura que los cristianos la infringen con sus asociaciones, bien está que respondamos...

P. KOETSCHAU, vol. I, pág. 56.

[1] Una de las acusaciones principales y relativamente nueva que se entrevé en este libro de CELSO contra los cristianos debía ser la de la sedición a base de asociaciones ilícitas y de compromisos sacramentados como los más firmes juramentos.

Clandestinidad

Ibíd. Lib. I, 8

253. Después de asegurar (Celso) que los cristianos, para enseñar y hacer cuanto se les antoja, se sirven del secreto, y esto con gran cautela, pues así logran evitar la pena capital que les amenaza, recurre a la idea de oponer a esa conducta peligrosa de los cristianos el valor que tuvo Sócrates de afrontar los peligros por amor de la filosofía

Id., pág. 57.

Influjos mágicos

Ibíd. Lib. I, 6

254. Después Celso, movido de no sé qué razón, dice que el poder que parecen tener los cristianos, no es sino el efecto de ciertos nombres y encantaciones de dáimones [2], aludiendo, según creo, en esto a los que entre nosotros exorcizan para echar los demonios. Calumnia burda por cierto, pues que entre nosotros nadie usa de semejantes encantamientos, sino sólo del nombre de Jesús [3] y de las palabras de

[2] La magia era otra de las supersticiones peligrosas prohibidas duramente por la legislación romana. Se tributaba enorme valor a fórmulas, palabras egipcias, persas, indias, por las que se dominaba a los espíritus y las enfermedades. Pero junto y al lado de la magia, traían preocupado en el siglo II al mundo entero greco-romano el poder y los influjos maléficos o benéficos de los dáimones, que entonces se creian eran los árbitros y señores del aire, que poblaban casi por entero. Por aquel tiempo esta idea era una obsesión colectiva. Unos los dividían en buenos y malos: para otros, todos los dáimones eran buenos, pero instrumentos de la bendición y justicia de Dios: los cristianos oponían los ángeles buenos a los demonios verdaderos, por no ser éstos sino los mismos ángeles, pero pecadores, sobre los que había recaído la sentencia fulminante de la condenación de Dios; pero que aun estando condenados por permisión de Dios tratan con su tenebroso poder de hacer ineficaz para los hombres la obra redentora de Cristo. Ni los mismos filósofos paganos nos dan una idea exacta de su concepción daimoníaca, como se verá más tarde en textos opuestos que aduciremos del mismo Celso y Apuleyo, ambos platónicos de la época. Tal era su confusión de ideas.

[3] «El Nombre de Jesús, aun hoy en día pacifica los corazones turbados, impera sobre los demonios, sana las enfermedades, da al corazón maravillosa mansedumbre, es freno que contiene a uno en el deber, y a los que no por provechos y medros humanos simulan ser cristianos, sino que lo son de verdad creyendo en Dios, en Jesucristo y en el juicio final que nos aguarda, les hace ser humanos, tratables y suaves.» (*Contra Celso*, libro I, 67.)

la Sagrada Escritura, palabras que, en efecto, muchas veces han arrojado los demonios de los hombres, sobre todo si los que las rezan lo hacen con fe y de corazón.

Id., pág. 59.

Insistencia en la clandestinidad

Ibid. Lib. I, 7

255. Y pues repite tantas veces (Celso) que nuestra doctrina es clandestina [4], bien está le refutemos en esto, pues que la nuestra es bastante más conocida en el mundo entero que las teorías de los filósofos.

Id., pág. 59.

Firmeza en las convicciones adquiridas

Ibid. Lib. I, 8

256. Se podría creer que con esto Celso favorecía sobremanera a los que, como lo hacen los cristianos, confiesan su fe hasta la muerte, al escribir con sus palabras: «Cuando digo esto—dice—no es mi idea el que quien ha abrazado una vez una doctrina deba apartarse de ella, o simular otra, y menos arrojarla lejos de sí sólo porque el confesarla le acarrea peligro de la vida.» Aquí quiere zaherir a aquellos cristianos que, siéndolo enteramente, a su sentir fingen no serlo e

---

[4] Aunque es verdad lo que asegura Orígenes, que la doctrina cristiana en cierto sentido era más conocida que la de los filósofos en las masas populares, sin embargo, puede ser que Celso molestase tanto con sus alusiones al secreto cristiano, por razón de la llamada *disciplina arcani,* que si con este nombre se la empezó a llamar sólo desde 1666, con todo, en realidad, existió en la Iglesia primitiva hasta el siglo v, en que desapareció. Consistía esta disciplina del secreto en usar todos los medios razonables y entre ellos un lenguaje simbólico sobre ciertos dogmas y sacramentos que podían ser mal interpretados y profanados por los infieles, y que, por otra parte, eran principalísimos para la vida cristiana: Eucaristía, Confesión, Bautismo, Trinidad, etc. Tertuliano, en su obra de la *Prescripción de los herejes,* cap. 41, echa en cara a los herejes que no habían sabido guardar esta disciplina tan tradicional en la Iglesia. El fin de esta disciplina era doble: poner a cubierto de la profanación instituciones y doctrinas muy santas y excitar en los neófitos el interés por las maravillas que encerraba el Cristianismo. Las imágenes y figuras simbólicas de las Catacumbas son, según muchos, una consecuencia de esta *Disciplina del secreto.*

incluso hacen apariencia de renegar de ella. Pues añade él mismo: «Quien ha abrazado una creencia no debe ni disimularla ni menos negarla [4 bis].» Pero no ve que en esto él es el que cae en contradicción. Pues constando por otros escritos suyos que profesa el epicureísmo, sin embargo, para mejor echarnos en cara nuestras deficiencias, callando su filiación epicúrea, hace como que en el hombre reconoce algo muy superior al cuerpo y que le emparenta con la divinidad.

257. Copio sus palabras: «Aquellos en los que el alma está bien tienen un como parentesco con «él»; es decir, Dios, en cuyos deseos arden y de quien siempre anhelan oír y pensar algo.» ¡Qué hipócrita! Arriba dice «que quien se ha abrazado con doctrina recta, a su juicio, no debe ni apartarse de ella, ni aceptar otra, ni arrojarla de sí, por muchos peligros que prevé le sobrevendrán de los hombres», y ahora practica él todo al revés. Sabía bien que no podía declarar su filiación epicúrea [5], sin que con ello debilitase todo cuanto pensaba decir contra quienes a lo menos admiten un Dios que tiene cuidado y providencia de todas las cosas creadas.

Id., pág. 60.

[4 bis] Era tan firme en los primeros cristianos la convicción de su fe, que por este tiempo San Justino, en parte, debió a ella su conversión al Cristianismo. Inquieto y pasando de filosofía en filosofía, sólo pudo hallar la paz de su alma allí donde los mártires encontraban la fortaleza de sus corazones. Nos lo dice San Justino: «Yo mismo, estando aún adherido a la escuela platónica y oyendo tantas calumnias por las que los cristianos tenían que comparecer ante los tribunales, al verlos con qué intrepidez aceptaban la muerte y las demás (para los hombres) horrorosas torturas que les infligían, empecé a pensar dentro de mí mismo que era imposible del todo el que hombres de aquel temple pudiesen vivir en tanta torpeza y maldad como el vulgo les achacaba. Pues ¿qué hombre hay encenagado en placeres y sin dominio propio ante los deleites y ávido de saturarse de carne humana que se abrace con la muerte con esa elevación de espíritu, muerte que precisamente le ha de privar de todos los bienes de aquí abajo? De ser así, sólo procurarían prolongar de todos modos posibles su vida de goce, y ocultándose, evitar los príncipes y tribunales antes que ofrecerse ellos mismos y presentarse para sufrir la pena de muerte. Infundios son esas calumnias debidas a la malicia de los demonios, cuyas artimañas deshacen los cristianos.» (*Apol.*, II, 12. Véanse los números 854-878.)

[5] Hubo varios Celsos por aquella época, y alguno de ellos en tiempo de Adriano, filósofo epicúreo. Ciertamente, el autor de *Palabra de la verdad*, en todos sus ataques al Cristianismo, aunque presenta mucho de estoico y ecléctico—filosofía entonces muy de moda—, más parece pertenecer a la escuela de Platón que a la de Epicuro o de la Estoa. Tal vez confunda Orígenes este Celso con algún otro homónimo contemporáneo; pero de todos modos, la enorme erudición de que fué señor absoluto el director de la Academia Teológica de Alejandría hace sospechar que, en efecto, el autor de *Palabra de la verdad* podía haber publicado también escritos de sabor epicúreo. El mismo Justino, ¿no había probado diversas escuelas filosóficas?

El desprecio de la filosofía

Ibíd. Lib. I, 13

258. Pero como CELSO aduce aquella frase: «Mala cosa es en este mundo la sabiduría y buena la ignorancia» como dicho corriente entre muchos cristianos, le respondo que eso es adulterar la idea de SAN PABLO, y que no es de PABLO tal pensamiento. Sus palabras son: «Si alguno cree ser sabio en este siglo, hágase necio para ser sabio, porque la sabiduría de este mundo es estulticia ante Dios» [6]. No dice, pues, PABLO que la sabiduría es estulticia ante Dios. Eso lo afirma de la sabiduría según el mundo. Nosotros llamamos sabiduría de este mundo a la filosofía que está toda ella imbuída de errores, y que por esto, según la Escritura, se torna vacía y sin sustancia.

Id., pág. 65.

---

[6] *I. Corint.*, III, 18-19. En la primitiva Iglesia se dibujaron dos tendencias opuestas sobre sus relaciones con la filosofía humana: una exagerada, que la rechazaba de plano como peligrosa para la Iglesia; en el siglo II tal vez fueron los más de esa tendencia, aunque no ciertamente los mejores. Otra, integrada por otro sector conciliador y transformador. Conviene notar que por esta época no se advierte entre los autores cristianos la diferencia que hacían los escritores paganos por entonces entre *ciencia* y *filosofía*. Lo cierto es que sobre los filósofos fluctuaban mucho aun los mismos Emperadores, desde Nerón. El Cristianismo venía a resolver de manera muy diversa y mucho más elevada el problema que siempre preocupó tanto a los filósofos antiguos; a saber: cuál es y cómo se logra el fin del hombre. Algún choque era inevitable entre una religión cuya base principal era la revelación y la fe y las escuelas entonces dominantes, cuya única clave para la solución del problema era sólo la razón, y esa misma paganizada. De todos modos, si TERTULIANO, TACIANO y otros escritores se inclinaban más al divorcio entre la filosofía y la fe, otros espíritus no menos equilibrados, como JUSTINO, ATENÁGORAS, el AUTOR de la *Carta a Diognetes*; IRENEO y CLEMENTE DE ALEJANDRÍA, con ORÍGENES, creían ver en la verdadera filosofía una buena introductora para el conocimiento del Cristianismo. ¿No es la razón don de Dios? ¿Por qué no aprovechar su mejor producto como es la Filosofía? Depurarla, pues, y asimilarla, tal fué la última solución adoptada por estos partidarios de la conciliación. Es curioso advertir la preferencia que en los primeros siglos tenían los cristianos por la Medicina, sobre lo que se han publicado interesantes monografías.

¿Al fin son panteístas?

Ibid. Lib. I, 24

259. Palabras de CELSO: «Estos cabreros y pastores (los judíos del A. T.) creyeron existir un solo Dios, llámesele Excelso, Adonai, Celeste o Sabaoth, o como mejor les pareciese apellidar a este mundo [7], pues su conocimiento no llegó a más.» Y poco después: «Nada importa el nombre que se le atribuye a Dios, Júpiter entre los griegos o de otro modo entre los egipcios o indios.» Contestemos a esto, que la cuestión del nombre de Dios encierra grandes y profundos misterios...

Id., pág. 74.

Cristo fué un mago de tantos

Ibid. Lib. I. 68

260. «Pero demos que tú haces esto. Total: todo eso es de la misma clase que hacen los prestidigitadores, siempre prometiendo portentos aún más interesantes. Exacto, lo mismo que lo realizan los amaestrados en las artes mágicas del Egipto, que en medio de las plazas venden sus artes maravillosas por cuatro ochavos, arrojan los dáimones de los posesos, soplan a las enfermedades, evocan las almas de los héroes, ponen ante los ojos banquetes opíparos, mesas, confituras y comidas que jamás se vieron; agitan animales que, en verdad, allí no existen; todo ello puro juego de fantasmagoría.» Y añade en seguida: «Y ¿qué? ¿A los que hacen estos trampantojos los hemos de tener por hijos de Dios? ¿Y no pensar mejor que éstos son trucos y embustes de embaucadores?»

Id., pág. 122.

---

[7] Aquí supone CELSO que el *Sabaoth* de los hebreos se identifica con el mundo mismo, el cual (se entiende «el Universo») para los estoicos era el dios primero; para los platónicos, el segundo, y para otros, el tercero. *Contra Celso*, L. V., 7. JUVENAL. *Sátira* XIV, 17, dice que los judíos adoran sólo las nubes y el cielo.

Unos orígenes de engaño

Ibid. Lib. II, 1

261. Dice de los judíos que creyeron en Jesús: «Abandonando la ley de sus padres, halagados por Jesús, fueron miserablemente engañados y adoptaron otro nombre y otra vida» [8].

Id., pág. 126.

Eternas luchas judío-cristianas

Ibid. Lib. III, 1

262. Son sus palabras: «Neciamente discuten entre sí cristianos y judíos. La disputa se ventila con ocasión de Cristo; como dice el adagio, «es riña buscada sobre la sombra del burro». Carece de gravedad la discusión de cristianos y judíos [9], pues ambos coinciden en que está profetizado por el Espíritu Santo que el Salvador ha de venir al género humano, y la divergencia consiste en que unos afirman que ya vino, mientras los otros lo niegan.»

Id., pág. 203.

---

[8] Una de las tácticas de CELSO para desacreditar el Cristianismo ante sus lectores fué acumular, como lo hace el Talmud, todas las bajezas imaginables contra su fundador y su madre María. Así se hacían probables las calumnias que se divulgaron contra los cristianos en los primeros siglos. El fundador y lo fundado, todo aparecía en CELSO digno del mismo desprecio común. Cristo aparece aquí como un audaz calculador, indigno y bajo impostor del género mago de la peor calidad, y la Virgen María, digna de tal hijo (libro I, núms. 28, 38, 39, 69, 70; libro II, 31, etc.). La cruz de Jesús es uno de los tópicos de mofa del filósofo griego. No conozco otro autor antiguo en que aparezca con tanta fuerza y realismo la convicción de aquella palabra de SAN PABLO de que Cristo crucificado era «estulticia» a los ojos de los gentiles. Para CELSO era, además de «estulticia», digno remate del falso y vil pretendiente a rango de Dios. Advirtamos de paso que CELSO era un representante de la mentalidad de los filósofos, mitad místicos, mitad racionalistas de aquella época, cuyos datos vamos ofreciendo al lector.

[9] Para ver la suma importancia del problema que CELSO llama baladí, baste leer *El diálogo de San Justino con Trifón*, al que tal vez podía aludir aquí el sarcástico filósofo; lo importante de la alusión de CELSO es que no ponga dificultad en la existencia de verdaderas profecías, admitidas las cuales, el problema judío-cristiano no podía menos de ser gravísimo.

Dos pueblos fruto de dos sediciones

Ibíd. Lib. III, I

263. Como es falso que «los hebreos, siendo de raza egipcia, dieron origen a su pueblo con una sedición», así es falso (como afirma Celso) que «otros judíos, en tiempo de Cristo, en otra sedición, dentro de su propio pueblo, se hicieron partidarios de éste». Ni Celso ni ninguno que opine como él probarán sediciones de cristianos. Si la sedición hubiese sido causa para constituirse con elementos judíos la sociedad cristiana, teniendo que servirse de armas para defenderse y matar a sus enemigos, ciertamente nunca el fundador de esta religión hubiera prohibido se mate a ningún hombre ni hubiese enseñado que jamás sus discípulos puedan usar de la violencia contra nadie, por depravado que éste sea. Creía indigno permitir a los suyos en las divinas leyes matar a nadie, fuese del género que fuera la muerte. Ni los mismos cristianos que hubiesen traído su origen de una sedición hubiesen recibido tales leyes de paz que, por guardarlas, se dejarían sacrificar como corderos, sin que les fuese por ello lícito tomar venganza de sus perseguidores [10].

Id., págs. 207-208.

La Iglesia triunfa en la paz

Ibíd. Lib. III, 8

264. Los cristianos, por haber guardado la ley divina y pacífica que se les había enseñado de no vengarse del enemigo, lo que no hu-

[10] Sin que esto quiera significar, como consta por estos mismos libros contra Celso, que Orígenes repruebe en toda la hipótesis la intervención armada de un pueblo contra los que son positivos tiranos de una nación o estado. La Iglesia tiene ya desde los primeros siglos como principio una idea fija y definida sobre la sumisión a las autoridades imperiales por paganas que fuesen. Célebre es aquella frase de Tertuliano *(A Escáp.,* II): *Numquam albiniani, nec nigriani vel cassani inveniri potuerunt christiani,* refiriéndose a las revueltas agitadas en Roma en las discordias civiles entre Níger, Albino y Cassio. Entre cristianos, escribe el mismo Tertuliano *(A las Nac.,* I, 17): «Nunca ha roto una conjuración; jamás una gota de sangre de un César les señaló ni en el Senado ni en el Palacio.» En este sentido, aunque no sea críticamente del todo cierta, sí es un programa real del Cristianismo de entonces la frase que se encuentra de los soldados de la legión tebea al Emperador: *Tenemus ecce arma, et non resistimus.* Ideas todas ellas gemelas de la contestación de Orígenes a Celso.

bieran obtenido aún concediéndoseles el uso de las armas con todo género de auxilios militares, lo consiguieron con creces de la bondad de Dios, que siempre luchó por ellos, poniendo a su debido tiempo coto a los que en su ansia de deshacer el Cristianismo querían sacrificar a los cristianos. Pues para lección de unos y para que con la vista de los pocos que luchaban por la Fe se hicieran todos denodados hasta despreciar la muerte [11], quiso Dios que los martirizados en diversos intervalos de tiempo no hayan sido en tan grandes masas que fácilmente no los podamos contar.

Id., pág. 209.

Poco interés de los cristianos

Ibid. Lib. III, 9

265. Y como en lo que sigue falsea las cosas descaradamente, aduzcamos sus palabras: «Si quisieran todos los hombres—dice—hacerse cristianos, esto ellos mismos lo impedirían.» Falsísimo. Díganlo si no los cristianos, que procuran de su parte se esparza su doctrina por todo el mundo. Algunos han tomado sobre sí ese oficio de recorrer no sólo ciudades, sino villorrios y aldeas para granjearse nuevos adictos de su fe [12]. Ni se venga con que lo hacen con ojo a la

[11] Todos los Santos Padres, al hablar de los verdaderos mártires de Cristo, hacen fijarse en la fuerza que entraña una religión cuya divina arma contra los enemigos no es el contraataque con medios iguales, sino *la fortaleza, la paciencia y el amor a los enemigos*, que en la cantidad y clases sociales, como se las ve en el Cristianismo, son señal inequívoca en una causa religiosa a la que Dios asiste con especial auxilio.

[12] Demasiado recordaba ORÍGENES, al escribir esta obra, la admirable actuación misionera, famosa en la antigüedad, de su segundo antecesor en la dirección de la escuela de Alejandría: Panteno.

Los propagadores de las escuelas cínica neopitagórica, estoica, neoplatónica, etc., por esta época recorrían todo el Imperio sembrando sus doctrinas. Los distintivos de estos filósofos discurrentes eran la barba, capa corta, un báculo y un zurrón. Muchos de éstos si eran felices en su propaganda, constituían y formaban escuela o sucesores de su doctrina; no pocos de ellos pasaron al Cristianismo: así San Justino, así Panteno. Véase lo que de éste escribía EUSEBIO DE CESÁREA *(Hist. Ecles.*, V, 10):

«Por estos días presidía la Escuela de los fieles el celebérrimo varón, insigne por su ciencia, Panteno, hombre que ya anteriormente se había formado en la misma ciudad (Alejandría) en estudios de Sagrada Escritura, escuela famosa aun hoy día, y a la que concurren ingenios versadísimos, lo mismo en la elocuencia como en conocimientos bíblicos. Y dícese que por entonces entre todos florecía dicho Panteno, como formado e instruído que había sido primero en la escuela estoica. Cuéntase que le invadió tal fervor por predicar la palabra divina que pasó hasta la India. Tiempo fué aquél en el que abundaban numerosos evangelizadores de la palabra de Dios que, inflamados por

ganancia, pues hay entre ellos quienes desprecian aun lo necesario. Y si la necesidad les obliga a veces a ello, toman sólo lo preciso para el mantenimiento, por más que muchos les desean dar con abundancia. Puede ser que ahora, como entre las masas que entran en su seno se halla gente rica, dignidades, cortesanos y distinguidas damas [13], podría tal vez sospecharse que en la predicación del Cristianismo se escurriese su pequeña satisfacción de alguna honrilla; pero cierto que al principio no fué así. Los muchos peligros que les amenazaban alejaban toda sospecha de esta clase. Y aun en nuestros días, más fácil es recibir el escarnio de los de fuera que tener honra de los de dentro, y esta misma no la consiguen todos.

Id., pág. 209.

Divisiones intestinas

Ibid. Lib. III, 12

266. Después, como defecto inherente al Cristianismo, nos objeta la variedad de sectas que surgen en su seno. Y mira cómo argumenta: «Apenas tomó mucho cuerpo desarrollándose la comunidad, al punto aparecieron las divisiones intestinas, y se encontró sembradas de facciones a gusto de cada uno...» Y añade: «Y separados de nuevo dentro de la comunidad, unos se condenan a otros, contentos con tener

---

una como divina emulación, a ejemplo de los Apóstoles, no tenían más ansias que las de dedicarse a la edificación de la fe y la propagación del aumento de la palabra de Dios. Uno de ésos (es fama) fué Panteno, el cual penetró hasta la India, donde encontró el Evangelio de San Mateo, quien se le había adelantado, y que ahora él lo halló entre algunos que tenían ya noticia de Cristo. Es tradición que Bartolomé, uno de los doce Apóstoles, predicador de la India, lo había llevado allá en lengua hebrea y lo había dejado entre aquellas gentes; el cual se conservó hasta la época a que nos referimos. Pues bien, este Panteno, tras gloriosas empresas, púsose al frente de la escuela alejandrina, en donde, parte de palabra, parte por escrito, expuso los tesoros de la divina doctrina.»

[13] No es que en años anteriores a los de Celso no hubiese habido cristianos aislados o pequeños núcleos de elevadas familias romanas, griegas o alejandrinas, que aparecen ya desde los *Hechos Apostólicos*. Lo que quiere indicar aquí Orígenes es que éstos, por su escaso número, pasaron más inadvertidos, y que en comparación de los grupos mayores de cristianos ricos y notables de su tiempo no podían decirse que ejercieran entonces influjo ni prestasen tanta ayuda como los de su tiempo. Harnack publicó una lista larga de personas imperiales militares y aristocráticas cristianas de los dos primeros siglos.

un nombre común, si es que aún éste le retienen. Cierto pudor les impide el dejarlo; lo demás, cada facción tiene sus instituciones»[14].

Id., pág. 211

Sedición y temor

Ibíd. Lib. III, 14

267. Añade: «Y tanto es más de admirar esta institución (cristiana) cuanto se advierte que no se funda en nada sólidamente razonable. Su única razón de existir fué la sedición y la utilidad que esperan de ésta, y respecto de los extraños, el temor...»

Id., pág. 213

Religión de espantajos

Ibíd. Lib. III, 16

268. Nos aduce asimismo «que tenemos ansiedad de toda clase de cosas nuevas y que inventamos espantajos[15] que infunden pavor»...

[14] Habiendo nacido el Cristianismo en una época de rabioso judaísmo y farisaísmo y de una confusión febril de filosofías paganizantes, era inevitable que estos elementos, poco avenidos entre sí, de entrar en el Cristianismo, no trajeran consigo sus propias tendencias y particularismos. Se ve, en efecto, que al lado del frondoso árbol del catolicismo primitivo pululan desde el principio sectas de espíritu judaizante y pagano. Las judías que no saben prescindir de la ley mosaica: ebionita, nazarena, cermitana, elcesaita y seudoclementina. Por otra parte surgieron las sectas paganas de tipo intelectual, llamadas gnósticas, en que la sobra de fantasía suplió la falta de Cristianismo con una amalgama de judaísmo, Cristianismo y helenismo; los *gnósticos alejandrinos* (117-139), los *valentinianos* (hacia el 140) y los *saturnianos*, del tiempo de Adriano. En sus escritos frente a Dios aparece la materia dominada por Satanás, de quien emanan multitud de espíritus en cuyo último grado actúan y moran los siete dáimones regidores de los planetas, y, por fin, las sectas de Taciano († el 170) y la de Marción de la misma época. La Iglesia nunca se vició de sus descarríos, antes los condenó desde su mismo origen. Celso achaca al Cristianismo mucho que era producto de la suma de todas estas divisiones heréticas. ¿No estaban mucho más subdivididas y antagónicas las filosofías y sectas paganas y anticristianas de aquellos mismos días? Este fué precisamente otro de los capítulos de acusaciones contra el Cristianismo, su división interna, y por cierto que la crudeza en que la planteaban los filósofos dió ocasión a brillantes defensas por parte de Orígenes sobre el pensamiento católico en esta materia, previsto y solucionado ya en San Pablo (I, *Corint.*, XI, 19).

[15] Aun los racionalistas modernos, siguiendo a Celso, creen haber hallado en estos espectros y amenazas de ultratumba de los cristianos una de las causas humanas eficaces del desarrollo y fuerza de la Iglesia primitiva.

Pero la verdad amiga hace confesar al mismo CELSO cerca del fin: «Los dioses impidan que yo y ellos y cualquier hombre quitemos este dogma de que los malos serán castigados y los buenos galardonados.»

Id., pág. 214.

La culpa de todo, los cristianos

Ibíd. Lib. III, 15

270. Y que ese terror de los de fuera no es uno de los factores de nuestra pujanza, se desprende del hecho de que hace tiempo, a Dios gracias, ha desaparecido. Sin embargo, aún me temo que no ha de durar mucho esta tranquilidad de que gozamos ahora y que tan necesaria es a los fieles para su vida. Pues quienes no cejan en calumniar nuestra doctrina, están empeñados en que la causa de las perturbaciones que ahora afligen al mundo es por el crecimiento del Cristianismo y porque los gobernantes no toman medidas para impedirlo, como lo hacían tiempos atrás. Experiencia nos sobra de que ni en tiempo de paz tenemos por qué entregarnos al abandono y molicie [16]; pero tampoco en caso de que nos declare guerra el mundo hay por qué decaer de ánimo, antes debemos continuar amando lo mismo a Dios en Jesucristo. Engáñase asimismo CELSO en su convicción de que tenemos interés en ocultar los principios de nuestra doctrina.

Id., pág. 214

Confusiones buscadas

Ibíd. Lib. III, 17

271. Después empéñase en querer hallar relaciones entre nuestra religión y los cultos egipcios [17]: «Si te acercas a ellos—dice—,

[16] En efecto: desde el reinado de Trajano hasta Septimio Severo, si no en unas regiones, sí en otras, siempre se cernía más o menos amenazadora, según el carácter y extremismos de los gobernantes locales, la ensangrentada sombra de la persecución, sin que ello obstase para que a muchos años de éstos se les considerase como años de verdadera paz para el Cristianismo en general.

[17] Esta misma confusión pareció entreverse en el Emperador Adriano.

al punto se presentarán ante tus ojos espléndidos oratorios y bosques sagrados, amplias y bellas entradas, templos suntuosos, rodeados de arboledas que eviten el sol todo alrededor y una liturgia preñada de ceremonias misteriosas. Pero apenas pones el pie dentro y pasas el umbral, notarás que lo que allí se adora es o un gato o una mona, un cocodrilo, un cabrón o un perro.» Pero ¿y qué tenemos que ver nada nosotros con todo esto que, por lo visto, es tan encantador a quienes visitan a los egipcios?

Id., pág. 215

Enigmas sapientísimos

Ibíd. Lib. III. 19

272. Y añade: «Que los egipcios, aunque nos parezcan ridículos, nos proponen con esto muchos enigmas [18] nada despreciables, puesto que en su simbolismo nos enseñan, no precisamente como el vulgo cree, a adorar animales, que mañana han de desaparecer, sino las ideas eternas; en cambio, que nosotros somos unos necios puesto que, en cuanto enseñamos a Cristo, nada aportamos que sea más elevado que los cabrones y perros de los egipcios.»

Calidad baja de los cristianos

Ibíd. Lib. III, 44

273. Después CELSO: «Estas son sus normas—dice—. Ningún erudito, ningún sabio, ningún prudente se nos acerque; todo eso, entre nosotros, se reputa como un mal. Al contrario, si hay quien sea ignorante, sin luces, estólido, ése tal puede venir confiadamente. Al

---

[18] Los egipcios, para los griegos, eran los más religiosos del mundo. El panteón egipcio presenta ante todo los dioses de la Naturaleza. Estos se funden y se transforman. Ra es el sol. Muchos de los animales adorados son su símbolo; Ra es el creador de los dioses mismos, el que da sér a cuanto hay de humano y divino. Siguele Osiris, dios del agua y de la fecundación y vegetación, siempre en lucha con su hermano Seth, que es la noche, la aridez, la esterilidad, la muerte. Osiris muere como muere la vegetación, y resucita como ésta. Todo el panteón egipcio es una réplica multiforme de esta idea de vida divinizada, y él Faraón llegará a ser su encarnación. Los animales, en general tótemes de las tribus primitivas egipcias, desempeñan un papel muy importante en la transformación de esta idea religiosa del Egipto.

confesar que tan viles seres son dignos de su Dios, lógicamente declaran que ellos ni pueden ni quieren granjearse otros discípulos que estólidos, innobles, estúpidos, gente de servidumbre, mujerzuelas y muchachos»[19].

Id., págs. 239-240.

Desconfianza de sí propios

Ibíd. Lib. III, 52

274. Dice Celso «que (los cristianos) nunca acuden a reuniones de hombres prudentes ni se atreven a exponer allí su doctrina, sino donde divisan grupos de muchachuelos, esclavitos y fatuos; allí es donde sientan su cátedra ansiosos de aplausos».

Id., pág. 248.

Proselitismo clandestino

Ibíd. Lib. III, 59

275. Dice, pues: «Es de ver en las casas particulares a hilanderos, sastres, bataneros y gentuza incivil y rústica que tienen la boca bien cerrada delante de gente de edad y de los sensatos padres de familia, cómo apenas caen a su alcance y aparte los niños y mujercillas de la casa, tan ignorantonas como ellos, se despachan que es un primor, enseñándoles maravillas, cómo no se debe hacer caso a los padres y preceptores, y que los únicos a los que deben prestar oído, son ellos; que los otros deliran vacíos de seso y víctimas los pobres de antiguallas necias; no alcanzan ni a entender, ni a enseñar ni

[19] Extraña ver a un filósofo de la perspicacia de Celso, tan ciego que no admite precisamente uno de los aspectos más bellos del Evangelio de Jesús, cual es la atracción de los humildes y pecadores arrepentidos al abrazo de Dios. El mismo estilo que usó Celso dice a las claras la pasión con que consideraba cuanto se refiere a Cristo y al Cristianismo. Cierto que no podía dejar de asombrar a los soberbios filósofos la bondad y dignidad con que los cristianos consideraban las clases para ellos viles y abyectas, como la de los esclavos. Séneca había escrito primores sobre la igualdad de la naturaleza humana y sobre los derechos basados en esa igualdad de nacimiento humano. Pero prácticamente, el aprecio de los esclavos del tiempo de Séneca y Nerón, en nada se diferenció del juicio que se tenía de ellos en tiempo de Pompeyo y Calígula.

practicar de cuanto dice honestidad: que solos ellos poseen la verdadera pauta del bien vivir. Que si dan crédito a sus palabras les aseguran que serán felices ellos y toda la familia. Mientras esto hablan, si advierten que se les acerca alguno de los preceptores, personas de respeto o el padre, los más cobardes cierran los labios temblando. En cambio, los más audaces insinúan a los niños usen de libertad, y les susurran al oído, que así con tales testigos delante, imposible que ni puedan ni quieran ponerles al tanto de nada de doctrina tan santa: que les es una contra la ignorancia y crueldad de hombres tan perversos, enfangados de todos los vicios y capaces, por otra parte, de castigarles si les oyeran hablar de esto. Que si querían instruirse, era menester, que sin hacer caso a los padres y preceptores, se fuesen con las mujercillas y demás compañía al apartado de las mujeres, o si no, a las oficinas de la sastrería o de los bataneros, y que allí se les enseñaría todo. Con lo que logran persuadirles...» [20].

276. Celso, después, sintiendo en su interior que tal vez fué demasiado acerbo contra nosotros, como para suavizar el mal efecto, prosigue así: «Que yo no me extralimité en derramar hiel en lo que llevo dicho se colige de aquí. De que los que invitan a otros misterios suelen gritar en alta voz: «Cuantos se creen puros de manos y de palabra sabia...», o también: «Todos los puros de corazón, en cuyas conciencias no existe remordimiento de mal y han sabido vivir recta y santamente...» Reclamos son éstos de quienes prometen purificación de pecados. Pero veamos ahora a qué clase de chusma invitan los cristianos. Dicen: «Todo el que sea pecador, todo necio, cualquiera niño; para decirlo en una palabra: quien sea miserable, tendrá cabida en el Reino de Dios.» Y ¿a quién llaman ellos aquí pecador? Evidentemente a los injustos, ladrones, horadadores de tapias encantadores, sacrílegos y despojadores de cadáveres.» [21]

Id., págs. 253-254.

---

[20] Párrafo es éste que sin probar lo que intenta su autor, en el fondo manifiesta admirablemente el espíritu proselitista de todo el cuerpo social de la primitiva Iglesia.

[21] Todo esto equivale a una mofa de mal gusto de las parábolas de misericordia del Señor. Una vez más el caso repetido de los escribas y fariseos que murmuraban diciendo: «Mirad cómo se familiariza con los pecadores y come con ellos.» (*Luc.*, XV, 2.) Y aquello de *Mat.*, XV, 29-31: «Y se llegaron a él muchas gentes trayendo consigo mudos, ciegos, cojos, baldados y otros muchos dolientes, y los pusieron a sus pies, y curólos.» «No vine a invitar a los justos, sino a los pecadores.» (*Luc.*, V, 31.) Y lo de: «Dejad que los niños vengan a mí y no se lo impidáis, porque de ellos es el Reino de los cielos.» (*Luc.*, XVIII, 16.) Y de María la pecadora: «Se le ha perdonado mucho, porque ha amado mucho.» (*Luc.*, VII, 47.)

Derrota implícita

Ibíd. Lib. III, 75

277. Y añade: «El doctor del Cristianismo se parece a aquellos curanderos que prometen sanar al enfermo, pero impiden se consulte a médico experto para que no aparezca su impericia.»

Id. pág. 260.

Halagos y esperanzas

Ibíd. Lib. III, 78

278. Tras tan acres recriminaciones indica que aún le resta mucho que decir contra nosotros, pero que prefiere pasarlo en silencio. Escribe, pues: «Estas son las cosas que he creído deber echarles en rostro. Puedo aducir mil otras cosas parecidas. Pero para no poner todo, basta indique ahora que son unos malvados y que su conducta es injuriosa contra Dios, pues que así halagan a gente perversa y los lactan con una vana esperanza, a la vez que les persuaden que dejando los bienes, sin ellos obtendrán otros más excelentes.» [22]

Id., pág. 266.

Soberano desprecio hacia los cristianos

Ibíd. Lib. IV. 23

279. Después, CELSO, según suele, riéndose de judíos y cristianos los compara a bandadas de murciélagos, o a las hormigas que en masa salen de sus nidales, o a las ranas que llenan los bordes de las charcas,

[22] «En verdad os digo que vosotros que me habéis seguido, en el día de la resurrección, cuando el Hijo del hombre se sentará en el solio de su majestad, vosotros también os sentaréis sobre doce sillas y juzgaréis las doce tribus de Israel. Y cualquiera que habrá dejado casa o hermanos o hermanas, o padre o esposa o hijos o heredades por causa de mi nombre, recibirá cien veces más en bienes más sólidos y poseerá después la vida eterna.» (MAT., XIX, 28-29; MCOS., X, 28-31; LUC., XVIII, 28-29.)

o a lombrices de tierra, que reunidas en alguna esquina encenagada discuten entre sí quiénes de ellos han sido más pecadores, exclamando al fin: «Dichosos de nosotros que somos aquéllos a quienes Dios todo lo predice y premuestra. Nosotros los únicos a quienes Dios provee especialmente, mientras deja sin cuidar el mundo todo, el curso de las estrellas y la extensión de la Tierra. A nosotros solos envía sus legados, y nos los seguirá mandando, solícito para unirnos a él en la eternidad.» «Según su fantasía «somos semejantes a unos gusanillos que se dijeran: «Es claro que Dios existe; pero los segundos después de él, sólo nosotros. El nos ha hecho del todo semejantes a él. Todo nos está sometido: tierra, agua, aire, estrellas. Por nosotros son todas las cosas. A todas ellas se ha impuesto el que nos estén sujetas.» Y prosiguen los gusanillos, por lo visto, nosotros: «Como hay entre nosotros quienes se embadurnan con pecados, vendrá Dios o mandará a su Hijo para hacer arder a los impíos y darnos a nosotros la eterna bienaventuranza.» [23] Y termina diciendo: «Más tolerables serían estas disputas entre las ranas y sabandijas que lo son entre cristianos y judíos.»

Id., pág. 292

Bajeza de su origen

Ibíd. Lib. IV, 31

280. Después de esto, para comprobar que los cristianos y judíos son bien dignos de compararse con los animalejos que nombra, prosigue diciendo: «que los judíos fueron sólo siervos fugitivos es-

---

[23] En el libro IV, núm. 30, copia ORÍGENES el mismo texto de CELSO, pero con una pequeña variante, pues dice: «Como hay entre nosotros quienes se embadurnan con pecados, vendrá Dios y mandará a su Hijo, para hacer arder entre llamas a los impíos, mientras nosotros, las ranas, gocemos con él de la eterna bienaventuranza.» La burla va directa contra la idea del *tertium genus* que se creía a los cristianos. Eran la raza de los *sin dios* de entonces; se les perseguía como a enemigos de la Patria y de la Humanidad: «gente oscura y baja», «hombres que por último recurso acuden a la sedición», que «sus actos religiosos los convierten en seminario de horrores y pecados», «malignos y perversos», «raza tenebrosa y odiadora de la luz». Tal era este *tertium genus*, digno de los circos a los ojos de los paganos. Todos los nombres de sabandijas eran poco para lo que algunos gentiles sentían de ellos. Forma contraste con esta idea la que los cristianos, en cambio, creían de su propio destino: eran el *tertium genus* de la salvación, de la redención, del cielo; ellos constituían la nueva familia, la gran hermandad con el hombre-Dios. El mundo y el cielo serían suyos: el mundo cristianizándolo, el cielo ganándolo.

capados de Egipto, jamás famosos por ninguna hazaña memorable, ni tenidos nunca en consideración en país ni en cosa importante» [24].

Id., pág. 301.

Imposición de la Fe

Ibid. Lib. VI, 10

281. No a cualquiera que se nos acerca le ordenamos que al punto crea que aquel cuya doctrina le exponemos es el Hijo de Dios, sino que, antes de enseñarle nuestra Fe, examinamos muy despacio de qué costumbres es el pretendiente y qué disposición de alma trae. Porque hemos aprendido a saber «qué responder a cada caso». Hay unos, en efecto, a quienes, en sus pocos alcances, sólo sencillamente les exhortamos a que crean; a otros, en cambio, más dispuestos, admitiendo el diálogo, procuramos razonarles el porqué de la fe [25]. Nunca decimos, pues, sin más, como nos imputa ese mofador: «Cree, que aquel de que te hablo es Hijo de Dios, aunque fué vergonzosamente preso y colgado en un infame patíbulo, y por más que ayer y antes de ayer, a los ojos de todos, fué tenido como el peor de los malvados.» Ni añadimos: «Y por eso mismo, cree más.» [26]

P. Koetschau, vol. II, pág. 80.

---

[24] A su vez, los grandes apologetas se empeñaban en probar la dependencia de los mejores filósofos helénicos en los libros y tradiciones judías.

[25] Los cristianos, desde el principio, tuvieron sumo cuidado en procurar acomodarse a la disposición y capacidad de los que querían abrazar su Fe. Baste recordar cómo formaba Orígenes a sus propios discípulos y discípulas en su escuela de Alejandría. Léase el discurso de despedida de San Gregorio Taumaturgo a Orígenes cuando iba a dejar ya de asistir a sus explicaciones. Y San Agustín, en su libro de *Catequizandis rudibus* (capítulos VIII, IX, y X) nos ha dejado su maravillosa síntesis experimental del modo de tratar e instruir a personas, lo mismo rudas que cultas, de diversas profesiones literarias, que deseen ingresar en el seno de la Iglesia. Sobre esta acomodación tratan también los libros *De fide et operibus* y *De agone christiano*, del mismo Santo Doctor.

[26] Para cuando Celso escribía estas frases, ya San Justino, en sus libros apologéticos y contra Trifón, precisamente presentaba ante los lectores del Imperio Romano la maravillosa eficacia de Cristo puesto en cruz para atraer hacia sí todo el mundo. Los siglos sucesivos han dado la razón al filósofo cristiano, que antes de morir mártir escribía el año 155: «No hay ningún crucificado ni antes ni después de Cristo puesto en cruz que haya traído como él tanta alegría a las naciones» (*Apolog.*, I, XVII).

Inseguridad en el camino

Ibíd. Lib. VI, 11

282. Y más atrás añades, hablando de los cristianos: «Si unos proponen a éste (Cristo) a su modo, otros, a su vez, proponen a otro; y, naturalmente, todos ellos dicen lo que es más obvio: «Cree, si es que quieres ser salvo, y si no, márchate.» En esta perplejidad, ¿qué harán los que de veras quieran salvarse? ¿Qué? ¿Habrá que echar a cara y cruz para ver a quién seguir o con qué ofrecimiento quedar?» [27]

Id., vol. II, pág. 81.

Huyendo de la luz

Ibíd. Lib. VI. 14

283. Cuando ya no puede discutir con razones, nos llama charlatanes de ruedo, y dice que «nosotros huímos cuanto antes de aquellos que, por ser más urbanos, no son aptos para caer en nuestras marañas, sino que cazamos a los más simples».

Id., vol. II, pág. 84.

Los tres grandes crímenes

Ibíd. Lib. VI, 27-28

284. En esto parace que quiera emular a los judíos, los cuales, apenas estaba aún en mantillas la religión cristiana, sembra-

[27] Con razón, ORÍGENES escribía, que, puesto uno a ponderar divisiones y pareceres humanos, nada como la barahunda y confusión y divergencias del todo opuestas entre las escuelas filosóficas anticristianas de su tiempo, que daban cabida en su enorme capacidad contradictoria a todo, desde el materialismo más grosero y bajo de los cínicos y epicúreos hasta los vuelos de Platón y el panteísmo místico del neoplatonismo de aquellos mismos años. Si las ramas heréticas desgajadas del árbol de la Iglesia eran más o menos numerosas, a la vista de todos estaban la unidad y concordia maravillosas en una sola Fe del único y verdadero tronco del Cristianismo.

ron calumnias contra ella: «que sacrificaban niños, que después los comían y que, como hijos de las tinieblas, aprovechándose de éstas, apagando las luces, solían mezclarse con la primera persona que encontraban» [28]. Calumnias burdas, pero que se propalaron entre muchísimos, dejando persuadidos a muchos extraños a nuestra Fe de su verdad, y aun ahora les tienen a algunos tan engañados, que de repugnancia no quieren entablar una sencilla conversación

---

[28] Chocará al lector la insistencia en la acusación de los mismos crímenes. Como todavía han de repetirse las mismas cosas en otros pasajes posteriores, queremos incluir aquí para en adelante la siguiente nota, con lo que no habrá que repetirla más. Las calumnias, por su misma definición, no tienen realidad ni fundamento. Con todo, fúndanse a las veces en algunas apariencias de base creída. Al principio del Cristianismo surgieron entre malos cristianos sectas verdaderamente inmorales que bajaron a una depravación suma; tales fueron, por ejemplo: los «simonianos», cuyo fundador llevaba siempre consigo una meretriz; los «saturnianos», los «nicolaítas», que defendían el uso común de las mujeres, herejía terrorífica en su exhibición, como inmoral en sus dogmas; los «gnósticos», que, como privilegio de seres superiores, creían exentos de responsabilidad moral a los del tercer grado, o sea, el superior de su escuela; los «cerintianos», que acabaron por ser unos chiliastras voluptuosos; los «secundianos», de moral depravada; los «cainitas», que daban culto a los «sodomistas»; los «arcónticos»; los «tacianitas», que negaban por su parte el matrimonio, creyéndolo verdadera fornicación, echando así abajo la base de la familia y de la sociedad, y, por fin, los «catafrigas», herejia mitad masculina, mitad femenina, de los cuales escribe San Agustín «que tenían unos sacramentos funestos, de los que se decía que de niños de un solo año sacaban sangre y punzaditas menudas y mezclaban después esa sangre con harina, y del pan que así resultaba hacían ellos su eucaristía; si el niño moría de resultas de las heridas, se le consideraba mártir; si sobrevivía, sería para ellos sacerdote (*De haercsibus*, núm. 26). Adviértase que todas estas sectas son de fundación anterior al siglo III, y que ellas se llamaban cristianas. Se explica, pues, que los paganos, unos por ignorancia, otros por interés o por prejuicios, en sus calumnias mezclasen en globo a todos los cristianos. Añádase a esto que algunos católicos débiles o traidores propalaron noticias de sus reuniones misteriosas, de la ley del arcano, que estuvo muy en vigor hasta el tiempo de Constantino; de su mutuo nombre de «hermanos», que a las veces se usaba también entre jóvenes de mal vivir; de que los fieles, para pedir perdón de sus faltas, se echaban a los pies de los sacerdotes; del ósculo de paz que se daban en su banquetes de caridad (ágapes), y de que lo que comían y bebían en la Eucaristía, según ellos, era verdadera carne y sangre de un hombre-Dios. Más aún, recuérdese, como se ve en las Actas de Lyón y Viena, que en las torturas de os tormentos de inquisición, más de dos esclavos, para verse libres de ulteriores desgarramientos, confesaban contra sus amos cristianos crímenes jamás por éstos cometidos, con lo que pasaban a las veces no sólo a la manumisión, sino también a la participación de los bienes de sus amos. Todo ello mezclado, hábil y hostilmente manejado, como arma de campaña por hombres de talento y por una turba sanguinaria, pudo originar la bola de nieve de sarcasmos que entre la hez y aun gente culta pagana se formó alrededor del Cristianismo primitivo. Autores hay que el haberse librado la Iglesia del gnosticismo en el siglo II en una lucha tan desigual en medios, talentos y en ciencia humana, lo reputan prueba de su divino origen. ¡Cuánto más será el haberse podido desatender de esta erupción de calumnias tan crecidas y tan divulgadas, que humanamente tenían que ahogar entre acusaciones las primeras respiraciones de la naciente Iglesia! (Cfr. Clemente Alex: *Stromata*, III, 2-4; Epifanio: *Adv. Hareses*, LI; Har. núm. 13).

con los cristianos. Cosas así parece indicar CELSO cuando asegura que los cristianos al Creador le llamamos «Dios maldito»[29]. Por lo visto, para que el lector, si también es fácil en creer semejantes infundios, procure trabajar por nuestro absoluto exterminio, pues que así pareceremos reos de impúdica impiedad.

Id., vol. II, págs. 97-98.

Dios y Satanás

Ibíd. Lib. VI, 42

285. Después añade CELSO, como otro capítulo de acusaciones: «Profesan muchos de ellos errores impíos, fruto del enorme engaño en que viven de los misterios divinos. Se forjan en lucha un Dios con un enemigo que en hebreo se llama Satanás. Invento puro de hombres y bien impío por cierto suponer que un Dios tan grande quede defraudado por un enemigo en cosas en que él quiera ayudar a los hombres[30]. Resulta, pues, que el Hijo de Dios es vencido por Satanás, y que por las molestias que el Hijo de Dios sufre del diablo, nosotros debemos despreciar las que él mismo nos inflige a nosotros. Y así nos amonesta que ha de venir Satanás y que ha de realizar cosas maravillosas y estupendas, y que se adjudicará la gloria que compete a sólo Dios. Pero que por nada de esto se han de dejar llevar los cristianos que le han de vencer; antes sólo deben creerle a él. Todo esto sabe a trama de impostor que entre apreturas procura no se dé fe a otros, y lo que desearía es congraciarse las masas.» Y después, queriendo indicar en qué fuentes pudimos nosotros inspirarnos para estos enigmas, prosigue: «Ya los antiguos escribieron nebulosa y oscuramente de no sé que guerra divina.» Así, por ejemplo, HERÁCLITO: «Hay tal vez que decir que en todo se entraña cierta guerra, y que cuanto se hace y administra no tiene otro origen que la lucha. Y FERECYDES, mucho antes que He-

[29] Lo más probable es que aquí se refiere CELSO a lo que dice SAN PABLO de Cristo en cruz (*Galat.*, III, 13-14), que hizo maldición por nosotros, idea tantas veces y tan consoladoramente explicada ya por SAN JUSTINO en el *Diálogo con Trifón*, antes del 161.

[30] Sólo queremos advertir aquí que el sentido cristiano de la lucha de los demonios contra Dios y su obra aparece desarrollado en toda su divina grandeza y realidad psicológica, teológica social e histórica en la *Ciudad de Dios* de SAN AGUSTÍN, sobre todo desde el libro XI hasta el fin. Páginas grandiosas y tal vez las más bellas del ingenio más hermosamente sublime y sublimemente bella con que Dios quiso embellecer la época de los Santos Padres de la Iglesia.

ráclito, presenta a dos ejércitos, uno contra otro, capitaneados respectivamente el uno por Saturno y el otro por Opión. Describe las provocaciones y los encuentros... Titanes y Gigantes, etc.

Id., vol. II, págs. 110-111.

Consejeros celestes

Ibíd. Lib. VII, 40

286. «Si queréis seguir a un buen guía en este camino debéis huir de los impostores y embaucadores que recomiendan simulacros... De otro modo, seréis objeto de risa, pues desechando otros dioses, y bien notables por cierto, como falsos, adoráis a éste, simulacro más miserable que todos los demás simulacros, que ni merece llevar nombre de tal, pues que al fin es un muerto, y encima le andáis buscando un Padre parecido a él... Aquella patraña, aquellos admirables consejeros, aquellas palabras maravillosas con las que invocáis al león, al anfibio, al parecido, al jumento [31], aquellos divinos porteros cuyos nombres con tanta y tan mala suerte aprendéis, son la causa por la que después de ser torturados acabáis la vida en un patíbulo.»

Id., vol. II, págs. 190-191.

[31] Celso imputa a los cristianos cuanto él leyó en los herejes y escritores condenados por la Iglesia, que de cristianos sólo tenían el nombre. Con razón Orígenes responde a Celso que los mártires que morían en cruz no tenían que ver nada con esos porteros de que habla Celso, muy probablemente habiendo tomado su falsa erudición de los herejes «ophianos». Véase lib. VII, 40, y lib. VI, núm. 30, donde Orígenes trata muy despacio de los complicados diagramas de los siete dáimones principales que Celso sacó de algunos libros gnósticos, basilianos y ophianos, que jamás reconoció por suyos la Iglesia: el daimon en forma de león, llamado Miguel; el daimon en forma de toro, que se dice Suviel; el daimon en forma doble o dragón terrible de aspecto, por nombre Rafael; el daimon cuarto, aquileforme; el quinto, con rostro de oso. Thantabaoth; el sexto, caniforme, Erataoth; el séptimo, semejante al asno, Onoel. San Epifanio, al hablar de la herejía gnóstica, pone las siete escalas de los estrados celestes con sus respectivos demonios, que algunos hicieron ascender en su fantasía de círculos solares hasta 365; es decir, a tantos cuantos días tiene el año. Tales son los porteros celestes a que alude irónicamente el escritor griego.

Mejor Dios que Cristo cualquiera

Ibid. Lib. VII, 53

287. Y pues así os arrastra el espíritu de novedad, cuánto mejor os hubiera sido dar culto a algún otro que hubiera tenido una muerte generosa, y a quien por eso mismo, no sin alguna razón, la fábula le podía incluir entre los dioses. Si ya no os agradan Hércules y Esculapio y otros ya celebrados en la antigüedad, más cerca teníais a Orfeo, varón lleno de inspiración divina, según voz de todos, y que acabó con muerte violenta... Pero si es que a éste ya le han divinizado otros, se os ofrecerá gustoso Anaxarco, quien siendo horrorosamente aplastado, metido en una caja sepulcral, hacía diversión de la tortura. «Aplasta—decía—, aplasta al envoltorio de Anaxarco, que a él no le aplastas.» Palabras de un espíritu superior al humano. Quedaron aún otros físicos dignos de su escuela. ¿No teníais a un Epicteto? El cual, cuando su amo le atormentaba la pierna, decíale sonriente y sin inmutarse: «La romperás.» Y al quebrarla el amo, en efecto, él añadió: «¿No te lo dije?» Vuestro Dios, ¿qué palabras así tuvo en la cruz? Disponible tenéis también la Sibila, cuya autoridad usan en vuestro favor algunos de vosotros [32], y que de haberse llamado hija de Dios merecía serlo mejor que Jesús. Pero nada de esto; y ahora vosotros después de haberos atrevido a intercalar muchas impiedades en sus escritos, queréis por Dios a uno que, tras vida bien infame, terminó en mísera cruz. Cuánto mejor hubiera sido para el caso Jonás, encerrado en el vientre de un cetáceo, o Daniel, libre de las fauces de los leones, u otros así de relieve aún más prodigioso.

Id., vol. II, pág. 203.

---

[32] A los oráculos sibilinos de los paganos correspondieron en los primeros siglos del Cristianismo otros oráculos también sibilinos, pero de invención judía y cristiana. Todos esos oráculos forman catorce libros. Los oráculos sibilinos judíos son amenaza de castigos horrendos contra los idólatras. Los oraculos sibilinos cristianos constan de vaticinios en versos griegos, principalmente sobre la venida del Mesías. Estos últimos fueron escritos en el siglo II o comienzos del III. Y algunos cristianos les dieron demasiada importancia por desconocer su origen de fasificación piadosa. Véase núm. 671.

Inconsecuencias cristianas

Ibíd. Lib. VII, 62

288. Veamos lo que sigue: Dice, pues: «Ahora a otra cosa.» No pueden soportar los cristianos ni templos, ni aras, ni simulacros. Lo mismo son que los scitas, los nómadas de la Libia y los seres, que no adoran a ningún Dios, y lo propio hacen otras gentes bárbaras e irreligiosas. HERODOTO, al hablar de los persas, escribe que éstos siguen estas normas; entre ellos no hay ley que mande erigir simulacros, aras, ni templos; antes reputan por necio a quien las hace. Y la razón de esto, a mi parecer, es que ellos, al revés de los griegos, no creen haya dioses nacidos de hombres. HERÁCLITO escribe también en un pasaje: «Y para ellos, hacer plegarias a los simulacros es igual que hablar a la pared: no saben lo que son los dioses ni los héroes. ¿Y qué nos enseñan más que estas prudentísimas palabras de HERÁCLITO? Pues dan a entender, sin decirlo, que es necio hacer súplicas a los simulacros si antes no se sabe qué son los dioses y los héroes.» Así Heráclito; pero estos otros quitan toda clase de simulacros sin distinción. Si con esto quieren dar a entender que ni la piedra, ni el leño, ni el bronce, ni el oro que labran uno u otro escultor no son dioses, valiente ciencia. ¿Habrá uno solo, de no ser ignorantísimo, que crea que estatuas así sean dioses? Otra cosa es que las tengan por objetos sagrados que recuerdan a los dioses. y aun si se quiere, por imágenes suyas. Pero si creen que ni ésto, por no ser así la forma divina, que es el caso de los persas, se condenan a sí propios. ¿No dicen ellos mismos que Dios hizo al hombre a su imagen y semejanza? Concederán, al fin, que esas imágenes están destinadas, en efecto, para el culto de algunos dioses [33], sean o no éstos parecidos a ellas en la forma; pero negarán que

[33] No estará mal aducir aquí lo que, al igual de EUSEBIO DE CESÁREA, dice SAN AGUSTÍN sobre las clases de Teología de los paganos, según el enciclopedista de la época augustea. VARRÓN, cuyas palabras copia el santo «sostiene que hay tres clases (entre los paganos) de Teología; esto es, ciencia de los dioses, de las cuales una es la «mítica», la otra «física», la otra «civil». Al primer género le denominaron, con propiedad, fabuloso, que es lo mismo que «mithicon», pues «mithos», en griego, quiere decir fábula... «En esta clase se hallan infinitas ficciones indignas de la naturaleza de los inmortales, por cuanto en ella se cuenta cómo un dios nació de la cabeza; otro procedió de un muslo, otro, de unas gotas de sangre; en ella se lee cómo los dioses fueron ladrones, adúlteros... En ella se atribuyen a los dioses todas las criminalidades que puede cometer, no digo ya un hom-

existen estos dioses a los que se erigen las imágenes y afirmarán, en cambio, que hay dáimones, pero que a ninguno que adora el verdadero Dios le es lícito tributarles culto.

Id., vol. II, págs. 211-212.

Absurdo de la resurrección

Ibíd. Lib. VIII, 49

289. Veamos aquello con lo que quiere urgirnos después CELSO: «Además, ¿cómo no serán absurdas vuestras cosas con esa aspiración al cuerpo, esa esperanza que abrigáis de que ha de resucitar de entre los muertos [34], como si no hubiese ninguna otra cosa ni más digna ni más preciosa que él, con la contradicción de que a la vez, como a objeto sin valor, lo exponéis a todos los tormentos? Verdad es que los que profesan tanta estima por el cuerpo no son de tal valor que merezcan nuestra discusión. Rústicos y bajos sentimientos son materia apta para hacer sediciones. En cambio, quiero dirigirme a quienes esperan que el alma—llámenla a su gusto sustancia espiritual, espíritu racional, sustancia santa y bienaventurada, principio de la vida o emanación de la naturaleza divina e incorpórea—ha de gozar con Dios de la felicidad eterna. Con razón abrazan éstos la creencia de que quienes vivieron justamente han de obtener eterno galardón y, al contrario, pena sin fin los que pasaron vida depravada. Dogma es éste del que ni ellos ni nadie se debe apartar.»

Id., vol. II, págs. 263-264.

---

bre; pero que no se pueden atribuir ni al más vil y degradado».. «El segundo género es —dice—el que acabo de enseñar, del cual nos dejaron escritos los filósofos muchos libros, donde se expone qué sean los dioses, de qué clase y cualidad, desde cuándo proceden, si son «ab aeterno», si constan de fuego, como creyó Heráclito; si de número, como Pitágoras; si de átomos, como Epicuro, y así otros sistemas parecidos, más para oídos dentro de las paredes de las escuelas que para dichos en público. En este género apenas hay dos escuelas que convengan, tanta es la divergencia entre todos... El tercer género es el que en las ciudades debe saberse y administrarse especialmente por los sacerdotes: en éste se incluyen cosas como qué dioses deben adorarse y reverenciarse públicamente, qué ritos y sacrificios ofrecerse en su honor. La primera Teologia—dice—se acomoda al teatro, la segunda al universo, la tercera a la vida de la ciudad». De *La Ciudad de Dios*, lib. VI, 5. Véanse núms. 55-60.

[34] Inadecuada inteligencia de los textos de SAN PABLO *(I a los Corintios*, cap. XV). El dogma de la resurrección de los muertos fué por cinco siglos la piedra de escándalo de los filósofos paganos.

Los cristianos no son monoteístas

Ibíd. Lib. VII, 12-13

290. En lo que después añade, tal vez alguno juzgue que no anda CELSO fuera de camino: «Si éstos—dice—no tributasen culto sino sólo a Dios, sus razones podrían tal vez tener fuerza contra los demás. Pero adorando ellos como adoran a un hombre nacido hoy, por decirlo así, y creyendo, con todo, que con eso no pecan contra el único Dios, es que creen que no es ilícito adorar al ministro de ese Dios.»

291. Y así piensa «que pues juntamente con Dios adoramos a su Hijo, es lógico deducir que nosotros creemos que no sólo se puede adorar al único Dios, sino también a su ministro.» [35].

Id., vol. II, págs. 229-230.

Los ídolos a nadie perjudican

Ibíd. Lib. VIII, 24

292. «Si los ídolos no son nada, ¿qué estorbo trae el que los pongan en los públicos banquetes? Y si los dáimones tienen que existir, sin duda que son hechura de Dios; y así bien está que se les tenga propicios fiándose de su palabra, ofreciéndoles libaciones según prescripción legal y dirigiéndoles súplicas.» [36].

Id., vol. II, págs. 240-241.

---

[35] La dificultad de CELSO era fuerte, propuesta a los cristianos herejes de que antes hemos hablado, para quienes Jesús, o era puro hombre o un hombre extraordinariamente sobrenatural, o en todo subordinado y dependiente de Dios, como un demiurgo al estilo gnóstico. De ningún modo vale nada contra la doctrina cristiana, según la cual, la naturaleza divina de Jesús es idéntica a la del Padre, y su persona no es otra que la segunda, también divina de la Santísima Trinidad, el Logos del primer capítulo de SAN JUAN, bien digno del culto de latría, porque también el Vorbo es verdadero Dios y consustancial al Padre.

[36] Y al llegar aquí, para evitar equívocos, advertimos al lector no se sorprenda al ver que ponemos en boca de los filósofos paganos la palabra déimones o dáimones, mientras

Necesidad del culto daimoníaco

Ibíd. Lib. VIII, 33

293. «O del todo no vivir o no venir a la vida, o de nacer, conviene que en estas circunstancias a los dáimones que están pues-

---

usamos siempre «demonios» cuando la aducimos como dicha o usada en sentido cristiano. Y la razón de esta discrepancia es que realmente el concepto e ideas de «daimon» de los filósofos paganos no corresponden exactamente al sentido que le damos los cristianos cuando nos servimos de la palabra «demonio». De donde tampoco es lo mismo hablar de «daimología» en sentido pagano general del siglo II, que de «demonología» en sentido estrictamente cristiano de un teólogo del siglo XX.

Con esta época, propia de nuestro trabajo, coincide una de los tiempos más agudos del deimonismo pagano. A ellos se atribuían lo mismo curaciones que enfermedades, y pulularon exorcismos, magias, encantaciones, oraciones paganas contra los males dáimones. Llegó a ser como una plaga social, efecto de la invasión en Occidente de las religiones misteriosas y febriles del Oriente. Lo que fué la brujería en la Edad Media, que causó tantas víctimas y produjo tantas demencias—se las mataba a millares—; algo así se creyó del influjo demoníaco en los siglos II y III: llegó a ser una verdadera epidemia del decadente paganismo. De ahí el gran valor que también se dió por entonces al exorcismo cristiano y la curiosidad y ansiedad de antipatía o simpatía que causaba la fama de los exorcistas cristianos en algunos sectores del pueblo y sacerdocio gentil. ULPIANO, *Dig.* Lib. XIII, capítulo 1, 3, escribía una frase que ha excitado mucho interés en los críticos; el exorcista, para algunos, entraba en la categoría de los médicos de oficio, y había que aclarar jurídicamente los conceptos. *Médicos fortassis quis accipiet etiam eos, qui alicuius partis corporis vel certi doloris sanitatem pollicentur: ut puta si auricularis, si fistulae, vel dentium, non tamen si incantaviv, si imprecatus est, si ut vulgo verbo impostorum utar, exorcizavit: non sunt ista medicinae genera, tametsi sint, qui hos sibi profuisse cum praedicatione affirmant.* CELSO y ORÍGENES creían en esos espíritus y en su poder sobre los elementos y las almas; ambos les atribuyen fuerzas misteriosas. Para CELSO no había diferencia entre exorcistas cristianos y paganos; fórmulas parecidas, frutos casi iguales. Los unos y los otros tenían exorcistas de profesión. Cristo mismo, en sus luchas contra los demonios, no pasa de ser un mago formado en Egipto. CELSO no niega sus milagros: los explica con la magia. El mismo había conocido sacerdotes cristianos que usaban libros de magia y encantamiento antidemoníacos. ORÍGENES, como es así, en los demonios no ve sino los ángeles rebeldes que deben someterse a la eficacia del nombre y de la predicación de Jesús. El dominio de esos espíritus ha terminado. Los cristianos no tienen por qué acudir a fórmulas mágicas que tienen vedadas. Su fuerza es la fe en Cristo, la del nombre de Cristo, la de las Sagradas Escrituras y la de la Iglesia de Cristo. CELSO cree en algunos déimones benéficos y santos. ORÍGENES los tiene por seres de prevaricación. CELSO juzga su culto una necesidad; ORÍGENES una abominación. Los dos escritores en este punto y época no dejan de ser de sumo interés, pues ambos son como hombres de cultura, genuinos representantes: el uno, de una religión y mentalidad supersticiosa que muere, y el otro, de una religión revelada que nace. APULEYO será el principal expositor no sólo teórico a lo CELSO, sino práctico y experimental. Los suyos acabarán por divinizarlo por su trato mágico con los déimones. Ni sólo CELSO y APULEYO, como dice SAN AGUSTÍN, PLOTINO, JÁMBLICO y PORFIRIO, a quienes el santo llama «nobilísimos filósofos», metidos en este ambiente, creían deber ofrendarse sacrificios a los déimones.

tos al frente de las cosas de la tierra, se les den gracias, se les ofrezcan primicias y súplicas mientras vivamos, para experimentar su benéfica protección.

Id., vol. II, pág. 248.

Los dáimones castigan a sus ultrajadores

Ibíd. Lib. VIII, 35

294. «¿Cómo? ¿El sátrapa del rey de los persas o romanos, o el presidente, o el general, o el procurador y aun otros de menor jerarquía en el mando de poder o cargo público pueden castigar duramente aun faltas pequeñas del debido acatamiento, y los sátrapas y administradores del cielo y de la tierra infligirán sólo castigos de poco a quienes les llenan de contumelias?»

Id., vol. II, pág. 250.

Conducta necia de los cristianos

Ibíd. Lib. VIII, 38

295. Después, tal vez oído de algún malvado o rústico vulgar, ciertamente de ningún cristiano, pone como una proeza de los cristianos el dicho: «Voy y me acerco a una estatua de Júpiter, de Apolo o de cualquier otro dios, le lleno de improperios, le doy de bofetadas... y ya ves, no se vengan de mí» [37].

Id., vol. II, pág. 253.

¿Y si hacemos igual con vuestro Dios?

Ibíd. Lib. VIII, 39

296. «¿No ves—contesta—oh bueno, que no faltan quienes no sólo cargan de contumelias a tu daimon, sino que además le arrojan

[37] Sin embargo, esta clase de argumentos, que son de efecto ante el pueblo ignorante, y del que se ha abusado tanto aun en nuestros días contra Dios en mitines populacheros, no se puede negar que fueron más de dos veces ocasión de que sufrieran tortura algunos cristianos.

fuera de todas partes de tierra y mar, y que a ti, que eres su simulacro consagrado, te echan en prisiones, te arrancan al suplicio y te cuelgan de una cruz? ¿Y no ves que ese tuyo que no llega ni a daimon, o como tú le llamas Hijo de Dios, tampoco toma venganza de tu ultraje?»

Id., vol. II, págs. 253-254.

Contra Cristo en Cruz

Ibíd. Lib. VIII, 41

297. «Te glorias de llenar de maldiciones y ludibrios a los ídolos de los dioses; y cierto que de hacer tú eso a Baco o Hércules presentes, tal vez no saldrías riendo de aquel lugar. Y ¿qué? Los que a tu Dios en su propia persona extendieron y atormentaron tan atrozmente, ¿qué daño han recibido por ello ni en el acto ni en los tiempos que han transcurrido después? Dime: ¿qué extraordinario ha ocurrido desde aquella fecha que dé fe de que realmente no fué un impostor, sino Hijo de Dios? [38].

Resulta que el mismo que envió a su Hijo para anunciar la Buena Nueva le dejó padecer tan cruel muerte que a la vez perecieron él y su mensaje, y esta es la hora en que, tras tantos siglos, no ha aparecido más [39]. ¿Se ha visto padre tan inhumano? ¡Ya saldrás con que no sufrió tantos oprobios sino porque voluntariamente los abrazó! ¿Y no podrían contestar eso mismo los dioses a los que maltratas, que sufren espontáneamente y que por eso lo toleran con

[38] Tres acontecimientos de suyo increíbles, según San Agustín, dan contestación a parecida pregunta. Primer hecho: «¿Qué acontecimiento más increíble que un muerto se haya podido autorresucitar? Segundo hecho no menos increíble. Que con ser este suceso tan opuesto del todo a la experiencia y a la razón, haya sido creído y aceptado por gran parte del mundo con tanta convicción que muchísimos aún han dado y darían su sangre gustosos por sola esa persuasión. Añádase a ésta la tercera maravilla no menos increíble, cual es la de que esa fe en la muerte y resurreción (tan sin eco en el mundo como dice Celso) la han impuesto, y no como opinión filosófica, sino como dogma, a doctos, a poderosos y a reyes, a pueblos, y siglo tras siglo, unos pobres, extraños e ignorantes pescadores» (a los que Celso cree deber compararse más con despreciables sabandijas que con ninguna persona digna). Véase *La Ciudad de Dios*, libro XXII, c. 5: Cf. el mismo Orígenes en su magnífica contestación *contra Celso*, libro VIII, 43.

[39] Cristo no apareció más entre los mortales; pero por él aparece en el mundo su maravillosa obra, el Cristianismo, que siglos adelante tendría entre todos los cristianos 800.000.000 que reconocerán su misión divina. Esa es la gran aparición histórica inexplicable para la razón: que quien murió, como dice Celso, sea adorado y amado más que todos los dioses cuyo culto recomienda el mismo Celso y han desaparecido en absoluto.

tanta benignidad? A casos iguales, solución igual. Aunque, a la verdad, los dioses a su injuriador bien que lo castigan, y por esto es por lo que éste huye o se esconde; eso cuando no va a la tortura.»

Id., vol. II, pág. 255.

Opone portentos a portentos

Ibíd. Lib. VIII, 45

298. Veamos lo que dice después: «¿A qué hacer aquí recuento de los oráculos que han pronunciado profetas y profetisas, hombres y mujeres, llenos de divina inspiración? ¿Qué cosas ocultas no se han revelado a los que ofrecían víctimas y sacrificios? ¿Cuánto no se ha descubierto con otras señales prodigiosas? Algunas nos las han comunicado los mismos dioses en forma de apariciones. La vida toda está repleta de semejantes casos. ¡Cuántas ciudades deben su fundación a visión de oráculos! ¡Cuántas han sido por lo mismo liberadas del hambre y de la peste! ¡Cuántas por descuidarlo y olvidarlo perecieron tristemente! ¡Cuántas colonias deben su formación y después su florecimiento al haber hecho caso a los oráculos! ¡Cuántos príncipes y particulares han ganado o sucumbido según o no se atuvieron a ellos! ¡Cuántas estériles lograron sus anhelos! ¡Cuántos se vieron librados de la ira de los dáimones! ¡Cuántos mutilados vieron restituídos sus miembros! ¡Cuántos pagaron sus irreverencias en los templos, unos volviéndose amentes, otros declarando sus crímenes, otros suicidándose, otros con enfermedades incurables! Ni han faltado a quienes espantosa voz salida del interior de los templos dejó muertos al instante» [40].

Id., vol. II, págs. 259-260.

---

[40] Lo mismo SAN AGUSTÍN, que ORÍGENES, irónicamente coinciden en lo que llaman retorcer el argumento al adversario. ORÍGENES dice: «Es extraño cómo CELSO dé estos detalles. como si le constase su certeza histórica; mientras, sin más, considera patrañas cuantos casos milagrosos da la historia de los judíos, de Jesús y sus discípulos. ¿Por qué o nuestro tan falso y lo suyo tan verdadero? Lo cierto es que a hechos como los aducidos por CELSO no dieron fe las escuelas de Demócrito, Epicuro y Aristóteles, quienes, en cambio, ante la evidencia de los nuestros, tal vez los hubieran aceptado.» (Lib. VIII, 45.) A su vez, escribía más tarde SAN AGUSTÍN: «Pero si los que adoran muchos dioses creen a las historias civiles o a los libros mágicos, o los que tienen por más dignos, a los theúrgicos, donde se cuenta que obraron milagros, ¿qué razón hay para que no quieran creer la verdad de los prodigios referidos en las Santas Escrituras, a las cuales se debe tanto

A caso igual, respuesta igual

Ibíd. Lib. VIII, 48

299. Después Celso, no sé como, sacando a cuento la valentía con que algunos cristianos luchan hasta la muerte por no abandonar su fe, cotejando nuestros casos con los que traen a cuenta sus maestros de iniciación y mistagogos, añade: «Pero advierte, mi buen hombre, a tu vez, cómo al igual que tú crees en los tormentos eternos, lo mismo creen los intérpretes de nuestros cultos, los maestros de iniciación y mistagogos. Tú les amenazas con penas eternas. Ellos a ti con las mismas. Lo que aquí debe verse es quiénes de ambas partes enseñan lo que más tenga de sólido y de verdad. Porque si miramos lo que aseveráis los de ambas partes, os creéis en igual posesión de la verdad. Pero lo que se ve viniendo a las pruebas [41] es que ellos presentan muchos y maravillosos casos relacionados con influjo de evidente procedencia daimoníaca, o de las respuestas claras de los oráculos, o de vaticinios de toda clase.»

Id., vol. II, págs. 262-263.

Los cuerpos al cuidado de los dáimones

Ibíd. Lib. VIII, 53

300. Examinemos ahora otras palabras de Celso, que dicen: «Los hombres, porque así lo exige el orden de este Universo, ya

más crédito cuanto es mayor sobre todas las demás cosas aquel a quien, y sólo a El, manda le ofrezcamos nuestros sacrificios?» (*La Ciudad de Dios*, lib. X, cap. 18). Pero Orígenes donde insiste más es en los bienes morales inmensos que han sobrevenido a la Humanidad por creer los milagros en que se fundan los origenes del Cristianismo. Nada de eso ha ocurrido con los portentos de los dáimones; antes, a su alrededor, sólo se nota el rebullir de las concupiscencias y de todos los desórdenes morales. El milagro, sello de santidad, no puede sellar documentos de inmoralidad. Cuando de los milagros que relata Celso provengan los incalculables y evidentes bienes morales producidos por el Cristianismo en el mundo, podremos empezar a disputar sobre el caso. Mientras tanto sólo aseguramos que el sello de Dios no puede imprimir su timbre sino allí donde hay virtudes propias del verdadero Dios.

[41] ¿Qué diría Celso de esta advertencia suya hoy, en que ha desaparecido de raíz de Europa la religión que él creía de tanta solidez y consistencia, al lado de la debilidad del indocumentado y pobre Cristianismo hoy extendido por toda la Tierra?

porque tienen que pagar culpas pasadas o ya porque en ciclos de tiempos prefijados tienen que ir purificándose las almas de perturbaciones que las abatan, es preciso nazcan aprisionadas en el cuerpo (según EMPÉDOCLES todo género humano tiene que pasar desterrado treinta mil períodos de tiempo fuera de la región de la felicidad [42], de donde es de creer que mientras tanto estén confiados a los custodios de esta cárcel.»

Id., vol. II, pág. 268.

Alternativa

Ibíd. Lib. VIII, 55

301. Hay, pues, que escoger una de dos: «Si rehusan ofrendar libaciones y dar culto a los que presiden el mundo corporal, que no lleguen a edad viril ni se casen, ni tengan hijos, ni hagan nada durante la vida, sino que desaparezcan sin que quede semilla de tal gente, antes sea ésta raída de la haz de la Tierra [43]. Pero si, en cambio, anhelan tener mujer e hijos, gozar de los frutos y de cuanto puede disfrutarse en esta vida y desean evitar en lo posible las molestias anejas a la misma (sufrir es natural a los hombres y necesidad por otra parte inevitable), es menester que estos tales deban rendir honores a aquellos a quienes han sido confiadas estas cosas y a la vez cumplir con los deberes de la vida mientras no queden libres de las cadenas de esta cárcel, ya que otro proceder sería gran ingratitud, pues nada más injusto que el que los que gozan de tantos bienes, olvidados de quienes tienen cuidado de dárselos, no tributen el debido honor a los bienhechores que se los proporcionan.»

Id., vol. II, págs. 271-272.

---

[42] «¡Tanto cuidado—dice ORÍGENES—en creer pareceres tan discutibles y ridículos de filósofos, y tanta dificultad en admitir la doctrina de los Profetas del Hacedor mismo del mundo!» Véase lo que sobre cosa parecida exponemos acerca de la doctrina de PLATÓN en las notas a SAN JUSTINO en su *Diálogo con Trifón*, núm. 860 y siguientes.

[43] «Felices de nosotros con tal que muramos por razón de la virtud y de la religión. Lo cual sucede cuando los que se dicen jueces o creen tener autoridad sobre nuestras vidas, nos ponen en la alternativa de vivir violando las leyes de Cristo o de morir en caso de serle fiel. No nos arredra el luchar contra los demonios; defendidos por la coraza de Dios, estamos firmes en nuestro puesto y, atletas de Cristo, rechazaremos los asaltos del demonio.» *Contra Celso*, VIII, 55.

Poder de los dáimones

Ibíd. Lib. VIII, 58

302. Prosigue CELSO: «Que no hay ni la más mínima cosa de estas terrestres que no esté confiada al cuidado de algún poder de éstos, enséñanlo los egipcios, según los cuales, treinta y seis dáimones, o sea dioses del aire (autores hay que fijan más), tienen recibido el encargo de cuidar de otras tantas partes del cuerpo humano, cada uno la suya. Dan incluso los nombres de esos dáimones..., que ellos apellidan en su lengua propia [44]. Cada uno de éstos puede sanar los males de su respectiva parte. ¿Quién, pues, puede impedir que uno, el cual prefiera tener sano y no enfermo un miembro del cuerpo y que desee más gozar de todo que sufrir calamidades, honre con toda clase de obsequios a unos y a otros dáimones para así verse en lo posible libre de penalidades y molestias?»

Id., vol. II, pág. 274.

Dáimones, sí; magia, no

Ibíd. Lib. VIII. 60

303. CELSO, cayendo en la cuenta de lo fácil que es resbalar de esta su doctrina de las artes mágicas y qué peligrosa es para quienes se dedican a ellas, dice: «Debe procurarse, con todo, que sus aficionados no se dediquen con demasiado ardor a ellas, no sea que entusiasmados con el aliciente de estas cosas corporales abandonen lo mejor y se olviden de ello. Porque es expuesto a que así ante ellos pierdan de autoridad los varones sabios, los cuales enseñan que la mayoría de los dáimones terrestres, ávidos ante todo de la generación, sienten sus placeres máximos en cuanto es sangre, vapores, aromas, músicas y cosas análogas y que lo que más pueden llegar a hacernos es curar los cuerpos, predecir a los hombres y ciudades

[44] Las imprecaciones y súplicas a estos dáimones se hacían en su lengua propia, y así había fórmulas mágicas y de exorcizar en persa. egipcio, griego, indio, según los dáimones, que deberían saber los theurgos en sus invocaciones a los espíritus benéficos para sanar a los hombres de sus enfermedades. (*Contra Celso*, lib. I, 24.)

el porvenir y todo eso otro que pertenece a los hombres saberlo y poderlo»[45].

Id., vol. II, pág. 276.

Dáimones anunciadores del porvenir

Ibíd. Lib. VIII, 62

304. Después que más arriba CELSO escribió muchas cosas sobre los oráculos y nos remitió a sus predicciones como a predicciones de los dioses, ahora habla un poco más sensato, porque dice: «Los que prenuncian la suerte futura a las ciudades y personas y los que tienen cuidado de todas las cosas de los mortales son los dáimones terrestres, que arden en anhelos de concupiscencias carnales y que son avidísimos de la sangre y del vapor de los sacrificios y de cuanto a música se refiere y están entregados a otras mil cosas parecidas, y en eso termina su poder.»

Id., vol. II, págs. 277-278.

---

[45] Estas ideas de creer a los dáimones carnales y voluptuosos fueron bastante corrientes aun entre algunos Santos Padres antiguos; y unos pocos escritores cristianos, fundados en eso, explicaron el pasaje del *Génesis* (cap. VI, 2-4). Dígase lo propio de la idea tan extendida antiguamente de los demonios íncubos, cuya realidad se creyó en toda la Edad Media y también en parte de la nuestra. ANTISTIO LABEÓN, doctísimo en derecho civil y contemporáneo de Cristo, citado por SAN AGUSTÍN, decía que hay tres clases de almas racionales: «La de los dioses, la de los hombres y la de los dáimones, intermedia entre las de los dioses y las de los hombres. Las de los dioses moran en el cielo; las de los dáimones, en el aire; las de los hombres, en la Tierra. Y así como las tres tienen diferentes lugares donde vivir, están también graduadas en diversa excelencia de naturaleza. En méritos, pues, dignidad y bondad, siguen el debido rango dioses, dáimones, hombres. Los dáimones, por estar en medio entre los dioses y los hombres, participan de la inmortalidad de los primeros y de las pasiones de los segundos, por donde gozan tanto de juegos, diversiones y cosas de placer. LABEÓN—añade SAN AGUSTÍN—, que según ellos es versadísimo en este género de curiosidades, hace distinción de los cultos que se deben tributar a los númenes buenos y a los númenes malos; los malos se aplacan con sacrificios y víctimas de sangre; los buenos, con servicios alegres, juegos, banquetes, lectisternios... Con razón, pues, los griegos tienen por honrados a los sacerdotes por cuyo ministerio se ofrecen a los dáimones sacrificios y víctimas, como honran asimismo a los actores del teatro porque por su medio se celebran los juegos. *La Ciudad de Dios*, lib. I, 11; lib. VIII, 13, 14.

Otro parecer sobre los dáimones

Ibíd. Lib. VIII. 63

305. «Pero es mejor parecer el de aquellos—dice—según los cuales los dáimones no buscan ni necesitan ninguna cosa, sino que sólo se contentan y gozan con cuanto se refiere a los oficios de la piedad.»

Id., vol. II, págs. 278-279.

El poder viene por medio de los dáimones

Ibíd. Lib. VIII. 63

306. Dice CELSO: Jamás ni de ningún modo debe dejarse a Dios ni durante el día ni de noche, ni en público ni en privado, ni en obra ni conversación ninguna. El alma, en lo que haga o deje de hacer, siempre debe estar fija en Dios.» Yo esta palabra «lo que haga» la entiendo, a saber: en público o privado y en toda conversación. Y de nuevo, como si una locura demoníaca le invadiese y luchase y le hiciese sucumbir en su interior, prosigue: «Siendo esto así, ¿por qué ha de ser malo el conciliar los poderes de este mundo (los dáimones) con los otros que son reyes y poderes entre los hombres, cuando éstos últimos no hubieran obtenido su autoridad sin la intérvención de esos mismos espíritus?»

Id., vol. II, pág. 279.

El culto a los dáimones no perjudica al de Dios

Ibíd. Lib. VIII, 66

307. Después CELSO, al igual que los posesos del demonio que pendulean entre la cordura y la demencia, como arrepintiéndose de lo antes dicho, escribe: «Si resultase que al siervo de Dios se le quisiese obligar a hacer o decir algo indecoroso, jamás debería obedecer en ello; antes, deber suyo es estar dispuesto a todo género de

tormentos e incluso a la muerte antes que a decir ni pensar nada indigno contra Dios.» Después, bien ignorante de nuestra doctrina y arrebatado y mezclando las cosas como suele, añade: «Pero si alguna autoridad mandase dar culto al Sol y cantar alegres himnos a Minerva, sábete que celebrándoles así, parecerá que tributas aún más culto al gran Dios, porque la piedad es más perfecta cuanto se extiende a más.»

Id., vol. II, pág. 282.

Culto a los númenes imperiales

Ibíd. Lib. VIII, 67-68

308. Ni hay por qué refutemos esto aquí: «Ni si se te obligara—dice—a jurar por un rey humano [46] harías ninguna acción mala en ello, porque a él ha sido concedido cuanto hay en la tierra, y todo cuanto recibes en esta vida, de él lo recibes.» Y añade: «Si este dogma lo destruyes te tendrás que someter a merecida pena del rey. Porque si todos te imitasen en esto, al momento el mismo rey quedaría abandonado y cuanto existe en la tierra vendría a parar a manos de los desalmados y de los salvajes bárbaros, y la gloria del culto y de la verdadera sabiduría desaparecía de entre los hombres.»

Id., vol. II, pág. 284.

Vuestro Dios sería inútil para los romanos

Ibíd. Lib. VIII, 69

309. Después, no cayendo en la cuenta de que no se aviene con lo que antes aseguró, «si hiciesen todos lo que haces tú» [47],

[46] A dos cosas principales se quería obligar en general a los mártires de parte de las autoridades imperiales: a adorar dioses y númenes falsos y a jurar por el genio de los Emperadores. A refutar la obstinación de los cristianos en esta materia vienen los dos textos que transcribimos de Celso. Sus principios son: «Es un acto lícito y meritorio el adorar a dioses y númenes secundarios supuesto previo el culto al Dios supremo; y es un deber en conciencia y gratitud el jurar por los Emperadores.

[47] «Si—como dice Celso—hicieren todos lo que yo (nosotros), no dudo que de los mismos bárbaros, atraídos a la fe, saldrían pueblos muy justos y mansos: se borraría del mundo toda idolatría y se daría culto sólo al Dios de los cristianos. Y persuadido estoy de que ese día llegará, cuando esta religión cuente con masas mayores.» *(Contra Celso, VIII, 68.)*

con lo que ahora dice, afirma: «Ni me digas que si los romanos, por hacerte caso, olvidando todos los deberes que tienen para con sus dioses y los hombres, adorasen a tu Dios (dígase Excelso o como te plazca llamarle), éste había de bajar y luchar en su favor sin necesidad de otras ayudas. Porque ese tu Dios, mucho antes, a gente bien devota suya y a la que, según vosotros mismos cacareáis, había prometido insignes promesas, ya veis qué bienes trajo para ellos y para vosotros. A ellos, con ser el Señor de toda la tierra, no les ha dejado ni una gleba ni una mísera casucha, y a vosotros mismos, si aún queda alguien errante y escondido, se le busca para la pena de muerte» [48].

Id., vol. II, págs. 285-286.

Los cristianos capaces de la ruina de Roma

Ibíd. Lib. VIII, 71

310. Después CELSO, mezclándolo todo según es uso suyo, aduce un dicho que ninguno nuestro ha escrito. He aquí sus palabras: «De vosotros ha salido esto que de ningún modo se debe tolerar; a saber: que si los que ahora reinan por haberse fiado de ti cayesen cautivos de los enemigos, tú habías de persuadir lo mismo a su sucesor, y así uno en pos de otro, hasta que, hechos ya cautivos todos los reyes que te creyeron, viniese al fin un rey prudente que, previniendo lo que le aguardaba, acabara con todos vosotros de raíz, antes de que él pereciera» [49].

Id., vol. II, págs. 287-288.

311. Después nos exhorta CELSO a «que prestemos ayuda al rey con todas nuestras fuerzas, colaboremos en sus justas empresas, empuñemos las armas en su favor, y si así el caso lo reclamara, militemos bajo sus banderas e incluso formemos un ejército con

---

[48] Esta idea de CELSO estuvo flotando en el ambiente romano hasta bien entrado el siglo V; y *La Ciudad de Dios,* de SAN AGUSTÍN, se debió a una idea semejante que tomó cuerpo en gran escala con ocasión de la toma de Roma por Alarico. Según ella, esta toma había sido castigo por haber dejado Roma sus dioses y haber recibido el Dios cristiano, que dejó a Roma llena de cadáveres de fieles servidores suyos.

[49] He aquí una forma nueva y efectista ante el pueblo de la acusación contra los cristianos de «lesa Patria y lesa Majestad».

él», lo propio que también «tomemos parte en las magistraturas por bien de la patria, si es que así fuese necesario para salvaguardar las leyes y la piedad»[50].

Id., vol. II, págs. 290-291.

APULEYO [1]

Influjos en novelas de las calumnias anticristianas

De las metamorfosis. Lib. IX, 14

312. «Aquel molinero que me compró era hombre de bien y de buena conversación. No así su mujer[2], que era pésima y que daba cruz y raya a las más depravadas; cruz de su marido en le-

[50] Los cristianos se veían precisados a no poder desempeñar muchos oficios públicos, lo mismo civiles que militares, por la sencilla razón de que cargos así casi siempre estaban íntimamente vinculados con actos sacrificales y juramentos a los genios de los Emperadores, que entonces, por sus fórmulas y significado, ciertamente implicaban actos de idolatría o infidelidad. En vida privada preferían cumplir el mandato de Cristo: «Dad al César lo que es del César, y a Dios lo que es de Dios.» El patriotismo romano exigía sumisión completa; para los romanos, el amor a Roma era el único valor absoluto en la vida social: «*cuius maiestati (Patriae) etiam illa quae deorum numinibus aequatur auctoritas parentum vires suas subiecit*» (VALER MÁX). Para los verdaderos cristianos, en cambio, el único valor absoluto era Dios; se creían pasajeros, peregrinos; su ciudad, su patria, su amor, sus intereses definitivos estaban en la Jerusalén Celestial. Los triunfos materiales de aquí abajo les impresionaban poco. Frase es de TERTULIANO (*De la corona del soldado*, 12): «*Triumphi laurea foliis struitur an cadaveribus?*» Para ellos todos los hombres eran hermanos en una sola Madre: la Iglesia, y en un solo Padre: el Dios que está esperándoles en el Cielo; el mundo es sólo morada de paso. El cristiano, *etiam propria in civitate peregrinus est* (PONCIO, *Vida de San Cipriano*, 11). Aquellos hombres no vibraban en nada humano porque tenían el amor en lo divino. Hoy, hijos de patrias católicas, no nos hacemos cargo de la mentalidad de indiferentismo terreno que, en general, tenían aquellas almas de Dios, que vivían en un Imperio cuyo poder venía del cielo, pero cuyos dioses eran para ellos demonios, cuyos oficios públicos, por su unión con actos sacrificales sin cuento, eran de serios compromisos religiosos, y cuya legislación anticristiana era una espada siempre colgada sobre su cerviz. La vida retirada y doméstica, consagrada a Dios y a su familia y al servicio de la gran hermandad del amor; la cristiana era su mejor programa de vida íntima y religiosa. «De todos modos, quien sirve bien a Dios—escribía TERTULIANO—nunca puede ser mal ciudadano.»

[1] Sobre APULEYO véase el encabezamiento del *Dios de Sócrates*, núm. 317.

[2] Casi todos los críticos modernos creen entrever en esta mujer vil de novela tendenciosa, la suma de acusaciones calumniosas que por entonces mismo otros filósofos paganos hacían recaer sobre la nueva religión que iba ganando terreno en todo el Imperio.

cho y techo, quien por cierto a mí mismo, no pocas veces, me infundía honda compasión. No había vicio que faltase en aquella mala mujer, a la que, como a una sentina cenagosa, confluían todas las maldades. Cruel, altanera, hombreriega, borrachina, porfiada, testaruda, avara en lucros de vil procedencia, derrochadora en gastos sucios, sin honor en la palabra dada y enemiga de toda honestidad. Por entonces, después de haber vilipendiado y pisoteado los dioses[3] con sacrílega hipocresía, presumía de ser adoradora del Dios, de una cierta religión, que ella cacareaba ser único, y con embelecos y falsos juramentos traía a mal andar a todos los hombres y a su infeliz marido, llena de vino por las mañanas y con su cuerpo hecho mercancía de continuo estupro. Tal era la mujer que me tenía tanta ojeriza...»

R. Helm., págs. 213-214.

COMODO ANTONINO

Este Emperador, más gladiador que cabeza del Imperio, murió víctima de una conjuración, envenenado y ahogado por un atleta, y el Senado le condenó a ser arrastrado con un garfio al Tíber; son famosas las duras imprecaciones de la fórmula de las recriminaciones contra él. Con todo, Septimio Severo le divinizó más tarde, consagrándole su respectivo flamin para su imperial culto. La época referente al Emperador Cómodo la vivió Dión Casio (180-193), y su testimonio vale tanto más, cuanto que ya entonces este historiador, incluso tenía cargos muy importantes del Estado. Lo referente a Marcia no deja de ser interesante para nuestro argumento, que se puede completar con lo escrito por San Hipólito Romano en el libro IX, núm. 12 de sus célebres *Philosophumena*[1]. Nótese que también este santo mártir convivió los hechos aquí referidos.

---

[3] Como se nota en no pocos de los documentos aducidos de ambas partes, pagana y cristiana, es curioso ver en la literatura primera motejarse mutuamente de «ateos». Para los greco-romanos, los adoradores de un único Dios, por despreciadores del culto de los demás, eran llamados «ateos», y el mundo pagano acabó por reputarlos reos de lesa religión romana. En cambio, los cristianos, ya desde San Pablo, llamaban «ateos» a los paganos, que eran los «sin-dios» en este mundo. En el mismo sentido escribe y llama San Ignacio mártir «ateos» a los paganos y herejes. Lo propio se diga de San Policarpo, en medio del anfiteatro de Esmirna, poco antes de ser martirizado. Clemente de Alejandría es el que explica el porqué de esta denominación. A su vez los paganos, al tratarse de los cristianos y judíos, les aplicaban por igual, como en este caso por su monoteísmo, los calificativos de «impíos» y «sacrílegos» por adoradores de un único Dios.

[1] Adviértase que la descripción que hace de Calixto parece exagerada.

DION CASIO

en J. Xifilino

Conducta de Cómodo con los cristianos

Cómodo Antonino. XVIII, 4

313. Pulularon muchas conspiraciones contra Cómodo, el cual a su vez se deshizo de multitud de hombres y mujeres; de unos públicamente por el hierro; en privado, con veneno, de otros. No se libró apenas ninguno de los que habían sido más célebres bajo el reinado de su padre y el suyo. Sólo tres lograron evadirse, no se sabe cómo: Pompeyano, Pértinax y Victorino. Lo mismo esto que cuanto iré escribiendo después, cuéntolo no como quien narra de tradición por otros, sino como testigo presencial de los hechos. Apenas regresó Cómodo a Roma tuvo un discurso en el Senado en el que, entre otras simplezas, atribuyéndoselo a gloria, dijo que en cierto caso había sacado él a caballo a su padre de un cenagal donde estaba atascado. Estos eran sus timbres de gloria. Una vez Claudio Pompeyano le había armado una asechanza a la entrada del anfiteatro cuando en uno de aquellos estrechos pasillos, alargándole la daga, le dijo: «Aquí tienes lo que te manda el Senado.» Este, casado ya con la hija de Lucila [2], había vivido también enredado con ésta, razón por la que había sido antes camarada de Cómodo en juergas y francachelas.

314. Lucila, por su parte, que con su hermano Cómodo no se llevaba diferencia en cuanto a justicia y moralidad se refiere, y que por otra parte desdeñaba ya a su Pompeyano, al fin logró persuadir a éste que acechase contra Cómodo, con lo que ambos se perdieron, pues descubriéndose la intentona hubo de perderse también ella misma. Irritado además Cómodo por razón del adulterio de su mujer, mandó quitar la vida a Crispina [3]. Ambas a dos, antes de

[2] La emperatriz Lucila fué hija de Marco Aurelio y mujer de Lucio Vero; tuvo terribles celos, por ambición, de su cuñada Crispina; parece fué forzada por su hermano Cómodo. Ella, deshaciéndose de Comodo, humillaría a Crispina.

[3] Esposa de Cómodo, a la sazón de unos cuarenta años, víctima sin duda de la maledicencia más que reo de crimen ninguno; fué el mismo caso que le ocurrió a Octavia con Nerón.

su ejecución, estuvieron desterradas en la isla de Capri. Por el contrario, Marcia [4], que había sido ya antes concubina de Cuadrato, uno de los que acababan de ser ajusticiados entonces [5], tomó por esposo a Ecleto. Es fama extendida que esta Marcia era partidaria de los cristianos, que ejercía gran influencia sobre Cómodo [6] y que por eso había logrado no pocas ventajas en favor de ellos [7].

H. S. Reimarus, vol. II, pág. 1.206.

---

[4] Llegó a ser, como emperatriz de Roma, amazonizada con su casco guerrero. Tal aparece en algunos medallones de entonces, juntamente con Cómodo, laureado. Parece ser que, al fin de la vida de Cómodo, fué una de los cómplices del asesinato del mismo que de rango tan inferior la elevó a presidir y lucir sus formas marciales en los actos solemnísimos de Roma al lado del Emperador. Ninguna de estas damas imperiales se podían ver entre sí; y sólo pensaban en amores e intrigas, con triste ruina de todas ellas.

[5] Lucila hubiera querido ver Emperador a Cuadrato.

[6] Marcia logró ser concubina de Cómodo. Era entonces este género de concubinato una especie de matrimonio desigual, de índole que hoy no existe así, y sin los efectos civiles del matrimonio legal «justae nuptiae». Marcia era de progenitores esclavos; habían obtenido la libertad. Algunos son de opinión de que los hijos seguían la condición de la madre, como en los matrimonios morganáticos de siglos después. Y aunque el Emperador Cómodo en público le daba los honores y prerrogativas de verdadera emperatriz, nunca se atrevió a concederle el fuego sagrado, que era el distintivo de las verdaderas «Augustas».

[7] Hay quienes creen que esta relación de Marcia con los cristianos es una añadidura de Xifilino, más que indicación de Dión Casio. Pero el hecho de esta influencia de Marcia sobre Cómodo y sus favores grandes a los confesores de Cerdeña son ciertos en la Historia. No hay, pues, por qué suponerla una interpelación de Xifilino en Dión. Pasado no mucho tiempo escribía Hipólito Romano (contemporáneo a los hechos): «Cómo hallándose en Cerdeña algunos confesores de Cristo, Marcia, concubina de Cómodo y, por otra parte, amante de Dios, queriendo hacer alguna obra grande (por Dios) se acercó al Obispo (aquí Papa) Víctor, que por aquellos días regía la Iglesia, y le preguntó qué mártires había (confinados) en Cerdeña. Este dióle la lista completa de todos, excluyendo sólo a Calixto, pues sabía muy bien sus tretas. Marcia, pues, al cabo de su buen deseo, obtuvo de Cómodo unas letras misivas para Jacinto, que era un sacerdote eunuco. Este, en poder de tal carta, navegó a Cerdeña, y mostrando las letras al gobernador de la Isla logró que se dejasen libres a los mártires, menos a Calixto, el cual, de rodillas y hecho un mar de lágrimas, suplicaba le incluyesen también a él entre los perdonados. Jacinto, conmovido del caso, suplicó al gobernador incluyese a Calixto, ya que él había sido ayo de Marcia; él mismo se ofreció como garante, y obtuvo la gracia deseada.» *Philosophúmena*, IX, 12.

DIDIO JULIANO

No reinó ni un año. El Senado había decretado su muerte, declarando en cambio a Severo Emperador legítimo. Al mismo tiempo, enviaron los senadores un tribuno para matar a Didio Juliano. El tribuno encontró a aquel cobarde Emperador deplorando la desgracia que él mismo se había acarreado. No hubo ni uno que le quisiera defender. El tribuno, con toda seguridad, ejecutó sus órdenes. Didio, al morir, tenía cincuenta años.

DION CASIO

en J. Xifilino

Asesinato de Marcia

Didio Juliano. XVI

315. Los soldados retirados de la flota que se encontraba cerca de Amiseno habían olvidado sus ejercicios. Además, los elefantes, asustados (los que formaban el ejército de Didio Juliano contra Severo), no soportaban a los que querían montarlos. Pero nada excitaba tanto nuestra risa como ver el Palacio cerrado y rodeado de parapetos, porque persuadido Juliano de que no hubiesen podido los soldados sublevados matar a Pértinax, de estar como estaba el Palacio fortificado de aquella manera, creyó que si tenía la desgracia de perder la batalla, al menos podría salvar la vida. Mientras tanto mandó matar a Leto y a Marcia [1], así como también a todos los que habían conspirado contra Cómodo. Narciso, que se estranguló, fué más tarde arrojado a las fieras por orden de Severo, a voz de pregón, que gritaba: «Este es quien ahogó a Cómodo.» Juliano hizo sacrificar a muchos niños para ejercer cultos mágicos, confiando en que tal vez, si por aquel medio podía descubrir las desgracias que le amenazaban, también estaría en su mano el evitarlas.

H. S. REIMARUS, vol. II, pág. 1.239

[1] La patrocinadora de los confesores y mártires de Cerdeña.

SEPTIMIO SEVERO

General afortunado y cruel, Septimio Severo tuvo de Aníbal la sangre, la lengua y el coraje militar. Es célebre su historia por las innumerables ejecuciones. Divinizó a Cómodo y Pértinax. Tenía pasión por sus dioses. Coinciden sus primeros juegos de siete días consecutivos en el anfiteatro, etc., con el límite de los años que cierran la época de los que comprende nuestra Antología. En su palacio, bajo la protección de su mujer, Julia Pía Domna, se forman círculos de estudios religiosos, en que descuella junto con las dos hijas del sacerdote del Sol de Emesa, la futura madre de Alejandro Severo, Julia Mammea. Y si sólo por Julia Pía Domna escribirá FILÓSTRATO, en oposición a Cristo, la vida de Apolonio de Tyana, en cambio su sobrina, Julia Mammea, sería discípula del entonces más célebre sabio cristiano—ORÍGENES—, de quien tanto se habla en esta Antología.

ELIO ESPARCIANO

Persecución religiosa de Severo

Historia Augusta. Severo. XVII, 2-4

316. Durante sus expediciones por Palestina dictó muchísimas leyes. Prohibió, bajo severas penas, hacerse judío, sancionando la misma prohibición contra los cristianos [1]. También realizó muchos

---

[1] Es raro que TERTULIANO no nombre a este Emperador entre los que él señala como oficialmente enemigos del Cristianismo: ¿Simpatías de raza? ¿Alguna esperanza de evitar así mayor persecución? ¿Suavidad del Legado proconsular? Con todo, la persecución no dejó de ser sangrienta. Véase lo que escribe EUGENIO DE CESÁREA (*Hist. Ecl.*, lib. VI, cap. 2):

«Cuando Severo movió la persecución contra las iglesias, en las comunidades de todas las provincias se registraron martirios gloriosos de atletas que lucharon el combate de la Fe. El gran estadio principal donde más bajaron a la arena púgiles selectísimos fué el de la ciudad de Alejandría, adonde confluyeron atletas de todo el Egipto y la Tebaida, y allí, habiendo sufrido con invicto ánimo los tormentos y la muerte, recibieron de Dios coronas inmortales. Uno de éstos, que murió decapitado, fué Leónidas, quien se dice fué padre de Orígenes, niño a la sazón. No será despropósito recordar aquí con qué corazón amaba ya éste su Fe desde tan tierna edad, sobre todo siendo su fama tan celebrada por boca de tantos...

Cuando, pues, Severo entraba al décimo año de su principado, siendo Prefecto de

cambios en las leyes de los alejandrinos y manifestó después que las ceremonias del culto de Serapis y la novedad de los paisajes y los animales le habían hecho agradable aquella expedición (de Egipto). En efecto, visitó detenidamente Menfis, la estatua de Memnón, las pirámides y el laberinto.

E. HOHL, pág. 149.

Alejandría y de todo el Egipto Leto y Obispo de aquella diócesis Demetrio, después de la muerte de Juliano, sucedió que estalló una violentísima persecución, muriendo en ella innumerables mártires. Siendo aún muy joven, se inflamó entonces de tal modo el corazón de Orígenes en ansias del martirio, que se exponía a mil peligros y ardía en deseos de tomar parte y comprometerse él mismo en la lucha por la Fe. Y ya le amenazaba la muerte, cuando la Providencia divina, que le quería reservar para bien de muchos, hizo por medio de su madre que saliesen frustrados sus ímpetus. Inútiles eran las súplicas de su madre, que quería detenerle por la reverencia de su cariño natural. Viéndole ella muchas veces excitado desde que habían encarcelado a su padre—entonces todo su corazón arrastraba al joven al martirio—, le escondió los vestidos para obligarle a quedar en casa. Aquí fué cuando el niño, viendo en aquel ardimiento que excedía su edad que no hacía nada, envió a su padre una carta, exhortándole ardentísimamente al martirio, con estas palabras, entre otras: *Cuidado, padre, con que por causa nuestra cambies de resolución.* Y sea dicho esto como un recuerdo de la índole pueril y una prueba del sincerísimo amor suyo a nuestra Religión.» Los mártires de Cartago, cuyas actas incluimos en esta obra, son de este mismo período (núms. 967-994). Lástima que ORÍGENES hubiese enseñado algunas doctrinas que, muerto ya él, hubieron de ser condenadas.

TEXTOS SECUNDARIOS
DE AUTORES NO CRISTIANOS

A. Creencias e Instituciones.

B. Panem et Circenses.

C. Apoteosis Imperiales.

A) CREENCIAS E INSTITUCIONES

I. Creencias religioso-filosóficas

LUCIO APULEYO

Filósofo platónico y uno de los mejores novelistas de Roma, a la vez también que uno de los fundadores de la novela moderna. Nació en Madaura (África) en 125 y murió hacia el 180. Su vida andariega y su espíritu filosófico e inquieto siempre, ansioso de impresiones nuevas místico-religiosas—APULEYO fué tipo genuino y representante de la época antoniana—, aparecen admirablemente en sus *XI Libros de las metamorfosis,* cuyo influjo, no del todo sano, fué muy grande, incluso en la Edad Media. Con ocasión de su matrimonio con Emilia Pudentilla, fué acusado por los parientes de ésta de hechizos y abuso de artes mágicas. La causa más ruidosa se tuvo ante el procónsul Claudio Máximo el 154. Con esta ocasión escribió el libro sobre magia o su propia *Apología.* En su novela de *Las metamorfosis* presenta una mujer, al parecer cristiana, sobre la que el autor vuelca todas las infamias que por entonces circulaban contra los cristianos... COCCHIA cree que el *Asno de oro,* en el fondo, no es sino la contrarréplica de los misterios paganos que APULEYO opone al avance del Cristianismo. Su obra *El dios de Sócrates* es un tratadito popular de daimonología, parte de cuyos fragmentos incluímos en esta Antología, y cuya refutación ocasionó a SAN AGUSTÍN en su *Ciudad de Dios,* libros que son unas de las más bellas y profundas páginas de angelología cristiana. SAN JERÓNIMO, por su gran influjo, lo conceptuó como libro peligroso para los cristianos. Aún en el siglo v, la fama de APULEYO, como taumaturgo, estaba muy extendida. MARCELINO había escrito a SAN AGUSTÍN (entre las cartas de San Agustín, la 136), que muchos le objetaban el que APOLONIO y APULEYO hacían milagros mayores que Cristo, y le urgía la contestación al Santo. «¿Y quién no ve que es digno de risa—contesta AGUSTÍN— el que a hombres como Apolonio, Apuleyo y otros grandes maestros de las artes mágicas, se atreven no sólo a comparar, sino aun a anteponer el mismo Cristo? Más acertados andarían si los cotejasen con sus dioses... Maravíllome no poco de que los entusiastas de Apuleyo, de quien cuentan obró tantos milagros con

sus artes, se empeñan en dar testimonio a lo que el mismo Apuleyo niega en su *Apología*». *Epíst.* 138, cap. 4. La traducción que usamos es la de *Bib. Clásica*, tomo 143, algo retocada.

El dios [1] de Sócrates

Tres clases de dioses

I, 1-10

317. Examinando Platón la naturaleza de todas las cosas y sobre todo la de los más elevados seres racionales, los dividió en tres clases de divinidades principales. Nos enseñó que había dioses

[1] Ya San Agustín indica en *La Ciudad de Dios* (lib. VIII, 14) que esta obra de Apuleyo hubiera tenido título más acomodado si en vez de *El dios de Sócrates* se hubiera llamado *El demonio de Sócrates*. La palabra «daimon», en Platón, significaba «sabedor de las cosas». Así también escribía San Agustín (lib. IX, 20): «Δαίμονες *enim dicuntur, quoniam vocabulum graecum est, ob scientiam nominati.*» Ya se hará cargo el lector de que con las citas sobre los dáimones de Celso y Apuleyo nos basta y sobra, dado nuestro fin, para dar una idea de la mentalidad pagana sobre deimonología en el siglo II. No es que creamos que con esos fragmentos hemos dado los elementos necesarios para el concepto «adecuado» sobre los dáimones en el mundo greco-romano, prescindiendo de la doctrina budista, etc. Es rica la bibliografía sobre los dáimones en las religiones helénico-romanas, divididas las obras en tres grandes sectores: 1), los dáimones en las religiones del mundo; 2), los dáimones en la literatura, y 3), los dáimones en las filosofías antiguas. Las enfermedades, el cielo, los astros, la vegetación, las almas, el porvenir, las profecías, el poder, los animales, todo se creyó antiguamente relacionado con los espíritus buenos o malos de los aires. Desde Homero y Hesíodo entraron en todos los campos de la literatura, sobre todo lírica griega; pero la producción filosófica no nos supo precisar el estudio o descripción total de su naturaleza, origen, cualidades, campo de acción, influencias y efectos sobre los elementos y los hombres. Tales, Pitágoras, Heráclito, Empédocles, Demócrito, Platón, Xenócrates, la Estoa, en todas sus ramificaciones; Posidonio, los neoplatónicos, la filosofía sincrética, los platónicos del tiempo del Imperio (Plutarco, Apuleyo, Máximo de Tiro) y los neoplatónicos como Plotino, Porfirio y Proclo abundaron en referencias y explicaciones de daimonología en el sentido greco-romano. Como Porfirio († 303) y Plotino († 270) son posteriores a nuestra época, para nuestro caso nos hemos contentado con los dos autores más representativos de la época, objeto de nuestro estudio: Celso y Apuleyo. San Agustín, junto con Orígenes y Clemente de Alejandría, fueron tal vez los Santos Padres que más estudiaron las referencias daimoníacas de los filósofos y escritores paganos, en oposición al verdadero concepto cristiano de los demonios, según el Antiguo y Nuevo Testamentos.

superiores, intermedios, inferiores, distinguiéndoles entre sí no sólo por sus moradas, sino también por la perfección de naturaleza, y fundó esta diferencia no en una ni en dos, sino en numerosas consideraciones.

Estableció primero, para mayor claridad, la distinción de las moradas y, cual su majestad lo exigía, asignó el cielo a los dioses inmortales.

Paulus Thomas, vol. II, pág 6.

Dioses invisibles

Ibid. II-III. 1-10

318. Hay también otra especie de dioses que la Naturaleza ha negado a nuestras miradas, pero que advertimos en las contemplaciones de la inteligencia, cuando con los ojos del alma los consideramos atentamente; entre ellos están los doce siguientes, cuyos nombres reunió Ennio en dos versos: *Juno, Vesta, Minerva, Ceres, Diana, Venus, Marte, Mercurio, Júpiter, Neptuno, Vulcano, Apolo,* y otros de igual naturaleza, cuyos nombres desde hace largo tiempo son familiares a nuestros oídos y cuyo poder comprende nuestro espíritu por los distintos beneficios que nos prodigan en la vida, según sus especiales atributos y cuidados.

319. Pero el vulgo profano, ignorante de la filosofía y de las cosas santas, privado de razón y de creencias y extraño a la verdad; el vulgo sumamente supersticioso e insolente y despreciador, no cuida de ellos y con un culto ridículo o con insolentes desdenes, unos son supersticiosos y otros despreciadores, aquéllos por demasiado temerosos y éstos por demasiado hinchados. En efecto, el mayor número reverencia a todos los dioses que habitan en la extremidad de las regiones del aire muy alejados de las debilidades humanas; pero los honores que les tributan son indignos; los más los temen, pero sin saber por qué. Pocos los niegan, y éstos por impiedad.

320. Los dioses, según Platón, son naturalezas incorpóreas, animadas, sin principio ni fin, eternas de antes y de después, sin contacto degenerador con nada corporal, destinadas por su mismo sér a la felicidad suprema. Buenos por sí mismos, no participan de

ningún bien exterior y alcanzan el objeto de su deseo por un movimiento fácil, sencillo, libre y absoluto [2].

Id., págs. 7-9.

Sitios de los dioses y de los hombres

Ibid. IV, 1-15

321. Tenéis, pues, dos clases de seres animados: los hombres y los dioses; mas éstos difieren de aquéllos en que viven en sublimidad de sitio, en perpetuidad de vida y en perfección de naturaleza. Nada de comercio tienen con nosotros, porque la inmensidad separa sus sublimes moradas de las nuestras bajas, ya que en ellos la vitalidad es eterna e inalterable y la nuestra frágil y fugaz, y porque ellos están elevados para la felicidad y nosotros sumergidos en miserias.

322. Pero ¿qué? ¿El Universo no está unido en sí mismo por ningún lazo, sino que, dividido en parte divina y en parte humana, se sentirá impotente por esta separación? Porque, como Platón ha dicho, ningún dios se mezcla con los hombres, y la señal más evidente de su alteza es que jamás se contamina con nuestro contacto.

Id., pág. 11.

Necesidad de dáimones

Ibid. V

323. Me objetará alguno: «Entonces, ¿qué hacer, de ser esta verdad tan inhumana como sublime, si los hombres, rechazados por

[2] Casi todas estas cualidades divinas atribúyelas también a sus dioses Cicerón en su célebre obra *Sobre la naturaleza de los dioses*. Según Cicerón, los verdaderos dioses—cuyo número y naturaleza explica en la primera parte de su obra—son óptimos, omnipotentes, eternos, inmortales, incapaces de dolor y de trabajo; pero capaces de deleite y sentimiento, omniscientes, infalibles y sin vicios, por más que admite que muchos de ellos son corpóreos, o, mejor dicho, cuasicorpóreos, administradores y fabricadores del mundo. En más de un punto son literales los conceptos de entrambos autores, aunque con mucha mayor colorización platónica aparece Apuleyo. La imposibilidad absoluta de este contacto de los dioses con la materia; imposibilidad que, según ellos, no admitía ninguna obra hipótesis aun dentro del poder divino, es lo que, según San Agustín, hizo que los platónicos de su época y anteriores se negasen en absoluto a admitir, ni como hecho ni como posible, la Encarnación del Verbo.

los inmortales, encerrados en el tártaro de esta vida y privados de toda comunicación con los dioses, no tienen ninguna divinidad que vele por ellos como pastor, sin ningún poder celestial que modere el furor de los males, cure las enfermedades, socorra a los indigentes? Decís que ningún dios se ocupa de las cosas humanas. ¿A quién, pues, debo dirigir mis ruegos? ¿A quién ofreceré mis votos? ¿A quién inmolaré víctimas? ¿A quién en mi vida podré invocar como protector de los desgraciados, defensor de los inocentes y enemigo de los perversos? ¿A quién, finalmente, apelaré como testigo y árbitro de mis juramentos?»

Id., pág. 12.

Opinión sobre los dáimones

Ibíd. VI-VII

324. Si la opinión de PLATÓN es cierta, que los dioses no tienen ninguna comunicación con los hombres, la piedra ha de oírnos con más facilidad que Júpiter No tanto, os responderá PLATÓN por mi boca; no, los dioses no están tan lejos ni viven tan separados de los hombres que no puedan oír nuestros votos. Son, en verdad, extraños al contacto, sí, pero no al cuidado de las cosas humanas. Además que existen divinidades intermedias que habitan entre las alturas del cielo y el elemento terrestre, en ese medio que ocupa el aire, divinidades que transmiten a los dioses nuestros deseos y los méritos de nuestras acciones. Los griegos las llaman dáimones.

Transportadores de ruegos y de beneficios entre los hombres y los dioses, estos dáimones llevan y traen de unos a otros, de una parte las demandas y de otra los socorros; intérpretes con unos, genios bienhechores con otros, como lo dice PLATON en su *Banquete* [3], presiden también en las revelaciones, en los portentos de los magos y en todos los presagios.

---

[3] Refiérese aquí APULEYO a un párrafo inmediatamente anterior a las paginas más bellas, tal vez, según MENÉNDEZ Y PELAYO, de cuantas existen en la literatura helénica: el diálogo entre Diótima, sacerdotisa de Zeus en Lycoen de Arcadia, y SÓCRATES en el *Banquete*, de PLATÓN. En ese examen se trata de si el «amor» es dios genio o pasión. Diótima lo cree un daimon (un genio)... «¿Qué es, pues, el Amor? ¿Mortal?» «Todo menos eso.» «¿Qué es, pues?» «Lo dicho anteriormente: algo intermedio; ni bien mortal ni bien del todo inmortal.» «¿Qué puede ser eso, oh, Diótima?» «Un gran daimon, oh, Sócrates; como que todo lo que es daimonial cae en medio de lo divino

325. Cada cual de ellos tiene sus cometidos especiales. Dan forma a los sueños, despedazan las entrañas de las víctimas, dan rumbo y ruta al vuelo y fijan el canto de los pájaros, inspiran a los adivinos, lanzan el rayo, hacen brillar los relámpagos y, en fin, hacen cuanto nos revela el porvenir, cosas todas que debemos creer mandadas por la voluntad, providencia y órdenes de los dioses, pero que quedan ejecutadas por el cuidado, la obediencia y el ministerio de los dáimones.

Id., págs. 13-14.

Sus respectivas moradas

Ibíd. VI

326. ... Las divinidades del cielo no descienden a estos detalles que corresponden a los poderes intermedios, cuya morada está en el espacio de aire contiguo a la tierra y a los cielos y que habitan en él como cada especie animada en el elemento que le es propio: en el aire lo que vuela y en la tierra lo que anda.

Id., VII, pág. 15.

Cuerpos de los dáimones

Ibíd. IX

327. Preciso es, pues, combinar una naturaleza intermedia, como el sitio en que se encuentran, para que la constitución de los habitantes esté en armonía con la región que ocupan.

---

y de lo humano.» «Y ¿cuál es su virtualidad especial?» «La de presentar, traer y llevar las ofrendas de los hombres a los dioses y los dones de los dioses a los hombres: de una parte, las preces y víctimas; de la otra, las prescripciones y las recompensas por los sacrificios. Se halla medianero entre ambos pora relacionar el cielo con la tierra. Por su mediación dura aún el don de los adivinos y la profesión sacerdotal, y eso tanto en lo referente a los sacrificios y expiaciones cuanto a los encantamientos y toda suerte de adivinaciones y magias. Dios no se entremete directamente con el hombre. Sólo mediante el daimon se realiza el intercambio y trato divino y humano, lo cual acaece lo mismo en estado de vigilia como de sueño. Feliz de aquel que tenga experiencia de estas comunicaciones. Es genial quien penetra esta ciencia: un vulgar artesano quien es hábil en otros quehaceres. Los dáimones son muchos y de clases diversas: uno de éstos es el amor.» «Y ¿cuáles fueron—le pregunté—su padre y su madre?» «Prolijo es el relatarlo, pero con todo te lo diré...»

328. Formemos y concibamos con el pensamiento, creemos una especie de animales hechos de suerte que no sean ni tan pesados como los de la tierra ni tan ligeros como los del éter. Que difieran de unos y otros en algunas propiedades o que las tengan de ambos, sea que se admita o que se rechace la participación de las dos naturalezas, advirtiendo de paso que la formación que admite la mezcla es más inteligible en este caso que la que la excluye.

329. Así, pues, los cuerpos de estos dáimones tendrán algún peso para que no sean elevados a las regiones superiores y algo de volatilidad para que no sean precipitados a la tierra.

330. Yo, para que no me acuséis de presentaros creaciones increíbles de ficciones poéticas, os daré un ejemplo de este equilibrio. Si pues las nubes que se forman enteramente de la tierra y que a ella caen en seguida se elevan a lo alto, ¿qué pensáis sucederá a los cuerpos de estos dáimones cuya combinación es mucho más sutil? No están formados como ellas, de esos vapores espesos, de esas nieblas impuras, sino de elemento más puro, de la serenidad misma del aire, y a causa de ello no aparecen fácilmente a los mortales, llegando sólo a ser visibles por la voluntad de los dioses, porque carecen de esa solidez terrestre que intercepta la luz, que detiene la mirada y que concentra necesariamente la vista. Los tejidos de su cuerpo son ralos, brillantes y separados, de suerte que su resplandor deslumbra nuestros ojos y engaña las miradas.

Id., págs. 17-18.

Estado de los dioses

Ibíd. XII-XIV

331. Los dioses supremos viven tranquilos, extraños a todas estas perturbaciones y a todas estas tempestades. Habitantes del cielo gozan de la eterna calma del espíritu. No sienten dolor ni voluptuosidad que les arrebate, ni cambios súbitos ni violencias extrañas, porque nada hay tan omnipotente como un dios, ni modificaciones espontáneas, porque nada hay que les iguale en perfección.

332. ¿Cómo creer que sea perfecto el que pasa de un primer estado a otro más irregular? Ninguno cambia si no se arrepiente de su primera posición, y el cambio es la condenación del estado precedente. Así, pues, un dios no puede sentir ningún afecto temporal, ni el amor ni el odio; es inaccesible a la cólera y a la piedad, a las

angustias del dolor y a los transportes del placer; para él no hay pasiones, ni tristeza, ni alegría, ni deseos súbitos y contradictorios.

333. Todos estos movimientos y muchos otros convienen a la naturaleza media de los dáimones, que por el lugar que habitan y por la índole de su espíritu son término medio entre dioses y hombres, teniendo la inmortalidad de aquéllos y las pasiones de éstos.

334. Se les puede definir así: «Los dáimones son seres animados, razonables y sensibles, cuyo cuerpo es aéreo y eterna la vida.» De estos cinco atributos les son comunes con los hombres los tres primeros, el cuarto es propio y el último lo comparten con los dioses inmortales, de quienes sólo difieren por la sensibilidad.

335. Llámoles sensibles no sin razón, puesto que su alma está sujeta a las mismas agitaciones que la nuestra, y por ello debemos prestar fe a las diversas ceremonias de las religiones y a las diferentes súplicas empleadas en los sacrificios.

336. Algunos de estos dáimones aman las ceremonias que se celebran de noche, otros las que se verifican de día; unos prefieren el culto público, otros el privado; unos exigen la alegría, otros que la tristeza presida a los sacrificios y solemnidades que se les consagran [4]. Por ello los dioses de Egipto son honrados casi siempre con sollozos; los de Grecia, con bailes; los de los bárbaros, con el ruido de címbalos, tambores y flautas.

337. Obsérvase la misma diferencia, según las costumbres de cada país, en la marcha de las ceremonias, en el silencio de los misterios [5], en las funciones de los sacerdotes, en los ritos de los sacri-

---

[4] Uno de los conflictos más frecuentes en *Actas* de martirio es el que se forma precisamente entre la protesta eterna de los mártires de que no quieren ninguna participación con estos dáimones, a quienes reverencian los paganos, y la convicción de éstos sobre la excelencia y poder de sus genios y espíritus divinos. Un filósofo pagano no admitía que los ángeles nuestros, ya caídos y condenados, son «los *demonios*»; en cambio, ningún cristiano podía ni concebir ni menos admitir las excelencias divinas que muchos filósofos paganos atribuían a sus «dáimones».

[5] Los «misterios», que esencialmente eran a base de retiro, aislamiento y absoluto secreto del público, tienen un origen antiquísimo. Ya aparecen vestigios de ellos en las tribus primitivas de razas y culturas de cazadores, nómadas y pequeños agricultores primitivos. En gran escala y con organización ya sistemática y con su liturgia propia aparecen los misterios en las religiones paganas griegas, orientales y egipcias. En ellos priva el simbolismo y el mito. Los elementos constituyentes de una asociación misteriosa eran, en general, seis: 1) Ritos de iniciación. 2) Dramática o cuadros al vivo de los actos del dios o diosa, cuyos misterios se celebraban. 3) Reuniones secretas. 4) Doctrina incomunicable a ningún extraño a la sociedad. 5) Confraternidades con grados escalonados de pretendientes novicios, perfectos y sacerdotes propios; y 6) En el fondo, muchas veces, un naturalismo crudo, disfrazado de misticismo histérico y voluptuoso. Difícil es presentar un cuadro más ardiente e indigno que el que nos pinta Juvenal en la *Sátira VI, Contra las mujeres,* en aquella escena en que

ficadores y hasta en las estatuas de los dioses, en los despojos que les son ofrecidos, en la consagración de los templos y en el lugar donde son edificados, en el color y sacrificios de las víctimas.

338. Todos estos usos son establecidos solemnemente, según los diversos países, y con frecuencia reconocemos en los sueños, en los presagios y en los oráculos que los dioses se indignan si por ignorancia o por orgullo se descuida algún detalle de su culto.

Id., págs. 19-20.

Almas dáimones

Ibíd. XV-XVII

339. En otro sentido llámase también daimon el alma humana que después de haber pagado su tributo a la vida se separa del cuerpo. En la antigua lengua de los latinos encuentro que se llamaba Lemure. Entre éstos hay divinidades pacíficas y bienhechoras de la familia encargadas del cuidado de la posteridad, y toman el nombre de «lares» domésticos. Otros, por el contrario, privados de una estancia feliz, expían los crímenes de su vida en una especie de destierro, y siendo espanto de los buenos y plaga de los malvados, yerran al azar. Se les designa generalmente con el nombre de «larvas».

340. Pero cuando no se está seguro de la suerte de uno u otro,

---

la buena diosa, al son de la trompeta, pone en movimiento a turbas de mistificantes, ebrias de música y de vino, desgreñadas y revuelto el vestido, invocando a Príapo en el enajenamiento de los sentidos y de todo pudor. «La diosa lo consiente, la diosa lo exige.» Los misterios principales eran los «eleusinos», cuyas ceremonias duraban días enteros; su culto es a la vida, que rompe en la vegetación y en el mundo animal; los misterios de «Dionisios», del Asia Menor, culto de una ferocidad sádica, es el culto de los bosques. En éstos, a la luz de teas, celébranse bailes agitados con puñales y serpientes; una vez saciados de carne cruda llegan al éxtasis y al frenesí, en el que creían que, unidos así con su dios, se ganaban la inmortalidad; los misterios de «Atis» y «Cibeles», con su cuádruple leyenda, son a cual más libres. Los misterios de «Mitra» fueron los que hicieron más competencia al Cristianismo, por su mayor espiritualismo y su idea de redención del hombre. Es el culto al «Sol invicto», y no pocos Emperadores lo apoyaron con todo su influjo. Llegó a ser la religión de moda de las legiones romanas. Da la Historia que precisamente el auge de muchos de estos misterios, cultos exóticos en Roma, coincidió con la última época a que nos referimos, aunque tal vez tuvieron su apogeo máximo algo después, en pleno siglo III y principios del IV. El vulgo y la malicia tendenciosa de algunos escritores procuró achacar a los misterios cristianos excesos y orgías que se celebraban, sobre todo, en los eleusinos y dionisíacos.

ni si un genio es «lar» o «larva», se le llama «dios mane». Este título de «dios» es sólo una señal de respeto, porque no se llaman verdaderamente dioses sino a aquellos cuya vida se acomodó a las leyes de la justicia y de la virtud y que, divinizados en seguida por los hombres, se les edificaron templos y recibieron homenajes, como Amphiarao, en Beocia; Mopso, en Africa; Osiris, en Egipto; otros, en otras naciones, y Esculapio, en todas partes.

341. Esta división de los dáimones sólo se refiere a los que vivieron en cuerpo humano. Pero hay otra especie de los mismos no menos numerosos, superiores en poder, de naturaleza más augusta y elevada, que jamás estuvieron sometidos a los lazos y a las cadenas del cuerpo que tienen un poder cierto y determinado. En este número están el «sueño» y el «amor», que ejercen opuesta influencia: el amor hacer velar..., y el sueño, dormir.

342. En este orden más elevado coloca PLATÓN a los árbitros y testigos de nuestras acciones, guardianes invisibles de todos, siempre presentes, instruídos de nuestros actos y pensamientos.

343. Cuando abandonamos la vida, este genio que ha sido dado a cada uno de nosotros, coge el hombre confiado a su guarda y lo lleva ante el tribunal supremo, donde se encarga de su defensa. Allí rebate sus mentiras, confirma sus palabras si dice la verdad, y por su testimonio se da la sentencia [6].

344. Así, pues, todos vosotros, los que escucháis esta divina sentencia de Platón, pronunciada por mi boca, arreglad a este prin-

---

[6] La idea de que los hombres tienen que dar cuenta de sus actos a Dios era una de las más extendidas entre los pueblos persas, egipcios, etc., proveniente o de la fuerza de la razón misma, o tal vez de la primitiva tradición oral. Los egipcios incluso poseían un cuestionario prolijo al que se les habia de someter por sus dioses en la hora de morir, todo lo cual encierra un significado profundo religioso. Celebérrimo es en este aspecto el *Libro de los muertos*. Hay una sala de doble justicia. Osiris preside el tribunal de los muertos que han de ser juzgados. Ante él vese una balanza. Mientras Osiris aparece sentado en su tribunal, están a sus dos lados, de pie, Anubis, Tot, Maat; cerca, un monstruo horrendo de cabeza de cocodrilo y cuerpo de hipopótamo, con garras y greñas de león, abre sus fauces en ademán de querer devorar al recién difunto. Son cuarenta y dos las divinidades que forman el tribunal, una por cada nomo egipcio. De ellos es salvar al juzgado o darle la muerte. El difunto, instruído a tiempo por el *Libro de los muertos*, sabe qué y cómo contestar en cada caso para así salir airoso del paso. La lista de los pecados, a cuyo examen detallado se somete el alma del difunto, es de bien diversa gravedad en los varios detalles. Quien ha de ser libre de la muerte acaba diciendo al tribunal: «Soy puro, soy puro, soy puro.» Todas estas tradiciones más o menos simbólicas de Persia, Siria, Egipto, etc., que no es difícil conocieran en parte PLATÓN y APULEYO y que parecen tener repercusión suavizada al estilo griego en sus daimonologías, dan a entender en una u otra forma la convicción profunda de aquellos pueblos de la responsabilidad de todos sus actos morales ante la divina justicia, lo que evidentemente supone un dios legislador y remunerador.

cipio vuestras pasiones, vuestros actos y vuestros pensamientos, y no olvidéis que para estos guardianes no hay secreto alguno ni dentro ni fuera de nuestro corazón; que vuestro genio asiste a toda vuestra vida, que todo lo ve, que lo comprende todo, y como la conciencia, penetra en los más ocultos repliegues del corazón [7].

345. Este genio es un centinela, un guía personal, un censor íntimo, un curador especial, un observador asiduo, un testigo inseparable, un juez familiar que desaprueba el mal, que aplaude el bien y que debe ser estudiado, conocido y honrado con un cuidado religioso, a quien debemos, como Sócrates, el homenaje de nuestra justicia y de nuestra inocencia. Porque en la incertidumbre de los acontecimientos prevé por nosotros, en la duda nos aconseja, en el peligro nos protege, en la miseria nos socorre.

En su poder está, unas veces por sueños, otras por signos y a veces por su presencia visible, cuando es necesario alejar el infortunio, atraer el éxito, engrandecer o conservar nuestra fortuna, disipar las nubes de la vida, guiarnos en los días felices o corregir la adversidad...

Id., págs. 22-26.

El daimon de Sócrates [7]

Ibíd. XVII

346. Y ahora bien: ¿quién extrañará que SÓCRATES, hombre eminente, perfecto, sabio por testimonio del mismo Apolo, conozca

[7] Otra de las ideas de más relieve en este opúsculo del *Dios de Sócrates* es la de que nuestros actos todos no pueden escaparse de la mirada omnipenetrante de quienes en nombre de Dios y por su oficio de custodios de nuestras conciencias no dejan de percibir desde ahora y anotar para el día de la cuenta definitiva nuestra conducta externa e incluso toda la vida interior de lo más íntimo de nuestro sér.

[8] PLATÓN, en varios de sus diálogos («Fedón», «Alcibíades», «Banquete», etc.), habla del daimon (genio) de Sócrates: «¿De quién era aquella voz misteriosa que decía Sócrates percibir desde niño en su interior; voz de un consejero íntimo?» APULEYO es el primer autor que intentó un ensayo de explicación dentro de su daimonología. Los escritores posteriores se han dividido y subdividido en explicaciones más o menos adjetivas o ingeniosas. ¿Es un genio, en efecto, una expresión alegórica, el optimismo que nace en un alma equilibrada, que se siente con fuerza para en todo trance obrar lo que le dicta la conciencia y el deber? ¿Es la inspiración repentina del artista o el golpe de intuición de los genios? ¿Es el impulso de la subconciencia, que por su moderación y alegria interior produce el efecto de una inspiración sobrehumana? Hipótesis todas ellas que apenas nos dan más luz que la oscuridad de neblina iluminada que dejaron las páginas de PLATÓN.

y honre su dios, su guardián, su lar familiar (así puedo llamarlo), que aparta de él cuanto era preciso apartar, que le protege contra todos los peligros, que le da todos los consejos necesarios? Y cuando su saber desfallecía y sus consejos eran impotentes, siendo precisos los presagios, él era quien disipaba la duda en el corazón de SÓCRATES por medio de una revelación divina. Hay, en efecto, en la vida muchas circunstancias en que los mismos sabios tienen que recurrir a los oráculos y a los adivinos.

Id., págs. 26-27.

II. Creencias religiosas-populares

AULO GELIO

Este autor erudito—tipo articulista—, nacido en Africa (?), estudió en Atenas y fué en Roma juez de causas privadas. Sus *Noches áticas*, dedicadas a su hijo (hacia el 169) denotan el gusto y valor artístico y literario de la época de los Antoninos. Crítico poco profundo, aportó a la posteridad datos de gran interés, entre ellos no pocos pertenecientes al derecho augural y pontificio, por lo cual le citamos tanto en esta obra.

Extremos de la escrupulosidad religiosa de los romanos

Noches Aticas. Lib. II, 28

347. Ni los filósofos mismos que han estudiado los secretos de la Naturaleza han hecho aún luz sobre las causas verdaderas del fenómeno del terremoto. No se sabe si han de explicarse por la acción de los vientos que se precipitan con violencia en las cavidades interiores del globo, o bien debe considerarse como estremecimientos causados por la acción del choque y trepidación de las aguas que la tierra contiene en sus abismos, como parece que lo creyeron los antiguos griegos, pues llamaban a Neptuno dios «agitador de la tierra», o si es efecto de otras causas ocultas o dioses desconocidos que lo provocan...

348. Por esta razón, los antiguos romanos, tan escrupulosos en la observación de sus deberes y circunstancias de la vida de los que concierne a la religión, tan cuidadosos en dar a cada dios su debida honra, siempre que habían sido testigos o que habían oído hablar de un terremoto, no dejaban de ordenar por decreto en estos casos, ceremonias y preces públicas; pero, contra la costumbre, omitían nombrar al dios en cuyo honor había de celebrarse la festividad, no fuera que tomando falsamente una divinidad por otra impusiesen al pueblo un culto impropio fundados en un error... No menos han torturado el espíritu de indagación de los sabios los eclipses de sol y luna. M. CATÓN, cuya pasión por la ciencia es bien conocida, habla de los eclipses sin seguridad y hasta con negligencia.

349. En el libro cuarto de los *Orígenes* dice: «No hay por qué detenerme aquí en todo lo que se encuentra en los Anales del Pontífice Máximo [1]; por ejemplo, cuando han encarecido los víveres o bien cuantas veces la interferencia de una nube oscura u otra causa cualquiera ha producido un eclipse de sol o de luna.» Tan de poca monta hacía el averiguar y explicar las causas de los eclipses [2].

C. HOSIUS, vol. I, págs. 138-139.

---

[1] El Pontífice Máximo tenía a su cargo el escribir unos breves Anales, consulado por consulado, de los hechos de más relieve de cada año. Llamábanse *Anales de los Pontífices*, que al principio se consignaban en tablas de madera pintadas de blanco; su presencia, ciertamente, aparece ya desde el 623 (a. de Cristo). Juntamente con los *libri lintei, libri magistratuum, tabulae censorum* y los *senados consultos*, coleccionados y archivados, constituían magníficas fuentes para la historia antigua de Roma.

[2] Para confirmarse en esta escrupulosidad romana religiosa, recuérdese lo que dice MACROBIO en el lib. III, cap. IX, de sus libros *Convites Saturnales* sobre las oraciones concretas o invocaciones con que los romanos, ya de muy antiguo, solían dirigirse suplicantes incluso a los dioses o diosas de las ciudades que iban a asaltar o a las regiones que estaban ya para conquistar. Era persuasión muy extendida por entonces la de que a toda ciudad o patria correspondían sus dioses o genios tutelares que convenía tenerlos propicios en el momento de asalto o de la conquista; y así había para estos casos preces que las debían hacer unas los sacerdotes y otras eran únicamente recitables por los dictadores o generales con sus ceremoniales respectivos. Sábese que se guardaron esos ritos no sólo en las conquistas por Roma dentro de Italia, sino también cuando fueron los romanos sujetando a su dominio las Galias, España, Cartago, el Africa y Corinto.

Libros Sibilinos; su origen legendario

Ibid. Lib. I, 19

350. En los anales antiguos se dice lo siguiente en cuanto a los Libros Sibilinos: «Una anciana extranjera y desconocida se presentó a Tarquino el Soberbio [3] llevando nueve libros que decía ser *Compendio de los Oráculos divinos,* y ofrecíase a vendérselos. Preguntó el precio Tarquino, y la anciana pidió una cantidad enorme. Creyó el rey que la edad le hacía desvariar y se burló de ella. Entonces llevó la anciana delante del rey un brasero encendido y arrojó en él tres de aquellos libros, y cuando quedaron reducidos a ceniza preguntó al rey si quería comprar los seis restantes en la misma cantidad. Tarquino rió más todavía, diciendo que aquella vieja desvariaba sin duda alguna. Entonces arrojó ella al fuego otros tres libros, y en seguida preguntó al rey con la misma tranquilidad si quería por el mismo precio los tres que quedaban. Quedó grave Tarquino y comenzó a reflexionar, comprendiendo que no debía desdeñarse aquella proporción, hecha con tanta firmeza y con obstinación tan repetida. Compró, pues, los libros que quedaban por el precio que la anciana pidió al principio por todos. Entonces desapareció aquella mujer y no se la volvió a ver. Los tres libros encerrados en el santuario de un templo recibieron el nombre de Libros Sibilinos, consultándolos los quindecínviros como oráculos cuando quieren interrogar oficialmente a los dioses inmortales.

---

[3] Fué el último de los reyes. A él se atribuye la construcción de un gran templo de Júpiter en el Capitolio, hecho con los despojos de los volscos derrotados, y que él quiso fuese el gran monumento de su reinado. Dícese que al abrir los cimientos del templo encontróse una cabeza humana perfectamente conservada. Los adivinos de Roma y de los alrededores, consultados del extraño caso, interpretaron que allí estaría la cabeza del Imperio... Pisón supone que en la construcción del templo se emplearon 40.000 libras de peso de plata, muy superior al valor de los despojos del pueblo volsco.

TITO LIVIO

Los Libros Sibilinos y la Cibeles de Roma

Dados los pocos datos que se conocen sobre TITO LIVIO, llámasele «historiador sin historia». SUETONIO, íntimo de Augusto, conservó y mostró una gran independencia de criterio histórico, sin jamás caer en la adulación. Su gran obra, *Décadas de la Historia de Roma,* constó de unos 142 libros, de los que sólo se nos conservan 35. Nos ha parecido bien aducir aquí este fragmento por que nos explica con profusión de detalles uno de los momentos más célebres en la historia religiosa de Roma, y por hallarse esta tradición muy unida con uno de los aspectos más importantes de la entrada de las religiones orientales en Roma en tiempo de la República.

Traslado de la diosa Idea de Pesinunte a Roma

Hist. Rom. Décadas. XXIX, 10-14

351. Atormentaban entonces a Roma temores supersticiosos. Al consultar los Libros Sibilinos, con ocasión de las lluvias de piedra, que habían sido muy frecuentes aquel año, habíase leído este oráculo: «Cuando un enemigo extranjero [4] haya traído la guerra al suelo de Italia, no se podrá arrojarle de esta comarca ni vencerle si no es trasladando de Pesinunte [5] a Roma la diosa Idea madre.» Esta predicción que encontraron los decénviros [6] impresionó tanto más al Senado cuanto que los legados enviados a Delfos para presentar la ofrenda dijeron que Apolo Pithio había aceptado su sacrificio y que el oráculo había contestado «que una victoria mucho más importante que aquella de que procedía el botín ofrecido al dios estaba reservada al pueblo romano». Añadíanse, en apoyo de

[4] Adviértese que por entonces seguia la guerra con Aníbal.

[5] Pesinunte era una ciudad del Asia Menor, en la Galacia cerca del río Sangario, al oeste de Juliópolis y de Gordium. La diosa Idea es la misma Cibeles. En muchos puntos, especialmente en Roma, parte de los misterios eleusinos.

[6] Se ve, pues, que en las consultas de los Libros Sibilinos actuaban, además de los duúnviros y quindecínviros, los decénviros.

esta esperanza, los presentimientos de P. Scipión [7], que anunciaba el fin de la guerra pidiendo el Africa por provincia. Con objeto de apresurar el momento de conseguir aquella victoria que prometían los destinos, los presagios y los oráculos, se atendió a los medios de trasladar la diosa a Roma.

352. No tenían aún los romanos aliados en las ciudades libres del Asia; pero recordaron que, con ocasión de una epidemia que había asolado Roma, pidieron en otro tiempo a Esculapio [8] de Grecia, sin tener alianza con este país, y que ya el rey Atalo, que se encontraba como ellos en guerra con Filipo, había aceptado la amistad del pueblo romano. Creyeron que este príncipe haría cuanto pudiese por la República, y se decidieron a enviarle en legación a M. Valerio Levino, que había sido cónsul dos veces y hecho la guerra de Grecia; M. Cecilio Metelo, antiguo pretor; Ser. Sulpicio Galba, antiguo edil, y dos cuestores, que habían sido C. Tremelio Flacco y M. Valerio Faltón. Diéronles cinco quinquerremes [9] para que se presentasen de una manera digna de la República en aquellas comarcas, en las que querían infundir alta idea de la majestad del nombre romano.

353. Al dirigirse al Asia los legados desembarcaron en Delfos y consultaron al oráculo para saber si podían, tanto ellos como el pueblo romano, esperar feliz resultado de la misión de que estaban encargados. Dícese que les contestó «que el rey Atalo les haría conseguir lo que iban a buscar, que después de haber trasladado la diosa a Roma debían atender a que le diese hospitalidad el romano más virtuoso». Los legados llegaron a Pérgamo y se presentaron al rey, que les recibió con benevolencia; les llevó a Pesinunte, en Frigia; les entregó una piedra sagrada, que los habitantes decían ser la madre de los dioses, y les mandó trasladarla a Roma. Sus compañeros enviaron delante a M. Valerio Faltón para que anunciase la llegada de la diosa y recomendar que se buscase el ciudadano más virtuoso para que la recibiese en la ciudad con los convenientes honores.

354. Este año, siendo cónsules M. Aurelio y P. Sempronio, era el décimoquinto de la guerra púnica; y los cónsules tuvieron por provincias: Cornelio, la Etruria, con el antiguo ejército; Sempronio, el Brucio, para el que debía levantar nuevas legiones. Entre los

---

[7] A este Escipión le tenía el pueblo como algo sobrehumano y que estaba en comunicación con los dioses del Capitolio, a donde acudía muchas veces a orar antes de clarear el día.

[8] Desde esta época aparecieron los templos curanderos de Esculapio en Roma.

[9] Estas naves tenían cinco órdenes o hileras de remos sobrepuestas.

pretores, M. Marcio recibió la jurisdicción urbana; L. Scribonio Libón, la de los extranjeros y la Galia; M. Pomponio Mathón, la Sicilia; T. Claudio Nerón, la Cerdeña. A P. Scipión le dejaron al frente del ejército y de la flota que mandaba, prorrogándole los poderes por un año. P. Licinio debía quedar también en los Brucios con dos legiones, mientras el cónsul considerase conveniente dejarle con su mando en la provincia. M. Livio y Sp. Lucrecio quedaron también al frente cada uno de dos legiones, con las que habían defendido la Galia contra Magón, y les prorrogaron los poderes por un año. Cn. Octavio debía entregar la Cerdeña y su legión a T. Claudio y velar en seguida con cuarenta naves largas por la defensa de las costas en los límites que le señalase el Senado. M. Pomponio, pretor en Sicilia, recibió las dos legiones del ejército de Cannas. T. Quincio debía mandar en Taranto; C. Hostilio Túbulo, en Capua, los dos en calidad de propretores, como el año anterior, y uno y otro tener a sus órdenes las antiguas guarniciones. Necesitábase designar para España los dos procónsules a quienes se destinase esta provincia, y se encomendó su designación al pueblo. Decidieron todas las tribus que los procónsules L. Cornelio Léntulo y L. Manlio Acidino, que habían mandado aquella provincia el año anterior, continuasen mandándola. Los cónsules comenzaron en seguida la leva con objeto de poder enviar a los Brucios las nuevas legiones y completar los otros ejércitos conforme había ordenado el Senado.

355. No se había declarado aún que el Africa se incluyera en el número de las provincias, guardando sin duda el secreto el Senado por no alarmar a los cartagineses; sin embargo, esperábase en Roma que este año sería el Africa teatro de las últimas hostilidades y que iba a terminarse la guerra púnica. Este presentimiento había infundido en los ánimos ideas supersticiosas, encontrándose más dispuestos a contar y admitir prodigios, por lo que se publicaban mayor número que de ordinario [10]. «Habíanse visto dos soles; la noche había brillado con repentinos resplandores; en Secia se había visto repetidas veces un rastro de fuego, que se extendía de Oriente a Occidente; había caído el rayo en una puerta de Terracina, en otra de Anagni y en las murallas de otros muchos puntos; en el templo de Juno Sóspita, en Lanuvio, habíanse oído terribles ruidos y fragores.» Para expiar estos prodigios se celebraron rogativas durante un día, y también se celebró un sacrificio por nueve días con ocasión de una lluvia de piedras.

---

[10] Es notable la propensión de los romanos antiguos a la credulidad en todo género de prodigios y portentos. Entre las obras de TITO LIVIO corre una que trata exclusivamente de este argumento curioso, consulado por consulado.

356. Túvose consejo de la recepción de la madre Idea, cuya próxima llegada a Italia anunció M. Valerio, adelantándose a los demás comisionados, y un reciente mensaje decía que se encontraba ya en Terracina. No era asunto de poca importancia para el Senado decidir quién debía ser el ciudadano más virtuoso, siendo esta decisión verdadero triunfo que todos preferían a los mandos militares y a los honores que podían concederles los votos del Senado y del pueblo. Consideróse al fin como el mejor entre todos los ciudadanos virtuosos a P. Scipión, hijo de aquel Cneo que fué muerto en España y que apenas tenía la edad necesaria para ser cuestor.. Si los historiadores contemporáneos hubiesen dado a conocer las virtudes que le merecieron aquel voto tan honroso, con gusto las transmitiría yo a la posteridad; pero reducido a conjeturas acerca de un hecho que se pierde en la oscuridad de los tiempos, no hay por qué emita mi opinión personal.

357. P. Cornelio recibió orden de marchar a Ostia con todas las matronas romanas a recibir a la diosa, tomarla de la nave, bajarla a tierra y entregarla en seguida a las damas romanas. Cuando llegó la nave a la desembocadura del Tíber, Scipión, según lo mandado, subió a bordo, tomó a la diosa de manos de los sacerdotes y la bajó a tierra. Allí la recibieron las matronas principales de la ciudad, entre las que solamente se cita a Claudia Quinta [11], cuya fama había sido bastante dudosa hasta entonces, según se dice, pero que aquel sagrado ministerio hizo célebre su castidad en lo sucesivo.

358. Las señoras llevaron a la diosa en sus brazos, relevándose en el camino. Todos los habitantes habían acudido a recibirla, y por el camino que había de seguir habían colocado delante de las puertas de las casas pebeteros en que humeaba incienso, rogando todos a la diosa que se dignase entrar en la ciudad para protegerla.

Depositaron la estatua en el templo de la Victoria, en el monte Palatino, la víspera de los idus de abril, que desde entonces se hizo día festivo. El pueblo acudió en tropel al Palatino para presentar ofrendas a la diosa; celebróse un lectisternio y también los (ludi) juegos [12] llamados Megalesios.

WEISSENBORU-M. MUELLER, II, págs. 498-503.

---

[11] Sabido es que las damas romanas, muchas llevaban sólo el nombre de familia y, a veces, un sobrenombre tomado del orden de su nacimiento: Secunda Tertia, Quarta, etc. No faltan autores que a esta Claudia Quinta la hacen vestal falsamente calumniada y milagrosamente defendida por el cielo.

[12] Los «ludi» = juegos. Aunque esta palabra en el bajo Imperio se aplicó más a las luchas del anfiteatro, en general comprendía todas las clases de juego (circo, teatro,

FLAVIO VOPISCO

Los Libros Sibilinos en la época imperial hasta Adriano

Aunque este documento es posterior a la época de nuestro estudio, por ser del tiempo de plena descomposición imperial, con todo, por su significado religioso y su referencia clara del uso de los Libros Sibilinos en Roma, aun en épocas anteriores, creemos útil incluirlo en este lugar.

El divino Aureliano

Hist. Augusta. V III

360. Por el mismo tiempo Aureliano sostuvo vigorosísima guerra contra los suevos y sármatas, consiguiendo sobre ellos brillantísima victoria. Sin embargo, bajo su mando y por un yerro se experimentó un descalabro, infligido por los marcomanos, porque habiendo descuidado marchar de frente al enemigo, que había avanzado de improviso, y cuando se preparaba para cogerle por la espalda, todas las cercanías de Milán fueron presa de horrible devastación. Aunque bien pronto los marcomanos sufrieron la derrota, el terror causado por los estragos de los marcomanos dió lugar en Roma a violentas sediciones, temiendo todo el mundo que se reprodujeran las desgracias ocurridas bajo Galieno [13]. Hubo, pues, de consultarse a los Libros Sibilinos de notoria eficacia para circunstancias de esta clase de calamidades públicas, y se descubrió que había que hacer sacrificios en parajes determinados para impedir que los fran-

xisto, carreras, anfiteatros, etc.). Roma celebraba «ludos»; unos ya señalados para épocas, años, meses y días fijos, como los seculares, los de Julio César, los de la Victoria y los aniversarios del nacimiento de los Emperadores y de hechos célebres en la historia Romana; otros, eran móviles y a discreción. Los juegos de Cibeles, de que habla aquí Tito Livio, lo propio que los de la diosa Flora desde Augusto, los presidía el pretor de la ciudad.

[13] Los males, desastres y bárbaras incursiones por el Imperio fueron tan horrendos en la época de Galieno, que los cristianos de entonces creían estar ya encima el fin del mundo. Véase San Agustín: *Carta 199,* cap. 10.

quearan por allí los bárbaros. Cumplióse a la letra, siguiendo ritos diferentes, todo lo prescrito por aquellos libros, con lo que se contuvieron los progresos de los bárbaros, pues encontrándolos dispersos Aureliano, los exterminó. Reproduciré el senatus-consultum por el cual la ilustre asamblea del Senado mandó consultar los Libros Sibilinos.

361. En el tercer día de los idus de enero, Fulvio Sabino, pretor de la ciudad, se expresó así: «Ponemos en vuestro conocimiento, padres conscriptos, la propuesta de los pontífices y la carta del Emperador Aureliano que manda consultar los libros del Destino, donde se encierra la esperanza de terminar la guerra con la sagrada protección de los dioses. Sabéis que se han abierto esos libros cuantas veces han amenazado graves peligros al Estado, y las desgracias públicas no han cesado hasta después de realizar los sacrificios tan eficaces contenidos en ellos.»

362. Entonces Ulpio Silano, invitado a emitir el primer parecer, se levantó y dijo: «Demasiado tarde se nos consulta, padres conscriptos, sobre la salud de la República; demasiado tarde dirigimos nuestros ojos a las prescripciones del destino: al igual de los enfermos que sólo en situación desesperada acuden a los médicos más afamados, dejando llegar los casos a trance en que sólo los mejores les pueden sacar de la extrema dificultad, como si no fuese más práctico tratar de prevenir a tiempo toda enfermedad. Recordaréis, padres conscriptos, que frecuentemente repetía yo en esta asamblea, apenas se supo la irrupción de los marcomanos, que se debía ver lo que ordenan los Libros Sibilinos y usar a tiempo de los favores de Apolo [14], cumpliendo con exactitud las disposiciones de los dioses inmortales. Hubo entonces quienes se opusieron y hasta rechazaron mal intencionados el consejo, llevándoles la adulación a decir que donde intervenía el valor de príncipe tan grande bien podía prescindirse del auxilio de los dioses, como si el mismo príncipe no fuese de espíritu religioso y no confiase en la protección de los dioses. Fuera, pues, ya demoras. Apresurémonos. Ahí está su carta por la que invoca el socorro de los inmortales, acción que a nadie debe avergonzar y que no es indigno de pechos los más valientes.

363. »Id, pues, santos pontífices, id vosotros, que estáis puros, que sois intachables y sagrados; id con los ornamentos sagrados y disposiciones del caso; subid al templo, preparad los asientos ador-

[14] Desde Augusto se guardaban los Libros Sibilinos en dos ricos cofres debajo de la estatua de Apolo, cuyo magnífico templo de suntuosas columnatas hizo erigir en el Palatino el fundador del Imperio.

nados de laurel; abrid con vuestras enguantadas manos los Sagrados Libros; hojeadlos hasta dar en ellos con los eternos destinos de la República, y enseñad á los niños, hijos de matrimonio solemne, el himno que deben cantar. De nuestra incumbencia será correr con los gastos para la ceremonia; dispondremos de cuanto sea necesario para los sacrificios y fijaremos el día para llevar alrededor de los campos los animales de los sacrificios [15].»

364. Pidióse después el parecer de los demás senadores, quienes expresaron su sentir, que sería largo transcribir aquí. Convinieron todos al fin con la opinión de Silano, unos levantando las manos, otros pasándose a su lado y apoyándole de palabra la mayoría; se redactó el *senatus-consultum* transcrito. En seguida marcharon al templo, abriéronse los Libros Sagrados, leyéronse los versos del Destino, se purificó la ciudad, se cantaron los himnos del caso, celebróse la procesión ritual alrededor de Roma, se prometió a los dioses otra por los campos, y de esta manera se verificó la solemnidad prescrita.

365. Se conserva aún la carta de Aureliano. Hela aquí, pues la transcribo para dar fe de lo dicho: «Me admiro, padres conscriptos, que por tanto tiempo hayáis vacilado en consultar los Libros Sibilinos. Dáis la impresión de que estáis en una iglesia de cristianos más bien que de que tratáis asuntos del Estado en el templo de todos los dioses. Poned, pues, manos a la obra y haced que la castidad de los pontífices y las solemnidades litúrgicas de la religión secunden a un príncipe que lucha penosamente con las necesidades públicas. Consúltense, pues, los libros y celébrense los ritos que fuese preciso hacer. No omito ni los gastos necesarios, ni los cautivos de cualquier nación que sean, ni las víctimas imperiales, sino que, por el contrario, me anticipo a ofrecerlos, porque nunca es vergonzoso vencer con el auxilio de los dioses. Bajo sus auspicios comenzaron y terminaron muchas guerras nuestros antepasados. Por lo que atañe a los gastos, he escrito al prefecto del tesoro para que atienda a ellos; además, el erario de la República está a vuestra disposición, que me parece se halla más repleto de aquello a que se podía aspirar.»

Hohl, IV, II, págs. 162-164.

---

[15] En estos casos solían ser las tres clases de animales domésticos de la suovetaurilia engalanados con ínfulas sagradas, que tanto aparecen en los relieves del Foro Romano.

III. Los sacerdotes principales

AULO GELIO

Escrupulosidad ritualista del flamin de Júpiter [1]

Noches Aticas. X, 15

366. El flamin dial (o sea sacerdote de Júpiter) estaba obligado a muchas ceremonias y ritos que encontramos en los libros que tratan sobre los sacerdotes públicos y en el libro primero de Fabio Píctor. He aquí, sobre poco más o menos, lo que recuerdo: «El sacerdote de Júpiter no puede, según su profesión, montar a caballo; no puede ver *classem procinctam,* es decir, el ejército sobre las armas fuera del pomerio, lo que hacía muy raro que fuesen

[1] Como en esta Antología sale tantas veces la palabra «flamin». bien estará que indiquemos siquiera somerísimamente algunas propiedades de esta clase de sacerdotes típicos del estado romano. El flamin es siempre una especificación bien concreta dentro de la clase sacerdotal: es el sacerdote dedicado al culto de un solo dios y ése uno de los dioses patrios. Los advenedizos de otras naciones, como Juno, Minerva, Mercurio, etc., de suyo no tenían flámines, sino sólo sacerdotes. No se sabe si la palabra viene de *filum,* del hilo de lana de sus cofias, o de *flare,* soplar sobre el fuego del altar. A la palabra flamin siempre se le añadía el nombre del dios a cuyo exclusivo culto estaba consagrado. Los flámines, los días en activo o ejercicio pertenecían a su dios; el dial o el de Júpiter, siempre. El flamin, como cosa sagrada, no podía trabajar en cierta clase de obras; no podía al principio intervenir en luchas políticas ni ser magistrado. Con el tiempo varió esto, pues con algunas condiciones difíciles podía llegar al Consulado. Se le exigía un ritualismo exactísimo, pues la eficacia de su ministerio se creía depender ante todo de la escrupulosidad en guardar el ceremonial de su culto propio. Su mujer e hijos eran sacrosantos. No pueden ausentarse, sin permiso del P. M., del lugar donde reside su dios respectivo. Consecuentemente a su carácter, la vida de pureza legal debe ser inseparable de su oficio y persona. El bronce será el metal favorito de sus sacrificios, navaja de afeitar, etc. No puede tocar lo que está contaminado. Pertenece a su dios más que las estatuas que le representan en los templos. Debe ser independiente del mundo,

cónsules los flámines cuando era de incumbencia consular dirigir las tropas. Nunca le está permitido jurar. El anillo que lleva debe ser abierto y hueco. No puede sacarse de su casa el fuego sagrado sino para actos sacrificales. Si entra en su casa un hombre atado, necesariamente debe desatársele, y las ligaduras deberán ser subidas por la canal al tejado para, desde allí, ser arrojadas a la calle. No ha de llevar ningún nudo encima, ni en la cabeza, ni en la cintura, ni en parte alguna. Si un hombre a quien se va a azotar con las varas se arroja a sus pies suplicante, sin cometer crimen, no se le puede azotar en aquel día. Solamente hombres libres pueden cortar los cabellos al flamin. No puede tocar, ni siquiera nombrar la cabra, la carne cruda, la hiedra ni las habas. No puede cortar los vástagos de parra que se elevan demasiado. Deben cubrirse con ligerísima capa de arcilla los pies de su lecho; no debe dejar de ocuparlo tres noches consecutivas, ni ningún otro puede acostarse en este lecho. Conviene que cerca de la cabecera del lecho se coloque una cajita que contenga tortas de miel, vino y harina para las oblaciones. Las recortaduras de sus uñas y de sus cabellos se entierran al pie de un árbol feliz. Todos los días son festivos para él. Jamás ha de estar sin el camauro al aire libre [2]; puede estarlo en su casa, cosa que antiguamente no estaba establecido así por los pontífices. También escribió Masurio Sabino que se ha-

prisionero de su dios; ni pertenece a la sociedad humana, sino a la de los dioses. Para el ni en él no se conciben, pues, ligaduras ni fisicas ni sociales. Las mismas obligaciones de sociedad no le obligan. Los flámines, cuando divinizaron a Julio César dándole por flamin suyo a Marco Antonio, en total eran quince: tres mayores y doce menores, cada uno de su dios. Los tres mayores, el de Júpiter (dial), el de Marte y el de Quirino. Tenían distintivos muy marcados en la hechura y colorido del vestido: el manto (loena) era el de ceremonia de los antiguos romanos. Los cascos o gorros *galerus* con que se tocaban (el dial nunca se quitaba el blanco suyo) remataban en una varilla que sobresalía sobre los mismos gorros sacerdotales. Desde Julio César se empezó a dar su respectivo flamin a los Emperadores divinizados, y sólo Cómodo fué quien lo tenía ya nombrado para sí aun en vida. El flamin dial era el principal de todos; pero el «Pontifex Maximus» ejercía jurisdicción sobre todos los sacerdotes y flámines y las vestales. Las consultas a Júpiter las hacían por medio de los augures. Augusto devolvió al flamin dial sus antiguos honores y reputación social dentro del carácter religioso del Imperio.

[2] Aulo Gelio pone en latín *sine apice*.. Como se ve claramente por los flámines del «Ara Pacis», solían cubrirse la cabeza con un *galerus*, especie de camauro, hecho de la piel de las reses sacrificadas. El que llevaba el flamin dial llamábase por su blancura «albogalero». Todos tenían en este gorro, en su parte superior, tres elementos: *apex*, *filum* y *apiculum*. El *apex* era el ramito muchas veces de olivo sujetado sobre el camauro; el *filum* y el *apiculum* eran el hilo de lana y la cubierta con que se envolvía y sujetaba el *apex* sobre el gorro.

bían relajado las costumbres en otros puntos y que se había dispensado a los flámines de otras varias ceremonias.

367. No puede tocar la harina fermentada; no se quita la túnica interior más que en sitios cubiertos, para no aparecer desnudo ante el cielo, a los ojos de Júpiter. En los banquetes, solamente el rey de los sacrificios se coloca delante de él. Si pierde a su esposa, deja sus funciones: su matrimonio no puede disolverse más que por la muerte. No entra en los parajes donde hay cremación de cadáveres, ni jamás toca a un muerto. Sin embargo, no le impide la religión asistir a los entierros. Los ritos impuestos a las sacerdotisas de Júpiter son casi los mismos. Tienen trajes de colos anaranjado; llevan en el velo una ramilla de árbol feliz; ni debe subir más que tres escalones, excepto de las escaleras llamadas griegas, y también cuando van a Argeos[3] no deben peinarse ni adornarse la cabellera.»

368. Citaré un fragmento que saqué de un edicto perpetuo del pretor relativo al flamin de Júpiter y a las sacerdotisas de Vesta: «Jamás exigiré en toda mi jurisdicción juramento a una sacerdotisa de Vesta ni a un flamin de Júpiter.» He aquí lo que dice M. Varrón acerca del flamin de Júpiter en su libro II *De las cosas divinas:* «El sólo lleva gorro blanco, o porque él es el mayor de los flámines o porque las víctimas que se inmolan a Júpiter son blancas.»

C. Hosius., vol. I, págs. 354-357

---

[3] Lugares célebres en Roma, donde estaban los sepulcros de los argivos que fueron allá con Hércules.

AULO GELIO

Consagración de las vestales[4]

Noches Aticas. I, 12

369. Los que han escrito acerca de las reglas observadas para la consagración de las vestales, entre otros LABEÓN ANTISTIO[5], cuyas investigaciones en esta materia merecen completa confianza, nos dicen que la joven tomada (capi) a este sacerdocio debía haber cumplido los seis años y no haber pasado de los diez, que era necesario viviesen su padre y su madre, que no debía tener impedimento de pronunciación, debilidad de oídos ni ninguna enfermedad física. Era necesario además que ni ella ni su padre hubiesen sido emancipados, aunque en vida del padre hubiese estado ella bajo la potestad del abuelo. Tampoco debían haber servido en oficios de esclavos ni su padre ni su madre y ninguno de los dos haberlo sido separadamente, ni haberse dedicado a ejercicio de oficio vil. Se dispensaba a la que tuviese una hermana que hubiera sido llamada ya a este sacerdocio, a la que fuese hija de flamin o de augur o de quindecínviro (dedicado a los sacrificios, de septénviro, de

---

[4] Estas vestales vivían, con clausura para hombres, con unas ochenta muchachas de servicio en un claustro llamado *Atrium Vestaœ.* He aquí cómo se vestía en sus solemnidades la superiora de las vestales: unas cintas gruesas, redondas, arrolladas en espiral más arriba de la frente, en la cabeza, venían a terminar en el antepecho como dos ínfulas. Casi al igual que las pecheras y las tocas de nuestras religiosas, les cubría la cabeza y el cuello un mantelete *(suffibulum),* en cuyo centro un broche *(fibula)* recogía graciosamente los pliegues delanteros. La «túnica», finísima, cubríales todo el cuerpo, haciéndoles resaltar un poco los pechos un cordón grueso que se anudaba debajo, en medio del pecho. Un manto elegante y flexible de gracioso ajuste al busto del cuerpo daba a toda su persona algo de helénico y sagrado, que hacía de las vestales modelos de bellas obras de escultura religiosa. Las grandes fiestas usaban vestido de púrpura.

[5] LABEÓN ANTISTIO, tan alabado varias veces por SAN AGUSTÍN en *La Ciudad de Dios,* escribió en tiempo del Emperador Augusto. De los tres labeones, célebres juristas de la época augustea, Antistio fué con mucho el más admirado por su sentido jurídico y variadísima erudición.

los epulones[6] (encargados de los festines religiosos) y de sacerdote salio. También estaban exceptuadas las prometidas a un pontífice y la hija del flautista de sacrificios. Dejó además prescrito Capitón Ateyo que se eximía de la elección la hija de un ciudadano que no tuviese su domicilio en Italia y la de un padre de familia que tuviese tres hijos.

370. En cuanto ha sido tomada (capta) la vestal y ha penetrado en el Atrio de Vesta, una vez entregada a las manos del Pontífice, sin emancipación ni pérdida de derecho, queda libre de la potestad paterna y adquiere el derecho de testar. ¿Con qué formas y con qué ritos eran tomadas las vestales?

371. Nada nos dicen acerca de esto los documentos más antiguos, como no sea que el mismo Numa tomó (captam) la primera vestal. Pero tenemos la ley Papia, que dispone se elijan, por designación del Pontífice Máximo, veinte doncellas entre las jóvenes de Roma; que se sorteen en pública asamblea y que a la designada por la suerte la tome (capiat) en el acto el Pontífice Máximo y sea sacerdotisa de Vesta. Pero hoy no es indispensable siempre este sorteo que exige la ley de Papia, porque si se presenta al Pontífice Máximo un ciudadano de alcurnia y él mismo le ofrece su hija para este sacerdocio, con tal que se cumplan todos los prerrequisitos que el ceremonial exige, queda dispensada por el Senado de la observancia de esta ley.

372. Dícese que «es cogida» la vestal porque el Pontífice Máximo toma a la joven de la mano y la arrebata a su padre como cautiva hecha en guerra. En el primer libro de Fabio Pictor léese lo que debe pronunciar el Pontífice Máximo al tomar (capiat) la vestal. Las palabras exactas son éstas: «Como a sacerdotisa vestal, que naga sus ritos, que tenga el derecho de ejercer sus funciones sacerdotales de Vesta por el pueblo romano, por los Quirites, según está determinado en excelente ley, así yo, a ti, amada, te cojo.»

[6] Aunque los convites litúrgicos eran austeros y de suma sobriedad, con todo fueron célebres ya en tiempo de la República los banquetazos de los sacerdotes y vestales siglo y medio antes de Cristo. El Pontífice Máximo M. Metelo nos conservó la lista de una de aquellas famosas comilonas. Macrobio nos ha dejado el variadísimo menú que se ofreció a los convidados al festín cuando Léntulo fué hecho flamin de Marte; a la sazón era augur L. Julio César; fué convite al que acudieron las vestales Popilia, Perpennina, Licinia, Arruncia. Los sacerdotes ocuparon dos triclinios, y el tercero las vestales, juntamente con la sacerdotisa Publicia, mujer del nuevo sacerdote M. Emilio Lépido y su suegra, Sempronia. El *rex sacrorum*, rey de las ceremonias en el acto, fué miembro de la familia de César, Cayo César. De los *Convites Saturnales* (lib. II, cap. 9): «¿Cómo ya echar a nadie en cara su despilfarro—escribe el historiador—, si se ve tanto sibaritismo en una cena sacerdotal?»

Creen muchos que la palabra «coger» solamente debe emplearse para las vestales; sin embargo, esta palabra se usaba también para la consagración de los sacerdotes de Júpiter, de los pontífices y de los augures. L. SULA dice en el libro segundo de sus *Hechos:* «P. Cornelio, el primero que llevó el nombre de Sula, tomado (captus) para ser flamín de Júpiter.» M. CATON dice en su libro *Sobre los lusitanos,* cuando atacó a S. Galba: «Dícese que los lusitanos han querido sublevarse. Quisiera encontrarme en la actualidad perfectamente al tanto de los derechos de los pontífices. ¿Me tomarán (capiar) por esto sólo para pontífice? Porque posea yo a fondo la ciencia augural, ¿por esto sólo seré (capiar) tomado para augur?»

373. Añadiremos que en los comentarios de LABEÓN *Sobre la Ley de las Doce Tablas* se dice así: «La virgen vestal no puede heredar de nadie, ab intestato, ni nadie de la intestada, sino que sus bienes vuelven a la república. Se pregunta la razón de esta ley.» dirijámosle a él nuestras preces.

El Pontífice Máximo, al tomar la vestal, la llama «Amada», porque la tradición dice llevaba este nombre la primera que fué consagrada.

Trad. *Bib. Clás.* C. HOSIUS, vol. I, págs. 64-67.

IV. Religiones y misterios extraños en Roma

APULEYO

Son celebérrimos los trozos que ahora aduzco de APULEYO en la contienda que existe en la *Historia de las religiones* sobre el modo de interpretar los misterios de Isis y Osiris. Todos los escritores de hoy convienen en que estas páginas, en su original, contienen la descripción más completa y sugestiva que existe en toda la literatura antigua—más aún que la de PLUTARCO—sobre la admisión de un neófito en los misterios. Unos se fijan en el estudio de esos trozos misteriosos, preferentemente en los fenómenos análogos al ocultismo moderno; otros se detienen en el examen detallado del ritual de la iniciación *isíaca;* quienes creen ver en esas descripciones como unos cuadros vivos y simbólicos de eterno morir y resucitar de la Naturaleza; otros, la transformación en vida de santidad de almas antes pecadoras, merced al culto de los misterios, sin que falten autores que entreven en lo mismo los misterios que en ultratumba aguardan a las almas, según las creencias egipcias. Por último, abundan autores que, fundados en textos de PLOTINO, opinan que se trata de una verdadera visión extática y de la unión mística del *mystes* con la divinidad Isis. Sea lo que fuese

de esto, los fragmentos aducidos de APULEYO nos hacen asistir, según todos, a un acto de iniciación isíaca, ya muy en boga en Roma oficialmente desde Calígula. Muchos juzgan que este brillante final de las *Metamorfosis* es una contrarréplica de los misterios paganos, entonces en crisis inicial, contra la entrada cada vez más victoriosa de los misterios cristianos en el seno mismo del paganismo ya decadente. Se han descifrado ya varias escenas de los actos, de la procesión y del *naviginun Isidis* que aquí nos describe APULEYO. La más significativa en este sentido es la de la estatua policroma del templo de Cyrene. Parte de la procesión aparece en los preciosos relieves isíacos del Museo Vaticano, de la antigua colección Mattei. La versión de don L. DE CARTAGENA ha tenido que ser muy retocada, según las últimas ediciones críticas del texto, tan distinto del usado por el ilustre arcediano de Sevilla.

Una aparición, una pompa sagrada, una triple consagración

Aparición de la diosa Isis [1]

Metamorfosis. Lib. XI, núms. 4-5

374. De allí a poco su luciente figura [2], ya que estaba toda fuera del agua, pareció que se puso delante de mí. De la cual maravillosa imagen yo me esforzaré a contar, si el efecto de la lengua humana me diere para ello facultad o si su divinidad me administrare abundante copia de facundia para poderlo decir.

375. Tenía los cabellos abundosos y largos, esparcidos en rizos suaves y por el divino cuello derramados; ceñía su cabeza multiforme y alzada corona de diversas flores, y en medio de ella y sobre la frente lucía una redondez plana a manera de espejo relum-

---

[1] El culto a Osiris era celebérrimo en Egipto; lo mismo se diga del de su esposa, la reina Isis. HERODOTO, en sus viajes por Egipto, quedó del todo sorprendido por el concurso y gentío que él mismo vió acudir a algunas procesiones religiosas y al acto de las «luminarias nocturnas» que presenció en Sai, todo ello en especial por el culto a Osiris. Dos eran las grandes ciudades egipcias consagradas particularmente a Osiris, hecho por su pasión dios de la muerte, como Isis de la vida que está más allá de la muerte. Se llamaban Bubasti y Abidos, la Medina y Meca de los antiguos egipcios. A los santuarios de ambos ritos acudían centenares de millares de peregrinos. HERODOTO calculaba en su tiempo en unos 600.000 los que se juntarían en las solemnidades locales: la una, la ciudad de la vida; como la otra, la ciudad de la muerte de Osiris.

[2] Compáresela con la aparición poética de Venus a Eneas, en la *Eneida* (I, 156-285). Ambas representan bien las dos artes y tendencias: clásica-helénica, la virgiliana; rica, pero campesina y atiborrada de alegorías y simbolismos, la egipcia; la de VIRGILIO da reposo y placer; la de APULEYO, fatiga y pesadez.

brante de blanca luz para demostración de la luna; la derecha e izquierda diríalas aprisionadas con las espirales y surcos de áspides de levantada cabeza, no sin acompañamiento en alto de manojos de espigas de Ceres. Traía una vestidura de lino tejida de muchos colores: ahora era blanca y muy luciente; ahora amarilla como flor de azafrán; ahora inflamada con un color rosado que, aunque estaba muy lejos, me ofuscaba la vista de los ojos. Cubríala encima otra ropa negra, que resplandecía la oscuridad de ella, la cual traía cubierta y echada por debajo del brazo diestro al hombro izquierdo como un escudo, pendiendo con muchos pliegues y dobleces [3]. Era esta ropa bordada alrededor con sus franjas de oro y sembrada toda de unas estrellas muy resplandecientes, en medio de las cuales la luna llena de quince días lanzaba de sí rayos inflamados. Y como quiera que esta ropa la cercaba toda, pendiendo de cada parte, y tenía la hermosa corona ligada con ella [4], adornada de diversas flores, manzanas, peras y otras frutas, con todo, en la mano tenía otra cosa muy diferente de lo que hemos dicho, porque ella tenía un crepitáculo en la mano derecha, con sus sonajas metálicas y de plata atravesadas por medio con sus hierrecitos, a los que con el brazo dábale de tres en tres golpes, que lo hacía sonar muy dulce y agudamente.

376. En la mano izquierda traía un jarro de oro, y del asa del jarro, que era muy linda y pulida, salía un áspid alzando la cabeza y con el cuello [5] erguido y entumecido.

377. En los pies, divinos y hermosos, traía un calzado de hojas de la palma victoriosa. Tal y tan grande me pareció aquella diosa, despidiendo de sí un olor divino, como los perfumes que se crían en Arabia, y tuvo por bien de hablarme de esta manera:

---

[3] Esta descripción de APULEYO ofrece no pocos datos y detalles con que realmente se representaba a la gran diosa egipcia. Se conservan varias estatuas hieráticas de la época: una, de Isis, egipcia, y la otra, de la Isis, de Tyche, hallada ésta en Herculano. La más bella es la de Isis con Serapis, Dionisios y Harpócrates, que se encuentra en el Museo de Louvre.

Los espejos y medias lunas vénse en varios relieves de escenas y aras isíacas, por ejemplo en el *Isidis sacrum*, del Museo Capitolino, de Roma. La estatuita polícroma hallada en el templo de Cyrene nos da alguna idea de este tan vistoso y culebreado colorido.

[4] Este estudio delicado y elegante de los pliegues de los vestidos es muy propio de los personajes de las procesiones de Isis, lo mismo que toda esta instrumentación litúrgica colorista y sonora que por tan menudo nos describe aquí APULEYO. Tal aparece en los relieves del Vaticano.

[5] La serpiente forma parte esencial de este culto; la misma erguidura de la sierpe que pinta aquí APULEYO nos la presenta el *Isidis sacrum* del Museo Capitolino.

378. «Heme aquí, do vengo conmovida por tus ruegos, oh, Lucio; sepas que yo soy madre y natura de todas las cosas, señora de todos los elementos, principio y generación de los siglos, la mayor divinidad y reina de todos los difuntos, primera y una sola de todos los dioses y diosas del cielo, que dispenso con mi poder y mando las alturas resplandecientes del cielo, y las aguas salobres de la mar, y los secretos lloros del infierno [6].

»A mí sola y como a único numen sacrifica todo el mundo, aunque bajo diversas invocaciones y en múltiples maneras de nombres. De aquí los frigios, que fueron los primeros que nacieron en el mundo, me llaman Pesinuncia, madre de los dioses [7]. De aquí asimismo los atenienses naturales y allí nacidos me llaman Minerva Cecropea, y también los de Chipre, que moran cerca de la mar, me nombran Venus Flafia; los arqueros de Creta, Diana Díctina; los sicilianos trilingües me llaman Proserpina Estigia; los eleusinos, la antigua diosa Ceres; otros, Juno; otros, Belona; otros, Ecates; éstos, Ramnusia [8].

379. »Pero los etíopes, sobre los que caen luminosos los hirvientes rayos del sol cuando nace, y los arios y egipcianos, poderosos y sabos, donde tuvo su cuna toda la vieja ciencia, cuando me honran y sacrifican con mis propios ritos y ceremonias me llaman con mi verdadero nombre, que es el de Reina Isis... [9].»

R. Helm., 268-269

---

[6] Recuerden los lectores el himno a Isis y Osiris, tan bellamente interpretado de la estela, hoy en el Louvre, de mediados de la dinastía xviii. Coinciden exactamente con ella muchas de las ideas expresadas en esta oración de Apuleyo. Aunque las más de esas prerrogativas atribúyelas la estela más a Osiris que a Isis.

[7] La que en tiempo de los Escipiones se trajo con tanta solemnidad al Palatino de Roma (núms. 351-359).

[8] Adviértese la tendencia pagana culta de esta época a monoteizar ya las divinidades. Serapis vendrá a ser el único Zeus, como Isis la panthea o única diosa.

[9] Isis unas veces aparece la 5.ª en la dinastía de los dioses reyes de Egipto: Hefaestos, Helios, Sosis, Cronos, Isis y Osiris, y en la gran Enéade de Heliópolis, después de Geb y Nut. Mas tarde, cuando el Universo se explica como obra sucesiva de una familia de dioses nacidos del gran demiurgo único, ante todo viene *Ra* (el Sol); tras él, la Tierra (*Geb*) y el cielo (*Nut*), y de estos dos, el Nilo (*Osiris*); la tierra, fecundada por el Nilo (*Isis*) y su contrincante el desierto árido (*Seth*): Isis y Osiris son, pues, dioses agrarios y les acompañan el perro-dios (*Anubis*) y el lobo-dios (*Upuat*), ambos después dioses guerreros. Isis y Osiris, origirariamente dioses de la vegetación, se convierten pronto en héroes de drama simbólico, según las varias suertes del Nilo respecto de la fecundación y cosechas del Egipto. El invierno es la muerte; pero tras el invierno surge la resurrección de la vida; es el gran milagro de la Naturaleza: el grano se hace espiga; la savia, vid; la semilla, árbol; en todo interviene el agua fecundante y purificadora. Plutarco, Diodoro y en parte Herodoto nos han dado la leyenda sagrada de todo este drama de la vida egipcia con sus cuatro episodios: la vida, la muerte, la

Pompa procesional de los misterios de Isis y Osiris

Ibid. núms. 7-8

380. .... Me levanté con un pavor y gozo, y asimismo mezclado de un gran sudor, maravillándome mucho de tan clara presencia de esta diosa poderosa y rociándome con el agua de la mar [10]; estando muy atento a sus grandes mandamientos, recolegía entre mí la orden de su munición.

381. En esto estando, no tardó mucho que el sol dorado salió apartando las tinieblas de la noche oscura; llegándome a la ciudad, yo vi que grupos de gente y pueblo de ella henchían todas las plazas en hábito religioso y triunfante con tanta algazara, que demás del placer que yo tenía, me parecía que todas las cosas se alegraban en tal manera que hasta los bueyes y brutos animales, y todas las cosas, y aun el mismo día sentía yo que con alegres gestos se gozaban, porque el día sereno y apacible había seguido a la lluvia que otro día antes había caído. En tal manera, que los pajaritos y avecicas, alegrándose del vapor del verano, sonaban cantos muy dulces y suaves halagando blandamente a la madre de las estrellas, principio de los tiempos, señora de todo el mundo [11].

---

resurrección y la transmisión de su poder a su hijo vengador. En este drama, el papel principal hasta la muerte lo representa Osiris; desde la resurrección, en cambio, Isis. He aquí su síntesis: muerta la vegetación por el invierno, Isis halla todos los miembros destrozados de su marido (Osiris), y según los va hallando, a cada uno de éstos le erige su propia sepultura, hasta que en su sabiduría incluso da con el secreto de la inmortalidad. Ella hará revivir, renacer, reflorecer, refructificar al ya muerto y enterrado. Lo que hace con la vida vegetatriz que renace y reflorece podrá obtener Isis con la vida del alma del hombre dándole la inmortalidad. Por ella, Osiris revivirá eternamente. ¿Cómo? Eternizándole en las momias. Isis, aun con Osiris muerto, tuvo comercio conyugal; de esa misión nace Harpócrates (Horus), que aparece tantas veces en las imágenes y relieves como niño que se esconde entre los flotantes pliegues del vestido de vida de su madre, Isis. Es la savia y la fuerza vital que, desaparecía en el invierno, vengará la muerte de su padre, Osiris, con nueva floración y lozanía. Es, pues, este culto, culto de vida pujante, culto de amor, culto de alegría, culto de misterio y de secreto que explica y santifica toda la vida del Universo: aves, campos, ganado, peces, la tierra y los hombres. Pero en él se abraza la contradicción, pues todo cuanto encierra de sagrado y misterioso, lleva a la vez unido consigo lo que JUVENAL llamó en su *Sátira VI* «*Isiacae sacraria lenae*».

[10] Esta purificación propiamente debería hacerse con agua sagrada del Nilo; a Ceres, en cambio, muchas veces se la rociaba y purificaba con agua del mar.

[11] Toda esta descripción de regocijo de la Naturaleza entera cuadra muy bien en el culto antes explicado de Isis, más que con el lloroso de Osiris.

382. ¿Qué puedo decir sino que los árboles, así los que dan fruto como los que se contentan con solamente su sombra, meneando y alzando las ramas con el viento Austro, se reían y alegraban con el nuevo nacimiento de sus hojas y con el manso movimiento de sus ramas susurraban y hacían un dulce murmullo; el mar, amansado de la tormenta y tempestad y depuesto el rumor e hinchazón de las ondas, estaba templado y con reposo, y el cielo, lanzando de sí las oscuras nubes, relumbraba con la serenidad y resplandor de su propia lumbre...?

383. He aquí dónde vienen delante de la procesión [12] lentamente muchas maneras de juegos, hermosamente adornados; uno venía en hábito de caballero, ceñido con su banda; otro con vestidura y botas de caza, con un venablo en la mano, a guisa de cazador; quién cubierto con una ropa de seda y chapines dorados y otros atavíos de mujer, con una peluca de cabellos rubios en la cabeza, andando pomposamente, y otro todo armado con quijotes y capacete y babera y su espada y broquel en la mano, que parecía que salía de un juego de gladiadores.

384. No faltaba otro que le seguía vestido de púrpura y con insignias de senador, y tras de éste, otro con característico bordón, manto y calzado filosofal y con sus barbas de chivo, que dirías representaba la persona de filósofo. Ni faltaba otro que iba con diversas cañas, la una para cazar aves con un visco y otras para pescar peces con anzuelo.

385. Demás de esto vi asimismo que llevaban con culto matronal una osa mansa asentada en una silla y una mona que, con un sombrerete velloso en la cabeza y vestida con un sayo amarillo, iba con una copa de oro, que parecía a Catamito, aquel pastor frigio que Júpiter arrebató. Tras de esto vi que iba allí un asno con alas postizas que representaba, por el que con él iba, a aquel Bellerofonte con Pegaso, entrambos muy a propósito para hacerte soltar la carcajada.

386. Entre estas cosas de diversión que a gusto del pueblo allí se hacían, se aparejaba y se ponía en marcha la fiesta y pompa misma de la propia diosa obsequiada. Abríanle el paso muchas mujeres resplandecientes, con vestiduras níveas y alegres, con diversas

---

[12] Clases todas de personas a las que se extiende la irradiación benéfica de la diosa de la vida y de la resurrección. Las mascaradas y los regocijos procesionales se encuentran en casi todos los pueblos primitivos, considerándolos parte importantísima de su culto ancestral.

guirnaldas de flores en las sienes, las cuales, a su vez, henchían de flores, que sacaban de sus senos, las calles y plazas por donde pasaba la fiesta y procesión. Otras llevaban en las espaldas unos espejos bruñidísimos para mostrar a la diosa, que venía tras de ellas, el servicio y fiesta que le hacían... Varias había que rociaban las plazas con muchas aguas de esencias olorosas.

387. Demás de esto iba gran muchedumbre de hombres de toda suerte y mujeres con sus candelas, hachas y cirios y con otro género de haces de luz emulando y hermanando las estrellas celestiales. También les acompañaban instrumentos de música, sinfonías y suaves flautas y chirimías, que sonaban muy dulcemente, a las cuales seguía una alegre danza de coros de gente joven, de ropaje blanquísimo y nuevo para el caso, repitiendo un canto muy gracioso, el cual, con favor de las musas, ordenó un experto poeta, y en el que se encerraba el argumento y ordenanza de toda la fiesta. Mientras otros iban entonando dulces canciones de mayores votos. Allí verías otros que tocaban las trompetas dedicadas al dios de Egipto, Serapis [13], los cuales, con las trompetas retorcidas puestas a la oreja derecha, acompañaban aquellos versos familiares del templo y de la diosa. Por fin no faltaban quienes iban abriendo paso por donde pasase la fiesta.

En esto vino una gran muchedumbre de hombres y mujeres de toda suerte y edad iniciados en el culto, relumbrando con vestiduras de lino puro y muy blanco; mezcláronse con los sacerdotes que allí iban. Ellas llevaban los cabellos perfumados con cosméticos y ligados en límpidos y blandos trenzados. Los hombres llevaban las cabezas raídas, reluciéndoles las coronas como estrellas terrenales de gran religión, tañendo y haciendo dulce sonido con panderos y sonajas de bronce y de plata y aun también de oro. Y los principales de los sacerdotes, vestidos de vestiduras talares blancas hasta los

---

[13] Serapis viene de *Shar-apsi* (Maestro del Océano), dios patrono de navegantes y comerciantes. A veces se le identifica con Osiris, marido de Isis. Le tuvieron especial devoción los Ptolomeos, y Alejandro Magno, por creerle su protector especial, no cesó de ofrecerle sacrificios, aun enfermo, hasta poco antes de expirar. Las costas del Mediterráneo estaban llenas de *serapéum*. Su culto secreto y materialista, extendido en tantos puertos, se prestaba a abusos de espionaje e inmoralidad. Estos cultos alejandrinos entraron en Roma subrepticiamente en tiempo de Sila. Augusto los persiguió por el mal recuerdo de Cleopatra y Antonio. Tiberio no los toleró, pero Caligula levantó un templo a Isis en el Campo de Marte, templo que quedó muy atrás en comparación del que le edificó años adelante Domiciano en el Quirinal. Los Flavios, Antoninos y Severos mostraron por estos misterios especial interés. También en el monte Celio se celebraban todos estos misterios egipcios en otro magnífico templo isiaco. Tenía muchísima razón MINUCIO FÉLIX. Véanse núms. 46 y siguientes.

pies, llevaban los objetos insignes del culto de sus poderosos dioses [14].

388. El primero de los cuales portaba en sus manos una lámpara resplandeciente, no semejante a esas nuestras lucernas con que nos alumbramos en las cenas de noche, sino a manera de un vaso engondolado; tenía la boca ancha, por donde despedía la llama de la lumbre más largamente. El segundo iba vestido semejante a éste, pero llevaba en ambas manos un como altar, que quiere decir «auxilios», pues que la providencia de la soberana diosa, que es ayudadora, quiso proveerle de este propio nombre. Seguía el tercero levantando con la mano una palma con hojas de oro sutilmente labradas y en la otra un caduceo [15] de Mercurio. El cuarto iba llevando un indicio y símbolo de equidad, pues llevaba la palma de la mano izquierda extendida, la cual, por ser de su natural perezosa y que no es astuta ni maliciosa, parece ser la más aparejada y apropiada para significar la igualdad y la razón, que no la mano derecha. Este mismo llevaba en la otra mano un vaso de oro hecho a manera de ubre redonda, del cual salía la leche de la libación. El quinto traía un cribón de oro, recubierto de ramos dorados [16].

389. Tras de esto no tardaron en salir los dioses, que tuvieron por bien de andar sobre pies humanos. Aquí venía Anubis, el hórrido mensajero de los dioses y de los infiernos, con la cara ya negra, ya de oro, alzando la cerviz y su cabeza de perro [17], el cual

[14] La flor de loto, el sistro, un cántaro de vino, el espejo, el thyrso, las serpientes en espiral, el característico nudo de la diosa Isis, los manípulos de espigas, toda clase de vasos sagrados y una variedad sin fin de coronas sobre la cabeza nunca podían faltar en estas pomposas procesiones isíacas.

[15] Vara larga rodeada de dos serpientes, que solían llevar los embajadores y mensajeros de paz.

[16] Los egipcios tenían ya distribuídos entre varias clases los ministerios sacerdotales bajo la dirección de un gran sacerdote. Había sacerdotes «profetas» para la ciencia divina, «estolistas» para el adorno de las estatuas y templos, y, por fin, «pastoforos» o llevadores de imágenes y efigies en las procesiones. Osiris hará al fin a Apuleyo de esta última clase.

[17] Las figuras antropomorfas eran frecuentísimas en Egipto. Los sacerdotes de Heliópolis daban a los dioses un cuerpo del mismo material indestructible que el del firmamento. Pero esos dioses, para el pueblo, se debían hacer visibles. ¿Cómo? Bajo todas las formas. A veces en forma de planta, de animales, de hombres, donde reside el espíritu. Osiris residirá en un tronco de árbol despojado de sus ramas. Isis en un nudo, Anubis en un perro. Hathor en la vaca, en una flecha Neit, y en el rayo Min... Muchísimas veces esas mismas divinidades representan todo el cuerpo como un hombre y una mujer perfectos; sólo la cabeza la tienen de animal, toro, vaca, cocodrilo, halcón... Menos veces es al revés: el cuerpo es de león, de lobo, de cocodrilo y la cabeza sola de hombre. Por fin, no es raro dar a los dioses en todo forma humana, poniéndoles en la mano

traía en la izquierda un caduceo, mientras con la derecha sacudía un ramo de palma; seguíale inmediata una vaca levantada en alto estrado, la cual es representación fecunda de la diosa madre de todas las cosas, imagen que llevaba sobre sus hombros uno de aquellos sacerdotes, con paso muy procesional. Otro llevaba un cofre en el que iban todos los objetos secretos de aquella espléndida religión [18]. Otro, asimismo, llevaba apoyada en su feliz regazo la veneranda efigie de su diosa soberana, en figura no de bestia, ni de ave, ni de fiera, ni siquiera en parecido de hombre. Mas por una alta invención y novedad, para argumento inefable de la reverencia y gran silencio de su secreta religión, era una cosa de oro resplandeciente figurada de esta manera: una urnita pulidamente ahuecada con el fondo redondo y toda la parte exterior esculpida con figuras y simulacros de los egipcianos; su orificio, que no lo tenía muy alto, se alargaba en un pico luengo a modo de canal, por donde destilaba agua; de la otra parte tenía un asa muy larga y salida del vaso, y encima se veía retorcida una serpiente áspid, con la cerviz escamosa y el cuello erguido y altanero.

H. HELM., págs. 27-273.

La nave misteriosa de Isis

Ibíd. 16

390. Viniendo un poco adelante con la procesión, llegamos a la ribera de la mar, y allí, puesta la diosa y las otras cosas sagradas en tierra con todo respeto, el principal de los sacerdotes ofreció a la diosa una nave muy pulidamente labrada y pintada con pinturas maravillosas, como las que se pintan en Egipto [19], y he-

---

como atributo propio el distintivo o lo característico de su divinidad; así se ve a Isis con un nudo de rama en la mano o con los cuernos de vaca sobre a cabeza, sentada ella en actitud de lactar a Horus.

[18] Recuérdese la procesión isiaca del Museo Vaticano.

[19] Eran célebres en Egipto por su vistosidad y policromo aspecto las barcas funerarias en las que transportaban por el Nilo a sus definitivas mansiones los cadáveres de sus Faraones y de otra gente noble. Naves lujosísimas parecidas se construían para solaz y regalo de los Faraones y solemnidad de procesiones sacerdotales por el mismo Nilo. PLUTARCO nos describe, por ejemplo, la nave en la que Cleopatra navegó por el río Cidno para su encuentro con Antonio: «Popa de oro, velas de púrpura tendidas al viento..., remos con palones de plata..., movimiento de la nave rítmico y al compás de flautas, oboes y cítaras..., doseles de oro..., muchachitos bellísimos que hacían de amorcillos

chos sus sacrificios y solemnísimas preces con una tea ardiendo, un huevo y piedra azufre, rezando con su casta boca, después de haberla limpiado y purificado purísimamente, la dedicó a nombre de esta gran diosa.

La nave tenía una vela muy blanca de lino delgado, en la cual estaban escritas unas letras que declaraban el voto de los oferentes para que la diosa les diese próspero viaje. Tenía asimismo la nave su mástil, que era un pino redondo, alto y muy esbelto, con su antena y su gavia, y la popa de la nave era enchapada de láminas de oro, con las cuales refulgía. Y todo el armazón era de material de limpio y muy pulido cedro.

Entonces todo el gentío, así el religioso como el seglar, con sus arneros y canastillos en las manos llenos de esencias y de otras cosas semejantes para suplicar a su diosa, las lanzaban a porfía dentro en la nao, y asimismo, desmenuzadas estas cosas y rociadas con leche, las lanzaban sobre las ondas de la mar, como rito ceremonial de sus sacrificios. Hasta tanto que la nao, llena ya de estas ofertas y otros largos obsequios de devoción, alzadas las maromas de las áncoras, fué soltada para la mar en alas de un sereno y propicio viento, la cual al fin, bogando adelante, se nos perdió de vista. Y así los que habían traído los objetos sagrados, haciéndose cada cual cargo de lo que a cada uno atañe, alegres y llenos de regocijo, en procesión como habían salido, se tornaron al templo de partida.

391. Llegado que hubimos al templo, el sumo sacerdote y los otros que traían aquellas divinas reliquias, y los ya iniciados en estos venerandos misterios, entráronse ellos solos dentro al «secreto» de la diosa, en donde depositaron sus imágenes y los objetos sagrados que habían llevado. Entonces uno de aquellos, al cual los otros llamaban grammatea («escriba»), estando a la puerta, convocó allí todo el colegio de aquellos sacerdotes portadores de imágenes, y de encima de un púlpito, según liturgia de sus libros, comenzó a pronunciar lo que llaman en griego πλοιαφεσια, diciendo: «Paz sea al gran Príncipe y al Senado, caballeros, y a todo el pueblo romano, y buen viaje a los marineros y a las naves que van por la mar, y salud a todos los que son regidos y gobernados de-

---

alados..., coros de doncellas, etc.; gentes agrupadas junto al timón y los cables..., pebeteros que llenaban la orilla con perfume de esencias arábigas...» La nave característica de las procesiones de Isis llamábase en Roma *navigium Isidis*, y su mejor pintura es la trazada por la pluma de Apuleyo. La estatua de la diosa estaba recubierta de oro, alhajas y pedrería. En Guadix se conserva un inventario de las joyas todas de una Isis que se adornaba allí, y pasma el recuento por su riqueza y joyería.

bajo de nuestro imperio.» Al cabo de lo cual dió licencia a todo el pueblo para que pudiesen retirarse, diciendo que se fuesen con Dios. A lo cual respondió todo el pueblo con gran aclamación de júbilo, por donde pareció que a todos había de venir buena ventura, como el «escriba» auguraba.

393. Después de esto todos los allí presentes, con gran gozo y con sus guirnaldas de rosas y flores, besando los pies de la diosa, que estaba hecha de plata y puesta sobre gradas en el templo [20], fuéronse para sus casas.

Id., págs. 278-280.

---

[20] Por lo que toca a la construcción de los templos egipcios en líneas generales puede decirse: 1) En la época primera, tinita antiquísima, los templos eran chozas con empalizadas señaladas en la puerta con algún símbolo de la divinidad. 2) Desde la dinastía V surgen los primeros templos solares en piedra, que pueden reducirse, al principio, a un patio ancho donde se levanta un obelisco chato sobre su base, asiento y símbolo que es del dios Sol; al lado, una ara de ofrendas y libaciones al aire libre; y fuera, pero cerca de las paredes del patio, la barca sagrada con sus remos, donde navega el Sol (y con él muchas almas, muertos sus cuerpos) desde su nacer a su ocaso. En estos templos no entran elementos terrestres; todo es solar: puro *Ra:* dios-celeste. 3) Pero con los reyes tebanos, el dios de la Tierra, Osiris, y el dios del cielo, Ra, forman un todo armónico terrestre-celeste y humano-divino, a cuya idea responderán ya todos los templos egipcios hasta el fin de esta gran civilización de los Faraones. Según los egipcios, como los Faraones y nobles gozan de sus palacios y casas, también los dioses los deben tener en medio de las ciudades, siendo sus conciudadanos divinos. ¿Qué forma dar a estas casas de los dioses, entonces ya unidos, Ra y Osiris? La misma que tienen las casas de los hombres y de los reyes, pero con mucho mayores proporciones. Los dioses deben habitar con gusto y magnificencia entre nosotros. Ahora bien: las grandes casas egipcias constaban de tres departamentos muy bien caracterizados, así que los tres debían tenerse en cuenta al construirse la casa de los dioses: *a*), el vestíbulo; *b*), el patio interior de la casa; *c*), los departamentos internos de familia. El vestíbulo para todo el que quisiera entrar, el patio interior para clientes, amigos, visitas; *d*), las habitaciones secretas sólo para la vida íntima de los señores. Al vestíbulo de las casas particulares, en los templos corresponden los altos y enormes «pilones» que dan acceso al templo; al patio interior doméstico, las diversas «hypóstilas», de variada techumbre, con sus magníficas columnas palmiformes, papiriformes, lotiformes—todo ello de simbolismo vegetal en flores abiertas, en capullo o cerradas—, y por fin, a las cámaras reservadísimas, la «naos», el «adytum», donde, envuelto en el misterio, vive con los hombres la divinidad en su sagrario secreto. Al vestíbulo puede acudir cualquiera; en cambio, a la parte central, donde en magnífica «hypóstila» de tres salas seguidas (sala de la aparición y sala de las ofrendas), la estatua divina, en nombre de Dios, recibe y oye a los devotos y a la vez acepta las ofrendas directamente de éstos; sólo está concedida la entrada a los devotos y afiliados de la religión: a los puros. Un aviso dice a la entrada misma: «Sólo los puros deben entrar aquí.» Al «adytum» donde se halla o la estatua o el emblema de la «imagen viva» del dios en una nave de granito o en la comba de una barca sagrada, para verle y hablar únicamente pueden penetrar los sacerdotes, y esos mismos en prefijadas circunstancias. En estos templos, por su doble efecto de la subida gradual del piso hacia la «naos» y de la bajada proporcionada y simultánea del techo hacia el mismo punto de convergencia, se advierte un «crescendo arquitectónico» que, empezando

Ansias de ser consagrado sacerdote de Isis

Ibid. núm. 19

394. Alquilada una casa dentro del cerco del templo constituía allí un lar mío provisional, sirviendo por entonces en las cosas privadas de casa que me mandaban, estando de continuo en la compañía y al servicio de aquellos sacerdotes, hecho un inseparable devoto de la gran diosa; en tal manera, que no transcurrió día ni noche sin que viese y oyese algo de esta diosa, a cuyos sagrados mandamientos tanto más servía cuanto me veía más obligado a ello una vez entrado y destinado reiteradamente por ella a su iniciación, cosa de la que, aunque tenía gran deseo y voluntad, excusábame con todo y retardaba con religioso temor, mayormente que con mucha diligencia me había enterado de la dificultad que había en el servicio de aquella religión por la gran abstinencia y castidad que exigía [21].

Id., págs. 280-281.

---

por lo más bajo y estrecho de las cámaras reservadas divinas, la «naos» se va ensanchando cada vez más hasta abrirse del todo en la largura de los «pilones». Es el símbolo del Sol que, naciendo en la «naos» el oriente, sube hasta el mediodía del cielo, que se supone sostenido por la altura y taludes de los «pilones». Los planos de estos templos, según los egipcios, estaban trazados por los mismso dioses, por lo que eran inmutables en sus formas generales, y el encargado de dirigir este género de obras, por oficio y derecho, era el primer sacerdote de *Ptath*, «dios de las artes». Los templos egipcios de Roma, que fueron varios—de Serapis, Isis y Osiris—, seguían en su emplazamiento, hechura y construcción estas mismas líneas generales. Con estas pocas indicaciones tal vez se entiendan mejor ciertas alusiones de las últimas páginas de las *Metamorfosis*, de Apuleyo.

[21] Para conocer el verdadero fondo de esta pureza de iniciados de los misterios de Isis basta ver el argumento, traza y desarrollo de las mismas *Metamorfosis*, de Apuleyo, escritas cuando ya estaba el autor iniciado en ellos y que han dejado de él tan triste recuerdo como hechicero y como escritor de degradante inmoralidad. Tenía razón Isis en su aparición a Apuleyo: ella no era sino la misma diosa de Pesinunte; y el culto de ambas ha dejado la literatura antigua romana llena de referencias indignas, que Juvenal fué el mejor en reunirlas como en una charca en la *Sátira VI*.

Vocación y condiciones del sacerdocio de Isis

Ibíd. núm. 19

395. Con todo esto..., cada día me crecía el deseo y codicia de recibir aquella consagración, por la cual muchas veces rogué y supliqué tan ahincadamente al principal de los sacerdotes que tuviese a bien el recibirme para que yo pudiese ser iniciado en los secretos de la «noche sagrada».

396. Pero él, como era muy afamado por la grave y escrupulosa observancia y guarda de su ceremonial y culto, solía darme largas y poner coto a mis ímpetus, al igual que suelen los padres templar los deseos prematuros de sus hijos, pero no sin halagar y espolear más mis deseos, con promesa de mejor esperanza, pues me decía que el día que debía ser escogido para la iniciación había de ser determinado y señalado por la voluntad de la diosa, y también que a la providencia de la misma incumbía ser elegido el sacerdote que había de oficiar en estas ceremonias santas, declarando a la vez el gasto necesario para el caso. Cosas todas que nosotros somos obligados a guardar con respetuosa paciencia, evitando juntamente lo mismo el ser demasiado apresurados como remisos, librándonos así tanto de la avidez como de la contumacia, pues conviene que sin ser llamado, nadie entre en esta iniciación, como también que no sea tardo en entrar quien es llamado.

397. No hay ninguno del número de estos sacerdotes que haya tenido tan perdido el seso ni que en castigo se exponga a la muerte por consagrarse sin orden de la diosa, pues por su temeraria y sacrílega audacia se hubiera expuesto a contraer culpa tan mortal. En manos de esta diosa están no menos los cerrojos de la muerte que la guarda de la vida.

398. Además de que la entrada en este ministerio se ha de celebrar a manera de una muerte espontánea y de precaria salud. Mayormente que esta diosa suele acostumbrar elegir para su servicio y religión hombres que ya están en el último estadio de su luz, y tales a los que seguramente se pueden confiar los «grandes silencios» de sus misterios, porque esta divinidad, con su providencia, hace tornar a nueva vida a los que en alguna manera son renacidos en esta religión al entrar en ella...

399. Pero, pues clara ya y abiertamente la diosa, por su gra-

cia y bondad, me había señalado y elegido para este feliz ministerio de su culto, por unos días, ni más ni menos que los otros sus servidores, me había ya de abstener y apartar de todos los manjares profanos y que estuvieron animados con lo que más derechamente podría llegar a ponerme al tanto de los secretos purísimos de esta religión.

400. Después que el sacerdote hubo dicho esto, no creáis que por ello yo me enojase ni se corrompió mi servicio; antes más atento y con una taciturnidad mansa, humilde y virtuosa, continué haciendo el oficio que convenía al servicio del templo, y no me falló ni la bondad ni la liberalidad de la poderosa diosa, que no consintió padeciese yo inquietud de mayor dilación.

401. Una noche oscura claramente la vi en sueños, diciendo que ya era llegado el día por el que tanto había suspirado y en el cual alcanzaría y tendrían efecto mis votos y anhelos, señalándome asimismo cuánto era lo que se había de emplear en el aparato de las ceremonias, y cómo aquel su principal sacerdote, que Mitra [22] se llamaba, era el encargado por ella para ponerme en el número de los de aquel colegio sacerdotal, señalándome no sin intervención de las estrellas, como ella decía, por uno de los íntimos de aquella religión.

402. Yo, visto y oído todo esto y otros semejantes favores de aquella señora, recreado en mi corazón, casi aún sin clarear el día, me apresuré a ir al lugar del sacerdote. Y ya me hallaba a la puerta de su celda cuando él salía de ella; díle los buenos días, y con mayor apremio y ahinco que solía pensaba pedirle que me concediese la gracia de recibirme ya al servicio y deuda que debía a su religión, cuando he aquí que él, luego que me vió, se adelantó a decirme: «¡Oh, Lucio: feliz y dichoso y bienaventurado de ti, pues que por su propia voluntad el augusto numen te ha escogido para tan alto ministerio! ¿A qué más tardanzas y demoras? Ha llegado el día que tanto ansiabas, en el cual, gracias al mandato de la diosa de tantos nombres, has de ser introducido en lo más alto de la iniciación de esta religión por estas mis santísimas manos, haciéndote depositario de los arcanos y misterios.»

403. Diciendo esto, aquel anciano amabilísimo me cogió con

---

[22] No debe sorprender al lector la mezcla que en estos pasajes se advierte de politeísmo y monoteísmo, de ritos orientales y africanos, de Isis y Mitra, pues por esta época los misterios, sobre todo en Roma y Alejandría, algo así como ocurría con los sistemas filosóficos a la sazón en boga, eran de un eclecticismo en que a las veces se llegaba a una verdadera contradicción interna. La carta de ADRIANO a SERVIANO (número 222) indica lo mismo.

su mano derecha y me condujo en seguida a las puertas del magnífico templo, las cuales, abiertas con aquella solemnidad que convenía, acabado el acto de descorrer el velo de la diosa, que se celebraba solemnemente y con ceremonias mañaneras, y ofrecidos asimismo los ritos matutinos, sacó del lugar más secreto del templo unos ciertos libros escritos de letras y figuras indescifrables, que en parte, en figuras compendiosas de animales, declaraban lo que allí se contenía, y en parte, en figuras de sarmientos nudosos y enredados a modo de rodajas y atados intrincadamente por las puntas, a fin de que la legibilidad de tales garabatos fuese escondida de la curiosidad de los profanos...

404. Así que venido el tiempo, según que el sacerdote decía, llevóme, acompañado de un grupo de religiosos, a unos baños [23] que allí cerca estaban, y primeramente me hizo lavar, como es costumbre, rociándome por todas partes entre plegarias a Dios, hasta que después, ya purificado, tornóme al templo casi pasadas en todo ello dos partes del día; púsome allí a los pies de la diosa, diciéndome secretamente ciertas instrucciones que es mejor ahora callarlas respetuosamente. Pero en presencia de todos me añadió luego estas otras cosas: que en aquellos diez días continuos me abstuviese de comer, ayunando, y que no probase carne de ningún animal ni bebiese vino [24].

405. Cumplidos todos estos prerrequisitos con suma continencia, estábamos ya en el pleno día señalado y prometido para mi recepción, y ya el mismo sol iba a entrar en su ocaso cuando he aquí que por doquiera vienen muchos del mismo culto, y según el modo y rito antiguo cada uno me hace su regalo. Aquí fué cuando, mandando retirarse a todos los profanos y estando ya vestido de una

---

[23] La lustración y purificación del agua es un elemento casi necesario a los antiguos misterios. La representación pintada más expresiva que nos queda de este asunto místico es *La adoración del agua sagrada,* de un fresco de Herculano, hoy en el Museo de Nápoles.

[24] Este espíritu de penitencia natural, a lo menos pasajero, que se nota por entonces no sólo en algunos días de los misterios, sino entre los mismos herejes montanistas, maniqueos, basilidianos, sincretitas, que lo llevaron a una exageración hasta condenar como pecado todo uso de carne, vino y matrimonio, en el fondo, además de un instinto recto humano, pero mal encauzado, de ansias de ofrecer a Dios para tenerlo propicio ofrendas del propio sacrificio en reparación de nuestros pecados, era una reacción espiritualista y elevadora, nacida del contraste de la dignidad humana con aquel diluvio de miseria moral en que se veía envuelta toda aquella sociedad degradada. No sólo los ojos de la fe, sino aun la conciencia moral humana y la razón serena y profunda, nunca podrán dejar de sentir y ver la verdad de aquellas bellas palabras de Cristo: «Bienaventurados los puros de corazón, porque ellos verán a Dios.»

túnica de lino muy blanco, me tomó el sacerdote por la mano y me llevó a lo íntimo y secreto del «sagrario».

406. Por ventura, curioso lector, te interesará preguntar y saber qué es lo que después se dijo o se hizo allí; a la verdad te lo contaría si fuese lícito decirlo, y tú lo oirías si fuese lícito el oírlo; pero créeme que en igual culpa incurrirían tus oídos y mi lengua con tamaña osadía.

Id., págs. 244-245

Nueva consagración del culto de Isis y Osiris

Ibíd. núm. 24

407. Contaré, con todo, algo de lo que no está prohibido decir. Había en lo más íntimo del templo sagrado, delante de la imagen de la diosa, levantada una tribuna de madera, encima de la cual halléme muy adornado de una vestidura que era de cándido lino, pero de diversas flores pintada, que a modo de clámide me colgaba de los hombros por la espalda hasta los pies; era tan rica y preciosa, que de cualquier parte que la veían parecía de diversos colores, y muy bordada en todo de multitud de animales. De una parte había dragones de las Indias; de la otra, grifos hiperbóreos, que nacen y son criados en otros mundos con alas a manera de aves. A esta vestidura llamaban los iniciados «estola olimpíaca».

408. ... En la mano derecha tenía yo una tea muy flamígera, y en las sienes una hermosa corona de color de nieve, orlada de unas hojas de palma dirigidas hacia arriba como rayos. Conjunto que hacía me pareciese al Sol, y ataviado como simulacro de dioses. En esto recogieron de repente el velo que me ocultaba, y aparecí descubierto ante los ojos de todo el pueblo que allí delante se movía.

409. Después celebré solemnísimamente mi fiesta natal a esta profesión; hice convite de muy suaves manjares y otros placeres y fiestas, que duraron tres días, y celebrado el último según su ceremonial y rito y tomada la refección matinal sagrada, se dió por ultimada mi incorporación en el grado de los «teletas»[25] de estos misterios.

410. Continué varios días allí mismo en la inenarrable frui-

[25] Véase el núm. 39, nota 23, sobre los grados dentro de los miembros de los misterios.

ción del servicio de aquel ministerio de la diosa, habiendo tenido la dicha de haber sido prendado de tan grande beneficio.

411. Finalmente, no sin aviso divino y después de haber agradecido a la diosa, según mi posibilidad, aunque no tan por entero como era razón, sus grandes beneficios, y rompiendo las áncoras que tan dulcísimamente tenían preso mi afecto en aquel sitio, alcancé licencia (aunque algo tarde) para tornar a mi casa...

Id., págs. 286-287.

Se le confían los secretos de Isis

Ibíd. núms. 26, 30

412. (Una vez en la sacrosanta ciudad de Roma)... No tuve otro cuidado en cuanto llegué sino ir cada día al templo de Isis del Campo de Marte [26] y hacer mis preces al sumo numen de la reina Isis para que me fuese propicia. No dejé de cumplir su culto, aunque extranjero para aquel templo, pero ya no para la religión.

Y he aquí que pasado el gran sol por todos los signos del cielo [27] había completado un año, y el cuidado de la diosa que bien me quería tornó de nuevo a interrumpir mi descanso, haciéndome ensueños de que otra vez me aparejase para entrar de nuevo en el grado de «teleta». Yo estaba maravillado qué cosa pudiera significar aquello una vez que estaba seguro de que mi iniciación no pudo ser más perfecta. Y en este escrúpulo me di a indagar mi interior y a pedir luz a lo más santo, y hallé que aunque yo me encontraba de hecho en el perfecto ajuste de los misterios de la diosa, sin embargo no estaba del todo «alumbrado» para los misterios y secretos del padre invicto de todos los dioses: Osiris, y aunque ambos a dos cultos vienen a coincidir en una misma religión, completándose mutuamente, mas no obstante se advertía alguna diferencia cuanto a las exigencias de iniciación de cada uno.

---

[26] El templo de Isis Campense o del Campo de Marte fué erigido en Roma en tiempo de Caligula.

[27] En todos estos misterios orientales y egipcios jugaba un papel importantísimo todo cuanto al cielo y firmamento se relaciona, sobre todo los signos divinos del Zodíaco. Así, por ejemplo, las techumbres de las hypóstilas de los templos egipcios se veían repletas de pinturas de estrellas, soles alados, constelaciones de oro, divinidades siderales navegando en sus barcas celestes, y todos los dioses del Zodiaco junto con los que presidían las 36 divisiones en las que para sus magias y cultos ellos distribuían el firmamento.

No duró mucho mi perplejidad, pues que en la primera noche se me apareció en sueños un sacerdote de Osiris... Aparejadas ya todas las provisiones y consagrado con la abstinencia de toda clase de carnes; con la cabeza tonsurada y «alumbrado» con las orgías [28] nocturnas del principal dios, me dediqué en absoluto al obsequio religioso de su culto, confiado sobre todo en la perfecta iniciación de que gozaba en su culto gemelo [29]. Y he aquí que bien poco después, con sorpresa y pasmo mío, fuí de nuevo amonestado por indicación y orden del cielo para que por tercera vez me acabase de perfeccionar en mi iniciación completa, lo cual produjome cuidado y pena, y así con sobresalto y congoja dime a pensar qué podría significárseme con aquella nueva intimación de los dioses o qué podría haber faltado a mi perfecta consagración. ¿Era posible que me hubiesen aconsejado mal ambos a dos sacerdotes? Y a fe que incluso me asaltaron sospechas de que podría ser yo juego de su mala fe.

413. Estando yo en estas cavilaciones y preocupación, fuera ya de mí, una amable imagen díjome, apareciéndoseme de noche: «No es cuestión de asustarse ni de andar dando vueltas de si se omitió algo sustancial en las iniciaciones santas anteriores. El que se te pida esa triple consagración de «teleta» en estas iniciaciones —una sola vez es ya gran merced de dios—sólo significa la predilección de los dioses por ti y lo feliz y gozoso que con ello te debes sentir...»

414. Hasta aquí la comunicación indubitable con que se me manifestó la orden divina sobre el caso, y así, ni tardo ni perezoso, evitando toda demora, me personé con el sacerdote, a quien expuse todo lo que me había ocurrido, y me sometí a la abstinencia de todo alimento que hubiera sido sér viviente, y no sólo me sometí a la ley de costumbre en esos casos de la abstinencia por diez días, sino que por devoción más que por ninguna medida me extendí espontáneamente en alargarlos para así resultar perfecto en las ya dos veces reiterada iniciación...

415. El resultado fué que después de bien pocos días, el dios de los dioses grandes, el sumo de los grandes y el máximo de los

---

[28] Véanse los diversos grados y ritos de los misterios y el sentido de «orgía» (número 39, nota 22).

[29] No olvide el lector que la reina Isis era a la vez hermana y esposa de Osiris, cosa bien corriente en casi todas las genealogías y uniones de los dioses, lo mismo orientales como africanos y aun greco-romanos.

sumos dioses [30], el rey Osiris, no bajo la apariencia de especie ajena, sino presencialmente con su trato venerado, se dignó recibirme en tiempo de reposo, ordenándome que sin aplazamiento de tiempo tomase sin fatiga mi oficio de abogar en socorro de los que no cuentan con medios para ello y no tuviese oído a envidias ni murmuración que contra mí por esta mi actuación se habían de suscitar, y para que además yo no tomase parte en los actos de su religión mezclado con el pueblo, se dignó hacerme uno de sus sacerdotes «pastóforos» y aun también me agregó a los decuriones suyos, que de cinco en cinco años se deberían elegir.

416. Con lo que yo, trayendo mi cabeza del todo descubierta y a los ojos de todos tonsurada, según las ceremonias antiquísimas de este rito desde la fundación en Roma en tiempo de Sila, me dediqué, junto con mi consagración, a ejercer mi profesión de abogado.

Id., págs. 288-291.

[30] La supremacía en Egipto del concepto divino de Osiris sobre el de Isis aparece claramente en el himno completo a Osiris de la célebre estela, hoy en el Louvre, a la que acabamos de aludir pocas líneas antes en esta misma descripción de Apuleyo. Según ese bello modelo de liturgia osiriana, Osiris, además de ser el dios primordial, es el espíritu más perfecto entre los demás espíritus, el administrador de los cielos, tierra, mar, estrellas, vida y muerte, a quien adoran todos los elementos y todo el Universo; heredero de Beb, como el mayor de sus hermanos y el primero en línea de la Enéada de los grandes dioses. El juez justiciero de vivos y muertos, árbitro de las dos-tierras; Isis y Horus son su complemento divino sobre lo pasado, presente y futuro.

B) "PANEM ET CIRCENSES"

I. Los "ludi" de las grandes festividades

Para que el lector se haga cargo del conjunto de diversiones y actos—todos ellos de colorido religioso—con que los romanos celebraban sus grandes días nacionales, ponemos aquí tres o cuatro descripciones, transcritas de Suetonio, desde la época de Julio César y Augusto hasta la de Domiciano; época tal vez, con serlo tanto, no la más despilfarradora en el lujo de este género de gastos, si se la compara con la otra de los Emperadores siguientes, que agotaron los recursos del Erario público en las *venationes munera* y toda clase de espectáculos y *ludi*, de que tan ávido y exigente se sentía siempre el pueblo romano. Todo mártir condenado *ad bestias* perecía en alguno de estos juegos dados en la metrópoli o en provincias. Así los primeros mártires de Roma, San Ignacio, San Policarpo, Santa Perpetua y Felícitas, etc.

SUETONIO

Selección de gladiadores por Julio César

Vida del divino Julio. 26

417. Tenía en Roma comisionados que cogían por fuerza para guardárselos a los gladiadores más famosos en el momento en que los espectadores iban a pronunciar su sentencia de muerte. Y en cuanto a los gladiadores jóvenes, no les hacía educar en escuelas o por lainistas, sino en casas particulares y por caballeros romanos, y hasta por senadores diestros en el manejo de las armas y que suplicaban, como muestran sus cartas, encargarse ellos mismos de la enseñanza de aquellos gladiadores y presidir como maestros sus ejercicios.

Max Ihm., pág. 13.

JULIO CESAR

«Ludi» dados por Julio César

Ibid. 39

418. Dió también espectáculos de varios géneros: combates de gladiadores; comedias en todos los barrios de la ciudad, desempeñándolas actores de todas las naciones y en todos los idiomas; además, juegos en el Circo, atletas y una naumaquia. En el Foro combatieron entre los gladiadores Furio Leptino, de familia pretoria, y Q. Calpeno, que había formado parte del Senado y defendido causas delante del pueblo. Los hijos de muchos príncipes de Asia y de Bitinia bailaron la pírrica [1]. El caballero romano Décimo Liberio representó en los juegos una mímica de su composición, recibiendo quinientos sextercios y un anillo de oro, pasando desde la escena por la orquesta a sentarse entre los caballeros. En el circo se ensanchó la arena por ambos lados; abrióse alrededor un foso (euripo) [2], que llenaron de agua, y los jóvenes nobilísimos corrieron en aquel recinto cuadrigas y bigas o saltaron en caballos adiestrados al efecto. Niños divididos en dos bandos, según la diferencia de edad, ejecutaron los juegos llamados troyanos. Dedicáronse cinco días a combates de fieras, y últimamente se dió una batalla entre dos ejércitos en la que tomaron parte quinientos peones, trescientos jinetes y cuarenta elefantes. Con objeto de dejar a las tropas mayor espacio, habían quitado las barreras del circo, formando a cada extremo un campamento. Los atletas lucharon durante tres días en un estadio construído expresamente en las inmediaciones del Campo de Marte. Abrióse un lago en la Codeta menor, y allí trabaron combate naval birremes, trirremes y cuatrirremes tirias

---

[1] Véanse en DIONISIO DE HALICARNASO, núms. 438 y siguientes.

[2] El euripo era, dice PLINIO, un gran foso que rodeaba el Circo para impedir que las fieras se escapasen y lanzaran sobre los espectadores, como ya había sucedido muchas veces. Dióseles el nombre de euripo, si hemos de creer a un intérprete de SUETONIO, porque el movimiento de las aguas que se lanzaban de golpe y se retiraban de la misma manera, recordaba las del estrecho de este nombre, entre la Beocia y la Eubea, donde se hacian sentir el flujo y reflujo hasta siete veces al dia. César embelleció de tal manera el Circo que construyó Tarquino el viejo, que dice PLINIO que aquél fué el fundador (*Nota del traductor.*)

y egipcias cargadas de soldados. El anuncio de estos espectáculos había traído a Roma prodigioso número de forasteros, cuya mayor parte durmió en tiendas de campaña en las calles y plazas, y muchas personas, entre ellas dos senadores, fueron aplastadas o asfixiadas por la multitud [3].

Trad. *Bib. Clás.* *Id.*, págs. 19-20.

OCTAVIANO AUGUSTO

«Ludi» organizados por Augusto

Vida del divino Augusto. 43

419. Sobrepujó a todos los que le habían precedido en el número, variedad y esplendor de los espectáculos. Según su propio testimonio, dió cuatro veces juegos en su nombre y veinte por magistrados ausentes o que no podían sufragar el gasto [4]. No era cosa rara que diese espectáculos en diferentes barrios a la vez, en varios teatros, y que hiciese representar a actores de todos los países. Sus juegos se celebraron no solamente en el Foro o en el Anfiteatro [5], sino que también en el Circo y en los Cercados de columnatas. Algunas veces se limitaba a combates de fieras. También combatieron atletas en el Campo de Marte, que hacía rodear de gradas para este espectáculo; dió un combate naval cerca del Tíber, en paraje preparado al efecto [6], y donde hoy se ven los bosques sagrados de los Césares. En estos días cuidaba de colocar guardias

---

[3] Asombra a la imaginación el aparato de estos juegos. Parecía que solamente se había disputado en las guerras civiles el derecho de dar fiestas al pueblo. Los tiranos, hasta los más crueles, que después gobernaron el Imperio, Nerón, Calígula y los demás, se hicieron perdonar todo prodigando espectáculos; agobiaban al Senado y a los nobles, pero divertían al pueblo; y es cosa cierta que el pueblo los deploró más que a los buenos Emperadores que gobernaban mejor y daban menos fiestas. (*Nota del traductor.*)

[4] Véanse *Res gestae*, núms. 99 y siguientes.

[5] Este anfiteatro no es el actual de Roma, sino otro que varias veces se incendió y derribó por su material inflamable e inconsistente.

[6] Dión da a este paraje mil ochocientos pies de largo, mil doscientos de ancho; vióse combatir en él treinta trirremes o cuatrirremes y número mucho mayor de embarcaciones pequeñas; representáronse allí los combates de los atenienses contra los persas. (*Nota del traductor.*)

en la ciudad, que quedaba despoblada, exponiéndola la soledad a las tentativas de los bandidos. También hizo ver en el Circo aurigas, corredores, cazadores que no tenían que hacer más que rematar las piezas. Y algunas veces, para representar estos papeles, elegía jóvenes de las principales familias. Pero gustaba sobre todo ver celebrar los juegos troyanos a la juventud más distinguida de Roma, creyendo que era bello y digno de los tiempos antiguos ayudarla a demostrar desde muy temprano su esclarecida estirpe...

420. Algunas veces también hacía salir caballeros romanos en los juegos escénicos y en los combates de gladiadores, pero esto fué antes de la prohibición que se impuso por un senatus-consultum. Desde aquel día ya no hizo presentarse a nadie que tuviese distinguido nacimiento... Queriendo en un día de espectáculo mostrar al pueblo los rehenes de los parthos, primeros que habían enviado a Roma, les hizo atravesar la arena y los colocó debajo de él en el segundo banco. Aunque no fuese día de representación, si habían traído a Roma algo que no se hubiese visto aún y que fuese digno de verse, lo demostraba en seguida al pueblo en todos los puntos de la ciudad indistintamente. Habiendo caído enfermo un día en que se celebraban juegos votivos en el Circo, siguió, acostado en su litera, tras los carros que conducían a los dioses. Otro día, durante los juegos con que acompañó la dedicación del teatro de Marcelo, habiéndose roto la suspensión de su silla curul, cayó de espaldas, y durante una representación que daban sus nietos, no pudiendo por ningún medio contener ni calmar al pueblo, que temía se derrumbase el anfiteatro, dejó su puesto y marchó a sentarse en el que se creía más amenazado.

421. Inmensa confusión reinaba entre los espectadores, que se sentaban por todas partes indistintamente; mas corrigió este abuso, movido por la injuria que recibió en Putéolo en unos juegos muy concurridos un senador a quien nadie quiso dejar asiento encontrándose lleno el teatro; mandóse, pues, por decreto del Senado, que siempre que se diesen espectáculos públicos la primera fila de asientos quedase reservada para los senadores. Prohibió que en Roma los embajadores de naciones libres y aliadas se sentasen en la orquesta, porque descubrió que muchos de ellos eran de raza de libertos. Separó al pueblo del soldado, y señaló asientos especiales para los plebeyos casados; a los que aún vestían la pretexta señaló ciertas gradas, en las que tenían a su lado sus maestros, y prohibió la entrada a los que iban mal vestidos. En cuanto a las mujeres, que antes estaban confundidas con los espectadores, quiso que tuvieran asientos separados y que no asistiesen a los combates de

gladiadores sino en las gradas más altas. Señaló a las vestales sitio especial en el teatro, junto a la tribuna del pretor.

422. En cuanto a él, presenciaba los juegos del Circo desde la casa de algún amigo o liberto suyo, y algunas veces desde un pulvinar, semejante al de los dioses, en el que se sentaba con su esposa y sus hijos. No era cosa rara que se ausentara del espectáculo durante muchas horas y hasta días enteros; en estos casos pedía permiso, designando a alguno para que presidiese en su lugar. Pero cuando asistía se mostraba muy atento, sobre todo para evitar los murmullos con que recordaba había advertido frecuentemente el pueblo a César, su padre, que se ocupaba en medio del espectáculo en leer cartas o memoriales y en contestarlos, o bien porque en efecto le agradasen mucho estas representaciones, como más de una vez confesó francamente.

423. Así es que se le vió con frecuencia dar de su dinero coronas y recompensas cuantiosas hasta en juegos y fiestas no ofrecidas por él, y nunca asistió a las luchas griegas sin premiar a cada concurrente con galardón proporcionado a su mérito. Experimentaba cierta pasión por los pugilatos, especialmente entre latinos, y entre estos últimos no gustaba de ver solamente a los atletas de profesión que se habían ejercitado en batirse con los griegos, sino a los que sin reglas y sin arte luchaban en el estrecho espacio de los callejones. Todos aquellos, sin excepción, que dedicaban su industria a los espectáculos públicos, le parecían dignos de su cuidado. Mantuvo los privilegios de los atletas y concluyó por aumentarlos. Prohibió que se hiciese combatir a los gladiadores hasta la muerte[7]. Limitó al recinto de los juegos y del teatro la autoridad coercitiva que una ley antigua daba a los magistrados sobre cómicos en todo tiempo y lugar, lo cual no le impidió sujetar a reglas muy severas las luchas de los atletas y los combates de los gladiadores.

Trad. *Bib. Clás.* *Id.*, págs. 72-74

[7] Disposición que duró poquísimo, pues uno de los gozos mayores de las masas precisamente consistía en asistir al remate sangriento de los vencidos.

CALIGULA

«Ludi» dados por Calígula

Vida de Gayo Calígula. 17

424. En el último de estos festines hizo distribuir a los hombres trajes para el Foro y cintas de púrpura a los niños y a las mujeres. Para aumentar perpetuamente el regocijo público en las fiestas saturnales, les añadió un día llamándole *Juvenalem* (fiesta de la juventud).

425. Dió muchas veces combates de gladiadores, unos en el anfiteatro Tauro [8], otros en el Campo de Marte, y presentó en ellos grupos de luchadores de Africa y de Campania, elegidos entre los más famosos de estos países. Cuando no presidía personalmente estos espectáculos, encargaba hacerlo a los magistrados o a sus amigos. También dió juegos escénicos, muchos y muy variados, algunas veces durante la noche y a la luz de inmensa cantidad de antorchas. Mandaba a los espectadores regalos de toda clase y hasta cestos llenos de pan y de carne... Los juegos que dió en el Circo duraron algunas veces desde la mañana a la noche, teniendo por intermedios, en tanto una cacería de animales africanos, en tanto una carrera troyana.

426. Algunos espectáculos de éstos fueron notables, especialmente por estar sembrada la arena de bermellón y polvo de oro y porque solamente senadores dirigían los carros. Otros, en fin, se dieron repentinamente, como el día en que, examinando desde el palacio Glotino los preparativos comenzados en el Circo, accedió a la petición que le dirigieron algunas personas desde lo alto de las casas menianas. Inventó además un género de espectáculo superior a cuanto se había visto. Hizo construir en el mar, entre Baias y Putéolo, en un espacio de cerca de tres mil seiscientos pasos, un

---

[8] Era este anfiteatro de hechura sorprendente, que por medio de artificios mecánicos lo mismo formaba dos teatros aislados que un solo anfiteatro para «venationes».

puente formado por doble fila de naves [9] de transporte traídas de todos los mares, sujetas con anclas y semicubiertas con pavimento cuya forma recordaba la vía Apia. Durante dos días no hizo más que pasar y repasar por aquel puente; el primero, en caballo magníficamente enjaezado, llevando corona de encina en la cabeza, escudo en una mano y la espada en la otra, y sobre los hombros clámide bordada de oro; a la mañana siguiente, con traje de auriga, en un carro arrastrado por dos famosos caballos. En esta ocasión precedíale el joven Darío, que pertenecía a los rehenes de los parthos, y seguíale su guardia pretoriana y sus amigos en carros. Han creído algunos que imaginó aquel puente con objeto de igualar a Xerxes, tan admirado por haber echado uno en el estrecho de Helesponto, mucho más corto que el de Baias; otros, que quiso asustar con la fama de aquella gigantesca empresa a la Germania y Bretaña, a las que amenazaba con la guerra. Sé todo esto; pero siendo niño aún oí decir a mi abuelo que la única razón de aquella obra revelada por la gente de servicio de palacio, fué que el matemático Trasylo, viendo vacilar a Tiberio en la elección de sucesor e inclinarse a su nieto natural, había afirmado «que Gayo no sería Emperador como no atravesase a caballo el golfo de Baias».

Trad. *Bib. Clás.* *Id.*, págs. 163-164.

CLAUDIO

«Los que van a morir te saludan»

Vida del divino T. Claudio D. 21

427. Distribuyó muchas veces congiarios al pueblo. Dió juegos tan frecuentes como magníficos, y no se atuvo a las representaciones ordinarias en los sitios acostumbrados; imaginó otros espectáculos y reprodujo los antiguos dedicándoles nuevos parajes. Cuando reconstruyó el teatro incendiado de Pompeyo dió la señal de los juegos de la dedicación desde lo alto de una tribuna colocada

[9] La magnífica hechura y construcción de las dos naves del tiempo de Calígula se advierte en las célebres naves, extraídas después de tantos siglos del fondo del lago de Nemi; la de la época tiberiana tiene [illegible], y la de Calígula, 71 × 24, mayores que las que usó Nelson.

en la orquesta, después de haber sacrificado a los dioses en la parte superior del edificio [10], desde donde bajó a ocupar su puesto atravesando el recinto en presencia de toda la asamblea sentada y silenciosa. Celebró también los juegos seculares, cuya época había adelantado Augusto, según pretendía entonces, aunque dice él mismo en sus memorias «que este Emperador, después de larga interrupción los ordenó en su debido tiempo, habiendo calculado exactamente los años transcurridos».

428. Dió muchas veces juegos de Circo en el Vaticano, y en ocasiones, después de cinco carreras de carros, celebrábanse cacerías de fieras. Adornó el Circo Máximo con barreras de mármol y metas doradas, cuando las antiguas eran de madera o de piedra tosca. Designó asientos para los senadores, que, hasta él, no los tuvieron fijos [11]. Además de las luchas de las cuadrigas, dió espectáculos de juegos troyanos y cacerías africanas ejecutados por un escuadrón de jinetes pretorianos, con sus tribunos a la cabeza y hasta el mismo prefecto con ellos. También presentó a los jinetes tesalianos que persiguen en el Circo toros salvajes [12], les saltan sobre el lomo, después de cansarles a la carrera, y los derriban cogiéndoles por los cuernos.

429. Multiplicó los espectáculos de gladiadores y los dió de muchas clases: uno anual en el campamento de los pretorianos, pero sin aparato ni lucha de fieras; otro en el Campo de Marte, con la forma y duración acostumbradas; otro, además, en el mismo sitio, pero completamente nuevo, de poca duración, y al que llamó la *sportula*, porque al anunciarlo por primera vez dijo «que invitaba al pueblo como a una cena improvisada y sin aparato». No había espectáculo en que se mostrase más afable y alegre; veíasele contar por los dedos de la mano izquierda y en alta voz, como el pueblo, las monedas de oro ofrecidas a los vencedores; invitar él mismo y excitar a todos los espectadores a la alegría, llamándoles de tiempo en tiempo «señores», y mezclando en ocasiones a sus palabras bromas de pésimo gusto.

---

[10] Al templo de Venus adosado al teatro llamó TERTULIANO *arsem omnuum turpitudinum.*

[11] Debe tenerse presente que aquí sólo se trata de los espectáculos dados en el Circo, porque en el teatro y en los juegos escénicos tenían los senadores desde muy antiguo sitios especiales, de la misma manera que los caballeros, puestos que estaban designados por las leyes Roscia y Julia. Nerón hizo por los caballeros lo que Claudio por los senadores. (*Nota del traductor.*)

[12] Los tesalianos, dice PLINIO, han inventado una manera particular de matar los toros: un jinete se acerca a ellos al galope, los coge por un cuerno y les tuerce el cuello. El dictador César fue el primero que dió este espectáculo en Roma. (*Nota del traductor.*)

430. El rasgo siguiente tenía al menos el mérito de ser acertado consejo dado con oportunidad. Habiendo concedido la varilla de licencia a un «essedario»[13], a petición de cuatro hijos del mismo, y viendo al público aplaudir, en seguida hizo circular las tablillas en las que mostraba al pueblo «la gran conveniencia de tener hijos, puesto que eran fuente de favor y fuerza hasta para un gladiador». Hizo representar en el Campo de Marte, como simulacro de la guerra, la toma y saqueo de una ciudad y la sumisión de los reyes de la Bretaña, presidiendo él mismo con traje de general. Antes de desecar el lago Fusino, quiso dar en él una naumaquia; pero habiendo exclamado los combatientes, al pasar delante de él, «Salve, Emperador; los que van a morir te saludan», y habiéndoles contestado Claudio: «Salud a vosotros», ya no quisieron combatir, alegando que aquella contestación era su indulto. Durante algún tiempo deliberó si les haría perecer a todos por el hierro o por el fuego, y al fin bajó de su asiento, corrió acá y allá alrededor del lago, con paso vacilante y actitud ridícula, amenazando a éstos, rogando a aquéllos, concluyendo por decidirles al combate. Vióse en este espectáculo abordarse una flota siciliana y otra rodiana de doce trirremes cada una, habiendo dado la señal la trompeta de un Tritón de plata, que una máquina hizo surgir del centro del lago.

Trad. *Bib. Clás.* *Id.*, pág. 204.

DOMICIANO

«Ludi» ofrecidos por Domiciano

Vida de Tito F. Domiciano. 44

431. Dió en el Anfiteatro[14] y en el Circo espectáculos dispendiosos y magníficos; en el Circo, además de las bigas y cuadrigas, doble combate de caballería e infantería; y en el Anfiteatro una

[13] Gladiador que combatía sentado en carro. En total, según diversas armas y estilos, se calculan en 16 las clases que había de «gladiatores».

[14] Según Clemente, todos los Emperadores tuvieron interés por el «vivarium» que se encontraba fuera de la Puerta Mayor en la zona circunscrita por los acueductos. Allí se guardaban las fieras para los juegos públicos. Al cuidado del «vivarium» había cohortes urbanas y pretorianas.

Parece había otro «vivarium» en el área misma donde hoy se emplaza la Iglesia de

naumaquia. Las cacerías de fieras y los combates de gladiadores se celebraban de noche, a la luz de antorchas; y viéronse luchar en la arena, no sólo hombres, sino mujeres... Vióse hasta doncellas disputarse en el estadio el premio de la carrera.

432. Presidía estos juegos, con calzado militar, toga de púr-

---

los Santos Juan y Pablo. Este era para la escuela de los «bestiarios» que habían de formarse y adiestrar a las fieras.

Según cálculos de Loisel, Augusto, del 29 a. C. al 14 d. de Cristo, tuvo en su vivario un total de unos 3.500 animales, entre ellos 420 tigres, 260 leones, 600 fieras africanas (panteras, leopardos, etc.), un rinoceronte, un hipopótamo, focas, elefantes, osos, águilas, 36 cocodrilos y una serpiente de 25 metros. Después consta que tuvieron:

El «vivarium» de Calígula, 400 bestias africanas, 400 osos y camellos.

El idem de Claudio, cuatro tigres domesticados, 300 fieras africanas, 300 osos.

El idem de Nerón, 300 leones, 400 osos, algunos elefantes.

El idem de Tito, 5.000 bestias salvajes, 4.000 animales domesticados.

El idem de Domiciano, dos rinocerontes bicornios, un bisonte, un búfalo, leones, tigres, elefantes, osos, caballos en gran cantidad.

El idem de Trajano, 11.000 entre bestias feroces y domesticadas.

El idem de Adriano, 1.000 bestias salvajes, de ellas 100 leones y 100 leonas.

El idem de Antonino Pío, 100 leones, antílopes, rinocerontes, elefantes, avestruces, etcétera.

El idem de Cómodo, 100 leones, 100 osos, cinco hipopótamos, jirafas, tigres, rinocerontes, elefantes, avestruces.

El idem de Septimio Severo, 700 osos, leones, panteras, onagros, bisontes, elefantes, jabalíes.

El idem de Caracalla, rinocerontese, cebras, leones, entre ellos el famoso león «Acinaces», que el Emperador solía llevar a su lado lo mismo a la mesa que al dormitorio.

El idem de Heliogábalo, 51 tigres, leones, hipopótamos, un rinoceronte, avestruces, osos, elefantes, cocodrilos... Según Lampridio, Heliogábalo gozaba con leones y tigres sin colmillos, adiestrados por domadores, a los que en un momento improviso hacía aparecer en los banquetes para ver el pavor de los comensales ante las fieras, y después regalábalas. También solía enviar a sus parásitos vasos llenos de sierpes, escorpiones y otros reptiles semejantes.

El idem de Alejandro Severo, 10 elefantes. Gustábale sobre todo la variedad de aves y pájaros. Según Lampridio tuvo 20.000 entre palomas, pavos reales, faisanes, gallinas (raras), canarios, en los tenía sus delicias.

El idem de Gordiano I, 1.000 osos, 100 tigres, 100 jirafas, 100 toros de Chipre, 30 onagros, 10 alces, 300 avestruces, cantidad de cabríos monteses, gamuzas, jabalíes.

El idem de Gordiano II, 60 leones domesticados, 10 leones reales magníficos, 30 leopardos domesticados, 10 tigres, 10 hienas, 32 elefantes, un rinoceronte y un hipopótamo.

El idem de Filipo. Se recuerda que para la fiesta milenaria de Roma ofreció en el Anfiteatro espectáculos de miles de fieras y animales.

El idem de Galieno y Aureliano. Aunque se sabe que los dos eran cuidadosos del «vivario», en concreto sólo se conoce en cifras que el primero tenía 200 bestias salvajes de la Libia, domesticadas.

El idem de Probo, 1.000 avestruces, 1.000 ciervos, 1.000 jabalíes, 100 leones, 100 leonas, 200 leopardos, 300 osos, jirafas, gamuzas...

Además de este «vivarium» imperial de fieras, existían en Roma y sus alrededores grandes parques zoológicos para animales domesticados.

Los Emperadores, para entretenimiento de sus personas y familias, tenían además

pura a la griega y una corona de oro en la que estaban grabados Júpiter, Juno y Minerva; tenía a su lado al gran Pontífice de Júpiter y al colegio de los sacerdotes flavianos vestidos todos como él, llevando en sus coronas, además de las imágenes citadas, la efigie del Emperador.

II. "Ludi" en particular

DIONISIO DE HALICARNASO

Este célebre historiador griego, de alma y de formación helénica, debió de nacer hacia el 60 a. de J. C. Se sabe que llegó a Roma por razón de sus aficiones literarias el año 30 a. de J. C. y permaneció en esta capital por lo menos 22 años. Publicó su obra *Historia Antigua de Roma* allá por el 8 ó 7 antes de Cristo. Enemigo de los métodos históricos a base de descripciones especialmente militares, procuró encauzar su historia por vías de tendencia política y de filosofía práctica. Nunca atinó con el espíritu jurista romano, y así muchas de sus soluciones son subjetivas. De su obra sólo han quedado para la posteridad íntegros los libros del 1 al 10, el 11 con lagunas y los demás en escasísimos fragmentos. Su documentación es muy rica y variada. Nosotros hemos escogido de sus escritos la descripción de las pompas circenses de que él mismo fué testigo presencial en el Imperio de Augusto porque, nos revela cómo el espíritu pagano estaba adentrado hasta lo más íntimo de la constitución romana, factor importantísimo para la solución real del caso de tantos martirios, pues se ve también en las actas que en los teatros, sitios públicos y anfiteatros, lugares de suplicio de tantos mártires, se cumplían muchos de los detalles ritualistas apuntados aquí por DIONISIO DE HALICARNASO.

---

parques zoológicos privados; uno se conoce para elefantes en Ardea, a seis kilómetros del mar, y otro en Tívoli para tigres, antílopes, leones, etc.

Las preferencias imperiales eran por los leones, cuyas melenas espolvorearon más de una vez con polvo de oro. Heliogábalo paseaba por la colina vaticana, guiando él mismo una carroza tirada por parejas de leones y tigres. En esto imitó a Antonio, que viajó de Brindis a Roma en carroza de leones. Recuérdese que hubo Emperador que en sus cacerías usó leones en vez de perros.

Una pompa Circense[1]

Historia antigua de Roma, VII, 71-73

433. Entre otras cosas creo que ocupa el primero y principal lugar la tradición de los dioses y genios nacionales propios de cada país. Pues ésa guardan por larguísimo tiempo lo mismo los griegos que los bárbaros, y apenas admiten innovaciones en esta materia, sin duda por miedo a castigos del cielo. Y en esto son aún más tenaces los bárbaros, por muchas razones, que el poco tiempo

[1] A la mentalidad moderna le cuesta habituarse a pensar que en Roma los juegos, lo mismo del teatro como sobre todo del circo y del anfiteatro, tuvieron origen y modalidad religiosa, y que se consideraron como muy relacionados con los dioses, por lo menos oficialmente, hasta la época de Constantino. El teatro de Pompeyo tenía como su ornato principal un magnífico templo de Venus, y en las grandes pompas del Circo y del Anfiteatro jugaban importantísimo papel las estatuas de oro y plata de dioses y Emperadores divinizados, conducidas a estos lugares en andas o por elefantes. Los «teatros» eran en general para representación y bailes; los «circos» para carreras de cuadrigas, trigas y bigas y para congiarios extraordinarios; los «anfiteatros» para luchas de fieras contra fieras, hombres contra fieras, gladiadores contra gladiadores, y a las veces para naumaquias. Forman familia arquitectónica aparte las «termas», que en tiempo del Imperio cobraron maravilloso desarrollo y elegancia. Sólo en las termas de Diocesano cábía nueve veces el edificio del tribunal supremo de Leipzig. Su amplitud y magnificencia se explican si se considera el fin de estos locales y que además de baños públicos y privados de agua fría, templada y caliente (hasta de vapor), contenían salones destinados al solaz y esparcimiento de lo más selecto de la sociedad romana, con sus estadios, con sus palestras, efebeos, gimnasios, xystos, paseos, salas de recreo y de lecturas y riquísimas bibliotecas. Dotadas de eficaces hypocaustos, disponían de agua caliente para baños de a unos 40 grados. Las termas estaban edificadas de modo que lo primero ofrecían el *apodyterium*, donde se desnudaban los bañistas; junto a esto estaba el *tepidarium*, local templado donde se preparaba el cuerpo para luego pasar al *caldarium*. Después del baño del *caldarium*, o gozaban del *frigidarium* (baños de agua de temperatura natural), o se divertían nadando en la piscina. Por fin, en el *destrictarium*, se secaban, dábanse el masaje y se perfumaban. En las mayores termas podían estar bañándose 4.000 personas a la vez. El teatro romano de más vasta capacidad era el de Pompeyo, con cabida para unas 16.000 personas; el anfiteatro mayor, el Flavio, para unos 50.000 espectadores (en tiempo de Constantino, alrededor de 70.000). El circo más célebre era el Máximo, con graderías para contener de 200 a 300.000 personas. Dionisio de Halicarnaso, en el pasaje que entresacamos de su *Historia*, sólo se refiere a las fiestas del Circo Máximo. Todos estos edificios abundaban en columnas, ornacinas, nichos, aras y ábsides con dioses y diosas, con figuras y mosaicos de alusiones mitológicas, no menos que en nuestros templos los santos del Cristianismo y las escenas del Antiguo y Nuevo Testamentos. Sería un ambiente de paganismo; pero no hay duda que era ambiente de intensa religión patria.

disponible nos hace omitir aquí [2]. El hecho es que series de épocas larguísimas no han logrado hasta el día de hoy el que estos pueblos abandonen sus dioses patrios ni que los cambien, y eso ni siquiera países como el egipcio, el africano, los galos, los escitas y los indios (por no citar sino algunos), pues ningún pueblo de los primitivos cede lo suyo en esto si no es que sometido a poderes extranjeros se vea forzado a aceptar religiones extrañas.

434. Cosa en la que el pueblo romano es muy privilegiado, pues en vez de ser sometido a otros, él es el dominador de los demás. Si pues hubieran sido gentes salvajes no sólo no hubieran cambiado los ritos propios y las religiones nacidas con ellos gracias a los cuales han obtenido tanto poder y fortuna, sino que las hubieran impuesto a los pueblos por ellos sujetos, con la convicción de que nada más hermoso que el que todos adorasen a su modo sus dioses [3] y nada hubiese impedido el que hubieran llevado toda la Grecia a sus cultos bárbaros primitivos, ya que cuenta Grecia la séptima edad debajo de la dominación romana [4].

435. Sé que habrá quienes de lo que ahora se ve hacer en Roma deduzcan argumentos de lo que eran sus primeras instituciones religiosas. Pero yo, para que no crea nadie que mi argumento no tiene fuerza, partiendo del falso supuesto de que Roma, vencedora, dejando sus bellas instituciones, tomaba los ritos de Grecia dominada, hago partir mi explicación de la época previa en que Roma todavía no había sujetado ni Grecia ni ninguna otra de sus provincias transmarinas. Y en ello seguiré las huellas de Q. Fabio, cuyo sólo nombre y autoridad me bastan. Ni tengo por qué acudir a otros, ya que es él, autor romano antiquísimo, capaz de dar fianza de cuanto afirma, pues no contento con usar del testimonio de otros, en muchos casos habla como testigo ocular.

436. Pues bien: estos juegos (circenses) [5] decretóles el Senado

---

[2] Uno de los fines particulares de esta parte en el autor es querer probar el origen griego de los primeros moradores de la Roma naciente. Con este motivo, DIONISIO DE HALICARNASO no deja de proponernos normas de etnología religiosa que sorprenden por sus principios y razonadas conclusiones etnológicas, tan del gusto moderno.

[3] Como es natural, prescindimos de la fuerza persuasiva de estas razones.

[4] Cuando Aníbal daba quehacer a Roma, el Imperio de Alejandro Magno estaba dividido en tres reinos: el de Macedonia, el de Siria y el de Egipto. A su lado pululaban pequeños estados. Roma trabajó por evitar la coalición de esos tres grandes reinos y procuró ayudar a los pequeños estados contra los grandes. Dividirlos primero y conquistarlos luego uno por uno fué su programa. Del 202 al 196 (antes de Cristo) cae Macedonia y vino la libertad de Grecia. El 148 Macedonia queda convertida en provincia romana, y Grecia sucumbía bajo Roma el 146.

[5] Los teatros en general estaban contruídos en las laderas de montecillos; los circos en llanuras. Las partes principales del circo eran: la «arena», donde corrían los

romano (y como antes dije) con voto [6] que hizo el dictador A. Postumio en sus guerras con los pueblos latinos [7], quienes habiendo abandonado al pueblo romano intentaban y querían reducir al mismo Tarquino a su poder. Determinó gastar al año en estos sacrificios y juegos quinientas minas de plata, uso que siempre siguió después el pueblo romano hasta la guerra púnica. No hay duda que en estos días sagrados se hacen muchas cosas a la usanza griega en las mismas fiestas, ya en el modo de recibir a los huéspedes, ya en las treguas de guerra, ya en detalles que sería largo enumerarlos ahora, y sobre todo en la solemnidad de la pompa y en el estilo de ofrecer los sacrificios, los cuales eran del siguiente modo:

437. Antes de comenzar los juegos, las autoridades llevaban en pompa a los dioses del Capitolio por el Foro al Circo Máximo. En esa pompa, el orden era el siguiente: Ante todo, porque la edad les acompañaba para ello, iban mancebos jóvenes montados a caballo: los hijos de padres del orden ecuestre; los demás a pie, ya que también les correspondería después guerrear así. Los de a caballo iban distribuídos en diversas compañías y alas; los de a pie ordenados en clases y diferencias, como si fuesen a un certamen literario; de modo, se ve, que diera a los forasteros la impresión de con qué juventud tan numerosa y rozagante contaba la ciudad.

438. Seguíanles los conductores de las cuadrigas [8] y bigas y

---

carros; las «cárceres», de donde arrancaban las cuadrigas etc.; las «graderías» del público, y el «pulvinar», para los Emperadores. De frente a las «cárceres» estaba la puerta triunfal. La «spina» central dividía el circo en dos partes y terminaba en «metas», y a su alrededor se hacían los recorridos de los carros.

[6] Por esta época también, aunque un poco antes que este voto, siendo cónsules A. Sempronio y M. Minucio, tuvo lugar la dedicación del templo de Saturno y la célebre institución de las fiestas saturnales.

[7] A. Postumio, antes de ser dictador, desconfiando de su colega en el consulado T. Virginio, había abdicado el consulado; pero bien pronto, por las críticas circunstancias de Roma en la guerra contra los latinos, fué nombrado dictador; luchó también, derrotándoles brillantemente, contra los sabinos. El Senado y pueblo le concedieron asiento curul en los juegos del circo.

[8] Los aurigas contendientes, lo mismo los de troncos de a cuatro, de a tres y los de a dos caballos se diferenciaban entre sí por diversos colores, como ocurre hoy con los equipos de nuestros juegos. Domiciano añadió dos equipos más a los cuatro simultáneos que ya había para cada carrera y distinguió a los suyos con trajes de púrpura y dorados. Los aurigas vencedores y los gladiadores o venatores felices llegaban a ser los ídolos del pueblo y un peligro de infidelidad para las matronas aun más distinguidas de Roma. TÁCITO, en el *Diálogo de los oradores* (núm. 29), indica la pésima educación de los mejores niños romanos que en sus palacios sólo oían palabras sobre histriones y notaban ya la ardiente pasión de los suyos por gladiadores y aurigas. Un caso típico de delirio y frenesí popular fué el que se tuvo en Roma, por ejemplo, por Lucio Prisciliano, que en un solo día combatió solo contra un oso, una pantera, una leona y un león, y eso

los que montarían sobre los caballos aislados. Detrás los atletas de combates pesados y ligeros con todo el cuerpo desnudo, salva la cintura. Esta costumbre todavía en mis días dura en Roma, como se usaba bien antiguamente en Grecia. La quitaron los lacedemonios, pues el primero de quien se sabe que empezó a correr del todo desnudo en el estadio de Olympia fué Acanto, natural de Lacedemonia, en la 15.ª Olimpíada. Antes de esto todos los griegos juzgaban indecoroso presentarse del todo desnudos en los juegos ante el público. Testigo de ello bien grave y antiguo por cierto, Homero mismo, quien siempre presenta a sus héroes ceñidas las cinturas...

439. Conste, pues, que los romanos conservan aún el día de hoy la antigua costumbre de los griegos, y que diversamente que nosotros no han cambiado nuestra primera usanza.

440. En pos de los atletas iban muchos coros de danzantes divididos en tres grupos: primero los mayores de edad, después muchachos aún imberbes, y los últimos, niños. Acompañábanles detrás flautistas que tocaban chirimías cortas y arcaicas, como todavía aún hoy se usa, y citaristas con liras de marfil de siete cuerdas y «barbitos», que así los llaman. Los griegos, mis paisanos, han dejado esta costumbre, con ser originaria suya; pero los romanos la guardan para todas las ceremonias religiosas de sabor antiguo. El equipo de los bailarines eran túnicas de escarlata fijadas con tahalíes de chapas de bronce, con espadas colgadas a la cintura y lanzas en las manos más cortas que las medianas. Al paso, los hombres lucían sus yelmos de metal, haciendo flotar en ellos plumas y crestas airosas. A cada coro precedía su respectivo jefe dando a los demás con sus ademanes la pauta y maneras de la danza. Movimientos de carácter bélico y rápido, con ritmo casi siempre de pie métrico, que consta de cuatro sílabas breves. Este género rítmico es también de procedencia griega y antiquísima: danza armada que llaman pírrica, ya sea invención de Minerva, de quien se cuenta que después de la derrota de los titanes fué, por la alegría, la primera en hacer coros y bailar armada, componiendo a la vez himnos de victoria; ya sea invento de los curetes, mucho más antigua aún, cuando según da la leyenda procuraban adormecer a Júpiter niño con el estrépito de las armas, combinado con graciosas gesticula-

---

después de haber dado antes muerte a otras bestias feroces. Sus triunfos populares los hubieran deseado los más insignes generales. Sólo así se explica la afición que tuvieron a ejercitarse en el arte gladiatoria y de la carrera, no sólo Emperadores como Nerón, Cómodo y Domiciano, sino también Adriano y el mismo Tito.

ciones. Da a entender también Homero cómo esta costumbre es también originaria de Grecia y de mucha antigüedad...

441. Y aparece clara la procedencia griega no sólo en el género de estas danzas gimnásticas en que se ejercitaban en coros —costumbre todavía aún de uso en las pompas y sacrificios religiosos más solemnes de Roma—, sino también en el modo picaresco y mordaz de la clase misma de las danzas. Porque, en efecto, tras los bailarines siguen grupos de histriones de aire satírico al estilo griego. Los trajes que vestían eran: los que representaban a los silenos, túnicas velludas, por nombre «jortaios», y corpiños cortos y ajustados de variado color; pero los que representaban a los sátiros, calzones y pieles de cabrito y crines erizadas en la cabeza, y cosas parecidas. Estos realizaban bailes pesados, pero de modo tan ridículo y truhanesco que eran para despertar la hilaridad de todos. Aun por lo que se hace en los triunfos de Roma, se ve, en efecto, que esta clase de danzas burlescas y pícaras revelan una tradición antiquísima. Pues sabido es que aun en medio de la pompa misma les es lícito a estos tales, detrás de la comitiva, dirigir saetillas y yambos burlones contra caballeros insignes y los Emperadores mismos. Uso antiguo ateniense en que los que seguían en carro a las procesiones triunfales podían echar chistes contra cuantos les salían al paso. Ahora se cantan piezas poéticas compuestas para cada caso.

442. Ni sólo esto: aun en los funerales de hombres, sobre todo insignes, entre otras ceremonias solemnes yo mismo he visto grupos de satíricos precediendo al féretro, dando sus brincos y haciendo carantoñas al modo de los sátiros. Y no quisiera ofender a nadie con extenderme tanto en declarar que el origen de estas exhibiciones satíricas no es de los ligures, ni de los umbros, ni de ningún otro pueblo primitivo de Italia, sino netamente griego.

443. Tras estos bailarines siguen y pasan bandas de flautistas y zampoñeros, y algo después, grupos agitando incensarios y con navetas encendidas de perfumes para así llenar de esencias todo el trayecto, al paso que otros portan en sus manos vasos sagrados y profanos de subido valor artístico de oro y plata. Y cerraban por fin la procesión los simulacros y pasos de los dioses transportados en hombros, con las mismas formas y hechuras, con la misma vestidura y con los mismos atributos y donativos con que los vemos en Grecia: cada dios con los inventos y beneficios que ha traído a los hombres. Ni van allí sólo Júpiter, Juno, Minerva, Neptuno y otros que los griegos los tienen entre los doce dioses principales, sino otros más arcaicos aún y de los cuales dicen procedieron los

doce anteriores: Saturno, Rea, Themis, Latoria, las Parcas, las Mnemóssinas y toda la serie de divinidades a quienes Grecia dedicó templos y altares. Acompáñanles también dioses nacidos después de que Júpiter reina en los cielos: Proserpina, Lucina, las Ninfas, las Musas, las Horas, las Gracias, Líbero [9]. Añádanseles imágenes de héroes que, hombres mortales primero, libres ya después del cuerpo, subieron al cielo y allí gozan de honores divinos, tales como Hércules, Esculapio, Cástor y Pólux [10], Elena y Pan, y así seiscientos otros.

444. Ahora pregunto yo: Si los fundadores de Roma y los instituidores de esta solemnidad hubieran sido bárbaros, ¿cómo se explica que en esta pompa, dejando sus dioses patrios, hubiesen tomado los genios y dioses de los griegos? En otro caso, pruébesenos que además de Grecia hay alguna otra nación que tenga estos mismos dioses como domésticos suyos, y entonces se podrá creer rebatida nuestra argumentación.

445. Terminada la procesión, al punto los cónsules y los sacerdotes a quienes competía, juntamente con los arúspices, inmolaban las víctimas exactamente como nosotros. Pues lavadas primero las manos y después purificadas las víctimas con el rocío del agua lustral, y espolvoreada la cabeza de las mismas con harina mezclada con sal y recitadas las preces de rito, se mandaba a los encargados matar la víctima [11]. Unos, estando aún el animal en pie, le daban el hachazo; otros le hundían debajo cuchillos, y ya despellejado el animal lo despedazaban miembro por miembro, y cogiendo las primicias de las entrañas y de los demás miembros, rociados de antemano de harina sagrada, los ofrecían en canastitos a los sacrificadores. Estos, poniéndolos en las aras, los queman y liban vino

---

[9] Este Líber es del que indica SAN AGUSTÍN, que difícilmente se puede imaginar culto más repugnante y obsceno que el que dedicaban a este dios algunos pueblos durante un mes consecutivo y del que fué testigo él mismo en su juventud (*La Ciudad de Dios*, lib. IV, cap. 21).

[10] Aún se conservan en la plaza del Capitolio dos magníficas estatuas, con sus sendos caballos, de los dos hijos de Júpiter y Leda. El huevo origen de estos dos héroes, patronos de las carreras ecuestres, pasó a ser un motivo de ornamentación usadísimo en los monumentos romanos antiguos y modernos.

[11] Los sacrificios más corrientes en tiempo del Imperio eran los llamados *suovetaurilia* (sus, ovis, taurus), todos animales domésticos. En estos sacrificios, cuando eran solemnes, intervenían el «agorero» (arúspice), que observando las entrañas de los animales presagiaba el porvenir (ómina); con él se ven en muchísimos relieves de la época, el «popa», que derribaba el animal al golpe de una maza: el «cultrarius», que hundía el cuchillo en el animal derribado, y el tercero, que sacaba las entrañas que hagían de ser objeto de examen del arúspice y parte del sacrificio.

sobre ellos mientras lo devora todo el fuego [12]. Costumbres todas ellas de los sacrificios griegos, como muy bien puede colegirse con sólo leer a HOMERO...

446. Yo mismo he sido testigo presencial del modo de estos sacrificios romanos; y contento con sola esta prueba, oso asegurar que los fundadores de Roma no fueron brbaros, sino griegos venidos de diversas partes. Bien puede ser que unos bárbaros en más de un punto puedan convenir con los griegos en algunas de sus fiestas y sacrificios; pero que sea tan grande la coincidencia en casi todo, ciertamente se hace difícil de creer.

447. Ahora sólo dos palabras de lo que seguía, hecha ya la procesión. Lo primero que se celebra son las carreras de las cuadrigas, de las bigas y de caballos sueltos, todo al estilo griego, y como se usa todavía en los juegos olímpicos [13]. En estas carreras de caballos se deben anotar dos cosas como costumbres antiquísimas, y que todavía en mis días las guardan los romanos. Es una la carrera de las trigas, ya desusada en Grecia, institución antigua y heroica que se lee en tiempo de los griegos de Homero. Consiste en que a dos caballos uncidos (una biga) se les ate con una rienda otro tercer caballo libre, que por una parte esté atado a los otros, pero sin formar con ellos un solo tronco. La otra costumbre que todavía se usa en Grecia en algunos sacrificios vetustísimos consiste, a su vez, en que los que han hecho ya la carrera junto con los aurigas, luego terminada ésta, ellos mismos saltan de los carros y luchan entre sí en el estadio. Estos son los que los poetas llaman «parábatas» y los atenienses «apóbatas».

Luego, terminadas las carreras hípicas, entran en el estadio los que contienden con sus cuerpos: corredores, púgiles y luchadores.

---

[12] Aunque en época muy antigua se derramaba también vino al igual que en estos sacrificios sobre las piras y tumbas de los muertos, quedó esto prohibido desde la ley postumia que reglamentó el rito de los funerales.

[13] Véase en los Museos Vaticanos un precioso ejemplar de un carro de carrera etrusco del siglo V antes de Cristo; y aunque las piezas de madera son de ahora, con todo los técnicos conceden que está perfectamente reconstruido. En el «auriga vencedor» de los mismos Museos Vaticanos se advierten las espirales apretadas de la venda con que se ceñían los aurigas el busto para prevenir en las caídas la fractura de las costillas. Asimismo solían llevar fijado al cinto una especie de puñal en forma de alfange, para en caso de peligro cortar los remates de las riendas con que se rodeaban el cuerpo y evitar así un triste desenlace. La representación contemporánea de estos juegos en relieve de más realismo que existen, tal vez sea el bellísimo que se conserva en el Museo de Foligno y el de escenas del Circo de amorcillos y cupidos que se ven en un sarcófago del Museo Vaticano, en el que aparecen tan claras las boletas ovaladas y los delfines que estaban en andamios sobre la «spina» del circo para señalar el número de las vueltas que se daban en cada carrera.

Estas mismas tres clases de jugadores existían ya entre los antiguos griegos, como se lee en HOMERO donde describe los funerales de Patroclo. En los intermedios de descanso de las diversas clases de juegos, según uso, y bien acertado por cierto, de los griegos, tal cual se hace en las fiestas bacanales, se honra con coronas y alabanzas a ciudadanos que lo merecen y se exhiben ante los concurrentes al acto los despojos y trofeos cogidos al enemigo.

A. KIESSLING y V. PROU, págs. 440-445.

PETRONIO

Los «gladiatores», «venatores» y «bestiarii» no hay duda tenían mucha relación con todos los reos «damnati ad bestias», o sea a la lucha con las fieras en los anfiteatros o circos. En eso no se diferenciaban los reos comunes y los cristianos condenados a las fieras por su religión o no culto a los dioses y Césares. Queremos cerrar estas descripciones «ludorum» con dos testimonios de interés, del *Satyricón* de PETRONIO, autor refinadísimo y elegante de dicción, pero de baja ralea moral, que supo en su novela presentarnos con crudo realismo los fondos bajos de una sociedad abyecta y enervada por todas las depravaciones morales. Así se colige mejor la impresión que producían estas luchas a muchos, aun de los mismos paganos que chorreaban sensualidad.

Fiereza de las «venationes»

Satyricón. Cap. 119

448. ...Los tigres africanos, de sus bosques
arrancados se ven, y a Roma vienen
desafiando el mar embravecido
para saciar de sanguinaria plebe
el instinto brutal y en sangre humana
teñir las garras en el circo inmenso,
mientras con sus rugidos se confunden
las voces de entusiasmo que tan bárbaro
placer arranca a muchedumbre odiosa [14].

Tad. de T. MEABE, pág. 312.

[14] SALVIANO, en el lib. VI *Del Gobierno del mundo*, escribe: «Los espectáculos en los que lo sumo de las delicias es ser muertos los hombres o, lo que todavía es más cruel

Juramento de los gladiadores

Satyricón. Cap. 117

449. Juramos sufrir la esclavitud, el fuego, los azotes, la misma muerte, todo lo que quiera de nosotros (¿el lanista?, ¿el amo?, ¿el Emperador?), declarándonos suyos en cuerpo y alma como gladiadores legalmente contratados [15].

Id., pág. 308.

III. Coronas y laureles

La idea de corona, palma, laurel, aplicada a los mártires, es ya de la más primitiva edad de la Iglesia. El martirio para ellos era una milicia, una lucha, una antagonía a vida o muerte entre dos ideas opuestas religiosas: salir triunfantes en esa contienda era merecer «la coro-

---

y amargo que la muerte, el que los hombres son hechos pedazos, pasando sus carnes desgarradas a ser pasto con que se llenan los vientres de animales, mientras gozan con fruición las miradas de los voluptuosos espectadores en tan feroz escena. Con lo que si las bestias devoran a hombres con sus colmillos, los espectadores los devoran a la vez con los ojos. Y para estas diversiones se agota el Erario público. Pues que realmente juegos así acarrean sumos dispendios al Estado, ya que para la caza de las fieras deben muchos internarse por regiones apartadísimas, recorrer bosques y selvas, subir hasta los picachos nublados de los Alpes, penetrar en lo hondo de los valles, y no se deja de escudriñar lugar por secreto que sea; y todo ello para en resumidas cuentas llenar las entrañas de las bestias con entrañas de hombres.» En este cuadro de carnicería antihumano, el poeta cristiano Prudencio, en el lib. II *Contra Símaco*, vv. 1091-1113, añade este detalle de sabor religioso pagano que, aunque exagerado, no deja de ser una nota macabra de colorido virginal: «¿Quiénes son esas vírgenes delicadas cuyos sagrados ojos centellean de placer en las luchas sangrientas, a la presencia de las muertes y de las heridas de los infelices (condenados)? ¡Corazones todo suavidad y ternura! ¡Mirad a las Vestales ponerse en pie para poder examinar mejor golpe por golpe cuantas veces el vencedor hunde el filo de su daga en el cuello del vencido! Y cómo la pudibunda virgen, invirtiendo el dedo hacia abajo, pide se remate al caído atravesándole el pecho, para que en adelante no quede más resto de vida en las aún palpitantes entrañas. Ellas, desde los escaños de preferencia del podio, contemplan a su sabor a los luchadores chorreando sangre por el cuerpo.»

[15] Los gladiadores, muchos de ellos esclavos de guerra, otros de oficio servil, otros voluntarios aventureros, etc., estaban sometidos a una vida férrea de disciplina gladiatoria, con sus jefes, escuelas de esgrima, durísimos entrenamientos bajo leyes determinadas por la autoridad. Se sabe hacían juramento de fidelidad y entrega absoluta a su oficio Petronio nos revela lo sustancial de su fórmula en el párrafo copiado.

na». ¿Qué clases de coronas eran las que entonces se daban a los victoriosos en las batallas y en los certámenes de todo género? Para los romanos, la corona era el sumo de sus aspiracoines cívicas y militares. Recuérdese que la misma columna de Trajano está erigida y se alza sobre una corona de laurel.

AULO GELIO

Diversas clases de coronas militares

Noches Aticas. Lib. V. 6

450. De diferentes clases son las coronas militares [1]. Las coronas «triunfal», «obsidional», «cívica», «mural», «castrense», «naval», son las más honrosas.

451. Existe además otra corona que se llama «oval». También se cuenta la de olivo, aunque ésta no es recompensa de los que han peleado, sino que la llevan los encargados de disponer el aparato del triunfo. La corona triunfal es de oro y la reciben los generales para ceñírsela en honor del triunfo; vulgarmente se la llama *aurum coronarium.* Antiguamente era de laurel, pero después se introdujo la costumbre de hacerla de oro. Corona «obsidional» es la que el general recibe de los habitantes de una ciudad cuyo sitio hizo levantar; fórmanla de la grama que se cuida de recoger dentro del

[1] Adviértase que aquí sólo se trata de coronas militares. En los banquetes y procesiones sagradas y juegos usábanse también muchas guirnaldas y coronas. Las coronas de los convidados a grandes convites hacían juego con las palomas perfumadas que en los salones, al volar, esparcían esencias sobre los comensales. Horacio pide al esclavo copero corona de mirto para el fin del festín. Costumbres todas ellas traídas del voluptuoso Oriente. Las coronas de premios agonales, literarios, poéticos, solían ser de diversas materias y hechuras, aunque las principales eran de encina, de olivo, palma con cintas varias, laurel, metálicas, de hiedras, de mirto y de apio. Es curiosa la descripción que DIÓN CASIO nos hace del triunfo de Nerón en Roma, poco antes de ser éste asesinado. Es toda una página brillante y triste de la época: «Derríbanse las murallas para su entrada.. Ante todo entran en la ciudad los que transportaban las coronas ganadas por Nerón; tras éstos iban los que en grandes picas llevaban colgados los rótulos bien visibles de los títulos de los premios y las clases de los certámenes, indicando ser Nerón el primero de todos los romanos que los hubiera así merecido. Seguía a esto el mismo Nerón conducido en la carroza triunfal que usó Augusto en sus grandes días de triunfo, todo él envuelto en purpura bordada de oro; ceñía sus sienes una corona de acebuche, y delante de él se veía el laurel phytico, o sea de los certámenes

recinto de las murallas de la ciudad liberada. El Senado y el pueblo romanos decretaron dar esta corona a Fabio Máximo por haber alejado a los enemigos de las murallas de Roma en la segunda guerra púnica. Corona «cívica» es la que un ciudadano ofrece a otro ciudadano como prenda de reconocimiento por deberle la salud y la vida en un combate; es un entrelazado de hojas de encina, porque en los primeros tiempos los hombres se alimentaban con los frutos de este árbol. Algunas veces se empleaban para lo mismo hojas de la carrasca, árbol de la misma especie que la encina, como se ve por este pasaje de una comedia de Cecilio:

452. «He aquí que llegan con su corona de carrasca y su clámide. ¡A fe que por vosotros, oh, dioses!» Asegura MASURIO SABINO, en el libro XI de sus *Memorias,* que para darle a uno la corona cívica era necesario, no solamente haber salvado a un ciudadano, sino además haber dado muerte al enemigo que lo estrechaba, quedando a la vez vencedor sobre el terreno mismo del combate, condición según él indispensable para tener derecho a este género de corona. Sin embargo, el mismo autor refiere que Tiberio César, habiendo sido consultado para saber si se podía conceder la corona cívica al que había salvado a un ciudadano y dado la muerte a dos enemigos, pero sin poder mantenerse en el terreno del combate, que lo toman los enemigos, respondió que en este caso debía concederse la corona, porque podía suponerse que el terreno que había servido de teatro a tan notable rasgo de valor era demasiado desventajoso para poder mantenerse en él. L. Gelio, ciudadano ilustre que había ejercido la censura, opinó en el Senado por que se ofreciese a Cicerón la corona cívica como recompensa de la vigilancia y celo con que había descubierto y castigado la horrible conspiración de Catilina. La corona «mural» la concede el general al soldado que

---

en honor de Apolo. A su lado iba con él Diódoro el citarista, y de esta guisa recorrieron el circo y el foro escoltados por soldados, caballeros y el Senado. Así subió al Capitolio, desde donde se dirigió al Palacio. Toda la ciudad lucía guirnaldas y flameaban luminarias, mientras los pebeteros saturaban de incienso el espacio. Toda la ciudad aclamaba, y los senadores los más. «¡Hurra al vencedor olímpico! ¡Hurra al vencedor público! ¡Augusto, Augusto! ¡Hurra a Nerón Hércules, a Nerón Apolo! Tú eres el único victorioso en todo este período, desde que hay memoria. ¡Augusto, Augusto, divina palabra! Felices quienes la escuchan..» Dicho esto mandó celebrar los juegos circenses; y éstas y todas las demás coronas ganadas en certámenes y luchas mandólas llevar al circo y colocarlas en el obelisco egipcio. Las coronas sobrepasaban de 1.808. Después él mismo hizo de auriga..» XIFILINO, LXIII, VI, 2'. Otras clases de coronas estaban también en uso por esta época entre los gentiles: las que se ponían a los muertos, a las estatuas de los dioses y a los asistentes a los grandes convites. De su uso habla despacio y con gran severidad CLEMENTE DE ALEJANDRÍA en *Pedagogo,* II, cap. 8.

se lanza el primero al asalto y penetra delante de todos en el recinto de la ciudad sitiada; por esta razón está siluetada con almenas. La corona «castrense» es la recompensa del soldado que entra el primero con las armas en la mano en el campamento enemigo; en esta corona está representado un valladar.

La corona «naval», que está adornada con salientes de proas, premia el valor del que con sus armas pasa el primero al abordaje de la nave enemiga. Las coronas mural, castrense y naval suelen ser de oro.

453. La corona «oval» está formada de mirto; ceñía la frente de los generales que entraban en Roma con los honores de la «ovación». Merécese ovación y no el triunfo cuando no se ha declarado la guerra en la debida forma o cuando el ejército contra el que se ha peleado está incompleto, o cuando se ha luchado con enemigos de clase vil e indignos, como son esclavos o piratas, o bien cuando habiendo rendido las armas el enemigo, como se dice, sin polvareda, se alcanza la victoria sin oposición ni derramamiento de sangre. Creyóse que para tejer las coronas de victorias tan fáciles bastaba la fronda consagrada a Venus, más que la de Marte, pues el éxito más bien parecía alcanzado bajo los auspicios de Venus guerrera. Cuando iba a entrar M. Crasso en Roma con los honores de la ovación después de su guerra contra los esclavos, despreció audazmente la corona de mirto e hizo le dieran como favor un *senatus-consultum* por el que se le autorizase sustituirla por otra de laurel. Mencionaremos lo que M. Catón echó en cara a M. Fulvio Nobilior de que con móviles de ambición prodigaba estas coronas a los soldados, por fútiles pretextos.

454. Copio sus mismas palabras: «¿Cuándo jamás al principio se hicieron nunca distribuciones de coronas cuando aún no estaba la ciudad tomada ni se veía incendiado el campamento enemigo?» Fulvio merecía las recriminaciones de Catón porque había llegado a dar coronas a sus soldados sólo por el celo con que habían construído empalizadas o abierto pozos. Tampoco debemos omitir, tratándose de la ovación, una particularidad acerca de la cual sé que no están de acuerdo los escritores antiguos. Según muchos de éstos, el general que recibía los honores de la ovación entraba en Roma a caballo; pero Sabino Mario asegura ser propio del «ovacionado» entrar a pie haciéndole la escolta, no los soldados, sino todo el personal del Senado.

Trad. *Bib. Clás.* C. Hosius, vol. I, págs. 215-218.

C) APOTEOSIS IMPERIALES

Recuerden los lectores lo que los romanos llamaban «jurare in acta principis», jurar en los actos del Príncipe. Al morir un Emperador—y eso ya empezó desde Augusto—el Senado juzgaba al Emperador difunto; y según las obras del muerto o se anulaban sus actos, o quedaban éstos confirmados. En el primer caso de la rescisión eran omitidos sus nombres en las listas oficiales de los Emperadores: tal parece haber ocurrido con Tibero y Calígula, aunque se ve después que no por eso dejaron de tener sus flámines en las provincias; en cambio, si quedaban aprobados por el Senado, éste, el pueblo y las legiones juraban en su nombre en los juramentos de fidelidad de cada año, aceptando sus actas y prescripciones. Hecha esta confirmación del Senado, las disposiciones de los Emperadores así aprobadas pasaban a tener para lo futuro fuerza de ley. A esta confirmación acompañaba casi siempre la apoteosis y divinización imperial. Vez hubo, como en el caso de Cómodo, en que el Senado cedió en su oposición ante el capricho de Septimio Severo, pues no raras veces, sobre todo desde Vespasiano, el Senado apenas hacía sino dar gusto a los deseos megalómanos de los Emperadores y sus familias. Los cinco Emperadores Nerón, Galba, Otón y Vitelio y más tarde Domiciano, no llegaron, en parte al menos, a merecer ser incluídos en las honoríficas listas como Príncipes divinizados. La apoteosis de Cómodo bajo todos los conceptos aparece en Septimio Severo una monstruosidad y en el Senado una debilidad. Una de las glorias mayores del Cristianismo es no haber bajado nunca la cabeza a la adulación deificadora de genios y héroes, cuya divinidad no bajaba del cielo, sino subía allá entre el incienso de un Senado y pueblo aduladores.

DION CASIO

Funerales y apoteosis de Augusto

Hist. Romana. XLII, Octaviano Augusto, 43

455. Tiberio, sucesor de Augusto, terminaba la oración fúnebre de Augusto con estas palabras: «No hay por qué le lloremos,

sino lo que debemos hacer es devolver el tributo de sus cenizas a la Naturaleza y adorar siempre su alma como de dios»[2].

546. Leído esto por Tiberio, los mismos de antes por un senadoconsulto transportaron el féretro en pompa triunfal. En la conducción estaban presentes el Senado, la orden ecuestre con sus esposas, los soldados pretorianos y casi todos los habitantes que por entonces moraban en Roma. Cuando ya se colocó el cadáver en la pira en el Campo Marcio, primero dieron una vuelta alrededor del túmulo todos los sacerdotes, después los caballeros y tras éstos algunos miembros de la milicia y entre otros los legionarios de la guardia de la ciudad; todos ellos dieron un rápido giro en comitiva de honor alrededor también de la pira[2], echando de paso sobre ella las condecoraciones que habían merecido por su valor en las batallas. Hecho esto, los centuriones, a una indicación del Senado, tomando unas teas dieron fuego al tablado. Y mientras ardía el monumento, un águila salida del túmulo ardiente voló hacia arriba como si llevase consigo el alma de Augusto. Concluído esto, se retiraron los demás. Livia, en cambio, con los principales de los caballeros, quedó allí por cinco días; hizo tomar después los

---

[1] La idea y práctica de la adoración de los reyes es muy anterior a la institución romana del Imperio. Babilonia, Persia, Egipto.., ofrecían ya ejemplos de reyes adorados. Sabido es que los teólogos de Heliópolis adoptaron como patrón divino de su ciudad el dios Ra adorado por todos; no desecharon ninguna de las imágenes populares con que se representaba en el pueblo esta divinidad: ternera, niño, halcón y escarabajo. Pero su concepción solar era mucho más elevada, sobre todo desde que se le identificó al astro rey con el dios Atum. Pero Ra entraba en el panteón egipcio con toda su familia, dioses a su vez del cielo y de la tierra. Desde la V Dinastía los Faraones se consideran hijos y descendientes del dios Ra. Ellos levantan a su progenitor divino los grandes templos y misteriosos obeliscos. Cuando camina el faraón hijo de Ra llevado en su silla gestatoria, le preceden mensajeros veloces, los cortesanos en fila le rinden culto reverencial, la escolta real se inclina como ante un dios y el pueblo, levantando ambas manos y en ademán de adoración, grita: «Adoración a ti, dios de los vivos.» Llegado al palacio o al templo para alguna fiesta de coronación, se asienta o sobre un trono de ébano como el Ra que preside la Enéada, o sobre un trono metálico cuyos descansos son leones fascinadores y cuyos pies son los cascos del toro Gran-Victima. Pónese en pie, cetro en mano, avanza el brazo sobre los hombres, y los dioses se le acercan inclinados «porque este Sar vivo, es Sar del universo». Recuérdese también el caso de las adoraciones al rey Nabucodonosor en tiempo del profeta Daniel y cómo el mismo Alejandro Magno, tras la derrota de Dario, acabó al fin por levantar un serrallo de 360 concubinas, eunucos y odaliscas y exigir para sí la adoración de una verdadera divinidad, lo que provocó la desgracia de su amigo Casandro. El contacto de Roma con estos pueblos orientales despertó en parte en los Emperadores romanos la idea de no ser menos que los monarcas persas, medos, babilonios y egipcios. ¿No les había precedido también Rómulo?

[2] Llamábase en general *pyra* el catafalco previo para la cremación, *rogus* la hoguera ya ardiente y *bustum* la misma hoguera cuando estaba medio devorada por el fuego.

restos y los depositó en el monumento[3]. Se decretó que, según usanza, llevasen luto los hombres no muchos días, pero las mujeres un año entero.

I. Melber, vol. III, págs. 253-254.

Divinización de Augusto

Ibíd. XLVI

457. Entonces divinizaron a Augusto, señalándole flámines con sus respectivas insignias sagradas, y le dieron por sacerdotisa a Livia (que ya para entonces recibió el nombre de Julia y Augusta), y fuele a ésta permitido usar lictores en los sacrificios. Por lo demás se sabe que Livia a un tal Numerio Atico, senador y pretoriano, dió entonces como regalo un millón de sestercios, pues había jurado que él había visto a Augusto subir a los cielos, algo así como en la antigüedad se cuenta vió Próculo a Rómulo[4]. Decretó el Senado se erigiese un sagrario en Roma a Augusto, monumento sagrado que lo costearon Livia y Tiberio. También se le levantaron templos en otros sitios, ya por espontánea devoción de los pueblos, ya por imposición. La casa donde expiró en Nola fué convertida asimismo en templo. Mientras se le erigía su templo en Roma,

[3] El monumento llamado después *Augusteo*, mausoleo de la familia de Augusto. Véanse núms. 126 [33], 482 y 483.

[4] He aquí la leyenda a que alude Dión Casio. Tráela Tito Livio en el lib. I de las *Décadas de la Historia Romana*: «Estos fueron poco más o menos los acontecimientos militares y politicos durante el reinado de Rómulo, que concuerdan bastante con la opinión del origen divino de este rey.. Un día que asistía a una asamblea.. formóse repentinamente una tempestad con muchos relámpagos y truenos, y el rey, envuelto en densas nubes, fué arrebatado a todos los ojos. Desde entonces no se le volvió a ver sobre la tierra. Y cuando pasó el espanto, viendo el pueblo romaso vacía la silla real, mostróse bastante dispuesto a creer el testimonio de los senadores, que habiendo permanecido cerca del rey aseguraban habia sido arrebatado al cielo durante la tempestad. Cuando. temerosa, Roma lloraba la muerte de su rey y dejaba transparentar su odio contra los senadores, Próculo Junio, autoridad grave, según se dice, hasta en lo tocante a tan extraordinario evento, adelantóse en medio de la asamblea y dijo: «Romanos, Rómulo, el padre de esta ciudad, habiendo descendido del cielo, se me ha aparecido hoy al amanecer. Sobrecogido de temor y de respeto, quedé inmóvil, procurando conseguir por medio de ruegos que me permitiese contemplar su semblante. «Ve—me dijo—y anuncia a tus conciudadanos que esta ciudad que yo he fundado, esta Roma mía será la cabeza del orbe, porque tal es la voluntad de los dioses. Que los romanos se dediquen completamente al arte de la guerra y que sepan ellos y sus descendientes que ningún poder humano alcanzará a resistir las armas de Roma.» Dicho esto elevóse en los aires.»

depositaron en el santuario de Marte una estatua suya de oro recostada en el lecho y le celebraron todas las ceremonias que después se le habían de tributar en sus imágenes y en su templo. Se decretó además que su imagen no se condujese más en ningún cortejo fúnebre [5] y, como sucede con Marte, que el aniversario de su día natal se celebre con fiestas circenses y juegos públicos. Y los tribunos de la plebe [6], como sacrosantos, tendrían que celebrar las fiestas augustales, y éstos, para que cumpliesen lo determinado, a la usanza antigua, asistirían a los juegos del circo en vestido triunfal, aunque sin ser conducidos en carroza. Fuera de esto, Livia, por su parte, costeó juegos especiales por tres días en honor de Augusto, costumbre que han repetido después los Emperadores sucesivos hasta nuestros días.

Id., vol. III, págs. 256-257.

SUETONIO

Claudio diviniza a Livia

Vida del divino Claudio. Núm. 11

458. Hizo decretar los honores divinos (Tiberio los había suprimido) a su abuela Livia, y le dió en las pompas del circo un carro arrastrado por elefantes, como el de Augusto [7].

---

[5] Era costumbre romana en las exequias de los hombres más célebres llevar un cortejo de enmascarados, que en general eran actores de teatro, cubiertos con las insignias y máscaras exactamente sacadas de los rostros de los cadáveres de sus progenitores. Así, a las pompas fúnebres de las familias distinguidas acudían con rostros y vestidos muy al natural los antepasados más insignes del finado. Cuando una persona subía al rango de «divo» dejaba de poder ser representado en imagen en los cortejos de defunciones. Véase la cita de POLIBIO, núm. 486, nota.

[6] La fiestas de Marte las presidían los cónsules del año respectivo; las augustales, en cambio, las deberían dar los tribunos, quienes, sin embargo, no podrían en ellas usar carroza al estilo de los cónsules.

[7] Recuérdese la parte principal que tenían en los juegos circenses las estatuas de dioses y Emperadores conducidas allá procesionalmente.

DION CASIO

Hist Rom. LX, 5

459. A su abuela Livia no sólo la honró con carreras de caballos, sino que la santificó consagrándole una estatua en el templo de Augusto y ordenó que se encargasen de la liturgia de su culto las vírgenes vestales y dispuso además que en adelante las mujeres jurasen por el nombre de Livia.

Id., vol. III, págs. 372-373.

Autodivinización del Calígula[6]

Ibíd. Lib. LIX, cap. 28

460. «Gayo mandó construir un templo para sí en Mileto, predilección que tuvo sobre esta ciudad porque decía que le habían quitado el sitio, Diana en Efeso, Augusto en Pérgamo y Tiberio en Esmirna. Pero la verdadera razón fué porque quería fuese dedicado a él el magnífico y soberbio templo que allí estaban erigiendo a Apolo, y llegó en su desvergüenza a tener dos templos a su nombre en Roma mismo, uno por decreto del Senado y otro por propia autoridad en el Palatino. E incluso en el Capitolio mandó le levantasen una capilla-casa para que pudiese, como él decía, conversar personalmente con Júpiter. Pero pronto levantó otro templo en su propio honor en el Palatino con el propósito de poner en él el simulacro de Júpiter de Olimpia, cambiado en Calígula, plan este último que no pudo realizar, pues la nave que traía la estatua fué alcanzada por un rayo en el camino..., lo que le obligó a colocar allí otra estatua que la pretendida. Además, dividiendo en dos partes el recinto dedicado a Cástor y Pólux en el Foro Romano, abrió por la mitad del edificio el acceso al palacio por entre las dos estatuas de los dos dioses gemelos, diciendo que quería que los porteros de su palacio fuesen los hijos de Júpiter y Leda. Y llamándose a sí propio Júpiter Lacial agregó a los demás, como sacerdo-

[6] Véanse en especial los números 139-140, en donde aparece la misma megalómana locura de este infeliz Emperador.

tes de su culto, a su mujer Cesonia, a Claudio y a otros riquísimos personajes...»

HEIMARUS.

Divinización de Claudio por Nerón

Hist. Romana. LX, 35

461. Agripina y Nerón simularon llorar su muerte y le dedicaron la apoteosis elevando al cielo, a quien habían sacado del convite (envenenado)... Sobre el caso hizo un chiste Galión, diciendo mucho en pocas palabras. Pues siendo, como es costumbre en Roma, el que los ajusticiados en la cárcel sean después arrastrados al Foro con unos grandes garfios, para de allí echarlos al río, dijo Galión que «Claudio había sido llevado al cielo con garfio». Y viene al caso aquí lo que solía decir Nerón: que el alimento de los dioses eran hongos; pues, en efecto, Claudio tuvo la dicha de convertirse en Dios por haber comido setas.

REIMARUS, II, págs. 974-975.

J. Xifilino

Nerón diviniza a Sabina [9]

Nerón. Lib. LXIII, 26

462. Con todo, entregóse de lleno al lujo y libertinaje, y en el templo de Sabina, que por entonces estaba terminándose, después de haberle enriquecido con espléndidos donativos, mandó fijar esta inscripción: «A Sabina, diosa, Venus, hicieron las matronas.» Y era

[9] Esta Sabina es la famosa Popea Sabina que agudizó tanto las desavenencias entre Nerón y Agripina, su madre, con cuyo asesinato terminó tan terrible tragedia. De esta Sabina tuvo Nerón una hija, la cual murió a los cuatro meses de nacer, y también a esta niña se le decretaron honores divinos, consagrándose flámines, sacerdotes, ceremonial y templo. TÁCITO (XVI, 21) sólo dice que se tributaron a Popea, recién muerta, honores de dioses; pero esto y lo que se concedió ya a su hijita Claudia hacen creer muy probable que tampoco le faltó a Popea Sabina la exaltación de la apoteosis. A ella se debió en gran parte el asesinato de Agripina, madre de Nerón, por su propio hijo, que la mandó matar. Cuando Agripina, abandonada de todos, vió entrar en su alcoba, donde descansaba en el lecho, los emisarios de su hijo que le debían quitar la vida, dijo, descubriéndose el vientre al centurión que se le echaba encima espada en mano: «Hiéreme aquí.» Y así expiró acribillada de heridas.

verdad, porque este templo fué edificado a costa especialmente del dinero de que se despojó a distinguidas matronas [10].

H. S. REIMARUS, vol. II, pág. 1.045.

Apoteosis de Tito

Ibíd. Lib. LXVII, Domiciano, 2

463. Algunos alababan a Tito, pero nunca delante de Domiciano, pues esto equivaldría como al crimen de insultar al Emperador en su propia cara. Pero como él se enteraba por pesquisas de que esto se hacía, resolvió tomar otro camino estilo de farsa y comedia. Simulaba que amaba mucho a su hermano y que lloraba su muerte, y mientras le elogiaba dejaba le corriesen lágrimas por el rostro, además de que con sumo cuidado lo puso en el rango de los dioses [11], dando sensación así por de fuera de lo contrario que sentía en su corazón.

H. S. REIMARUS, vol. II, pág. 1.102.

ELIO ESPARCIANO

Apoteosis de Trajano

Historia Augusta. Adriano, 6

464. Por medio de cartas muy apremiantes pidió Adriano al Senado los honores divinos para Trajano, con lo cual interpretó

---

[10] Aun a Galba y Otón, sucesores de Nerón, asesinado el primero en el Foro Romano y suicidado el segundo, les tributó el pueblo homenaje casi divinos. Al primero además de consagrarle una estatua sobre una columna rostral en el lugar de su asesinato, las masas pasearon sus imágenes con flores y laureles alrededor de los templos, levantándole un túmulo cuajado de guirnaldas. A Otón, ya cadáver, le besaron manos y pies sus soldados, y no pocos de éstos se mataron junto a su pira, en señal de fidelidad, mientras otros, como sacrificándole sus vidas, se batieron entre sí con sus propias armas hasta sucumbir.

[11] Divinizado ya Vespasiano por Tito, Domiciano todavía construyó el templo a su padre y hermano cerca del Foro Romano, y aun hoy se ve en el Arco de Tito de Roma la inequívoca prueba de la apoteosis del destructor del templo de Jerusalén. También divinizó Domiciano la «eternidad de la gente Flavia», según explícitamente nos lo asegura SUETONIO en la *Vida de Domiciano*, núm. 15.

los deseos de todos, y tanto fué así, que el Senado concedió muy de su grado mucho más de lo que había pedido Adriano en honor de Trajano.

E. HOHL, vol. I, pág. 8.

DION CASIO

J. Xifilino.

Apoteosis de Plotina [12]

Lib. LXIX. Adriano, núm. 10

465. No es, pues, de maravillar si al morir Plotina, a cuyo influjo mereció Adriano ser Emperador, y más amándole ella con pasión, la hubiere tributado Adriano los honores más espléndidos. Vistió luto nueve días y le consagró un templo y compuso himnos en su loa [13].

H. S. REIMARUS, vol. II, pág. 1 159.

Divinización de Antinóo

Ibíd. Lib. XIX. núm. 11

466. Era natural de Bitinión, ciudad de Bitinia, llamada por otros Clodiópolis. Este Antinóo había servido para sus placeres y había muerto en Egipto por haber caído en el Nilo, según escribió Adriano, o, como es verdad, siendo sacrificado, pues Adriano, como llevo ya dicho, se dedicó a toda clase de curiosidades e indagó todos los secretos del arte mágica. Necesitando, pues, para descubrirlos más de una persona que se entregase voluntariamente a la muerte, agradecido honró a Antinóo por haberse sujetado a esta necesidad, o tal vez solamente por el recuerdo de su gran amor. Con-

---

[12] Esposa de Trajano.

[13] Adriano logró dominar a la perfección el latín y el griego, y tenía gusto en componer himnos sagrados y oráculos.

sagróle, pues, una ciudad y quiso darle su nombre (Antinópolis), y expuso sus imágenes o, mejor dicho, sus ídolos en todas las partes del mundo [14]. Incluso se imaginó haber visto en el cielo a Antinóo bajo la forma de un astro nuevo, y le encantaba que sus cortesanos le dijesen que el alma de su favorito había pasado a formar una estrella nueva que habían observado por vez primera hacía pocos días los astrónomos [15].

H. S. REIMARUS, vol. II, pág. 1.160.

ELIO ESPARCIANO

Autodivinización de Adriano

Hist. Augusta. Adriano, XIII, 6

467. Regresando de Africa a Roma, partió en seguida para el Oriente, pasando por Atenas, donde dedicó los monumentos que se habían comenzado a construir, tales como un templo de Júpiter Olímpico y un ara que se elevó a sí mismo. En su viaje al Asia consagró también varios templos bajo su propia invocación [16].

HOHL, vol. I, pág. 15.

[14] Roma conserva todavía hoy el bello obelisco colocado por Pío VII en los jardines del Pincio. Es uno de los obeliscos llamados de imitación, por no ser ni de construcción ni de argumento faraónico, aunque la aguja está traída del Egipto por el Emperador Adriano. Escrito en jeroglíficos, contiene los recuerdos fúnebres de Antinóo mandados hacer por el Emperador Adriano. Descifró estos jeroglíficos el célebre egiptólogo Erman. Obelisco sepulcral, señalaba el emplazamiento del sepulcro de Antinóo. En el obelisco vense claramente en incisiones egipcias a Adriano como un Faraón ofrendado al Sol en una de las caras, y en otra a Antinóo en actitud de ofrendar a la misma divinidad celeste. Las estatuas sagradas más conocidas de Antinóo divinizado llevan la forma e insignias de Mercurio, de Baco y de Apolo. Su imagen era también el adorno de los remates de muchas proas de naves imperales.

[15] Llamóse también estrella Antinóo la que luce cerca de la vía láctea, debajo de la Aguila, entre el Zodiaco y el Ecuador; tal vez se identifica con la llamada Ganímede en tiempos anteriores.

[16] Estos fueron los propiamente llamados «Adrianeos».

DION CASIO

Honores divinos a Adriano

Antonino. I, fragm.

468. Habiendo muerto Lucio Cómodo, a quien había Adriano adoptado estando aún éste en vida, adoptó luego y nombró emperador a Antonino. Y como el Senado no quisiere establecer los honores de la apoteosis a Adriano a causa de ciertas muertes de personas ilustres mandadas ejecutar por él, Antonino habló en el Senado, no sin conmoción y lágrimas, y dijo al terminar su discurso: «Si él ha sido un malvado y enemigo vuestro, ni yo seré tampoco príncipe vuestro, pues eso equivale a rescindir todos sus actos por los que precisamente consta mi adopción por él.» El Senado, al escuchar tales palabras, por respeto a Antonino y por cierto temor a las tropas, tributó al fin los honores (de la apoteosis) a Adriano [17].

H. S. Reimarus, vol. II, págs. 1.171-1.172.

JULIO CAPITOLINO

Divinización de Faustina, esposa de Antonino Pío

Hist. Augusta. Antonino Pío, VI

469. Siendo (Antonino) Emperador mostró tanto respeto al Senado como siendo simple ciudadano había deseado que el Emperador lo mostrase. Recibió con profundo agradecimiento el título de

[17] Uno de los templos de Adriano, al que se refiere Julio Capitolino, fué tal vez el que después se dedicó en Roma a Neptuno y donde hoy está la Bolsa. «Habiendo muerto (Adriano) en Bayas, trasladó Antonino sus restos a Roma con grandes muestras de respeto y veneración, y los depositó en los jardines de Domicia, y él mismo (Antonino Pío) le colocó en el rango de los dioses, a pesar de unánime oposición.» (Julio Capitolino, *Anton, Pío,* núm. 5.) Después levantó en Roma un templo en honor de su padre.

«Padre de la Patria», que le ofreció el Senado y que había rehusado la primera vez. En el tercer año de su reinado perdió a su esposa, Faustina. El Senado la tributó honores divinos y la dedicó juegos en el circo, un templo [18], sacerdotisas y estatuas de oro y plata. El mismo consintió que se llevase la estatua de la Emperatriz a todos los juegos del circo, y aceptó la estatua de oro que el Senado le concedió.

E. HOHL, vol. I, pág. 40.

Apoteosis de Antonino Pío por Marco Aurelio y L Vero

Hist. Augusta. Marco Antonino el Filósofo, VII, 10

470. Los Emperadores (Marco Aurelio y L. Vero) marcharon juntos al campamento pretoriano, y por su elevación al trono concedieron a cada soldado veinte mil sestercios y cantidades proporcionalmente más crecidas a los que tenían mando. Con suntuoso aparato depositaron los restos del Emperador (Antonino Pío) en la mole Adriana, ordenando tributo público y procediendo solemnemente a los funerales. Desde la tribuna pronunciaron los dos príncipes el elogio de su padre (adoptivo) y eligieron entre sus afines un flamin, y entre sus mejores amigos, sacerdotes, que recibieron el nombre de Aurelios [19].

E. HOHL, vol. I, pág. 53

---

[18] Aun todavía en nuestros días se conserva en el Foro Romano gran parte de este majestuoso templo, dedicado después por el Senado al mismo Antonino Pío junto con su esposa Faustina.

[19] El mismo autor, en la vida de Antonino, a estos sacerdotes los llama «antoninos» y a los honores que aquí indica añade los juegos circenses. Marco Aurelio era de un espíritu profundamente religioso: a los ocho años de edad fué ya sacerdote salio hecho por Adriano. Instruído desde niño, estuvo en posesión de todas las ceremonias; fué maestro de iniciación y de los himnos sagrados, que conocía perfectamente. Uno de sus títulos de honor en el gobierno del Imperio fué el de ser Pontífice Máximo, cargo en el que consagró y depuso muchos sacerdotes. Datos todos que pueden explicar algo su poca simpatía, si ya no aversión, por los cristianos, enemigos de todos estos cultos patrios.

Divinización de Lucio Vero por Marco Aurelio

Hist. Augusta. Ibíd. XV, 3-6

471. Aunque a Marco Aurelio le apesadumbraban mucho los vicios de Vero, sus sentimientos eran generosos, pues que ocultaba y excusaba sus desórdenes. Después de su muerte le colocó en el rango de los dioses: colmó a sus tías y hermanas de honores y regalos. Honró su memoria con muchas ceremonias religiosas, le dió su flamin y sacerdotes llamados antonianos y le prodigó, en fin, todos los honores que se tributan a los dioses.

E. Hohl, pág. 60

Divinización de Faustina, esposa de Marco Aurelio

Ibíd. XXVI, 3-10

472. Perdió repentinamente a su esposa Faustina en el pueblo de Halala, al pie del monte Tauro, y pidió para ella al Senado los honores divinos y un templo, pronunciando su elogio, a pesar de la mancha de impúdica que pesaba sobre ella y que él siempre o ignoró o simuló ignorar. En memoria de Faustina estableció un colegio de vírgenes llamadas faustinianas. Dió gracias al Senado por haber concedido los honores de la apoteosis a aquella Emperatriz, que, habiéndole acompañado a todas las campañas, mereció el nombre de «Madre de los soldados». El pueblo en que murió lo cambió en colonia y le construyó allí un templo, que más tarde fué dedicado a Heliogábalo [20].

E. Hohl, vol. I, pág. 70

[20] Según el extracto de Xifilino, sacado de Dión Casio, después de la muerte de esta discutible madre de Cómodo—que parece tuvo relaciones incluso con gladiadores—, «el senado dispuso que se erigieran en el templo de Roma y de Venus estatuas suyas de plata, una en honor de Marco Aurelio y otra en el de Faustina. También ordenó que se colocase un altar en el que sacrificasen juntos antes de casarse los jóvenes y doncellas ya desposadas. En fin, para honrar más todavía la memoria de aquella Emperatriz, decretó que cuantas veces asistiese el Emperador al teatro se colocase la estatua de oro de Faustina en el puesto que acostumbraba ocupar ella en vida y que la cortejasen las damas más distinguidas».

Marco Aurelio diviniza a muchos

Ibíd. XXIX, 8

473. Concedió los honores divinos a sus parientes y hasta hizo erigir estatuas a sus amigos muertos [21].

E. HOHL, vol. I, pág. 73.

ELIO LAMPRIDIO

Adulaciones a Cómodo

Hist. Augusta. Cómodo Ant., VIII, 6-9

474. Cuando propuso al Senado cambiar el nombre de Roma por Comodiana, no solamente consintió en ello aquella asamblea, sino que además—por burla sin duda—adoptó también para sí misma el nombre de Senado comodiano y llamó a Cómodo Hércules y dios.

E. HOHL, vol. I, pág. 105.

Cómodo execrado por el Senado [22]

Hist. Augusta. Cómodo Ant.

475. Las aclamaciones del Senado después de la muerte de Cómodo fueron extraordinariamente violentas, y para que se pueda juzgar de los sentimientos de aquella asamblea respecto de él, extractare-

---

[21] A su vez, Marco Aurelio, aun en tiempo de Constantino, era tenido en muchas familias entre los dioses penates o familiares. Erigiósele apenas muerto un templo con sus respectivos sacerdotes y flámines, y Diocleciano le rendía culto como a dios muy extraordinario. JULIO CAPITOLINO, núms. 18 y 19.

[22] Si no constase por documentos fehacientes se haría difícil creer la volubilidad del pueblo romano, que osciló tanto con varios de sus Emperadores entre las lisonjas endio-

mos de MARIO MÁXIMO las mismas aclamaciones y el senatus-consultum: «Que se arranquen los honores al enemigo de la patria, que se arranquen los honores al parricida, arrástrese al parricida, que el parricida, enemigo de la patria y el gladiador sea descuartizado en el espoliario [23]. ¡El enemigo de los dioses! ¡El enemigo de los dioses! ¡El verdugo del Senado! ¡El enemigo de los dioses! ¡El parricida del Senado! ¡Al espoliario el gladiador! ¡Que el asesino del Senado sea expuesto en el espoliario! ¡Que el asesino del Senado sea arrastrado con el gancho! ¡Que sea arrastrado con garfio el asesino de los inocentes! ¡Enemigo! ¡Parricida! ¡Cruel! ¡Que se arrastre con el gancho al que no perdonó a su propia sangre! ¡Que se arrastre con el gancho al que quería matarte, César! [24]. ¡Nos unió el mismo temor y el mismo peligro! ¡Júpiter Optimo Máximo, consérvanos a Pértinax para nuestra salvación! ¡Honor a la fidelidad de los pretorianos! ¡Honor a las cohortes pretorianas! ¡Hurra a los ejércitos romanos! ¡Arriba la piedad del Senado! ¡Que se arrastre al parricida!

476. Pedimos, príncipe Augusto, que se arrastre al parricida. Consiente en ello, César. ¡A los leones los delatores! César, consiéntelo. ¡A los leones los delatores! César, mándalo. ¡A los leones Sperato! [25]. Gloria a la victoria del pueblo romano; honor a la fidelidad de los soldados; honor a la fidelidad de los pretorianos; vítores a las cohortes pretorianas. ¡Abajo en todas partes las estatuas de ese enemigo! ¡Abajo las estatuas del parricida! ¡Abajo todas las estatuas del gladiador! ¡Abajo todas las estatuas del gladiador y parricida! ¡Que se arrastre con garfio al asesino de los ciudadanos! ¡Que se arrastre con garfio al parricida de los ciudadanos! ¡Abajo las estatuas del gladiador! Salvo tú, contigo nos hemos salvado; estamos tranquilos; sí, sí, certísimamente, lo estamos con verdad, con dignidad, con libertad.

477. Nada tememos ya. ¡Tiemblen los delatores! ¡Que tiemblen, para que nada temamos! Para no temer más, fuera del Senado los delatores. ¡A la cruz con ellos! Salvo tú, a los leones los delatores. César, mándalo, que se les crucifique. Quede raída la me-

---

sadoras en vida y su execración después de la muerte. Este fragmento nos indica bien a las claras la razón que tenían los cristianos en no confundir delante de las aras al Dios del Cielo con tales divinidades de la Tierra.

[23] Sitio anejo al anfiteatro, adonde arrastraban con ganchos a los gladiadores muertos o mortalmente heridos y deshechos.

[24] El Senado aquí se drigía a Pértinax, que también pronto había de terminar tan trágicamente bajo los puñales de sus propios soldados.

[25] Tal vez nombre de gladiador con que se calificaba a Cómodo.

moria del gladiador parricida. ¡Abajo las estatuas del gladiador parricida! ¡Que se extinga aun el recuerdo del gladiador impuro! ¡Al espoliario el gladiador! Oyenos César: arrástrese al verdugo del Senado con el garfio a la usanza de nuestros mayores. Fué más sanguinario que Domiciano, más impuro que Nerón; pues vivió como ellos, aplíquesele lo que a ellos. Que se rehabilite, te pedimos, la memoria de los inocentes. Que se tributen honores a su memoria. Que se arroje al espoliario el cadáver del gladiador.

478. Pregunta, pon a votación y verás que todos queremos que se le arrastre con el garfio. Al asesino de todos; que se le arrastre con el garfio. No perdonó ninguna edad; que se le arrastre con el garfio. No perdonó a los suyos; que se le arrastre con gancho. Despojó los templos; que se le arrastre con gancho. Anuló los testamentos; que se le arrastre. Despojó a los vivos; que se le arrastre. Hemos estado bajo esclavos. Puso a precio el derecho de vivir; que se le arrastre con el garfio. Puso precio al derecho de vivir y además no cumplió sus contratos; que se le arrastre con el garfio. Vendió al Senado; que se le arrastre. Despojó a los hijos de la herencia; que se le arrastre con garfio.

479. Fuera del Senado los espías; fuera del Senado los delatores. Fuera del Senado los sobornadores de esclavos. También tú compartiste nuestros mismos temores; lo sabes todo; conoces quiénes son los buenos y los malos. Todo lo sabes; corrige ya todo. Hemos temido por ti. ¡Ah! Somos ya dichosos, puesto que reinas tú. Manda juzgar al parricida; manda juzgarle. Recoge los pareceres, recoge los votos. Demandamos tu presencia. Los inocentes están insepultos todavía. Que sea arrastrado el cadáver del parricida. El parricida ha exhumado los muertos; que el cadáver del parricida sea arrastrado.»

480. Habiendo sido sepultado durante la noche el cadáver de Cómodo, por orden de Pértinax, orden que comunicó su intendente Livio Laurense al cónsul designado Fabio Chilón, el Senado exclamó: «¿Quién ha mandado sepultarle? ¡Que se desentierre al parricida y se le arrastre!» Cingio Severo dijo: «Era indigno de la sepultura; lo digo como pontífice, y el colegio de los pontífices lo dice. Expuesto ya lo que debe hacernos felices, diré ahora lo que es necesario hacer. Mi opinión es que es indispensable derribar, así, derribar todas las estatuas de aquel que no habiendo vivido más que para la ruina de los ciudadanos y para su propio baldón, coaccionó a que se le tributasen los honores que se le confirieron. Que se derriben, pues, en todas partes esas estatuas y que sea raído su nombre de todos los edificios públicos y privados; en fin, que se

devuelvan a los meses los nombres que tenían antes de que cayese sobre la república esa calamidad.»

Trad. *Bib. Clás.* E. HOHL, vol. I, págs. 112-114

Divinización de Cómodo

Hist. Augusta. Cómodo Ant. XVII, 10-11

481. Añadió (Cómodo) al coloso algunos adornos que los arrancaron más adelante. Hizo quitar a aquella estatua inmensa la cabeza de Nerón para sustituirla por la suya, mandando grabar las acostumbradas inscripciones, sin olvidar sus nombres de gladiador y libertino. Con todo, el Emperador Severo, sin duda por odio al Senado [26], decidió que se elevase a Cómodo al rango de los dioses concediéndole el flamin que él mismo eligió en vida con el nombre de Comodiano hercúleo.

E. HOHL, vol. I, pág. 112.

DION CASIO

J. Xifilino.

Honores divinos a Pértinax

Didio Juliano, XVIII

482. Mientras tanto, los pretorianos, habiéndose convencido por cartas de Severo, de que en caso de que entregasen a los asesinos de Pértinax y depusiesen las armas nada les ocurriría, prendieron en efecto a los asesinos de Pértinax, y al punto pusieron al tanto de lo hecho al cónsul Silio Mesala. Este cónsul nos convocó al Ateneo, nombre impuesto a aquel lugar por los ejercicios en que

[26] ELIO ESPARCIANO cree deberse la divinización de Cómodo por Severo a rabia de éste contra el Senado, porque creyó que los senadores fueron muchos partidarios de Albino, cuyo cadáver descuartizado quiso aún pisotear con los cascos de su caballo.

se ocupaban los que allí se instruían. Nosotros, una vez fallada la sentencia de muerte contra Juliano, nombramos Emperador a Severo y decretamos a Pértinax los honores de héroe divinizado [27].

H. S. REIMARUS, vol. II, pág. 1 240.

---

[27] El mismo ELIO ESPARCIANO escribe de Severo: «Hizo margnicas exequias a la imagen de Pértinax: le puso en el rango de los dioses y le dió un flamin y sacerdotes llamados helvianos que habían pertenecido a Marco Aurelio.» Para mayor contraste, compárese esta descripción de una apoteosis imperial con las exequias y honras solemnes que los antiguos romanos dedicaban a sus muertos. Tráelas POLIBIO en su *Historia universal durante la República Romana.* Helas aquí: «Cuando algún romano distinguido muere, le transportan con mucha pompa al Foro y le colocan cerca de los Rostros, ordinariamente de pie, para que la multitud pueda verle, y rara vez tendido. Rodéale entonces el pueblo, y si ha dejado un hijo crecido ya y este hijo se encuentra en Roma, y en caso contrario algún miembro de la familia, sube a la tribuna de las arengas y celebra las virtudes del muerto y sus bellas acciones. Resulta de esto que recordando el pueblo aquella gloriosa vida y examinándola, por decirlo así, el duelo no es solamente de familia, sino público.

Sepultado el cadáver y cumplidos todos los deberes religiosos, colócase la imagen del muerto en el sitio más visible de la casa, se la rodea de un marco de madera. Consiste esta imagen en una máscara exactamente parecida, reproduciendo, no solamente las facciones, sino hasta el color del rostro. En las fiestas públicas, estas imágenes se sacan del marco y se adornan cuidadosamente. Cuando muere un personaje emminente de la familia, llévanse las imágenes en la comitiva, empleándose para esto hombres cuya estatura y rasgos caracteristicos recuerden cuanto sea posible al difunto y que además vistan la pretexta si representan a un cónsul y a un pretor; la toga de púrpura, si a un censor, y la bordada de oro, si se trata de un triunfador. Preséntanse montados en carros, precedidos de lictores y demás insignias propias de las magistraturas que aquéllos ejercieron en vida. Cuando llegan a los Rostros, siéntanse en sillas de marfil, y no hay espectáculo más bello ni más dulce para un joven amante de la gloria y la virtud. ¿Quién no se sentiría exaltado al ver reunidas todas aquellas imágenes, por decirlo así, vivias y animadas, de hombres ilustres por su mérito? ¡No, no hay espectáculo más bello!

El que pronuncia la oración fúnebre del ciudadano a quien van a sepultar recuerda, cuando ha terminado de hablar del muerto, la gloria y los hechos de todos los muertos, cuyas imágenes le rodean, comenzando por el más antiguo; y por medio de este elogio, renovado de esta manera, la gloria de los ciudadanos que han realizado algo grande viene a ser inmortal y el recuerdo de los bienhechores de la patria se transmite de generación en generación a la posteridad.»

DION CASIO

Descripción de una apoteosis imperial

Severo. Lib. LXXIV, 4-8

483. «Severo hizo construir en honor de Pértinax un templo como los que se alzaban para honrar a los héroes, y mandó que se pronunciase su nombre en las oraciones públicas y en todos los juramentos. También mandó se llevase al circo su estatua de oro en un carro arrastrado por elefantes y colocar en los otros teatros tronos de oro en honor suyo. En cuanto a los funerales que se le hicieron, a pesar del tiempo transcurrido desde su muerte, empleóse el siguiente aparato: Levantóse en el foro un estrado y gradas de madera cerca del tribunal de piedra, y encima un templete sin más sostén que unas columnas de marfil enriquecidas de oro alrededor. El lecho tenía cubiertas de púrpura recamadas de oro, y en derredor aparecían envueltas en oro y pedrería cabezas de todas clases de animales de tierra y mar. Sobre el lecho yacía una estatua en cera de Pértinax, representada en gala de triunfador. Un mancebo de lindísimo aspecto ahuyentaba las moscas con un abanico de plumas de pavo real, cual si Pértinax estuviese sólo durmiendo.

484. Severo y nosotros los senadores, con nuestras esposas, nos presentamos al acto vestidos de luto en el lugar señalado, sentándose los senadores al descubierto y a cubierto nuestras esposas en las galerías. Dispuesto ya todo al modo dicho, primero comenzó el paso de las exequias en el orden siguiente: Ante todo se vió la procesión de las estatuas de los romanos más ilustres de la antigüedad; en seguida, coros de niños y de hombres entonando cantos fúnebres referentes al Emperador. Después de esto desfilaron todas las naciones sujetas al Imperio, representadas por estatuas de bronce, con la vestimenta típica de cada país, y tras éstos, las familias de la ciudad, los aparitores, escribanos, pregoneros y la masa restante de los ciudadanos.

485. Inmediatamente venía el desfile de las estatuas de los hombres que se habían hecho célebres por algún gran valer perso-

nal de ciencia, invento o noble profesión; a continuación los militares y gente armada, tanto de a pie como de a caballo, los caballos de lucha y cuanto podría dar esplendor a la ceremonia, enviado por el Emperador, por nosotros los senadores, por nuestras esposas, por los señores más distinguidos y por los gremios de pueblos y ciudades. Al fin, venía en andas un altar de oro enriquecido con marfil y piedras preciosas de la India.

486. Apenas hubo pasado aquel cortejo, Severo, subiendo a los Rostros, pronunció el elogio de Pértinax. Muchas veces interrumpimos su discurso, unas veces con aclamaciones, otras con lamentos que redoblamos en cuanto terminó el discurso.

Cuando se disponían a levantar el lecho, todos a una rompimos en gritos y sollozos. Los pontífices y magistrados en funciones y aun los electos para el año siguiente levantaron del estrado el lecho, entregándolo a algunos caballeros del orden ecuestre para su conducción. Varios de nuestro orden senatorial presidían delante del féretro, y entre ellos había algunos como transidos de dolor, mientras otros unían su voz a las flautas para formar acordes lúgubres. El Emperador cerraba la comitiva.

487. En este orden llegamos al Campo de Marte, en el que se alzaba una pira en forma de torre de tres pisos sobrepuestos, adornada con marfil, oro y estatuas. En la cúspide brillaba el mismo carro dorado del que acostumbraba servirse Pértinax. Terminada la parte de la pira con todo lo necesario para los funerales, colocóse al fin el lecho. Besada la imagen de cera por Severo y los allegados de Pértinax, el Emperador subió al trono; nosotros, los senadores, exceptuados los magistrados, nos instalamos en tablados que nos habían reservado con objeto de que pudiésemos ver la ceremonia de un solo golpe de vista y sin peligro ni incomodidad. Los magistrados y caballeros se colocaron detrás según rango. Apenas los de a pie y los piquetes de a caballo dieron varias vueltas en derredor de la pira, en seguida se le prendió fuego; al punto un águila, que había estado atada a ella, remontó el vuelo al cielo y Pértinax pertenecía ya al número de los dioses.

Trad. *Bib. Clás.* H. S. Reimarus, vol. II, págs. 1.244-1.246.

PARTE SEGUNDA PRINCIPAL

AUTORES CRISTIANOS

INTRODUCCION DE LA PARTE PRINCIPAL

Significado y valor del martirio cristiano en su lucha con el politeísmo greco-romano

488. No es mi intento en esta Antología actuar de teólogo. Con todo, cae dentro del fin propuesto en la composición de esta obra—que ojalá resulte del agrado del lector—el que prefaciemos la parte cristiana con dos palabras sobre lo que todos esos Santos Padres y autores cuyos textos aduciremos, entendían por martirio.

I. Qué se entendía por mártir

489. Nos bastará una somera síntesis. Mártir significa de suyo igual que «testigo»... «Y seréis mis testigos (mártires)—dijo Jesús a los Apóstoles poco antes de desaparecer de este mundo—hasta los confines de la tierra.» [1] Al principio se entendieron por «mártires»

[1] *Hechos de los AA.* (I, 8.) Clemente de Alejandría es uno de los autores que más extensión da a la palabra «mártir», sin por eso dejar de entenderlo bien y usarlo así el sentido propio de esta palabra. Para él el martirio real es la consumación y perfección de la «vida y virtudes cristianas», por más que algo del mérito del martirio encierra toda virtud cristiana, que se relaciona con la paciencia, la fortaleza y la justicia. «Nuestro Santísimo Salvador—escribe—al hablar de riquezas y pobreza lo mismo se refiere a las del espíritu como a las del cuerpo. Pues cuando dijo bienaventurados los que sufren persecución por la justicia, claramente indicó que en todos estos casos busca mártires o testigos; porque, en efecto, quien fuera en realidad pobre por la justicia «atestigua» ser buena la justicia que así ama, y lo mismo quien sufre hambre y sed por la justicia, «testimonia» también ser ésta excelentísima. Lo propio quien llora y gime por la justicia «testifica» que ley tan excelente, por precisión debe ser bella y honesta. Como al decir dichosos los que sufren persecución por la justicia quedan éstos equiparados en la bienandanza a los que sufren hambre y sed por la misma, se ve claro aprueba el Señor la sinceridad del deseo de justicia, que ni el hambre fué capaz de quebrantar. Con razón, pues, dice ser bienaventurados los que tengan sed de esa misma justicia.» *Strómata,* lib. IV, cap. 6.

(testigos) todos los que por haber tratado con Jesús personalmente, podían testificar de él; se prescindía en ese caso en este vocablo de si esa testificación estaba o no rubricada con sangre. Más tarde, «mártir» equivalía a quien testificaba a Cristo dando la vida o padeciendo por su amor o por la verdad de su doctrina. En el siglo III, algo más tarde del que es objeto de nuestro estudio, «mártir» y «confesor» aún coincidían casi en significar lo mismo.

490. Siglos adelante, ya sólo los muertos por Cristo vinieron a llamarse «mártires», mientras que la expresión «confesores de la fe» se particularizó para los que sin llegar a morir sufrieron destierro, persecución o grave vejamen por el mismo Jesús.

491. Hoy en día hasta las causas políticas, la ciencia y el progreso nos hablan de sus respectivos «mártires». Los primeros cristianos no hubiesen aprobado ésta, que a sus oídos hubiera parecido profanación de una expresión, para ellos tan sagrada y llena de realidades y sugerencias divinas.

492. Bien pronto, para los primeros cristianos, «mártir», en general, era sólo aquel que había aceptado y sufrido con la firmeza y paciencia tan recomendadas por Jesús la muerte o graves persecuciones cuya causa era el odio por la fe de su Maestro. El «mártir» contaba, pues, sufrimientos, cárceles, destierro, sangre derramada, muerte por haber querido permanecer fiel a la fe o al amor de ese mismo Jesús.

493. Poco importaba el que la razón persecutoria se hubiese originado en el legislador al dictar la ley, si en la disposición judicial, o si en el juez o en los delatores, o si en las griterías y exigencias del populacho, o en la crueldad del verdugo. Mártir en el siglo II era, proviniese de donde proviniese la persecución, todo aquél que sufría o moría pacientemente por la fidelidad a Cristo o a su religión. El martirio era la canonización de la paciencia [3] cristiana en cuanto ésta imita y se asemeja a la muerte de Jesús, quien

[3] Escribía CLEMENTE ALEJANDRINO: «El cristiano fiel que no traiciona a su fe ni por mil dones que se le prometan, sino que por el amor que profesa a su Señor, gustosísimo, se deja despojar de la vida, quedando agradecido por una parte a Dios que le ofrece la ocasión de salir de este mundo y por otra parte al que le armó asechanzas para prenderle, pues así, sin alardear de ello, ofreciéndosele espontáneamente la ocasión, ha sabido aprovecharse de ésta para manifestarse lo que es: respecto de los enemigos soportando los males, y respecto de Dios mostrándole su amor... Nosotros llamamos al martirio «consumación», no porque, como también creen así otros, termina con él la vida, sino porque lo tenemos en concepto de obra de amor la más perfecta y acabada.» Puede verse en APULEYO la indiferencia enorme en que aceptaban los misterios isíacos esa misma idea de la perfección o consumación los *teletæ* en sus mejores iniciados (núms. 397-416).

fué conducido al patíbulo por la confesión clara de su propia divinidad: «Dinos: ¿eres tú el Hijo de Dios?» «Yo lo soy» (Mcos., XIV, 62). Fallo del tribunal: «Reo es de muerte.» (Mteo, XXVI, 66). Cristo en el tribunal y Cristo en cruz es, pues, el primer mártir; para usar una frase de San Agustín, el modelo divino de los mártires por la testificación de su propia divinidad, a cuya forma de víctima atormentada divino-humana deberían asemejarse los mártires futuros.

494. Ni otros móviles simulados en los jueces y procónsules, ni el uso de fórmulas o disposiciones jurídicas en los tribunales, ni cualquiera diversa motivación remota como podía ocurrir, v. gr., al tratarse de las vírgenes con el ansia de algunos jueces o acusadores de saciar su liviandad o la venganza por pretensiones inicuas frustradas, amenguaban en nada el valor del martirio a los ojos de aquellos sencillos y valientes cristianos, que sin estudios de derecho ni de teología sistematizada tenían y conservaban por tradición el instinto celeste de percibir en las cosas, no las palabras, ni los disimulos, ni los pretextos de los legisladores y de las masas, sino la realidad divina [3] de los grandes valores de su religión naciente.

495. Los cristianos se gloriaban de una aristocracia espiritual: la aristocracia de la sangre, pero no la derramada de otros, sino de la suya inmolada por la causa de Jesús; y el primero y más alto rango de esa alcurnia divina de [4] acercamiento a Cristo que murió por testimoniar su propia divinidad y por sus hermanos los hombres, era el formado por los que a su vez tenían por su mayor dicha el haber logrado corresponder a este amor de Cristo muriendo también por él.

496. Y lo mismo daba que el confesor y mártir de Cristo fuese torturado por odio a toda la religión cristiana o por un dogma particular del Símbolo de la Fe, como sucedía en los martirizados por herejes y cismáticos, o por cualquiera virtud cultivada con esmero de ángeles en el corazón, no sólo por mandato, sino aun por consejo del Señor. No había duda: todos le aclamarían por «mártir» [5]. La sangre de los mártires se reputaba la más bella rúbrica

[3] A esa realidad la llamaban los primeros cristianos «consumación», «ápice de perfección», «lo sumo de la filosofía», «principio de la verdadera vida», «grado supremo de la virtud», etc. Véase CLEM. ALEJAND.: *Strómata*, lib. IV, caps. 4-12.

[4] «Corazones mayores que el mundo, como verdaderos sabios, no viviendo más según la carne, sino sólo según el espíritu, han merecido llamarse dioses». ID.: *Pedagogo* libro I, 8.

[5] «Discreta erat causa», escribirá SAN AGUSTÍN. Estaba ya la nota diferencial de unos y otros condenados: «Quia pro veritate, pro justitia, pro Deo, pro Christo, pro Ecclesiæ unitate, pro individua caritate certavit.» *Serm.*, 275, núm. 1.

para firmar y sellar la Fe, la religión, las virtudes y el honor mismo del Cristianismo [6]; pero, con todo, nada había que produjera tan especial entusiasmo y predilección como cuando la púrpura de las venas venía a posarse sobre el cáliz y los blancos pétalos de un virginal o casto corazón [7]. Tipo de esta clase de mártires fué para aquella época Santa Tecla, la virgen colaboradora del Apóstol de las Gentes, San Pablo, cuya belleza espiritual objetiva dió pronto ocasión a una de las más admirables leyendas.

497. El martirio para aquellos héroes amamantados a los pechos de caridad de la Iglesia naciente era flor nacida en raíz de caridad con tronco de fortaleza y con fruto de paciencia y mansedumbre todas tres, virtudes que florecieron unidas con atractivo encanto y con divino aroma que embalsamó el mundo en el árbol de la cruz. En ellos la fe era resplandor, como su muerte era un milagro moral.

---

[6] Para los Santos Padres de tipo intelectual, como se verá en los fragmentos que transcribimos de CLEMENTE DE ALEJANDRÍA, la serenidad e imperturbabilidad en aceptar y soportar la muerte por Dios sin alardes ni provocaciones era lo más perfecto de la «gnosis» cristiana.

[7] Los cuerpos de las vírgenes mártires eran ante todo las ampollas de esencias de las qu decía SAN AGUSTÍN que cuanto más las quebraban más aroma exhalaban. CLEMENTE ALEJANDRINO y TERTULIANO nos presentan en sus escritos puntos de vista especiales sobre las mujeres y el martirio.

Se ve lo que estimaban los cristianos: la flor de la virginidad en los mártires, en el empeño de los tribunales paganos en hacerla violar en las vírgenes cristianas antes de arrancarles la vida. Además de mil frases generales tenemos en abono de esta verdad testimonios explícitos desde M. FÉLIX a EUSEBIO DE CESÁREA para citar sólo autores contemporáneos a las persecuciones. Son célebres en este respecto las condenas críticamente comprobadas de varias cristianas en 197 en Africa, vírgenes y madres cristianas en 202-203 en Roma; una virgen en Corinto por los mismos años, Potamiana en Alejandría, del 203-204; varias mujeres el 211 en Africa; Sabina el 250 en Esmirna; varias vírgenes, el 253 en Africa; Irene en Tesalónica el 304; algunas mujeres el 306 en Oriente; varias vírgenes, en Alejandría, el 306; otras vírgenes, en Cesárea, el 307; Ennata el 308 en Dióspolis; Toedora, en Alejandría, el 309, etc., etc.; todas ellas condenadas a cosas o actos de prostitución o ultraje de honor, sin que por ello, ni ante Dios, ni a la faz de la Iglesia, las vírgenes que sucumbieron así condenadas hayan dejado de ser jamás consideradas como vírgenes y mártires de Cristo a la vez. Quien desee conocer detalles sobre la mujer y el martirio, puede consultar la obrita de F. ANGAR sobre *La mujer en los procesos romanos contra los cristianos*, Leipzig, 1904. El brillo que la virginidad da al martirio tal vez nadie lo ha sabido expresar tan bellamente como SAN AMBROSIO en sus obras sobre la virginidad, al decribir el martirio de Santa Inés. Santa Tecla y la famosa virgen antioquena.

II. Mártir teológico, mártir apologético

498. Lo que nosotros discutimos en las escuelas, ellos tuvieron la fortuna de poseerlo. Me refiero a los dos valores, que hoy acertadamente hemos venido en clasificarlos en «valor teológico» y «valor apologético» del martirio. Me explicaré.

499. El martirio, para los primeros cristianos, ya él en sí mismo, prescindiendo de otras consideraciones, encerraba una naturaleza y características determinadas que le daban singular prestancia a los ojos de Dios y de los fieles. Es esta la belleza espiritual contenida en la misma definición del martirio: «Sufrir, morir por la fe en testimonio de la verdad abrazada.» La causa, se decía, es la que hace los mártires, no la pena [8]. Esta segunda podía ser idéntica para los héroes de Dios y para los criminales de la sociedad. La causa, en cambio, de ambos se diferenciaba como el cielo de la tierra, como la santidad del crimen, como la bendición de Dios de la maldición de los hombres y de Dios. Tal fué el valor intrínseco del martirio para quienes lo supieron mirar con los ojos de la fe, cuando se abrazaron con los suplicios por su Dios. Pero para ellos era evidente que si para morir verdadero mártir es imprescindible poseer el espíritu cristiano, para comprender toda su divina belleza son también necesarios los ojos de la fe [9].

500. En cambio, el valor apologético considera en los márti-

---

[8] Esta idea que siempre bulló en el ambiente primitivo de la Iglesia halló su fórmula definitiva en las *Cartas* y *Sermones*, de SAN AGUSTÍN, sobre los mártires. Ya de Cristo crucificado junto con los dos bandidos escribía el Santo: «Quos passio iungebat, causa separabat» (Carta 185, II, 9), idea que nunca abandonó el Santo en sus alusiones al martirio cristiano. Noxios y mártires, todos morían mezclados en el mismo anfiteatro: «Potest enim esse impiorum similis poena, sed dissimilis est martyrum causa.» *Ibid:* Fórmula célebre suya es aquella «martyres veros non faciat poena sed causa». (*Carta* 69, 2). Idea auténtica que repetía en sus *Sermones:* «La alabanza de los mártires, laus (está) en *cause bonitate, non in poenæ acerbitate.*» *Enarrac. al salm.* 68, 9.

[9] Antes del año 200 habían ya cundido entre sectas heréticas y estoicas ideas del todo falsas sobre la naturaleza del martirio cristiano. Para unos, morir así por Cristo equivalía al suicidio; otros, en cambio, se lanzaban a él de modo prohibido por Dios, queriendo emular a los gimnosofistas indios. Para Basílides, el martirio no era sino una pena impuesta por Dios por pecados cometidos por aquella alma, tal vez cuando había animado otros cuerpos. Las mismas mártires de Cristo, para algunos no pasaban de ser unas amazonas de la fe. CLEMENTE DE ALEJANDRÍA, en el lib. IV de su *Strómata,* analiza y rebate todas estas falsas concepciones del martirio cristiano, explicando luego sus admirables valores humano-divinos en oposición a las aberraciones de Basílides sobre los mártires verdaderos, dando por cierto que también los hay falsos o engañados.

res otro aspecto bien diverso del indicado. Es el valor que en los mártires ve, no ya tanto el ojo del teólogo cuanto el del observador y del filósofo. Este notará, en efecto, que en los mártires, como escribieron ya SAN JUSTINO y MINUCIO FÉLIX, dados su número y las circunstancias con que se han verificado sus muertes y tormentos, quedan del todo rotas las leyes psicológicas y morales con que suelen proceder en casos análogos los hombres. Fortaleza y constancia así, en tanta cantidad de individuos de todo sexo y condición y practicadas con tanta serenidad y convicción íntima, juntamente con una doctrina tan elevada y vida tan santa, y todo ello envuelto en una atmósfera de amor al prójimo y de consideración fraternal aun para con sus mismos verdugos [10], no puede tener su origen y su auxilio sino en la gracia de lo Alto. Para ver la fuerza psicológica de este fenómeno tan impropio de la débil libertad humana, basta ir un atardecer a un parque zoológico en el momento en que echan la comida a las fieras encerradas. El día de San Ignacio mártir, me ocurrió ir al jardín de Roma. Quería hacer la composición de lugar del sublime martirio del gran obispo de Antioquía. Antes de la repartición de las raciones, ya los leones, encaramados en las altas rocas, llenaban el aire con sus rugidos, a los que respondían inquietos los otros leones de las vecinas cuevas. Era un verdadero desafío de rugidos. Llega la hora: al abrir la puerta se abalanzan sobre las jaulas en comunicación con las cuevas, donde quedan encerrados. Siguen sordos y profundos rugidos en un continuo volverse y revolverse impacientes; al olor de la carne abren sus mandíbulas de acero, y con sus garras zarpean las rejas de las jaulas. Apenas divisan a los leoneros con sus grandes cargas de carne, bríllanles los ojos de fuego, sacuden la melena y ronquean amenazadores con todos sus ágiles músculos en tensión. Echanseles al fin trozos enormes de carne y hueso, y mientras acurrucados aseguran con sus zarpas la presa, la van deshaciendo a dentelladas entre el crujir recio de los huesos y las sacudidas violentas de cabeza, con que desgarran la carne sin dejar de ronquear profundamente un minuto. Es de imponente impresión. Nerviosos, convulsos, rugientes,

[10] Admira ver la insistencia de los escritores cristianos de aquella época en el deber de perdonar a los verdugos y delatores de los mártires. En este aspecto, SAN AGUSTÍN, con su sentido sintético, nos dejó una idea suya que formula el sentir de los cristianos de esta época para con los verdugos y jueces de los mártires: «Consilium persecutorum fui martyres perdere: consilium martyreum inimicos perditos invenire.» El intento de los enemigos era extirpar matando; el de los mártires, atraerlos muriendo. En este espíritu los mártires no eran ni son sino eco de Cristo en la cruz y del protomártir San Esteban, que, entre los tormentos, pidieron a Dios por sus propios verdugos. Véase también el núm. 798.

trituradores, no desmenuzan, rasgan; no comen, engullen, devoran En la alternativa de caer en esas mandíbulas y esos colmillos y esas garras de hierro y un sencillo «reniego de mi fe» que brote espontáneo y salvador de la pobre libertad humana para verse libre del trance tan horrible que le espera al mártir, ¿qué escoger? Sin una especial gracia de Dios, tratándose de casi todos, es evidente psicológicamente la respuesta. Para sentir esta verdad basta ver leones y tigres hambrientos devorando aún la comida ordinaria con que se les ceba en los parques. San Ignacio mártir me impresionaba hondamente con sólo leer su bella carta a los romanos; pero al ver a las fieras engullendo a rasgaduras los trozos enormes de carne, me hice más cargo de lo sublimemente divino del temple de alma de quien así ansió ser hecho harina de sacrificio entre los colmillos de tales fieras sólo por intereses de mero orden espiritual.

501. Mas volvamos a nuestro asunto. Atribuyan y den la fuerza que den los autores modernos al sello de los mártires como prueba del origen divino de la Iglesia; lo que sí es cierto es que siempre ha sido esa la veneranda tradición de la Iglesia primitiva. Con esa creencia se nutrieron, con esa esperanza se animaron, con ese ejemplo murieron, llenando en pos de sí la historia del Cristianismo con una estela rojiza de arrebol de alborada, que es la mejor recomendación de sus bellos corazones y de su no menos bella religión, cuya gloriosa aurora comenzaba a surgir entonces con matices de púrpura divina.

502. Cierto que el planteamiento del problema varía respecto de las diversas épocas, conforme son más próximas o se distancian los martirios del tiempo de la vida del Señor; pues es evidente que en favor del valor apologético de los testigos inmediatos del mismo Cristo—como son muchos de los primeros mártires—, además de los motivos comunes de todo martirio, militaron razones especiales que contenían muy subido valor de prueba de su origen, valor que hubo de ir más tarde esfumándose necesariamente conforme se alejaban los años.

503. ¿Quién no ve que respecto de la doctrina y de la resurrección de Cristo, el testimonio de Pedro y Pablo y de los demás Apóstoles inmediatos entraña de por sí un valor excepcional como de testigos oculares, ya que conocedores precisos de todo cuanto atestiguaban, estaban dispuestos a morir serenos y alegres entre los mayores tormentos en confirmación de lo que ellos mismos habían visto y recibido directamente de Cristo? ¿Qué firma más autorizada puede haber para garantía de la veracidad de un testigo que el ofrecimiento por parte de éste de toda la sangre de sus venas, y eso

entre las mayores torturas, como prueba de que quiere, en efecto, atestiguar lo que en conciencia, como testigo de vista, no puede decir sino así? Con la particularidad además de que después estos mismos testigos inmediatos inculcarán tan hondamente su propia certeza y persuasión a sus discípulos, que también éstos, aun estando más lejanos a los hechos, se hallarán, lo propio que sus maestros, en la misma disposición de ofrendar el sacrificio de su vida por la verdad de su testimonio conscientes de la realidad objetiva de lo que atestiguan sobre Jesús y su doctrina tal cual la habían recibido de los Apóstoles. Y tanto es así que están preparados, si el caso así lo requiriese, a ser hechos trizas entre las garras de tigres o quedar abrasados a fuego lento ante muchedumbres rabiosas, que saben tomarán aquella lealtad en sostener su testimonio como indicio de ausencia de humanitarismo, cuando no de obstinación de frenéticos extraviados.

504. Los mártires, dice San Agustín, haciéndose eco de toda la Iglesia primitiva, son «in tormentis patientes, in confessione fideles, in sermone veraces». En ellos los tormentos hacen hablar a la paciencia heroica; la fidelidad a lo que una vez profesado hace hablar a la fe, y el espíritu de seguridad en los hechos testificados hace hablar a la conciencia. ¿Qué hechos y qué doctrina ha habido en el mundo, ni consignados con tantas y tan garantes firmas, ni rubricados con sangre espontánea tan generosa, noble y abundante? Sólo la serie de las listas de los mártires de idéntica conducta por idéntica afirmación, de idéntica verdad, llenan con legiones de nombres páginas y más páginas aun de los dos primeros siglos del año 64 al 200, todavía mucho antes de la llamada «era de los mártires». Desde entonces jamás se cerrarán las fuentes de sangre siempre manantes de heroísmo de parecidos confesores de Cristo y de su fe, que no deben valer menos como documentos teológicos y apologéticos a la vez ante un examen sereno, que elementos de otra clase de fuentes, seguras sin duda e históricas, pero no de tan noble procedencia como la del testimonio de quienes tranquilos mueren por una idea de valor meramente espiritual, sin más ventajas en este mundo que el dolor, el desprecio y la execración general del pueblo.

505. Tenía razón San Justino: «Así sólo puede uno dejar matarse ayudado por Dios.» ¿Qué dice tu corazón a esto? No lo envuelvas y enredes en sofismas y prejuicios. Déjale sentir y hablar a él. El corazón es el que mejor entiende el valor de las pruebas psicológicas y del orden moral. El sabe su esfera, su poder y su... debilidad.

506. Y advierte lo dicho: que en este género de testimonios, como se verá mil veces repetido en los textos que aducimos, abundan gentes de todas clases, vírgenes y doncellas delicadas, esclavos, criadas, militares, magistrados, doctos e indoctos, ancianos rayanos de los ochenta a los cien años y niños inocentes, que antes de tener ninguna idea del heroísmo, lo saben realizar ya con sublime sencillez, como quien toma parte en un juego infantil. Verás cómo te dice tu corazón, que sabe de psicología y de debilidades humanas: religión que posee tanto número de héroes y en tales circunstancias, en su misma frente lleva la luz divina del sello de Dios, como también en sus entrañas esconde las energías de una virilidad divina indiscutible, pues es imposible que Dios ayude tan extraordinariamente con tales favores a almas tan bellas, en confesión de una falsedad religiosa.

507. Los mártires, como se ve en este aspecto, vienen a ser un criterio y una apología de la verdad de la religión cristiana. Tal es en consecuencia el segundo valor de los mártires cristianos considerados dentro del marco general de sus circunstancias histórica y moral.

508. Es decir, sintetizando lo dicho: que el valor teológico hace al mártir digno de corona eterna, al paso que el apologético hace reconocer en el mártir al pregonero y sello de la divinidad de su religión. El teológico en los mártires considera ante todo la causa del hecho que en aquéllas actuó, el odio y la aversión al Cristianismo; en cambio, el apologético se fijará en el valor moral y en los datos circunstanciales del hecho, que atestiguan la presencia refulgente en ellos de un auxilio especial del mismo Dios. Ellos mismos lo proclaman: «Dios era quien sufría en ellos.»

509. Ni se crea que este segundo aspecto de los mártires, como punto de vista, es producto de las escuelas posteriores. Prescindiendo de los grandes doctores de los siglos III, IV y V, como por ejemplo SAN CIRILO DE JERUSALÉN[11], SAN GREGORIO NACIANCERO[12], SAN ATANASIO[13], SAN JUAN CRISÓSTOMO[14], SAN CIPRIANO[15], ARÑOBIO[16],

---

[11] *Catequesis,* IX, 19.

[12] *Contra el Emperador Juliano,* I, 69.

[13] *De la Encarnación del Verbo.* Aunque este libro es célebre por el modo cómo se desenvuelve en él el argumento ético en favor del Cristianismo por la transformación moral que realizó en el mundo, con todo no son de despreciar sus indicaciones sobre el argumento que tratamos ahora. Véanse los núms. 27-29 de dicha obra.

[14] Léanse, sobre todo, su opúsculo *Que Cristo es Dios,* I, y su discurso sobre *San Ignacio Mártir,* 4.

[15] *Que no deben ser adorados los ídolos,* 15.

[16] *Contra las naciones* (gentiles), lib. II, 4-6.

LACTANCIO [17], etc., que expresamente y repetidas veces nos hacen fijar en este lado apologético del problema martirial; ya antes, y precisamente aun dentro de la época a que se ciñe nuestra Antología, nos apuntan esta misma idea, no sólo TERTULIANO, CLEMENTE DE ALEJANDRÍA y M. FÉLIX, sino subiendo aún más hacia los orígenes más remotos del Cristianismo, SAN IRENEO [18] y el autor de la *Carta a Diognetes* [19].

510. Por confesión propia, ¿no debió también precisamente a esta idea su admirable conversión el primer filósofo y apóstol seglar del Cristianismo, SAN JUSTINO Mártir? Su testimonio no puede ser más explícito. Y es que no hay que darle vueltas. Repitámoslo por última vez: Número tan grande de testigos de toda condición y sexo, vejados con todo género de tormentos morales y físicos, que entre ecúleos, hogueras, desgarramientos de carnes y rugidos de leones mueren dando gracias a Dios porque han merecido así la gracia de ser testigos de una verdad tan íntima en su corazón, que ellos se glorian de rubricarla ahora con lo más rojo de su sangre, cuando una sola palabra, un solo gesto, una firma sola podía libertarlos del tormento, es un fenómeno de orden moral que por hallarse fuera de las leyes de la psicología humana no puede menos de hacer reflectir a pensadores que sin prejuicios detengan en ellos su consideración. Es idea con que termina su *Apologebicum* TERTULIANO.

511. Por lo general, salvo casos contados, nada de fanatismo, nada de memez, nada de actitudes histriónicas, nada de cejas fruncidas y meditabundas, nada de sistemas filosóficos a la moda, nada de provocación ni de exhibicionismo y testarudez de obstinados; antes, como pinta a los verdaderos mártires CLEMENTE ALEJANDRINO, serenidad, paz y plegarias, como quien se halla con el cuerpo en la cárcel y en el cepo, como escribe TERTULIANO, pero con los ojos y las manos en posesión del abrazo de su Padre, que les aguarda allá en los cielos, y a las veces entre torrentes de alegría de corazón; tal es el ademán corriente de estos héroes de Cristo.

Los mártires del siglo II, en especial, como verá el lector por las actas que después se incluyen, dieron a la faz de la Iglesia y a los ojos de todo el mundo sensación de tan sublime luz. Orígenes mismo, quien niño aún alcanzó ver en su propia familia los últimos ejemplos de aquella época heroica, recuerda el caso después enter-

---

[17] *De las Instituciones divinas*, lib. V, cap. 13.

[18] *Contra las herejías*, lib. IV, 33.

[19] Núms. 6-8.

necido y no sin cierto dejo de tristeza por el contraste de alguna molicie que iba entrando, cuando escribía, en no pocas comunidades cristianas. Aquel gran hombre, hijo de mártir, maestro de muchos y muchas mártires y aun muy entrado en años, confesor él mismo de Cristo, escribía, hablando de los cristianos del tiempo de su niñez que le precedieron y que son precisamente los que corresponden a la época de nuestro estudio: «Si con espíritu de verdad —dice—juzgamos nuestra fe, no precisamente la cantidad de las masas cristianas, y miramos el corazón de éstas más que su número, advertiremos que nos sería difícil hallar hoy la verdadera fe en numerosas Iglesias. En cambio, aquéllos sí que fueron verdaderos fieles cuando se moría víctimas por el martirio desde el nacimiento, cuando después de tributar las exequias fúnebres a nuestros mártires tornábamos meditabundos a las reuniones; cuando doquiera se veían correr lágrimas, cuando al dar su nombre al catecumenado en la alborada de su tierna fe sabían todos que lo que les amenazaba pronto era el martirio, cuando incluso mujercitas y tanta gente del sexo débil afrontaban impávidas la muerte. Entonces sí que intervenían señales especiales del cielo y el milagro se hizo ordinario en la tierra. Es verdad que su número era escaso, pero su fe era sincerísima, y gracias a esto no titubearon en entrar por el camino estrecho y angosto que conduce a la vida.» [20]

512. Demasiada importancia damos los cristianos a los que como Dodvell, Havet, etc., niegan la copiosidad del número de los mártires [21], o a quienes como Mommsen y Harnack se empeñan en creer conocen ellos mejor el medio ambiente y el valor martirial que los grandes doctores, los cuales, por más cercanos a los hechos y al cabo de todos los detalles de la época y de aquellas almas santas, habían deducido la misma conclusión del milagro moral que San Justino, Tertuliano, Minucio Félix, San Cipriano y San Agustín. Tratándose de nuestra familia y de nuestros hermanos, de los héroes de casa, no hay por qué nos paremos tanto en lo que

---

[20] *Homil IV sobre Jeremías*, núm. 3.

[21] Sólo el prejuicio puede hacer que no ignorando testimonios valiosísimos anteriores a la equívoca frase de Orígenes, autores tan eruditos juzguen pesa más en la balanza de su crítica a vaga indicación de Orígenes que el ambiente de martirio evidente que se nota en tantos escritores, desde San Justino hasta Clemente Alejandrino inclusive. Frase de éste es que «cada día seguían abiertas y redundantes las fuentes de las persecuciones de los mártires que ante nuestros propios ojos son quemados, puestos en tormento y decapitados (*Strómata*, lib. III, 22). Tertuliano mismo escribía por entonces una frase que, aunque exagerada, revela un gran fondo de verdad: «Diariamente se nos reclama para los leones» (*De los espectáculos*).

escriben sobre ellos los hombres de fuera y extraños por hinchados que estén de su cultura; meditemos, en cambio, más lo que nos dicen del significado de su propia sangre los mártires del Señor.

III. Del «Frigidarium» al «Caldarium»

513. ¡Qué impresión tan brusca la que se siente ahora por el contraste duro de las dos partes tan opuestas de esta Antología! Un romano de la época diría que es pasar del *frigidarium* al *caldarium* de una de sus espléndidas termas. Ni más ni menos; pero del *frigidarium* de las religiones paganas al *caldarium* de una religión de amor.

514. Y es que no hay duda: al hacer uno este salto percibe el efecto del traslado de una región helada, penumbrosa y sin normas del orden moral, a otra llena de luz, de calor y de ideales elevados, que sin duda son muy superiores a cuanto de vil y adulador se agita alrededor de las piras funerarias de los Emperadores divinizados. En todo el vocabulario martirial usado por CLEMENTE, TERTULIANO y JUSTINO, a una con los hechos de los mártires, se ve surgir una moral colectiva de toda una masa elevada, digna, varonil, recia y celestial.

515. Como llevamos expuesto en la *Parte Preliminar,* las bajas pasiones por la escala de la idolatría habían llevado rodando al mundo pagano desde sus primeras cualidades humanas hasta lo más abyecto y oscuro que se puede imaginar en el orden moral. En cambio, los mártires nos dicen el grado de virtud heroica a que puede elevar a esa misma humanidad el naciente Cristianismo. Lo que era el «gnóstico intachable» para los filósofos paganos de la época, era entonces el gnóstico mártir» para los cristianos. CLEMENTE ALEJANDRINO parece no cansarse de presentárnoslo «como el summum de la virtud y del amor a Dios».

516. Si en boca de SÓCATES, al terminar su *Defensa* ante los jueces de Atenas, rayan en lo sublime humano aquellas sus famosas palabras: «Pero es ya hora de separarme de vosotros e irme, jueces; yo a morir, vosotros a vivir. ¿Quién lleva la mejor parte? ¿Vosotros? ¿Yo...? Zeus lo sabe», por su parte raya en lo sublime-divino el «gracias a dios» (véanse las actas) de tantos mártires al ser condenados en el tribunal. Los filósofos platónicos mostraron desconocer del todo el Cristianismo cuando creyeron honrar a los cristia-

nos llamando a Cristo un «segundo Sócrates». No digo Cristo; los mártires mismos de Scili, Roma, Cartago, Esmirna, Lyon, en la mente de los cristianos, no tenían que envidiar en nada al personaje más sublime de los diálogos de Platón.

517. Entre el gallo del divino Esculapio de Sócrates, con que termina el diálogo *Critón* [22], poco antes de morir Sócrates, y la sortija de Pudente que Sáturo la devuelve al soldado después de haberla hundido en su herida ensangrentada, como un recuerdo de amor hacia su amigo allí presente en el anfiteatro de Cartago, el lector sabrá con qué quedarse, si con el maestro de Platón o con el «sofista crucificado», que desde un patíbulo ha sabido formar la escuela de discípulos más sublime y gloriosa de cuantos registra la Historia.

IV. Los héroes de Roma y los mártires de Cristo

518. Los gentiles, no así todos los herejes, reconocían la intrepidez de nuestros mártires, pero les anteponían sus héroes.

San Agustín, que escribió *La Ciudad de Dios,* contra las viloentas sacudidas de reacción pagana que se advertían después de la toma de Roma por Alarico, no tiene interés ninguno en negar los grandes valores de los antiguos héroes romanos con cuyas estatuas y monumentos estaban aún adornados los foros y las basílicas de Roma; lealmente los admite y admira.

519. Veía que Roma, con ocasión de las últimas desgracias del Imperio, volvía de nuevo a parangonar y aun sobreponer sus bravos antepasados, que hicieron mundial a la Ciudad del Tíber, con los mártires y santos del Cristianismo. En cambio, advertía el Santo

---

[22] Después de haber bebido Sócrates la cicuta... «*Verdugo:* ¿Sientes? *Sócrates:* No. *Verdugo:* En cuanto llegue el frío al corazón, Sócrates nos dejará. *Sócrates:* Critón, debemos un gallo a Esculapio. No te olvides de pagar esa deuda. *Critón:* Lo haré; y mira si aún tienes más qué decirnos. *Sócrates muere. Fedón:* He aquí el fin del hombre que podemos llamar el mejor de los hombres que en estos tiempos hayamos conocido, el más sabio y el más justo de todos los hombres.» Hoy es moda ecribir paralelos entre Cristo y Sócrates. Ya Salviano, en el siglo v, nos presenta un paralelismo de las dos doctrinas de Cristo y de Sócrates en su célebre libro de la *Gobernación del mundo* (lib. VII). De todos modo le creemos muy exagerado cuando escribió en dicho lib. número 103, aquella dura expresión que Sócrates con sus doctrinas *lupanar fecit e mundo.* En cambio, San Justino, San Apolonio, la Escuela Alejandrina primera, gustan de ver en la virtud de Sócrates una gloria de los hombres y un destello participado del Cielo.

a la vez que no pocos de los cristianos no se resignaban a apreciar en su medida justa los valores humanamente magníficos de los creadores de la antigua Roma vencedora del mundo, que entonces parecía peligrar como nunca. SAN AGUSTÍN estaba convencidísimo de que jamás una verdad debe temer a otra. Nunca resolvía los casos cerrando los párpados a la luz, viniese ésta de donde viniese.

520. ¿Qué hacer? Ponerse en la realidad de los hechos, en el punto de mira humano de los unos y en el punto de mira divina de los otros. En unos y en otros héroes, pues a ambas clases llama él héroes, se debe de atender al motivo a que enderezan sus proezas y acciones y al modo virtuoso con que las realizan. El romano busca el honor y el nombre y la utilidad de la Patria; el mártir cristiano confiesa su nada personal y la omnipotencia divina dentro del espíritu de universalismo que anima al Cristianismo. El romano termina en valores de la tierra; el mártir cristiano sólo pasa por la tierra para fijar los valores eternos en el cielo. El romano cree llevar en sí la fuerza del Imperio; el cristiano la de Cristo. No habla la Historia de Roma de héroes que sucumben entre tormentos con la sonrisa en los ojos y un himno continuo de amor fraternal en los labios, como Policarpo y los mártires cartagineses; la alegría de los mártires africanos pasó a ser proverbial en la primitiva Iglesia. El alma del espíritu romano es el ansia de su propia grandeza e Imperio; deja de ser grande, en cambio, el mártir a quien empequeñece su propia soberbia. «Así que Dios, con este Imperio de tanta duración, tan vasto y dilatado, tan célebre y glorioso, efecto de virtudes naturales de tantos y tan famosos hombres, recompensó no sólo a la intención de ellos con el premio a que aspiraban, sino dió realidad a sus designios de proponernos con esto ejemplos acuciadores para nuestra advertencia y utilidad espiritual, a fin de que delante de las virtudes de fortaleza verdadera a que como quiera son tan parecidas éstas que los romanos ejercitaron por la gloria de la ciudad terrena, si no las tuviéremos por la ciudad de Dios, nos avergoncemos y confundamos de ello, y en cambio, si las tuviéremos, no nos jactemos de ellas. Porque, como dice el Após-tol, «no son dignas las pasiones de este tiempo de la gloria que se ha de manifestar en nosotros.» (*Rom.*, VIII, 18) [23].

521. Casi dos siglos antes había escrito MINUCIO FÉLIX aquellas admirables palabras análogas a las copiadas de SAN AGUSTÍN, gemelas de otras de TERTULIANO: «Sabemos las hazañas de Mucio Scévola..., de Régulo... y de otros héroes vuestros. Pero ¿cuántos son y

---

[23] *La Ciudad de Dios*, lib. V, cap. 19.

quiénes son? Nosotros, en cambio, en lugar de esos selectos defensores de la Patria, os presentamos no militares y soldados armados, sino «aun niños y delicadas mujercitas» que gracias a su paciencia, favorecidos del cielo, se divierten con el dolor entre cruces, tormentos, fieras y todo género de suplicios aterradores. Y persuadíos, descarriados, que no hay hombres que sufran tales vejámenes sin estar convencidos primero de la verdad por la que mueren, ni que tampoco hay psicología humana que pueda soportar tales sufrimientos como los de nuestros mártires sin la ayuda de lo Alto» [24].

522. Siempre venían a parar aquellos primeros cristianos a la misma conclusión: Aquí anda la mano y el auxilio especial de Dios, como el Señor no suele ni es de suponer preste ese auxilio especial en favor de una religión falsa, es evidente que la religión de tales mártires es la religión de la verdad. Y tenían razón. Bello es el cuadro que el mismo MINUCIO FÉLIX nos presenta del mártir del siglo II: «¡Qué hermoso espectáculo para Dios—escribe—cuando el cristiano, cara a cara y como mano a mano, lucha con el dolor; cuando, como atleta, se ciñe y se prepara contra las amenazas, los suplicios del interrogatorio y los tormentos de la condena; cuando, sonriente, pisotea el estrépito de la muerte, que cruje en sus cadenas y la fiereza del verdugo! Vedle con qué nobleza de espíritu alza su frente libre en presencia de los reyes y de los príncipes. Su libertad sólo se doblega ante el Dios que adora, cuando triunfador y victorioso emplaza a otro tribunal a los jueces que le condenan. La victoria es suya, pues ha conseguido lo que había tanto deseado.» [25]. Tales son las escenas y el espíritu que aguardan al lector en esta segunda parte de nuestra obra.

IV Son sólo las avanzadas de la era de los mártires

523. No ha sido mi fin ahora presentar en esta breve introducción un estudio completo sobre el martirio, materia ya admirablemente desarrollada por tantos autores de nuestros días. He inten-

[24] Por su valor apologético quiero copiar aquí las palabras textuales del autor: «Quot ex nostris non dextram solum, sed totum corpus uris, cremari, sine ullis eilatibus pertulerumt, cum dimitii præsertim haberent in sua potestate! Viros cum Mucio ve cum Aquililio aut Regulo comparo? Pueri et mulierculæ nostræ cruces et tormenta, feras et omnes suppliciorum terriculas ispirata patientia doloris inludunt. Nec intellegitis, o miseri, neminen esse qui aut sine ratione velit poenam subire, aut tormenta sine Deo posit sustinere...!» (*Octavius*, núm. 37).

[25] *Ibid.*

tado indicar tan sólo las ideas generales que sobre el mismo martirio, ya en sí mismo, ya en comparación con las hazañas de otros, llevaban en su pecho los cristianos que vivieron en aquel ambiente de heroísmo sencillo y cuotidiano, así como también otros escritores que por la proximidad de los hechos y por su cultura y fino espíritu de observación fueron el mejor eco de los latidos de aquellos corazones gigantes que han logrado ser como la vibración inicial del corazón mismo del Cristianismo naciente. Feliz expresión aquella de SAN AGUSTÍN: «Plus asseruerunt Christum mortui quam vivi»: Más afirman, hablan y dicen de Cristo los muertos (mártires) que los vivos. Nuestra palabra muere y desaparece. Su gloria no necesita ajena luz, ni pregoneros de fuera; habla ella misma.

524. Para completar el cuadro sólo advierto al lector que los martirios anteriores al año 203 (décimo del reinado de Septimio Severo) no son sino las patrullas de avanzada del gran ejército de testigos purpurados de Cristo. La «gran era de los mártires», la verdadera época de persecución y los conatos a fondo de exterminio absoluto a sangre y fuego de la Iglesia serán posteriores a esta fecha, cuando correrán, año tras año, las lágrimas de los cristianos y la sangre de los mártires a torrentes por todo el Imperio.

En el siglo V, no sin protesta de SAN AGUSTÍN por su imprecisión, se clasificaron en diez las grandes etapas persecutorias desde el *institutum neronianum*, el 64, hasta el año del edicto de Constantino, en 313. Se calcula que en todo ese lapso de tiempo se dimidiaron poco más o menos los años entre los de franca persecución y los de relativa calma. Por de pronto, Caracalla (211-217), hijo de Septimio Severo; Macrino (217-218), Heliogábalo (218-222), Alejandro Severo (222-235), los dos Gordianos (238-244) y Filipo (244-249) fueron benignos y relativamente condescendientes con el culto cristiano. Rompió el fuego de nuevo con calculadísimo método Decio (249-251); años fueron los de su reinado célebres por las numerosas apostasías de gente ya muelle por la paz y no hecha al sufrimiento y al dolor. Siguióle en la misma táctica su sucesor Galo (251-253). Y si Galieno (260-268), Claudio Tácito y Probo (276-282) y Caro (282-284) tornaron a cierta suave y tolerante moderación, en cambio Maximino de Tracia (235-238), Valeriano (253-260), Aureliano (270-275) y sobre todo Diocleciano (284-305), que al principio fueron casi todos ellos amigos de los cristianos, no dejaron piedra por mover para ver de conseguir si de una vez ahogaban en torrentes de sangre cristiana la vitalidad ya tan pujante del victorioso Cristianismo.

525. Intereses de escuelas filosóficas y los hombres de Estado

y de tradición puritana creían que de no aplicar a tiempo la segur a la raíz, al paso que llevaba el árbol nacido del granito de mostaza de que habló el Señor, cubriría todo el Imperio dejando en la sombra y en el olvido a los dioses a quienes se debían el nacimiento, el florecer y los gloriosos éxitos del Imperio dejando en la sombra y en el olvido a los dioses a quienes se debían el nacimiento, el florecer y los gloriosos éxitos del Imperio. Los bárbaros se amontonaban y se abalanzaban amenazadores a las puertas de casa, y los antiguos dioses tutelares de Roma, según ellos, sentían en el fundador del Cristianismo un competidor peligroso y odiado dentro de los límites del Imperio y aun dentro de las murallas de Roma, por lo que creyéndose ultrajados negaban su necesaria protección a su querida ciudad.

526. El prefecto de Roma, Símaco, contra quien escribieron San Ambrosio y Prudencio, fué quien con ocasión del ara de la diosa Victoria, arrancada el 382 del Senado por Graciano, pudo mejor que otro ningún escritor pagano interpretar esta mentalidad culta pagana en su célebre *Relatio*, presentada al Emperador Valentiniano II, súplica que por la contrarréplica del santo obispo de Milán hubo de quedar sin surtir su efecto. La prosopopeya que pone Símaco en boca de Roma hablando al Emperador es toda una síntesis del pensamiento pagano en aquella época de derrota del paganismo: «Príncipes y padres de la Patria—les dice—, reverenciad mis canas y mis años, ya que debo éstos a la protección de nuestros piadosos ritos. Dejadme practique las ceremonias religiosas tradicionales, que no hay por qué avergonzarnos de ellas. Dejadme vivir a mi modo sin cadenas de esclavitud. Si el mundo ha sido mío es por estos dioses. Si logramos alejar a Aníbal de las murallas de la ciudad y a los senonas del Capitolio, favor fué de los mismos. ¿Acaso he llegado a vivir tantos siglos para que en mi ancianidad se convierta en baldón lo que fué mi gloria?...» [26].

527. La idea pagana por todos aquellos años fué arrancar el árbol de cuajo; Juliano el Apóstata daría el último golpe a este

---

[26] *Relación de Simaco Prefecto de la Ciudad.* La imagen de la victoria que en bellísima y airosa estatua de oro dominaba la sala de sesiones de la Curia senatorial próxima al Foro Romano, en la agonía del Imperio, fué el objeto de batalla entre las dos tendencias pagana y cristiana, que desde Constantino se disputaban el régimen y culto del Imperio. *Símaco* y Ambrosio fueron los representantes de ambas tendencias, que tras largas vicisitudes, al fin, definitivamente, la orientó y fijó Teodosio I en favor del Cristianismo, apartando para siempre del Senado la áurea y alada diosa, que había sido el mejor símbolo de la Roma pagana. A los dieciocho puntos del Prefecto de Roma, Ambrosio, en una carta a Valentiniano II, opuso treinta y nueve, los cuales decidieron el triunfo del Cristianismo.

efecto. Pero ya era tarde. La sangre de los mártires hacía pulular cada vez más a la Iglesia.

528. En la época anterior inmediata a Constantino, toda la Iglesia tuvo una poda horrenda que tendía a cortar en seco toda transfusión de savia vital. La Iglesia así sufrió una segunda prueba de bautismo de sangre. No es que tuviese ya solos algunos hijos mártires; toda ella se había convertido en mártir. El premio de la cruz no se hizo esperar por parte de Dios. La cruz, como dice San Agustín, de ser suplicio de esclavos, pasó a ser el ornamento mejor de las diademas imperiales. Por vez primera el mundo romano se sentirá oficialmente cristiano.

VI. «Illo semine seges surrexit Ecclesia»

529. Vengamos ahora al broche de oro de nuestra Introducción. San Agustín gusta de relacionar estas dos ideas: la del triunfo definitivo del Cristianismo sobre las religiones del Imperio y la sangre de los mártires.

«Semina spargebant», escribe; aquella sangre era sangre semilla que había de fructificar en mies mundial [27]: «messem quaerebant». No miréis la mano de los verdugos que decapitan; mirad la mano del sembrador que siembra y recolecta. «Video agricolae consilium». Designios andan de por medio del divino agricultor. «Respecto a la sabiduría con que esparce por el mundo sangre de mártires Dios—dice el Santo—, ama al Cristianismo como el labrador ama la mies; y el trigo, si no se soterra y siembra, no da cosecha: «amo triticum, ideo proicio triticum». Al derramarlo busco que se reproduzca, no que se pierda» [28].

530. Y si os parece poco este trigo sembrado para la maravillosa recolección que presenta la Historia, ¿no ocurre lo propio con las gavillas del labrador?

«Pauca grana spargunt seminatores et colligunt multa messores». Por poco que sea, a mejor calidad de trigo, mayor rendimiento de resultado.

531. Los historiadores sin fe buscan las razones históricas para explicarse el porqué del rápido crecer del Cristianismo primitivo,

---

[27] *Enarrac. del Salmo* 39, núm. 1.

[28] Este bello *Sermón*, con hallarse en el *Apéndice* (ML. 46, caps. 988-990), es ciertamente de San Agustín.

y se desconciertan ante la desproporción entre los pocos que mueren mártires y los muchos que se hacen cristianos. Dios se sonríe de todos sus cálculos. Ellos buscan razones humanas, desprecian la pequeñez de la semilla; ignoran que es obra de semilla de Dios, de fecundación de Dios y de bendición de Dios. «Qui multiplicat Deus est»: en ello va la omnipotencia divina. No miréis la espuerta del sembrador; mirad las trojes del colector; y con ser estas enormes, todavía la sementera se derrama por fuera del Imperio Romano, y donde hay un palmo de tierra, allí cae y brota la semilla rojiza del mártir productor. «Semine seges surrexit: quasi semine sanguinis impleta est martyribus terra: et de illo semine seges surrexit Ecclesia» [29]. No se imaginaría TERTULIANO que su célebre frase [30] había de tener en un paisano suyo un glosador tan admirable.

532. SAN AGUSTÍN, al igual que ocurre en los grandes compositores de música que saben sentir y armonizar con tanta variedad sus temas favoritos hasta obtener de éstos todo el saboreo de su íntima belleza, no contento con indicarnos tan bellos pensamientos, dejando invariable su fondo común los armoniza y desarrolla en todos sus matices hasta llegar a hacernos percibir lo más profundo de su razón teológica.

533. Los apologetas del siglo II se contentaban con consignar los hechos y presentárnoslos a la luz de una defensa sencilla. Los escritores posteriores avanzan mucho más. Buscan la teología de esos hechos y de sus causas.

534. Para SAN AGUSTÍN, en concreto, la razón de toda esta fecundidad de la sangre de los mártires radica en la inseparabilidad de su concepción sobre el Cristo-total. Si sufren los mártires, Cristo

---

[29] Véase en unos cuantos ejemplos de un solo libro de SAN AGUSTÍN, de su *Enarrac. de los Salmos*, la insistencia del Santo en esta idea tan de su corazón: «Rugió el ímpetu de aquel Reino contra los testigos de Cristo; se derramó abundante sangre de mártires, y con su efusión como con una siembra pululó mucho más fértil la Iglesia, ocupando las mies toda la tierra, espectáculo que vemos en nuestros días.» (Del Salmo 59, n. 5.) «Se derramó sangre de santos, y en virtud de esa sangre, como si con ella se hubiera sembrado la tierra se alzó la mies de la Iglesia.» (Del Salmo 39, 1.) «Intentaron exterminar hasta la raíz los cristianos, derramaron sangre cristiana..., pero de la sangre de los muertos pulularon nuevas muchedumbres.» (Del Salmo 134, n. 24.) «Y ¿qué sucedió de tantos muertos de mártires sino que las palabras de Cristo cobrasen más realidad, y que habiendo sido regada la tierra por la sangre de testigos de Cristo la mies de la Iglesia pululase por todas partes?.» (Del Salm. 150, n. 20.) Todo lo cual el Santo lo formuló en la *Ciudad de Dios*, lib. XXII, cap. 6, con aquellas palabras: «Se les ataba, encarcelaba, azotaba, atormentaba, quemaba, despedazaba y rasgaba..., et multiplicabantur, y ellos se multiplicaban...»

[30] «La sangre de los mártires es semilla de cristianos», *Apologético*, cap. 50.

sufre en ellos [31]; si mueren los mártires, Cristo muere en ellos [32]. Pero recíprocamente, si la cruz de Cristo es cruz de bendición y de fecundidad divinas, esa bendición y esa fecundidad la traspasa el Señor a las «pasiones» y «sangre» de los mártires de su amor [33].

Y ¿cómo no, si, según el Santo Doctor, aun el testimonio que dan los mártires con su sangre es testimonio que Cristo se da a sí [34]? «Nos hallamos—escribe el Santo—ante los mártires (testigos), que no son otra cosa quienes testifican a la verdad. Pero advertid—prosigue—que si examinamos a fondo los hechos, reconoceremos que cuando los mártires dan testimonio a Cristo, en resumidas cuentas Cristo mismo es quien en ellos se da testimonio a sí propio: pues ¿quién, si no él, es quien habita en los corazones de los mártires para que den testimonio a la verdad?» [35]. Ya antes nos lo ha dicho el Santo con frase lapidaria: «Vicit in eis, qui vixit in eis» [36]. ¿Cómo no, pues, fructificar en ellos??

535. San Agustín, sin cansarse nunca de presentarnos la misma idea bajo nuevos aspectos, llegó a dejarnos una delicada fórmula. Así como en otros pasajes afirma que la virginidad cristiana no es otra cosa que la virginidad de la misma Iglesia, Esposa de Cristo (muchas hijas-vírgenes en una sola madre-virgen), así también toda la sangre de los mártires a su sentir es sangre de las venas de la Iglesia mártir, la misma Esposa de Cristo, semilla divina cuya fructificación será a una con la sangre de Cristo la que haga que se extienda el Cristianismo por toda la tierra. «¿Quién no verá—exclama entusiasmado—cuánto ayudó a la Iglesia (en su dilatación) la sangre de la misma Iglesia y cuanta mies apunta y reverdece ya en toda la tierra por la virtud de tan divino germen?» [37].

536. Si ambas muertes van unidas, la de Cristo y la de los mártires, también en la historia irán unidas ambas fructificaciones en un solo resultado, que es la dilatación por el mundo del nombre de Cristo [38].

---

[31] *Exposic. del Evang. de San Juan.* Trat. 47, núm. 2.

[32] *Enarrac. del Salmo,* 141, núm. 14.

[33] *Exposic. de San Juan.* Trat. 47, núm. 2, y, sobre todo, la bellísima exposición del Santo a las palabras de Señor en la cruz: «Dios mío, ¿por qué me has desamparado?», que, según el Santo, son palabras dichas por Jesús en representación de los mártires que forman un solo Cristo-mártir con Jesús en cruz.

[34] *Serm.* 128, cap. 2.

[35] *Serm.* 128, cap. 2.

[36] *Serm.* 280, cap. 4.

[37] *Enarrac. del Salm.* 118, serm. 32, 6.

[38] Mortuus est Christus; non peribit nomen eius. Mortui sunt martyres, multiplicata est magis Ecclesia: crescit per omnes gentes nomen Christi. *Enarrac. Salm.* 40, 1.

537. Consecuencia final de todo lo expuesto: lo que canta el mismo Santo Doctor. ¿Miras al mundo? Se ha empurpurado con el rojo de la sangre de los mártires. ¿Ves el cielo? Florece con las guirnaldas de los mártires. ¿Fijas tus ojos en la Iglesia esparcida por la tierra? Su mejor ornamento es la gloria de los sepulcros y memorias de los mártires. ¿Observas el desenvolverse de los años? Los días están llenos de festividades, en las que se celebran los nacimientos al cielo de los mártires. ¿Visitas sus sepulcros? Por todas partes se advierten curaciones milagrosas, justo galardón de Dios a los merecimientos de los mártires [39].

538. El mundo romano tenía razón dejando a sus viejos ídolos adorar al Dios de los mártires: «Deum martyrum colite», les exhortaba San Agustín.

Ahora ¿en qué ambiente, con qué criterios cristianos, con qué heroísmo la sangre de los mártires cumplió su misión en el siglo II? He aquí el contenido de los materiales de la segunda parte de esta Antología.

---

[39] Purpurata est universa terra sanguine martyrum: floret coelum coronis martyrum ornatæ sunt Ecclesiæ memoriis martyrum; insignita sunt tempora natalibus martyrum; crebrescunt sanitates meritis martyrum. *Enarrac. Salm.* 118, *Serm.* 30, 5.

TEXTOS SELECTOS
DE AUTORES CRISTIANOS

CATALOGOS ANTIQUISIMOS

de los romanos Pontífices desde el año 67 al 202

La serie de sucesión es clara: no así los años precisos de cada pontificado.

GRIEGOS			LATINOS			
IRENEO ESCRITO ENTRE EL AÑO 180-199	EUSEBIO ESCRITO HACIA EL 303	EPIFANIO ESCRITO ENTRE EL 374-377	TERTULIANO (SIGLO III)	C. LIBERIANO CRONÓGRAFO DEL AÑO 354	OPTATO MILEV ESCRITO HACIA EL 370	AGUSTIN ESCRITO HACIA EL 400
Pedro	Pedro	Pedro-Pablo	Pedro	Pedro	Pedro	Pedro
Lino	Lino	Lino	Lino	Lino	Lino	Lino
Anacleto	Anacleto	Cleto	Cleto	Clemente	Clemente	Clemente
Clemente	Clemente	Clemente	Anacleto	Cleto	Anacleto	Anacleto
Evaristo	Evaristo	Evaristo	Clemente	Anacleto	Evaristo	Evaristo
Alejandro	Alejandro	Alejandro	Evaristo	Ev[aristo]		Alejandro
Xisto	Xisto	Xisto	Alejandro	Alejandro	Xisto	Xisto
Telesforo	Telesforo	Telesforo	Xisto	Xisto	Telesforo	Telesforo.
Higino	Higino	Higino	Telesforo	Telesforo	Higino	Higino
Pio	Pio	Pio	Higino	Higino	Aniceto	Aniceto
Aniceto	Aniceto	Aniceto	Pio	Aniceto	Pio	Pio
Sotero	Sotero		Aniceto	Pio	Sotero	Sotero
Eleuterio	Eleuterio			Sotero	Eleuterio	Eleuterio
En su tiempo vivió Ireneo	Victor			Eleuterio	Victor	Victor
	Zeferino			Victor	Zeferino	Zeferino
				Zeferino		
(ADVER. HAER. III.)	(CHR. e H. E.)	(HAERS. XXVII.)	(ADV. MARC.)		(DE SCH. DONAT.)	(EPIST. 53)

Estos mismos autores no coinciden en los años de pontificado de cada Papa. Es, pues, difícil relacionarlos exactamente con los años de los Emperadores. Lo que sí parece cierto es el sincronismo de PEDRO = NERÓN, ANICETO = *Antonino Pio,* CLEMENTE = *Nerva,* VÍCTOR = *Cómodo,* ZEFERINO = *Septimio Severo. Por lo demás, como una coincidencia sólo aproximada, se puede dar el siguiente esquema:*

PEDRO † 67 ? Nerón	LINO 67-76 ? Nerón - Galba - Otón - Vitelio - Vespasiano	ANACLETO 76-88 ? Vespas. - Tito - Domic.	CLEMENTE 88-97 ? Domic. - Nerva	EVARISTO 97 ? - 105 ? Nerva - Trajano
ALEJANDRO 105-115 ? Trajano	SIXTO 115-125 ? Trajano - Adriano	TELESFORO 125-136 ? Adriano	HIGINO 136-140 ? Adriano - Antonino P.	PÍO 140 - 155 ? Antonino Pio
ANICETO 155-166 ? Anton. Pio - Marc. Aur.	SOTERO 166-174 ? Marco Aurelio	ELEUTERIO 174-189 Marco Aurelio - Cómodo	VÍCTOR 189-199 Cómodo - Septimio Severo	ZEFERINO 199-217 Septimio Severo

SECCION PRIMERA

PORMENORES DE AMBIENTE CRISTIANO

PAPIAS

Obispo de Hierápolis en la Frigia Menor, fué amigo de San Policarpo y discípulo de San Juan Evangelista. Fué uno de los milenaristas y demasiado crédulo. Alrededor del 130 escribió cinco libros de *Explanaciones de los dichos del Señor.* De ellos sólo quedan muy escasos fragmentos. En sus escritos aparece el nombre de Juan, de modo que se han suscitado discusiones muy apasionadas de si era uno sólo el Juan de que habla o dos. Aducimos aquí uno de sus más célebres fragmentos, cuyo sabor de primitiva sinceridad es tan grato para todos los paladares cristianos.

Cómo se formó la primera tradición oral cristiana

Hist. Ecles. de Eusebio Ces. III, 40

540. «Ni callaré las cosas que en otro tiempo aprendí bien de los presbíteros (ancianos) y las grabé bien en mi memoria [1]. Añádolas a mis explicaciones como prueba de su verdad [2]. Pues que nunca yo, según otros suelen hacerlo, oía a aquellos que eran unos charlatanes [3], sino a quienes sólo dicen verdad, ni a quienes andaban con preceptos extraños, sino a quienes recordaban los man-

[1] Papías en todo este párrafo habla de lo que él mismo oyó directamente de los ancianos (prebíteros) y de lo que también oyeron otros y se lo comunicaron a él; uno de estos ancianos muy bien pudo ser Juan Evangelista.

[2] Estas afirmaciones sólo buscan un fundamento objetivo: el testimonio cierto.

[3] Parece referirse a los gnósticos que entonces empezaban a pulular dentro de la Iglesia y contra los cuales Papías escribió sus cinco libros.

datos que se conoce dió el Señor a la fe y no tienen más origen que la verdad [4]. Y si alguna vez daba con quienes habían tratado personalmente con los ancianos [5], inquiría los dichos de éstos: qué era lo que había dicho Andrés, o qué Pedro, o qué Felipe, o qué Tomás o Santiago [6], o qué Juan o Mateo, o cualquiera otro que había sido de los discípulos del Señor, y qué predica Aristión o Juan el anciano [7], discípulos del Señor, porque tenía para mí que no se saca tanto bien de los libros cuanto de lo que oímos de la viva voz aún no extinguida [8].

FUNK, vol. I, págs. 351-355.

SAN JUSTINO

La aparición de SAN JUSTINO en la literatura cristiana produce una simpática impresión: alma noble, bella, candorosa, valiente; corazón recto, generoso, ardiente en el amor a la verdad; apóstol dulce, a la par que infatigable, para quien sufrir el martirio parece la cosa más obvia y natural; seglar de temple espiritual y proselitista, enamorado de la filosofía y de la cruz de Cristo, tal es el amable escritor que tiene en su sencillo e íntimo misticismo ciertos contactos de elevación análogos a la de F. Angélico. Ambos van al mismo Cristo por el mismo camino y las mismas alas, aunque con instrumentos diversos: el pincel y la pluma. Nació en Palestina, tuvo formación helénica; fué un enamorado idealista de la verdad. Se convirtió al Cristianismo ya filósofo. Escribió muchas obras, hoy perdidas. Son célebres sus dos *Apologías*, en

---

[4] Opone PAPÍAS claramente los preceptos extraños de los herejes a los mandamientos auténticos derivados de Cristo mismo a la fe.

[5] Aquí la palabra «anciano-presbítero» no sólo se refiere a los Apóstoles del Señor, sino también a los que sin haber sido Apóstoles fueron discípulos suyos, como por ejemplo Aristión, testigo antiquísimo, por eso mismo, de la verdadera doctrina primitiva. PAPÍAS distingue dos clases dentro de estos mismos discípulos del Señor, cuyos dichos tanto ansiaba conocer.

[6] Este Santiago no es el mayor, que murió el año 43 ó 44, sino el llamado hermano del Señor, que fué obispo de Jerusalén, y a quien se refieren los núms. 151, 196 de esta Antología.

[7] Muchos autores, siguiendo a EUSEBIO en su *Historia Eclesiástica*, creyeron que este Juan, el anciano, es diverso de San Juan Evangelista. Lo cierto es que con sólo este fragmento no se puede probar que aquí PAPÍAS se refiere a otro que no sea el mismo San Juan, quien llegó a tan avanzada edad.

[8] Se ve, pues, que el método usado por PAPÍAS sencillamente es oponer la tradición oral tal cual se derivó ésta de los discípulos mismos del Señor a la llamada «ciencia de los gnósticos».

los años 155 y 164, y su *Diálogo con Trifón* (judío), 155-61. Los dos escritos a él atribuídos, *Discurso a los griegos* (siglo II) y *Exhortación a los griegos,* hacia el 250, no son suyos. SAN JUSTINO tuvo un glorioso remate digno de su vida hacia el 165. Su martirio da sensación de una sencilla, serena y sublime dignidad. Su carácter «honra a los intelectuales y a la Humanidad». Sus descripciones de los ritos, del bautismo y de la eucaristía no pueden faltar en una obra del género de la nuestra.

Rito del bautismo antes del año 165

Apología. I, núm. 61

541. Para no faltar omitiendo una cosa de importancia en lo que tratamos, expondremos aquí cómo nosotros, renovados por Cristo, nos consagramos a Dios. A cuantos persuadidos de ello primero tienen por verdadera la doctrina que les proponemos y explicamos y después prometen ajustar su práctica a ella, instrúyeseles, orando y ayunando todos juntos con ellos, en el deber de orar y ayunar para obtener de Dios el perdón de los pecados. Después los llevamos a sitios donde hay agua y los regeneramos con el mismo rito con que fuimos nosotros regenerados, pues que esta purificación se verifica en el agua en el nombre del Padre de todas las cosas y del Señor y Dios y Salvador nuestro Jesucristo, y del Espíritu Santo [9]. El mismo Cristo lo había dicho: «Si no fuéreis regenerados no entraréis en el reino de los cielos.» [10]

542. Ahora bien: es evidente que esta «regeneración» no puede consistir en volver de nuevo al seno de la madre. Ya antes, ISAÍAS, profeta, como lo llevamos dicho, vaticinó cómo quedarían libres de sus pecados quienes hacen penitencia después de haber sido pecadores. «Lavaos, sed limpios, quitad las maldades de vuestro corazón, aprended a bien obrar, oíd en derecho al pupilo y amparad a la viuda y venid y estemos a cuentas, dice el Señor. Si vuestros pecados fuesen como la púrpura los emblanqueceré como lana, y si fuesen como la escarlata los retornaré como nieve. Si no me oyéreis os devorará la espada; palabra es esta del Señor.» [11] Se-

---

[9] Véanse los núms. 607-609. En este pasaje aparece clara la fórmula bautismal en tiempo de JUSTINO, según las palabras de SAN MATEO (XXVIII, 19, Cfr. *La doctrina de los doce Apóstoles a las gentes,* núms. 607-611).

[10] SAN JUAN, III, 3-5 cfr. SAN MATEO. XVIII, 3.

[11] ISAÍAS, I, 16-20.

gún nos lo dijeron los Apóstoles, he aquí la razón de esto [12]: Como en nuestra primera concepción fuimos engendrados inconscientemente por necesidad de húmedo germen mediante la mutua unión de nuestros padres y crecimos luego en pecaminosas costumbres y con mala educación, se invoca en agua el nombre del Señor y Padre de todas las cosas sobre quien ha determinado regenerarse y está arrepentido ya de sus pecados, a fin de que no quedemos más siendo hijos de la necesidad y de la ignorancia, sino de la elección y de la inteligencia y se nos dé la remisión de todos los pecados que hubiéremos cometido, con la particularidad de que esa fórmula sólo la pronuncia quien lleva al agua al bautizando, pues nadie puede poner nombre a Dios inefable.

543. Y si alguien quiere pronunciarlo es que es víctima de insanable locura. Este lavatorio se llama «iluminación» [13] porque se quedan iluminadas las mentes de quienes aprenden estas cosas. Además, el «que se ilumina» se bautiza también en nombre de Jesucristo, que fué fijado en cruz bajo Poncio Pilatos, y en nombre del Espíritu Santo, que vaticinó por boca de los profetas.

RAUSCHEN, págs. 98-100.

Rito de la comunión antes del 165

Apología. I, núms. 65-68

544. Nosotros, después que lavamos en el bautismo a aquel que ha creído y se nos ha agregado, le llevamos a los que llamamos «hermanos» [14] al sitio donde se reúnen con el fin de hacer las

[12] RAUSCHEN indica que tal vez pueda aludir aquí el Santo a la carta a los *Gálatas* (IV, 31) y a las dirigidas por el mismo SAN PABLO a los *Efesios* (V, 8) y a los *Romanos* (VIII, 5).

[13] Eta clase de nombres se usaban también en las iniciaciones de los misterios, tan en boga en tiempo de SAN JUSTINO. CLEMENTE DE ALEJANDRÍA, en su *Pedagogo*, lib. I, cap. 6, explica magistralmente en qué consiste la «iluminación» cristiana por la fe y por el bautismo, por los que el alma se llena de la luz del Espíritu Santo, y es tan diferente de la iluminación de que trata APULEYO en su consagración a los misterios recónditos de Isis. Véanse núms. 407 y siguientes.

[14] Los mismos racionalistas, como Harnack, gustan de confesar que en virtud de esta gran hermandad de los primitivos cristianos, la Iglesia poseía el espíritu, la doctrina y la vida del amor personal y colectivo. Las escuelas antiguas griegas, como la pitagórica, epicúrea, etc., se creían y se llamaban «centro de la amistad», y sus socios se decían «amigos queridos». El Cristianismo primitivo elevó esa terminología a una realidad sorprendente. Los primeros cristianos nacían, vivían y morían en un ambiente saturado de caridad iluminada y vivificante; con ellos, la misma terminología helénica había ascendido de la Tierra al Cielo.

oraciones en común, para pedir por nosotros mismos, por el que acaba de ser «iluminado» y por todos los demás dondequiera se hallen, con el intento de que seamos tenidos por dignos de, por la verdad conocida, por las buenas obras y los mandamientos cumplidos, merecer la vida eterna.

Acabadas las oraciones nos saludamos con el ósculo [15]. Después, al prelado de los hermanos tráesele pan y un vaso de agua y vino. Recíbelos él y prorrumpe en alto en alabanzas y glorificación del Padre de todas las cosas por el nombre del Hijo y del Espíritu Santo, y se alarga en acción de gracias por aquellos beneficios que se ha dignado darnos; todo el pueblo allí presente aclama diciendo «Amén.» Amén es vocablo hebreo, que es como decir: «Así sea.» Una vez ya que el obispo ha terminado las gracias y ha respondido todo el pueblo, los que entre nosotros se llaman diáconos reparten a todos los allí presentes a gustar el pan, el vino y el agua, por los que han sido las gracias dadas, y después los llevan a los ausentes [16].

545. Y a este alimento llamamos nosotros Eucaristía, de la que no es lícito participar a nadie que no crea ser verdad nuestra doctrina y no esté ya lavado (en el bautisterio), lo cual se hace para perdón de los pecados, y esté uno regenerado y viva según nos enseñó Jesucristo. No tomamos, pues, este pan y este vino al igual que los del uso común, sino que así como por la Palabra (Logos) de Dios se hizo que el mismo Logos hecho hombre tuviese carne y sangre para nuestra redención, de la misma suerte ahora la palabra de la oración (la fórmula de la consagración), que tiene su origen en él y por lo que ahora le han sido dadas las gracias, hace también que el alimento que por su transformación nutre nuestra carne y sangre se haya convertido en carne y sangre del mismo Jesús Encarnado. Porque los apóstoles, en los comentarios que ellos mismos [17] compusieron, y que se llaman Evangelios, enseñaron a los venideros, según les fué mandado, cómo habiendo tomado Jesús el pan y dadas las gracias dijo: «Haced esto en memoria mía [18]. Este es mi cuerpo.» [19] E igualmente, tomando el cáliz y dadas también

---

[15] El «ósculo de la paz» era como la señal de que, unidas las almas, habían de volar mejor por la plegaria hacia Dios. TERTULIANO: *De la oración,* cap. 14.

[16] La Eucaristía bajo las dos especies de pan y vino mezclados con agua. Los diáconos llevaban después la Sagrada Comunión a los ausentes encarcelados, enfermos, confesores de la fe, detenidos, etc.

[17] Apóstoles aquí se debe entender en sentido amplio; entre los cuales quedan incluídos SAN LUCAS y SAN MARCOS, aunque éstos en rigor no pertenecieron al número de los «doce Apóstoles» de los Evangelios.

[18] LUC., XXII, 19.

[19] LUC., XXII, 19; MTEO., XXVI; MCOS., XIV, 22; I *Corint.*, XI, 24.

las gracias, dijo: «Esta es mi sangre»[20], y que les dió a ellos sólo. Los malos espíritus, imitando esto, dispusieron se hiciera cosa parecida en los misterios de Mitra[21], pues como lo sabéis o lo podéis saber, en sus iniciaciones sagradas, entre cánticos e himnos, usan también pan y agua.

546. Nosotros, después todo esto lo conservamos en la memoria como en depósito y lo recordamos para lo futuro, y quien de nosotros posee bienes, socorre a cuantos menesterosos puede[22], y estamos siempre muy unidos unos con otros. Y por todo, cuanto nos otorga de alimento, alabamos al fabricador de la creación entera por su Hijo Jesucristo y por el Espíritu Santo. Y en el día que se dice del sol (domingo), juntados todos los de las ciudades y aldeas en una reunión, leemos los Comentarios de los Apóstoles y los Escritos de los Profetas en cuanto el tiempo lo permita. Después, al cesar el lector, el obispo, en una homilía, amonesta y anima a imitar tan admirables enseñanzas. Luego nos alzamos a la vez todos, rezamos las plegarias, y como llevo arriba dicho, terminadas ya las preces, se traen el pan, el vino y el agua, el obispo entona en voz muy alta las oraciones a una con la acción de gracias, y el pueblo aclama diciendo: «Amén.» Y aquello por lo que se han hecho las gracias, se hace comulgar a cada uno de los presentes, enviando lo mismo a los ausentes por medio de los diáconos. Los ricos, según su beneplácito y gusto, ofrecen de lo suyo para los pobres; se entrega la colecta al obispo, para que auxilie con ella a los pupilos y a las viudas y a los que por enfermedad o cualquiera otra causa son víctima de la miseria. Reparte además de ello a los encarcelados y con los peregrinos que vienen de lejos; en una palabra: que se hace limosnero para cuantos sienten necesidad[23].

547. El día del sol nos reunimos todos, porque es el primer día (de la semana) en el que Dios creó el mundo, cambiando la materia y las tinieblas, y porque el mismo día resucitó Cristo Nuestro

---

[20] Mteo., XXVI, 27; Mcos., XIV, 23; Luc., XXII, 20; I *Corint.*, XI 25-26.

[21] Celebérrimo dios de los persas. En tiempo de los Emperadores romanos su culto entró pujante en el Imperio occidental por la devoción que le empezaron a profesar muchos soldados. Su dilatación fué rápida y amplia. Su culto haciase en general identificándole con el Sol Invicto, cuya gran solemnidad natalicia se celebraba el 25 de diciembre. Según San Justino, el que en las iniciaciones de Mitra se ofrendasen pan y agua sólo quería simbolizar que los verdaderos amantes de Dios se deben contentar en la vida con lo más indispensable.

[22] Véase Tertuliano: *Apologético,* 39, núms. 770-780.

[23] Véase el núm. 550.

Señor de entre los muertos. Porque el día anterior al de Saturno [24] había sido crucificado como en el posterior al mismo día de Saturno, que es el día del sol, apareció a los Apóstoles y dió estas enseñanzas a sus discípulos, todo lo cual lo ponemos ahora a vuestra consideración [25]. Si, pues, os parece razonable y conforme a la verdad, apreciadlo; si lo reputáis simplezas, despreciadlo como bagatelas; pero de ningún modo privéis de la vida a los que lo practican, como a enemigos, ya que no hay en ellos ni sombra de crimen.

P. *Id.*, págs. 104-110.

Sacrificio de la misa

La importancia de la materia me mueve a presentar aquí en dos columnas paralelas las ideas sobre idéntico asunto de dos hombres cumbres del siglo II: SAN JUSTINO y SAN IRENEO. El uno en su *Diálogo con Trifón* (núm. 41), el otro en el lib. IV, cap. XXIX, 5, de su obra *Contra las herejías*. Esta misma doctrina la había indicado JUSTINO en su *Apología I*. Y CLEMENTE ROMANO, casi no menos explícitamente que ahora JUSTINO e IRENEO, había propuesto ya la misma en el siglo I en su *Carta a los Corintios*. He aquí, pues, los dos valiosos testimonios que son como dos reflectores que se iluminan mutuamente.

SAN JUSTINO

Diálogo con Trifón, núm. 41.

548. *Ya os he dicho, oh varones, que la ofrenda de la flor de harina mandada ofrecer por los que quedaban limpios de la*

SAN IRENEO

Contra las herejías, lib. IV, cap. XXIX.

Y dando instrucción a sus discípulos de cómo ofrecer a Dios las primicias de las creaturas, no porque El necesitase de ellas, si-

[24] El día de Saturno equivale a nuestro sábado. Adviértase que menos el sábado y domingo todos los demás días de la semana conservan aún los nombres de divinidades paganas: de la diosa Luna viene el lunes; de Marte, martes; de Mercurio, miércoles; de Júpiter, jueves; de Venus, viernes. Lo propio ocurre en varios de los meses que tomaron los nombres de dioses o personas divinizadas: tal como de Jano, enero; de las Fébruas, fiestas lupercales, febrero; de Marte (padre de Rómulo), marzo; de Maya, madre de Mercurio, mayo; de la diosa Juno, junio; de Julio César, julio, y del divo Augusto, agosto.

Los Santos Padres, por más que trabajaron en ello, no lograron arrancar del pueblo la nomenclatura del *Kalendario* pagano.

[25] Compárense los núms. 216-222, 770-780.

lepra era una figura del Pan Eucarístico que Cristo mandó hacer en memoria de la Pasión, cuyo fruto fué quedasen limpias de todo pecado las conciencias de los hombres. Además tuvo también en esto el fin de que así demos gracias a Dios porque se dignó no sólo crear para el hombre el mundo y cuanto hay en él, sino también librarnos de todas las maldades con las que estábamos manchados, derrotando a la vez completamente a los poderes y príncipes infernales merced a aquel que por voluntad de Dios quiso someterse a la Pasión. Por esto, como ya os lo llevo dicho, dijo Dios por boca de uno de los doce profetas, Malaquías, sobre vuestros sacrificios: «No está mi agrado en nosotros — dice el Señor — y no recibiré vuestros sacrificios de esas manos vuestras, porque mi nombre es glorificado entre las gentes desde el nacimiento del sol hasta el ocaso, y en todo lugar se ofrenda el incienso a mi nombre, lo mismo que el sacrificio puro, porque es grande mi nombre entre las gentes, ese nombre que vosotros profanáis.» [26] *Esta fué una predicción de que se ofrecen sacrificios en todo lugar por medio de nosotros los gentiles, cosa que se hace con el pan de la Eucaristía y con el cáliz de la misma Eucaristía. Y así El mismo añade que su nombre es glorificado por nosotros, y en cambio profanado por vosotros...* [27].

E. DE OTTO, pág. 139.

no porque de este modo ellos aparecerían agradecidos y saldrían aprovechados, tomó el pan, que es una de las creaturas, dió gracias, a la vez que decía: «Este es mi cuerpo» (Mt., 26, 26) *(tomando) igualmente el cáliz, que es también creatura, y es según nosotros, confesó que era su sangre y declaró que aquello era la nueva oblación del Nuevo Testamento. Y la Iglesia, recibiéndola de los Apóstoles como tal, en toda la extensión de la tierra se la ofrenda a Dios, que es dador de todos los alimentos, como primicias de sus dones en el Nuevo Testamento. Cosa que ya Dios quiso indicar por adelantado en uno de los doce profetas. Malaquías, con estas palabras: «No está ya mi voluntad en vosotros—dice el Señor Omnipotente—, y no recibiré sacrificio ofrecido por manos vuestras. Porque del Oriente al Occidente mi nombre es ya glorificado entre las gentes, y en todo lugar se ofrece el incienso a mi nombre y el sacrificio puro. Porque mi nombre es grande entre las gentes —dice el Señor Omnipotente—.* (I, 10 y siguientes). *Dando a entender sin posible tergiversación, que el primer pueblo cesaría de ofrecer a Dios (sus sacrificios); pero que en cambio éste se le ofrecería en todo lugar, y ése inmaculado, con lo que el nombre de Dios quedaría glorificado en las gentes.*

W. WIGAN HARVEY, Vol. II, páginas 198-200.

---

[26] MALACH., I, 10-12.

[27] SAN JUSTINO, como se ve por este texto, reconoció, pues, no menos que SAN IRENEO, en la Eucaristía no sólo un sacramento (véanse núms. 544-547), sino también el «sacrifi-

SAN TEOFILO, OBISPO DE ANTIOQUIA

Este gran teólogo—el primer autor cristiano que merece este título por su poderoso ingenio y profundos estudios sobre Dios, la Trinidad y Jesucristo—, predecesor del mismo San Ireneo, de Pablo de Samosata y Eustacio de Antioquía, además de sus obras teológicas (hoy perdidas), escribió tres libros intitulados *A Autólyco*, amigo suyo y gentil todavía, a quien propone la fe cristiana y la creación. En el primer libro tiene un pequeño párrafo precioso que queremos aducirlo aquí, ya que aunque anterior a ella, puede considerársele ideológicamente como un complemento de la descripción que la *Epístola a Diognetes* hace de la vida santa de los primeros cristianos. Teófilo exige precisamente esa santidad moral aun para comprender bien la doctrina sobre el Dios de esos mismos cristianos. Helo aquí. Nos hemos servido de la edición Migne-G., v. VI, lib. I, núm. 2, por no haber tenido a mano otra mejor.

La pureza del alma para ver a Dios

A Autólyco. Lib. I. núm. 2

549. Y si me dices: «Muéstrame a tu Dios», te diré yo a mi vez: «Muéstrame primero a tu hombre y yo te enseñaré a mi Dios.» Antes debo saber si tus ojos y tus oídos (espirituales) están dispuestos para percibirle. Quienes gozan de la potencia de la visión corporal se hacen cargo de las cosas materiales de la tierra, saben discernir las diferencias de los objetos, distinguen la luz de las tinieblas, lo blanco de lo negro, lo bello de lo deforme, lo armónico de lo confuso, la exactitud de la desproporción de las medidas y de lo que sobra y falta en los cuerpos. Y lo que digo de los ojos puede afirmarse en su género de los oídos para poder percibir bien los sonidos agudos, graves y deleitosos. Pues exactamente lo propio ocurre con los ojos y oídos del alma para que puedan percibir y distinguir bien a Dios. Dios sólo es asequible a quienes tienen poten-

cio» de los cristianos. Los sacrificios de los gentiles, según el mismo Santo, fueron invención de los demonios (*Apolog.* II). Dios no necesita de víctimas de animales (*Apol.* I, 13), ni menos de hombres (II, 12), ni de ofrendas hechas a los muertos (I, 24) en rito gentílico. Los mismos sacrificios del Antiguo Testamento fueron transitorios (*Diálogo con Trifón*, 40), apropiados a su índole poco espiritual (*Ibid.*, 67) y representativos sólo del Sacrificio por excelencia, el del Nuevo Testamento (*Ibid.*, núm. 40).

cias para percibirlo como son los ojos del corazón. Ni basta con poseerlos. Todos los tienen. Es menester más. Se deben tener sin manchas ni nubes interiores que estorben recibir la luz del sol. Si los ciegos no ven la luz, no es esa culpa de la luz del sol, sino deficiencia de la ceguera y de los ojos de uno mismo. Además el espejo del corazón del hombre debe estar bien bruñido para que en él refleje límpida la imagen divina. Mientras haya moho en la superficie del metal del espejo, no hay por qué exijamos se vea con nitidez el semblante del que en él se mire. Pues bien, el pecado es al alma lo que el moho al espejo. Dices te enseñe mi Dios. Enséñame primero cuál eres como hombre, si eres dado al libertinaje, si a la obscenidad, si al robo, si eres despojador, si amigo de lo ajeno, si pederasta, si violador, si proclive a la contumelia, si inclinado al mal, si dado a la envidia o la arrogancia y la soberbia, si avaro, si matachín, si insujeto a los mayores, si vendedor de tus propios hijos. Estate seguro que Dios no se refleja en el corazón de ninguno de éstos, si antes no limpia su corazón de tales inmundicias. Buscas a Dios y tal vez llevas niebias en tus pupilas con las que le quieres mirar, o si no, obstruyen su poder visivo viscosidades húmedas, de modo que estorban entre en ellas la luz del sol. No dirijas tus ojos a Dios sin antes saber si está purificada tu vista.

P. MIGNE-G., VI, pág. 1.026.

SAN DIONISIO DE CORINTO [28]

Escribe EUSEBIO DE CESAREA este bello testimonio: «Existe una carta del mismo DIONISIO (obispo de Corinto) a los romanos, dirigida a Sotero, a la sazón obispo de Roma, y creo oportuno incluir aquí algunos

[28] Hay varios DIONISIOS ilustres en la primitiva Iglesia. El aludido aquí por EUSEBIO es el obispo de Corinto, que escribió hacia el año 170. Se conocían de él en el siglo IV siete cartas «católicas», o sea, dirigidas a todas la Iglesias, y otra a la hermana Cristófora. Una iba dirigida a los «lacedemonios», otra a los «atenienses», otra a los de «Nicomedia», otra a los de «Gortina» y comunidades de «Creta»: otra a los critianos de «Cnosos», otra al «Ponto» y, por fin, una a la comunidad de «Roma». Estas cartas prueban la unión y comunicación mutua de los cristianos del Oriente en el siglo II. La carta a los romanos, cuyo fragmento se ha hecho célebre en la historia, claramente se ve que es contestación a otra del Papa SOTERO a la cristiandad de Corinto, al igual que, no hacía aún un siglo, les había escrito el Papa CLEMENTE. La caridad romana había sido ya reconocida por SAN PABLO en su *Carta a lo romanos*.

fragmentos en los que recomienda y ensalza sobremanera la costumbre y organización que la cristiandad de Roma ha tenido sin interrupción hasta la persecución presente.» *Hist. Ecles.*, libr. IV, cap. 23.

Roma y los «confesores» en las minas

550. Tenéis la costumbre y tradición ininterrumpida desde el principio mismo del Cristianismo de que ayudáis con toda clase de socorros a los hermanos y proveéis de toda clase de recursos a innumerables iglesias esparcidas por cada una de las ciudades cuando están en necesidad. Y de este modo aliviáis la indigencia de muchísimos, y a los hermanos condenados en las minas les suministráis lo necesario. Así, romanos, desde el principio guardáis la costumbre e instituciones de vuestros padres los romanos, siendo la providencia de todos los menesterosos. Y esta costumbre, vuestro bienaventurado obispo Sotero no sólo la guarda, sino que la ha ampliado, suministrando abundantemente recursos a los santos y aun socorriendo a los que llegan a esa desde lejos, sin que, como padre cariñoso a la vez, los deje de consolar con santas exhortaciones.

P. E. SCHEWARTZ-M. págs. 376-378.

SAN IRENEO

SAN IRENEO (140 † hacia el 202), nacido en el Asia Menor, fué luego presbítero de Lyón de Francia. Luchó valientemente contra montanistas y gnósticos. Tras el martirio de San Potino fué nombrado obispo de la misma ciudad. Bajo su episcopado se desarrolló grandemente el Cristianismo en aquella parte de las Galias. Sucumbió él mismo, parece que mártir, hacia el 202. Es uno de los escritores más beneméritos del Cristianismo, sobre todo por el amor a la tradición y por el aborrecimiento a toda innovación doctrinal peligrosa. Tiene a su favor valores de indiscutible mérito; su trato personal con Padres Apostólicos, la confianza absoluta que puso en su maestro San Policarpo, su talento claro, sintético y orgánico; su fama de santidad, su prestigio de docto teólogo, el ambiente de heroísmo en que vivió y su gloriosa muerte. Su más célebre obra son los cinco libros *Contra las herejías*, escritos antes del 200. Su obra *Demostración de la Predicación apostólica*, creída ya perdida durante muchos siglos, se descubrió en 1904 traducida al

armenio. Otros escritos suyos (salvo pocos que aún se conservan) se creen definitivamente perdidos. El fragmento que aducimos es de suma importancia. Los racionalistas conciben a SAN IRENEO como una de las fases principales de la evolución dogmática católica. Extraña opinión, cuando difícil es hallar otro Santo Padre que tanto pregonara y procurara realmente la adhesión omnímoda a la línea de la tradición primitiva.

P.

Carismáticos del siglo II [29]

Contra las herejías. Lib. II, cap. 48, 2

551. Quedarán refutados sobre todo esto los partidarios de Simón y Carpócrates y cuantos se dice por ahí obran hechos prodigiosos. No, no los realizan ni en virtud de Dios, ni en espíritu de verdad, ni para beneficio positivo de los hombres; antes son para su ruina y engaño, y no pasan de ser juegos de magia y trucos mentirosos con fin de engañar a la gente. Imposible que puedan ni dar vista a los ciegos, ni oído a los sordos, ni expulsar toda clase de demonios, si no son los que ellos mismos meten, y eso si pueden hacerlo.

...Pues cuánto menos resucitar muertos, como lo verificó Nuestro Señor y aun los mismos Apóstoles mediante la oración. Y aun son frecuentes los casos en que puesta por alguna necesidad en oración toda una comunidad entera, y pidiéndosela con muchos ayunos y plegarias, Dios les ha concedido la restitución del alma al cadáver y hay a quien se le ha devuelto la vida por oraciones de los santos.

P. W. WIGAN HARVEY, S. T. B., vol. I, pág. 370.

---

[29] No hay duda que en la primitiva Iglesia actuó el Espíritu Santo de un modo prodigioso, dando a muchos individuos e incluso comunidades y familias cristianas dones extraordinarios cuyos efectos se veían al exterior y eran para recomendación divina de la nueva religión que entonces aparecía. Hablan de esos carismas SAN JUAN, SAN PABLO, SAN PEDRO, SAN CLEMENTE ROMANO, la *Didache, El Pastor de Hermas,* SAN IRENEO, *Las cartas a las Vírgenes,* atribuidas a SAN CLEMENTE, etc. Su hecho y su importancia es indiscutible: el carisma de más relieve parece era el de profecía. De todos modos, los carismáticos estaban sometidos al juicio y dirección de la Jerarquía. El don carismático nunca ha faltado en el Cristianismo, aunque su intensidad geográfica varía. La santidad carismática, unida a la de la santidad perenne de las virtudes heroicas, constituyen una de las características del Cristianismo verdadero. TERTULIANO fué en parte víctima de los falsos carismas de varias vírgenes montanistas.

La misma materia

Lib. II, cap. 49, núm. 3

552. Y si por ventura dicen que el Señor hizo estas cosas sólo en apariencia y por hechicerías, sirviéndose de los oráculos de los profetas, les probaremos que los hechos y dichos del Señor fueron certísimos y que sólo él es Hijo de Dios. Muy bien, pues, quienes son sus verdaderos discípulos, por gracia recibida de El y en su nombre, usan estos dones en bien y utilidad de todos los demás, según Dios se los haya concedido a cada uno. Pues hay quienes evidentísimamente libran endemoniados, y tan es así, que no pocos de estos librados abrazan la fe y perseveran en la Iglesia; hay quienes poseen la presciencia de lo futuro y gozan de visiones y predicciones proféticas; hay quienes tienen el don de curar enfermos y sanarlos con solo imponerles las manos. Y conforme llevamos dicho, ni faltan resucitados, que después por muchos años han convivido entre nosotros. ¿Qué más? Imposible enumerar aquí los carismas que cada día recibe la Iglesia en toda la tierra, en nombre del Señor que fué crucificado bajo Poncio Pilatos, dones que redundan en beneficio diario espiritual de los gentiles, y todo ello sin posibilidad ni de engaño ni de abuso de ambición...?

P. *Id.*, vol. I, págs. 374-375.

Nuestros carismáticos son muchos

Ibíd. Lib. V, cap. 6, 1

Hemos oído en la Iglesia de muchos hermanos que unos poseen el don de profecía, otros que hablan por el espíritu en toda clase de lenguas, otros que descubren cosas secretas para bien de los demás y otros que exponen los misterios recónditos de Dios [30].

Id., vol. II, pág. 334.

[30] Es de advertir que si San Ireneo es un gran admirador de la Iglesia de los carismas que él mismo había conocido, es aún mucho más admirador de la unidad, de la tradicionalidad, de la catolicidad y de la romanidad de esa misma Iglesia. Para él no existe Iglesia de Cristo sin unidad de fe, que se profesa en el bautismo. Los idiomas

FRAGMENTO MURATORIANO

Este fragmento, descubierto por MURATORI, lo hizo público el mismo descubridor en 1740. Se desconoce su autor. Ha sido atribuído conjeturalmente a muchos; de cierto no se sabe sino que su autor fué probablemente del siglo II. No es difícil que el original estuviese en griego. El fragmento, tal cuál se halló, tal vez adolece de defectos de transcripción. Se le dió enorme importancia por lo que indica de la autenticidad, canonicidad y autores de los libros del Nuevo Testamento. Se han perdido las líneas que correspondían a San Mateo y San Marcos. Choca su silencio sobre las *Epístolas de los hebreos*, de SAN PABLO, y las de SANTIAGO y SAN PEDRO. ¿Las tendría por apócrifas? En cambio, se inclina a tener por canónico el *Apocalipsis*, de SAN PEDRO, ciertamente apócrifo. Ofrecemos al lector este fragmento para que se vea qué pensaban sobre la autenticidad y canonicidad de los Evangelios en la época de los mártires de que tratamos. Las monografías sobre este fragmento celebérrimo son muchas y muy impotrantes. Lo traducimos línea por línea según el original hallado por MURATORI.

Autenticidad y canonicidad de los Libros del Nuevo Testamento

553. Tercer libro del Evangelio según Lucas.
Este Lucas, que fué médico, después de la Ascensión de Cristo,
como a él Pablo por compañero [31] *de sus excursiones*
le tomase consigo, en nombre suyo
de lo que había oído [32]*, escribió. Pues al Señor ni él*

que hablan los cristianos son muchos, pero su regla de fe es idéntica para todos los países: celtas, libios, iberos, judíos, asiáticos, egipcios... Los profetas, el Señor y los Apóstoles son la triple base y aglutinante de esa unidad. Los cuatro Evangelios son en su número un símbolo del catolicismo real de esa unidad de profesión por las cuatro partes del mundo. Toda esa unidad doctrinal tiene un canal de conducción: es la «tradición» que, intacta, sin menguas ni añadiduras, va pasando de iglesia a iglesia, de obispos a obispos y de comunidades a comunidades. Apartarse de ella o variarla es apartarse de la Iglesia de Cristo. Quien la quiere conocer tiene dos caminos: o el de conocer la doctrina de las comunidades verdaderamente cristianas esparcidas por el mundo, o, si aún desea otra vía más expedita y fácil, basta saber lo que enseña la Iglesia romana; su posición jerárquica es y será siempre absoluta garantía de la certeza de su doctrina por su mayor y más importante superioridad sobre las demás Iglesias del mundo.

[31] ROUTH, «aficionado del derecho», preferimos, con BUNSEN, «compañero».

[32] Otros autores, en vez «de lo que había oído», prefieren «con orden».

le había visto en carne, y por eso, según enterarse pudo,
así empezó a narrar desde el nacimiento de Juan[33].

554. El cuarto de los Evangelios de Juan, *que fué de los discípulos.*
Animándole sus condiscípulos y obispos suyos
dijo: «Ayunad conmigo hoy a tres días y lo que
a cada uno le fuese revelado, uno al otro
lo comuniquemos.» En la misma noche se le re-
veló a Andrés uno de los Apóstoles, que con aprobación
de todos, Juan en su nombre
narrase todas las cosas. Y así aunque con diversos
comienzos[34] *cada uno de los Evangelios*
fueron enseñados, nada sin embargo hay de diferencia de los cre-
yentes para la fe en todos ellos, cuando con un único y principal es-
píritu, se hallan declaradas todas las cosas, de la nati-
vidad, de la pasión, de la resurrección,
de la conversación con sus discípulos
y de las dos venidas de El,
primero despreciado en la humildad,
que es lo ya sucedido; segundo, en poder real in-
signe, que es lo que aún debe venir. ¿Qué, pues, de mara-
villarse si Juan tan constantemente
cada cosa describe aun en sus cartas
diciendo de sí mismo: «Lo que hemos visto con los ojos
nuestros y con los oídos oído y con las manos
nuestras lo palpamos, esto es lo que os escribimos»?[35].
Así no sólo haberle visto él y aun oído,
sino ser él escritor de todas las maravillas del Señor por or-

555. *den, lo confiesa.* Los hechos de todos los Apóstoles
se escribieron en un solo libro. Lucas al óptimo Teó-
filo le abarca todas las cosas, que a su presencia, una por una
se realizaron, como, con omitir la pasión de Pedro,
evidentemente lo prueba, lo mismo que la ida de Pablo de Ro-
ma a España[36]. Las cartas de Pablo
cuáles, desde qué lugar o con qué causa están dirigidas

---

[33] San Juan Bautista.

[34] Los antiguos daban gran valor al comienzo de cada Evangelio, para de eso deducir las carasteristicas de cada uno de ellos.

[35] I Juan, I, 1.

[36] Este testimonio de la idea de San Pablo a España es certísimo, aun para quienes dudan del de Clemente Romano en su *Carta a los corintios,* cap. 5 (Rauschen). Véase número 795.

a los que deseen (saberlo) ellas mismas lo declaran.
Ante todo a los Corintios *las herejías del cisma*
prohibiendo: después a los Gálatas *la circuncisión.*
A los Romanos *el orden de las Escrituras, pero también*
intimando que el principio de ellas es Cristo [37]
más prolijamente escribió. De cada una de ellas es necesa-
rio tratar, cuando el mismo bienaventurado
Apóstol Pablo, siguiendo de su predecesor
Juan el orden, por sus nombres propios sólo a siete
Iglesias escribe por este orden. A los Corintios
la primera, a los Efesios *la segunda, a los* Filipenses *la terce-*
ra, a los Colosenses *la cuarta, a los* Gálatas *la quinta,*
a los Tesalonicenses *la sexta, a los* Romanos
la séptima. Y aunque a los Corintios *y* Tesalonicen-
ses *para reprenderlos escribe otra; que sea única,*
sin embargo, la Iglesia por toda la tierra
556. *extendida se conoce* [38]. *Pues* JUAN, *también en el* A-
pocalipsis, *aunque escribe a siete* [39] *Iglesias,*
sin embargo habla a todas. Además a Filemón *una,*
a Tito *una, a* Timoteo *dos, y aunque eran según el afec-*
to y el amor, sin embargo porque están en honor en la Iglesia
Católica, y son para ordenación de la eclesiástica
disciplina, han quedado santificadas. Se dice también que a los
Laodicenses *otra y otra a los* Alejandrinos [40] *en*
nombre de Pablo fingidas, para la herejía de Marción, y otras mu-
chas cosas las cuales por la Iglesia católica no pueden
ser recibidas: pues hiel con miel mezclar no
conviene. Se tienen también la carta de Judas *y del sobredicho*

---

[37] Como se ve, en este pasaje aparece Cristo como el orden y el principio de todas las Sagradas Escrituras, ya que El es el autor de ambos Testamentos, y todo cuanto se nos revela en el Antiguo Testamento mira expresamente a el.

[38] SAN JUAN dirige su *Apocalipsis* a las siete Iglesias que enumera (*Apocalipsis* 1-3). El autor opina que SAN PABLO quiso imitar al discípulo amado en dirigir también sus Cartas a otras siete Iglesias, sin que esto obste para que las siete tengan un destino universal para todos los cristianos, ya que el número siete encerraba místicamente el significado de toda la Iglesia. Aun entre los paganos el número siete contenía virtualidades y significaciones siderales y humanas que le hacían considerar como número «misterioso y lleno de eficacia» y perfección. AULO GELIO: *Noches Áticas*, II, 10.

[39] Esta idea de la universalidad encerrada y simbolizada en el número siete ha sido causa de la misma o parecida explicación que acabamos de ver en el *Fragmento muratoriano*, en autores como CIPRIANO, AGUSTÍN, OPTATO, etc.

[40] La opinión de algunos de que en esta carta a los «alejandrinos» se deba identificar con la canónica «a los hebreos», no pasa de ser una mera ocurrencia sin fundamento.

Juan *dos en la Católica* [41] *se tienen y la* Sabiduría [42] por los
amigos de Salomón en su honor
escrita. El apocalipsis de Juan y Pe-
dro [43] *solamente recibimos, aunque algunos de los nuestros*
se lea éste en la Iglesia no quieren. El Pastor *sin embargo*
en estos últimos años nuestros en la ciudad
557. *de Roma, escribió* HERMAS, *estando en la sede*
de la ciudad de Roma el Papa Pío, su hermano.
Por eso conviene se lea [44]; *pero publicarse*
en la Iglesia al pueblo, ni entre
los profetas que están ya completos, ni entre los
Apóstoles que escribieron al fin de los tiempos, se puede [45].

P. M. J. ROUTH, S. T. R., págs. 894-896.

CLEMENTE DE ALEJANDRIA

PEDAGOGO

Uno de los libros que más interesantes me parecen de la antigüedad cristiana en orden a la materia objeto de esta Antología es el *Pedagogo,* de CLEMENTE ALEJANDRINO, escrito allá por los años 200-202. Confieso que también es uno de los que mejor conozco precisamente como retrato admirable del mundo moral pagano y del mundo cristiano de la época. El mundo, y más el mundo pecador, necesita un pedagogo

[41] La Iglesia Católica.

[42] Lo más probable es que este libro no es otro que el de los *Proverbios,* de SALOMÓN.

[43] Escrito entre el 100 y 150. Es notable por su descripción de los tormentos del Infierno. No sabemos por qué el autor lo podía juzgar auténtico, aunque indica el mismo su propia vacilación.

[44] Por la autoridad del autor: mas sólo para edificación de los fieles, no como libro inspirado al igual que las Sagradas Escrituras.

[45] Con darse en este fragmento mucho valor a *Pastor de Hermas* por estar escrito por el hermano del Papa Pío, sin embargo el autor niega a dicho libro la autoridad que compete a los *libros inspirados* oficialmente para la Iglesia, a los verdaderos profetas, pues su número está ya completo, y a los Apóstoles que escribieron al cumplirse los últimos tiempos de la venida del Mesías. BATIFFOL conjetura que estos términos y expresiones del autor del *Fragmento muratoriano* dan a entender que se había ya planteado para fines del siglo II la cuestión de los profetas (carismáticos) para averiguar no ya sólo la naturaleza de la profecía de los montanistas..., sino aun el canon de las *Sagradas Escrituras.*

divino que le dome, moralice, eduque, instruya y eleve..., y ese pedagogo sólo puede ser y es Cristo. Pedagogo por una parte amantísimo de los hombres y por otra de excelentes recursos divinos para lograr su difícil misión sobre una humanidad tan vil y pagana. El no admite diversa moral ni diversa educación espiritual humana entre hombres y mujeres. Todos y todas, niños ante Dios, deben acudir a ese único Maestro capaz de dirigirnos acertada y eficazmente al fin de nuestros divinos destinos. Su pedagogía es de eterna primavera y juventud, porque la Sabiduría divina es siempre joven aun en su infinita eternidad. Sus métodos son de atracción, de convicción, de amor, de asimilación; pero sin excluir con los recalcitrantes y díscolos el del saludable temor. Supuesto esto CLEMENTE en oposición al programa pagano de la concepción de la vida de placer y de violencias y ambiciones de la época, ofrece la enseñanza divina traída del cielo por el Verbo para la educación y formación moral de los hombres. Uno de los puntos básicos de esta enseñanza entraña los problemas tan de la actualidad de entonces, cuales son el de la mujer, la familia y la procreación de los hijos, etcétera, ante los antinaturales excesos del paganismo en todos estos aspectos. Lejos de Cristo, la sociedad pagana había convertido el mundo del amor en abuso, y por el abuso llegó al cansancio, hastío y aun aversión. La belleza es rayo de luz bajado del cielo: es un resplandor del Verbo deslizado de Dios a la creación. Se la halla en el mundo, en los cuerpos, en las almas. El paganismo la ha adulterado y ha hecho que la lumbre de Dios en sus manos se haya convertido en red de pecado, perturbando de raíz el orden y armonía de las cosas, hasta tal grado que los hombres se han convertido en hembras y éstas en varones. El orden de la belleza perturbado ha convertido las ciudades en «oficinas de corrupción» abiertas al público. No es que todo lo elegante, bello, deleitoso y cuanto sea de ejercicios gimnásticos y útiles se hayan de quitar de las ciudades. No; el uso lo quiere Dios; el abuso es indigno del cristiano. El hombre perfecto, el hombre fiel discípulo de este gran pedagogo es el que resulta viril en el cuerpo, viril en los ademanes y viril en todo, y en el alma, una *«estatua (o imagen) del Logos»* El programa que presenta CLEMENTE de la mujer cristiana no puede ser más bello: «Bellísima es—escribe—la mujer cuando, hacendosa guardiana de la casa, sabe engalanarse a sí y engalanar a su marido con el debido adorno. Entonces el gozo de la familia es completo. Los hijos se regocijan por la madre, el marido por la esposa y ella, a su vez, por todos ellos, y todos juntos por Dios. Esta es la mujer a quien llamaron bienaventurada sus hijos.» (lib. III, cap. 11). Pero hay una Madre que es Madre de todos: nuestra gran Madre la Iglesia. Todos somos infantes y niños de esta Madre, al igual que somos educandos del divino Verbo, su Esposo. CLEMENTE exclama al fin de sus admirables libros: «¡Oh, alumnos de la divina Pedagogía! ¡Llenemos el cometido de la bella persona de la Iglesia! Como pequeñuelos, echémonos sobre el regazo de tan buena Madre, y si somos cumplideres de sus enseñanzas, glorifiquemos la dichosa economía por la que el hom-

bre resulta formado y educado y santificados los hijitos de Dios.» El fruto estará en los cielos; pero la pedagogía en la tierra.

Sublime idea con la que termina su último libro. Quien fué creador y artista del hombre y del mundo, es también «pedagogo» de ese mismo mundo (lib. III, cap. 12). Ofrecemos al lector algunos fragmentos de tan hermosa obra.

Que el verbo es Pedagogo por igual de hombres y de mujeres

Lib. I, cap. 4

558. Así que, tomando al mismo Verbo por Ley, consideremos sus preceptos y consejos como atajos breves y directos que nos llevan a la eternidad. Y preceptos son esos que reclaman no temor, sino convicción.

Cada vez más dispuestos a esta santa obediencia, pongámonos del todo en manos de Dios, asidos firmísimamente al fuerte cable de su fe, sabedores de que la misma ha de ser la virtud de la mujer como la del hombre. Pues si el mismo es el Dios de los dos, para los dos también ha de ser el mismo «Pedagogo». Como también ambos tienen idéntica Iglesia, idéntica moderación y templanza, y para ambos es el mismo pudor. ¿No les son también comunes el alimento, las nupcias, la respiración, la vista, el oído, el conocimiento, la esperanza, la obediencia, la caridad y todo lo demás? Y claro es que allí donde la vida es común, comunes la gracia y la salvación, ha de ser también común la caridad y la «educación»...

P. O. STAHLIN, págs. 95-96

Que todos los que andan alrededor de la verdad, delante de Dios son como niños

Lib. I, cap. 5

559. Como la «pedagogía», según lo dice la palabra misma, no es sino la educación de los niños, resta veamos quiénes son estos niños según la expresión de la Escritura, para quienes proponemos «el pedagogo». Ante todo, los educandos somos nosotros. De muchas y diversas maneras y expresiones usa en sus alegorías la Escritura para declarar bajo diferentes aspectos la sencillez de la fe...

«No se lo prohibáis, y dejad que los niños vengan a mí, pues de los tales es el reino de los cielos.»[46] Lo que quiso significar con esto él mismo nos lo declaró diciendo: «Si no os convirtiereis y os hiciereis como estos niños, no entraréis en el reino de los cielos.»[47] No son estas palabras aquí alegoría de regeneración, sino que denotan la sencillez propia de los niños cuyo parecido recomienda el Señor debemos poseer en nosotros... de aquellos que son tiernos, de polluelos, limpios de pecado, llenos de inocencia y fáciles en olvidar las ofensas... Nosotros somos esos polluelos del Señor, como los describe el mismo Verbo admirable y místicamente a base de la sencillez y terneza de edad. Unas veces los llama «niños», otras «polluelos», algunas veces «infantes», cuándo «hijitos», y frecuentemente «hijos», «pueblo recién formado» y «pueblo nuevo». «A mis siervos—dice—se les impondrá un nombre nuevo que será bendecido en la tierra.»[48] Nombre nuevo, a saber, a la vez reciente y eterno, sencillo y puro, lleno de juventud y de verdad. Por alegoría llámanos también pollos, porque aún no hemos sufrido el yugo del vicio, ni hemos estado sujetos a la doma de la maldad, sino que, como almas sencillas, vamos como saltando al regazo de nuestro único padre...

Id., págs. 96-99

Si no os hiciereis como uno de estos pequeñuelos...

Ibid.

560. La «pedagogía» no es otra cosa que la Institución de la niñez en la virtud. El Señor quísonos dar a entender lo que él quería expresarnos en la palabra «niño», aprovechándose de la ocasión en que discutían los Apóstoles sobre quién de ellos era superior. Cristo, pues, tomando un niño y poniéndolo en medio dijo: «Quien se hiciere pequeño como este niño, ése será el mayor en el Reino de los cielos.»[49] Al usar, pues, esta palabra «niño», aquí Jesús no se refería evidentemente nada a la edad ni a la falta de uso de razón, como algunos conjeturaron. Cuando, pues, dijo, «si no os hiciereis como estos niños no entraréis en el reino de los cielos», esas palabras no se deben entender sin consideración. Quieren decir que

[46] MAT., XIX, 14; MCOS., X, 13-14; LUC., XVIII, 15-16).
[47] MAT., XVIII, 3.
[48] ISAÍAS, LXV, 15-16.
[49] MAT., XVIII, 1-3.

los que somos niños como ésos, ya no nos revolcamos en el lodo ni nos arrastramos por tierra como antes, a ejemplo de los reptiles entregados en cuerpo a la bajeza de las pasiones, sino al revés, que con el corazón levantado y lejos de cuanto significa mundo y pecados, tocamos tan sólo con un pie la tierra, lo preciso para sólo parecer que estamos algo en el mundo, pero en realidad de verdad irnos ya en pos de la divina Sabiduría. Ya sé que los corridos e imbuídos en principios, según el estilo del mundo, conceptúan todo esto por estulticia. Pero no importa. Lo cierto es que rectamente pueden tenerse por niños los que únicamente tienen por Padre al Señor y a la vez son infantes sencillos, inocentes e incontaminados... Mándales Dios que, desposeídos de todo cuidado de este mundo, piensen sólo en estar unidos con su Padre [50]. No hay duda que quien guarda este mandamiento es niño ante Dios y ante el mismo mundo. Ante el mundo, porque éste le despreciará por simple y equivocado, y ante Dios, porque el Señor tendrá puesto en él su cariño. Si pues como dice la Escritura no hay sino un único Maestro y Ese está en los cielos [51], claro es que todos los demás debemos llamarnos discípulos suyos. Así es la verdad: lo perfecto se halla sólo en el Señor; en él está, pues, el enseñar siempre; por el contrario, en nosotros, el eterno ser niños, pues nos toca el estar siempre aprendiendo...

... **561.** Pero si alguien, con ocasión de esta nuestra infantilidad, nos moteja de simples, sabed que esos tales deshonran y maldicen a Dios, ya que juzgan simpleza el acudir así a él. Pero si por el contrario, lo que es más prudente, reciben el nombre de infantes en el sentido de inocentes, aceptamos gustosos ese significado, pues infantes no quiere aquí expresar otra cosa que mentalidades nuevas en quienes antes sólo vivían en incipiencia, mentalidades llenas ahora de sabiduría formadas según el Nuevo Testamento. Dios mismo ha sido conocido últimamente gracias a la venida al mundo de Jesucristo, ya que a Dios «nadie le conoce sino su Hijo y a quien éste lo revelare» [52]. Llámasele pueblo nuevo y joven para contradistinguirle del antiguo, según son nuevas las obras que se le enseñan. En este sentido, nuestra reciente edad, siempre [illegible] en flor, carece de vejez; vigorosos así de mente y de actividad de corazón, gozamos de juventud perpetua en que florecen perennes la mansedumbre, la recentez y la ternura de alma, ya que conviene sean siempre recientes quienes participan de la eterna juventud del Verbo.

[50] Mat., VI, 33-34.
[51] Mat., XXIII, 8.
[52] Mat., XI, 27.

No hay duda que cuanto participa de lo eterno se asemeja en esto a lo que es incorrupto. Nada de extraño, pues, debe tener el que a cuantos somos llamados con este nombre de niños en el sentido dicho se nos califique como una perpetuidad de primavera de vida, sin asomo de senilidad, gracias a la verdad de que poseemos ya las nuevas costumbres que profluyen en nosotros por virtud de hallarnos llenos de aquélla.

La Sabiduría siempre está en estado de florecimiento, pues su misma naturaleza la hace perseverante e inmutable en su manera de ser. Sus niñicos serán llevados sobre su espalda y serán recibidos en sus rodillas. Como la madre consuela a sus hijuelos, así también os consolaré yo a vosotros [53]. Las madres hacen que sus niños corran a su regazo. Nosotros buscamos a nuestra vez el regazo de nuestra Madre la Iglesia. ¿Qué más dulce y suave y consolador que con especial interés mirar por el alivio y ayuda de quienes por su pequeñez se sienten débiles, tiernos y necesitados de todo? Aun en los animales vemos cómo cuidan los padres de sus crías cuando aún son recentales; así los caballos a sus potricos, las vacas a sus terneros, los leones a sus cachorros y los ciervos a los cervatillos, y lo mismo hace el hombre con sus pequeñuelos. De parecido modo Dios, Padre de todo lo que existe, recibe en su seno a cuantos como niñicos acuden a su regazo, sobre todo, si ya regenerados en el Espíritu, los considera hijos adoptivos suyos y se conducen con mansedumbre.

P. *Id.*, págs. 100-102.

Cariños del Pedagogo

Ibíd.

562. Entonces sí que sus cariños son para éstos y los auxilia, socorre y defiende, e incluso lucha en su favor. Por eso los llama «pequeñuelos». Yo considero a Isaac como a uno de éstos. Y no acaso Isaac se traduce «risa»... Una de las aplicaciones de esta risa puédese entender somos nosotros (los cristianos), cuando gozamos y expresamos júbilo por la obra de nuestra salvación, como Isaac. El (Cristo) rió cuando se vió triunfador de la muerte y cuando lleno de regocijo se congratuló con su Esposa, a saber, la Iglesia, que

[53] Isaías, LXVI, 12-13.

es su colaboradora en la obra de nuestra redención, y a quien se puso el nombre sólido y durable de (Rebecca)[54], «tolerancia», o porque dura por los siglos siempre gozosa, o porque está formada de hijos y miembros que saben «sobrellevar hasta la muerte el testimonio de su fe», convirtiéndose ella misma en hacimiento de gracias.

Éste sí que es juego místico y salvación que aporta ayuda junto con consuelos saludables. Nuestro Rey Cristo, en este caso, mira desde los cielos nuestra risa, nuestras acciones de gracias, el júbilo, la alegría, las bendiciones, la fortaleza que da la tolerancia y la unión de todos; y como dice la Escritura, atisbándola desde la ventana, fija sus ojos exclusivamente en su Iglesia, mostrando a ésta a la vez su cara, cosa que antes faltaba a la Iglesia, pero con lo cual, ya unida a la cabeza real de su esposo, resulta del todo perfecta.

563. Pero, ¿y cuál es esa ventana por donde se dejaba ver el Señor? La carne en la que se nos apareció. Es el verdadero Isaac... El, también niño e hijito, al fin y al cabo, al igual que él, el Cristo de Dios debía ser descendiente de Abraham. Isaac fué además, como el Señor, conducido cual hostia a la inmolación, con la diferencia de que sólo llevó los leños para el sacrificio, pero sin después ser ofrecido él, víctima, como lo fué el Señor. Pero la risa de Isaac entrañó un significado místico, dándonos a entender el gozo con que nos llenaría el ver que gracias a la sangre del Señor quedaríamos libres de la corrupción y de la muerte eterna. Y con razón sucedió que Isaac no hubiese sido inmolado, pues convenía que el Señor había de ser quien llevase las primicias en sufrir sacrificado. A la vez que, no muriendo Isaac, significaría también la divinidad de Cristo que no podría morir.

P. *Id.*, págs. 102-104.

Naturaleza y clases de pedagogía

Lib. I, cap. 7

564. Una vez que hemos probado que según las Escrituras no sólo todos somos niños (para con Dios), sino que aun los mismos cristianos hemos sido llamados alegóricamente «infantes», siendo el

---

[54] *Génesis*, XXVI, 7-8.

único perfecto el Padre de todas las cosas, réstanos tan sólo que siguiendo el orden establecido digamos ya quién es nuestro «Pedagogo». Quien se llama así es Jesús. Algunas veces sabemos que se llamó a sí propio «Pastor»: «Yo soy el buen Pastor.»[55] En este texto la metáfora está tomada de los conductores que guían las ovejas, que en nuestro caso son los «niños», ya que el «pedagogo» no es otra cosa sino pastor de los infantes. ¿Qué más parecido a los niños sencillos que los corderos? Y «formarán todos una sola grey bajo un solo pastor».[56] Es, pues, por derecho propio, el Verbo «Pedagogo» que a todos nosotros, como a «niños», nos conduce a la salvación.

Bien claramente dice el Verbo de sí mismo por medio de Oseas[57]: «Y yo seré vuestro preceptor.» ¿Y qué más pedagogía que la divina religión? Ella nos enseña en qué consiste el verdadero culto divino; ella es luz que conduce al logro del conocimiento de la verdad; ella da la única verdadera formación para llegar al cielo.

La palabra «pedagogía» se recibe en diversas acepciones. Hay una pedagogía (lactiva), la del que conduce y enseña; hay otra pedagogía (pasiva), que es la recibida por el que es dirigido y amaestrado; hay otra tercera (acción) que consiste en el acto mismo de ser uno conducido e instruído, y, por último, la cuarta clase es la pedagogía (preceptiva) que no es sino el contenido que se enseña y con que se educa al «niño».

La pedagogía que proviene de Dios se puede definir: «la dirección de la verdad que nos lleva a la contemplación de Dios y la descripción clara y evidente del conjunto moral siempre perseverante de las acciones santas». El capitán de un escuadrón no sólo lo dirige, sino que además debe tener cuidado de la salud de sus soldados; lo mismo un capitán de navío, no sólo debe dirigir a éste, sino que también debe procurar por la salud de los pasajeros hasta que lleguen a su fin. Es el caso del buen pédagogo: no basta que enseñe a los niños a ir por el camino que les conduzca a la salvación de la vida; debe además tener cuidado positivo de que la logren. Y no dudemos que, en conclusión, si estamos bajo la mano de este buen pedagogo, nos será concedido todo cuanto pidamos razonablemente al Señor.

Un buen piloto no siempre va a merced de los vientos; a las veces los soslaya, y evitando su ímpetu de frente, ladea la proa, saliendo así airoso de todas las tempestades. Lo propio debe practi-

[55] JUAN, X, 11.
[56] JUAN, X, 16.
[57] V, 2.

car el pedagogo: evitar o soslayar las leyes del mundo, y tomando el timón del alma del niño procurar que no se estrelle ésta como una lancha contra el ímpetu brutal y voluptuoso de las pasiones. Antes al contrario, incumbencia suya es, abriendo las lonas de las velas al influjo del espíritu de verdad, llevar a la nave a seguro, y puesta fuerte la mano en el timón, es decir, en los oídos del niño, dirigirlo hasta que coloque la lancha en el interior del puerto del cielo. Las educaciones todas de aquí abajo pasan rápidamente con uno mismo; en cambio, la formación divina de la vida tiene con nosotros siempre consecuencias de felicidad eterna. Dicen que Fénix fué pedagogo de Aquiles. Adrasto, de los hijos de Creso; Leónidas, de Alejandro... Sabido es también cómo eran escogidos de entre los mejores de la nobleza los cuatro que se llamaban «pedagogos reales» entre los persas, a los que se confiaban los hijos de los reyes. Toda su educación se reducía a adiestrarles admirablemente en el manejo del arco. Pero apenas frisaban en la pubertad se entregaban a la satisfacción animal de las más bajas pasiones en toda clase de mujeres, sin exceptuar sus propias madres y hermanas...

565. En cambio, nuestro Pedagogo Dios Santo, Jesús, que como Verbo es luz de todo el género humano, ejercita su pedagogía con nosotros conforme a la bondad y clemencia que tiene como Dios. De él es de quien en cierto cántico dijo el Espíritu Santo [58]: «Mucho le ayudó a su pueblo en el desierto cuando le consumía la sed y le rodeó (protegiéndole) en los páramos; instruyólo, guardólo como a la niña de sus ojos. Como águila protegió su nidada y explayó su cuidado sobre sus polluelos, abrió sus alas y los tomó y los transportó sobre sus plumas. Sólo Dios fué su guía, y no tuvo en esto parte ningún otro dios.»

A mi parecer, bien claro patentiza aquí la Escritura al Pedagogo por el modo de su institución. El mismo torna a manifestarse Pedagogo cuando dice de su persona: «Yo, tu Dios y Señor, que te saqué del Egipto [59].» ¿Quién es el que tiene este poder de meter y sacar sino el Pedagogo? El fué también quien, apareciéndose a Abraham, le dijo: «Yo soy tu Dios; cuida por complacerme en mi presencia» [60]. Como excelente Pedagogo que se hizo suyo, díjole como a niño lleno de docilidad: «Y seas irreprensible, y pondré mi testamento entre mí y tu descendencia.» Esta comunicación es intimidad de pedagogo. No menos claro apareció Pedagogo de Jacob. Y así le dijo: «He aquí que estoy contigo, guardándote en todo camino

[58] *Deuter*, XXXII, 10-12.
[59] *Exodo*, XX, 1.
[60] *Génesis*, XVII, 1-2.

por donde anduvieses, y te devolveré a esta tierra, pues estoy en nunca abandonarte hasta que haya cumplido cuanto te dije...» [61] Pero respecto del pueblo viejo de Israel Dios fué Pedagogo mediante Moisés; en cambio, respecto del pueblo nuevo, ha querido serlo él mismo en persona y cara a cara. A Moisés le dijo: «He aquí que mi ángel te precederá», dándole así a entender la preexcelencia del poder evangélico del Verbo. Y, por otra parte, para conservar ante él su autoridad y dignidad divinas, le dijo: «El día que les visitare les pondré ante ellos sus pecados» [62]. Esto es, el día en que obrare yo en el oficio de Juez, haré que sobre sus pecados caiga su merecido.

566. Aquí tenemos al mismo Pedagogo actuando de Juez en su fallo contra los que no le obedecieron. El Verbo, con ser benigno, no quiso pasar en silencio la circunstancia de los pecados de ellos... Los amonesta para que se arrepientan, pues prefiere el Señor la penitencia a la muerte del pecador. A nosotros nos toca ahora sacar como niños lección de lo hecho con otros, a ver si así, por no merecer tales castigos, evitamos de imitarlos en sus pecados... Primero al pueblo viejo concedió Dios Testamento viejo, y le frenó con la ley junto con el temor. Y el Verbo hacía de ángel. Pero al pueblo nuevo y joven le ha dado Testamento también nuevo y de ahora y el Verbo Encarnado para ello, y el temor se ha cambiado en amor.

P. *Id.*, págs. 104-107.

Plegaria

Ibíd. III, cap. 12

567. ... Y pues ya es lo único que nos resta en loa del Logos, dirijamos a él nuestras preces.

¡Oh, Pedagogo, Padre, auriga de Israel, Hijo y Padre, pues ambas cosas eres en uno, Señor: sé propicio a tus niños! Danos que siguiendo tus preceptos perfeccionemos la semejanza de tu imagen y logremos así sentir con toda eficacia la bondad de Dios, que ojalá no sea después severo con nosotros, y concédenos que todos, después de haber vivido en tu paz, atravesando tranquilos por encima de las olas de los pecados, en las plácidas alas del Espíritu Santo,

---

[61] *Génesis*, XXVIII, 15.
[62] *Exodo*, XXXII, 33-34.

logremos arribar a tu ciudad. Haz que en posesión de tu inefable sabiduría hasta la hora en que venga el perfecto día pasemos los días y las noches en tu alabanza dándote gracias, y con ese espíritu de gratitud hacia ti alabemos al solo Padre y al Hijo, al Hijo y al Padre, al Pedagogo y al Maestro el Hijo, a una con el Espíritu Santo, quien es todas las cosas, en quien son todas las cosas y por quien todas las cosas se reducen a unidad, por quien es la eternidad, cuyos miembros somos todos nosotros, cuyos son la gloria y los siglos, quien bajo todos los aspectos es bueno, del todo bello, del todo sabio, del todo justo, y a quien es la gloria por los siglos de los siglos. Amén.

Y ya que el Pedagogo es quien nos ha traído a la Iglesia y se ha dignado unirnos a él mismo, que es nuestro Maestro y todo lo ve, bien está que al llegar a este lugar (el fin del libro), en justa acción de gracias por sus beneficios le dediquemos esta loa en alabanza apropiada de su bella Pedagogía.

P. *Id.*, pág. 291.

Himno a Cristo Rey y Salvador

Pedagogo de la Humanidad

568. *Freno de potros indómitos*[63],
ala de aves que no yerran el vuelo,
timón verdadero de las naves,
Pastor de corderos regios,
a tus inocentes

[63] Este precioso himno con que termina la obra *Pedagogo*, de CLEMENTE DE ALEJANDRÍA, además de ser una síntesis sobre todo del libro I, posee el válor de ser la primera poesía cristiana que se conoce, y no es difícil nos revele además cómo eran los himnos que por otro conducto sabemos se cantaban ya por entonces a la divinidad de Cristo, precursores de los himnos litúrgicos. El paganismo grecorromano, para recibir la educación del divino «Pedagogo», debería empezar por tascar el freno de los divinos preceptos. Con base de obediencia a la divina ley, la educación de Cristo sería no sólo salvadora, sino altísimamente elevadora. «Todo lo hace y enseña y establece el Logos—escribe CLEMENTE, compendiando sus libros del *Pedagogo*—. Al caballo se le conduce con el freno, al toro se le lleva con el yugo, a las fieras se las caza con lazo; pero al hombre se le transforma con el Logos. Con ese mismo que hace amansar a las fieras, que pesca a los peces y atrae hacia sí a las aves del cielo. Él sabe frenar al caballo, someter al yugo los toros, preparar el lazo a las fieras. Todo cae bajo su acción. Él rige la república, es cultivador de los campos, todo obedece a su imperio; y él fabrica y administra las cosas todas de la creación.» Lib. III, cap. 12.

niños congrégalos
para alabar santamente
y cantar con espontaneidad
con labios puros
a Cristo, guía de los niños.

569. *Rey de los santos,*
¡oh, Verbo!, que domas todas las cosas,
conductor de la Sabiduría
del Padre Altísimo,
sostén de los trabajos.
Tú gozas de la eternidad,
¡oh, Jesús!, Salvador
del género humano,
Pastor, sembrador,
timón, freno,
ala celeste
de grey santísima.
Pescador de los hombres
que se ven libres
de los vicios del mar;
Tú pescas con dulce vida
a los castos peces
librándolos de dañosa ola.
Sé su guía, Pastor santo
de las ovejas dotadas de razón, sé guía,

570. *Rey de los niños no mancillados,*
Huellas de Cristo
camino del cielo,
Verbo eterno,
Evo infinito,
luz sin fin,
fuente de Misericordia;
obrador de la virtud
vida morigerada
de los que alaban a Dios.
¡Oh Cristo Jesús,
leche del cielo
exprimida
de los dulces pechos
de la Ninfa de las gracias
cual es tu Sabiduría!,
los pequeñuelos

alimentados
con boca tierna
y llenos
del rocío del espíritu
que emana del pecho racional,
cantemos a una
himnos de verdad
a Cristo Rey
en santa gratitud;
por el don de su doctrina de vida
entonemos sencillas loas
al poderoso Niño.

* * *

571. *El coro de paz,*
engendrados por Cristo,
pueblo sencillo,
cantemos acordes
al Dios de la Paz[64].

P. *Id.*, págs. 291-292.

Q. S. F. TERTULIANO

Los Padres africanos son los primeros y mejores tratadistas de la primitiva Iglesia sobre la *oración* lo propio que lo fueron sobre el martirio. TERTULIANO, CLEMENTE DE ALEJANDRIA, CIPRIANO y ORIGENES nos han legado trabajos casi perfectos sobre la materia. Los escritos y alusiones fragmentarios de SAN AGUSTIN sobre el mismo argumento son su más bello y digno remate. TERTULIANO aparece el primer tratadista sobre la oración que nos ofrece toda la primitiva Iglesia[65]; SAN

[64] Forma armonía con este himno el cántico jubiloso de Santa Tecla, con el que pocos años después, en honor también de Jesús, esposo de las vírgenes, cerrará su célebre *Symposion de las vírgenes* el obispo y mártir San Metodio.

[65] De este bello libro son las célebres frases en que se llama a la oración dominical *breviarium totius Evangelii*, lo mismo que estas otras expresiones tan profundas como cristianas escritas con ocasión del *Padre Nuestro:* «Felices qui Patrem agnoscunt... Appellatio ista et pietatis et potestatis est... Nomen Patris nemini proditum fuerat nobis revelatum est in fillio... Christus panis noster est, quia vita Christus et vitae panis... petendo panem cottidianum perpetuitatem postulamus in Christo et individuitatem in corpore eius... Deus solus docere potuit quomodo se vellet orari... commendans Patri

CIPRIANO sigue paso a paso sus huellas. Con este motivo poseemos las hermosas exposiciones sobre el *Padre Nuestro,* de TERTULIANO, CIPRIANO y ORIGENES. No ha faltado autor que por su espíritu y fin ha llamado a esta obrita de TERTULIANO «el libro de oración de los mártires» [66]. Escrita entre el 198 y 200, no es difícil la conocieran y usaran los grandes mártires africanos dos o tres años después de su publicación. Incluímos aquí sólo sus dos últimos capítulos, pues encierran en su gran brevedad toda la sustancia del precioso documento.

De la oración

Cap. 28

572. Esta es la hostia espiritual que ha abolido los antiguos sacrificios: «¿Qué me interesa la multitud de vuestros sacrificios? Estoy ya harto de los holocaustos de vuestros carneros y de la grasa de los corderos, y la sangre de los toros y de los cabrones no las quiero. Pues ¿quién ha demandado esto de vuestras manos? [67]» Lo que Dios exige bien claro lo dice el Evangelio: «Vendrá la hora en la que los verdaderos adoradores adorarán al Padre en espíritu y verdad, pues Dios es espíritu [68]. Tales deben ser los adoradores que él busca» [69].

573. Nosotros sí que somos verdaderos adoradores y verdaderos sacerdotes, que orando espiritualmente ofrecemos en sacrificio y en espíritu nuestra súplica propia de Dios, tal cual él la desea para que sea aceptable y tal cual él se la deparó. Esta es la que entre salmos e himnos debemos llevar y ofrecer ante el altar con un corazón todo devoción llena de savia de fe, fruto ella misma de la

---

quod Filius docuit...» ¿Qué maravillas se encierran en el *Padre Nuestro?* «Dei honor in Patre, Fidei testimonium in nomine, oblatio obsequii in voluntate, commemoratio spei in Regno, petitio vitae in pane, exomologesis debitorum in deprecatione, sollicitudo temptationum in postulatione tutelae.»

[66] Todo él, en efecto, respira espiritu de lucha, de milicia, de guerra espiritual, de esperanzas de victoria cercana, de desprecio de las cosas de la vida, del admirable valor de la constancia y fortaleza cristianas: *nam et militia Dei sumus.* El gnóstico, de cuya admirable oración trata CLEMENTE DE ALEJANDRÍA en el cap. VII del libro VII de sus *Strómata,* no indica menos virilidad atlética de alma que el *Tratado sobre la oración,* de TERTULIANO.

[67] ISAÍAS, I, 11-12. Véase la *Epístola* de BÁRNABA, cap. 2.

[68] JUAN, IV, 25.

[69] *II, Cor.,* III, 17.

verdad, completada por la inocencia, pura por la castidad, y como coronada con el «ágape» con todo el séquito de las buenas obras.

A. Reifferscheid, pág. 198.

Efectos admirables de la oración [70]

Cap. 29

574. ... Porque ¿qué puede negar Dios a la oración que cual la exige nace del espíritu y de la verdad? Ya hemos leído y oído y creído todas las razones que patentizan su eficacia. La oración del Antiguo Testamento, que no debió su forma a Cristo, libraba de las hogueras, de las fieras y del hambre. Pero, a su vez, ¡qué efectos más admirables aún realiza la oración cristiana! ¡No precisamente el que presente al ángel que refrigera con rocío en medio de las llamas, ni que cierre las fauces de las fieras [71], ni que transporte el alimento de gente rústica a los hambrientos. La gracia que se da en su lugar no quita el sentimiento de los sufrimientos. Pero lo que hace es armar con la resignación viril en medio del padecer [72], del sufrir y del dolor y amplía el radio de acción de la gracia, haciéndonos saber qué es lo que la fe logra conseguir de Dios cuando se entiende lo grande que es sufrir por el nombre de Cristo. Ya sabemos que la oración antiguamente acarreaba reveses, derrocaba huestes enemigas, impedía el beneficio de la lluvia (en pena del pecador). En cambio ahora la oración de la justicia [73] aleja de Dios toda ira, vigila por el enemigo y ora por los perseguidores. ¿Te maravilla que logre arranque de Dios la lluvia del cielo la oración que obtuvo bajar el fuego del mismo cielo? Sólo merece el nombre de oración la que vence a Dios. No quiso Cristo que le sirviese ella para

---

[70] La oración a que aquí se refiere Tertuliano es la del *Pater Noster* en cuanto ésta forma parte de la *sagrada Misa*.

[71] Se refiere a los casos milagrosos de Daniel.

[72] Nótese este pasaje tan propio de la época de los mártires.

[73] Para Tertuliano, los ángeles tenían diversos oficios en provecho de los hombres. Hay ángeles que él llama «ángel de la oración», etc., como también había ángeles de especial ayuda para los «bautismos», «matrimonio», «formación del niño en el seno de las madres», etc. El «ángel de la oración» actúa bajo diversa influencia, según el espíritu que nos quiere infundir al orar nosotros; en los cristianos esa influencia es de influjo de unión, paz, atracción de los enemigos, perdonar a los perseguidores, etc., que es el gran milagro moral del Cristianismo, de mucho mayor valor que los milagros físicos del Antiguo Testamento.

ningún mal; antes puso en ella eficacia sólo para hacer el bien. No supo usar de ella sino para llamar a la vida del camino de la muerte a almas de los difuntos, para dar nuevo vigor a los débiles, remediar a los enfermos, librar endemoniados, abrir las cerraduras de las cárceles y soltar las cadenas de los inocentes.

575. Ella perdona pecados, rechaza tentaciones, extingue persecuciones, consuela a pusilánimes, es la delicia de magnánimos, guía a los peregrinos, amansa las olas, amedrenta a los bandoleros [74], proporciona alimento a los pobres, consejo a los ricos, levanta a los caídos, a los que están por caer los detiene y a los que ya en pie los reafirma. La oración es muro de la fe, armas y saetas contra el hombre [75] que nos acecha por todas partes. No demos, pues, un solo paso si no es armados con ella. Acordémonos de día el hacer de centinelas y de noche de vigías. Custodiemos la bandera de nuestro Emperador haciéndole guardia con la oración. Y así esperemos la trompeta del ángel. Orando estaban aún todos los ángeles. Toda criatura a su modo hace oración... ¿Queréis ver hasta dónde se extiende el deber de la oración? Pues sabed que el mismo Señor ora, a quien sea el honor y la virtud por los siglos de los siglos [76].

Id. págs. 198-200.

EPISTOLA A DIOGNETES

Esta carta, según la mayor parte de los críticos, fué escrita a fines del siglo II. Aunque no faltan autores de nota que la colocan a los comienzos del siglo III. Los mejores coleccionistas la suelen incluir, por su carácter apostólico y materia en las colecciones de los PADRES APOS-

---

[74] Tal vez se refiera aquí TERTULIANO al caso de San Juan Evangelista. Véase el número 1003 del Apéndice de esta obra.

[75] Algunos autores creen que TERTULIANO llama aquí «hombre» al demonio cuando le describe SAN PEDRO como a león acechando y rodeando a los cristianos; otros, en cambio, juzgan referirse aquí a los príncipes paganos que movían las persecuciones contra la Iglesia.

[76] Lo mismo que TERTULIANO en este tratadito (núms. 12-17) y SAN CIPRIANO en el número 31 de su libro *De la oración dominical*, también CLEMENTE DE ALEJANDRÍA, en el *Pedagogo* lib. II, cap. 11), nos describe preciosamente la atención, reverencia y compostura con las que se debe estar en la oración. La única diferencia de criterio de estos autores es la del uso del ósculo *signaculum orationis*, que si TERTULIANO lo defiende decidido en el núm. 18, no así CLEMENTE DE ALEJANDRÍA, por los inconvenientes a que podía prestarse esa costumbre (lib. III, cap. XI).

TÓLICOS. Es pieza literariamente bella e históricamente de gran interés. Los dos últimos capítulos se atribuyen a SAN HIPÓLITO ROMANO. Fué desconocida por muchos siglos, tanto que no tuvieron noticia de ella ni SAN JERÓNIMO, ni EUSEBIO DE CESAREA. Una vez descubierta, hubo quienes se la atribuyeron a S. JUSTINO o CLEMENTE ROMANO o APOLO, etcétera; pero bien pronto prevaleció la opinión de que sin determinar el autor, puede deducirse del mismo documento haber sido redactado o al fin del siglo II, o a los comienzos del III, en plena época de persecución. Transcribimos aquí, sólo los bellos capítulos V y VI, que son una joya literaria y un retrato dulce e íntimo del alma de la Iglesia de los mártires. Este cuadro junto con los trozos de ARISTIDES (números 684-686) y de TERTULIANO (núms. 770-780) constituyen el «tríptico» de la moral cristiana primitiva.

Misión del cristianismo en el mundo

576. Porque los cristianos no se diferencian de los demás hombres ni por el país, ni por el idioma, ni por las instituciones. No es que habiten ciudades exclusivas suyas, ni usen un lenguaje insólito, ni hagan una vida que se diferencie de la de los demás. Su misma doctrina no es invención de ingenio humano ni fruto de estudio de inteligencias curiosas. No patrocina, como otros, escuela alguna determinada [77]. Viven, conforme la suerte del nacimiento, en poblaciones griegas o bárbaras, y en vestido, comida y hábitos de vida no se distinguen de sus ciudadanos; sólo se diferencian en ofrecer a la vista de todos un modo de vida maravillosa y, en opinión de todos, increíble.

577. Cada uno tiene su patria, pero se juzga peregrino; todo les es común con los demás como ciudadanos que son, pero todo lo toleran como si estuviesen sólo de paso. Toda otra región les es patria y toda patria se les hace peregrina. Como todos tienen sus mujeres, crían hijos, pero detestan los abortos. La mesa les es común, no así el lecho [78]. Son de carne, pero no viven según ella. Habitan en la tierra, pero su ciudad es el cielo. Guardan las leyes establecidas, pero su conducta trasciende toda ley.

578. Aman a todos, mientras de todos son perseguidos; se les desconoce y sin embargo se les condena; se les mata, pero gozan de nueva vida.

---

[77] Recuerden los lectores las acusaciones de Celso contra el Cristianismo.

[78] El autor rechaza aquí indirectamente una de las acusaciones más corrientes entonces contra los cristianos.

Son mendigos, mas hacen ricos a otros; de todo necesitan y todo lo tienen sobreabundante. Se les deshonra y se glorían en su humillación; se les quita la fama, pero a la vez se da testimonio de su inocencia. Se les inculpa y a la vez se da testimonio de su inocencia. Se les inculpa y bendicen; se les calumnia y otorgan honor [79]. Se les castiga por sus buenas obras y gozan en la pena como si cobrasen nueva vida. Los judíos les hacen guerra como a gente extraña y les persiguen los gentiles; pero ninguno de sus enemigos saben declarar la razón de su odio.

579. Para decirlo en una palabra: lo que al cuerpo es el alma, eso son los cristianos al mundo [80]. El alma está difundida por todo el cuerpo; lo propio los cristianos por las ciudades del mundo. El alma mora en el cuerpo, pero sin ser corporal; así los cristianos habitan en el mundo, pero sin ser del mundo. Y si el alma con ser invisible se deposita dentro del cuerpo visible, así los cristianos, aunque se les ve fuera en el mundo; pero su espiritualidad huye a los ojos, es algo muy íntimo. El cuerpo, sin haber sido injuriado por ella, odia y hace guerra al alma, sólo porque le prohibe el ilícito placer; el mundo también, sin ser ofendido por los cristianos, los odia porque detestan los placeres. El alma quiere bien a la carne y a los miembros, aunque ellos la odian; los cristianos aman a sus propios aborrecedores. Está el alma encerrada en el cuerpo, pero ella es a la vez quien lo contiene; de igual modo el mundo tiene dentro de sí a los cristianos, pero ellos contienen el mundo. Inmortal el alma, habita en tienda mortal; los cristianos peregrinan entre cosas corruptibles, pero con la mira puesta en la incorruptibilidad del cielo. El cuerpo se vigoriza con la sobriedad en el comer y beber. Los cristianos aumentan [81] y se fortifican cada día entre los tormentos.

FUNK, vol. I, págs. 397-402.

---

[79] Son estas referencias clarísimas a la Epístola de SAN PABLO (I. *Corint.*, IV, 9-15)

[80] Complemento de esta idea es la que indica SAN AGUSTÍN con maravillosa precisión: que el Espíritu Santo, respecto del Cristianismo, es a éste lo que el alma al hombre (*Serm.*, 267, 4, y 268, 2).

[81] La *Epístola a Diognetes* esta llena de las mismas alusiones, conceptos y referencias que las primeras apologías, sobre todo las de SAN JUSTINO y TERTULIANO. Así esta idea es la misma que tanto se ha ido repitiendo después desde TERTULIANO: «Plures efficimur quotiens metimur a vobis: semen est sanguis Christianorum.» (*Apolog.*, cap. 50.) Pensamiento que tuvo en las obras de SAN AGUSTÍN su más resonante eco. Véase el fin de la *Introducción de la segunda parte*, núms. 535-538.

EPITAFIO DE ABERCIO

ABERCIO fué a Roma siendo Emperadores M. Aurelio y L. Vero: y al regresar de Roma, a los 70 ó 71 años de edad, escribió el célebre epitafio que debería ponerse en su sepulcro. El tiempo ha corroído algo de las letras de la estela por lo que no toda la inscripción nos es manifiesta. El Card. PITRA O. S. B. ha sido uno de los que le dieron mayor publicidad, aunque todavía sin conocer la misma estela. Esta hallóla el inglés W. RAMSAY: magnífica contraprueba de que era verdad el epitafio del que, negándolo muchos, hablaban con tanto entusiasmo autores antiguos. RAMSAY en su primer viaje por Frigia (1881) halló parte de otra estela, dicha de Alejandro, en Hierápoles cerca de Synnada, diversa de la Hierápolis de la Frigia Pacaciana. Esa estela es del 216. DUCHESNE y de ROSSI indicaron la coincidencia de la igualdad absoluta del comienzo y del fin de lo hallado, con lo que se decía «*carmen abercianum*». Dos años más tarde el mismo RAMSAY encontró la estela de ABERCIO casi completa cerca también de Hierápolis. Estaba incrustrada en la pared de unas termas de las que se hace mención en el mismo epitafio. Se compararon las dos estelas, la de ALEJANDRO y la de ABERCIO, y hechas otras confrontaciones ciertas se dedujeron patria, etc. del autor. Era anterior al 216. Hoy se halla la estela en el Museo de Letrán, regalo del sultán turco a León XIII. Consta de 22 versos. En 1938 la vimos expuesta en la *Mostra Augustea,* XXV.

Abercio fué cristiano, rico, y probablemente seglar. Otros creen haber sido obispo; otro de ese nombre vino a Roma en tiempo de Heliogábalo (218-222); pero el de la estela fué cristiano, aunque digan lo contrario HARNACK, etc., pues las razones a favor de su cristiandad, en conjunto, no tienen réplica.

La misma Fe, el mismo Pastor, la misma Eucaristía

580. *De escogida*[82] *ciudad ciudadano*[83] *esto hice*
vivo aún, para que tuviese a tiempo sitio de reposo para el cuerpo.
Por nombre Abercio, soy discípulo del Pastor[84] *puro*
que apacienta los rebaños de las ovejas por montes y campos,
el cual tiene los ojos grandes que miran por todas partes[85].
Este es, pues, el que me enseñó... las letras fieles[86],
581. *que me envió a Roma, a fin de que contemplase el Reino*[87]
y viese la Reina vestida de estola dorada y calzada de oro[88].
Y allí un pueblo que tenía un espléndido sello[89].
Vi el campo de Siria, y recorrí todas las poblaciones[90]
más allá del Eufrates, y allí conseguí socios[91]

---

[82] La palabra Ἐκλεκτῆς la usaron más los cristianos que los gentiles. Aquí se refiere a la ciudad del cielo que nos aguarda, que es la verdadera Patria «escogida»

[83] La idea de la «ciudadanía» celeste de los cristianos fué corrientísima desde San Pablo hasta la Edad Media. En ella se funda *La Ciudad de Dios*, de San Agustín.

[84] Las catacumbas más antiguas están llenas de la idea del buen Pastos: Jesús. Según Wilpert, se la encuentra ciento nueve veces.

[85] Esta concepción del Pastor que lo ve todo, se apunta también en San Hipólito (*Philosoph.*, V. 9) y más aún en los *Oráculos Sibilinos Cristianos* (VIII, 282).

[86] La palabra «fiel» se aplica ya a los cristianos desde la cuna del Cristianismo. Letras «fieles», nótese que el término πιστός (fiel) es especialmente cristiano. No viene tanto de la virtud moral de la fidelidad, cuanto de la teológica, la fe.

[87] También Hegesipo y Policarpo habían ido a visitar la Roma cristiana con el mismo espíritu que Abercio. Para todos ellos era la Ciudad-Reina. Duchesnes cree referirse el autor a la idea simultánea del Imperio y de la Roma cristiana, que ya aparecen emparejadas en varios escritores antiquísimos; por ejemplo, en la *Apología*, de Melitón. Véanse los núms. 687-689.

[88] El autor quiere dar sensación de la magnificencia de Roma como «señora del mundo».

[89] Ese pueblo es el pueblo y raza nueva, que para paganos y cristianos era el *tertium genus*; como sello espléndido, lleva la *sfragis*, o la marca con que Cristo, el buen Pastor, marca y discierne sus ovejas.

[90] Abercio, en todo su camino, se ha encontrado con las mismas ovejas y con la misma marca o sello del rebaño del buen Pastor. Por esta época la Siria era de lo más cristiano del mundo.

[91] Compañeros, es decir, hermanos en la fe. San Agustín llamará bien pronto a la Iglesia, al igual que San Ignacio mártir, la *Sociedad del amor*.

teniendo por compañero a Pablo[92]. *En todas partes la fe*[93] *me fué guía*
y me preparó en todas partes alimento, un pez[94] *de la fuente,*
grande y puro, que cogía una virgen casta[95]
y dió éste para comerlo[96] *a los amigos*[97] *por siempre,*
582. *teniendo un excelente vino, que entrega mezclado con pan.*
Esto presente yo dicté, ABERCIO, *para que se esculpiese aquí*
cumpliendo los setenta y un años de edad.
Quién esto entienda y sienta a la vez[98], *ruegue por* ABERCIO
y nadie sobreponga otro túmulo al mío.
De otro modo pagará 2.000 de oro al Erario Romano
y a la insigne ciudad de Hierápoli mil (áureos)[99].

G. LÜDTKE *y* TH. NISSEN.

---

[92] SAN PABLO, maestro y guía de los cristianos.

[93] Aunque la palabra «fe» varias veces en los autores paganos significa la diosa Fe, aquí no parece haber duda, por todo el contexto que se refiere a la fe cristiana, que une a todas las ovejas esparcidas por el mundo bajo su único Pastor: Cristo. La fe siempre se consideró en el Cristianismo como una regla y como una luz.

[94] Este «pez», la célebre ἰχθύς de las catacumbas, del libro *Del Bautismo,* de TERTULIANO (cap. 1), y de los *Libros Sibilinos Cristianos.* La figura de las catacumbas de Santa Lucina, en Roma, de un «pez» nadando que lleva sobre sí un canastillo lleno de panes y un vaso de vino, es la mejor interpretación de estos versos de ABERCIO. La fe unida con la liturgia. La fe que une, la Eucaristía que nutre y conforta, y todo ello en el que es: «Jesús, Cristo de Dios, Hijo Salvador». SAN AGUSTÍN, comentando unos versos sobre el mismo tema de los *Libros Sibilinos,* da un significado especial a este ἰχθύς o pez (*La Ciudad de Dios,* lib. XVIII, 23).

[95] La Virgen María, o también la Iglesia que siempre se consideró desde el principio del Cristianismo como la Esposa-Virgen de Jesús.

[96] Por la Comunión eucarística.

[97] «Ya no os diré siervos, sino amigos» (JUAN, XV, 14-16).

[98] Alusión al modo simbólico de expresarse los cristianos tan frecuente en época de tanta persecución.

[99] Estas amenazas pecuniarias vénse con frecuencia relativa en otros epitafios frigios de aquella época.

SECCION SEGUNDA

INSTRUCCION CATEQUISTICA DEL SIGLO II

DOCTRINA DEL SEÑOR DE LOS DOCE APOSTOLES A LAS GENTES [1]

He aquí una de las obras más famosas del Cristianismo primitivo. Es anónima. Los Santos Padres de los siglos III y IV abundaban en referencias a su contenido. Debió ser compuesta en Siria entre el 90 y el 150. Por dichas referencias y por citas antiguas de su texto, los críticos no dudaron de su existencia e incluso barruntaban su contenido. Había desaparecido. Muchos siglos pasaron sin que se pudiese asegurar cuál fuese su texto completo. Al fin, con gozo del mundo literario, lo descubrió FILOTEO BRIENNO. En 1883 éste publicaba la edición príncipe de la *Doctrina.* A su aparición surgieron no pocos problemas. Católicos, protestantes y racionalistas competían en su estudio. Tres son las partes en que se divide tan pequeño como importante documento. I, Catequesis moral; II, litúrgica; III, disciplinar. Evidentemente el librito pertenece a una época y a una comunidad en que aún se conocían en la Iglesia numerosas personas carismáticas, y en las que bullía el espíritu de proselitismo misionero inicial del Cristianismo. El lector tiene ya en sus manos el opúsculo íntegro con algunas pequeñas aclaraciones sacadas en su mayoría de F. X. FUNK. La versión que ofrecemos es la bella y cabal del catedrático de Barcelona LUIS SEGALA Y ESTELELLA, como apareció (salvas las notas) en el tomo I, de *Obras Escogidas de Patrología Griega,* Barcelona, 1916. Su conocimiento nos parece de todo punto indispensable para quienes deseen tener alguna idea aproximada del ambiente catequístico-moral en que se formaban tantos héroes del Catolicismo en el tiempo a que nos referimos. Religión de amor sabe crear corazones de amor; y corazones de amor forman almas de sacrificio.

---

[1] Hay códices que tienen el título sin las palabras «a las gentes». En caso de ser el título como lo ponemos en el texto, ese «a las gentes» no tanto significa «a los cristianos venidos ya de los gentiles» cuanto a los «*catecúmenos* que vienen de los gentiles» para incorporarse a la Madre Iglesia.

I. PARTE MORAL

Las dos vías

583. Dos son los caminos: el de la vida y el de la muerte, y difieren mucho estos dos caminos [2].

A. El camino de la vida

584. Pues el camino de la vida es éste: Primeramente amarás a Dios, que te ha creado, y luego al prójimo como a ti mismo, y cuanto no quieras para ti no lo hagas a otro [3].

585. La doctrina que encierran tales palabras es la siguiente: Bendecid a los que os maldicen y rogad por vuestros enemigos; ayunad asimismo por los que os persiguen.

586. Pues ¿qué habrá que agradeceros si amáis a los que os aman? ¿No hacen lo mismo los gentiles? Amad vosotros a los que os aborrecen y no tendréis ningún enemigo [4].

587. Abstente de los deseos carnales y corporales [5]. Si alguien te da una bofetada en la mejilla derecha, vuélvele también la otra y serás perfecto. Si alguien te obliga a andar una milla, ve con él dos. Si alguien te despoja del manto, dale también la túnica. Si

---

[2] Esta idea de los dos caminos es frecuentísima en las *Sagradas Escrituras* y en toda la literatura primitiva cristiana.

[3] MAT., VII, 12; XXII, 37-39. MCOS., XII, 30-31. LUC., VI, 31. En estas líneas el autor nos presenta los dos modos de proceder en el camino de Dios: el positivo y el negativo. Es curioso advertir que este mismo principio casi con la misma fórmula lo tenían y usaron otros autores antiquísimos no cristianos. Aparece como dicho por CONFUCIO y HERODOTO e incluso por FILIPO, rey de Macedonia. También SÓCRATES y LYSIAS lo usaron. Es la voz de la conciencia humana impresa por Dios, sobrenaturalizada después por Nuestro Señor Jesucristo.

[4] No están al pie de la letra los textos evangélicos; pero cuanto aquí pone la *Didaché* se contiene en MAT., V. 44-48. LUC., VI, 27, 28, 32. Los apologistas primitivos no se cansan de expresar estas mismas ideas.

[5] No parece aquí referirse tanto el autor precisamente a las pasiones de obscenidad, cuanto a los diversos deseos de toda clase que surgen en los que se dejan llevar de las concupiscencias de la carne.

alguien te quita lo tuyo, no se lo reclames, que no puedes hacerlo [6].

Da a quien te pida y no se lo reclames, pues nuestro Padre quiere que de sus gracias seamos todos partícipes [7]. Bienaventurado el que da según lo mandado, pues no incurre en culpa. ¡Ay del que recibe! Si recibe hallándose en necesidad no tendrá culpa; pero si no se hallase en necesidad, dará cuenta de por qué lo tomó y con qué fin, y, llevado a la cárcel, se le examinará sobre lo que hizo y no saldrá de allí hasta que restituya el último cuadrante. Mas también se ha dicho acerca de esto: Mójese de sudor la limosna en tus manos hasta que sepas a quién has de darla [8].

588. Segundo precepto de la doctrina [9]: No matarás, no adulterarás, no abusarás de los jóvenes, no fornicarás, no robarás, no practicarás la magia, no envenenarás, no harás perecer al infante concebido, provocando el aborto, ni lo matarás una vez nacido; no desearás lo de tu prójimo, no perjurarás, no darás falso testimonio, no maldecirás, no guardarás rencor [10].

589. No habrá doblez en tu pensamiento ni en tu lenguaje, pues la doblez en el hablar es red que lleva a la muerte. Tu palabra no será mentirosa ni vana, sino llena de eficacia [11]. No serás codicioso, ni rapaz, ni hipócrita, ni maligno, ni soberbio. No formarás ningún mal designio contra tu prójimo. No aborrecerás a nin-

---

[6] MAT., V, 39-44, 48, 21; LUC., VI, 29-35.

[7] La idea de la relación de nuestras riquezas con los pobres y necesitados es una de las grandes características de la época primitiva de la Iglesia; difícilmente la caridad puede formular sus exigencias divinas en términos más categóricos. Tal vez fué después SAN AMBROSIO quién más exigió esta, según él, grave obligación de los ricos para con los pobres.

[8] A primera vista puede parecer esta frase contradictoria a lo antes expuesto; pero adviértase que este proverbio no lo pone el autor como idea suya, sino como dicho de otros, y de todos modos indica cómo es verdad que la prudencia debe regular a la misma beneficencia.

[9] Este segundo mandato no se refiere en la mente del autor precisamente al mandamiento de la caridad del prójimo; se refiere al conglobado de mandamientos que después indica MAT., XIX, 16-19, etc.

[10] *Exod.*, XX, 13-16; *Deut.*, V, 17-20. Lo del abuso de los niños, aunque expresamente no consta en el decálogo, se prohibe sin embargo en *Lev.*, XVIII, 22; XX, 13; *Rom.*, 1, 27; *I Cor.*, VI, 9. Lo mismo se diga del no fornicarás. Con no estar con la palabra del autor ni en el decálogo, ni en MAT., XIX, 18, lo recalca, sin embargo, el autor, porque los paganos no lo creían a veces pecado, y se ve su prohibición en TOB., IV, 12; *I Cor.*, VI, 10; *II Cor.*, XII, 21; *Galat.*, V, 19; *Efes.*, V, 3; *Colos.*, III, 5, y *I Tesal*, IV, 3. Los encantamientos y artes mágicas vénse vedadas en *Levit.*, XIX, 26; XX, 6; *Deuter.*, XVIII, 11, 12. Lo del aborto e infanticidio era también muy corriente entre los paganos, ni se reputaba pecado por muchísimos de ellos (*Cfr. Sap.*, XII, 5, y núms. 704 y siguientes).

[11] La lengua doblada (Cfr. *Prov.*, XI, 13). Cómo es causa de la muerte (*Prov.*, XXI, 6). El Cristianismo debe no sólo tener la ley, sino pasar a la obra para que su vida quede llena de eficacia (MAT., XXIII, 3; JAC., I, 22; I JUAN, III, 18).

gún hombre, sino que reprenderás a unos y rogarás por ellos y amarás a otros más que a tu vida [12].

590. Hijo mío, huye de todo mal y de cuanto se le asemeje. No seas iracundo, pues la cólera lleva al homicidio, ni envidioso, ni pendenciero, ni violento, pues de todas estas cosas proceden los homicidios.

Hijo mío, no seas concupiscente, pues la concupiscencia lleva a la fornicación, ni de torpe lenguaje, ni de mirar altanero, pues de todas estas cosas proceden los adulterios [13].

591. Hijo mío, no seas agorero, pues el serlo lleva a la idolatría, ni ensalmador, ni astrólogo, ni lustrador, ni quieras ver ni oír lo que ellos hacen, pues de todas estas cosas proceden las idolatrías [14].

592. Hijo mío, no seas mendaz, porque la mentira lleva al hurto, ni amante del dinero, ni vanaglorioso, pues de todas estas cosas proceden los hurtos.

593. Hijo mío, no seas murmurador [15], porque el serlo lleva a la blasfemia, ni presuntuoso, ni malévolo, pues de todas estas cosas proceden las blasfemias.

594. Por el contrario, sé manso, porque los mansos poseerán la tierra [16]. Sé longánimo, misericordioso, inocente, apacible y bueno, y acuérdate siempre y con temor de las palabras que oíste.

No te ensalzarás a ti mismo ni dejarás entrar la presunción en tu alma. No se estrechará tu alma con los soberbios, sino que conversarás con los justos y los humildes.

595. Las operaciones que en ti se ejecuten recíbelas como beneficios, sabiendo que sin Dios nada se hace.

596. Hijo mío, te acordarás noche y día de quien te hable la palabra de Dios [17] y le honrarás como al Señor, pues donde es predicado su señorío allí está el Señor. Buscarás todos los días el rostro de los santos [18], para que descanses en las palabras de ellos.

---

[12] El autor no dice que el cristiano debe amar a todos los hombres más que a su vida, sino que a algunos especiales por sus dones de Dios debe amarlos así, como son los constituídos en dignidad o los santos.

[13] Estas indicaciones están en *Prov.*, XXII, 24, 25; MAT., V, 22, 28; TIT., I, 7.

[14] Adviértase que esta doctrina parece está expuesta para los que pasan del gentilismo a la Iglesia y que todavía no estaban aún bautizados, sino eran sólo catecúmenos.

[15] *Filip.*, II, 14; I PEDRO, IV, 9; I *Corint.*. X. 10.

[16] MAT., V, 4; *Salm.*, XXXVI, 11.

[17] Empiezan los deberes de los cristianos para con los hermanos y la Iglesia. Los que hablan la palabra del Señor son los profetas o apóstoles, los obispos, los doctores y los diáconos.

[18] Los «santos», lo mismo aquí que en las cartas de SAN PABLO, etc., significan los cristianos.

597. No apetecerás la discordia y pacificarás a los litigantes. Juzgarás con arreglo a la justicia y no harás acepción de personas al reprender las faltas. No estará tu ánimo intranquilo, pensando si algo ocurrirá o dejará de ocurrir [19].

598. No seas de tal suerte que abras las manos para tomar y las cierres cuando se trate de dar [20]. Cuando llegares a poseer algo por obra de tus manos, darás lo conveniente para el rescate de tus pecados. No vacilarás en dar ni, dando, murmurarás [21], y sabrás quién es el noble remunerador que nos envía la paga. No rechazarás al indigente [22], y todo lo tuyo lo tendrás en común con tu hermano y no dirás que es de tu exclusiva propiedad, pues si sois copartícipes de lo eterno, cuánto más lo habéis de ser de las cosas perecederas.

599. No levantarás tu mano a tu hijo o hija [23], sino que desde su infancia le enseñarás a temer a Dios. No mandarás con acritud a tu siervo o a tu criada, que esperan en el mismo Dios, no sea que dejen de temer a Dios, que está sobre unos y otros, pues Este no viene a llamar a las personas según su calidad, sino a aquellas a quienes el espíritu ha preparado. Y vosotros, siervos, estaréis sometidos a vuestros señores como a una imagen de Dios: con respeto y temor [24].

Aborrecerás toda hipocresía y cuanto al Señor le desplace [25]. No dejarás los mandamientos del Señor y guardarás los que has recibido, sin añadir ni quitar cosa alguna. En las reuniones confesarás tus pecados [26] y no irás a la plegaria con la conciencia pervertida.

Tal es el camino de la vida.

---

[19] En el original la frase entraña mucha ambigüedad.

[20] Deberes para con los pobres (Cfr. *Hechos de los apóstoles*, XX, 35).

[21] *Prov.*, III, 28; Cfr. *II Corint.*, IX, 7; I PEDRO, IV, 9.

[22] *Prov.*, III, 27.

[23] Deberes de los padres de familia y de la servidumbre (*Salm.*, XXXIII, 12; *Efes.*, VI, 4).

[24] *Efes.*, VI, 5-9; *Colos.*, III, 22; *Tit.*, II, 9; I PEDRO, II, 18.

[25] Preceptos de carácter general (*Psalm.*, CXVIII, 128; *Deut.*, II, 18; XII 25, 28; XIII, 18).

[26] Según muchos, esta confesión de que habla aquí la doctrina de los doce apóstoles se refiere sobre todo a la que solían hacer muchas veces los fieles de entonces confesando sus pecados públicos en alta voz. Autores muy graves con razón opinan, sin embargo, que no hay por qué excluir de aquí la confesión privada, ya que el autor no hace diferencia. Véase JAC., V, 16.

B. El camino de la muerte

600. Mas el camino de la muerte es éste [27]; ante todo es malo y lleno de maldición:

601. Homicidios, adulterios, concupiscencias, fornicaciones, hurtos, hidolatrías, artes mágicas, envenenamientos, rapiñas, falsos testimonios, hipocresías, doblez de corazón, engaño, soberbia, malicia, presunción, avaricia, turpiloquio, envidia, arrogancia, altanería, jactancia, carencia de todo temor [28].

602. Perseguidores de los buenos, aborrecedores de la verdad, amantes de la mentira, desconocedores de la merced de la justicia, no afectos al bien ni al juicio justo, despiertos no para el bien, sino para el mal, de los cuales son ajenas la mansedumbre y la paciencia; amantes de las cosas vanas, buscadores de recompensas, impiedosos para con el pobre, sin compasión para el oprimido, desconocedores de quien los ha creado, matadores de niños, destructores por medio del aborto de la criatura de Dios, huidores del indigente, opresores del abatido, abogados de los ricos, jueces inicuos de los pobres, pecadores en toda cosa.

603. ¡Oh hijos!, ojalá os veáis libres de todos ellos.

604. Mira que alguien no te haga desviar de este camino de la doctrina, pues ese tal te instruye prescindiendo de Dios.

605. Si puedes llevar todo el yugo [29] del Señor, sé perfecto, y si no, haz lo que pudieres.

606. En cuanto a la comida, toma la que puedas; pero guárdate mucho de lo sacrificado a los ídolos, que es ofrenda a los dioses muertos [30].

---

[27] MAT., XV, 16; MARC., VII, 21-23; *Rom.*, I, 29-30; Mcos., VII, 27; *Colos.*, III, 18.

[28] *Psalm*, IV, 3; *Apocal.*, XXII, 15; II PEDRO, II, 15; JUAN, VII, 24; *Prov.*, XVII, 15; *Galat.*, V, 22.

[29] En los *Hechos de los apóstoles* (XV, 10), SAN PEDRO habla en contra del yugo de la ley mosaica como de una verdadera carga pesada, que querían otros imponer a los nuevos cristianos venidos del gentilismo. En cambio, MAT., XI, 29-30, contiene el sentido en que lo usa el autor. Son los preceptos y consejos evangélicos que atañen a la perfección cristiana, y que no todos tienen posibilidades para ella en el sentido más elevado. HARNACK cree aludirse aquí a la virginidad. El autor se refiere a MAT., XIX, 21.

[30] Estas palabras indican que las cosas precedentes están dichas para los que han de ser cristianos. Según FUNK, la idea es: De los alimentos prohibidos en la Ley antigua, evítalos en lo posible buenamente; en absoluto los de las víctimas ofrecidas a los ídolos y dioses.

II. PARTE LITURGICA

El bautismo

607. En cuanto al bautismo, bautizad de esta manera:

608. Después de haber recitado todo lo anterior, bautizad en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo [31], en agua viva [32].

609. Si no tuvieras agua viva, bautiza en otra agua [33], y si no puedes en agua fría, en agua caliente. Y si no tuvieres ninguna de las dos [34], vierte agua tres veces sobre la cabeza, en nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo [35].

610. Antes del bautismo ayunen el que deba bautizar y el que deba ser bautizado y algunos otros si pueden. Manda ayunar al que deba ser bautizado uno o dos días antes del bautismo [36].

La oración dominical

611. Vuestros ayunos no los guardéis simultáneamente con los hipócritas [37]; ayunan ellos el segundo y el quinto día de la semana, pues ayunad vosotros el cuarto y el de la parasceve [38].

---

[31] MAT., XXVIII, 19.

[32] «Agua viva» quiere decir agua que brota del manantial; también el agua corriente, como son ríos y fuentes (*Levit.*, XIV, 5, 6, 50-52; *Núm.*, XIX, 17; JUAN, IV, 10, 11). TERTULIANO, *Del bautismo*, cap. 4, anota: «No hay diferencia—dice—el que uno se bautice o en agua de mar o de río o de fuente, de lago o en conducto de agua.»

[33] En cualquiera otra agua, sea lago o natural o artificial, cisterna o cosa parecida; la palabra bautizar, en el sentido que la usa el autor aquí, significa baño de inmersión Si por razón de enfermedad, de la estación del año, tiene uno dificultad de bautizarse así con agua fría, puede usarla templada.

[34] Si no hubiere agua suficiente para poder tomar el bautizo de inmersión, en ese caso úsese el baño de efusión o de aspersión. Excelente testimonio de cómo ya a fines del siglo I se usaba en la Iglesia el bautismo de efusión o de aspersión.

[35] Por respeto a las tres divinas Personas.

[36] Esta costumbre del previo ayuno era usada aun en tiempo de San Justino. Véanse los núms. 541-543.

[37] Los hipócritas, de suyo, son los fariseos (MAT., VI, 16). Sólo en SAN MATEO los fariseos son llamados hipócritas seis veces. Aquí, sin embargo, el autor se refiere a todos los judíos.

[38] Ellos los lunes y jueves, vosotros los miércoles y viernes.

612. No oréis como los hipócritas [39]; por el contrario, orad como lo ordenó el Señor en su Evangelio, de esta manera:

Padre nuestro que estás en el cielo,
santificado sea el tu nombre,
venga el tu reino,
hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo;
el pan nuestro supersustancial [40] *dánosle hoy,*
y perdónanos nuestra deuda,
como nosotros perdonamos a nuestros deudores,
y no nos induzcas en tentación,
mas líbranos del mal.
Porque tuyos son la gloria y el poder por los siglos [41].

Orad de este modo tres veces al día [42].

La Eucaristía

613. En cuanto a la Eucaristía [43], daréis gracias de la siguiente manera. Primeramente por el cáliz [44]:

Te damos gracias, Padre nuestro,
por la santa viña de David [45], *tu hijo,*
que nos diste a conocer por medio de Jesús, tu hijo,
Gloria a ti por los siglos.

---

[39] MAT., VI, 5, 9-13.

[40] En la edición FUNK, «de cada día».

[41] Este final, que se llama «doxología», lo añadieron los primeros cristianos al Pater Noster como afecto de glorificación de Dios, con que cerraron muchas veces sus oraciones.

[42] Daniel oraba tres veces al día (DANIEL, VI, 10, 13). Las tres horas en que se recitaba esta oración parecen ser tertia, sexta y nona.

[43] En cuanto a los convites sagrados o místicos, que constaban de pan y de vino. Véanse los núms. 544-548 y 770-780.

[44] En el rito judío la bendición del vino precedía a la del pan. En la literatura cristiana no vuelve a aparecer el orden de la *Didaché* ni una sola vez más.

[45] Parece ser que quiere decir «por la sangre de la vid», de David, tu hijo. Autores que conocían la *Didaché* de fines del siglo II, claramente llamaban a la sangre de Cristo «sangre de la vid», De David. Cristo muchas veces fué llamado en los Evangelios Hijo de David. Por otra parte, el mismo Jesús se dijo: «Yo soy la vid» (JUAN, XV, 1). Todo esto relacionado con el vino de uva que se contiene en el cáliz para ser consagrado da pie para que, en efecto, la sangre de Cristo en el cáliz pueda muy bien decirse «sangre de la vid de David». (Cfr. SAN JUSTINO: *Apolog.*, I, núm. 32; CLEMENTE ALEX.: *Quis dives salvabitur,* núm. 29.)

Luego, por el pan fraccionado [46]:

Te damos gracias, Padre nuestro,
por la vida y la ciencia
que nos diste a conocer por medio de Jesús, tu hijo.
Gloria a ti por los siglos.

Como este pan fraccionado se hallaba disperso por las montañas,
y, reunido, fué uno solo;
de igual suerte reúnase tu Iglesia desde los confines de la tierra [47] *en tu reino.*
Porque tuyos son la gloria y el poder, por Jesucristo, durante los siglos.

Nadie coma ni beba de vuestra Eucaristía, sino los bautizados en el nombre del Señor, que acerca de esto ha dicho el Señor: «No déis lo santo a los perros.»

614. Después de haberos saciado [48], dad gracias de la siguiente manera:

Te damos gracias, Padre santo,
por tu santo nombre,
que has hecho habitar en nuestros corazones,
y por la ciencia, la fe y la inmortalidad
que nos hiciste conocer por medio de Jesús, tu Hijo.
Gloria a ti por los siglos.
Tú, Señor omnipotente,
creaste todas las cosas para gloria de tu nombre,
y diste a los hombres comida y bebida para su provecho, a fin de que te rindieran gracias;
mas a nosotros nos agraciaste con comida y bebida espiri-

---

[46] Este pan fraccionado nadie duda ser el eucarístico, o sea el cuerpo de Cristo, inmolado físicamente en la cruz, típica y místicamente en la Eucaristía (*Hechos de los apóstoles*, II, 42; I *Corint.*, X, 16, 17; XI, 24).

[47] En tan bella expresión enciérrase la idea germinal del universalismo católico misionero en unidad de cuerpo de la Iglesia. Como se ve, el autor aquí, al igual que Jesús en MAT., XXVI, 29 y siguientes, y PABLO, *I Corint.*, XI, 26, une las dos ideas de la Iglesia como sociedad y cuerpo de Cristo en la tierra con el Reino futuro de Dios y Cristo en el Cielo.

[48] Los comentadores en esta idea del «saciarse», que usó también SAN JUAN (VI, 12) al discutir la multiplicación de los panes, creen tratarse no sólo de la Eucaristía, sino también, como unido a ella, del «ágape», o sea la cena de caridad (I *Corint.*, XI, 20-22, núms. 544-548, 770-780).

tual y vida eterna, por medio de tu Hijo [49].
Ante todo te damos gracias, porque eres poderoso.
Gloria a ti por los siglos.
Acuérdate, Señor, de tu Iglesia, para librarla de todo mal y hacerla perfecta en tu amor [50];
y congrégala de los cuatro vientos [51], *esta Iglesia santificada, en el tu reino que le has preparado.*
Porque tuyos son el poder y la gloria por los siglos.
Venga la gracia, y pase este mundo [52].
Hosanna al Dios de David [53].
Si alguien es santo, venga;
Si no lo es, arrepiéntase.
Maran atha [54].
Amén.

A los profetas permitidles que den cuantas gracias quieran [55].

III. PARTE DISCIPLINAR

Verdaderos y falsos misioneros

615. Aquel, pues, que llegándose a vosotros os enseñase todo lo dicho anteriormente, recibidle. Mas si el que os enseña, habién-

[49] Claramente aparecen aquí las dos clases diversas de pan: la del pan común para sostenimiento de todos los hombres, como beneficio de Dios natural, y la del pan espiritual, alimento sólo de los cristianos, como beneficio sobrenatural del mismo Dios por medio de Nuestro Señor Jesucristo.

[50] En la edad primitiva y patrística se profesaba a la Iglesia un amor afectuoso, hondo y dulce como a verdadera Madre; de ahí estas expresiones de cariño tan divino como sencillo y filial.

[51] Vuelve a repetirse, bajo fórmula distinta, la misma idea de la catolicidad misionera de la Iglesia. La misma fórmula la usa también SAN IRENEO, III, 11, 8.

[52] Muchos de los primeros cristianos, en general creían que este mundo había de terminar pronto, e incluso no pocos suplicaban a Dios para que se acelerase su fin. Véanse, sin embargo, los núms. 747-752.

[53] LUC., XIX, 36-38; MCOS., XI, 8-10; JUAN, XII, 12-16; MAT., XXI, 8-9; XXII, 42-45.

[54] «Señor nuestro, ven,» *Apoc.*, XXII, 20. Otros traducen: «El Señor viene.»

[55] Al igual que SAN JUSTINO en su *Apología*, I, núm. 67, indica aquí el autor que en la recepción de la Eucaristía y en la comida del ágape, a los profetas, y sólo a ellos, se debe dar libertad para que sin nada determinado den gracias con las fórmulas que el Espíritu Santo les inspire.

dose pervertido, os enseñase otra doctrina para destruir, no le escuchéis; si, por el contrario, es para acrecentar la justicia y el conocimiento del Señor, recibidle como al Señor [56].

616. Con respecto a los apóstoles y profetas [57], obrad de esta suerte, conforme a lo preceptuado en el Evangelio. Todo apóstol que llegue adonde estéis vosotros, sea recibido como el Señor; pero no se quedará más que un día y [58], si fuere necesario [59], también el siguiente; si se quedara tres, es un falso profeta [60]. Al partir nada tome el apóstol, si no es el pan que necesite hasta donde hubiera de pernoctar.

617. No tentéis ni juzguéis a ningún profeta que hable en espíritu, pues todo pecado será perdonado, mas ese pecado no será perdonado.

618. No todo el que habla en espíritu es profeta [61], más que el que tenga las costumbres del Señor. Por las costumbres, pues, serán conocidos el profeta falso y el verdadero.

619. Ningún profeta que ordene en espíritu poner la mesa, comerá de ella; si lo hace, es un falso profeta [62].

620. Todo profeta que enseñe la verdad, si no practica lo que enseña, es un falso profeta.

621. Todo profeta probado, verdadero, que proceda según el misterio terrenal de la Iglesia, pero que no enseñe a practicar cuan-

---

[56] MAT., X, 40; JUAN, XIII, 20; II PEDRO, II, 1.

[57] Los apóstoles del autor aquí no se deben identificar con los doce elegidos por Cristo, sino corresponden a todos los que se dedicaban por la predicación a la conversión de los gentiles. En el sentido en que se tenía esa palabra en los *Hechos de los Apóstoles*, XIV, 4, 14; *Rom.*, XVI, 7; I *Corint.*, XV, 7; *Apocalip.*, II. Los profetas, a veces, se confunden con los apóstoles; otras veces, no (I. *Corint.*, XI, 28, 29. *Efes.*, II, 20; III, 5; IV, 12. *Apoc.*, XVIII, 20). Parece ser que los primeros enseñaban a los fieles; los apóstoles, a los infieles.

[58] A los hermanos peregrinos se les concedía en las comunidades cristianas dos o tres días de hospitalidad; a los apóstoles o misioneros, uno sólo, y a lo más, dos, pues su ministerio no era tanto en provecho de los ya fieles cuanto de los paganos infieles.

[59] MAT., X, 9, 10; MCOS., VI, 8; LUC., IX, 3; MAT., XIX, 21.

[60] El autor no usa la palabra seudoapóstol, sino seudoprofeta.

[61] Los profetas de esta sección claramente corresponden al oficio de los doctores de la Iglesia. De ahí la diversa conducta que debían tener los fieles con los que les enseñaban de la que debían usar con los que dedicaban su vida a convertir infieles. En general parece que el autor reconoce en los profetas el carisma o el don de lenguas, que les merecía puesto de preferencia en las Iglesias. Sobre éstos están, sin embargo, los obispos y diáconos de las comunidades, a los cuales en ningún caso deben despreciar, aunque no gocen éstos de los carismas que ellos poseen.

[62] Si en éxtasis hablan los profetas de hacer caridades a pobres y necesitados, señal es de buen espíritu; pero no así si sus indicaciones son para utilidad propia.

to él practica, no será juzgado por vosotros [63]; que es a Dios a quien le corresponde su juicio. Pues de tal suerte procedieron también los antiguos profetas [64].

622. A aquel que os diga en espíritu: «Dame dinero o alguna otra cosa», no le escuchéis; pero si os dice que deis algo para otros indigentes, nadie le juzgue.

623. Todo el que venga en nombre del Señor, sea recibido; y luego, probándole, le conoceréis; que no os faltará inteligencia para distinguir la derecha y la izquierda [65].

624. Si el llegado es ambulante, socorredle cuanto podáis; pero no morará con vosotros sino dos o tres días, cuando de ello tuviere necesidad.

625. Mas si quiere morar entre vosotros y es artesano, trabaje y coma. Y si no tiene oficio, proveed, según os lo aconseje vuestra inteligencia, para que entre vosotros no viva ocioso un cristiano.

626. Si no quiere conducirse de semejante modo, es un traficante de Cristo [66]. Guardaos de tales personas.

627. Todo verdadero profeta que quiera morar entre vosotros, es acreedor a su sustento. De la misma manera, un verdadero doctor es también acreedor, como el operario, a su sustento [67].

---

[63] Todos los intérpretes tropiezan con gran dificultad en la idea principal de este párrafo, y así se dan muy diversos significados y traducciones de su contenido. Claro es que aquí se trata de profetas, según Dios; por eso son verdaderos y probados. La dificultad está en explicar qué significa «proceder según el misterio terrenal de la Iglesia, pero que no enseñe a practicar cuanto él practica». Para algunos, el misterio terrenal de la Iglesia es el elemento natural del matrimonio; es decir, «que estando ellos desposados y enseñando a su vez virginidad, no deben ser por eso juzgados por vosotros».

[64] Estos antiguos profetas pueden ser, si el libro se supone hecho en el siglo I, los del Antiguo Testamento; si es de mediados del siglo II, los cristianos dotados de carismas proféticos, que fueron muchos desde el principio mismo de la Iglesia.

[65] En la antigüedad se daba un gran valor al discernimiento de espíritus de los apóstoles o misioneros y de los que decían o parecían tener carismas proféticos. A los que incumbía examinarlos se les comparaba con los oficiales del Estado, que sabían discernir, entre la auténtica y falsa moneda, los trapecitas.

[66] I. *Timot.*, VI, 5.

[67] Los cristianos dotados del don carismático de la profecía solían hablar en general un lenguaje simbólico; los doctores y apóstoles o misioneros, el corriente de todos. Las dos clases de carismas las concedía Dios en orden a la instrucción y edificación de las comunidades cristianas, y como personas que estaban dotadas de especiales gracias de Dios para bien de todos, solían tener sitio de preferencia en las iglesias y reuniones de los fieles. Como los doctores se nombran casi siempre después de los profetas, parece ser que se consideraban como de orden carismático inferior. Pero sobre todos ellos estaban constituidos los obispos y superiores jerárquicos de la comunidad cristiana. Poco a poco estos carismáticos fueron desapareciendo en las comunidades, y ya el oficio de doctor vino a identificarse del todo con el de los diáconos, presbíteros y obispos.

628. Tomando, pues, las primicias de los productos del lagar y de la era, de las vacas y de las ovejas, las entregarás a los profetas [68]; pues ellos son los príncipes de vuestros sacerdotes. Y, si no tuvieseis profeta [69], dadlas a los pobres.

629. Si hicieres pan, toma las primicias y dalas, conforme está ordenado. De la misma manera, cuando abras una tinaja de vino o de aceite, toma las primicias y dalas a los profetas. Y del dinero, de las vestiduras y de todos los bienes, toma las primicias, según tu apreciación, y dalas, conforme está mandado [70].

El día del Señor

630. Cada domingo [71] del Señor, luego que os hayáis reunido, partid el pan y dad gracias, previa la confesión de vuestros pecados, a fin de que sea puro vuestro sacrificio.

631. Quien tuviere pendencia con su compañero, no se junte con vosotros sin haberse reconciliado, para que no se contamine vuestro sacrificio.

632. Pues de éste ha dicho el Señor: En todo lugar y tiempo ofrecedme un sacrificio puro, porque soy un gran rey, dice el Señor, y mi nombre es admirable entre las gentes [72].

Elección de obispos y diáconos

633. Elegid para vosotros, obispos y diáconos dignos del Señor [73]: varones mansos, no avarientos, veraces y probados; porque

[68] Los judíos ofrecían ya a sus sacerdotes y levitas los diezmos y las primicias de sus productos y riquezas (*Exod.*, XXII, 29; XXIII, 19; XXXIV, 26. *Deuter.*, XVIII, 3, 4; XXVI, 2. NEHEMÍAS, X, 35-37).

[69] Es, pues, claro que no en todas las Iglesias había «profetas».

[70] Según mandato de Dios a Moisés (*Num.* XV, 20-21), y además por mandato de Cristo (MAT. X, 10).

[71] Desde los núms. 615 y siguientes ha tratado la *Didaché* de los apóstoles y misioneros ambulantes y de los peregrinos y gentes de paso que llegan a las comunidades cristianas; ahora, desde el 630, habla de la Iglesia misma, de su disciplina, de la comunidad, de la elección de obispos y de diáconos, de la corrección fraterna y de otros deberes.

[72] Alusión al Santo sacrificio de la Misa, como sacrificio universal vaticinado por el Profeta MALAQUÍAS (I, 11-14). Véase núm. 548.

[73] Aquí aparece ya la jurisdicción ordinaria al lado del carisma. La jurisdicción la confiere la Iglesia; el carisma es don directo y único del Espíritu Santo. La juris-

ejercen junto a vosotros el ministerio de los profetas y de los doctores. Y así no los menospreciéis; que ellos, juntamente con los profetas y los doctores, son los honrados de entre vosotros.

634. Reprendeos los unos a los otros, mas no con ira sino pacíficamente, conforme lo tenéis consignado en el Evangelio [74]. Y al que cometa una falta contra otro, ninguno de vosotros le hable ni le escuche hasta que se arrepienta [75].

635. Haced vuestras oraciones, limosnas y todas las obras, como lo tenéis ordenado en el Evangelio de nuestro Señor [76].

Preparémonos para la inminente venida del Señor

636. Velad sobre vuestra vida: no se apaguen vuestras lámparas ni estén desceñidos vuestros ijares, al contrario, estad prontos; pues no sabéis la hora en que vendrá nuestro Señor [77]. Os congregaréis a menudo para buscar lo conveniente a vuestras almas; que no os aprovecharía todo el tiempo de vuestra fe, si en el último instante no fueseis perfectos.

637. Pues en los últimos días [78] se multiplicarán los falsos profetas y los corruptores; y las ovejas se tornarán lobos, y el afecto se cambiará en odio. Por lo cual, acrecentada la iniquidad, los hombres se odiarán unos a otros, y se perseguirán y traicionarán [79].

638. Entonces se mostrará el seductor del mundo como hijo de Dios, y hará señales y portentos, y en sus manos será entregada

dicción da poder y mando sobre la comunidad; el carisma, prestigio, ascendiente y como una irradiación de la asistencia del Espíritu Santo. No pocas veces los carismas recaían sobre los mismos que poseían la jurisdicción (I *Corint.*, XII-XIV). Caso claro el de San Policarpo. Véanse núms. 835 y siguientes.

[74] MAT., XVIII, 15-17.

[75] La dureza de la frase debe entenderse, como dice el autor, con el espíritu de MAT., XVIII, 15-17. La idea es que no se abandone ni se evite el trato de nadie sin previo aviso de caridad.

[76] *Colos*, III, 17.

[77] Padece ser que la *Didaché* creía ya bastante inminente el día del juicio, y así urge que todos estén dispuestos para el día de la prueba, como las vírgenes prudentes con las lámparas provistas de aceite y de luz. La idea de la aproximación del día final ha sido una creencia que ha estado muy en boga en diversos siglos, sobresaliendo entre todas tal vez las dos épocas: la del 500 al 600 y la del año 1000.

[78] El fin del mundo (MAT., X, 17-23; XXIV, 3-28. MCOS., XIII, 3-20. LUC., XXI, 7-24). *Los Apócrifos* judíos y cristianos de esta época están también llenos de terroríficas descripciones escatológicas o finales.

[79] MAT., VII, 15.

la tierra, y hará iniquidades que jamás ocurrieron desde que comenzaron los siglos [80].

639. Entonces, toda humana criatura entrará en el fuego de la probación, y se escandalizarán muchos [81] y perecerán; mas los que perseveraren en su fe, serán salvados por el mismo a quien se maldiga [82].

640. Entonces aparecerán también las señales de la verdad [83]; primero, la señal de la apertura del cielo; después la señal del sonido de la trompeta; y la tercera, la resurrección de los muertos, mas no de todos, sino como fué dicho: Vendrá el Señor y con él todos los santos.

641. Entonces el mundo verá que viene el Señor, sobre las nubes del cielo [84].

F. X. FUNK, vol. I, págs. 2-36

---

80 *II Tesal.*, II, 9; *Apocalip.*, XIII, 2 y 13.
81 MAT., XIV, 10.
82 *Galat.*, III, 13; I *Corint.*, XII, 3; *Apocalip.*, I, 7.
83 MAT., XXIV, 30-31; I *Tesal.*, IV, 17.
84 MAT., XXIV, 13, 30-31; XXVI, 64 Véanse los núms. 671-673.

SECCION TERCERA

LA CONCIENCIA MORAL CRISTIANA ANTE EL MARTIRIO (SIGLO II)

EL PASTOR DE HERMAS

Libro de verdadera era de los mártires. *El Pastor de Hermas* tuvo grandísima aceptación en la primitiva Iglesia, como que en algunas ciudades se leía como libro canónico. Parece escrito entre los años 140-155. Su autor ¿fué Cayo, hermano del Papa Pío? La trama del libro es ficticia: tiene forma de revelaciones o apocalipsis, 4 visiones, 12 mandatos, 10 semejanzas. El *Pastor,* o sea «el ángel de la penitencia» en forma de pastor es el que exhorta a dicha virtud. Entraña un gran valor histórico psicológico para comprender el espíritu de muchas comunidades cristianas de la época, lo propio que su mentalidad y sistema primitivo ascético. Sólo aduciremos aquí los fragmentos que pueden darnos luz acerca del criterio de entonces sobre la estima que se hacía ya de los mártires. Seguiremos el orden del libro, y la edición que usamos para nuestra versión es la de HARNACK. (Véase núm. 557.)

Valor del martirio en el primer tratado ascético popular cristiano

642. VISIÓN II, 2, 7-8.—Perseverad los que obráis justicia, y no queráis estar vacilantes, para que sea vuestro camino con los ángeles santos. Dichosos de vosotros si perseveráis en la gran tribulación que sobreviene y los que no nieguen su Vida. Porque juró el Señor por su Hijo, que quienes negasen a su Hijo, pueden darse por desesperados de la Vida, y eso desde los que empiecen a negar de ahora en adelante, pues los que negaron antes, han obtenido les sea Dios propicio por su mucha misericordia.

P. HARNACK, págs. 21-22.

643. VISIÓN II, 3, 4.—Dirás a Máximo [1]: He aquí que sobreviene una prueba para ti; si cediendo negases otra vez, cerca está el Señor para los que se conviertan a él, como está escrito en Heldat y Modat [2] que vaticinaron al pueblo en el desierto.

P. *Id.*, pág. 22.

644. VISIÓN III, 5, 2.—Las piedras que se sacan del hondo y se sobreponen a la construcción (de la torre, la Iglesia) y se adaptan y encajan con las demás piedras ya colocadas en todas sus junturas [3] ¿quiénes son? Y me dijo: Estos son los que padecen por el nombre del Señor.

P. *Id.*, pág. 40.

645. VISIÓN III, 1, 8-9.—Como se apartasen los jóvenes [4] dejándonos a nosotros solos, me dijo ella (la anciana, la Iglesia) [5]: Siéntate aquí. Le respondí: Permite que antes se sienten los ancianos. Me replicó: Haz lo que te digo y siéntate aquí. Queriendo yo sentarme a la derecha, no me lo permitió, sino con una indicación de su mano me avisó me sentase a la izquierda. Al verme que la contradecía y que me ponía triste porque no me dejaba sentar a la derecha, me dijo: ¿Estás triste porque no te sientas a la derecha? Sábete que ése es sitio reservado a los que complacieron ya a Dios y padecieron por su Nombre. Aún te falta mucho a ti para que te

---

[1] Del 140 al 155, que corresponden al reinado de Antonio Pío, no hay por qué los califiquemos de años de persecución. En cambio, bien pronto, desde el 161 empezaron las nuevas etapas de premeditada hostilidad contra los cristianos. Tal vez el autor del libro se refiera a las persecuciones del tiempo de Trajano y Adriano, aunque, a la verdad, en las provincias romanas, si no en unas sí en otras, no dejó en todos estos años de correr sangre cristiana.

[2] *Núm.* 11, 26 y siguientes. Fueron tenidos por profetas de la Antigua Ley por los primitivos cristianos. Los nombres de *Heldat* y *Modat* ¿los citaría aquí de algún apócrifo del Antiguo Testamento?

[3] Palabras que indican suma unión y caridad entre sí y con los apóstoles, obispos y maestros de los que habla un poco antes el autor.

[4] Los jóvenes constructores de la torre, que es la Iglesia, y a quienes acaba de decir la anciana: «Id, edificad»

[5] La Iglesia al Pastor de Hermas unas veces se le aparece como aquí, cual venerable anciana, otras como joven bellísima y llena de vida, y saliendo del tálamo calzada y vestida de color de nieve y con la mitra en las sienes, aunque siempre con la cabellera encanecida. Las dos ideas de su virginidad perenne y la de su antigüedad en los designios de Dios y en el simbolismo de la Ley Antigua, eran inseparables en la mente ya de los primeros cristianos.

sientes con ellos. Sigue por ahora en tu sencillez, y estaréis allí tú y los demás cuando hiciereis lo que ellos y sufriereis cuanto ellos padecieron [6].

646. VISIÓN III, 2, 1.—Y le dije: Señora, querría yo saber qué es lo que padecieron. Me contestó: Oyeme: azotes, cárceles, grandes amarguras, cruces, las fieras por el nombre de Dios. Por eso les corresponde la parte derecha de la santificación, pues que así sufrieron. A los demás les pertenece la izquierda, pero para los unos y los otros hay la misma donación, la misma promesa. A solos ellos les tocan ahora los asientos de la derecha con la gloria que a esto corresponde.

P. *Id.*, pág. 32.

647. VISIÓN III, 6, 5-7.—Y estas piedras blancas y redondas y que encajan con la construcción, ¿quiénes son, Señora? Y ella me dijo: ¿Hasta cuándo no entiendes, y siempre preguntas y no comprendes? Estas son los que tienen fe, pero a la vez gozan de bienes terrenales de este siglo. Cuando sobreviene la prueba ruegan a Dios por causa de sus dineros y negocios. Repliquéla: Pero ¿y cuándo serán útiles para el edificio? Ella respondió: Cuando se dé un corte a la fortuna que tanto les satisface, entonces serán útiles a Dios: son como la piedra redonda que si no se la corta y no pierde algo de lo que tiene, es imposible que encaje bien. Así las riquezas de este siglo, si no se las cercena, no podrán ser provechosas para Dios. Aprende de ti mismo; cuando abundabas en todo eras inútil; ahora eres útil y aprovechas a tu vida. Sed útiles a Dios; y así, tú mismo, hecho más útil, serás una de estas piedras.

P. *Id.*, pág. 44.

Semejanzas

648. SEMEJANZA VIII, 3, 6-7.—Señor, le dije, ¿quiénes son los que van a la torre coronados? Y me dijo: Cuantos han luchado con

[6] Se advierte en estas palabras la excelencia en que se tenía a os mártires en el concepto general de los primeros cristianos. En estos pasajes de la visión III, la izquierda no significa reprobación, sino sólo lugar de menor preferencia.

el demonio y le han vencido, esos son los coronados; son los mismos que han guardado la ley y han padecido hasta el extremo: los que tienen las ramas verdes con sus pámpanos, pero sin fruto, esos son los que se entregaron por esa misma ley, y sufriendo vejámenes no renegaron de su fe, pero no llegaron a morir [7].

P. *Id.*, pág. 180.

649. SEMEJANZA VIII, 4, 6.—Los que llevaban las ramas verdes y pámpanos, y en los pámpanos frutos, tuvieron como aquellos que fueron a la torre coronados...

Id., pág. 182.

650. SEMEJANZA VIII,, 6-4.—Oye, dijo: Aquellos cuyas varas iban áridas y podridas, y que parecían como carcomidas por la polilla son apóstatas de la Iglesia y traidores, que añadieron a sus pecados, el que con nefandas palabras han perseguido al Señor y se avergonzaron del nombre que se invocó sobre ellos. Estos se hallan muertos del todo a Dios, y por eso ninguno de ellos hizo penitencia, nada les aprovecharía el oír preceptos que estoy dispuesto a enseñárselos: a estos tales les falta del todo la vida [8].

P. *Id.*, pág. 186.

651. SEMEJANZA VIII, 8, 1-2, 4.—Los que tienen sus varas mitad áridas, mitad verdes, son gente sumergida en negocios y que no se dedican del todo a cosas santas; con lo que resulta que si media parte les es verde, la otra mitad les queda seca. Muchos de éstos, oyendo mis preceptos hicieron penitencia y empezaron a tener puesto en la torre (de la Iglesia en construcción). Otros, en cambio, al fin, desistieron. Estos no tienen penitencia disponible, pues por amor a sus negocios blasfemaron contra Dios, el Señor, y renegaron de El, y por esta maldad perdieron la vida... Pero los que tenían dos partes de las ramas verdes y una seca, éstos son los que renegaron de Dios de varios modos. Muchos de éstos hicieron peniten-

[7] Aparecen aquí los que más tarde se diferenciarán con los nombres: los primeros, de *mártires*, y los segundos de *confesores* de Cristo. De todos modos vese ya claramente la idea de los teólogos posteriores sobre lo que no sin razón llamaban «la aureola» del martirio.

[8] Difícilmente puede expresarse con más fuerza popular la gravedad del pecado de apostasía en las persecuciones.

cia y se fueron para que morasen en la torre; otros muchos se apartaron por siempre de Dios, con lo que, al fin, acabaron por perder la vida [9].

P. *Id.*, pág. 190.

652. SEMEJANZA VIII, 9, 1-4.—Los que presentan sus varas con dos partes áridas y una verde, éstos son fieles, pero que, hechos ricos, empezaron a ser estimados por los gentiles, y llenos de soberbia hicieron escabroso su camino: ni se adhirieron a los justos, sino que corriendo con gentes paganas, se les hizo esta vida más placentera; pero con todo, no se apartaron por completo de Dios; sino que manteniendo la fe, se quedaron sin sus obras. Muchos de éstos lograron hacer penitencia, quedándoles así lugar en la torre. Otros, por resultas de convivir con los paganos, atraídos por las vanidades de los infieles se apartaron de Dios, dados a las prácticas y costumbres paganas; a estos tales se les considera como si fueran verdaderos infieles. Algunos de ellos abrigaban dudas, desesperando ya por el remordimiento de sus obras; otros, con vacilaciones, acarrearon escisiones. A los unos y a los otros queda un factible retorno a la vida.

P. *Id.*, pág. 193.

653. SEMEJANZA IX, 19, 1-3. — Del mismo monte negro [10] son aquellos de los creyentes que son tránsfugas, blasfemos, entregadores de los siervos de Dios. A éstos no les aguarda la penitencia, sino la muerte; por eso están negros, porque su casta es de malvados. Del segundo monte árido son la gente creyente, pero que es falsa,

[9] Adviértase la diferencia que hacían ya los primeros cristianos en los pecados de apostasía por debilidad, por interés, por malicia o por pérdida de fe.

[10] «Después me condujo (el ángel de la penitencia) en Arcadia a un monte abundoso en forma tumescente, y colocándome en la cima más alta me hizo ver un campo ancho, y cerca del campo doce montes, cada uno con su forma especial: el primero, negro como el hollín; el segundo, pelado, sin vegetación ninguna; el tercero, lleno de espinos y matorrales; el cuarto tenía hierbas semiáridas, con la mitad superior verde y la mitad inferior cercana a la raíz, seca; pero varias de esas hierbas, que parecían agostadas al calor del sol, tornaban a reverdecer; el quinto, aunque escabroso, estaba cubierto de verde herbal; el sexto, todo él con hendiduras, unas pequeñas, profundas otras, pero en sus mismas grietas germinaba la hierba, aunque no muy lozana, antes lacia a la vista; el séptimo monte lozaneaba todo él con alegres herbales y fertilidad, convertido en sitio de todo género de ganados y aves, con la particularidad de que cuanto más comían de la hierba el ganado y las aves, los herbales recrecían con más fuerza; el octavo abun-

maestros de la maldad, parecidos a los primeros, están sin fruto. Estos tales tienen el nombre (de fieles) pero su fe es vacía y sin fruto alguno de verdad. Con todo esto tienen penitencia posible en caso de que la hagan pronto; pero si tardan en hacerla les cogerá la muerte de los primeros. Díjele entonces: Señor, ¿por qué tienen éstos la penitencia a la mano y los primeros no?[11]. Sus actos ¿no son muy parecidos? Respondióme: La razón por qué éstos pueden hacer penitencia es porque no tienen en su cuenta blasfemias contra el Señor, ni tampoco entregaron a los siervos de Dios (a los enemigos de la Fe), sino que sólo por codicia de ganancias terrenales engañaron a los hombres, enseñándoles según los deseos de cada uno; y tiuen que cumplir la pena por ello. Pero no se les priva de la penitencia, porque no fueron ni detractores de Dios, ni entregadores de los siervos de Dios.

P. *Id.*, págs. 238-240.

654. SEMEJANZA IX, 21-1-4.—Del cuarto monte, que tiene muchas hierbas, que poseen verdura arriba y sequedad en la raíz y por eso se agostan con el sol, éstos son los fieles, pero que quedan vacilantes (en la Fe) con el nombre del Señor en los labios, mas no en el corazón. De lo que resulta que sus palabras están vivas y las obras muertas. Estos ni son vivos ni muertos, sino parecidos a los vacilantes, ya que como éstos ni están verdes ni áridos, es decir, ni vivos ni muertos. Como aquellas hierbas que con sólo aparecer el sol se marchitaron, así son los vacilantes: apenas oyen que hay que sufrir algo, temerosos tornan a los ídolos y se avergüenzan del nombre de cristiano. No son, pues, ni vivos ni muertos. Tam-

---

daba en manantiales, y en sus corrientes se abrevaban toda clase de creaturas del Señor; el monte nono estaba completamente en un páramo, sin nada de agua, pero poblado de serpientes peligrosas para los hombres; el décimo era todo él umbroso por los grandes bosques que lo cubrían, y a la sombra de sus árboles yacían los ganados que reposaban rumiando; el monte onceno, denso en boscaje y rico en árboles cargados de fruto, de tan bello aspecto, que con sólo verlos excitaban el apetito a desear comer sus frutos; el décimo segundo, todo él lucido y de un paisaje lleno de alegría, como que daba la impresión de una belleza extremada.» (*Semejanza*, IX, 1, 4-10.)

[11] Se deben entender bien estas palabras. Lo que dice el autor es sólo por razón de la gran dificultad más que por causa de absoluta imposibilidad, pues sabido es que no existe pecado ninguno por el que no se pueda hacer penitencia eficaz. En la época de *El Pastor*, de HERMAS, en algunas partes no se tenían ideas claras sobre este punto tan capital. Y no faltaban autores que creían que, después del bautismo, varias clases de pecados, sobre todo tres, no tenían remisión posible; error repetidas veces condenado por la Iglesia. La obstinación en esta idea fué una de las causas de la caída de TERTULIANO.

bién éstos pueden vivir si se arrepienten pronto. Los demás, serán entregados a aquellas mujeres que les privan de la vida.

655. SEMEJANZA IX, 26, 3, 5-6.— Del monte noveno desértico y repleto de animales dañinos, son los fieles..., los cascajosos son los que han negado al Señor [12], ni miran a Dios, sino que resultaron salvajes y del yermo, y sin hacer nada por los siervos de Dios, antes viviendo sólo para sí, perdieron su vida. Con todo, a éstos también se les ofrece de nuevo la penitencia si se les encuentra que no apostataron de todo corazón; pues quienes negaron a Dios con toda su alma, para éstos no sé si hay posibilidad de vida. Y esto no lo digo en estos días para que cualquiera que niegue (la Fe) reciba de hecho la penitencia—pues es imposible que el que así negó a su Señor obtenga el perdón—sino que la penitencia parece propuesta para aquellos que negaron en tiempo anterior. Si, pues, alguien quiere hacer penitencia debe apresurarse a hacerla antes de que se termine la construcción de la torre (la Iglesia); de otro modo aquellas mujeres le [13] quitarán la vida.

P. *Id.*, págs. 248-250.

656. SEMEJANZA IX, 26, 3, 5-6.—Del monte noveno desértico y ban los árboles cargados de frutos y hermoseados con gran variedad de ellos..., éstos son los que creyeron (los fieles). Son los que han padecido por el nombre del Hijo de Dios, y los que con ánimo pronto y de todo corazón entregaron sus almas.

657. Y yo le pregunté, diciendo: ¿Por qué, Señor, todos los árboles están con fruto, y entre esos mismos algunos son más vistosos?

Oye—dijo—: Todos los que han sufrido por el Nombre del Señor, son gloriosos ante Dios; y todos sus pecados les han sido quitados, porque han padecido por el nombre del Hijo de Dios. Y le

---

[12] Varios años después (249-251), cuando arreció la terrible persecución de Decio, muchos cristianos débiles negaron al Señor de cuatro modos principales: adquiriendo certificados de que habían guardado las órdenes del Emperador, haciendo sacrificios, etc.; éstos se llamaban *libellatici;* otros firmando en las listas oficiales su abjuración (*acta facientes*), y otros entregando ellos mismos las *Sagradas Escrituras* o delatando a sus hermanos en la fe.

[13] Son aquellas mujeres de vestido negro, de hombros desnudos, suelta la cabellera y de bella presencia, que, como espíritus del mal, entran a destruir la obra de las vírgenes que ayudan en la construcción de la Iglesia. Los nombres de esas mujeres son, los de las cuatro principales, «Perfidia», «Intemperancia», «Incredulidad» y «Dulzura» del mundo, y su séquito, la Tristeza, Maldad, Concupiscencia, Iracundia, Mentira, Estulticia, Detracción y Odio (*Semejanza,* IX, 15).

pregunté de nuevo: Y ¿de qué esa diferencia en la excelencia mayor o menor de los frutos? Y díjome: Los que llevados ante los jueces y preguntados no negaron (la Fe) sino lo soportaron todo con ánimo pronto, éstos son los más agraciados en la presencia de Dios, por donde sube la excelencia de su fruto. Pero los que por ser tímidos e inseguros fueron y díeron lugar a deliberación en sus almas, sin confesar o negar, pero al fin sufrieron, sus frutos son de menor calidad, porque dieron alguna cabida en sus almas a la vacilación; siempre es mala en los siervos aun la ocurrencia de negar a su Señor.

658. Ved, pues, vosotros los que dais muchas vueltas a estas cosas, no se os fije en el corazón esta clase de pensamientos, no sea que muráis para Dios. Pero los que habéis de sufrir por el nombre de Dios, debéis ya glorificar al Señor, porque se ha dignado teneros por dignos para que llevéis ese nombre y se os quitarán todos vuestros pecados [14]. Reputaos por muy felices. Y convenceos que habéis realizado una gran obra, si alguno de vosotros logra padecer por Dios. Dios os regala la vida, y no os apercibís de ello. Vuestros pecados eran graves, y si no hubieseis padecido por el nombre del Señor, por vuestros pecados hubierais estado muertos a Dios [15]. Esto os lo digo a los que estáis vacilantes entre la confesión o negación. Tened valor para confesar que servís al Señor, no sea que negándolo, seáis puestos en prisiones. Si aun los gentiles castigan a sus esclavos cuando niegan a su Señor, ¿qué creéis hará Dios con vosotros cuando su poder todo lo alcanza? Desechad estos pensamientos del íntimo de vuestro sér, para que perpetuamente viváis en Dios.

P. *Id.* 250-252.

---

[14] He aquí claramente expresado de cómo el martirio goza del privilegio de borrar él mismo, como un bautismo de sangre, los pecados, incluso graves, de nuestra vida interior.

[15] TERTULIANO dijo con frase feliz al hablar de los dos bautismos, del de agua y del de sangre: *Hos duos baptismos de vulnere perfossi lateris emisit.* (*De bapt.*, 16). Ambos bautismos brotaron del costado abierto de Cristo.

TITO FLAVIO CLEMENTE

El verdadero «gnóstico» para CLEMENTE se alimenta de la contemplación de las cosas divinas. Según él, triple es el fin del «gnóstico»: conocer las cosas; practicar lo que dicte el Logos; y enseñar a otros los arcanos de la verdad, que son dignos de Dios. Su estado respecto de las cosas de aquí abajo es despreciarlas como pasajeras que son, y usarlas con absoluta imperturbabilidad de corazón ante todos los sucesos. Sereno, igual, indiferente ante las cosas creadas, goza de una luz superior para discernir lo bueno de lo malo e indiferente; y en la misma bondad de las acciones aquilata y sigue gradualmente los diversos grados de su «consumación». Su voluntad dulce y firme sin ostentación no busca el aura popular, y entre los motivos de temor y amor divino para ejercitar sus actos ha de procurar dejarse mover preferentemente de los de amor y caridad hasta el sacrificio de todo lo humano. Los móviles de las penas y los gozos de ultratumba tienen para la conducta del «gnóstico» un valor secundario al lado del motivo del amor. El verdadero «gnóstico» es luz para sí mismo como también para los demás, y su conducta moral esencialmente debe ser irradiadora para con los que le tratan. El único divino formador del verdadero «gnóstico» es Jesús, cuya doctrina y cuya ejemplaridad como modelo y objeto de asimilación es lo que más nos asemeja y lleva a Dios, fin último de toda «gnosis verdadera». La perfección y consumación de los «teletai» de esa gnosis es el doble martirio: el martirio más elevado que es el de la sangre, y el martirio de una vida inmolada por vivirla en todo ajustada a la «gnosis» o conocimiento celestial de la Fe. Por eso, todo verdadero y perfecto «gnóstico» es en algún sentido mártir de Jesucristo.

Ante la persecución [16]

Strómata. VII, cap. II

659. *a*) Quien en realidad es viril, cuando se halla metido en el peligro por malas intenciones de la gente, recibe la ocasión con alma confiada. Esto es lo que le diferencia de esos que se jactan de mártires y que ellos mismos se crean las ocasiones, y si es lícito decirlo así, parece buscan a propósito meterse en la boca del lobo. Aquéllos, en cambio, procuran evitarlo prudentemente.

[16] Por razón de ser esta obra de *Strómata* especialmente teológica, no damos aquí explicaciones especiales sobre ella.

Pero si conocen ser esa la voluntad de Dios, se entregan a ella con corazón decidido y alegre; y tanto más se afianzan de que Dios les llama al martirio cuanto menos lo han provocado; con lo que se hallan más dispuestos a conducirse en todo como hombres con una entereza natural y serena. No es que por miedo a sufrir cosas mayores quieran tolerar lo menor: que es ése estilo de gente vulgar; ni se mantienen firmes en su confesión, por sólo no ser ocasión de críticas de los suyos del lugar o de la misma ideología. Nada de eso; sino que lo que les mantiene en su firmeza y fidelidad a su fe es el amor que profesan a Dios, y en su mismo martirio ni siquiera miran al morir otra cosa que agradar a su Señor, sin tener el ojo ni en los premios que después les aguardan.

Hay quienes en parecidos casos sufren por motivos de adquirir nombradía, otros por evitar mayores vejámenes; otros por los goces y bienes que saben les esperan más allá de la muerte. Todos esos son mártires, niños en la fe. Felices ellos sí y dichosos; pero, al fin, no de los verdaderamente varoniles que todo lo soportan por sólo caridad, como el verdadero «gnóstico». Pues es de advertir que también en la Iglesia, al igual que en las luchas gimnásticas, hay diversas coronas, unas para niños y otras para hombres.

El amor y caridad deben buscarse por ellas mismas más que por otra cosa. El verdadero sabio en el mismo grado en que crece en su ciencia espiritual, debe aumentar en la perfección de su entereza por ejercicio de su cotidiana vida, sin nunca dejar de proponer nuevas victorias sobre sus propios afectos. La caridad ungiéndolos y ejercitándolos aleja de sus atletas el miedo y el temor, y les injiere en cambio una confiada seguridad en su Dios; algo así como también la justicia les hace ser veraces en la verdad de su palabra, durante toda su vida, convencidos como están de que el compendio de la justicia está en cumplir aquello de «propio vuestro será decir sí, sí; no, no» [17].

P. STALHIN, vol. III, pág. 48.

[17] MAT., V, 37; JAC., V, 12.

La «consumación» y el martirio

Ibíd. Lib. IV, cap. 4

b) Nosotros al martirio llamamos «consumación», no porque precisamente termina con esto la vida humana [18], sentido vulgar de esta palabra, sino porque esa obra significa la más perfecta y consumada de las obras.

De parecido modo los antiguos griegos solían alabar a los que sucumbían combatiendo. No porque con esto querían fomentar las muertes violentas, sino porque tales héroes morían sin tener miedo a la muerte, aunque quedaban segados en flor; y es que caer así, es mucho más elevado que no sucumbir por decaimiento de ánimo o enervamiento de fuerzas, como ocurre a los que fallecen por enfermedad. Estos sólo ceden a la impotencia, ansiando por otra parte, apegados a ella, alargar la vida. Almas así carecen de pura elevación; y terminan sus días bajo las ansias de concupiscencias que les oprimen en aquel momento como peso de plomo; excepción por supuesto, de algunos corazones de extraordinaria virtud. Aun sucumbir en la batalla pero con ansias de vivir, equivale en esto a morir como cualquier otro enfermo que termina sus días por consunción. Por otra parte, como ser mártir significa confesar a Cristo, toda alma que se modera en el vivir y por conocer a Dios se entrega al cumplimiento de los preceptos divinos, no hay duda que independiente de la clase de muerte que le aguarde, merece llamarse már-

---

[18] «Ciertos herejes, por una falsa idea que tienen de Dios, profesan a la vida un amor a la vez timido por una parte, y por otra sacrilego, y enseñan que el verdadero martirio consiste en el conocimiento exacto de Dios (en eso estamos conformes), y que todo el que sufre martirio por la confesión de la fe no pasa de ser un suicida y causador de su propia muerte. Y así embrollan la cuestión con sofismas, para con todo ello encubrir su cobardía ante la muerte. De esos hablaremos en su lugar, pues nos diferenciamos en principios del todo opuestos. También nosotros estamos conformes en que quienes por sí y a propósito buscan la muerte—que no faltan de éstos aun entre los nuestros, que sólo tienen de cristianos el nombre, que se empeñan en entregarse ellos mismos a la muerte deseando, infelices, morir ofendiendo al Creador—, esos tales, por su audacia, se privan de la vida sin el mérito del martirio, aunque mueran públicamente ajusticiados por los tribunales. Estos no llevan la caracteristica del verdadero martirio de un fiel, porque carecen del conocimiento del verdadero Dios y mueren entregándose a una muerte fatua, al igual de lo que ocurre con los gymnosofistas indios, que se arrojan ellos mismos a las llamas.» (Lib. IV, cap. 4.)

tir por su vida y conversación; sólo que en vez de derramar su sangre, lo que ofrece hasta el último suspiro es la Fe [19].

P. STALHIN, vol. II, pág. 255

La cumbre de la virtud

Ibíd. Lib. IV, cap. 6

c) A mi parecer, el culmen de la virtud consiste en que según las palabras del Señor, conviene que por amor de Dios despreciemos sabiamente la muerte. «Dichosos—dice—los que sufren persecución por la justicia, porque esos tales serán llamados hijos de Dios [20]; o como tienen otros que trasponen las palabras del Evangelio «Bienaventurados aquellos a quienes persigue la justicia, porque ellos serán perfectos», y también: «bienhadados los que padecen persecución por mi causa, porque obtendrán un lugar a donde no podrá llegar persecución ninguna»; además: «dichosos de vosotros cuando os odien los hombres, cuando os exterminen, cuando borren vuestros nombres como los de los criminales por el Hijo del hombre»; pero todo ello... si no cobramos odio a quienes así nos persigan y soportamos a los mismos que nos hagan víctimas de sus torturas, sin guardar nunca rencor contra ellos, pensando que la prueba nos llegó más tarde de lo que esperábamos, y con la idea de que todo momento de prueba puede servir de ocasión para el martirio [21].

P. *Id.*, pág. 266.

---

[19] Véanse las notas de los núms. 488 y siguientes.

[20] MAT., V, 10. No aparacen en la *Sagrada Escritura* todas estas variantes que nos propone aquí CLEMENTE. Pero no dejan de ser sifinificativas para el fin que mueve al autor a exponerlas. Los textos clásicos paralelos en este punto son MAT., V, 3-12, y LUC., VI, 20-23.

[21] CLEMENTE ALEJANDRINO, en todo caso, exigía virilidad a los cristianos aún jóvenes. Frases suyas son aquellas: «En el rostro de quien se precie de hombre no debe aparecer afeminamiento ninguno; pero no digo ya en el rostro, en ninguna parte del cuerpo. Jamás debe dar sensación de molicie ni en los movimientos ni en la apostura habitual de su persona. Florezca en el semblante del joven el pudor, pero de suerte que su presencia misma respire virilidad.» (*Pedagogo*, lib. III, cap. 9.) No conozco autor que haya expuesto mejor la elevación espiritual del «gnóstico» clementino como G. BÉKÉS, O. S. B. en *De continua oratione Clementis Alexandrini doctrina*. Roma, 1942.

Los apóstatas ante el sufrimiento

Ibíd. Lib. IV, cap. 7

d) Además, quien miente y se muestra infiel (renegando) pasando así al ejército del diablo, ¡en cuántos males no incurre! Ante todo miente a Dios, o, mejor, miente a su esperanza y hace que se defraude en él el fruto de ésta, por incredulidad en Dios. Pues (prácticamente) no cree a Dios quien desobedece a sus mandatos. Más aún: negar a Dios ¿no es negarse a sí mismo? Quien niega al Salvador niega la vida, pues la Luz era la Vida [22]. Con todas las apostasías de los hombres Dios no pierde nada de su dominio; lo que sí pierden los apóstatas es la unión que necesariamente deberían tener con El. A éstos tales no los llama «de poca fe» [23] sino infieles e hipócritas: que aunque tenían su nombre en los registros de los cristianos, apostatando niegan pertenecer a éstos. Fiel, debe serlo el esclavo y el amigo... Si uno se ama a sí mismo (ordenadamente) ama a Dios y confiesa la Salud para salvar su alma. Pero si alguno además muere aun por el prójimo por motivo de caridad, sepa ese tal que tiene a Dios cerquísima de sí, ya que Dios, que así nos guarda, gustó de presentársenos como «quien se acerca» precisamente respecto de estos casos... Quien sufre martirio por amor de Dios, sufre a la vez por su salvación; como también quien sufre por su salvación sufre por amor del Señor [24].

P. *Id.*, pág. 267.

---

[22] JUAN, I, 4.

[23] MAT., VI, 30.

[24] CLEMENTE insiste mucho en estas ideas de la grandeza del martirio verdadero cristiano, porque concediendo que, en efecto, pueda haberlos falsos, se debían rechazar de plano las explicaciones injuriosas para los mártires que daban entonces algunos gnósticos, sobre todo BASÍLIDES, para quien los sufrimientos de los mártires respondían en la justicia de Dios a tres causas: o a pecados cometidos por los mártires en vida, o a crímenes perpetrados por sus almas antes, cuando habian informado otros cuerpos, o a la justicia de Dios, que sabía ciertamente que puestos en ciertas ocasiones esos mártires, por su miseria y desorden interior hubieran caido en pecado (*Strom.*, lib. IV, cap. 12).

Tres dificultades

Ibíd. Lib. IV, cap. 10-11

e) Y cuando de nuevo se repite: «Si os persiguieren en una ciudad huid a otra[25], esta expresión no debe tomarse como si significase que el martirio es un mal; ni la idea es que por temor de morir procuremos huir. Lo que eso significa es que Dios no quiere ni que nosotros hagamos el mal, ni a poder ser seamos ocasión de pecado ni para nosotros mismos, ni para el perseguidor, ni para el verdugo. Lo que hace Dios con ese consejo es ponernos alerta para que siendo previsores evitemos todo mal. Y estemos seguros que desobedecer a este consejo es temeridad y ponerse uno imprudentemente en ocasión de peligro. Pues si quien mata a un siervo de Dios peca, también contrae algún reato de esa falta quien se ofrece al tribunal. Este caso se verifica en quienes por sobra de audacia personal no procuran evitar la persecución. Como que en caso así, parece que de su parte cooperan a la mala voluntad del perseguidor. Y si no contentos con esto incluso añaden la provocación, eso sería como irritar a una fiera. Lo mismo se diga de quienes de su parte ponen alguna causa de desavenencia o perjuicios o pleitos o enemistades, dando así pie a las persecuciones. Y ésta fué una de las razones por la que se nos ordenó que no estuviéramos asidos a las cosas de este mundo, antes si se nos quitaba el palio cediéramos el sayo, no sólo por el desasimiento de afectos bajos que eso significa, sino también para que así no demos ocasión a los pleiteantes, ni les excitemos al furor, y en este estado de ánimo, fuese el nombre de Cristo ocasión o causa de odio y maldición.

f) Y si preguntan: «si es verdad que Dios tiene de vosotros el cuidado que cacareáis, ¿cómo sufre os persigan y atormenten hasta morir?» He aquí la respuesta. En efecto, no es que creamos que Dios quiera positivamente caigan sobre nosotros esas calamidades. Cristo al hablar de la persecución sólo decía proféticamente lo que iba a suceder; nos avisaba que por su nombre seríamos perseguidos, muertos y suspendidos en patíbulos. No es que él quisiera para nosotros esos tormentos, sino que como profetizador que era de ellos, nos puso sobre aviso a tiempo, para que al llegar el momento, tuviésemos valor de soportar todo con la vista en los premios que él mismo nos había prometido para esos casos. Es verdad, al mismo suplicio estaríamos sujetos cristianos y otros malhechores. La dife-

[25] MAT., X, 23.

rencia está en que al paso que éstos no hacen sino pagar su injusticia, los mártires sufren esa pena precisamente por la justicia. La injusticia del juez no malicia la providencia divina; allá el juez con la responsabilidad de sus propios actos. El, lo propio que nosotros, deberá dar cuenta en el tribunal de Dios de esas condenas, de la elección que ha tomado, de los medios, y de los sufrimientos (de las víctimas).

Es verdad que los cristianos, en serlo, no cometemos ninguna injusticia ni maldad; pero el hecho es que el juez juzga que sí, y así nos mira. Su mal está en que no conoce nuestras cosas, y lo que es peor, ni las quiere conocer; y en esa disposición, víctima de prejuicios, se precipita a dar la sentencia. Lo cual hace que deberá él mismo dar cuenta de eso a Dios. Nos persiguen, es verdad; pero no porque nos han encontrado delincuentes, sino porque se les ha metido en la cabeza que por sólo ser cristianos somos dañosos para la sociedad humana, y nos ven que no sólo seguimos siendo cristianos, sino incluso trabajamos para que otros lo sean.

Y si instáis, ¿cómo vuestro Dios al veros en esos tormentos no acude a vuestro favor? Es que, ¿qué mal es ése para nosotros, en nuestro modo de apreciar la vida, si la muerte no hace más que adelantar nuestra llegada a Dios? Para nosotros eso es como quien sólo cambia y muda de edad. Mas, si somos cuerdos, en nuestra mentalidad hasta deberemos agradecer a aquellos que así nos han proporcionado una ocasión de adelantar nuestra emigración a la Patria, y más si vamos coronados con un martirio de caridad. El no saber esto es lo que a muchos hace creer que somos unos infelices. Pero lo cierto es que, si conocieran la verdad de las cosas, todos sin opción a elegir, se pasarían volando a nuestra parte. Como nuestra Fe es precisamente la Luz del mundo, en esto queda condenada por sí propia la infidelidad. Aquí sí que es verdad aquello de «Anito y Melito [26] me podrán arrancar la vida del cuerpo, pero daño real no me podrán infligir. Pues no me puedo persuadir de que el malo pueda causar daño al hombre de bien». Esa es la razón por qué cada uno de los cristianos decimos con toda seguridad: «Dios será mi ayudador; no temo ningún mal que me pueda causar hombre alguno, porque las almas de los justos están en la mano de Dios y el (verdadero) tormento no las tocará».

P. *Id.*, págs. 282-284.

[26] PLATÓN: *La defensa de Sócrates*. De estos dos dice Sócrates en la misma defensa: «Echan contra mí a Melito, Anito y Licón. Melito, odiándome en nombre de los poetas; Anito, en el de los artífices y políticos; Licón, en el de los oradores.» (Cfr. *Sap.*, III, 1-4.)

Lo mismo deben ser mártires las mujeres que los hombres

Lib. IV, cap. 8

660. La esperanza de la felicidad y el amor de Dios son alas que vuelan libres de toda viscosidad del mundo. Ya pueden (los mártires) ser echados a cruelísimas fieras o a hogueras devoradoras, o ser víctimas de los tormentos de tiranos. Inmóviles en su amistad con Dios, sin sentir cadena ninguna de servidumbre, vuelan a regiones superiores dejando en manos de los tiranos lo único sobre que éstos tienen poder, que son los despojos del cuerpo... Toda la Iglesia está llena de corazones que después de haber meditado por toda su vida en el desprecio de la muerte siguen con su templanza las huellas de Cristo, lo mismo hombres que mujeres. Entre nosotros, aun sin ser filósofos, poseen esta virtud, lo mismo un bárbaro que un griego, un esclavo que un anciano, una mujer que un varón. Virtud tan varonil cabe en todo pecho que trabaje por lograrla. Y está fuera de discusión que donde hay la misma naturaleza se halla la posibilidad de la misma virtud. La humanidad lo mismo pertenece a la mujer como al varón y con la humanidad todas las virtudes humanas. Sería absurdo suponer que sólo los hombres deben ser justos y poseer la virtud del dominio sobre sí, dejando que las mujeres puedan ser injustas y sin templanza ninguna. Huelga sólo el proponer la cuestión. Por consiguiente, lo mismo la templanza y la justicia como las demás virtudes son bienes a los que deben aspirar libres y esclavos, hombres y mujeres, ya que son capaces de ella, como poseedores todos de una naturaleza común, en este caso la humana. No queremos, con todo, decir con esto que las funciones del hombre y de la mujer sean las mismas, pues que sus sexos se diferencian claramente.

...No se trata aquí de aquello en que se diferencian el hombre y la mujer, sino de aquello en que convienen. ¿Tienen naturaleza igual, alma igual? Poseau, pues, también virtud igual... Si el hombre ha de tener dominio de sí y de sus pasiones, no menos ha de poseer esa misma templanza dominadora de sí la mujer. Precepto es del Apóstol: «andad en espíritu y no os entreguéis a los deseos de la carne» [27]. Esta y el espíritu se hallan en constante lucha...;

[27] I *Corint.*, XI, 3, 8, 11.

«los frutos del espíritu son la caridad, la alegría, la paz, la paciencia, la benignidad, la continencia, la bondad, la fe y la mansedumbre» [28]. Cuando el Apóstol habla de la carne se refiere a «los pecadores» en general, como cuando trata del «espíritu» sobrentiende «los justos». Todos, pues, hombre y mujer, estamos llamados a esa fortaleza viril y madre de la confianza y de la templanza, para que cuando nos abofeteen una mejilla ofrezcamos sin ira la otra, y cuando nos arrebaten el manto ofrezcamos el sayo [29]. Las mujeres cristianas no deben ser, pues, como las amazonas, hechas y educadas para el manejo de las armas, cuando aun el varón cristiano tiene mandado ame la paz. Allá las sauromátidas de quienes dicen guerrean igual que los hombres, y las sácidas que simulando huída, más hombrunas que femeninas saben asaetear hacia atrás...

La filosofía (la ciencia del pleno dominio de sí) debe estar lo mismo en el alma de la mujer que en la del hombre, aunque el ejemplo debe partir del varón, a no ser que sea muelle y afeminado.

Toda persona racional debe aspirar a una vida disciplinada y virtuosa, si es que desea lograr la felicidad... Ya hemos visto lo que es más perfecto...Y lo mismo el esclavo que la mujer, si se vieran en circunstancias difíciles y de vejámenes, deberán con todo obrar según virtud, por más que se les amenace con torturas de parte aún de su marido y señor. Más aún, la mujer tiene que proceder con libertad de espíritu aunque el tirano la amenace con la muerte, y la arrastren a tribunales y sitios de tormentos. Y por más que peligren su fortuna y bienes, puesta en la alternativa de ceder o sufrir, jamás deberá abandonar la verdadera religión... Y conste que si es hermoso y honesto al varón, no lo es menos a la mujer el sucumbir en ara de la virtud, de la libertad y de su propia conciencia.

P. *Id.*, págs. 275-277.

---

[28] *Galat.*, V, 16-22.
[29] Luc., VI, 29.

DIDASCALIA DE LOS APOSTOLES

Los párrafos que transcribimos, mucho más ampliados, se incluían en los ocho libros llamados *Constituciones de los Apóstoles* o *Cánones eclesiásticos de los Apóstoles,* colección litúrgico-jurídica redactada en Siria a fines del siglo IV, por más que su compilador quiso pasar por el Papa Clemente Romano. Los seis primeros libros de estas *Constituciones de los Apóstoles* no son sino una ampliación y arreglo de otra obra anterior, también litúrgico-pastoral-jurídica, llamada *Didascalía de los Apóstoles,* escrita también probablemente en Siria, antes del 250. Sea lo que fuere de otras discusiones sobre este libro—que también intentó pasar como redactado directamente por los mismos Apóstoles—, lo cierto es que su libro V es de gran valor para nuestro objeto, pues por lo que se desprende por otros cotejos representa perfectamente bien la mentalidad cristiana aun de nuestra época en el criterio teológico-moral sobre el martirio. Aunque por una parte el libro traspasa algo la época objeto de nuestra Antología, como por otro lado en general coinciden sus ideas y sus criterios con las del *Pastor de Hermas,* TERTULIANO, TACIANO, JUSTINO, etc., las ofrecemos al lector en este lugar tal cual aparecen en la *Didascalía,* pues que primero por ésta y después por las *Constituciones de los Apóstoles* pasó todo ello como al depósito jurídico-moral de la primitiva Iglesia oriental.

Ayudad a los confesores de la Fe

Cap. 5, núm. 1

661 Si algún cristiano por el nombre de Dios o por la Fe o por la caridad fuese condenado a los fuegos, a las fieras o a las minas, no queráis apartar de él los ojos, antes enviadle de vuestro trabajo y del sudor de vuestra frente socorros con que viva y algo con que pagar a los soldados de guardia, para que quede aliviado con trato mejor; pues no está bien que desfallezca del todo vuestro hermano. Quien es condenado por el nombre del Señor, bien merece se le tenga por mártir santo, ángel de Dios, o representante de Dios mismo, ya que se halla espiritualmente revestido del Espíritu Santo. En él se reconoce a nuestro Salvador Jesucristo, puesto que se le ha considerado digno de la corona incorruptible y de

renovar en sí el testimonio de su Pasión [30]. Conviene, pues, que todos los fieles, de vuestros bienes, por medio de vuestro obispo, procuréis suministrar socorros, alivio y alimento a cuantos sean hechos mártires. Y si hay entre vosotros quien no posea nada, ayune y dé así a los mártires, lo que ahorrare con su ayuno. Pero si abundas en bienes, conviene que según tus posibilidades les proporciones algo de todos tus haberes, para que puedan verse libres de la prisión; pues que estos tales son dignos de Dios, por haber cumplido en absoluto la voluntad de Dios, según aquello del Señor: «A todo el que confesare mi nombre delante de los hombres, lo confsaré yo a mi vez delante del Padre» [31].

662. Ni os avergüence el ir a los que están así encarcelados; sino que haciendo esto heredaréis la Vida Eterna, puesto que con esta conducta os habréis hecho copartícipes de su martirio [32]. Bien sabemos como dijo el Señor en el Evangelio: «Venid a mí todos los benditos de mi Padre; poseed el reino que os está preparado desde la constitución del mundo, pues tuve hambre y me disteis de comer, tuve sed y me disteis de beber, era peregrino y me disteis hospedaje, desnudo estuve y me cubristeis, enfermo y me visitasteis, encarcelado y vinisteis a mí». Entonces responderán los justos diciendo: «Señor, y ¿cuándo te vimos hambriento y te alimentamos, sediento y te dimos de beber, desnudo y te cubrimos, enfermo y te visitamos, peregrino y te hospedamos, encarcelado y vinimos a verte?» Y respondiendo les dirá: «Es que cuanto hicisteis por estos pequeños y pobrecitos me lo hicisteis a mí. Y entonces irán a la Vida Eterna» [33].

P. F. X. FUNK, págs. 237-239.

Prudencia en la visita de las cárceles

Ibíd. núm. 2

663. Pero si alguno diciendo ser cristiano, tentado por Satanás cayera en pecado, y convicto de algún delito o crimen como de hurto y homicidio fuese condenado, apartáos de estos tales, no

---

30 He aquí uno de los valores más profundos del mérito intrínseco del martirio.

31 MAT., X, 32.

32 Aparece en la Iglesia desde sus comienzos esta idea de la comparticipación de los fieles con los mártires, misioneros..., merced a la colaboración en su favor o en su ayuda.

33 MAT., XXV, 34-40, 46.

sea que alguno de vosotros sea también tentado por quienes tienen preso a ese otro. Pues si te cogiesen y te preguntasen si también tú eres cristiano como éste, te verás en la precisión de no poder negar que eres cristiano, sino que deberás confesar que sí. Y entonces será el caso de que la tortura que recaerá sobre ti no será por ser cristiano, sino por malhechor [34], ya que la pregunta sería: «Si eres cristiano como el otro», y así, si confiesas, tu confesión resultará vacía; y si niegas, renegarás de Dios. Así que no os arriméis a esos tales para evitar tropiezos. Por el contrario, si algunos fieles (por serlo) son maltratados como malhechores y como tales cogidos, encarcelados y presos; debéis hacer los posibles para librarles de tales manos, aliviándoles con gran interés y paciencia como a miembros vuestros que son. Y si resulta que alguno al visitarlos es apresado con ellos, y sin otro delito sólo por su hermano incurre en peligro, bienaventurado de él que por ser cristiano ha confesado a Cristo como tal, y vivirá delante de Dios. Pues si uno por sólo visitar a quienes están presos únicamente por el nombre de Dios, él mismo viene a ser apresado a una con los demás, dichoso de él que se ha hecho digno de la misma compañía [35].

P. *Id.*, págs. 239-241.

Recibid a los perseguidos por la Fe

Ibíd. núm. 3

664. Asimismo, quienes víctimas de persecución, según el mandato del Señor, huyen de ciudad en ciudad, a esos recibidlos y consoladlos, y alegraos teniéndoles con vosotros, pues que así os hacéis copartícipes de su persecución. A éstos se refería el Señor en el Evangelio cuando decía: «Seréis bienaventurados cuando os persiguiesen y os maldijesen por mi nombre» [36]. Pues el cristiano que

---

[34] No quiere decir el autor que en ese caso el juez, condenándole, obre bien, sino sólo que tal muerte no se reputará martirio. Con todo, si el motivo de apresarlo es el que sea cristiano, no parece claro que no sea mártir, por más que el visitado sea un cristiano criminal.

[35] La idea de que no la pena, sino la causa es la que hace mártires, aunque ningún otro autor la formuló tan bien como San Agustín (véanse los primeros números de la segunda Introducción), sin embargo aparece ya luminosa y precisa en el *Pastor*, de Hermas, Clemente Alejandrino, etc., muy anteriores al Doctor de Hipona (núm. 659f).

[36] Mat., V, 11.

sufre persecución y logra el martirio y es muerto por la Fe, ese es *hombre de Dios*[37], y ya no sufrirá persecución de parte de los hombres, sino que es reconocido (como suyo) por Dios.

P. *Id.*, pág. 241.

Conducta con los renegados

Ibíd. núm. 4

665. Pero si reniega diciendo que no es cristiano, se convierte en escándalo; y aunque no sufrirá persecución de los hombres, será rechazado por Dios por su apostasía, y no obtendrá con los santos la parte del Reino eterno de Dios, según las promesas del Señor; antes su suerte será la de los malvados, pues el mismo Dios y Señor fué quien dijo: «Todo el que me negare a mí o a mis palabras delante de los hombres o tuviera vergüenza de mí, me avergonzaré yo de él y será negado por mí ante mi Padre, que está en los cielos, cuando lleno de virtud y gloria vendré a juzgar a vivos y muertos». Y veréis que también está escrito: «Quien ama a su padre y a su madre más que a mí, no es digno de mí; y todo el que ama a su hijo o hija más que a mí, no es digno de mí; y todo aquel que no recibe la cruz contento y regocijante y me sigue, no es digno de mí. En cambio, todo aquel que pierda su ánima por mí, la hallará, y quien la quiera conservar renegando, la perderá; y ¿qué ganancia saca el hombre si gana todo el mundo a trueque de dañar a su alma? o, ¿qué cambio puede ofrecer el hombre por su alma?» Y de nuevo: «No queráis temer a los que pueden matar el cuerpo; pero, en cambio, no pueden quitar la vida al alma; antes bien, temed a aquel que alma y cuerpo puede arrojarlos al gehena»[38].

P. *Id.*, pág. 243.

---

[37] *I. Timot.*, VI, 11.
[38] MAT., X, 28, 33, 37-39; XXIV, 30. LUC., IX, 26. II. *Timot.*, IV, 1.

Nuestro modelo divino

Ibíd. núm. 5

666. Quien es aprendiz de un arte cualquiera, fijos los ojos en el maestro, ve como éste lleva a feliz término sus obras, gracias a su pericia y destreza; y así, proponiéndole como modelo, por la imitación procura también él realizar su cometido, esforzándose en acertar, para no ser reprendido por el maestro. Y mientras no remata bien sus obras siempre queda aprendiz. Pues bien, y ¿cómo nosotros, teniendo tal maestro y preceptor, no nos esforzamos por imitar su doctrina y su práctica? El dejó las riquezas, la belleza, el poder, la gloria, y así vino a abrazarse con la pobreza; renunció a su madre, la bienaventurada María; a sus hermanos y aun a la propia vida, y sufrió persecuciones hasta subir a la cruz. Y esto lo hizo por nosotros, librándonos a nosotros que somos del pueblo (judío), de los lazos y de la obligación (de la ley) [39], y a vosotros que venís de los gentiles, del culto del politeísmo y de toda iniquidad, ganándoos de ese modo. Si, pues, El sufrió por motivo de nosotros, a fin de que nos salvemos los que creemos en El, ni se avergonzó de pasar por ello, ¿por qué nosotros no le imitamos en sus sufrimientos, con la ayuda que nos dará El mismo para sobrellevarlos, tanto más que todo ello redundará en nuestro bien, pues que así evitamos el fuego eterno? El sufrió por nuestro bien; nosotros por el nuestro. ¿Qué necesidad tiene el Señor de que suframos por su utilidad? Sólo busca el probarnos la fidelidad de nuestra fe y la disposición de nuestro corazón.

P. *Id.*, pág. 243.

Renuncia, oración y precaución

Ibíd. núm. 6

667. Renunciemos, pues, a nuestros padres y allegados y a todo lo que sea de este mundo, incluso a nuestra propia vida. Conviene que oremos para no caer en la tentación. Y si nos llevan al tribu-

[39] Testimonio claro de ser el autor miembro de una comunidad judiocristiana.

nal y nos preguntan por la fe, debemos confesarla; y si eso nos trae sufrimientos, sufrirlos; si por ella nos someten al tormento, gozarnos de ello; y si nos viene la persecución, no perder la paz; porque así no sólo evitamos las penas del infierno, sino que aun a los tiernos y oyentes [40] en la Fe, con nuestro ejemplo daremos una pauta cómo deben vivir delante del Señor.

668. Pero si faltásemos a la Fe para con el Señor, renegando por debilidad de la carne, según aquello del Señor de que «el espíritu está pronto, pero la carne enferma» [41], no sólo nos perderemos a nosotros mismos, sino que arrastraremos a la muerte a nuestros hermanos. Pues viendo nuestra apostasía creerán les hemos tenido engañados con nuestros errores, y así tendremos que dar el día del juicio cuenta, tanto de su caída como de la nuestra.

669. Y aun suponiendo que cogido tú y llevado al tribunal, con negar la esperanza que por tu Fe santa tienes en el Señor, den sentencia de tu libertad, ¿qué te servirá eso, si mañana, o víctima de alta fiebre, tendrás que guardar lecho, o sufrirás grandes dolores de estómago, de modo que, o no puedas recibir alimento, o tomado lo tengas que devolver con terribles bascas, o sentirás el corroer interior del vientre, o el mal de cualquier miembro, o hemorragias intestinales, o agudos vómitos biliosos, o al amputarte con terribles dolores algún tumor fijado en un miembro, quedarás muerto entre las manos de los cirujanos? [42]; dime: ¿qué aprovechará en ese caso, ni a ti ni a nadie, tu apostasía? ¿No tienes así ya por compañero continuo al dolor y al tormento, con la agravante de que te aguarda no sólo la pérdida de tu vida por los siglos de los siglos, sino la eternidad de los suplicios sin fin y sin descanso? Ya lo dijo el Señor: «El que ama su vida, la perderá; en cambio, quien la ha perdido por mí, la hallará» [43]. El cristiano renegado, al no morir por el nombre de Dios, ama su vida, pero para poco tiempo en este mundo; mas para la eternidad pierde su persona y su alma echándolas al fuego eterno y al gehena. La razón es que Cristo la rechazará, según aquello del Evangelio: «Al que me negare delante de los hombres, yo le negaré delante de mi Padre que está en los cielos» [44]. Y a quien Cristo rechaza, sabido es que «le enviarán y

[40] Por aquella época los catecumenados mismos estaban escalonados en diversos grados, y los «oyentes» eran los que sin haber dado aún el nombre se preparaban al bautismo ayendo la doctrina de la fe.

[41] Mat., XXVI, 41.

[42] Hay algunos criticos que al autor de la *Didascalia* le han supuesto médico. Véase número 683.

[43] Mat., X, 39.

[44] Mat., X, 33.

echarán a las tinieblas exteriores, donde hay sólo llanto y rechinar de dientes» [45]. Ya lo tiene Cristo dicho: «Quien ama a su alma más que a mí, ése tal no es digno de mí.»

670. Esforcémonos, pues, en poner nuestras almas en manos del Dios y Señor, y si alguien es tenido por digno de alcanzar el martirio, acéptelo gustoso alegrándose de que haya sido digno de tal premio, y ponga fin a este mundo con la corona del martirio. Pues palabra es del Señor: «No ha de ser el discípulo mayor que el Maestro; antes procure ser perfecto como es perfecto El» [46]. Dios Nuestro Señor recibió en sí propio todos estos sufrimientos para salvación nuestra. Con ese fin se dejó le llagasen, le ultrajasen [47], le escupiesen en el rostro, le diesen a beber hiel y vinagre e incluso le crucificasen. Nosotros, pues, que nos preciamos de ser sus discípulos, seamos también sus imitadores. Pues si él sólo para utilidad nuestra sufrió todo eso y se sometió a los tormentos, cuánto más los debemos soportar pacientemente nosotros, que, al fin, son para nuestro propio bien. Y en esto no debemos admitir titubeos, porque él mismo nos aconsejó que aunque nos abrasasen vivos entre ascuas de fuego, siguiéramos creyendo en nuestro Señor Jesucristo.

Id., págs. 245-249.

Nos espera la resurrección feliz

Ibíd. núm. 7

671. Dios omnipotente nos resucitará por medio del Dios Salvador, conforme a sus promesas. Y nos resucitará de entre los muertos, sin duda en la misma forma que ahora tenemos; más aún, en la plenitud de la gran gloria de Vida Eterna, sin que nos falte cosa ninguna. Aunque, pues, se nos arroje al profundo del mar y hechos pavesas se nos avente, siempre quedaremos dentro de este mundo, todo el cual está como encerrado en el puño de Dios. Como a cosa que está en sus manos nos resucitará, como decía ya nuestro Salvador: «No perecerá ni un cabello de vuestra cabeza y en paciencia poseeréis vuestras almas» [48]. A la resurrección y gloria de los mártires se refería DANIEL, diciendo: «Muchos de estos que duermen en

---

45 MAT., XIII, 42.
46 LUC., VI, 40.
47 MAT., XXVII, 28-35.
48 LUC., XXI, 18-19.

la extensión de la tierra, resucitarán en aquel día, unos para vida eterna, otros para oprobio, ignominia y disipación; y quienes entienden brillarán como las lumbreras que lucen en el cielo, y los que quedaren firmes en la palabra, como estrellas del cielo» [49]. Prometió aquí hacerlos lumbres del cielo como el sol y la luna, que son lumbreras celestes, a los que entiendan y confiesen el santo nombre de Dios, sufriendo para ello el martirio.

672. Aunque también es verdad que la resurrección es promesa que no toca sólo a los mártires, sino a todos los hombres. Pues son palabras de EZEQUIEL: «Y la mano del Señor fué sobre mí y me sacó en espíritu Jehová y me colocó en medio de un campo que estaba repleto de osamentas. Y me hizo pasar a su alrededor, y vi· eran muchos y sequísimos. Y me dijo: «Hijo del hombre, ¿vivirán estos huesos?» Y dije: «Eso lo sabes tú, Señor Dios». Y díjome el Señor: «Profetiza sobre estos huesos y diles: Huesos secos, oíd la palabra del Señor. Así dice el Señor Dios a estos huesos. He aquí que yo introduciré el espíritu de vida dentro de vosotros y viviréis; y pondré sobre vosotros nervios y superpondré sobre vosotros carne y os recubriré de piel y os infundiré espíritu y viviréis y conoceréis que yo soy el Señor. Y profeticé como me fué mandado, y al vaticinar oyóse un ruido como de algo que se mueve, y se allegaron huesos a huesos. Y vi, y en ellos se sobreponían nervios y carne; y la piel cubrió por encima de ellos, pero aún no les había sobrevenido el espíritu. Y díjome Dios: «Profetiza al espíritu y di: Así dice el Señor Dios: Ven, espíritu de los cuatro vientos, e infúndete en estos huesos y vivirán». Y profeticé, según se me ordenó, y entró el espíritu en ellos y cobraron vida y se pusieron de pie en ademán de gran fortaleza. Y hablóme el Señor: «Hijo del hombre. Estos huesos son la casa de Israel, que dicen: «Nuestros huesos se secaron y pereció nuestra esperanza y dejamos de existir.» Así dice el Señor Dios: «He aquí que yo abriré vuestros sepulcros y os sacaré de ellos, pueblo mío, y os introduciré a la tierra de Israel y sabréis que yo soy vuestro Señor cuando abriere vuestros sepulcros, a fin de sacar a mi pueblo de sus sepulturas, y os daré mi espíritu y reviviréis, y haré habitéis en vuestra tierra y sabréis que yo soy el Señor que hablé y realicé, y descansarán todos los moradores de la tierra, dice el Señor» [50].

---

[49] DANIEL, XII, 2-3. La *Vulgata,* en el vers. 3, pone: «Los sabios, en la doctrina divina, brillarán como la luz del firmamento, y como estrellas por toda la eternidad aquellos que hubieren enseñado a muchos la justicia.»

[50] EZEQUIEL, XXXVII, 1-14.

Y de nuevo por Isaías: «Dice el Señor[51]: Caerán los moradores, y los muertos se levantarán y resucitarán los que yacían en las tumbas, pues el rocío que sale de ti servirá a ellos de salud; en cambio, la tierra de los impíos perecerá». Estas y otras muchas más cosas han sido dichas, tanto por Isaías como por otros profetas sobre la resurrección y la vida perdurable en la gloria de los justos, lo mismo que sobre la infamia y ruina y última disolución y condenación de los impíos. Y las palabras «la tierra de los impíos perecerá» se refieren a su cuerpo, que de tierra es, y con ignominia se le equipara a la tierra, ya que no adoraron a Dios, y así en pena serán arrojados al fuego. Pues también uno de los doce profetas dijo[52]: «Mirad, despreciadores, observad y ved las maravillas; apartaos y separaos, porque yo realizo en vuestros días una obra que aun viéndola no la creeréis, si alguno os la contase». Y estas cosas y otras muchas más se han dicho de los infieles y de quienes no creen en la resurrección y de los que reniegan y no dan a Dios el debido culto y de los prevaricadores y gentiles, quienes a la vista de la gloria de los fieles, por incrédulos serán apartados de ellos para perecer en el fuego.

P. *Id.*, págs. 249-253.

Cristo, garantía de nuestra resurrección

Ibid.

673. Pero nosotros, fiados en la palabra de Dios, que nunca engaña, hemos aprendido a creer en nuestra resurrección propia certísima, gracias a la Resurrección de Nuestro Señor de entre los muertos. El Salvador, resucitando el primero, se constituyó en garantía de nuestra resurrección. Aun vosotros los venidos de los gentiles, sabéis qué es lo que éstos leen y oyen en los vaticinios que les hizo la Sibila sobre la futura resurrección[53]. «Cuando ya todo esté convertido en un montón de cenizas y de polvo y Dios inmortal haya puesto término al fuego que él mismo prendió, dará forma de nuevo a los huesos y cenizas de los hombres y volverá a darles

---

[51] Isaías, XXVI, 18-19.

[52] Habacuc, I, 5.

[53] Se refiere a los vaticinios apócrifos de las Sibilas, que se creían entonces auténticos, pero estaban falsificados por plumas judías y cristianas. A este vaticinio de la Sibila alude la célebre *sequentia «Dies irae»* cuando canta «teste David cum Sibylla».

la forma humana que antes habían tenido. Y entonces vendrá el juicio, siendo el juez Dios mismo, quien de nuevo pedirá cuentas al siglo. Y a los pecadores les volverá a tragar la tierra. Pero cuantos hubieren vivido santamente tornarán a vivir sobre la tierra, dándoles Dios espíritu a la vez que gracia, pues entonces todos se verán a sí mismos»[54].

674. Carísimos, pero no sólo es la Sibila la que dice y vaticina la resurrección, sino son sobre todo las Sagradas Escrituras... El Señor, por medio de un animal mudo (el ave fénix), nos presenta un ejemplo de resurrección. ¡Cuánto más nosotros, firmes con la fe en la resurrección y en las promesas de Dios, en circunstancias en que se nos presenten casos de martirio, viéndonos dignos de que así mereceremos tanta gloria y por ansias de llevar tal corona en la vida eterna, debemos ir, como a gran don y dignidad de la gloria de Dios, a abrazarnos gustosos con él, en la convicción de que Dios por su gloria ha de resucitarnos llenos de su claridad...! Y si Dios, según Isaías, resucitará a todos los hombres, «porque toda carne ha de ver al Salvador de Dios»[55], mucho más salvará y vivificará a sus fieles. Y entre estos mismos encumbrará aún más, como a gente de su corte, a los más fieles entre los fieles, cuales son los mártires, constituídos en mayor gloria por su fortaleza, a quienes no sólo los salvará, sino que, en vez de contarlos, según prometió entre sus discípulos, ordinarios gloriosos como las estrellas del cielo, los constituirá, fiel a sus promesas, como a eternas lumbreras del cielo que han de emitir por siempre el resplandor de eterna luz[56].

P. *Id.*, págs. 253-255.

---

[54] *Versos sibilinos,* 179-185, 187 y del 189 al 190 de la edición Geffcken.

[55] Isaías, XL, 5; LII, 10.

[56] San Pablo, refiriéndose a la resurrección de los fieles, escribió aquello de «otra es la gloria de los celestes y otra la de los terrestres; otra es la gloria del sol y otra la gloria de la luna, y otra la gloria de las estrellas, porque una estrella es diferente de otra en gloria; así también es la resurrección de los muertos». (I *Corint.*, XV, 40-42.) En la *Didascalia,* la claridad y gloria del sol y de la luna, que son para nosotros las grandes lumbreras del cielo, corresponderá a la de los mártires, y la claridad menor de los astros a la de los otros santos del mismo cielo.

Dichosos los que mueren mártires

Ibíd. 7-8

675. Toda nuestra fe consiste en esto. ¡Dichosos los que mueren mártires, reconociendo como buenas todas sus promesas y creyendo firmemente en su verdad! Pues si tuviéramos la dicha de ser llamados al martirio y salir de este mundo confesando la fe, nos veríamos libres de toda culpa y limpios de todo delito y pecado, pues de los mártires dijo Dios por DAVID: «Bienaventurados aquéllos a los que les han sido perdonadas sus maldades y cuyos pecados han sido tapados. Bienaventurado el varón a quien Dios no imputa los pecados». Son, pues, bienhadados los mártires, y quedarán limpios y libres ya de toda mancha, según lo dicho por ISAÍAS sobre Cristo y sus mártires. «He ahí que el justo perece, y nadie para mientes; se quitan de la vista los probos y nadie recapacita que delante de la maldad es recogido el justo; su sepulcro estará en paz» [57].

P. *Id.*, pág. 262.

QUINTO SEPTIMIO FLORENTE TERTULIANO

TERTULIANO es el gran autor que abre como ningún otro, en gran estilo, el género exhortativo y descriptivo referente a los mártires de Cristo. La más bella literatura martirial del tiempo de que tratamos, es tal vez esta africana: JUSTINO es de tipo más abstracto y filosófico.

Presentamos a los lectores este opusculito «AD MARTYRES» escrito según unos el 197, según otros el 200, o el 202 lo más tarde. Este discurso nos dice muy bien el alimento espiritual con que se nutrían aquellos atletas de Cristo. La rica y exuberante literatura posterior cristiana del mismo fin y carácter deberá no poco influjo a este menudo librito, cuyo autor se hizo ya célebre antes (alrededor del 197) por su maravilloso *Apologeticum*, del que trataremos poco después.

[57] *Salm.*, XXXI, 1-2; ISAÍAS, LVII, 1-2.

A LOS MARTIRES

Exhortación a la constancia [58]

EXORDIO

676. Ya que, benditos y escogidos mártires, os suministran en la cárcel alimento del cuerpo, la Madre Iglesia de sus pechos maternales [59], y de sus bienes particulares los hermanos en la fe [60] recibid también de nosotros algo que os nutra el espíritu.

Mal estaría que donde se refocila el cuerpo quede hambrienta el alma. Más aún, que cuidando lo que es débil, se abandone lo que está más expuesto. No me creo autorizado para dirigirme a vosotros. Pero advertid que aun a los gladiadores más diestros, no sólo les animan en la lucha sus maestros y jefes, sino que hasta los idiotas e inútiles les dan alientos desde las graderías, sirviéndoles a las veces no poco las indicaciones del pueblo.

MIGNE-L., I, col. 619-620.

---

[58] Las dos versiones de este opúsculo que más nos agradan en lengua española son la publicada en *Biblioteca Clásica* (tomo CXXV, Casa Hernando, S. A., Madrid, páginas 332-344) y la de la *Biblioteca Internacional de obras famosas* (tomo IV, Londres-Buenos Aires, 1883-1889). Con todo, hemos preferido ahora presentar nuestra propia traducción. La relación de parecido de este nervudo tratado de TERTULIANO con otros escritos de la misma índole de SAN CIPRIANO, ha dado origen a bellos cotejos entre ambos insignes escritores africanos.

[59] Nada más común entre los Santos Padres que la fecundísima idea y realidad de considerar a la Iglesia Católica como verdaderísima Madre. Véase el final de la *Introducción* de la Parte Preliminar (núm. 87, nota). El padre MADOZ acaba de escribir sobre esta bella verdad en *Estudios Eclesiásticos*.

[60] Alusión a SAN PABLO (*Efes.*, IV, 28).

Mutua caridad y martirio se avienen muy bien

Ibid. Cap. 1

Ante todo, pues, benditos del Señor [61], no contristéis al Espíritu Santo [62], que junto con vosotros entró en la cárcel, porque si El no estuviera ahí ahora con vosotros, no permaneceríais donde estáis. Haced, pues, lo posible para que no os abandone; así El os subirá de la cárcel a Dios. Guarida es del diablo la cárcel en la que guarda encerrada su familia; pero vosotros entrasteis en ella precisamente para que le pisoteaseis en su misma casa. Ya fuera de ella, en otros combates le tuvisteis a vuestros pies. No diga él: En mi casa están, los tentaré con pequeñeces de naderías, pasioncillas y mutuas desavenencias [63]. Al revés, huya de vuestra presencia y escóndase en su abismo, retorcido y cobarde, como culebra que escapa atontada por el humo. No le vaya tan bien en su propio reino, que os acometa; antes os vea defendidos y parapetados con la mutua unión, ya que vuestra paz será su derrota. Ya veis cómo los desposeídos de esa paz en la Iglesia la suplican por medio de los mártires encarcelados [64]. De ahí se deduce cuánto la debéis asir, acrecentar y mantener en vosotros mismos, si la habéis de repartir con otros.

P. *Id.*, cols. 620-621.

Cárcel y cárcel

Ibid. Cap. 2

677. Los demás obstáculos del alma os acompañaron como es inevitable y al igual de vuestros padres, sólo hasta el umbral de la cárcel. Pero una vez allí os quedasteis ya separados del mundo,

[61] La palabra «benedicti», tan repetida en este discurso por TERTULIANO, encierra un profundo significado de veneración y afecto.

[62] *Efes.*, IV, 3. Sin la gracia del Espíritu Santo, ante tantos tormentos la apostasía sería inevitable.

[63] Es oscuro este pasaje «vilibus, scidiis, affectionibus...»

[64] Alude a la antiquísima costumbre de que los mártires, cuando estaban en las cárceles, suplicaban con eficacia la paz con la Iglesia para algunos pecadores que aún no habían satisfecho lo suficiente por sus pecados.

cuanto más del *siglo* [65] y de sus vanidades. No os abata estar lejos así del mundo, porque si pensásemos que el mundo mismo no es sino una (gran) cárcel, sentiríamos que al entrar vosotros en esa otra, dejabais la verdadera. Mucho mayores son las tinieblas del mundo [66], como que ciegan los corazones humanos. Más pesadas cadenas abundan en el mundo con las que aprisiona las almas mismas de los hombres. Más repugnante es la fetidez que exhala el mundo con el hedor de sus concupiscencias. El número de los reos encarcelados del mundo, abarca todo el género humano. Y en su tribunal quien ha de fallar no es procónsul [67], sino Dios. Con lo que, bienaventurados de vosotros, haceos cargo que habéis sido trasladados de la prisión al custodiario. Esa prisión da horror de lobreguez, pero vosotros sois su luz [68].

Crujen las cadenas, pero poseéis la libertad para ir a Dios [69]. Hiede a miseria, pero vosotros sois perfume de suavidad [70]. Aguardáis la sentencia del juez, pero sabiendo que vosotros sois quienes habéis después de sentenciar sobre los mismos jueces [71]. Entristézcase allí quien ansíe dichas de siglo. El cristiano aun fuera de la cárcel ha renunciado al siglo [72]; y en la cárcel renuncia a la misma cárcel. Nada os preocupe el lugar que ocupáis en el siglo, pues que estáis fuera del siglo; y si habéis sufrido pérdidas terrenas, es negocio el perder poco para luchar mucho. Y eso sin todavía referirnos aún al premio con que el Señor brinda a sus mártires.

678. Mientras tanto, sigamos comparando la estancia del mundo con la de la cárcel. Mucho más gana en ésta el espíritu de lo que pierde la carne; más aún, ni el cuerpo pierde lo indispensable, gracias a los desvelos de la Iglesia, como es con el ágape [73] frater-

---

[65] Ya TÁCITO da a la palabra «saeculum» el significado de «corrumpere et corrumpi» (*Germania*, núm. 16): «ni se llama (entre los germanos) *siglo* el corromper y ser corrompido».

[66] La oscuridad de las cárceles de Cartago, donde incluían a los mártires, descríbela también SANTA PERPETUA en su *Pasión* (núms. 972-974). PRUDENCIO las llama «noche eterna».

[67] Muchos autores, por esta referencia al procónsul, supònen que esta exhortación se dirige a los mártires africanos presos o en Cartago o en alguna ciudad de la jurisdicción cartaginesa, que era, como es sabido, proconsular.

[68] MAT., V, 14, y *Efes.*, V, 8.

[69] *Galat.*, IV, 31.

[70] II *Corint.*, II, 15.

[71] MAT., XIX, 28.

[72] JUAN, XVII, 16.

[73] No conviene confundir el ágape con la Eucaristía, aunque en general tenían mucha relación. Aquí parece significar toda clase de caridades y limosnas con que por amor mutuo los cristianos ayudaban a los encarcelados por la fe. Véanse SAN JUSTINO y TERTULIANO, núms. 544-547, 770-780; sobre todo los núms. 661-662 y el 778.

nal; además de que el espíritu granjea lo que siempre es propio de la Fe. No ves ya dioses ajenos; no tropiezan tus ojos con sus ídolos, ni participas con ellas, entremezclándote con el populacho en las fiestas que se acostumbran dedicar a divinidades; ni te dan en rostro los nauseabundos vapores de sus aras, ni te sientes herido por el griterío, la barbarie, el furor y las desvergüenzas de los espectáculos [74], ni ofenden tu vista los lugarejos de público libertinaje; antes te ves lejos de escándalos, de ocasiones peligrosas, recuerdos, y aun de la ira de la persecución. La cárcel es al cristiano lo que el yermo a los profetas. El mismo Señor frecuentaba tanto la soledad [75] para orar con más libertad y librarse del bullicio del siglo. Su gloria misma manifestóla [76] a sus discípulos en la soledad. No la llamemos cárcel, digámosla retiro. El cuerpo está encerrado, la carne detenida; pero al alma le está todo patente. Vuela con el espíritu, espacía tu corazón; pero sin poner ante tus ojos estadios sombreados o pórticos largos, sino sólo el camino que conduce a Dios. Cuantas veces recorras este trayecto, estarás fuera de la cárcel. No sufre el pie en la tortura del cepo [77] cuando el corazón está en el cielo. El espíritu tiene recursos para arrastrar tras de sí a todo el hombre y transportarle a donde quiere; porque donde está tu corazón allí está tu tesoro. Pongamos, pues, nuestro corazón allá donde queremos esté nuestro tesoro [78].

Id., cols. 620-623.

¡Dichosa cárcel la de los mártires!

679. ¿Será, pues, posible que en esta ocasión sea la cárcel insoportable a los cristianos? Reclutas somos de la milicia de Dios

---

[74] Véase el libro *De los espectáculos*, del mismo TERTULIANO, escrito hacia el 197, en el que aparecen con tanta crudeza todas estas furias del populacho en los días de los «múnera» y de las «venationes». «Odisse debemus—escribe—istos conventus et coetus ethnicorum vel quod illic nomen Dei blasphematur, illic quotidiani in nos leones expostulantur, inde persecutiones decernuntur, inde tentaiones emittuntur.» (*De los espectáculos*, 27.)

[75] LUC., VI, 12. MAT., XXVII, 1; IV, 1-12. MCOS., 1, 12-13. p. s.

[76] MAT., XXVII, 1; MCOS., IX, 1-7; LUC., IX, 29-36; PEDRO, 1, 16-17.

[77] Sobre el cepo o «nervus», véanse las *Actas de los mártires de Lyon y de Santa Perpetua y Felicitas*, núms. 906, 978, etc.

[78] MAT., VI, 21.

vivo, desde que respondimos a las palabras del Sacramento [79]. Nadie entra en la milicia para deleitarse; y en guerra no se sale de la alcoba a la batalla, sino de la tienda de campaña extendida y fija con estacas en el suelo, donde toda dureza, desapacibilidad y aspereza tienen su asiento. Aun en tiempo de paz los soldados se habitúan al trabajo y rudeza de la guerra, andando equipados con sus mochilas, atravesando campos, abriendo fosas y cerrando la tortuga en apretado haz. Todo mana sudor, para que en el momento de lucha no desfallezcan ni el cuerpo ni el alma. Del sol se pasa a la sombra y de la sombra al cielo raso, del traje de casa a la malla, del silencio al griterío, del reposo a la confusión.

Vosotros, pues, oh bienaventurados, todo cuanto en esto se encierra de áspero, tomadlo como entrenamiento de virtudes físicas y morales. Habéis de librar una hermosa lid en la que el agonothetes para los premios será el Dios vivo; el xystarco y asistente en la lucha, el Espíritu Santo; la recompensa, la corona de la eternidad; el premio, las sustancias angélicas; la ciudadanía, los cielos y la gloria en los siglos de los siglos. Vuestro epistates [80] es Cristo Jesús que os ungió en el espíritu y os ha onducido al medio de la arena. Quiere El antes del día del combate, para entrenaros en ejercicios fuertes y duros, separaros de vida de mayor comodidad y libertad, a fin de que entrenados adquiráis reciedumbre de atletas. Sabido es que a éstos se les separa para someterlos a una disciplina rígida, dedicándolos tan sólo a duros ejercicios que les críen fuer-

---

[79] Se refiere al juramento de fidelidad de los nuevos alistados al ejército del Imperio romano. El correspondiente a los soldados de Cristo se consideraban ser las promesas del bautismo con el carácter sobrenatural que éste imprimía.

[80] *Agonothetes*, lo mismo que los otros dos términos de los juegos atléticos, *xystarches* y *epistates*, con los años variaron mucho de significación. Los *agnothetes*, al igual que los *athlotetes*, eran al principio los que instituían o hacían celebrar por primera vez fiestas o concursos públicos. Luego este vocablo pasó a denotar la persona a cuyo honor o en cuyo nombre se daban dichos juegos, y por fin, y en este sentido lo usa TERTULIANO, se aplicó a los que presidían estos juegos. Tenía asiento y palco especial, a cuyo lado se colocaban las coronas, vasos y jarrones y palmas de oro y plata con que después él mismo premiaba a los luchadores victoriosos. *Xystarco*, de suyo es el que dirige los juegos propios del xysto, que, en oposición a los juegos de los efebeos, solían ser más de pesos pesados. Se debe advertir que ya entonces estaban los atletas confederados en asociaciones y clubs provinciales y nacionales, con leyes y providencias propias de cada deporte o juego, uno de los cuales era el duro de los Xystos. *Xystarco* vino, pues, a significar presidente o director de los jugadores del xysto, y después de las sociedades atléticas o de los jugadores de cada localidad en particular. A él correspondía el exigir guardar todas las leyes de los certámenes. Por fin, los *epistates*, que los había de ese nombre para cargos públicos, templos, etc.; tratándose de atletismo, eran los maestros y entrenadores que dirigían la técnica de los juegos, eligiendo lucharores, armas, etc., y llevaban la dirección inmediata del juego.

zas y vigor; se abstienen de placeres sensuales, de alimentos sabrosos y de bebidas enervantes. Se les violenta, se les baquetea, se les fatiga hasta rendirles. Ley es que a mayor ejercicio previo responde mayor esperanza de victoria. Y todo ello, como dice el Apóstol, para que obtengan una corona corruptible, mientras que la que a nosotros nos aguarda es la eterna[61].

Así, la cárcel debe servirnos de palestra para que nos presentemos en el estadio del tribunal con un entrenamiento a toda prueba de obstáculos vencidos, pues si la virtud se forja en el yunque, se quiebra en la molicie.

Id., cols. 624-625.

Divina palestra de virtud y santidad

Ibid. Cap. 4

680. Sabemos por la palabra del Señor que la carne es flaca, aunque el espíritu está pronto[62]. No nos hagamos muelles con la excusa de que Dios permitió que nuestra carne fuera flaca. Por eso dijo antes que el espíritu está pronto, para indicarnos cuál de los dos debe estar sujeto a cuál, a saber: que la carne debe hacerse obediente al espíritu y lo enfermizo apoyarse en lo más fuerte a fin de que reciba de éste la fortaleza. Dialogue, pues, el espíritu con la carne del bienestar de entrambos, con los ojos puestos no en la cárcel, sino en la lucha y combate. Tal vez la carne tiemble ante el pensamiento de la pesada espada, de la cruz en alto, de la furia de las fieras y del peor de los suplicios, el fuego, y de cuantas torturas se ingenian en buscar los verdugos. Aquí es cuando el espíritu tiene que contraponerse a la carne, y a todo eso, por duro que sea, poner ante los ojos lo que otros han sabido soportar con ánimo invicto e incluso abrazarlo gustosos, sólo por motivos de gloria y fama.

P. *Id.*, col. 625

[61] *I Corint.*, IX, 25.
[62] Mat., XXVI, 41

No nos avergüencen los héroes y heroínas del mundo

Ibíd. Cap. 4

681. Y esto no solamente varones, sino aun mujeres, para que veáis, ¡oh bienaventuradas! que debéis saber responder a vuestro sexo. Largo sería si quisiera enumerar aquí sólo la lista de los que, por el esfuerzo de su corazón [83], se quitaron la vida con su propia espada. Hablando de mujeres, a mano tenéis a Lucrecia, que, víctima del estupro, para salir por los fueros de su castidad, se hundió el cuchillo ante los ojos de sus propios parientes [84]. Mucio dejó abrasarse su mano derecha en la llama de un ara, para inmortalizar su fama con este hecho [85]. Menos hicieron los filósofos. Heráclito se hizo abrasar envuelto en excrementos bovinos. Empédocles se arrojó a las erupciones ígneas del Etna, y Peregrino [86], no hace mucho, se precipitó a una hoguera. Ni faltaron mujeres que despreciaron las hogueras. Dido se mató para no verse obligada a desposarse de nuevo tras la muerte de su amadísimo marido. La esposa de Asdrúbal, enterada de que había estado su esposo suplicante a los pies de Escipión [87], prefirió a esa afrenta morir arrojándose abrazada a sus hijos entre las llamas de su ciudad patria. Régulo, capitán de los romanos, prisionero de los cartagineses, no consintiendo se hiciese canje entre sólo él y muchos cautivos cartagineses, optó por ser entregado a sus enemigos y, metido en una especie de arca con púas, ser taladrado por fuera con innumerables clavos, sintiendo así a la vez el tormento de muchas cruces [88]. Mu-

---

[83] Los mártires mueren mucaos con valor, pero no por su propio valor, sino por especial auxilio del Cielo.

[84] Estos parientes fueron su padre y su esposo. Poco antes de suicidarse, cuenta Tito Livio, al fin del lib. I de su *Décadas*, que les dijo Lucrecia: «Sólo el cuerpo me ha sido violado, que no el alma, que la conservo pura, y de prueba servirá mi muerte.» Escribe a este propósito San Agustín en la *Ciudad de Dios* (lib. I, cap. 19): «Si non est illa impudicitia quae invita opprimitur, non est haec iustitia qua casta punitur.»

[85] No se sabe que Mucio muriese por haber realizado este acto de valor, como parece suponerse en Tertuliano.

[86] Véanse los núms. 241-251.

[87] Asdrúbal se había entregado a Escipión al frente de 4.000 soldados.

[88] El caso de Régulo es uno de los que más expusieron los antiguos cristianos al escribir sobre los mártires. Así Minucio Félix, Tertuliano varias veces, y tal vez uno de los que más San Agustín en la *Ciudad de Dios* (lib. I, caps. 14-24 y lib. V, cap. 18, etcétera, etc.). Véase también la carta 125.

jer fué Cleopatra, y con todo prefirió ser víctima de bestias antes que caer en manos de su enemigo [89], aplicándose áspides, reptiles más repugnantes que los osos y toros. No es la muerte la que infunde terror, son los tormentos. ¿Cedió también acaso al verdugo la meretriz ateniense? Como estuviese al tanto de una conjuración y el tirano le quisiese arrancar el secreto a fuerza de aplicarle el tormento, al fin, partiendo ella a dentelladas su lengua, la escupió al rostro del tirano para que supiese que por mucho que durasen en atormentarla no la habían de sacar nada por el dolor [90]. Bien público es en nuestros días la gran solemnidad con que se celebra la *diamastigosis* o rito de la flagelación [91] entre los lacedemonios. En este rito, delante de un ara, jóvenes de familias nobles son atormentados a azotazos a los ojos de sus propios parientes y allegados, quienes les animan a no ceder al dolor. El sostenerlo se reputa grande honor y gloria, y a tanto mayor título cuanto se haya rendido antes el alma que el cuerpo a la fuerza de los azotes. Si, pues, por sólo vano honor de gloria hay quienes hacen alarde de resistencia de cuerpo y alma, despreciando la espada, el fuego, la cruz, las bestias y cualquier género de tormentos, evidente es que estos mismos sufrimientos deben considerarse como menguados méritos para ganar la gloria del cielo y las divinas recompensas. ¡Si tanto vale el vidrio!, ¿qué la margarita preciosa? [92] ¿Quién no estará dispuestísimo a pagar por el bien verdadero cuanto otros dan por el falso?

P. *Id.*, col. 625-626.

---

[89] Augusto, vencedor ya de Antonio. La tenia Augusto custodiada, para su triunfo de Roma, contra Antonio. Cleopatra engañó a Octaviano con buenas palabras. Cuando faltaban tres días para conducirla a Roma con sus hijos, Cleopatra estaba muerta ya sobre un lecho de oro, regiamente adornada, y a sus pies sus dos esclavas íntimas, cadáver también la una y consumiéndose la otra. Fué una de las grandes contrariedades de Octaviano no poder presentar a a célebre reina de Egipto, Cleopatra, en Roma. La hizo sustituir en su triunfo por una bellísima estatua con un áspid entrelazado al brazo.

[90] Este tirano fué Hippias. Caso análogo cuenta CLEMENTE DE ALEJANDRÍA en sus *Strómata* (lib. IV, núm. 8) de Eleates con el tirano Nearco o Demilo.

[91] Eran estos ritos propios de las fiestas de Diana. Ganaba la corona el que resistia más el dolor. TERTULIANO alude a los mismos ritos en el cap. 50 del *Apologético* y en el libro I, núm. 18, *A las Naciones*. La flagelación dura y sangrienta era propia de varios misterios como los de Cibeles, Osiris, etc. Y su representación es una de las escenas más típicas de la sala de los «misterios dionisíacos», de Pompeya.

[92] Adagio latino. El argumento desarrollado aquí por TERTULIANO fué común entre los Padres apologetas hasta incluso el mismo siglo v.

Haga Dios en nosotros lo que en nosotros hace la jactancia

Ibíd. Cap. 6

682. Pero dejemos ya casos de gloria. La misma aberración de la jactancia, enfermedad de paganos corazones, ha llevado a muchos a parecidos alardes de soportamiento de fiereza y tormentos. ¡ Cuántos desocupados se han dedicado al oficio de gladiadores, arrastrados por esta pasión ! Apasionados bajan a las fieras convencidos de que las desgarraduras y cicatrices de las bestias son su belleza mejor. Hay quienes se aventuran a vestirse por algún espacio con túnicas inflamadas [93], ni faltan otros que mezclados entre los *venatores* [94] gozan con presentar sus sufridas espaldas al golpe de los látigos de los bestiarios. Hechos todos ellos que Dios no los permite sin causa; ahora para estímulo nuestro y el día final para confusión, en caso de que rehusemos padecer por la verdad en propio bien lo que estos otros tienen afán de sufrir sólo por vanidad en su propia perdición.

P. *Id.*, col. 626.

Cuántos, sin ser mártires, tienen los sufrimientos de los mártires

683. Pero omitamos los casos cuya constancia es efecto de pasión de ardimiento. Fijemos los ojos en la mísera condición humana para sacar provecho por si se nos hace padecer; toleremos con constancia lo que otros deben sufrir inevitablemente. ¡ Cuántas personas han sido abrasadas en las llamas por los incendios ! ¡ Cuántas devoradas por animales salvajes en los bosques o en las mismas ciudades por fieras escapadas de su guarida ! ¡ Cuántas bajo el puñal del ladrón, o crucificadas por su enemigo tras refinida tortura e ignominia suma !

---

[93] Túnicas recubiertas de pez y resina. A casos de esta índole se refieren: SÉNECA, en *Epist.*, I; MARCIAL, lib. X, *Epist.*, 25, y JUVENAL, *Sátira* 8.

[94] Los «venatores» de los anfiteatros. Véanse las *Actas* de SANTA PERPETUA, números 989-991.

No hay quien tal vez no se vea precisado a sufrir por causa de otro lo que duda de tolerar por causa de Dios. Nuestros mismos días pueden servirnos de testigos. ¡Cuántas y qué clase de personas de ilustre cuna, dignidades, y de toda edad y sexo, por causa de un hombre han tenido insospechado fin, sucumbiendo, o por él, porque estuvieron contra él; o por sus adversarios, porque estuvieron en favor de él [95].

P. *Id.*, col. 627.

[95] Tal vez aluda a las ejecuciones del tiempo de Severo, cuando éste mandó matar a los amigos de sus competidores al Imperio: Prescenio Niger, Casio y. Albino a la vez que éstos hacían perecer en gran número a los partidarios del Emperador.

APOLOGIAS DE LOS CRISTIANOS EN EL SIGLO II

MARCIANO ARISTIDES

La pequeña *Antología* de ARISTIDES entraña dos valores: el de su máxima antigüedad, pues llega al tiempo del Emperador Adriano (hacia el 125), con lo que cronológicamente se la considera como la primera obra en su género, y el valor de dar una síntesis jugosa y espontánea de la vida moral de los cristianos de aquel tiempo. Su parte negativa de ataque contra las religiones paganas caldea, grecorromana, egipcia, etc., es pobre y demasiado simplista. Nos presenta la falsedad de las divinidades, como son los elementos, el cielo, la tierra, el agua, el fuego, los vientos, el sol, la luna y el hombre. Tras éstas vienen las divinidades grecorromanas Saturno, Júpiter, Ganimedes, Vulcano, Neptuno, Mercurio, Esculapio, Marte, Baco, Hércules, Apolo, Diana, Venus y Adonis. A éstas sigue la mitología zoológica egipcia. Con dos palabras sobre la religión judía, al fin termina su *Apología* con una bellísima página sobre la vida de los cristianos. Hela aquí: precioso documento por cierto tanto más valioso cuanto más prescinde del ornato y del artificio de la dicción contento sólo con la objetividad del retrato moral de la incipiente sociedad. Damos las dos traducciones de los dos textos griegos que nos quedan, la de la *Vida de Barlaán y Ioasaph* y la de la edición de HENNECKE completada con el fragmento de los papiros de Ossirinco[1].

---

[1] Esta *Apología*, cuya existencia antiquísima era evidente por referencias y alusiones de autores de los primeros siglos, había permanecido durante largo tiempo sin que nadie conociera su texto. En 1889 la descubrió, traducido al siríaco, RENDEL HARRIS en el monasterio de Santa Catalina, en el Sinaí. Pronto apareció, con sorpresa de todos, que dicha *Apología* se hallaba casi íntegramente incrustada en la *Vida de Barlaán y Ioasaph*, que corría a nombre de SAN JUAN DAMASCENO, y que evidentemente era sólo una novela misional india católica debida a la pluma de un monje, probablemente del

APOLOGÍA

684. En la VIDA DE BARLAAN Y IOASAPH... (Mermado y retocado).

...*Los cristianos, en cambio, traen su origen de Nuestro Señor Jesucristo, al cual se le cree Hijo de Dios Altísimo en el Espíritu Santo. El cual bajó de los cielos por causa de la salvación de los hombres y fué concebido de una Virgen santa tomando carne de ella sin ninguna corrupción ni intervención de varón, y apareció a los hombres con el fin de apartarlos del falso culto del politeísmo. Y realizada la maravillosa economía de su Encarnación, al fin por divino designio se abrazó libremente con la muerte, gustando la cruz. Al tercer día resucitó y subió a los cielos. Y la gloria de su presencia, si tuvieras placer en ello, ¡oh, Rey!, puede constarte por las Escrituras que nosotros llamamos Evangelios.*

685. *Este tuvo doce discípulos, quienes después de su Ascensión a los cielos, se desparramaron por todas las provincias del mundo promulgando doquiera su augusta sublimidad, de modo que quienes se dedican*

Según la edición HENNECKE E. (1893) y el *fragmento* de los *paporros* de OSSIRINCO (1293).

... *Los cristianos están más cercanos de la verdad que los demás pueblos porque conocen a Dios y creen en El, Creador del cielo y de la tierra en el que están y del que han venido todas las cosas, y que no tiene ningún otro Dios por compañero. De Este han recibido los preceptos que llevan insculpidos en su corazón, preceptos que observan en la esperanza del siglo que ha de venir.*

Por este motivo no cometen adulterio ni fornicación; no dicen falso testimonio ni se levantan con lo que se les ha confiado en depósito; no fomentan deseos de lo que no les pertenece; honran al padre y a la madre; hacen el bien al prójimo, y si alguno ejercita el oficio judicial, falla en justicia. No adoran ídolos antropomorfistas, y lo que no quieren se haga con ellos, no lo cometen con los demás; jamás comen carne ofrecida a ídolo porque contamina.

Socorren a sus propios ofensores, procurándoles hacer amigos; hacen bien al enemigo; sus

---

siglo VII. ROBINSON publicó en 1891 la edición príncipe, en Cambridge. EDGAR HENNECKE ofreció un trabajo mejor comparativo en 1893. Más tarde, entre los papiros de Ossirinco, se descubrió un fragmento de la misma *Apología*, que aún da más luz a las ediciones llamadas críticas. Este fragmento lo publicó en 1923 *Journal of Theological Studies*, volumen XXV.

al cumplimiento de la justicia por ellos predicada se llaman cristianos. Y éstos son los únicos que entre todas las naciones de la tierra han dado con la verdad, puesto que reconocen a Dios Creador y arquitecto de todas las cosas en su Unigénito Hijo y el Espíritu Santo y fuera de Este no adoran a ningún otro Dios. Llevan insculpidos en sus corazones los preceptos de Nuestro Señor Jesucristo y los procuran cumplir con los ojos fijos en la resurrección de los muertos y en la vida perdurable de futuros siglos.

686. *No se dejan atar con crímenes ni de adulterios ni de fornicación; en sus labios no hay falso testimonio; libres de desear cosas ajenas, se precian de honrar a su padre y madre, de amar al prójimo y de siempre dictaminar en justicia. Lo que no quieren para sí, no lo hacen a los demás; si son ofendidos ruegan por el ofensor y procuran ganarle el corazón. Su vida es pagar al enemigo haciéndole bien, mostrándose siempre mansos y accesibles. Fieles a la vida matrimonial, huyen de cuanto es impureza. No desprecian a la viuda, ni dificultan la situación del pupilo. Quien abunda, distribuye de lo que posee con el indigente. Si ven un peregrino le ofrecen su techo, gozando con su estancia en casa como si fuese un amigo o verdadero hermano, ya que se llaman con este nombre, no por lazo carnal, sino por el vínculo hijas son puras y vírgenes y huyen de la prostitución; los hombre se abstienen de toda unión ilegítima y de toda impureza; las mujeres, a su vez, son castas, con la esperanza de una gran recompensa en el otro mundo. Quienes tienen esclavos o esclavas, o niños, los convencen deben abrazar el Cristianismo por el amor que les profesan, y cuando ya son cristianos se les llama sencillamente «hermanos». No rinden culto a dioses extraños. Son dulces, buenos, recatados, sinceros. Reina entre ellos el mutuo amor. No desprecian a la viuda, salvan al huérfano; quien posee bienes los dona sin dificultad a quien no los tiene. Y si vienen peregrinos les dan hospitalidad bajo su techo, gozando con ello como si fuesen verdaderos hermanos, pues que se llaman así, no por los lazos de la carne, sino por el vínculo de las almas.*

Si muere un pobre y se enteran de ello, contribuyen con lo que pueden a su entierro. Si saben que algunos son perseguidos y están puestos en prisión o son condenados a muerte por el nombre de Cristo, hacen una colecta común para socorrerles en sus necesidades y, si pueden, trabajan incluso por sacarles de la cárcel. Y si ven que hay un esclavo o mendigo (en gran necesidad) están sin comer dos o tres días para lo así ahorrado[2] *mandárselo para comida, pensando que se alegrarán los otros del mismo modo como*

[2] Véanse los núms. 661-664 de la *Didascalía de los Apóstoles*.

del corazón. Están dispuestos a derramar la sangre por sus creencias, pues su máximo deber es el de ser firmemente fieles a los preceptos del Señor, en cuyo cumplimiento ponen la justicia y santidad, viviendo según se lo ordenó el mismo Dios y Señor. Le dan gracias a todas horas: al comer, al beber y en todas sus buenas obras. Este sí que es el camino de la verdad, la cual a todos cuantos entran por esa vía les conduce como de la mano hasta el Reino sempiterno que fué prometido por Cristo en la futura vida.

Cap. XXVIII. MIGNE-G., 91, cants. 1.121-1.124.

P.

también ellos han sido llamados al gozo.

Cumplen con toda exactitud los preceptos de Dios, viviendo en santidad y justicia según se lo tiene ordenado su Dios y Señor. Le dan gracias todas las mañanas y a cada hora en el comer, en el beber y en toda obra buena. Y si entre ellos muere alguna persona buena se regocijan y dan gracias a Dios encomendándole al muerto, y le acompañan al entierro como si fuese sólo de viaje. Y si cualquiera de ellos tiene un niño se dan también gracias a Dios, y si el nene muere, dan aún más gracias al Señor porque se ha ido sin haber nunca pecado. Y si una persona muere en pecado se lamentan como si uno hubiera sido llamado para recibir su merecido. Estas son, ¡oh, Rey!, sus leyes.

HENNECKE, págs. 25 y siguientes. H. J. M. MILNE, páginas 73-76.

P.

MELITON

MELITON fué obispo de Sardes de Lydia. Escritor fecundo, autor de veintidós obras, apenas si conocemos de él más que unos diminutos fragmentos de su *Apología* conservados por EUSEBIO DE CESAREA en el libro IV de su *Historia Eclesiástica*. Parece ser que la publicó hacia el 172, ciertamente en tiempo del Emperador Marco Aurelio. Con ser tan escasas las reminiscencias textuales que nos quedan de su rico repertorio, quiérolas incluir aquí, pues presentan como muy pocas la corriente cristiana conciliadora y de compenetración con relación al Imperio Romano. No son el Imperio y la Iglesia dos fuerzas antagónicas y esencialmente hostiles como las concebían algunos escritores cristia-

nos de entonces. Hermanos gemelos de nacimiento y en los designios de Dios, han nacido ambos para ir por la Historia asidos de la mano, con el único fin de coaunar sus fuerzas divina y humana, social y política, en bien de la humanidad. Lo que Dios ha unido en su Providencia, el hombre no lo debe separar. En este aspecto los bellos fragmentos no dejan de ser de grande importancia. EUSEBIO DE CESAREA creyó que en Constantino llegó esta doble aspiración del obispo de Sardes a su máxima realización.

APOLOGIA-SUPLICA

Misión del Imperio Romano y el Cristianismo

Hist. Ecles. VI, 26, 7

687. «Cosa hasta ahora nunca vista, el caso es que aún hoy una clase de hombres piadosos sufre persecución, fomentada en el Asia por nuevos decretos. Delatores impudentísimos y codiciosos de bienes ajenos, tomando ocasión de los edictos imperiales, día y noche pululan cada vez más y despojan a personas inocentes... Y si esto se hace por tu mandato, bueno y recto será, pues no es posible que Príncipe justo disponga se haga nada que no sea justo, y entonces aun nosotros soportaremos la muerte gustosos, como merecida. Sólo una cosa te pedimos: que quieras examinar tú mismo primero la causa de semejante gente contumaz y después falles tú mismo en equidad, viendo si realmente son dignos de muerte o, al contrario, merecen se les deje vivir con libertad y seguros. Y si esa determinación o edicto del todo inaudito que no estaba bien se diese ni contra naciones enemigas las más bárbaras, jamás ha salido de ti, tanto más te suplicamos no permitas que se nos veje por más tiempo con tan descarado latrocinio... Esta doctrina filosófica que profesamos, primero floreció entre gente bárbara [3]. Después, cuando comenzó a brillar, siendo ya Palestina una de las provincias de tu Imperio, precisamente durante el principado de Augusto, uno de tus grandes predecesores, lo cierto es que empezaron también a irle al Imperio las cosas prósperas y faustamente. Pues la verdad da

[3] La palabra «bárbaro» no encierra aquí ninguna idea despectiva, sino la de «extraño a la cultura griega». En el mismo sentido la usan muchas veces CLEMENTE DE ALEJANDRÍA y los filósofos neoplatónicos, como PORFIRIO, etc.

que por entonces coincide para la majestad del Imperio Romano el comienzo en gran escala de su mayor crecimiento y dilatación.

688. Tú eres su heredero y sucesor según la conspiración de los deseos de todos; tienes tú su poder, y aun lo tendrás después junto con tu hijo, pero será si es que defiendes a aquella filosofía que tuvo su origen junto con el Imperio, y comenzó a la vez que el de Augusto, y a la que, al igual que a las demás religiones, respetaron tus antecesores. De que nuestra religión hubiera crecido para bien público paralela al incremento feliz del Imperio que acababa de nacer, es prueba incontrovertible el hecho de que empezando ya de Augusto no le ocurrió nada de malo, sino al contrario, todos los sucesos prósperos y magníficos fueron efecto de la orientación y de la conspiración común de todos.

689. Sólo Nerón y Domiciano, inducidos por consejeros malévolos, se empeñaron en acusar como criminal a nuestra religión. Lo cual dió pie después a la calumnia que se ha extendido en lo sucesivo a estilo del vulgo, quien sin discernimiento da fe a todas las habladurías. Pero el error de éste lo refrenaron tus piadosísimos padres, impidiendo con más de un rescripto que nadie maquinase nuevas insidias contra los miembros de esta religión. Entre ellos se cuenta tu abuelo Adriano, quien además de a otros, escribió sobre el caso también a Fundano, procónsul del Asia [4]. Tu mismo padre [5], cuando dividió el poder administrativo contigo, escribió a las ciudades que no excitasen motines contra nosotros, en particular a los lariseos, a los tesalonicenses, a los atenienses y, al fin, a todos los griegos en general [6]. Y pues tú sientes sobre nosotros lo mismo que ellos, e incluso más humana y sabiamente, esperamos de ti el que en todo accederás a nuestras demandas.»

P. SCHWARTZ, págs. 384-386.

---

[4] Véanse núms. 220 y 223.

[5] Antonino fué quien adoptó como hijo y sucesor suyo a Marco Aurelio.

[6] No se nos conserva este decreto, aunque sí quedan en varios apologetas e historiadores referencias a él. «Interpelado—escribe EUSEBIO—el mismo Emperador (Antonino Pío) por otros «hermanos» naturales del Asia que eran víctimas de toda clase de vejámenes por los provinciales, el Emperador envió la misma constitución extensiva ya a toda el Asia.» (*Hist. Ecles.*, lib. IV, 19.) Véanse los núms. 721 y 722.

ATENAGORAS

Filósofo ateniense. Escribió ATENAGORAS su *Súplica en favor de los cristianos* hacia el 177. Bella apología en que con orden, claridad y gran peso de razones defiende a los cristianos de los tres célebres crímenes que judíos y paganos les imputaban calumniosamente durante todo el siglo II y III, el ateísmo, el incesto y los banquetes tyesteos. No hay duda de que el primer nombre de los dos a quienes va dirigida la *Súplica* es el Emperador Marco Aurelio; se discute si el segundo corresponde a Lucio Vero o Lucio Elio Cómodo, hijo y sucesor después de Marco Aurelio en el mando de todo el Imperio. Esta segunda opinión es la más corriente entre los críticos. Es interesante ver en este autor su carácter decidido, su moral tal vez algo estrecha y rígida, sus certeros puntos de vista sobre todo en el ataque polemista contra las religiones paganas y su sensata defensa del ideal y de la vida moral de los cristianos. No hace apenas referencia a los mártires; pero de todos modos el escrito es un precioso documento por su antigüedad y nos descubre fases importantes del ambiente de la época, que tratamos de ofrecer a los lectores. Traduciremos tan sólo algunos fragmentos que juzgamos más del caso.

SUPLICA POR LOS CRISTIANOS

a los Emperadores M. Aurelio Antonino y Lucio Aurelio Cómodo, triunfadores de los armenios y sármatas, y, lo que más vale, filósofos.

Somos falsamente acusados

IV, 1-2

690. ...Y a todos éstos [7], vosotros y vuestras leyes concedéis el celebrar sus cultos, pues se juzga que ningún dios debe consi-

[7] Cita el autor antes varios pueblos del Imperio Romano a los que se les permitía adorar los dioses que les agradaban, tales como a los troyanos, lacedemonios, atenienses; y «así, dice, a todas las demás gentes y pueblos» (núm. 1).

derarse como impío y malvado, y sois de parecer de que precisa el que cada uno rinda culto al dios que le plazca, pues así, movido de temor, se abstendrá de cometer maleficios... Sólo a nosotros los cristianos, por vernos abandonados de vuestra protección, sin haber hecho ningún mal, más aún, siendo—según se desprenderá del curso de esta defensa—los que de entre todos sentimos con más veneración y justeza de Dios y de vuestro Imperio, permitís se nos traiga de acá para allá, se nos lleve a los tribunales y se nos veje, con la circunstancia de que el único motivo para que nos traten así las masas es el solo nombre de Cristiano...

P. SCHWARTZ, pág. 2.

691. Todo eso lo despreciamos [8], por mucha estima que de ello tenga el vulgo; ni respondemos a azotes con azotes, ni siquiera citamos al tribunal a quienes nos asaltan y depredan; antes, según consejo, ofrecemos la otra mejilla a quien nos inflija una bofetada, y si uno nos despoja de la túnica le dejamos llevar el manto [9]. Pero no es esto sólo; aun después que se nos ha desposeído de los bienes terrenales, todavía insidian contra nuestras propias vidas y cuerpos, no sin antes volcar sobre nuestra cabeza montones de calumnias criminales, crímenes que si ellos los cometen habitualmente, jamás han tenido cabida ni en nuestro pensamiento.

P. *Id.*, pág. 2.

692. Y estamos en ello, en que si cualquiera trae pruebas de un solo delito contra nosotros, no digo grande, sino aun pequeño, obraréis muy bien en aplicarnos la pena más dura y eficaz que os ocurra; pero si lo único que se nos achaca como criminal es el nombre de cristianos..., a vuestra dignidad compete, Emperadores máximos, humanos y sapientísimos, alejar con leyes de nosotros tamaña injusticia, y que al igual que todos los demás súbditos y ciudades de vuestro Imperio, gracias a vuestro favor, podamos gozar y gloriarnos del beneficio común y que cesen ya de atropellarnos por meras calumnias...

P. *Id.*, pág. 3.

---

[8] Dinero, ignominias, daños materiales...
[9] MAT., V, 39-40. LUC., VI, 29.

693. Pedimos, pues, se nos juzgue según derecho común de todos, que no se nos persiga ni se nos condene por el mero hecho de llamarnos cristianos, pues ningún crimen implica ese nombre. Júzguesenos de cuanto en ley se nos acuse, y si resultamos reos, caiga sobre nosotros el justo castigo; pero si aparecemos inocentes, absuélvasenos. De ser castigado, castíguese el crimen, no el solo nombre, pues al tratarse de filósofos no se procede de otra suerte en los tribunales.

P. *Id.*, pág. 3.

CUERPO DE LA ACUSACION

Las tres principales calumnias

694. Tres crímenes son los que se nos imputan [10]: el ateísmo, las fiestas tyesteas y las uniones edipeas [11]. Si realmente somos reos de ellos, todo castigo será pequeño; podéis aplicarnos una y diez veces los tormentos que nos correspondan. Y como cometer tales crímenes sería vivir como fieras, haríais bien en exterminarnos de una vez con nuestras mujeres e hijos.

P. *Id.*, pág. 4.

695. Pero si todas esas acusaciones son meras calumnias... y os llegare a constar que estamos bien ajenos de lo que dicen, haciendo caso omiso de nuestro nombre, en vuestra bondad está el hacer inquisición sobre nuestras vidas y nuestras enseñanzas y del respeto y afecto que profesamos por vuestra familia e Imperio; y

[10] No debe olvidarse que realmente muchos misterios paganos, como lo hemos indicado en al Introducción de la Parte Primera, en sus ocultos actos religiosos dejaban mucho que desear en materia de honestidad. Con esto y con lo dicho en la nota 28 del número 284 puede darse alguna explicación del hecho real de que los primeros cristianos fueron considerados por las masas gentiles como devoradores de carne humana y perpetradores de acciones ignominiosas y bajas.

[11] Desde San Justino hasta Orígenes, casi todos los apologetas hubieron de tratar de librar de estas horrendas calumnias a los cristianos.

otórguesenos, siquiera después de tanto tiempo, el usar no más, pero sí igual, derecho que el que tienen nuestros enemigos.

Id., pág. 4.

No somos ateos

Ibíd. Núm. 10-12

696. ...Creo he dejado bien patente que los cristianos no somos de ningún modo ateos [12], ya que reconocemos un Dios, increado, eterno, invisible, impasible, incomprensible e inmenso, cuya existencia se prueba aún con sola la razón y por discurso, y como envuelto todo él en luz, belleza y una fuerza espiritual indescriptible, y por el que mediante su Verbo todo el Universo ha recibido su existencia, su ornamento y conservación.

P. *Id.*, pág. 10.

No ateos, sino santos

Ibíd. Núm. 11

697. Permitidme aquí, pues defiendo la causa de los cristianos ante unos Emperadores filósofos, use de justa libertad para que mi voz llegue con su debida fuerza a vuestros oídos imperiales. No faltan ciertamente algunos de ésos que se dedican a silogismos, aclarar enigmas, explicar etimologías y dar razón de homónimos, sinónimos, predicamentos, axiomas y de qué es sujeto y predicado, y que dicen se comprometen a con semejantes explicaciones dar la felicidad a sus discípulos...; pero pregunto yo: ¿Cuántos de éstos tienen el corazón tan purificado que en vez de odiar a los enemigos los amen; que bendigan a los que les maldicen y que pidan a Dios en favor de quienes maquinan asechanzas contra su vida? Pero en-

---

[12] Atenágoras hace hincapié en que quien adora a un solo Dios no merece se le llame «ateo», tanto más que poetas y filósofos antiguos monoteístas no fueron tenidos por tales; los cristianos adoran la Trinidad, y si sus costumbres son las que son, eso se debe a su creencia en Dios. ¿Dónde está nuestro ateísmo? El politeísmo, por su misma naturaleza, es falso, y los supuestos milagros de los dioses no pasan de ser engaños demoníacos.

tre nosotros hallaréis incluso montones de gente sencilla, obreros de trabajos manuales, viejecitas, que sin saber dar de palabra explicaciones de su doctrina, por su buen espíritu son maestros consumados en enseñar con obras la utilidad de su religión; ayunos de expresión, son ricos de realidades prácticas; no responden golpe por golpe, ni litigan por robos, dan al que pide y saben amar al prójimo como a sí mismos. Y ¿quién hay que crea se puede obrar con alma tan libre de pasiones sin un convencimiento pleno de que sea Dios aquel al que está sometido el género humano? Otra solución, imposible. La certeza de que hay un Dios creador nuestro y del mundo, a quien deberemos dar cuenta de todas las acciones de nuestra vida, es la que nos hace llevar esta vida morigerada llena de mansedumbre y menospreciada por otros [13].

P. *Id.*, págs. 13-14.

Por qué no sacrificamos

Ibíd. Núms. 13-26

698. Pero como los más que nos echan en cara la acusación de «ateos», gente no adoctrinada ni por sueños en materia religiosa [14], además de rudos y desconocedores de la verdadera doctrina sobre Dios y la naturaleza, creen deber medirse la religión por la norma de las víctimas, natural es nos acusen de que no reconocemos los mismos dioses que ellos y las ciudades; pero advertid, os suplico, un momento ambas cosas, Emperadores, y ante todo os explicaré por qué no hacemos sacrificios [15].

P. *Id.*, pág. 14.

Respecto del otro extremo de que no adoramos los mismos dioses a que rinden culto ellos y las ciudades, se cae de su base, ya

[13] Este argumento de la moral cristiana prácica, «Non loquimur magna, sed vivimus», del *Octavio*, 38, como efecto de su creencia en Dios, es una de las partes más bellas de la *Apología* de ATENÁGORAS.

[14] Los cristianos de esta época, como se ve poco después en las *Actas de Santa Perpetua y Felícitas*, etc., daban gran valor a ciertos sueños carismáticos no infrecuentes entonces, y que muchas veces eran verdaderas ilustraciones de Dios.

[15] Se entiende según el rito gentílico, pues tales sacrificios, además de ser inútiles, no son iguales en todas partes, ni demuestran diferencia entre Dios y las criaturas.

que no concuerdan entre sí sobre los dioses objeto de su culto los mismos que nos recriminan de ateísmo... Si pues entre sí ellos mismos no se entienden en el culto de sus divinidades, ¿a qué acusarnos de que no profesamos su religión ni seguimos sus opiniones... Si somos nosotros ateos sólo porque no adoramos sus dioses, luego para cada ciudad ateas serán también las otras ciudades, y ateas las otras gentes que no adoren a sus divinidades. Pero demos que todos adorasen los mismos dioses...

Y eso que dicen algunos de que esas estatuas son sólo representación de los dioses a quienes dirigen sus preces, y que las víctimas que parecen ofrecerse a los simulacros no es a éstos, sino a los dioses por ellos representados, a los que en realidad se ofrendan, ya que por su invisibilidad no hay otro modo de comunicarnos con los dioses; como dan por razón y justificación de este su proceder las maravillas y grandes prodigios que se cuentan haber sido hechos por estas estatuas, bien estará indaguemos en el verdadero poder que se adjudica a sus nombres...

P. *Id.*, págs. 19-20.

699. Y si dijesen que los dioses tienen sólo carne, sangre, semen y las pasiones de la ira y de concupiscencia, no deja eso de ser una opinión descabellada y ridícula, pues que ni la ira, ni la concupiscencia, ni el apetito, ni el semen, por razón de la generación, hay por qué se adjudiquen a ningún dios.

P. *Id.*, pág. 23.

700. Diréis: ¿Cómo explicar entonces ciertos hechos, sin duda portentosos, de algunos simulacros, si no son dioses reales lo que por ellos representamos, ya que es absurdo creer que meras estatuas puedan por sí obrar semejantes efectos? Así es. Nosotros no podemos negar que en diversos sitios, ciudades y gentes se ven portentos que no pueden menos de atribuirse de algún modo a eficacia de dichas estatuas. Con todo no hay por qué los reputemos como obra de fuerza divina, aun considerando sus efectos bajo el doble aspecto de beneficencia o al revés de maleficio. Conviene, pues, ante todo, inquirir a fondo cómo puede en efecto resultar que creáis que los simulacros tienen algún poder, y quiénes son

los que en esos casos operan en ellos bajo el nombre de tales o cuales dioses [16].

P. *Id.*, pág. 29.

701. Los que atraen los hombres a los simulacros, son, pues, los demonios de que acabo de hablar, que gustan de adherirse a la sangre de las víctimas y lamerla luego [17]. Los dioses que son tan del agrado del vulgo y con cuyos nombres se veneran las estatuas no pasaron de ser hombres, como bien claro nos consta de sus historias. Y para prueba que son los demonios los que influyen por esas estatuas, basta ver la clase de obras que realizan: unos mandan desproveerse de la virilidad, como Rea; otros herirse y mutilarse, como Diana; otros, matar a los huéspedes, como Taurica, y eso para no mencionar aquí los que hacen llagarse con cuchillos y azotes; y bien salta a la vista ser todos ellos demonios, pues no hay dios que empuje a obrar contra naturaleza.

Id., págs. 34-35.

Demonios curanderos

Ibíd. Núms. 26-27

702. Que son unos los que obran en ellas y otros los hombres a cuyo nombre están erigidas las estatuas, nos lo prueban claramente Troas y Pario, de las cuales la primera ciudad tiene las estatuas de Neryllino [18] y Pario las de Alejandro y Proteo [19].

703. Alejandro [20] aún conserva su sepulcro y su estatua en el Foro. Las demás estatuas de Neryllino son mero adorno público de

---

[16] Los simulacros y templos milagreros y supersticiosos estuvieron bastante en boga en todo este tiempo. El Padre GRANDMAISON, en su obra *Jesucristo* (lib. V, nota I²), explica breve y claramente su valor y su influencia. Estaban llenos de exvotos de oro, plata, etcétera.

[17] Parecida idea sobre los demonios tuvieron por aquel siglo SAN JUSTINO, en sus *Apologías* (I, 5; II, 5) y MINUCIO FÉLIX en el cap. 27 de su *Octavius*.

[18] Personaje hoy en absoluto desconocido.

[19] Proteo es el mismo de que nos habla LUCIANO en su diálogo *La muerte de Peregrino*. Véanse los núms. 241-251.

[20] ¿Alejandro no será aquel de quien se ríe el mismo autor en otro diálogo, donde nos lo describe como a un embaucador de las masas? Otros le creen hechicero célebre que, vivo y muerto, supo fascinar al pueblo. Ni faltan quienes le identifican con el Paris de Elena.

la ciudad, y ésta se cree honrada de ello, pues una de ellas, al decir de la gente, pronostica oráculos y sana enfermos. Y ésa es la razón por la que los naturales de Troas le rinden culto y la han recubierto de oro y le imponen coronas. En cuanto se refiere a las estatuas de Alejandro y de Proteo (el mismo que se arrojó a una hoguera cerca de Olimpia), dícese que también emiten vaticinios, y respecto de la estatua de Alejandro..., tiene a su honor cultos públicos y fiestas religiosas celebradas a expensas de la ciudad, como dios que oye a sus devotos. ¿Son Neryllino, Proteo y Alejandro los que obran tales maravillas, o es la materia de sus estatuas? La materia es puro bronce. Bien poco puede hacer de por sí el metal cuando a él mismo, fundiéndole, puede dársele otra forma, como ocurrio en el caso que cuenta Herodoto del Rey Amasis con su barreño de pies [21]. Por otra parte, Neryllino Proteo y Alejandro, ¿quiénes son ya ellos para curar a nadie? Pues lo que ahora obra la estatua, eso mismo se decía obraba ya viviendo aún, y estando enfermo el mismo Neryllino. Entonces, ¿qué...? Los demonios que actúan sobre la materia y que tienen sus delicias en las exhalaciones vaporosas y la sangre de las víctimas, usando como de instrumento los movimientos que predisponen las almas del vulgo a alucinaciones, inducen a los hombres al error, y apoderándose de su estado de ánimo, les hacen sentir en su interior, por medio de los simulacros y estatuas, apariencias sin realidad. Y natural es que en esos casos, cada vez que el alma, como inmortal que es, se sienta a dar crédito a cosas que le parecen tan razonables ante hechos aparentes de predicción de sucesos futuros y curación de males presentes, los demonios se granjeen con ello gloria de los hombres [22].

Id., págs. 35-36.

---

[21] Este historiador (lib. II, cap. 163) cuenta cómo viendo el rey de los egipcios, Amasis, que no era debidamente estimado por éstos por reputarle no de muy ilustre linaje, le ocurrió darles una lección graciosa. Mandó, pues, al efecto, convertir en una estatuita de un Dios el barreño de oro en que se solía lavar los pies, divinidad que pasó a ser muy venerada por los egipcios. ¿No podía ser ese el caso de su persona?

[22] No deja de ser instructivo y curioso el modo con que ATENÁGORAS explica las alucinaciones y autosugestiones de los devotos de Proteo y Alejandro.

No cometemos uniones edipeas

Ibíd. Núms. 32-34

704. Nada tiene que extrañarnos que ésos nos calumnien de vicios que ellos mismos apropian a sus dioses, cuyas pasiones (sufrimientos) son el argumento de sus misterios. Y pues tan solícitos son en condenar todo comercio licencioso y promiscuamente habido, debían haber empezado por execrar a Júpiter, que de su unión con Rea, madre, y con Proserpina, hija, tuvo descendencia, además de haber vivido maritalmente con su propia hermana. Lo mismo debían haber hecho con Orfeo, cuyo caso hizo que en materia de criminalidad e impureza quedase Júpiter muy por debajo de Tyestes, quien si cometió estupro con su hija, fué sólo aconsejado por el oráculo que le indicó ser ése el único medio para poder recuperar el reino y vengarse así de su hermano [23]. Nosotros los cristianos estamos tan lejos de esas torpezas [24], que nos está vedado hasta sola una mirada licenciosa. Pues según palabra del Señor, basta mirar a una mujer con mal deseo para considerarse uno reo de fornicación...

705. Así, según edad, tenemos a unos como hijos, a otras por hijas; lo mismo a quiénes por hermanos y a quiénes por hermanas; y a los avanzados en edad reverenciamos en lugar de padres y madres. Y a quienes aplicamos estas palabras de «hermanos» y otras de parentesco les tratamos de modo que nos es de sumo cuidado el que guarden sus cuerpos puros e incontaminados, pues nos dice el Logos: «Quien repite el beso porque siente voluptuosidad en ello, peca», y añade: «Se debe tener suma cautela en los ósculos y más en los saludos (de prosternarse a los pies de los hermanos), no sea que manchándosenos el alma de mal deseo se nos excluya de la vida eterna [25].»

Y así es que quienes tenemos esperanza de la vida eterna, por necesidad debemos menospreciar las cosas de esta vida e incluso ciertos gustos del corazón.

---

[23] El hermano de Tyestes, que fué muerto por el hijo que Tyestes tuvo de su propia hija Pelopia, se llamó Egisto, quien a la par perdió vida y reino usurpado.

[24] La constante presencia de Dios como freno para impedir caídas morales tiénela ATENÁGORAS magistralmente declarada en el párrafo anterior al presente, lo propio que la nada y vileza de las cosas de este mundo al lado de los bienes divinos que nos aguardan más allá de la muerte.

[25] Estas citas no son de la *Sagrada Escritura*. ¿Se tomaron de algún apócrifo, de alguna explicación oficial que se leía en las iglesias o de algún dicho tradicional?

706. Hallaréis entre nosotros muchos hombres y mujeres que envejecen vírgenes sólo por el deseo de vivir así unidos con Dios [26]; y claro es que el permanecer en celibato y virginidad nos adhiere más a Dios, como el entregarse uno a pensamientos y pasiones contrarias nos aparta más de él, y si huímos aun de pensamientos lascivos, ¡cuánto más de su realización!

Id., págs. 42-44

No celebramos cenas tyesteas

Ibíd. Núm. 35

707. ¿Quién que esté sano de juicio, dada nuestra conducta, puede acusarnos de antropófagos? [27] ¿Comer carne humana nosotros, si jamás hemos matado a nadie? Aunque se mientan unos a otros; si alguno preguntase a otros suyos, a ver si han visto lo que están propalando contra nosotros, nadie sería tan desvergonzado que osase afirmarlo. Y ahí tenemos nuestros esclavos—unos más, otros menos—a cuyos ojos imposible huyese la verdad si existiese. Ni uno de ellos se ha encontrado aún que ni por mentira lo haya asegurado [28]. Ellos, que saben bien que no solemos ni presenciar la muerte de nadie, ¿cómo acusarnos de asesinato o de antropofagia?

---

[26] La virginidad es lirio especialísimo de la Iglesia desde sus orígenes. La Religión cristiana, de fundador virgen, cuya madre también fué virgen, se consideraba a sí misma también virgen; y con esos tres modelos, Cristo virgen, María virgen y la Iglesia virgen, muchedumbres de almas selectas la amaron y conservaron hasta la muerte. A las vírgenes se les señaló puesto especial y de honor en las Iglesias, y la consagración virginal siempre se consideró como una gloria del Cristianismo. La literatura virginal cristiana de la primitiva Iglesia es el complemento más hermoso y delicado de la literatura contemporánea martirial.

[27] Las cenas tyesteas, por precisión de ser así, deberían ser a base de homicidio, como dice la fábula de Tyestes.

[28] San Justino, en la II *Apología*, indica que esclavos, niños y mujercitas débiles, a fuerza de ser torturados en el tormento investigador, declararon falsamente por el dolor que existían esos crímenes entre los cristianos, lo que dió más alas al rumor. Atenágoras niega ni un solo caso de delación falsa. Lo más probable es que ignoraba el caso a que alude San Justino. El mismo año en que tal vez se escribió esta *Apología*, en Lyón de las Galias algunos esclavos, sometidos al tormento de indagación, afirmaron también, para verse libres del tormento, que, en efecto, sus amos cristianos comían a las veces carne humana y cometían las infamias bajas de que se les acusaba. La refutación de Atenágoras de esta vil acusación nos ocasionó una bella página sobre la alta moral de los cristianos del siglo II.

Nuestra vida santa pide se nos declare inocentes

No hay nadie por ahí que no repute ser espectáculo digno de aprecio los juegos de las fieras y gladiadores, sobre todo si los ofrecen los Emperadores. Pero nosotros ya tenemos dado el adiós a esas diversiones, pues juzgamos que casi están en la misma línea el hacer o el contemplar gozosos las matanzas de hombres. ¿Cometeremos, pues, nosotros muertes, cuando creemos que no las debemos ni presenciar para que no se nos impute ni el crimen, ni su maleficio? ¡Nosotros, que a las mujeres que usan medicinas para el aborto las llamamos homicidas y las decimos que como tales tendrán que rendir cuenta a Dios! ¡Nosotros, que inculpamos de infanticidio al que expone los niños [29], lo propio que al que los mata ya crecidos! Los cristianos, en todo y siempre, somos lógicos con nuestros principios, siempre al servicio y obediencia de la luz de la razón.

Id., pág. 45.

QUINTO SEPTIMIO FLORENTE TERTULIANO

Por tercera vez nos sale ya al paso en la documentación de estas páginas este célebre escritor africano. Dados el fin y materia de nuestra *Antología*, ¿cómo poder prescindir de su maravilloso *Apologeticum*? Obra es ésta en que se rebaten con tanta maestría como peso y vigor los dos grandes crímenes de que se inculpaba a los primeros cristianos: el crimen de lesa religión y el crimen de lesa majestad. En él aparece, como en el fondo, que el único crimen verdadero que se achacaba a tantos cristianos, que condenados y muertos por él resultaban mártires, era el sólo delito del «nombre cristiano». Muchas de sus fórmulas se han hecho eternas. TERTULIANO parece que él mismo retocó y amplió más tarde la primera redacción del *Apologeticum*. Ofrecemos a los estudiosos los fragmentos más selectos y para nuestro caso de más interés por entrar de lleno estos materiales en el plan propuesto de esta co-

---

[29] Por lo que aparece de la literatura pagana y cristiana de la época, la exposición de los niños era bastante corriente entre los paganos; cuánto más, otros crímenes llamados medicales, cuyo anatema se debió al espíritu cristiano, lo que, según HARNACK mismo, constituye una de las mejores glorias de la primitiva Iglesia.

lección y en la época a que nos referimos. El *Apologeticum* se escribió hacia el año 197.

Mucho se ha escrito si el *Octavius*, de MARCO MINUCIO FELIX, depende del *Apolegeticum*, de TERTULIANO, o viceversa. Hoy ya casi todos dan por descontado que el *Octavius* de todos modos parece posterior a la *Apología* del célebre abogado cartaginés. Hemos preferido en esta *Antología* la inclusión de trozos del *Apologeticum* a servirnos de fragmentos parecidos del *Octavius*. TERTULIANO, como MARCO MINUCIO, ambos abrazaron el catolicismo ya maduros de edad y son unos de sus valores primitivos más positivos. Toda la traducción está muy retocada. (*Cfr.*, pág. 44.)

APOLOGETICO [30]

EXORDIO

Inconsecuencias del rescripto de Trajano

Apologético. II, 7-8

708. ... Con todo hallamos que no se hiciese inquisición de nosotros. Pues gobernando una provincia Plinio el Segundo, habiendo dado la muerte a algunos cristianos y hecho dejar su religión a otros, embarazado con la muchedumbre de los comprometidos,

[30] El *Apologeticum*, de TERTULIANO, tiene la particularidad de ser la primera apología del Cristianismo escrita en latín. Ya llevamos advertido su parecido con el *Octavius*, de MINUCIO FÉLIX, con la diferencia de que el *Apologeticum* ocupa entre todas las obras de su género, hasta el siglo IV, una supremacía del todo indiscutible. La trayectoria de su desarrollo ideológico es la siguiente (*Exordio*, caps. 1-3): «Es injusto e ilegítimo el modo con que proceden contra los cristianos los tribunales. Los jueces condenan antes de oír e incurren en contradicción en su proceder contra los cristianos» (caps. 4-5). Denuncia la maldad e injusticia de la ley contra los cristianos; debe, pues, en lógica, abolirse; los antiguos romanos abolieron así muchas leyes cuando las vieron injustas. La *Exposición* del asunto contiene dos partes:

I. «*Son falsos los crímenes ocultos que se nos imputan*», como lo hace ver crimen por crimen (caps. 6-8). «Esos crímenes los cometéis vosotros» (8-9).

II. «*Son falsos los crímenes públicos* (caps. 10-45) *de que se nos acusa*. A) Falso el crimen de sacrilegio y de lesa Religión verdadera. B) Falso el de lesa majestad imperial.» Desarrolla así su pensamiento: «*Parte negativa*: No adoramos los cristianos vuestros dioses, porque éstos no pasaron de ser hombres más o menos extraordinarios (10-11); sus imágenes y simulacros son de la misma materia que las cosas de la vida, sin sentimiento ninguno ni razón particular de adoración (12); los mismos paganos, más los ríen que los adoran (13-16). *Parte positiva*: Los cristianos adoramos

consultó al Emperador Trajano qué haría de los otros, pues por lo que a sus liturgias se refería, fuera de la porfiada obstinación en no querer sacrificar a los dioses, no había hallado en ellos sino unos ajuntamientos que hacían antes de amanecer, en que cantaban alabanzas a Cristo, como a su Dios, y para estrecharlos más en su unión prohibíaseles el homicidio, el adulterio, el engaño, la perfidia y demás vicios. Entonces respondió Trajano «que no se hiciesen pesquisas de este linaje de gente; pero que si se les denunciase, convenía castigarlos» [31].

709. ¡Oh, sentencia que por necesidad tenía que ser contradictoria! ¡Prohibe que como a inocentes se les busque, y prescribe que se les condene como a malhechores! Perdona y es feroz, disimula y castiga. Lo establecido se convierte en su propia red. Si culpas, ¿por qué no inquirir? Si no se debe inquirir, ¿por qué no absuelves? Para pesquisas de ladrones en todas las provincias hay puestos de militares; contra enemigos del orden público y reos de lesa majestad, todo hombre se siente soldado. Se hace inquisición y se extiende a socios y a los sabedores. Sólo al cristiano no se le puede buscar; delatar sí. Como si la pesquisa no fuese precisamente en orden a la delación. Condenáis al denunciado de quien todos creen no tiene culpa para ser buscado. Por lo visto, quien no mereció la pena por malo, la merece por habérsele hallado digno de que no se le inquiriese...

J. MARTÍN, págs. 24-26.

---

no otras cosas sino al mismo y único Dios (16-20) y a su Hijo Jesucristo (21). Que para los cristianos, esos otros espiritus que engañan a sus devotos con prodigios, milagros aparentes, vaticinios, no son otra cosa que los demonios (22-24). No se puede, pues, decir que los ciudadanos romanos deben la grandeza de su Imperio a una religión verdadera; de debérsela a algo, seria al culto falso de sus dioses (25-26). *Es falso el crimen de lesa majestad* (28-45). Al negar los sacrificios, etc., a los Emperadores, no ofendemos en nada a la Majestad Imperial; sólo negamos a los demonios un culto que no les corresponde. Al contrario, nadie pide a Dios por los Emperadores como los cristianos. Además, nuestro modo de vida en nada puede ofender ni a derecho ni a personas imperiales. Nuestras reuniones son verdaderamente santas; ni jamás hemos intervenido en revueltas públicas de ninguna clase. Los cristianos, como ciudadanos, son intachables y colaboran como los demás al desarrollo de la vida económica y social. Si se les persigue es sólo por el nombre, no por crimen alguno. *Peroración* (46-50): El Cristianismo no es una filosofía. En parte (por el Antiguo Testamento) es anterior a ésta, y en ella se inspiraron más de dos filósofos insignes. Lo sorprendente es que los paganos lo que admiran en los filósofos lo reprueban en los cristianos. La resurrección no es ningún absurdo para Dios. Garantia y sello de la verdad del Cristianismo son las circunstancias de sus mártires; muertos así, ante Dios y ante la historia son una victoria, y deberian hacer que los prudentes estudien lo que se esconde en el fondo del problema de los mártires cristianos.» Véanse los núms. 237-239.

[31] Véanse los núms. 216-219.

La batalla es sólo sobre el nombre

Ibíd. II, 18

710. Por eso se nos tortura al confesar (somos cristianos) y se nos castiga si perseveramos en la confesión; al paso que se nos absuelve si lo negamos; es que la batalla es sobre sólo el nombre [32].

711. ¿Por qué si no, cuando lleváis a sentencias los cristianos, no escribís en la tablilla el delito por el que mueren: de homicidio, de incestuoso o de otro cualquier crimen? ¿No puede haber cristiano homicida? ¿Sólo en la sentencia de los cristianos empereza o da vergüenza el pronunciar los nombres de sus delitos? Es evidente que si al cristiano no se le imputa (pues no se dice) otra culpa, es que su nombre se considera crimen.

Id., págs. 28-29.

Para vosotros todo lo mancha el nombre

Ibíd. III, 1-6

712. Hay quienes viendo enmendados a algunos que antes de ser cristianos eran reconocidos como haraganes, ruines y malvados, indican dar a entender, saben lo que alaban; pero la ceguedad del odio choca contra su propio fallo. Es verdad: «¡Qué mujer, qué lasciva fué, qué divertida! ¡Qué muchacho, qué libre, qué enamorado fué! ¡Lástima...! Son cristianos.» Así, a toda enmienda de vida se imputa el nombre.

713. Y tanto es así, que la mayoría, a ojos cerrados, de odio se revuelven contra él; elogian las prendas de algunos cristianos, pero les zahieren con su nombre..., ni faltan quienes de sus intereses pacten con este odio y renuncian a todo, hasta estar contentos con su injuria, con tal que no se oiga en casa el odiado nombre. Sucede que la casada hecha cristiana ya es honesta, el hijo ya se hace obediente, el criado ya es fiel; pero puede tanto el aborreci-

---

[32] Atenágoras, Taciano, etc., coinciden en el mismo sentimiento. Prácticamente no era al crimen del cristiano, sino al mismo cristiano, al que se le perseguía por sólo serlo.

miento de este nombre, que el marido, libre ya de los celos, la repudia honesta; el padre, que vivía antes acosado con las rebeldías de su hijo, no le reconoce por suyo; y el señor, que toleraba paciente a su criado alevoso, ahora lo arroja lejos de sus ojos. Basta el nombre para que den en rostro todas las enmiendas de la vida [33]. No se estima en tanto lo bueno que tienen como se odia el nombre de cristiano.

714. Si el nombre es el blanco de tanto odio, ¿en qué está su reato? ¿Qué acusación puede haber contra un vocablo sino que es bárbaro o de mal agüero o maldiciente o torpe? Mas este nombre CRISTIANO, del «fragante ungüento», tiene su etimología. Pues aunque le pronunciáis muy mal, CRISTIANO (que ni aun su nombre lo sabéis bien), de la suavidad y benignidad se deriva. ¿Por qué aborrecer, pues, un nombre inocente en hombres asimismo inocentes?

Id., págs. 29-30.

Ley que yerra no es voz del Cielo

Ibíd. IV, 4-5

715. ... Primeramente, esta vuestra dura definición «No es lícito que existáis», tal cual la prescribís, sin una revisión que la humanice, es violenta y abuso depravado del poder si basáis la ilicitud en la voluntad vuestra y no en el deber. Si decís que por eso no queréis sea lícito, porque se halló causa para no quererlo, es que entonces la razón de prohibirlo la halláis en que es dañoso, que es conforme a lo que llevamos predicho, a saber: que lo que es bueno no debe ser prohibido. Si viese ser bueno lo que tu ley prohibe, ¿no es verdad que por ese prejuicio no se me podría vedar lo que de ser malo estaría justamente prohibido? Ley que yerra, producto humano es, no voz bajada del cielo. ¿Cómo os admiráis de que un hombre se equivoque en la creación de una ley y de que acierte en reprobarla cuando la ve injusta? En las leyes del mismo Licurgo, ¿no hallaron qué enmendar los lacedemonios, por más que su autor, fiel a su parecer, pesaroso, se dejó morir de hambre en la soledad?

716. Vosotros mismos, a la luz de las experiencias que alumbran las tinieblas de la antigüedad, ¿no cortáis y podáis cada día

[33] El mismo TERTULIANO, en su memorial a *Escápula* (núms. 3-5), recalca esta misma idea: «Los cristianos—dice—no son conocidos sino por la silenciosa enmienda de sus costumbres...»

aquella vieja y hórrida selva de leyes con la segur de nuevos edictos y rescriptos imperiales?

Id., págs. 31-32.

Sinceridad de la Ley

Ibíd. Núm. 10

717. ¡Cuántas leyes os esperan aún que exigen expurgo, ya que a la ley ni el número de los años ni la calidad del legislador la hace recomendable, sino tan sólo la equidad!

718. Por eso, cuando las reconocemos inicuas, las condenamos, aunque ellas mismas sean condenatorias a su vez. ¿Inicuas sólo? Más aún: si sólo castigan el nombre, son locas. Si decís que no se da al nombre el castigo, sino a los hechos, ¿por qué castigar a éstos por sólo el nombre? Al delincuente no se le prueba el delito con el nombre, sino con el proceso. Si soy incestuoso, ¿por qué no se inquiere? Si soy infanticida, ¿por qué no me lo hacen confesar en el tormento? Si soy acusado de que falto contra dioses y Emperadores, ¿por qué no oírme por si tengo con qué sincerarme? Ninguna ley prohibe que se liquide en proceso aquello que prohibió; porque ni el juez falla sentencia justa si no le consta que en efecto se cometió lo que está prohibido por ley; como tampoco el ciudadano obedece con fidelidad la ley sin antes conocer qué contravención castiga en las acciones la ley. Ninguna ley se ha de contentar con estar ella satisfecha de la razón porque prohibe, sino que debe cuidar que conste del porqué de la prohibición al que la ha de guardar, que de otra suerte es sospechosa la ley que no deja examinarse, como inicua la que manda y castiga sin prueba.

Id., pág. 33.

Comienzo de las leyes persecutorias

Ibíd. V, 1-5

719. Para tomar el origen [34] de más arriba, había un antiguo decreto [35] por el que ningún Emperador podía consagrar a ningún dios sin la previa aprobación del Senado. Esto lo supo bien M. Emilio con su dios Alburno. Y viene bien para nuestra causa el saber que el que se acepte o no una divinidad depende del parecer de los hombres. Si no agrada a los hombres, Dios no es Dios. Quien ha de ser propicio a los dioses es el hombre.

720. En tiempo de Tiberio entró en el mundo la primera noticia del nombre cristiano. Tuvo el Emperador carta de Siria [36], en que le avisaban cómo se había manifestado la divinidad de Cristo en Judea, y pidió al Senado la admitiese, enviando ya de su parte la prerrogativa [37] de su voto. El Senado la rehusó por no haber sido suya la primera aprobación. No cambió de parecer el César y apoyó a los cristianos, amenazando con pena capital a los acusadores de éstos [38].

721. Consultad vuestros *Anales* y en ellos hallaréis que fué Nerón el primero que ensangrentó feroz la cesárea espada en la sangre de esta religión en su primero y más lúcido alborear en Roma. Y a fe que ya nada nos honra tanto como el ver quién fué inflictor de aquella pena. Quien le conoce ya presupone que hombre tan inicuo como Nerón no pudo perseguir sino cosa en extremo buena. También empezó a perseguir a los cristianos Domiciano, porción de

---

[34] De las leyes persecutorias contra el Cristianismo en el siglo II.

[35] Tal vez alude aquí TERTULIANO a otro decreto o ley de la República de la que nos habla CICERÓN, la cual prohibía la admisión de cultos y dioses adventicios sin decreto senatorial. Véase núm. 995.

[36] Ya se sabe que desde que Pompeyo, el año 63 (a. de C.), conquistó Palestina y la adjudicó a la República Romana, toda Palestina formó parte de la provincia de Siria.

[37] El Emperador era el que tenía, en efecto, la distinción de dar el primero el voto en el Senado.

[38] Las gestiones de Tiberio en relación con el primer romper del Cristianismo tuvieron mucho eco en la primera leyenda cristiana. Desde esa época, según OROSIO, empezó el odio del Senado romano contra los cristianos. Tiberio, según estas tradiciones legendarias, en oposición al Senado, publicó ya un decreto mandando condenar a los delatores de los cristianos. La *Actas apócrifas de Pilatos* y el *Evangelio de Nicodemus* son una prueba clara de lo que llevamos dicho.

la fiereza de Nerón [39]; pero, al fin hombre, desistió con facilidad de lo comenzado, devolviendo a sus casas los que había desterrado. Así han sido nuestros perseguidores: injustos, impíos, torpes y tales que vosotros mismos acostumbráis condenarlos y soléis devolver como a inocentes a los que ellos condenaron [40].

722. ... ¿De qué calidad, pues, son estas leyes contra nosotros que o las hicieron o las usaron sólo los impíos, los injustos, los torpes, los crueles, los vanos y los locos, y que Trajano mismo, mandando no hacer inquisición de nosotros, en parte las revocó [41]; que Adriano, por más que fué curiosísimo explorador de ritos, nunca las autorizó contra los nuestros [42]; que Vespasiano, aun con ser él destructor de los judíos, jamás las apoyó, y que ni Antonino Pío, ni Vero las impusieron? [43].

Id., pág. 36.

PARTE NEGATIVA

Son falsos los crímenes ocultos que se nos imputan

Las tres acusaciones [44]

Ibíd. VII, 2

723. ... Nos llaman criminalísimos por el rito oculto de la matanza de los niños, que nos los comemos después, y que tras el ban-

---

39 TÁCITO: *Anales*. Véanse núms. 152-171.

40 El decreto de Nerva, núm. 215.

41 «Rescripto fué éste que si por una parte parecía extinguir no poco el incendio que tomaba tanto cuerpo contra los cristianos, por otra parte, a los que querían perjudicarnos maliciosa y arteramente, fueran populacho o fueran magistrados de provincias, les daba pie para hacernos víctimas de sus insidias, y así fué que, aunque no en público ni al descubierto, se levantaron acá y allá llamaradas locales de persecución que tuvieron muchísimos mártires en todas las clases sociales.» (EUSEB., *Hist. Ecles.*, lib. III, cap. 34.)

42 Véanse núms. 220 y 223.

43 Véanse núm. 689 y notas. Por más que parece contradecirlo TERTULIANO, da la historia que más persiguieron a la Iglesia los Emperadores amantes de la ley del Estado por razones políticas y de orden público que los Emperadores que sólo pensaron en divertirse. Véanse los últimos números de la *Introducción de la Parte Principal*.

44 No queremos detenernos en explicar ni la razón, ni la extensión, ni la ocasión de estas acusaciones que constituyen también el nervio principal de las *Apologías* de SAN JUSTINO, ATENÁGORAS, TACIANO y MINUCIO FÉLIX. Véanse los núms. 240, 689, 690-708, y en especial la nota 28 del núm. 284.

quete, perros atados a los candeleros derriban éstos, haciendo que en las tinieblas sean como alcahuetes de la torpeza en que nos mezclamos incestuosamente. Tal es la voz del pueblo; y por más que cunde desde hace tiempo, ésta es la hora en la que el Senado no se preocupa de averiguar la verdad del caso. Si lo creéis, ¿cómo no lo averiguáis? Y si no inquirís, ¿por qué le dais fe? Vuestra disimulación deja nuestra inocencia prescrita, señal clara de no ser verdad es que rehusáis averiguarlo. ¡Y qué distinto recaudo exigís a los verdugos con los cristianos cuando se les quiere arrancar en el tormento, no el que digan lo que han sido, sino el que nieguen lo que son!

724. El censo de nuestra religión, ya lo dijimos, arranca del tiempo de Tiberio. Nació la verdad en las mantillas del odio; desde su aparición se la considera enemiga. Cuenta con tantos enemigos cuantos hay extraños a ella: los primeros por emulación, los judíos [45]; los soldados, por su furor bullicioso; nuestros siervos, por su condición alevosa. Se nos acecha todos los días; todos los días se nos traiciona; aun en medio de nuestras reuniones y asambleas sentimos la presión. ¿Dónde están los pesquisidores que al niño del sacrificio le oyeron sollozar? ¿Quién reservó ensangrentadas las bocas de cíclopes y sirenas para que el juez no vea entre los dientes la sangre...?

Id., pág. 41.

---

[45] Es indiscutible que la persecución judía contra los cristianos desde los comienzos fué artera y profunda. Recuérdese lo que escribe San Justino en su *Diálogo con Trifón* (núm. 17): «Sobre las calumnias que recaen sobre nosotros y Cristo no tienen tanta culpa otras naciones de infieles cuanto vosotros, los judíos, que os habéis anticipado a sembrarlas contra nosotros y contra el Justo de quien procedemos. Pues después que crucificasteis a aquel que es el único Hombre sin mancha ni pecado y cuyas heridas han de sanar a cuantos después suben al Padre, apenas os esterasteis que había resucitado de entre los muertos y ascendido al Cielo según lo dicho por los profetas, no sólo no hicisteis penitencia, sino que mandasteis desde Jerusalén personas bien selectas por toda la tierra para que propalasen que acababa de nacer una depravada escisión de llamados cristianos, y derramasteis contra ellos cuantas habladurías oíais de quienes nada nos conocían...» Este hecho lo repite San Justino en el núm. 108 del mismo *Diálogo*, añadiendo sólo que «la secta de los cristianos, según los judíos, era sin ley e impía con origen en un tal Jesús galileo, y que habiendo éste sido depositado en un monumento después de ser crucificado, sus discípulos lo arrebataron de noche clandestinamente, con lo que inventaron que había resucitado y ascendido a los Cielos; y no contentos con esto añadisteis, en efecto, haber sido predicada por El, Doctor e Hijo de Dios, la doctrina de esos nefandos y horribles crímenes que venís propalando por toda la Tierra».

Ibíd. VII, 6-7

725. Si tenemos la maña de ocultarlo todo, ¿cuándo se hizo patente lo que hacemos? ¿De quiénes pudo salir? No ciertamente de los mismos reos, pues deber es de todos los misterios el salvaguardar el secreto. Ahí están, si no, los misterios de Samotracia y Eleusinos. Cuánto más otros misterios que publicados excitarían la indignación de los hombres, mientras se detiene la de Dios. Si pues es imposible los declaren los propios, síguese que lo harán gentes extrañas. ¿Y de dónde les vino a ellos saber secretos si las iniciaciones de la religión más piadosa extrañan ojos árbitros y se recatan de cuantos no son sus seguidores? Si ya no es que los más impíos y execrables teman menos...

Id., pág. 42.

No los rumores, los hechos son los que deben hablar

Ibíd. VII, 8-12

726. Del «se dice», ¿quién no conoce su condición? Vuestro es aquel adagio «La fama es un mal que supera a todos los demás en su rapidez». ¿Por qué es un mal el rumor? ¿Porque vuela o porque revela, o más bien porque casi siempre miente? Aun cuando dice algo de verdad, no suele estar exento de mentira, pues la vicia, o mermándola o añadiéndola o mudándola. ¡Qué diré de su condición porque no dura sino mintiendo y sobrevive solamente no probando! Porque apenas prueba, deja de ser; si hace patente lo que rumoreaba, renuncia ya a su oficio... Tal clase de fama es nombre de cosa insegura; donde hay certeza, desaparece. ¿Quién da crédito a la fama sino el inconsiderado? Discreto es no dar oídos a rumores [46]. Todos los cuerdos saben que aunque esté la fama con cualquier universal divulgación derramada, e incluso como cimentada en aseveración de alguna importancia, tuvo de un primer autor for-

---

[46] Lo mismo SAN JUSTINO en su *Apología* I, 23, que MINUCIO FÉLIX en su *Octavius*, 28, 6, nos presentan pasajes parecidos a estos de TERTULIANO sobre los daños con que la fama, como hoz segadora de honras y de virtudes, deja la tierra llena de habladurías y calumnias.

zosamente principio, y que desde allí, mugronada a las orejas y lenguas, anda soterrada gateando hasta postrarse prodigiosamente crecida, con lo que estas ramas, ya tan extendidas del vicio de la semilla, oscurecen lo incierto del primer rumor, de modo que nadie puede advertir si lo que sembró aquella primera boca fué mentira. Que las más de las veces sucede mentir el que sembró la fama, o por pare de la envidia o por sospecha de mal pensado, o por el deleite ingénito que tienen muchos en mentir.

Pase que el tiempo todo lo descubre, como cantan vuestros proverbios, por disposición de la Naturaleza, que ordenó no tener nada encubierto mucho tiempo, aun aquello que la fama no lo divulga. Gózome entre tanto que sola la fama sepa los delitos de los cristianos. No tenéis contra nosotros otra voz pregonera que ella, que por más que se ha extendido por doquier tomando cuerpo de opinión pública, aún no ha logrado probar nada hasta hoy. Hecho que nos hace apelar a la verdad de la misma Naturaleza, contra los que presumen deben darse oídos a tales rumores. ¿Queréis saber el secreto de estos hechos nuestros? Su premio es la vida eterna.

Id., págs. 42-43.

Imposibilidad de los hechos

Ibíd. VIII, 4-6

727. Diréis que al novel cristiano se le obligan e imponen estos ritos sin él saberlo. Ignora haber tales crímenes entre nosotros. Con todo, antes de dar el nombre convenía observarlo e inquirirlo todo con cuidado.

728. En toda secta es costumbre, según creo, que a los que piden iniciarse en ellas le presentan primero al padre de la Institución sagrada y toman por minuta cuanto se ha de preparar para el ingreso. Según esto, el padre le dirá: «Es necesario te aparejes un niño tierno, que no sepa qué es morir y se sonría debajo de tu cuchillo. Además, pan para empaparlo en el caldo de la sangre. Mas unos candeleros, unas antorchas, unos perros y unas sopas que se les han de arrojar, para que en el forcejeo de alcanzarlas, los canes derriben las lumbres. Y lo primero que deberás hacer es mezclarte con tu madre y con tu hermana.» Y ¿qué sería si ellas se opusieran, o él no las tuviere? ¿Qué, si no hay para cada cristiano su respectiva fianza? Claro es que este novicio no podrá ser legítimo

cristiano, porque ni es hijo ni es hermano. Sea así que estas cosas se preparan a quienes jamás soñaron en ellas. ¿Cómo, después que las conocen, las soportan y pasan por ello callándolas? Diréis que por temor del castigo si las revelan. Pero ¿es que tal delator se encontraría sin defensa en tal denuncia y no sería mejor morir que vivir sabiendo o callando tan atroces maldades? Pero sea así que nos temen, ¿y por qué seguir en la misma Religión? Nada más lógico que el que dejes de ser aquello que si antes lo hubieras conocido no lo hubieras abrazado.

729. Para refutarlo mejor bastará probar que vosotros lo hacéis sin temor alguno de castigo, unos en privado, otros en público, y que precisamente por ser maestros en hacerlo, lo habéis creído de nosotros [47].

Id., págs. 44-45.

Son falsos los crímenes públicos que se nos achacan

Crueldad pagana con los condenados

Ibíd. XV. 4

730. Ciertamente en la «cavea» [48] (del anfiteatro) sois más religiosos, donde sobre la sangre humana y sobre las inmundicias debidas al castigo saltan vuestros dioses, digo los representantes que hacen sus papeles y argumentos, que con la exhibición de la historia muestran a los condenados de qué pena han de perecer, ya que a las veces se fuerza a estos infelices hagan la persona de los dioses para que la representación salga más al vivo y con toda propiedad [49]. Ante nuestros ojos, un condenado que representaba al dios Atis, efectivamente fué castrado, verificándose en él el hecho del dios de Pesinunte. Y a otro que representaba a Hércules le vimos

---

[47] Véanse los núms. 237-238, 704-707, etc.

[48] Véanse los núms. 50, 53, 67, 795, 989 y siguientes.

[49] Como ocurrió cuando quisieron hacerlo con los mártires de Cartago Perpetua, Felícitas, etc., vistiendo a los hombres con trajes de los sacerdotes de Neptuno y a las mujeres con los de las sacerdotisas de Ceres. Para pintura más al vivo de estos feroces cuadros, véase ARNOBIO, *Contra los Paganos*, lib. VII, 33, y los núms. 66-67, 164-167, 794-795.

arder vivo en el anfiteatro. Reímos, y entre las burlas crueles de los «juegos vespertinos», gozamos viendo a Mercurio con el cauterio examinando si estaban aún vivos los cuerpos que parecían muertos, y a un hermano de Júpiter que con un garfio arrastraba los cadáveres de los gladiadores [50]...

Id., págs. 66-67.

Ridiculeces creídas contra los cristianos

Ibid. XVI, 1-10

731. Algunos habéis soñado que nuestro Dios era una cabeza de jumento. Esta sospecha debióse a una insinuación de CORNELIO TÁCITO, el cual, en el libro IV de sus *Historias,* en que tratando de la guerra judaica comenzó por el origen acerca del nombre, del principio y de la religión de esta gente, escribiendo de esto lo que se le antojó [51]. Cuenta, pues, allí que en las salidas de los judíos de Egipto, que él llama destierro, en los espaciosos páramos de la Arabia iban desfalleciendo por la sed que les acosaba. Pero viendo salir del pasto unos onagros que parecían ir en busca de agua, les siguieron, y yendo tras sus huellas, lograron saciar su sed. Los judíos, agradecidos, dieron honores de divinidad a la calavera de semejante animal. Y como los cristianos tenemos nuestro parentesco con los judíos, creo yo presumieron algunos que también nosotros somos iniciados en el mismo culto de este ídolo. El mismo CORNELIO TÁCITO, gran parlador de patrañas, refiere en las mismas *Historias* de Cneo Pompeyo, apenas tomó Jerusalén, penetró en el interior del templo con miras a averiguar los misterios de la religión judía, pero que no halló ningún simulacro [52]. Y cierto que si se adorase algo que se representase con imágenes, en ningún sitio estaría mejor que en su sagrario, tanto más que no había de extrañar

[50] Era costumbre que en este ademán y visaje de Mercurio y de Plutón fuesen probando con picas candentes y mazas si los cuerpos arrastrados al «espoliario» estaban efectivamente muertos o sólo simulaban estarlo, para, en caso de que al contacto del fuego diesen alguna señal de vida, los rematasen. Estos gladiadores de que habla aquí TERTULIANO no eran tanto los verdaderos de oficio cuanto los condenados, que, obligados a luchar con las fieras por las mañanas, por haber salido ilesos de los combates matutinos, se reservaban para terminar la lucha por la tarde, matándose entre sí.

[51] Véase Parte Primera, núms. 173-181.

[52] Se conoce por JOSEFO (*Contra Apión,* 11, 80) que éste fué uno de los que más influyeron en que se divulgase la idea de que en el Templo de Jerusalén se adoraba un dios con cabeza de jumento, toda ella de oro macizo.

allí ojos árbitros, aun siendo tan vana su representación. Sólo al Sumo Sacerdote le era lícito penetrar allí [53], y un velo corrido le aseguraba de la profanación de las miradas de los demás. Lo que no podéis negar es que vosotros sí que adoráis toda clase de jumentos y caballos capones juntamente con su Epona [54]. En esto, por ventura, sentís mal de nosotros, porque adorando vosotros todo género de animales, nosotros nos contentamos con sólo el jumento.

732. Adoráis las victorias [55] en los trofeos; pero ¿no son cruces con sus viguetas entrecruzadas...? La religión romana toda es castrense: signos militares adora, banderas jura, y prefiere sus estandartes a los mismos dioses. Aquella dorada hilera de imágenes que cuelga fija en la antena de los estandartes, adorno es de cruces. Aquellas cenefas con que se aliñan los velos pendientes del asta y del lábaro cantábrico [56], estolas son de astas cruzadas. Alabo la diligencia. No habéis querido adorar las cruces desnudas, pero las adoráis adornadas [57]...

733. Otros que nos miran con más humanidad han creído con más verosimilitud que el sol es nuestro Dios. Por ventura, éstos nos querían hacer persas por más que no adoramos al sol pintado [58]. ¿Y para qué se ha de buscar el sol en lienzos, teniéndolo ante los ojos en su globo? Vosotros mismos, en vuestros arrobos en la oración, ¿no estáis los más dirigidos hacia el Oriente y haciéndole visajes con la boca [59]?

Id., págs. 68-71.

---

[53] Casi coincide con esta descripción la que nos ofrece LUCIANO en su diálogo sobre la *Diosa Syria*, en que se indican la parte general del templo para el concurso de la plebe, y lo que él llama el «tálamo», donde sólo entran los sacerdotes para la íntima comunicación con Dios.

[54] Epona era la diosa patrona de los caballos, jumentos y mulos.

[55] Véanse núms. 134-135, 195.

[56] Se ignora si esta clase de bandera fué tomada precisamente de los cántabros españoles o si tuvo su procedencia real aun etimológica de Persia, Roma o Africa, hipótesis tal vez más verosímil.

[57] Del lábaro cristiano, véanse SAN GREGORIO NACIANZENO (*Discurso* I *contra Juliano*) y PRUDENCIO, en sus libros *Contra Simmaco* I (483 y siguientes).

[58] Recuérdese que en más de un país del Oriente tiene el Sol parte muy principal, además de en los objetos y regalos regios, en la mitología de los dioses y aun en el origen de dinastías reales, siendo emblema de distintivos nacionales. Roma misma había consagrado al Sol uno de sus más admirables templos del que eran adorno las riquezas de la reina Zenobia, y entre cuyas ruinas escribo estas líneas.

[59] El orar con el rostro hacia el Oriente fué uso de muchas religiones y países aun no cristianos, sobre todo del Asia y del Africa Oriental.

Onokoites

Ibíd. XVI. 12

734. ... Pero una nueva impresión de nuestro Dios se hizo pública hace poco en esta ciudad [60] desde que cierto «noxio» mercenario y maestro consumado en engañar a las fieras sacó en público una imagen con esta inscripción: «El dios de los cristianos ONOKOITES» [61]. Presentaba este dios esperpento, orejas de jumento, pezuña de bestia en un pie; vestía toga y llevaba un libro en la mano. Recibimos a carcajadas el nombre y la figura; pero los que tenían obligación de adorarle al punto eran los que adoran dioses biformes con cabeza de león y perro uno; otro con cuernos de cabrón y de carnero; otro, cabrón desde los lomos y serpiente en las rodillas, y otro, de pies y de espaldas aladas [62].

735. Parecerá esto superfluo; pero he querido refutarlo, para que no parezca que con afectado olvido se ha dejado algún rumor sin su debida respuesta.

Id., págs. 71-72.

PARTE POSITIVA

Adoramos al verdadero Dios creador

Ibíd. XVII. 1-3

736. El Dios que adoramos es el Dios único, que toda esta máquina del mundo, con el aparato de los elementos, cuerpos, espíritus, produjo de la nada con la palabra con que mandó, con la razón con que dispuso, con la virtud de su poder, para que sirviese de ornamento de la Suprema Majestad, de donde los griegos al Uni-

[60] Cartago.

[61] Algo recuerda esta imagen el célebre grafito hallado en 1856 en el Pedagogio del Palatino. *Onokoites* aquí significa *prole jumentil.* Véase MINUCIO FÉLIX, *Octavius*, número 28, 7.

[62] MINUCIO FÉLIX: *Octavius*, 28, 7.

verso vinieron en llamarle Kosmos. Es invisible. aunque se deja entrever; incomprensible, aunque se deja representar por la gracia; inestimable, sin ser por eso inapreciable al humano sentido. Por eso Dios es tan verdadero como grande. Por lo general, el objeto material menor es que la mirada de los ojos que le abarcan, menor que las manos que lo aprisionan, menor que el sentido que lo halla [63]; pero el que tiene inabarcable inmensidad ESTE ES DIOS, comprensible tan sólo para sí. La falta de nuestra capacidad para definirla dice algo de la infinita naturaleza de su sér. Su inmensa grandeza no permite jamás que podamos conocer a la vez al que, aunque desconocido, se deja percibir algo por los hombres. Y ésta es precisamente la gran responsabilidad de los gentiles, que no supieron reconocer lo que es imposible puedan ignorar.

Id., pág. 72.

Adoramos al Verbo Encarnado

Ibíd. Núms. 11-12

737. No nos avergonzamos de tener a Cristo por Dios... Sabemos que Este (el Verbo), procediendo por generación del Padre, fué el término de esta generación paterna, y por eso mismo es Hijo de Dios y también llamado Dios, por tener la misma sustancia con el Padre en unidad del Espíritu mismo divino, algo así como el rayo se difunde del sol, como una procedencia del todo, y el sol está en el resplandor porque éste sale procediendo del sol. No es que se separa la sustancia, sino es el resplandor procedente de la luz que fulgura. La sustancia matriz queda íntegra e indeficiente, aunque procedan de ella distintos términos que de ella se derivan. Por eso lo que de Dios es engendrado, Dios es Hijo de Dios, sin que por ello las distintas personas dejen de ser una idéntica realidad. Así resulta que del Espíritu procede el Espíritu y Dios de Dios, en quien solamente hace número la clase de la procedencia y la razón de la persona, no el estado de la sustancia que se divide, sino que se personifica por razón de procedencias. Pues bien, este rayo, como estaba siempre predicado, se deslizó a las entrañas de una Virgen

---

[63] Aquí Tertuliano opone el Dios invisible y sublime de los cristianos a los ídolos materializados de los templos que caen como bajo el control de los sentidos y de la razón.

para de ellas nacer en figura humana, siendo a la vez hombre y Dios. Esta humanidad, así unida con el espíritu, vegeta, florece, habla, enseña, obra; éste es Cristo.

Id., págs. 87-88.

Señales de la divinidad de Cristo

Ibíd. XXI. 17-21

738. Al que presumieron aquí como sólo hombre por su humildad deberían haberle reconocido grande por su poder, pues le vieron con sólo una palabra librar endemoniados, devolver la vista a los ciegos, limpiar los leprosos, dejar expeditos a los paralíticos, retornar a la vida los muertos, tener a su servicio los elementos, refrenar las tempestades y andar sobre los mares, probando así ser él, en efecto, aquel Hijo de Dios, profetizado desde siglos atrás y que había nacido para redención del género humano, el Verbo Dios, es decir, el Logos, aquella Palabra primordial y primogénita por la que, acompañada con poder y razón y con la fuerza del Espíritu, se hacen y fueron hechas todas las cosas de la creación. Se exasperaron contra su doctrina tanto los principales maestros judíos, parte porque los reconvenía, parte sobre todo porque vieron lograba atraer hacia sí numeroso concurso del pueblo, y no descansaron hasta presentarle a Poncio Pilatos, gobernador a la sazón de Siria [64], y con votos y extorsiones obtener que al fin fuese clavado en una cruz. Ya predijo Cristo este remate. Circunstancia que le realza es el que mucho antes de los hechos lo hubieran también vaticinado los profetas.

739. Con todo esto, estando crucificado, mostró prodigios propios de la muerte de su divina persona, porque con la palabra entregó voluntariamente el alma a su Padre, previniendo el oficio al verdugo [65]. Al momento de expirar, estando el sol en medio del cielo, se escondió en las tinieblas el día. Pensaron ser eclipse los que no sabían las profecías hechas sobre la muerte de Cristo. Este general desmayo del mundo, que algunos por no dar con su razón

[64] Pilatos nunca gobernó la Siria, sino sólo fué procurador de Palestina, que era una parte perteneciente a la provincia de Siria.

[65] LACTANCIO, para sus libros *De div. inst.* (IV, 19, 2), y SAN CIPRIANO, para su obrita *Que los ídolos no son dioses*, se inspiraron en estos mismos pensamientos de TERTULIANO, lo propio que algo más tarde SAN JERÓNQMO y otros grandes autores.

echan todo a negar, lo hallaréis en vuestros archivos advertido por inaudito en la Naturaleza. Bajado de la cruz y colocado ya en el monumento, los judíos cercaron el sepulcro con vigilante puesto militar, no fuera, como había dicho que iba a resucitar al tercer día, que los discípulos, urdiendo una trama, les engañasen hurtándoles el cadáver del sepulcro.

740. Pero llegado que hubo el tercer día, estando ausentes los discípulos, repentinamente la tierra se estremeció, se ladeó la piedra que cerraba el sepulcro, los guardias quedaron desmayados de pavor y dentro del sepulcro no se hallaron sino los despojos del sepultado.

Id., págs. 89-91.

Predicación del mundo

Ibíd. XXI, 26

741. ... Los discípulos se desparramaron por el mundo predicando, como se lo mandó Dios, su Maestro. También ellos padecieron gustosamente muchas persecuciones de los judíos por la esperanza de la verdad, y más tarde, por causa de la crueldad de Nerón, sembraron en Roma sangre cristiana.

Id., pág. 92.

Protesta de Fe cristiana

Ibíd. XXI, 27

742. ... Este es el desarrollo de nuestra institución. No es otro el principio que publicamos de los orígenes de su nombre y de su autor. Nadie nos infame de otros delitos supuestos; claramente decimos lo que adoramos. No hay otra cosa; a nadie es lícito mentir ni disimular la religión que profesa. Por el mismo caso que uno finge ser de otra religión, niega la propia, porque quien traslada el culto, cambia la adoración, y el que cambia la niega, porque deja de adorar lo que adoró. Lo decimos y públicamente lo decimos, y ensangrentados y despedazados a tormentos por vosotros, a boca llena os lo gritamos: «Que adoramos a Dios por Cristo.» Tened a

Este por hombre. Bien está. La cosa es que por El y en El quiso ser conocido y adorado Dios.

Id., págs. 92-93.

El nuestro es problema de monoteísmo

Ibíd. XXIV, 9-10

743. Cada ciudad y provincia adora dioses propios que no se adoran en Roma. Sólo a los cristianos nos está prohibido tener un propio Dios que sea nuestro [66]. Con eso ofendemos a los romanos y nadie nos considera como a romanos, por el mero hecho de no dar culto al dios de Roma. Gracias a que existe un Dios de todos, de quien queramos o no, somos todos propiedad. Pero entre vosotros está permitido adorar cualquier cosa, excepto el único Dios verdadero [67], como si Este no fuera el mayor Dios de todos y de quien además también somos todos.

Id., pág. 106.

Las víctimas no son criterio de la verdad de una religión

Ibíd. XXV, 14-15

744. ... Si yo no me engaño, todo reino e imperio se labra con las victorias; las victorias se consiguen con las guerras, y las guerras en general no se hacen sino rindiendo y destruyendo ciudades. Esto no se puede ejecutar sin grande injuria de los dioses locales. En la guerra, igual es el estrago de los templos que el de las murallas, iguales las muertes de los ciudadanos como las de los sacerdotes, iguales los saqueos de las riquezas profanas que sagradas. Tantos sacrilegios cometieron los romanos como solemnizaron trofeos, tantos triunfos celebraron de los dioses como de las naciones, tantos despojos ganaron como tienen dioses cautivos [68]. Y admiro en

---

[66] Véanse los núms 690 y siguientes.

[67] Véanse los núms. 83-90.

[68] Véase MINUCIO FÉLIX en el *Octavio* (Cfr. núms. 46-48). Y la razón, como dice SAN AGUSTÍN en la *Ciudad de Dios*, es bien clara, pues si las religiones de Ciro, Alejandro Magno, los Faraones, etc., fueron verdaderas sólo porque condujeron a sus devotos al triunfo y a la victoria, dejarían de serlo cuando estos mismos pueblos ado-

esto la mansedumbre de los dioses, que se dejan adorar de los que los cautivan, que premian más las injurias que las adulaciones y que decretan eterno Imperio y sin fin para con quienes tanto les oprimen. Ciertamente, no puede el crédito humano entender que por méritos de la religión hayan crecido los que, como dijimos, ofendiendo a las religiones crecieron, o creciendo las ofendieron. Y yo creería que tantos reinos que se fundieron para que con su fusión se labrase la grandeza de conjunto del Imperio, tenían también su religión y la perdieron.

Id., págs. 110-111.

La lucha es contra los demonios [69]

Ibíd. XXVII, 5-8

745. ... Pues aunque en realidad nos está sujeta toda la fuerza de los demonios y de esta clase de espíritus, nótese que también los esclavos díscolos suelen juntar la contumacia con el temor, y a la vez procuran perjudicar a sus señores, no obstante les tengan temor, que también el temor es padre del odio. Además de que en su estado de desesperación por efecto de su precondenación buscan algún gusto en la pena que les aguarda por la revancha en su malicia, ocasionándonos males. Sin embargo, si se les coge, se someten y se rinden según su condición de esclavitud; y quienes de lejos nos combaten, de cerca se postran suplicantes. Y si a las veces, al igual que los esclavos que se rebelan escapándose de las cárceles, de los calabozos y de las minas y de otros sitios de pena servil, se lanzan contra nosotros en cuya servidumbre están, entonces nosotros, seguros de nuestra superioridad y de su derrota, les hacemos a los ingratos frente como a inferiores y no cedemos un palmo, fijos allí

---

radores de tales dioses fueron después derrotados por otros pueblos y reyes de dioses opuestos a los suyos., Con este criterio, la norma de conocer la verdadera religión sería solamente relativa y pasajera. El mismo raciocinio lo manejaron ya antes de San Agustín otros Padres, como Minucio Félix y el propio Tertuliano lo indica en su obra *A las naciones* (II, 17).

[69] La idea general de Tertuliano en todo este capítulo es que los demonios son los incitadores de los gentiles para que éstos persigan a los cristianos, y aunque realmente los demonios están sujetos a los cristianos, con todo siguen siendo alevosos y contumaces en sus ansias de hacer mal, como suelen serlo con sus amos los esclavos de la peor ralea. Véanse los núms. 666-680.

donde ellos nos atacan, en la persuasión de que nunca triunfaremos de ellos tanto como cuando morimos por la constancia de la fe.

Id., pág. 113.

Nuestro crimen de lesa majestad

Ibíd. XXIX, 5-6

746. En eso consiste, por lo visto, nuestro crimen de lesa majestad imperial, en que no les posponemos a sus propias cosas, porque no nos burlamos de ellos con el modo de pedir a Dios su salud, ya que no creemos que ésta depende de unas manos de leño recubiertas de un baño de plomo. En cambio..., vosotros sois religiosos y fidelísimos al César al buscar su salud donde no está, al suplicársela a quien no la posee y al despreciar al único que puede darla. Y a más de esto hacéis guerra a los que la saben pedir y la pueden lograr mientras sepan pedirla [70].

Id., págs. 115-116.

Oramos por los Emperadores mejor que nadie

Ibíd. XXX, 1-7

747. Pues nosotros invocamos por la salud del Emperador al Dios eterno, al Dios verdadero, al Dios vivo, a quien ellos mismos, más que a ningún otro, desean tener propicio. Saben quién les dió el Imperio, saben como hombres a quién deben sus almas; sienten que ése no es otro sino sólo Dios, a cuyo único poder están suje-

---

[70] Esta misma idea la desarrolló TERTULIANO en su memorial a *Escápula* (núm. 2): «Sacrificamos por la salud del Emperador, mas es sólo a nuestro Dios y al suyo; pero ese sacrificio es de oraciones puras conforme lo tenemos mandado por Dios mismo. No necesita Dios Creador de todo el universo de obras y de sangre (de víctimas). Estos son alimentos de los demonios, de los demonios que nosotros rechazamos y vencemos y cada día los traemos de acá para allá y los arrojamos de los hombres como es notorio ya a tantísimos. Así nuestra oración por la salud del Emperador es mejor que la de los demás, pues pedimos la salud de los Emperadores al único que se la puede dar.»

tos [71]. Después de Dios los primeros, pero respecto de El, segundos, aunque antes y sobre todos los demás dioses. ¿Y cómo no, si están sobre todos los hombres y éstos, mientras viven, se anteponen a los ya muertos? Observen hasta dónde se extiende el poderío de su Imperio y eso les servirá de luz para conocer a Dios [72]. ¿Cómo poder contra El, si sienten viene de allí la autoridad que tienen? Asalte si puede el Emperador el cielo; ate el cielo cautivo al carro de su triunfo [73]; coloque en el cielo centinelas; imponga al cielo tributos. Jamás lo podrá. Grande es, porque es el inmediato inferior al cielo. Pero todos de Dios: él, el cielo y toda la creación. De allí salió el Emperador, de donde antes de serlo precedió el hombre que es. Un mismo origen tienen su alma y su poder. Allá, al cielo, miramos los cristianos, cuando por él hacemos oraciones, con los brazos extendidos [74] y en ademán de inocencia, con la cabeza descubierta, pues nada nos infunde confusión; sin maestro de ceremonias que nos amoneste, pues dejamos orar al corazón. Siempre oramos que conceda Dios a todos los Emperadores larga vida, Imperio seguro, palacio amparado, ejércitos esforzados, Senado leal, pueblo honrado, mundo pacífico, que es todo lo que anhelan los Emperadores como hombres públicos y como personas particulares. Cosas todas que no las puedo pedir sino a aquel de quien sé que las puedo conseguir, porque El sólo es el que las puede otorgar y yo sólo el que las debe suplicar, que soy su siervo, que a El solamente adoro, que por sólo ser fiel a su doctrina soy muerto, que de las hostias que mandó ofrecer le ofrezco la ópima, la mayor, cual es la oración nacida de una carne pura, de un ánimo inocente, oración que brota del Espíritu Santo. No le ofrezco unos pocos y míseros granos de incienso de lágrimas de árbol arábigo, no dos gotitas de vino, no la vida de un buey derrengado deseoso ya de morir, y después de tales inmundicias, lo que es peor una conciencia manchada y

---

[71] Por los Emperadores en general, los gentiles solían suplicar sólo al Dios de los dioses Júpiter. A la adulación de los poetas romanos se deben aquellos versos de MARCIAL a Júpiter:

Te pro Caesare debeo rogare.
Pro me debeo Caesarem rogare.

[72] PLINIO, en su *Panegírico a Trajano,* expresa la idea de que el principado imperial era institución del mismo Dios.

[73] Sabido es que en estos triunfos imperiales se llevaban en andas pinturas y simulacros de las ciudades, ríos, castillos conquistados, etc. Véanse los núms 189-208.

[74] También algunos paganos, aunque muchísimo menos, guardaban este modo de orar postrados en tierra o con los brazos extendidos, como se desprende del lib. V de LUCRECIO. El dirigirse o mirar al cielo en la oración era una costumbre que CLEMENTE DE ALEJANDRÍA nos describe tan bellamente en el lib. VII de sus *Stromata.* Lo mismo amplifican varias veces SAN JUAN CRISÓSTOMO y SAN JERÓNIMO.

más sucia que las víctimas. Y admírome que siendo tan viciosos los sacerdotes que deben examinar los precordios de las reses que se han de sacrificar, por si adolecen de algún vicio, no cuidéis antes de examinar el corazón de tales sacrificadores.

748. Mientras, pues, estamos con esta postura [75] rogando a Dios, ábrannos las uñas de hierro surcos en las carnes, clávesenos en altas cruces, lámannos las lenguas de fuego, decapítennos las espadas, láncense contra nosotros las fieras, que la postura misma con que ruega a Dios el cristiano [76] es un aparejo y desafío para todo linaje de tormentos. Proseguid, presidentes buenos, atormentad la vida de los que así ruegan por la salud del César. Reconoced allí el crimen do sólo se ven la verdad y la devoción a Dios.

Id., págs. 116-118.

Oración de los cristianos por sus Reyes

Ibíd. XXXI, 1-3

749. Quienes opinen que nosotros no nos cuidamos de la prosperidad del César, miren las palabras divinas, nuestras Escrituras, que no las escondemos y que ya por no pocos casos llegaron a gente de otra religión, y allí se hallará que tenemos intimación para rogar a Dios por nuestros enemigos [77], suplicando bienes aun para nuestros propios perseguidores. ¿Y qué más enemigos y perseguidores de los cristianos que aquellos por cuya lesa majestad, que se presume ofendida por nosotros, se nos trae al tribunal? Más aún, por sus nombres, y bien en concreto nos manda nuestra ley rogar a Dios por los príncipes: «Rogad, dice, por los reyes, por los príncipes y por las potestades, para que en todo gocéis de tranquilidad.» Cuando se estremece el Imperio y sienten sacudirse todos sus demás organismos, aún nosotros, por más que se nos considere extraños a la sociedad, formamos parte de la universal amenaza.

Id., pág. 118.

---

[75] Este ademán de plegaria cristiana descríbela magistralmente EUSEBIO DE CESÁREA en la *Vida de Constantino* (lib. IV, cap. 13).

[76] Esta erupción lírica de TERTULIANO parece un carque de parecidas expresiones de SAN IGNACIO al hablar éste de sus propios deseos de martirio. Tal vez el uno y el otro se inspiraron en SAN PABLO (*Rom.*, VIII, 35-39).

[77] MAT., V, 43-48.

Veneración de los cristianos por los Emperadores

Ibíd. XXXII, 1-3

750. Otra obligación hay aún más apretada que nos exige rogar por los Emperadores: es el próspero estado del Imperio Romano y sus felices sucesos. Y oramos así por Roma los cristianos, porque sabemos que con ello se retarda [78] aquella grandísima fuerza que está para caer inminente sobre el mundo, no menos que el desquiciamiento del siglo y las horrendas apreturas que sobrevendrán, junto con la agonía final del Imperio Romano.

751. Así, mientras rogamos que aquel día se retarde por no sufrir su experiencia, de rechazo, al retrasar orando el mal día, prolongamos la duración del Imperio Romano [79].

752. Ni es desprecio de la majestad cesárea el no jurar por su genio; lo que sí juramos es por su vida, que es más sagrada que todos los genios [80]. No ignoráis que los genios se llaman «dáimones», y de ahí su diminutivo «demonios». En los Emperadores acatamos el juicio de Dios, que ordenó que ellos fuesen cabeza de todos. Sabemos que en ellos está el dominio que Dios quiso lo tuviesen, y por esto deseamos que sea salva y próspera la vida de aquellos en quienes Dios delegó su potestad, y este deseo y oración la reputamos ya por grande juramento. Por lo demás, costumbre nuestra es no tomar en la boca los demonios, es decir, los genios, sino cuando los conjuramos para echarlos de los hombres; pero no juramos por ellos para no parecer que les tributamos algún honor de divinidad [81].

Id., págs. 118-119.

---

[78] A *Tim.*, I, II, 1 y siguientes. Véanse *Rom.*, XIII, 1, I. Pedro, II, 13 y siguientes. Adviértase, para entender bien este pasaje, que muchos cristianos de entonces creían que el Imperio Romano habia de durar hasta el fin de los siglos. Retardar, pues, con oraciones el fin del mundo era hacer durar más el Imperio.

[79] La idea del juicio final que San Pablo tanto la veló al escribir a los *Tesalonicenses*, envuélvela también aquí Tertuliano en misteriosas circunstancias. La creencia de que el Imperio Romano habia de subsistir hasta el fin del mundo fué común no sólo en la edad patrística hasta Orosio y Salviano, inclusive, sino, algo modificada, subsistió incluso en parte aun de la Edad Media.

[80] Véanse los núms. 216-218, 840-841, 930, 942...

[81] Véanse núms. 942-943.

Obligación de pedir por los Reyes y Príncipes

Ibid. XXXIII, 2-5

753. ¿Qué puedo ya decir más de la piedad y respeto que profesan los cristianos para con el Emperador? Venerámosle como a quien es elegido por nuestro Señor, de modo que con razón podemos exclamar: «El César es más nuestro, pues nuestro Dios lo hizo César.»

754. Como mío, pues, que es, más debo hacer yo por su salud. Se la suplico a aquel que la puede conceder; se la pido tal y de modo que pueda merecer lo que suplico; se la pido tomando como a representante suyo a la Majestad del César, pero siempre debajo de Dios, a quien le encomiendo, y, por ende, sin igualarle a El.

755. No aguardéis de mí le llame dios. No sé mentir [82], no quiero burlarme de él [83] ni creo quiera él le llamen así. Hombre, al fin, debe someterse a Dios. Bástele le llamen Emperador. Entraña grandeza y don es éste de lo Alto. Quien le hace dios, niega sea Emperador, pues para ser Emperador debe ser hombre. Como que cuando va en triunfo sobre su imperial carroza se le avisa sugiriéndoselo de atrás: «Mira tras de ti [84], acuérdate que eres hombre.»

756. Y llanamente más se goza viéndose en tanto lustre de gloria, que sea necesario el acuerdo de su naturaleza. Menor gloria sería si entonces se dejase llamar Dios, pues la menoscabaría la falsedad. Mayor es que la honra sea tanta que a la vez sea necesario recordarle lo que es, para que no se crea dios.

---

[82] «Mentiri nescio» era frase romana de honor, que incluso se repetía en poesías puestas en boca de hombres que se decían leales en momentos solemnes de la vida. Aun los paganos tenían en mucho esta gran virtud (núms. 32, 256-257).

[83] Alude a la burla y desprecios que recayeron sobre Calígula por sus demasiadas ansias de divinización (Cfr. Dión Casio, 46, 59) o a las palabras de Vespasiano, que cuando previó su muerte inevitable, pronunció aquellas memorables palabras: «¡Triste de mí! Ya ha llegado la hora en que me haré Dios.» Suetonio: *T. F. Vespasiano*, 24.).

[84] Diversas son las interpretaciones que dan los autores a estas palabras: *Respice post te*. «Mira tras ti.» Unos creen se alude aquí al famoso hecho del rey Sosostris, que cuando le arrastraban en un carro triunfal de oro algunos reyes por él cautivados, uno de ellos le recordó al victorioso rey que la fortuna era varia como la posición de las ruedas del carro en que le llevaban. Otros juzgan se le advierte mire al esclavo público que iba con el triunfador en el mismo carro triunfal, llevando una corona de laurel de oro sobre la cabeza del triunfador, según aquello de Publio: «¡Ay, qué miserable es tener que servir cuando uno está sólo enseñado a dominar!»

Adulaciones de divinidad, no

Ibíd. XXXIV, 1-4

757. Augusto César, el creador del Imperio, no permitió ni que se le llamase «Dominus» (Señor), por ser este renombre de atributo divino [85]. Yo bien llamaré «señor» al César, pero en la corriente significación, siempre que no me fuercen a igualarlo en el dominio con Dios; como hombre, libre soy como él, y mi único verdadero «Señor» es Dios, omnipotente y eterno, quien lo es también del César.

758. Ni tiene por qué llamarse «señor» quien es Padre de la Patria. Más amable es el nombre de «padre» que el de «señor», pues significa piedad más que pujanza. Los mismos cabezas de familia no se llaman señores, sino padres.

759. Tan lejos está el que se deba calificar de dios al César, que eso, además de una adulación torpísima y perjudicial, pasa los límites de lo creíble.

760. El vasallo que teniendo Emperador apellida así a otro, no sólo ofende con eso enormemente a su príncipe, exponiéndose sea éste con él inexorable, sino que acarrea el mismo peligro a quien así califica. Dé a Dios lo suyo quien desee que Dios sea propicio al César. Deja de creerle y de tener como a Dios, y por consiguiente, de llamarle como a tal, a quien necesita de Dios [86].

761. Y si la adulación que califica de dios a un hombre no se empacha de la mentira, tema siquiera el agüero infausto, que es

---

[85] Lo más probable es que TERTULIANO se refiere aquí a lo que cuenta SUETONIO (capítulo 35) en la *Vida de Augusto,* de cuando le repetían tanto ese nombre, y a que porque un día un comediante en el teatro le llamó *Dominus* (Señor), al día siguiente apareció un edicto prohibiendo que se le aplicase más ese nombre.

[86] SAN TEÓFILO antioqueno escribía a este propósito (A *Autólyco,* I, 11): «Rendiré culto al rey no adorándole, sino pidiendo por él. Con verdadero culto sólo adoro al Dios que hace a los reyes. Y si me preguntas por qué no adoras al rey, sábete que es porque el rey está hecho no para ser adorado, sino para ser servido y reverenciado. No porque es rey es Dios, sino que porque es rey debe hacer justicia, siendo administrador de la justicia divina. Un rey no tolera que sus gobernadores se llamen reyes. Ese nombre es exclusivo suyo, del que en vida suya no quiere partícipe a otro. ¡Oh, hombre, en todo te engañas! Rinde culto al rey, pero sin adorarle; amándole, obedeciéndole, pidiendole, pidiendo por él; si así obraras harás la voluntad de Dios.» Véase núm. 130. PLINIO mismo se reía de las apoteosis «por las que se hacía dios al que había dejado de ser aun hombre» (*Hist. Nat.,* lib. VII, cap. 55).

maldito aun entre vosotros el que antes de la apoteosis da a ningún César renombre de divinidad.

Id., pág. 121.

Una virtud que se dice crimen

Ibíd. XXXV, 1-5

762. Por esto, pues, se considera a los cristianos como públicos enemigos, porque no dedican a los Emperadores honras ni vanas, ni mentirosas, ni temerarias, y porque profesando la religión verdadera celebran sus fiestas no con lascivias, sino con conciencia austera.

763. Donoso modo de agasajar por cierto al Emperador el día de su fiesta, sacar de la casa los estrados y el hogar, banquetear de calle en calle, disfrazarse la ciudad como en traje de tabernera, derramar vino al lodo como borrachos, recorrer la ciudad en grupos soeces injuriando a todos y provocando desvergonzados a las más lúbricas bajezas. Así se compra el regocijo público a costa de públicas desvergüenzas. Por lo visto, el día de las fiestas de los Césares, es lícito lo que los demás días es abominable.

764. ¿Es posible que personas que por respeto del César son regla de moderación, esos mismos por causa del mismo César la profanen? ¿Que el libertinaje desbocado sea obsequio religioso? ¿Que la ocasión de la lujuria pase plaza de religión? Verdaderamente que los cristianos somos dignos de condena, ya que, castos, sobrios y honrados, hacemos desabridas las solemnidades de los Emperadores, porque en días tan alegres no enramamos con laureles las puertas de nuestras casas y, por fin [87], porque al mediodía no emulamos al sol con las antorchas. Nada más honesto que al llegar estas fiestas públicas entoldar nuestras moradas con distintivos de un nuevo género de lupanar.

765. Pero quisiera, al tratar de este segundo crimen de lesa majestad de que nos acusáis como de un segundo sacrilegio, por no celebrar los cristianos, como vosotros, los días solemnes del César con ese modo que inventó no la razón, ni la modestia, ni el decoro moral, sino el ansia de tener ocasión para gozos sensuales; quisiera, digo, presentar vuestra verdad y vuestra fe, para ver si aun en esto

---

[87] El laurel era uno de los árboles sagrados de mejor augurio, que se usaba mucho en los triunfos, templos, oficios sacerdotales y como ornato de casas y palacios en los grandes actos religiosos.

os comportáis mucho peor que los cristianos, a quienes los juzgáis indignos de ser romanos y los acusáis de enemigos de los Emperadores romanos.

Id., págs. 122-123.

Si a alguna secta religiosa, a los cristianos se debería tolerar

Ibíd. XXXVIII, 1-5

766. ... Con permitirlo no será hacerle cortesía de más (al Cristianismo), que lo menos que se merece es que se le cuente en el número de las lícitas asociaciones, pues en él no se encuentra lo que en otras sectas se quiere evitar. La causa de haberse prohibido los colegios de otras facciones ha sido, si no me engaño, porque la previsión y modestia por el bien público consideró que en su mutua rivalidad provocan banderías y escisiones en la ciudad, división que en sus luchas perturba fácilmente los comicios, las asambleas, las curias, las reuniones populares y los espectáculos, tanto más que, comprando votos a su amparo con dinero, habían empezado ya algunos más fuertes a realizar su obra de violencia y revuelta.

767. Pero nuestras juntas no tienen estos peligros, que si somos hombres de hielo para honras y dignidades, no necesitamos de ir a reunión ninguna a pretender cargos apadrinados con la violencia. El cristiano mira el público negocio como ajeno. Sólo reconocemos una república de todos: el mundo. Y vivimos tan lejos de vuestros espectáculos, por el caso preciso de que estamos fuera de su origen supersticioso y de las acciones que se celebran en ellos.

768. Nada tienen que ver nuestra vista, oído, lengua, con la locura del circo, con las desvergüenzas del teatro, con la ferocidad de la arena, del anfiteatro y con la vanidad del xisto [88]. A los epicúreos se les permitió proponer su tipo de verdadero deleite, a saber: «la igualdad del alma».

769. ¿En qué os ofendemos nosotros por presumir hay otros deleites mejores que vuestros juegos? Si no queremos disfrutar ya nada con vuestros goces, de haber algún daño en ello, es nuestro, no vuestro.

---

[88] Son magníficas las pinceladas con las que TERTULIANO describe todas estas lacras morales de la sociedad pagana divertida en su libro *Sobre los espectáculos*, escrito hacia el 197, en el que anatematiza todo género de los llamados «ludi». Véanse núms. 417-447.

Vaya lo uno por lo otro: ¿que reprobamos vuestras diversiones? ¿No reprobáis vosotros nuestros goces?

Id., págs. 128-130.

Vida íntima de los cristianos

770. Ahora yo mismo manifestaré las cosas que se ventilan en las juntas de los cristianos, que si he refutado las juntas malas, desnudando su verdad, bien estará muestre las que son buenas. Cuerpo somos formado por miembros unidos con el conocimiento de un contenido religioso, con la unidad de una disciplina y con la alianza que da una única esperanza [89]. Juntámonos todos en una comunidad y congregación, y allí como formados en escuadrón, diríase que ponemos a Dios cerco con nuestras oraciones. Fuerza es ésta que agrada a Dios. Rogamos también por los Emperadores, por sus ministros, por las potestades, por la consolidación del siglo, por la paz de todos y por la retardación del fin del mundo. Juntámonos además para conferenciar de la Sagrada Escritura y darnos avisos y tomar normas de vida según lo exigen las circunstancias del tiempo y los mismos asuntos.

771. Allí, con palabras del cielo, apacentamos la fe, levantamos la esperanza, arraigamos la confianza y la enseñanza de los divinos preceptos y la macizamos sin cansarnos de inculcárnosla. Allí mismo se hacen las amonestaciones, se señalan castigos y se imponen las censuras. Si se juzga es con mucho peso y miramiento, como sabedores de que Dios todo lo ve. Si alguien ha delinquido en pecado atroz, como en un ensayo del gran día del juicio venidero, se le aparta de la oración de la comunidad y de cuanto dice trato con los fieles.

772. Presiden los actos presbíteros excelentes que subieron a este honor no por compra, sino por el testimonio de sus méritos, que cosa divina jamás se merca con plata. Y si tenemos una cosa, que queráis llamarla arca, sabed que cuanto se impone en ella no es tributo del honor con que se paga el culto del oficio, sino pequeña cuota mensual y al arbitrio de cada cual, según pueda o le agrade hacer el donativo, sin que medie presión, antes con absoluta liber-

---

[89] Algunas ediciones ponen: «Corpus sumus de conscientia religionis, et disciplinae divinitate et spei foedere.» Nuestra versión es conforme al texto más crítico, que en vez de «disciplinae divinitate» pone «disciplinae unitate».

tad [90]. Se la considera como depósito de la piedad. Lo que allí se recauda no es para gastos de comilonas ni francachelas de glotones, sino para sustentamiento y entierro de pobres, para alivio de niños y niñas huérfanos sin padres y sin medios de vida, para ancianos imposibilitados en sus camas, lo mismo para náufragos y para los que sufren en cárceles, en el destierro de las islas y en las minas sólo por causa de la fe [91]. Todos éstos son ahijados que cría la religión, porque su confesión los sustenta.

773. Pero también esta demostración de extraordinario amor es objeto de las críticas de algunos. «Mirad—dicen—cómo se aman entre sí.» Admíranse, y tanto más les pasma esto cuanto ellos recíprocamente más se aborrecen. «Mirad cómo cada uno está aparejado a morar gustoso por el otro.» Extráñanlo porque ellos más dispuestos están para matarse. También les pone fuera de sí que con el nombre de «hermanos» nos tratemos, y no por otra razón, según creo, sino porque entre ellos todo nombre de parentesco es sólo vocablo de cumplimiento afectado. Ni sólo esto: también somos «hermanos vuestros» por derecho de la naturaleza, que ésta es la común madre de los hombres, aunque vosotros ni a hombres llegáis, puesto que sois tan malos hermanos. Cuánto más dignamente se deben llamar y son «hermanos» aquellos que reconocen a un mismo Dios por Padre, que bebieron un mismo espíritu de santidad, que salieron de un mismo seno de la ignorancia para nacer asombrados a la única Luz de la verdad. Pero por eso, por ventura, se nos tiene por ilegítimos, porque de nuestra hermandad no se han compuesto aún tragedias fratricidas [92] o porque la hacienda que entre vosotros deshace la hermandad, entre nosotros la hace, y es así que los que tenemos las almas y los corazones unidos no rehusamos unir y hacer comunes los bienes.

774. Entre nosotros todos los bienes son comunes, excepto las mujeres [93]. En este solo punto rompemos la compañía, en el que solamente la guardan los demás hombres, los cuales no solamente usurpan las mujeres ajenas, sino que huelgan brindando con las propias a sus amigos; por ejemplo, creo, de entre sus sapientísimos antepasados, el griego Sócrates y el romano Catón. Estos comunica-

---

[90] Escribía San Justino en su *Apol.*, I, núm. 16: «Los que tenemos alguna propiedad o dinero lo ponemos a disposición de la comunidad y hacemos partícipes de ello a los pobres e indigentes.» Véanse además los núms. 544-547.

[91] Véanse Arístides, Justino, la *Epístola a Diognetes*, la *Didaché* y la *Didascalia*, que sobreabundan en estas mismas ideas de caridad admirable (núms. 544-547; 550, 576-577; 618-629; 661-662, 664; 676, 684-686) y Luciano (243-248).

[92] Se refiere a la tragedia de los Atridas y hermanos de Tebas.

[93] Véase la *Epístola a Diognetes*, núms. 576-577.

ron a sus amigos sus propias esposas con quienes se casaron, con el fin de tener hijos de su matrimonio, pero que por lo visto los engendraron de otros.

775. No sé si ellas lo hicieron forzadas. ¿A qué cuidar una castidad que tan fácilmente la regalaban sus propios maridos? ¿En esto acaban la sabiduría de Atenas y la severidad de Roma? ¡Ahí tenéis a un filósofo y a un censor alcahuetes!

776. ¡Qué maravilla, pues, que entre banquetes así se reparta el amor! [94].

Y estos tales no se contentan con denigrar nuestras pobres cenas con delitos de infamia, sino que las censuran de pródigas. Por lo visto, nuestro parece aquel dicho de Diógenes [95]: «Los megarenses cenan como si hubiesen de morir mañana, pero edifican como si nunca hubieran de morir...»

777. ¡Sólo de la pobre mesa de los cristianos se murmura!

778. Nuestra cena con su nombre se define. Palabra griega, entre nosotros, diríase «caridad» [96]. Sean los que fueran los gastos que supone esta cena, administrados por la caridad, siempre rinden ganancia de piedad, porque con este refrigerio remediamos la necesidad de los pobres; no según lo hacéis vosotros, con los parásitos en los banquetes, que por el logro de una libertad relativa profesan se les harte de injurias y de ultrajes, a cambio de que se les deje hartarse a ellos de comida [97], sino, según Dios, con miras únicamente al socorro de los necesitados. Si la ocasión de la cena es tan honesta, la composición y orden corresponde a su razón de ser. Acto de caridad y de piedad no sufre ni vileza ni acción inmodesta. Lo primero que se gusta es a Dios, pues nadie se sienta a la mesa sin la previa oración. Se come según la necesidad de los comensales. Bébese con la sobriedad conveniente a pechos honestos. Así cena cada uno como quien se acuerda que también aquella noche ha de

[94] SUETONIO, en la *Vida de Augusto* (núm. 70), describe una cena en la que doce comensales vestidos de dioses y diosas, entre ellos Augusto, como si fuese Apolo, se dedicaron al más crudo libertinaje. Todavía es más fuerte la descripción que hace de cosa análoga TÁCITO cuando en sus *Anales* (lib. XV) trata de las obscenísimas cenas de Nerón y Tigelino.

[95] Este mismo dicho trae LAERCIO como referido por Empédocles de los agrigentinos. Se atribuye también a ARISTÓTELES aquella otra frase: «Hay muchos hombres que viven parcamente, como si hubiesen de vivir siempre; otros tan pródigos, como si hubiesen de morir mañana.»

[96] El «ágape». Véase núm. 218 ([11]).

[97] De estos parásitos bufones y truhanes de los convites escribieron en comedias y sátiras autores como LUCIANO, DIODORO DE SINOPE, ARISTÓFANES, etc.; y tipos de esa clase aparecen claramente en la *Cena de Trimalción* de PETRONIO.

adorar a Dios. Así se platica como quien atiende a que Dios oye las palabras.

779. Hechos los lavamanos y encendidas las lucernas, se invita a que cada uno salga en medio de la congregación y alabe a Dios al tenor de la Sagrada Escritura o según su devoción le inspirase, prueba que paterniza la frugalidad de la cena. Convite así no puede terminar sino en oración. De allí se retiran todos, no como en patrullas reñidoras que se hieren formando rondas de camaraderías injuriantes ni se vuelven a desenfrenos de torpeza, sino que su único cuidado es el de aumentar más aún su honestidad y pureza, como si lo que hubieran tomado no fuera comida, sino doctrina de moderación. Tal reunión de los cristianos con razón se llamaría ilícita si tuviera los desórdenes que las otras prohibidas, y bien estaría el condenarla si las querellas contra ella fuesen por los mismos títulos que son las quejas contra las demás.

780. ¿Pero en perjuicio de quién nos juntamos jamás los cristianos? Somos los mismos aislados que reunidos; lo que es cada uno eso es la comunidad; a ninguno dañamos, a nadie damos motivo de pena. Cuando los que se juntan son buenos y probos, cuando los piadosos y los castos celebran reuniones, esas juntas no deberían llamarse facciones, sino curia [98].

Id., págs. 130-137.

Los verdaderos facciosos

Ibíd. XL, 1-3

781. Antes, al revés, el nombre de facción débese aplicar a los que conspiran en odio de los buenos y probos, a los que vocean reclamando sangre inocente, excusando el odio que nos tienen so pretexto de aquella insensata opinión de que cuanto ocurre de común desdicha y todos los particulares reveses del pueblo, sólo y todos sobrevienen por causa de los cristianos. Si el Tíber sube a las murallas, si el Nilo no llega a regar las vegas, si el cielo queda seco, si

---

[98] Frase latina consagrada desde LUCANO para significar reunión digna de lo más selecto del pueblo romano. SAN JUAN CRISÓSTOMO, hablando a sus feligreses de que las comidas no deben hacerse para glotonería de truhanes y parásitos divertidos, sino para caridad de menesterosos, dijo aquella bella expresión: «Si esto haces, tu casa no parecerá un sitio de espectáculo, sino se convertirá en Iglesia.» (*Exp. S. Mat.*, hom. 49.)

la tierra tiembla, si irrumpen el hambre y la peste, luego se grita: «Al león los cristianos [99].» ¿Cómo uno solo para tantos?

Id., pág. 137.

Peligrosos equívocos

Ibíd. XL, 13-15

782. Si comparamos las calamidades de épocas antiguas con las acaecidas después de aparecido el Cristianismo, tal vez fueron mayores aquéllas que las recientes.

Desde que aparecieron los cristianos, la inocencia atemperó las iniquidades del siglo y comenzaron a existir quienes orasen a Dios. Cuando sucede que las nubes suspenden la lluvia en verano e invierno [100], cuando ya se teme el mal logro de la cosecha del año, entonces vosotros cada día coméis bien para en seguida cenar mejor; frecuentáis los baños, las tabernas, las casas públicas; inmoláis a Júpiter las víctimas aquilicias [101], decretáis haga el pueblo las rogativas con los pies descalzos, buscáis en el Capitolio el cielo, esperáis las nubes de los artesonados de templo, alejados del cielo y de Dios. Pero nosotros, resecos con los ayunos, exprimidos con toda clase de privaciones, enjutos y casi destituídos de la savia de la vida, postrados en tierra y cubiertos de saco y ceniza, porfiamos por romper el cielo, y cuando ya hemos logrado arrancar el favor a la misericordia de Dios, resulta que vosotros dais las gracias a Júpiter.

Id., págs. 140-141.

---

[99] Esta solución de pedir los cristianos para las fieras no sólo estuvo en boga en tiempo de TERTULIANO y de todos los primeros apologistas, sino también más tarde, cuando escribían SAN CIPRIANO (*Carta a Demtr.*, 3), ARNOBIO (I, 13) y el mismo ORÍGENES (*Contra Celso,* III, 15). EUSEBIO DE CESÁREA, en su *Preparación Evangélica* (1, 4, 3), y SAN AGUSTÍN, en la *Ciudad de Dios* (lib. I, 36), aluden a esta insensata solución de que todas las desgracias del mundo se creían por muchos paganos como castigo de los dioses contra los cristianos.

[100] Los clásicos muchas veces dividieron todo el año sólo en verano e invierno, considerando a la primavera y al otoño como partes de las estaciones dichas; de ahí que TERTULIANO, en vez de decir sequía de todo el año, indique sólo sus dos partes principales.

[101] Sacrificios hechos a Júpiter por motivo de las sequías persistentes para obtener la lluvia. «Aquilices» se llamaban los zahoríes y gente que tenían el arte especial para conocer manantiales y pozos ocultos de agua, y también los encargados de la conducción de las aguas en canales, regadíos, etc.

No somos inútiles a la sociedad

Ibíd. XLI, 1-9

783. ... Hácesenos otro cargo injurioso: el de ser infructuosos para la república. Pero ¿cómo pueden seros sin provecho los que conviven con vosotros, que comen las mismas viandas, visten lo mismo y necesitan de los idénticos menesteres para la vida? ¿Somos acaso brahamanes [102] o indios gymnosofistas [103], selváticos y desterrados de toda vida social? Nos acordamos que debemos estar agradecidos por todo a Nuestro Dios y Señor Creador. No repudiamos ningún fruto los cristianos, si bien templamos el uso y el exceso, pero en todos ellos vemos el favor de Dios al criarlos. No somos hombres fuera del mundo; necesitamos de vuestra convivencia y frutos de vuestras plazas, de vuestros puestos de carne, baños, tabernas, oficinas, tiendas y mesones vuestros y demás comercios comunes del siglo. Nos acomodamos a todo; somos marineros, soldados, labradores, mercaderes, artesanos; sabemos todas las artes y servimos con nuestro trabajo a vuestro uso. Yo no sé cómo llamáis sin provecho para vuestra industria y comercio a aquellos de cuyas compras y trabajo disfrutáis.

784. Si no frecuento tus ceremonias, no por eso dejo de ser hombre aquel día. Si en las fiestas saturnales no me baño con la aurora [104], hágolo por no perder el día y la noche; pero luego voy al baño a hora honesta y saludable cuando éste se acomode más a la sangre y al calor, que no hay por qué, por baño inoportuno, quedar aterido y demacrado. Si no salgo como los condenados a las fieras la víspera de ser arrojados a las bestias a cenar ante el público [105] en las fiestas del Dios Líbero [106], a ¿quién agravio? Dondequiera ceno, de tus viandas compro. ¿Que no me hago con guir-

---

[102] Los brahmanes aquí citados tal vez son los mismos penitentes indios a que alude Clemente de Alejandría en sus *Stromata* (lib. III), que se abstenían de comer carne y de beber vino y vivían retirados en las selvas, al modo de los faquires de ahora.

[103] San Agustín, Clemente de Alejandría y otros autores hablan de estos gymnosofistas; no contraían matrimonio, vivían semidesnudos, retirados de las poblaciones, y a las veces se lanzaban vivos a las hogueras en señal de su desprecio de las cosas humanas.

[104] Celebrábanse las saturnales en seis o siete días consecutivos en el frío mes de diciembre. Las ceremonias religiosas deberían comenzar con un baño matinal.

[105] Véase el martirio de Santa Perpetua y Felícitas (núm. 988).

[106] Muchas veces Líbero se identifica con Baco.

naldas para la sien? [107], ¿y qué a ti con eso? Deja a mi libertad el usar de las flores que te compré. Incluso gustan más las flores cuando se llevan libres y sueltas y se las ve esparcidas más que apretadas en el cerco de una corona. Su perfume suelto quiero, no el que dan engarzadas en los cabellos. ¿Que no concurrimos a los espectáculos? ¿Y a qué? Si me precisa comprar cosas que se venden allí, con más libertad las compro en los mercados. ¿Que dejamos de comprar incienso para los altares de los dioses? Si esa queja proviniese de Arabia, deberían advertir los sabeos que muchos más aromas gastan los cristianos al sepultar sus difuntos [108] que vosotros para sahumar vuestros dioses.

785. Pero decís: «Lo que se ve claro es que cada día se evaporan más los tributos de los templos y que ya sólo menudean los pequeños donativos.» No es culpa nuestra. Nuestra hacienda no llega a sustentar a la vez hombres pobres y dioses mendigos, y entendemos que la limosna no se ha de dar sino al que la pide. No tiene más que extender la mano Júpiter y la recibirá. Mientras tanto, sabed que nuestra piedad recauda más para los pobres de calle en calle que vuestra religión para los dioses de templo en templo. Es notorio que en las demás tributaciones los recaudadores agradezcan a los cristianos su fidelidad en cumplir con el deber, que el cristiano, con igual conciencia, paga al fisco, que se abstiene de quedarse con lo ajeno. De suerte que si se coteja con nuestra fidelidad lo que se defrauda en las gabelas por el engaño y astucia de vuestras fullerías, se advertirá al punto que la merma del tributo de los templos por nuestra abstención queda compensada por nuestra fidelidad y exactitud en las demás cargas del Estado.

Id., págs. 143-146.

---

[107] Los cristianos de esta época, el usar guirnaldas de flores en la cabeza durante estos días, considerábanlo como una aquiescencia con la idolatría. El libro de TERTULIANO *De la corona del soldado* desarrolla especialmente este aspecto de cuestión tan debatida. Véanse también las ideas de CLEMENTE DE ALEJANDRÍA: *Pedagogo*, lib. II, 8.

[108] Las esencias y aromas en que se envolvían los cadáveres de los cristianos miraban ante todo a la resurrección gloriosa de los cuerpos. El cuerpo del Señor fué el primero que entre nosotros fué obsequiado con este regalo de amor y devoción por las devotas mujeres (MCOS., XVI, 1; JUAN, XIX, 38-42; LUC., XXIII, 56).

Los verdaderos «noxios»

Ibíd. XLIV, 1-3

786. No hay ni uno siquiera entre vosotros que considere este tan verdadero como inmenso perjuicio que tan de cerca toca a la república; nadie reflexiona sobre el agravio que se inflige a la ciudad cuando se pierde a tantos justos y se condena a tantos inocentes.

787. Oíd vosotros que visitáis las cárceles cada día para juzgar a los reos y definís los considerandos que motivan el fallo de las sentencias. Alegamos por testigos los mismos procesos, los decretos de la condenación con la variedad de títulos de crímenes de los condenados. Muere éste por asesino, aquél por ladrón y cortabolsas, quién por sacrílego, otro por corruptor, el de más allá por atrapador de vestidos en las termas. Entre éstos se advierten algunos contra quienes sólo se alega el título de ser cristianos. Decid si cuando os presentan reos cristianos os los entregan con apellidos de los crímenes de los demás. De los vuestros, siempre la cárcel hierve; vuestros son los que gimen en las minas; de carne de los vuestros se ceban las fieras [109]. Los que por oficio de los juegos públicos tienen que alimentar a manadas de «noxios», los hallan entre los vuestros. Entre éstos no se ve un solo cristiano sino sólo por el delito de que lo es; que si entró de otro modo [110], ya no es cristiano.

Id., págs. 146-147.

CONCLUSION

Filósofos y cristianos

Ibíd. XLVI, 17

788. ¡La verdad de los filósofos, la verdad de los cristianos...! ¿Qué semejanza tienen el filósofo [111] y el cristiano, el discípulo de

[109] En los anfiteatros.

[110] Por razón de otros crímenes o delitos. Véase el núm. 663.

[111] Aquí se entiende «filósofo» en el sentido que hemos venido exponiéndolo varias veces. Véanse los núms. 77-33, 130-131, 258...

Grecia y el del cielo, el tratante de la fama y el negociador de la vida, el que trabaja sólo en los dichos y el que en la obra, el que destruye las cosas y el que las edifica, entre el amigo del error y el enemigo de la mentira, el que interpola y cercena la verdad y el que la conserva íntegra, el que la hurta y el que la custodia?

Id., pág. 154.

Diversas medidas

Ibíd. 1-6

789. Estas doctrinas llamáis en los cristianos presunción, y en los filósofos y poetas, insignes ingenios y suma sabiduría. Estos son tenidos por prudentes, nosotros por menos; ellos merecen honra, nosotros burla y aun castigo [112]. De ningún modo son, pues, ineptas, pero aun suponiendo que estas doctrinas incluso fuesen falsas y ridículas, lo cierto es que a ninguno le perjudican. Vosotros mismos cuántas cosas semejantes a las nuestras e incluso vanas, fabulosas, las toleráis con impunidad, sin acusación y sin castigo. Pero demos más, demos haya en esta doctrina simpleza; debería entonces despreciarse con chacota, no con espadas, no con fuegos, no con cruces y fieras.

790. Ante esta cruel carnicería no sólo el vulgo ciego salta de placer, sino también algunos de vosotros quieren con la maldad granjearse el aplauso del vulgo ciego, como si todo lo que podéis en nosotros no dependiese de nuestro albedrío. Soy cristiano porque quiero serlo. El que me condenéis o no, depende de mi voluntad. Si pues, con querer yo no ser cristiano nada podrías en mí, el que se me condene o no, más depende de mi voluntad que de tu poder. Nada, pues, más sin razón que el regocijo del vulgo en nuestros vejámenes, pues ese gozo más es nuestro que suyo, una vez que somos nosotros los que preferimos se nos condene a separarnos de Dios...

Id., págs. 166-167.

---

[112] La misma antítesis nos ofrece ARNOBIO (lib. I, 28).

Dios está con nosotros; por eso crecemos más cuanto más nos segáis

Ibíd. L, 1-16

791. «¿Por qué se querellan los cristianos—decís—de que los perseguimos? ¿No desean ellos tanto padecer? Debéis amarnos mucho, pues os damos lo que queréis.» Sí, es verdad que deseamos sufrir, pero como el soldado la guerra. A la verdad, nunca el sufrir es gustoso, que el temor y el sobresalto en los peligros son forzosos. ¿Acaso el mismo que se queja de la guerra no se esfuerza, llegado el momento, por luchar con todo valor, y cuando vence se goza en el honor y los despojos? Batalla es para nosotros cuando se nos lleva a los tribunales [113], para allí combatir con peligro de la vida en defensa de la verdad. Victoria es conseguir aquello por cuyo logro se pelea. La gloria de esta victoria consiste en dar gusto a Dios, y sus despojos son la vida eterna. ¿Se nos declara convictos? Logramos la causa; luego vencemos cuando morimos, y nuestra prisión es nuestra libertad. Nada nos importa nos llaméis «sarmenticios» y «semiaxios», porque atados al palo del medio eje de un carro y envueltos en sarmientos somos quemados vivos. Esta es la librea de nuestra victoria, este nuestro vestido bordado de palmas, este el carro de nuestro triunfo [114]. Con razón no agradamos a los vencidos, por no habernos podido arrancar la fe. Tenednos, si queréis, por desesperados y perdidos; pero esto que a vuestros ojos parece desesperación y perdición, para nosotros es enarbolar el estandarte de la virtud, como pregón de la gloria y de la fama. Mucio dejó gustoso la mano derecha abrasada sobre el ara. ¡Sublime temple de alma! Empédocles se arrojó cuanto era al cráter del Etna cerca de Catania. ¡Oh esfuerzo de corazón...! ¡Oh gloria lícita, porque humana, a la cual, ni la presunción la tiene por miserable ni la opinión la juzga desesperada; ganóse padeciendo con desprecio de la muerte y con toda clase de tormentos, sólo que lo que te es lícito a ti sufrir por la patria, por la tierra, por el imperio y por la amistad, por lo visto un cristiano no lo puede padecer por Dios! Y, sin embargo, a todos ellos les levantáis doquiera estatuas, es-

[113] Véase la *Exhortación al martirio,* del mismo TERTULIANO, núms. 676-683.

[114] Los generales y Emperadores en los grandes triunfos llevaban vestidos policromados con bordados de palmas en oro. En lo correspondiente a las coronas, véanse los núms. 450-454.

culpís imágenes [115], inscribís títulos para eternizarlos [116]. De vuestra parte con esos monumentos queréis procurarles una especie de resurrección. Pero si uno espera la verdadera resurrección de Dios, le motejáis de loco.

792. Pero seguid vuestra conducta, presidentes buenos, tanto más aplaudidos por el pueblo como excelentes cuanto en esta fiesta les sacrificáis más cristianos; atormentad, torturad, condenad, haced añicos, que vuestra maldad es la prueba de nuestra inocencia. Por eso sufre Dios que suframos. Estos mismos días, con condenar una cristiana a que fuese entregada no al león, sino a un lenón [117], bien claro dísteis a entender que entre nosotros la falta de la pureza se reputa más atroz que toda pena y toda muerte. Nada medra vuestra crueldad por ingeniar tormentos exquisitos. Para los de nuestra fe son caricias; más nos hacemos cuanto más vidas nuestras segáis; la sangre de los mártires, semilla es de cristianos [118].

Nuestros mártires deberían hacer pensar a los hombres para dar con el secreto de su virtud

793. Son muchos entre vosotros los que exhortan a sobrellevar con paciencia el dolor y la muerte, como CICERÓN en las *Tusculanas* [119] y SÉNECA sobre *Las cosas fortuitas* [120], y DIÓGENES [121], y PYRRÓN, y CALINICO [122]. Nunca hallaron sus palabras tantos discípulos como han conquistado imitadores las obras de nuestros mártires. La misma constancia que os da en rostro se convierte en maestra. ¿Quién que pare mientes en ella no se siente arrastrado a indagar dónde está el secreto de esa realidad? ¿Quién, si allí lo busca, no le halla? ¿Quién que lo halla no se allega? Y si se allega, ¿quién no desea sufrir para redimir toda la gracia de Dios y así,

---

115 En planchas, mármoles y piedras preciosas como camafeos.

116 Ya los egipcios lo usaban hacer así en sus obeliscos y monumentos centenares de años antes de Cristo.

117 Véanse los núms. 496-497.

118 Véanse los núms. 529 y siguientes.

119 El lib. I es de *Despreciar la muerte*; el II, de *Sufrir el dolor*.

120 Este libro de SÉNECA fué dedicado a Gallión sobre el remedio de las desgracias y cosas fortuitas que nos ocurren.

121 *Sobre la muerte*.

122 De ser CALINICO «el retórico» no nos ha quedado ningún libro suyo.

con la recompensa de su sangre, obtener el perdón, pues sabido es que por el martirio se borran todos los pecados? Por esta causa, en el mismo tribunal, damos las gracias por vuestra sentencia de muerte. Caso es éste en que la crueldad humana y la piedad divina con emulación compiten. Cuando nos condenáis, nos absuelve Dios.

Id., págs. 167-172.

SECCION QUINTA

SANTOS INSIGNES CUYAS CARTAS, PASIONES Y ACTAS DE MARTIRIOS SE CONSERVAN DEL SIGLO II

He aquí la parte culminante de esta obra. Todos los documentos y textos aducidos no son sino colores, detalles y lejanías esfumadas cuyo único objeto ha sido el de preparar y presentar el variado fonro y el ambiente del claroscuro de estas magníficas figuras centrales del cuadro.

Hasta ahora no hemos hecho sino dejar a disposición de los conferencistas sueltas y preparadas las cajas de color, los pinceles, el lienzo extendido, y sobre éste unas cuantas líneas directrices del dibujo de ambiente y perspectiva por donde puede ir la mano del artista.

La siguiente sección nos da ese mismo dibujo, aún esbozado, pero ya más delineado, en las grandes figuras principales de las escenas en estudio.

No dudo que el lector, sea o no creyente, gustará de pasar sus ojos de filósofo y artista y su corazón de pecho noble y generoso por estas páginas, que sin duda en su lengua original son le las más expresivas y sublimes de todas las literaturas del mundo. No quiero extenderme en elogios míos de presentación, cuando las cosas en sí mismas son su más cumplida recomendación.

PREAMBULOS

I. CLEMENTE ROMANO

Recuérdese que San Pedro murió entre el 64 y 67. CLEMENTE fué uno de sus más inmediatos sucesores en la Sede Romana del 92 (?) al 98 (?) 100 (?). Su *Carta a los Corintios*, escrita hacia el 96, es de un subido valor teológico y jurídico para comprender la idea contemporá-

nea sobre la naturaleza de la Iglesia Católica. Los protestantes creen ver en esta *Carta* la primera aparición pública de lo que llaman el armazón jurídico de la Iglesia Romana», que, según ellos, poco a poco irá sometiendo a sí «la Iglesia de los carismas y del amor». En SAN CLEMENTE R. aparece ya el Papado en sus funciones jerárquicas de árbitro, de guía y de luz aun para iglesias lejanas. El fragmento que nosotros entresacamos es un detalle pequeño dentro del conjunto de la importantísima *Carta*, pero de sumo valor histórico para nuestro caso. Consideramos este fragmento y los siguientes de HEGESIPO como preámbulos, por ser los tres martirios en ellos narrados, anteriores a nuestra época, y sobre todo porque tratan de muertes de varones que fueron columnas del Cristianismo, y, como dice CLEMENTE, modelos de los futuros mártires.

Martirio de Pedro y Pablo

I. *Ad Corint.* V-VI

794. ... Pero para dejar ya ejemplos antiguos vengamos a atletas de nuestros días y propongamos modelos de nuestra época.

Por el celo y la envidia sufrieron persecución y lucharon hasta la muerte los que eran las más grandes y santas columnas. Pongamos ante nuestros ojos a los santos Apóstoles. Pedro, que por el celo (y envidia de otros) sufrió hasta el fin no uno a otro, sino muchísimos trabajos, y así, después de haber dado testimonio, voló al sitio que le correspondía en el Cielo. Por el celo y la emulación, Pablo recibió el premio de la paciencia, siete veces encarcelado, huído, apedreado, y hecho pregonero de la palabra en el Oriente y Occidente ha logrado merecida fama por su fe, pues después de haber enseñado la justicia a todo el mundo, llegó hasta los confines del Occidente [1], y dando él testimonio ante los profetas, pasó de este mundo a su debida y santa morada, no sin antes dejarnos admirables modelos de paciencia.

795. A tales varones e institutores de la vida, se les sumó [2]

[1] He aquí uno de los testimonios que, aunque no evidentemente para algunos críticos, para la mayoría prueba la venida de Pablo a España. Por ejemplo, para FUNK esa frase griega ἐπὶ τὸ τέρμα τῆς δύσεως ἐλθών en el contexto de SAN CLEMENTE sólo puede significar España. Véanse los núms. 555-557, notas.

[2] No se crea, sin embargo, que fué el año del incendio de Roma por Nerón aquel en que con certeza sucumbieron los dos grandes Apóstoles de Roma. Lo más probable es que no murieron ambos juntos. Los autores más críticos ponen la muerte de San Pablo hacia el año 66-67; respecto de San Pedro fluctúan más entre el 64 ó 66, inclinándose a ambas datas historiadores de mucha nota.

una gran muchedumbre de elegidos que, entre tormentos y muchos suplicios sufridos por el celo, nos sirvieron de magníficos dechados. Por el celo sufrieron persecución mujeres representando al vivo a las Danáides y Dirces [3], y después de haber sostenido nefandas y horribles torturas, llegaron a la meta de su carrera y, quebradizas de cuerpo, recibieron noble recompensa [4].

F. X. Funk, vol. I, págs 104-108.

HEGESIPO

Hegesipo, probablemente judío-cristiano, murió hacia el 180. Como recuerdo y fruto de sus viajes y de su estancia religiosa en Roma—en donde según él mismo estuvo desde el Papado de Aniceto al de Eleuterio—escribió sus cinco libros *De cosas memorables*. Es tal vez el primer autor cristiano que hace referencias directas a la serie de la sucesión de los Papas. Sus obras se han perdido y sólo nos restan pocos y diminutos fragmentos, entre ellos los de los martirios de Santiago el Menor y del sucesor de éste, San Simeón, y las herejías que por entonces, por razón sobre todo de ambiciones, empezaron a pulular en la Iglesia. Hegesipo era tal vez demasiado crédulo, y aunque profunda y conscientemente católico en el sentido estricto de la palabra, se

[3] Las danaides—hijas de Danaus—eran oriundas del Egipto, célebres en la mitología antigua, como ninfas relacionadas con las fuentes, manantiales y los ríos. Más tarde formaron parte del cuadro femenino de las mujeres fieras como las amazonas, sauromátidas, sarácidas, las lisídicas, leenas, etc. El suplicio que en el infierno sufren las danaides, de estar siempre llenando de agua un gran cántaro agujereado, no parece poder ser materia de interés para una escena espectacular de anfiteatro. Casi cierto que aquí Clemente cuando dice «hacer las danaides» se refiere al acto de violencia que ejercieron sobre ellas los jóvenes que las querían para esposas, y el asesinato que cometieron ellas matándolos la noche misma de las bodas. Era frase «hacer las danaides»; y éstas eran las escenas mitológicas que se les obligaba a representar al vivo entre horribles tormentos. El suplicio, en cambio, de Dirce consistió en que la ataron a un toro salvaje. Recuérdese el «Toro Farnese», hoy en Nápoles hallado en el Efebeo de las Termas de Caracalla.

[4] Este bello testimonio de Clemente sobre la muerte de San Pedro y San Pablo en Roma confirmólo Cayo, presbitero romano, de quien escribe Eusebio de Cesárea en su *Hist. Ecls.*, lib. II, cap. 28: «Aun Cayo, varón católico, que floreció en tiempo del Papa Ceferino (198-217) en el libro que escribió *contra Proclo*, defensor de la causa de los catafrigas, hablando del lugar de los predichos Apóstoles (Pedro y Pablo) dice así: «Yo—dice—puedo mostrar los trofeos de los Apóstoles. Si gustas ir ya por la vía real hacia el Vaticano, ya por la Vía Ostiense, te saldrán al paso fijos de una y de otra parte como parapetos que son de la Iglesia Romana.»

dejó tal vez influenciar demasiado de los ebionitas y de apócrifos, entre otros el *Evangelio de los hebreos,* bastante parecido al *Evangelio* de SAN MATEO. De ahí que ciertas circunstancias algo sospechosas de sus relatos sobre el modo de los martirios de Santiago el Menor y San Simeón, primero y segundo obispos de Jerusalén, no puedan reclamar del lector un asenso histórico absoluto. De todos modos los documentos presentan no poco interés y merecen, por su enorme antigüedad, consideración y respeto. EUSEBIO DE CESAREA es quien nos ha conservado en su *Historia Eclesiástica* la descripción del martirio de Santiago el Menor en el lib. II, cap. 25, y la de San Simeón, lib. III, cap. 33. Ambos, lo mismo Santiago el Menor como Simeón, fueron parientes bastante cercanos de Jesucristo. HEGESIPO, en sus relatos sobre la primera jerarquía de la Iglesia, dió mucha importancia a la familia y parientes de Jesús. La Iglesia de Jerusalén desde la destrucción de la Ciudad Santa y su permanencia en Pella, por su espíritu judío parece tendió a cierta supremacía de su comunidad sobre las demás cristiandades y uno de sus motivos principales basaba su pretensión en que la habían gobernado desde el principio obispos de la familia misma del Señor. Y algo de esta tendencia del autor advertirá ya el lector aun en estas dos relaciones. La Iglesia de Pella pronto había de perder su historia e influencia.

El martirio de Santiago el Menor el año 62 (?)

En la *Hist. Ecle.* de EUSEBIO DE CESARÉA

Lib. II, 230

796. El régimen de la Iglesia, a una con los apóstoles, recibiólo Santiago hermano del Señor [1], y que ya desde el tiempo de Cristo hasta nuestros días ha sido llamado el «Justo», pues hubo muchos del mismo nombre de Jacobo. Pero éste, ya desde el seno de su madre, realmente fué santo. Nunca bebió ni vino ni sidra, ni jamás probó carne de animal; jamás se cortó el cabello. No se

[1] Este Santiago el Menor, del que también se trata en el núm. 151, fué el mismo a quien se apareció aparte el Señor después de la Resurrección y uno de los que, junto con San Pedro y San Juan, mereció ser llamado por San Pablo «columna de la Iglesia». ¿Fué uno de los doce apóstoles, o sólo uno de los setenta discípulos del Señor? Los críticos parecen inclinarse más a lo segundo. Algunos Santos Padres opinaron que recibió el episcopado de Jerusalén directamente del mismo Cristo; no se sabe en qué fundaron tal parecer. El hecho es que de la muerte del Santo los documentos antiguos presentan dos versiones: una la de JOSEFO. ¿A la sazón estaría él mismo en Jerusalén? (núm. 151). Otra la de HEGESIPO, testigo muy cercano de los hechos que cuenta. Los historiadores modernos, casi todos aceptan la versión de JOSEFO, aunque a la verdad tal vez podían conciliarse ambas versiones más de lo que a primera vista parece; algo así como ocurre con la muerte de San Juan Bautista (núm. 132) contada por los *Evangelios* y JOSEFO.

le vió ni ungirse ni bañarse en los baños. Era el único de todos que tenía permiso para poder penetrar en lo secreto del templo [2]. No usó lana, sino lino en sus vestidos. Acostumbraba entrar solo al templo, y allí solía orar de rodillas a Dios por los pecados del pueblo; y tanto lo hacía, que sus rodillas se encallecieron como las de los camellos, según solía continuamente en férvido voto estar prosternado en el suelo orando por el pueblo. Este, pues, por su extraordinaria santidad mereció se le llamase «justo» u *oblías*, que en nuestra lengua se diría «Castillo del pueblo» y justicia, cualidad que de él presagiaron ya los profetas [3]. Algunos de las siete sectas [4]

---

[2] Aunque algunos autores como RUFINO, etc., han creído se refiere aquí HEGESIPO al *Sancta Sanctorum* del templo, no es así; pues que lo sagrado del templo bien podía también significar sólo el *Sancta*, a donde iban todos los días algunos sacerdotes a ofrecer con sus ornamentos de lino las hostias y víctimas debidas. HEGESIPO no dice que Santiago entrase al *Sancta* para sacrificar, sino a orar. Al *Sancta Sanctorum* sólo podía entrar el sumo sacerdote, y ése mismo una vez al año.

[3] Se ignora a qué profetas alude aquí HEGESIPO.

[4] Las principales sectas del pueblo de Israel fueron: Los «fariseos», palabra aramaica que indica «división», distinción de los demás, de origen antiguo, tal vez de la época de Alejandro Magno, en la que el racionalismo y materialismo helénicos se divulgaron por todo el Oriente y Egipto. Los «saduceos», cuyo nombre viene de *Sadduc*, a quien impuso Salomón como sumo sacerdote, deponiendo a Abiathar. Junto con estas dos sectas pululaba la tercera de los «esenios». Las tres sectas tenían sus grandes diferencias en la ideología teológica, litúrgica, jurídica y política. En tiempo de Cristo, los saduceos tenían gran influjo en la nobleza judía, como los fariseos preferentemente en el pueblo. La doctrina que aún queda en los rabinos y en el *Talmud* es de marcado sabor farisaico. JOSEFO compara los fariseos a los estoicos, los esenios a los pitagóricos y los saduceos a los filósofos materialistas. Los fariseos admitían como fuente de la revelación la *Sagrada Escritura* y la *Tradición de los Padres*; los saduceos, sólo *La Biblia*. Los fariseos, la resurección y los espíritus; los saduceos los negaban, lo propio que la inmortalidad del alma. Los fariseos, en los tribunales, tendían a la benignidad, al paso que los saduceos a la intolerancia y crueldad. Los fariseos eran parcos, austeros, seguían más la razón que el placer, y con ser menos en el Sanedrín, gozaban de más fuerza que los saduceos. Los «esenios», a su vez, eran fatalistas, eclécticos en ideas religiosas, y tenían sus comunidades de vida cenobítica con sus compromisos de vida común, sin propiedad personal y con celibato; y este último por tres razones: para huir de las pasiones que envilecen, porque no se puede fiar de la continencia de nadie, sino en cenobitismo, y porque el filósofo sólo así puede alcanzar ver la verdad. Contaban con sus superiores locales y propios de disciplina local. Eran muy caritativos con todos y su ciencia tenía carácter misterioso, con predominio del espíritu profético que pretendían poseer. Tendían a la vida mixta, entre activa y contemplativa. Los «terapeutas», en cambio, a la contemplativa. Por el año 70 (d. de C.) se les quiso obligar con horrendos tormentos a maldecir de Moisés, revelar secretos y comer carne, para ellos prohibida. Su imperturbabilidad fué admirable. Los «terapeutas», sin ser esenios, llevaban una vida parecida a la de los más perfectos esenios. Los «zelotas», crueles y alborotadores de oficio, negando toda autoridad humana, admitían sólo la teocracia; sicarios y salteadores hallaban en ellos un ideal que cumplir. Los «herodianos» más parece fueron personas aúlicar y de tendencia política que una facción propiamente religiosa.

de las que hemos hablado en los libros anteriores le preguntaron cuál era «la puerta de Jesús» [5]. A los que respondió él que Jesús era el Salvador del mundo.

797. Oído esto varios de ellos creyeron que, en efecto, Jesús era el Cristo. Pero es de saber que algunas de las sobredichas sectas no creían ni en la resurreción ni en que el Cristo había de venir para dar a cada uno su merecido. Cuantos admitieron la fe hiciéronlo por obra y ministerio de Santiago. Como pues muchos de los principales empezaron a creer, a la vez se advirtió comenzaban también a amotinarse judíos, escribas y fariseos, gritando que se había llegado al extremo de que casi todo el pueblo esperaba a Jesús como al Cristo. Y así, reunidos todos, resolvieron personarse con Santiago e imponérsele con estas palabras: «Te exhortamos a que pongas coto al error del pueblo, el cual se ha forjado una idea falsa de Jesús, como si éste fuese «el Cristo». Persuade, pues, a cuantos del pueblo asistan a las festividades de la Pascua tengan la idea justa de Jesús. Todos nos fiamos de ti y con todo el pueblo damos el testimonio de que eres muy justo y que para ti no hay diferencias de personas. Así que persuade al pueblo a que en adelante no yerre más sobre Jesús. Ya sabes que el pueblo y nosotros te hacemos caso con gusto. Sube, pues, al pináculo del templo para que todos puedan verte y oírte más fácilmente estando tú en alto. Sabido es que con ocasión de las Pascuas han concurrido acá todas las tribus de Israel y no pocos gentiles.»

798. Después, los sobredichos escribas y fariseos, una vez dejado a Jacobo en el pináculo del templo, le dijeron con reconcentrada voz: «Oblías, en quien todos con razón tenemos depositada nuestra confianza, ya que la masa del pueblo está en un error siguiendo a Cristo Crucificado, enséñanos qué sea «puerta» de Jesús

---

[5] ¿A qué se referían los judíos cuando preguntaban a Santiago cuál era la «puerta de Jesús»? Puerta, ¿significaría aquí «introducción, institución, iniciación»? En ese caso, «la puerta de Jesús» sería la fe en el Padre y en el Hijo y en el Espíritu Santo. La puerta de Juan Bautista había sido la penitencia; la de Jesús, la fe en la Trinidad, sellada por el bautismo, que traía consigo la remisión de los pecados. Cristo, El era «Puerta de entrada para el Padre, pero la entrada para Jesús mismo es la fe». Otros entienden esta pregunta en esta otra forma: ¿En qué sentido dijo de sí Jesús que El era la puerta: «Yo soy la Puerta»? No faltan autores que la identifican con esta pregunta: ¿Cuál es «la puerta para la religión de Jesús»? Pero no parece fuesen éstos los sentidos de la pregunta de los judíos, ya que lo que éstos querían saber de Santiago no era tanto cuál era la «entrada para la religión de Jesús», cuanto qué idea tenía Santiago del mismo Jesús. ¿Fué Jesús con su doctrina «puerta de la verdad», o al revés, «fué puerta o camino de la impostura»? Y en consecuencia, ¿fué puerta de salvación o puerta (engañándonos) de condenación? A lo que corresponde, según éstos, la contestación de Santiago de que Jesús es «Salvador del mundo».

puesto en cruz.» Entonces, levantando la voz, contestó Santiago: «¿Qué me preguntáis a mí sobre Jesús el Hijo del hombre? El está sentado a la derecha del Sumo Poder y ha de venir en las nubes del cielo.» Como muchos, confirmados aún más por este testimonio de Jacobo, glorificasen a Jesús exclamando: «Hosanna al Hijo de David», al punto los escribas y fariseos concertaron entre sí y se dijeron: «Hemos dado un mal paso provocando semejante testimonio en favor de Jesús. Subamos y precipitémosle para que, consternados los demás, no crean en él.» Empezaron, pues, a decir, gritando: «¡Oh, oh! Aun Oblías ha errado!» Con lo que se cumplía lo que vaticinó ISAÍAS. Está escrito: «Quitemos al Justo del medio, pues nos estorba, por lo que comerán el fruto de sus obras[6].»

Y sin más, subiendo, al punto le precipitaron. Pero como Santiago no murió en seguida de ser derribado, todavía medio de rodillas oraba diciendo: «Señor y Dios Padre, te suplico les perdones, pues no saben lo que hacen.» Entonces ellos: «Apedreémosle», gritaron, y empezaron a herirle a pedradas. Cuando ya estaba envuelto entre piedras, uno de los sacerdotes de los hijos de Rechab, de la familia a su vez de los Rachabin, que fueron recomendados por Jeremías, dijo en voz reprimida: «Perdonadle ya. ¿Qué hacéis? El Justo ora por vosotros.» Entonces, un batanero que estaba allí presente, tomando un palo con que se sacuden los paños, le asestó un golpe en la cabeza. Y así terminó el Justo con feliz martirio. Fué sepultado allí mismo[7], y aun hoy en día se ve en aquel lugar, como recuerdo, una lápida cuadrada sepulcral, al lado del templo. Este Santiago fué un excelente testigo (mártir) ante judíos y gentiles de que Jesús era «el verdadero Cristo...» No mucho después vendría el cerco de Vespasiano y los judíos caerían en su cautiverio.

P. SCHWARTZ, págs. 167-169.

---

[6] ISAÍAS, III, 10.

[7] Los judíos no solían enterrar intramuros de la ciudad; y la piedra cuadrada que permaneció en este sitio, tal vez hasta Tito o lo más tarde Adriano, según todos los datos, no debió pasar de ser una lápida conmemorativa más que una losa sepulcral.

SAN SIMEON, OBISPO DE JERUSALEN

«Tras la persecución de Nerón y Domiciano, precisamente en la época uqe nos ocupa del reinado de Trajano, se desencadenó contra los cristianos por conmoción popular una persecución especial que se extendió a varias ciudades. Sucumbió en Jerusalén, víctima de ella, Simeón, hijo de Cleofás, de quien sabemos fué el segundo obispo de Jerusalén. Testigo de esto fué el mismo HEGESIPO, cuyas palabras hemos citado varias veces, quien con ocasión de hablar de unos herejes, cuenta cómo por estos mismos y en esta época fué acusado Simeón y sometido a tormento durante muchos días, a causa de ser cristiano, no sin excitar la admiración del juez y de los satélites y verdugos, terminando al fin su vida con la misma clase de suplicio que el Señor. Pero será más grato leer las palabras mismas del autor.» EUSEBIO DE CES., lib. III, págs. 32-33.

Martirio de San Simeón el año 107

Hist. Ecles. Lib. III, 32, 6

799. Sobrevivieron, pues, y estuvieron éstos al frente de toda la Iglesia, por lo que llevamos dicho de considerárseles mártires además de parientes de Cristo [8]. Y así, mientras se gozó de la profunda

[8] He aquí las palabras textuales anteriores de HEGESIPO conservadas en EUSEBIO (*Hist. Ecl.*, lib. III, 20): «Por este tiempo (el de Domiciano) aún vivían algunos parientes de Cristo, nietos de aquel Judas que se decía hermano de Cristo según la carne. Delatados éstos por algunos, como descendientes que se decían de la rama de David, fueron citados por Revocato ante el tribunal del César Domiciano, pues sabido es que Domiciano, al igual que Herodes, recelaba de la venida del Cristo. Preguntados por él si eran de estirpe davídica, confesaron que sí lo eran, en efecto, certísimamente. Interrogóles de nuevo Domiciano de qué posesiones o riquezas eran señores, a lo que contestaron que ambos juntos, divididos por igual, sólo contaban con 9.000 denarios, pero pue ni eso lo poseían en moneda, sino en bienes inmuebles de tierras; a saber: 39 yugadas, de cuyas cosechas pagaban los tributos y se proporcionaban el sustento no sin trabajo personal. Y al decir esto, como prueba del hecho, le mostraron sus ásperas manos, ya muy encallecidas por el trabajo continuo. Preguntados por fin sobre Jesús y su Reinado en qué consistía, cuándo y dónde sería, contestaron ellos que ese Reinado no era ni terreno ni de este mundo; antes del todo, celestial y angélico, pue habría de tener cumplimiento al fin de los siglos, tiempo en que vendría Cristo rodeado de gloria a juzgar a los vivos y muertos y dar a cada uno el merecido de sus obras. Oyendo esto Domiciano, no creyó deber proceder adelante en el asunto ni obrar con-

paz que siguió (al tiempo de Domiciano), lograron alcanzar el reinado de Trajano. Hasta que el sobredicho Simeón [9], hijo de aquel Cleofás, que era tío del Señor, acusado igualmente por los herejes [10], tuvo que comparecer en el tribunal ante Atico consular. Sometiósele día tras día por mucho tiempo al tormento, pero su fe salió ilesa de todas las pruebas, de tal modo, que el mismo consular (Atico) y todos cuantos allí estaban presentes no salían de su asombro ante el caso de que un anciano de ciento veinte años pudiera soportar tantos y tales tormentos.

P. *Id.*, vol. I, pág. 32, 6.

DOCUMENTOS PRINCIPALES

SAN IGNACIO MARTIR

IGNACIO DE ANTIOQUIA—según bella leyenda antigua—, el mismo que de niño obtuvo que Jesús pusiese sus manos de bendición sobre él, aparece en el cielo de la primitiva Iglesia como astro fugaz, cuyo destino fué llegar, llenar el Occidente de fulgores vivísimos de estela de luz y desaparecer. A medio siglo de distancia es aún el eco del corazón de Pablo y tajo de la misma pluma. De él sólo se sabe que siendo obispo de Antioquía de Siria vino traído a Roma como uno de tantos *noxii* para los *ludi* o *venationes* con que se divertía al pueblo romano. Mu-

---

dureza; antes, despreciándolos como a gente baja, les mandó irse libres. Y publicando un edicto, dispuso se pusiera fin a la persecución. Estos, salidos así del tribunal, dícese que fueron puestos al frente de las iglesias como mártires y parientes que eran a la vez del Señor, y gozando de la paz que sobrevino después, vivieron hasta el reinado de Trajano.»

[9] Lo raro de este caso es que por los datos que aduce EUSEBIO DE CESÁREA al dar la lista de los obispos de Jerusalén desde San Simeón hasta el levantamiento de Judea en tiempo de Adriano (números 224-229), resultan, desde el año 107 al 132, trece obispos para veinticinco años. La solución parace ser que durante la estancia en Pella de la Iglesia prófuga de Jerusalén, desde el año 70, una vez cogida la Ciudad Santa por Tito, se bifurcó esta cristiandad por diversas colonias próximas en varias comunidades cristianas, cada una con su obispo, pero todas ellas al rededor del núcleo central en Pella, pueblecito de la región de la Perea, a donde, gracias a avisos del cielo, se habían retirado los cristianos de Jerusalén poco antes de la toma e incendio de esta ciudad.

[10] Estos herejes, ¿eran los judío-cristianos, sobre todo los secuaces de Tebustis, que se reveló por razones de ambición de mando, o las sectas de los fariseos y saduceos, como en el caso de Santiago el Menor?

rió en Roma, echado a las fieras hacia el 107. Se conocen las ciudades de su tránsito de Antioquía a Roma. Entre Esmirna y Tróade escribió las siete *Cartas* que se conservan de él y que, tras grandes discusiones entre racionalistas, protestantes y católicos, ya son por todos reconocidas como auténticas y han sido objeto de estudios especiales aun de escuelas sin fe. Son auténticas las escritas a los efesios, a los magnesios, a los trallianos, a los filadelfenses, a Policarpo, a los esmirnacenses y romanos. Otras varias, que hasta hace poco también se le atribuían, son rechazadas por todos como espúreas. Por esta correspondencia se ve el gran intercambio epistolar y de cariño y ayuda que casi oficialmente había entre las comunidades cristianas vecinas. En las *Cartas* de IGNACIO todo es dinamismo, amor, caridad, armonía, unión de corazones, subordinación a los poderes y un gran amor al martirio. Aún parece notarse en sus letras todavía cálido el rescoldo que dejó en la primitiva Iglesia la presencia reciente de Cristo [1].

A los Romanos

800. IGNACIO, *el mismo que Teóforo, a la Iglesia que goza de la propiciación en la grandeza del Padre Altísimo y de su Jesucristo su único Hijo, a la Iglesia querida e iluminada en la voluntad de aquel que quiere todas las cosas que son en la medida de la caridad de Cristo Nuestro Señor, a la que preside* [2] *en la región de Roma, digna de Dios, digna de honor, digna de ser ensalzada como feliz, digna de encomio, digna de lograr los votos de sus deseos,*

---

[1] SAN IGNACIO mártir es el mejor lírico de la vida de la Iglesia. Para él las comunidades cristianas son pedazos del alma y de la caridad de Cristo. La de *Efeso,* «bienhadada en la magnificencia de Dios con toda plenitud»; la de *Esmirna,* «llena de gracia, querida de Dios y madre de santidad»; la de *Tralles,* «amada de Dios, santa, selecta y digna de Dios»; la de *Filadelfia,* «fundada en la paz de Dios, tiene por blasón la pasión de Cristo y sobreabunda en misericordias del Cielo»; la de *Magnesia,* «bienhadada por la gracia de Dios Padre en Jesucristo nuestro Salvador». ¿Y la de *Roma*? Ya lo ve el lector.

[2] La palabra griega προκάθηται («que preside») ha sido muy debatida entre los criticos y teólogos. Que tiene el primado sobre las iglesias suburbicarias de Roma. Así algunos. Otros: Que preside en la misma ciudad de Roma con los suburbios. Así otros, no faltan quienes digan que en el oficio episcopal preside en la región romana. Todas estas versiones no tienen base sólida. El mismo ZAHN, especialista en SAN IGNACIO, con no ser católico, admite que esa presidencia en la mente de IGNACIO se extiende a todas las glesias del Imperio Romano. Realmente, la frase προκάθηται ἐν τόπῳ χωρίου Ῥωμαίων («que preside en la región de los romanos») no dice lo mismo que «preside sobre la región de Roma». En la mente de IGNACIO, las palabras «en la región de Roma» no quieren indicar más que el sitio toponímico donde se halla la Iglesia, que está al frente de todas las demás iglesias cristianas del mundo; y esa Iglesia primacial es la situada en Roma, es decir, la diócesis romana. Este significado, como escribe FUNK, lo admiten ya hoy *plurimi* muchísimos filólogos protestantes.

de intachable pureza de fe, puesta al frente de la caridad[3] *en posesión de la Ley de Cristo y del nombre del Eterno Padre, salúdola en el nombre de Jesucristo, hijo del Padre, y a cuantos unidos espiritual y corporalmente para cumplir todos los preceptos viven unidos entre sí, llenos de la gracia de Dios y exentos de todo color extraño, plenísima e incontaminada salud en Cristo Jesús, Dios nuestro.*

801. Mucho había suplicado a Dios y no había cejado en instar que me concediese el poder contemplar esos vuestros semblantes[4] dignos de Dios. Y ya preso en Cristo Jesús[5], espero por fin

---

[3] En esta frase vuelve a aparecer la misma discusión que la ya indicada poco antes. ¿Qué significa «puesta al frente de la caridad»? Muchos racionalistas y protestantes opinan que esta frase aquí sólo indica la prioridad de la Iglesia Romana sobre todas las demás en hacer caridades. Los católicos y no pocos racionalistas le dan, en cambio, el significado igual que a la anterior: «que preside la congregación de la caridad», es decir, al Cristianismo entero. Lo más obvio parece, en efecto, que lo mismo esta frase πϱοκαθημενη τῆς de IGNACIO, como πϱοκαθεζόμενον ἀληθείας en otros términos, «que preside la congregación de la verdad», usada aquella misma época por CLEMENTE ROMANO, aluden a toda la Iglesia universal; en cuyo caso estas palabras serían una preciosa prueba de la tradición primera de la Iglesia, aun oriental, en favor del primado de la Iglesia Romana.

[4] SAN IGNACIO, todo afecto, igual en esto que San Pablo, tenía por gran consuelo de su alma el poder conocer de cara a los fieles de otras comunidades cristianas. Los comienzos y remates de sus cartas son pedazos de su corazón endiosado.

[5] Como Pablo se gloriaba de su título de Apóstol de Cristo, así IGNACIO de ser encadenado del mismo. Todas sus *Cartas* nos hablan en este sentido. A los *trallianos* escribía: «Amo con toda mi alma el padecer, pero ignoro si soy digno de ello. El hervor que me arde dentro está latente para muchos, pero hierve en mi interior. Aunque entre cadenas, no merezco compararme con vosotros, que no estáis presos...» «Mi corazón se inmola por vosotros, no sólo ahora, sino sobre todo en el momento en que logre ganar a Dios...» «Orad por mí, porque necesito de vuestra caridad en la misericordia de Dios, para que me halle digno de que al fin (con el martirio) obtenga la suerte que me aguarda.» A los *magnesios*: «Disfrute yo con vosotros en todas las cosas, ya que soy digno, pues aunque voy atado con cadenas me creo inferior al último de vosotros, por más que no estéis encadenados...» «Por el cual (Cristo), si no estamos dispuestos a morir voluntariamente, según su Pasión, no debemos creer que su vida vive en nosotros.» Y a los *efesios*: «Soy víctima expiatoria vuestra y me inmolo por vosotros, efesios, Iglesia celebérrima en los siglos... Procuremos ser imitadores del Señor. ¿Quién ha padecido mayores injurias? ¿Quién ha sido ni más deshecho ni más vilipendiado?... Apenas oísteis que me sacaban atado de Siria por el común nombre y esperanza, hicisteis todo lo posible para ver al que ansiaba—y espero me lo obtendrán vuestras oraciones—luchar con las fieras en Roma, para que así consiga ser discípulo (de Cristo). Orad por la Iglesia que está en Esmirna, de donde me han sacado encadenado para Roma a mí, el último de aquellos fieles que moran allí, contento de que Dios se haya dignado escogerme para honrarle con el martirio. Por él (Cristo) llevo estas cadenas, que las reputo margaritas espirituales...» Y, por último, a los *filipenses*: «Y cuanto más veo su gracia en mis cadenas, tanto tiemblo más por no verme perfecto. Confío que vuestra oración me alcanzará lo que me falta y que gracias a ella obtendré la dicha (del martirio) que me asigna la misericordia divina»..., etc.

saludaros, ya que parece ser voluntad de Dios el que me conceda el Señor la gracia de tener un dichoso remate. El comienzo no puede ser mejor. Ni creo me faltará la gracia para que, sin estorbos, llegue por fin al logro de mi herencia. Sólo recelo de vuestra caridad, y sentiría me resultase perjudicial. Sé os es fácil lograr lo que deseáis. Pero os ruego no hagáis que por ser buenos conmigo, dificultéis el que posea pronto a Dios.

802. En este asunto no quisiera prefiráis dar gusto a los hombres, sino a Dios, como siempre lo hacéis. Mirad que jamás se nos presentará ocasión tan propicia ni a mí para posesionarme de Dios, ni a vosotros para que no interviniendo en recomendaciones se realice obra tan bella. Si vosotros calláis por mí, yo hablaré como palabra de Dios. En cambio, si interviniendo tenéis compasión de mi cuerpo, bajaré a mi voz de hombre. No me haréis favor tan excelente como el dejar que sea inmolación hecha a Dios, pues está ya preparada el ara. Así podéis también vosotros, formando el coro de amor [6], cantar al Padre en Cristo Jesús, porque se ha dignado escoger un obispo de Siria a fin de que sea traído al sacrificio del Oriente al Occidente. Nada más hermoso que tener el ocaso en las cosas del mundo para alborear en Dios [7].

803. Jamás habéis tenido sentimientos de envidia para con nadie; antes siempre habéis sido dechado para todos. Sólo os demando os mantengáis también ahora en lo que siempre habéis enseñado. Pedid por mí que no me falten las energías interiores y exteriores para que la realidad en mí corresponda a mis palabras. Cristiano es nombre no tanto de sílabas cuanto de realidades [8]. Sólo si aparezco como tal, ténganme por tal. Entonces seré fiel en verdad cuando desaparezca ante el mundo. Las apariencias no poseen valor. El mismo Jesucristo nunca se manifiesta tanto como cuando, desapareciendo, volvió al Padre. En momentos en que se nos odia, el ser cristiano no es cuestión de palabras, sino de grandeza.

804. Escribo a las Iglesias y a todos lego mi voluntad de que muero gustosísimo por Dios a condición de que no me lo estorbéis vosotros. Os pido no me salgáis con corazonadas de a destiempo. Permitidme sea manjar de las fieras que me hagan apresurar ir a

---

[6] La idea del «acción de gracias» de los cristianos, concebida a manera de sublime coro de Jesucristo, la repite el Santo variándola un poco en la carta a los *efesios*: «En vuestra concordia y amor unísono, Cristo Jesús es quien se canta. Ya cada uno de vosotros es un coro; armonizado en el amor, convertíos en melodía divina por la unidad.»

[7] La traducción más exacta de esta *Carta* es la del P. IGNACIO ERRANDONEA, S. I., en el *Mensajero del Corazón de Jesús*, Bilbao, 1919.

[8] Esta era otra de las ideas favoritas del santo obispo de Antioquía. Escribe también a los *trallianos*: «Lo que hace falta es no sólo llamarse, sino ser, en efecto, cristianos.»

Dios. Trigo soy de Dios, y como tal, sea entre colmillos de bestias molido, para que logre ser pan puro de Cristo. Acuciad [9] más bien a las fieras para que se haga pronto mi sepulcro y no quede rastro de mis restos, pues no querría que mi cuerpo dé cuidados a nadie. Entonces tendré la dicha de ser ya discípulo [10] de Cristo, cuando el mundo no vea nada de mi cuerpo. Si queréis favorecerme pedid a Cristo que, usando de tales instrumentos, llegue a transformarme en sacrificio de Dios. No puedo mandaros como Pedro y Pablo. Ellos fueron apóstoles, yo soy un «noxio»; ellos libres, yo hasta hoy mero esclavo; pero si muero entre torturas (de esclavo) subiré a ser liberto, y aun seré libre del todo con él en la resurrección [11]. Ahora, entre cadenas, sólo sé no poner en nada mi corazón.

805. En mi camino desde Siria a Roma por tierra y mar [12] voy luchando con fieras, atado de noche y de día a diez leopardos; que eso son este pelotón de soldados que a más favores míos responden con mayor crueldad [13]. Sus vejámenes me sirven de purificación, por más que por esto sólo no me creo justificado. Ojalá tenga la dicha de gozar de esas fieras que ya me están preparadas. Pido a Dios

---

[9] La idea del Santo es acuciarlas acariciándolas. En las descripciones martiriales algo posteriores de los que sufrieron horrendos martirios en Tyro, de Fenicia (Euseb., *Hist. Eccles.*, VIII, 7), aparecen algunos mártires que, como Ignacio, debían luchar en el anfiteatro, donde las fieras (osos, leopardos, jabalíes y toros) eran azuzadas contra las víctimas cristianas con picas incandescentes y teas inflamadas. Ignacio las acuciará halagándolas.

[10] En casi todas las cartas indica Ignacio esta humilde idea de su discipulado. A veces aparece que sólo muriendo mártir empieza a ser discípulo de Cristo; otras veces, con el martirio se hace discípulo verdadero de sus hermanos. Ni falta la idea de que ese ser discípulo completo sólo ha de verificarse con la resurrección.

[11] La antítesis entre ellos y Pedro y Pablo lo llevaban muy en el corazón lo mismo San Policarpo como Ignacio. «No os mando nada—escribía Ignacio a los *efesios*—como quien soy algo. Y por más que me encuentre encadenado, aún no he obtenido la perfección en Cristo. Ahora comienzo a ser discípulo y a hablaros como a condiscípulos míos iguales. Necesito también que vosotros me confirméis en la fe, en la amonestación, en la paciencia y en la ecuanimidad... Sé muy bien quién soy y a quiénes escribo. Yo soy un condenado, vosotros gozáis de la misericordia; yo, expuesto a peligros; vosotros vivís en seguridad. Ciudad es ésa de paso para los que siendo martirizados pueden ir a Dios. Vosotros estáis iniciados en los misterios por Pablo, alma santísima, que habiendo logrado el martirio justamente obtuvo ser dichoso, y a cuyos pies tendría a honra estar cuando tenga también la dicha de ser partícipe de Dios.»

[12] El itinerario del via crucis previo de Ignacio desde Antioquía de Siria a Roma fué el siguiente: Filadelfia, Sardes, Esmirna, Tróade, Neápolis y, atravesando la Macedonia al fin, por la vía Egnacia, que va a parar a Diriquio (Roma).

[13] Muchas veces, en estas clases de custodias militares policíacas, al reo y soldado de guardia que turnaba con otros les solía unir una cadena larga, cuyos dos extremos se fijaban, uno en el cuello, piernas o brazos del criminal, y el otro, en general, en la muñeca del soldado.

que prontísimo se lancen sobre mí. Yo las acariciaré para que me devoren al punto, no sea que, recelosas, me dejen intacto como a otros [14]. Y si aun así no se lanzan contra mí, que tanto las deseo, creedme, las forzaré. Dispensadme. Sé lo que me conviene. Ahora empiezo a ser discípulo. No quisiera que ninguna cosa, ni de las visibles ni de las invisibles, tengan ninguna cabida en mi corazón; sólo ansío la posesión de Cristo. Vengan fuego, cruces, asaltos de fieras, rasgaduras del cuerpo, distensión y descoyuntamiento de huesos, trituraciones, magullamiento de todo mi sér y cuantos tormentos hagan los demonios que lluevan sobre mí. Sólo anhelo conquistar a Cristo.

806. ¿Qué a mí con todos los reinos y confines del mundo? Mejor me es morir por Jesucristo que reinar hasta los confines de la tierra. Ardo en deseos de Aquél que murió por mí; a Aquél busco, que resucitó por nosotros. Siento como ansias de parto. Perdonadme, hermanos. No me estorbéis vivir, no me hagáis morir. Y pues me arrastra hacia sí Dios, no interpongáis nada de mundano, que la materia es seductora. Tengo sed de lumbre pura. Al abrazarla, empezaré a ser hombre. Ayudadme a que pueda ser imitador de la Pasión de mi Dios. Quien lo posea en sí entenderá mi lenguaje y me tendrá compasión, haciéndose cargo de las apreturas de mi corazón.

807. El príncipe de este siglo hace los posibles para arrebatarme y frustrar los anhelos que siento de Dios. Que ninguno de vosotros coopere con él en su intento. Poneos de mi parte, o lo que es lo mismo, del lado de Dios. Labios que pronuncian a Jesucristo no deben hablar de mundo. No os dejéis llevar de celo mal entendido. Aunque, presente yo, ahí os pidiera otra cosa, no me hagáis caso; estad a lo que os escribo ahora. En plena vida os escribo que anhelo la muerte. Mi amor está crucificado [15] y todo mi sér es ascua de

---

[14] Tal vez se refiere aquí el Santo a casos de otros mártires cristianos, como el de Santa Tecla (núm. 1.117); pero algún hecho raro de esta clase se cuenta también en las historias profanas. Y celebérrimo fué en la antigüedad el que refirió APIÓN en el libro quinto de su *Compendio sobre Egipto*, como de cosa cuyo protagonista conoció él mismo, del esclavo Androclo, que en momento difícil auxilió a un león herido en el desierto, y después, llevados ambos por casualidad a un anfiteatro, reconocido el bienhechor y acariciado por la temible fiera, le debió a ésta la vida, pues el público, entusiasmado del suceso, pidió el perdón y la vida para la fiera y el esclavo (AULIO GELIO: *Noches Aticas*, I, 14).

[15] La mayor parte de los autores modernos creen que este amor de que habla aquí IGNACIO es «la concupiscencia», en el mismo sentido en que había escrito SAN PABLO que tenía crucificados sus vicios y concupiscencias (*Galat.*, V, 24). El mismo mártir tiene en este sentido otra frase que viene a ser expresión gemela de esta misma idea; con todo, ORÍGENES, a quien llama HARNAK «feliz intérprete de IGNACIO» en el preciosísimo prólogo

fuego espiritual sin nada de materia; en mi interior bullen fuentes vivas, y oigo una voz que me dice: «Ven al Padre.» ¿Cómo alimentarme con manjares ni delicias de aquí abajo? Hambre tengo del pan del cielo, que es la carne de Cristo Jesús, que viene de la estirpe de David [16]. Sed tengo de la sangre del mismo que es caridad incorruptible.

808. Ya no más vivir a lo humano. El que se haga depende de vuestra voluntad. Queredlo, si queréis que Dios os tenga también benevolencia. Os lo pido en dos letras. Creedme. Hágaos ver Cristo Jesús cómo es verdad lo que os digo. El es la boca de la veracidad misma, por la que habló el Padre. Pedid que lo obtenga. No es la carne quien me inspira estas letras, es la luz de Dios. Si logro morir, me habéis querido bien. Si quedo libre, me habéis odiado.

809. Ni os olvidéis en vuestras oraciones de la Iglesia de Siria, que con mi ausencia no tiene más pastor que Dios. Sólo Cristo Jesús es el que hace allí de obispo ayudado por vuestra caridad. Me avergüenzo de decir que soy uno de ellos, no me siento digno; al fin y al cabo no paso de ser el último de ellos y como abortivo [17]...

---

a su *Exposición del Cantar de los Cantares*, poniéndose a explicar las diversas significaciones de la palabra «*amor*» *de concupiscencia*, «*amor*» *de benevolencia, caridad*, etc., toma exprofeso esta frase de SAN IGNACIO en el sentido de que «mi Amor está crucificado»; es decir, «mi Amor (Cristo) está crucificado».

[16] Esto lo pone SAN IGNACIO aludiendo a los herejes, que ya por entonces empezaban a propalar la idea de que Cristo ni nació ni murió hombre verdadero, sino bajo la apariencia de tal. A esto alude el Santo cuando, escribiendo a los *trallianos*, les dice con toda energía: «Tapad vuestros oídos si alguien os habla sin Jesucristo de la estirpe de David, procedente de María, que verdaderamente nació, comió y bebió, que sufrió verdaderamente debajo de Poncio Pilatos, verdaderamente fué crucificado y muerto. Que también resucitó verdaderamente de entre los muertos, resucitándole su Padre, quien también, y a su semejanza, nos resucitará a nosotros los fieles, Padre suyo en Cristo Jesús, sin el cual es imposible obtener la verdadera Vida.» ¿Quién no recuerda al oír estas aseveraciones el núcleo central de nuestro símbolo de Fe? Y en la carta a los de *Esmirna*, uniendo esta misma idea con la de su martirio, escribe: «Y si Cristo realizó todas aquellas cosas sólo en cuanto a la apariencia, ¿es que acaso también yo estoy encadenado sólo aparentemente? ¿Por esto me he entregado yo a la muerte, al filo de la espada, al fuego o a las fieras? Es que sé muy bien que quien está cerca de la espada se halla cerca de Dios, y quien está con las fieras ése está ya con Dios, con tal de que sea en nombre de Jesucristo. Todo lo voy soportando para sufrir el martirio junto con El. El me ayudará para ello.» Y en la misma carta: «Si como propalan ciertos «ateos» o infieles, Cristo sufrió sólo en apariencia, ¿a qué llevo estas cadenas? ¿A qué este ardor que siento de luchar con las fieras? ¿Luego mi muerte será baldía? ¿Luego serán vanas mis palabras sobre el Señor?

[17] SAN IGNACIO se parece mucho a San Pablo en el modo elevado de considerar a los suyos. Para los dos, sus fieles son miembros de Cristo, son poseedores de algo tan divino que dejan al lector impresionado. No me choca que SAN IGNACIO, en su espíritu de fe, se vea menor que ellos. Con expresiva condensación griega, él, en los cristianos, cree ver a deíferos (portadores de Dios), templíferos (portadores de templo interior),

Pero con la misericordia de Dios, que me ha hecho suyo, espero ser algo si logro ganar a Dios.

810. Os saludo desde lo más íntimo, lo mismo que la caridad de las iglesias, que en mi trayecto me han recibido como a uno de ellos en nombre de Jesucristo, porque aun iglesias alejadas del camino que voy haciendo en carne se adelantan para saludarme en cada una de las ciudades por las que voy de paso.

811. Os escribo desde Esmirna, en propias manos de fieles de Efeso, dignísimos de que se les llame dichosos. Entre otros me acompañan también Croco, nombre para mí dulcísimo. Supongo que conoceréis ya a los que para gloria de Dios me tomaron la delantera desde Siria a Roma; anunciadles también mi próxima llegada. Todos ellos son dignos de vosotros y de Dios, y bien merecen todo cuanto en cualquier cosa hiciéreis por ellos [18]. Escrita el 24 de agosto [19].

812. Adiós. Firmes hasta el fin, y resistid por Jesucristo.

P.

---

cristíferos (portadores de Cristo), santíferos (portadores de santidad), adornados por todas partes en los preceptos de Jesucristo. Y a todos ellos, ya juntos en sociedad, les dice: «Reuniéndoos en un solo sitio, sea (la Iglesia) una única oración, única plegaria, una sola esperanza, en caridad, en gozo santo, que es Cristo Jesús, que es lo más excelente de cuanto existe. Concurrid todos a formar un solo templo de Dios, un solo altar, un solo Jesucristo, que saliendo de un solo Padre existió en El y ha vuelto a El.»

[18] FUNK opina muy probable que LUCIANO DE SOMOSATA conocía las *Cartas* de SAN IGNACIO, e incluso cree hallar huellas ignacianas en más de un pasaje del diálogo *La muerte de Peregrino*. No lo negamos; aunque, a la verdad, de ser caricatura creemos que el desenlace de Peregrino más se asemeja a la muerte de San Policarpo que a la de San Ignacio (Cfr. núms. 241-251).

[19] Sólo por vía de curiosidad y por terminar este precioso documento incluímos aquí las dos cartitas de SAN IGNACIO a la VIRGEN y de ésta al santo mártir, y que no fueron sino una devota ficción de un alma más ingenua que discreta, probablemente de los siglos XIV o XV. Las traduzco del mismo T. ZAHN: «*A María portadora de Jesús, su Ignacio*: Deberías haberme confortado y vigorizado a mí, que soy neófito y discípulo de tu Juan. Llevo oídas cosas de tu Jesús que dejan a uno maravillado y estupefacto. Y gozaría de veras de que tú misma, que siempre fuiste su íntima confidente y para quien no tenía secreto, me enterases de la verdad de lo que llevo oído. Te he escrito, y también a otros, preguntándoles de lo mismo. Adiós. Y ojalá que los neófitos que están aquí conmigo sean fortalecidos de ti y por ti y en ti. Amén.» «*A Ignacio, querido condiscípulo, la humilde esclava de Jesucristo*: No dudes que cuantas cosas has oído y aprendido de labios de Juan todo es verdad. Créelas, adhiérete a ellas y sé constante en retener lo que te hizo aceptar el Cristianismo, adaptando a ellas tu vida y costumbres. Estoy en ir acompañada de Juan a visitaros a ti y a los tuyos. No titubées y sé veril en la fe, ni hágate mella la aspereza de la persecución, sino que en todo caso tu corazón ha de mantenerse firme y alegre en Dios tu Salvador. Amén.»

Las fechas tenían en estos casos gran valor de oportunidad dada la travesía del Santo, pues por ella podían colegir los cristianos de Roma la llegada aproximada del obispo de Antioquía a la capital del mundo.

SAN POLICARPO, OBISPO DE ESMIRNA

San Policarpo.—He aquí un obispo de gran talla y relieve en la primitiva Iglesia. Su influencia fué importante, no sólo entre los cristianos, sino también entre los gentiles. Obispo, apostólico y dotado de carismas, actuó como pastor de la comunidad de Esmirna y como admirable misionero de la fe. Dióle extraordinario prestigio su trato personal con San Juan Evangelista y su amistoso encuentro con San Ignacio Mártir al ser éste transportado a Roma. Se ignora la data de su nacimiento, pero su muerte coincide con el 155 ó 156 de nuestra era. Sin las expansiones del obispo de Antioquía, fué émulo suyo en el amor a Cristo y a su Iglesia y en la serena virilidad de su celestial temple de alma. La literatura cristiana le relaciona con tres escritos auténticos y uno apócrifo. Los auténticos son una *Carta* a él de San Ignacio (106), otra de él a los filipenses (108) y el *Martirio del Santo,* escrito después del 156. *Su vida,* escrita por Pionio, es una de tantas leyendas del siglo IV. La *Carta de la Iglesia de Esmirna a la de Filomeno* merece conceptuarse como una de las más bellas e históricas, de la más antigua literatura cristiana. Para dar el realce debido a su figura y martirio, le anteponemos varios fragmentos de él mismo y de otros autores, que sin duda serán del gusto del amable lector.

IRENEO

A Florino [1]

Antes de presentar al lector la relación de la muerte de San Policarpo, queremos ofrecerle este significativo fragmento de su discípulo San Ireneo, pues denota admirablemente la estima que se tenía entonces de la rectitud y espíriu tradicional del gran maestro del Oriente.

---

[1] Florino era a la sazón presbítero romano, que había incidido en el gnosticismo, secta que parecia atacar la esencia misma del Cristianismo.

En la *Hist. Ecl.* de EUSEBIO DE CESAREA

Lib. V, cap. 23.

813. Estas opiniones [2], Florino, para no ser sino breve y parco en mis palabras, no son conformes a sana doctrina. Estas opiniones disienten de la Iglesia, y a sus acogedores los precipitan en profunda impiedad. Estas opiniones, ni los mismos herejes que están fuera de la Iglesia han intentado nunca sostenerlas. Estas opiniones no te las traspasaron de los antiguos aquellos presbíteros (ancianos) que trataron personalmente con los discípulos del Señor. Me acuerdo de cuando te vi, siendo yo niño, en el Asia Inferior, cuando tenía trato con Policarpo. ¡Qué bien trabajabas en la corte [3] y cómo procurabas granjearte su aprecio! Las cosas de por entonces se me han grabado mejor que lo sucedido más tarde, pues lo aprendido en la niñez crece con uno y se identifica más en nuestro sér. Como que podría señalar el sitio mismo donde el bienaventurado Policarpo tomaba asiento y disertaba. Su andar y su misma entrada, su forma de vida y las facciones de su rostro, lo mismo que las pláticas que hacía al pueblo, el trato familiar que, según decía, había tenido con Juan y los demás discípulos que habían conocido al Señor. ¡Cómo recordaba los dichos y cuanto él había oído sobre el Señor de labios de los mismos, y de los milagros y de la doctrina del Señor! Hablaba Policarpo exactamente lo mismo, tal cual él lo había recibido de quienes habían visto al Verbo de vida, sin diferenciarse en nada de las Escrituras. Todo ello lo oía yo con ansiedad entonces, gracias a la divina clemencia, grabando lo que oía no en papel, sino en medio del corazón [4], y aún hoy por gracia de Dios lo vuelvo y re-

[2] *Dogma*, en el sentido ahora usado de SAN IRENEO, significa opinión o doctrina o modo de pensar propio de una escuela.

[3] Difícil es averiguar a qué alude SAN IRENEO. Como escribe BATIFFOL, en el Asia de que habla IRENEO sólo estuvieron los años 122 y 129, y Lucio Vero el 162. Tal vez podía referirse a la comisión que llevó Antonino Pío, pues éste, siendo aún sólo procónsul del Asia, estuvo allí en el año 136, en cuyo caso coincidirían bien todas las referencias de IRENEO.

[4] Para persuadirse del empeño que tenían los primeros cristianos en no transgredir de ningún modo nada que se refiriese a la exacta tradición traspasada de unos a otros, basta leer aquel aviso de SAN IRENEO a los copistas de su libro *De Ogdóade*: «Seas quien seas el transcritor de este libro, te conjuro por Nuestro Señor Jesucristo y por su gloriosa venida, en la que ha de juzgar a vivos y muertos, que cotejes lo copiado con el original y que, según éste, corrijas con toda escrupulosidad lo transcrito, y que hagas constar a su vez tu afirmación jurada, incluyéndola en el mismo códice transcrito.» (EUSEB., *Hist. Ecles.*, V, 12.)

vuelvo sin cesar y puedo afirmarte en la presencia de Dios que si aquel venerable varón apostólico llegase a oír algo de lo que dices, había de saltar al punto y exclamar tapándose los oídos: «¡ Dios mío, a qué tiempos me has reservado para tener que aguantar esto !» y que hubiese huído súbitamente del lugar donde o en pie o sentado hubiere oído explicaciones semejantes. Y ahí están, si no, sus cartas, que me dan la razón, las que él dirigió ya a las Iglesias vecinas para confirmarlas, ya a personas particulares de entre los hermanos, siempre amonestándoles y exhortándoles.

P. SCHWARTZ, vol. I, págs. 482-484.

CARTA DE SAN IGNACIO A SAN POLICARPO

De corazón a corazón

Fragmentos. Núms. 1, 2, 7 y 8

814. IGNACIO, *o también Teóforo, o Policarpo, obispo de la Iglesia de Esmirna, quien a su vez tiene por obispo suyo a Dios Padre y a Nuestro Señor Jesucristo, muchísimos saludos.*

815. I. Habiendo comprobado prácticamente que tu mente está firme e inmoble como sobre una roca, no puedo menos de felicitarme de todo corazón de que haya logrado ver tu venerable rostro, del que ojalá pudiera disfrutar siempre en el Señor [6].

816. Te animo a que por la gracia que tienes en tanta abundancia apresures más tu carrera en el servicio de Dios y exhortes a todos a que logren la salvación. Defiende tu puesto con todo esmero temporal y espiritual. Ten sumo cuidado por la unión, que es el máximo bien. Tolera a los demás como te tolera a ti el Señor, y sigue soportando a todos en caridad como ya lo haces. No se interrumpa tu oración; pide a Dios te acreciente más y más su conocimiento. Está alerta con el corazón siempre vigilante. Habla a cada uno según el uso de Dios, y al igual que un perfecto atleta,

---

[6] No parece se hubieran conocido personalmente estos dos Santos hasta su encuentro y abrazo en Esmirna.

lleva sobre ti las debilidades [6] de los otros. Y recuerda que a mayor trabajo corresponde mayor recompensa.

817. 2. Amar a discípulos dóciles es cosa natural. El mérito está en, a fuerza de mansedumbre, saber ganar a los más díscolos. No toda herida sufre el mismo medicamento. Los movimientos intemperantes suavízalos derramando bálsamo. Sé prudente como la serpiente con todos, a la vez que sencillo como la paloma [7]. Tienes cargo de cosas espirituales y temporales, y así, cuantos casos se te presenten, procura usar en ellos de placidez. Pide que se te manifiesten las cosas invisibles para que sin que nunca te falte nada seas rico en dones de Dios. Los tiempos te reclaman para que como timonel soslayes los vientos y en medio de la borrasca arribes junto con todos los tuyos a Dios. Sé sobrio como atleta de Dios. El premio ofrecido es la inmortalidad y la vida eterna, como lo sabes perfectamente. En todas las cosas me considero víctima expiatoria por ti en mi persona y cadenas que tan queridas te han sido...

818. 7. Como la Iglesia que está en Antioquía de Siria [8], según referencias que tengo, gracias a vuestras oraciones goza ya de tranquilidad, yo mismo me encuentro menos preocupado en la seguridad de Dios, confiado en que por el martirio he de poseer a Dios y merecer así ser discípulo vuestro en la resurrección...

819. Policarpo felicísimo, haz lo posible en el Señor por convocar una reunión de gente de espíritu de Dios y mira de elegir a uno a quien ames entrañablemente y sea además activo y que merezca el nombre de corredor de Dios, y dale toda tu confianza para que, yendo a Siria, ejercite allí gloriosamente vuestra activa caridad en glorificación de Dios [9]. El cristiano no se pertenece; nuestra persona y actividades son de Dios. Con haber hecho esto habréis realizado una obra de Dios. Confío en la gracia de Dios, pues sé estáis dispuestos a hacer caridades tan del espíritu de Dios. Habiendo conocido vuestro intenso amor por la verdad, he querido animaros con estas pocas letras mías...

820. 8. Y pues me es del todo imposible dirigirme a todas las Iglesias (de mi tránsito) por la orden repentina recibida de zarpar de Troas a Neápoli, ya que estás en posesión de la doctrina de Dios, encárgate tú de escribir a las Iglesias hacia el Oriente, y los de estas partes que puedan, hagan a su vez lo mismo, sirviéndose

[6] MAT., VIII, 17.
[7] MAT., X, 16.
[8] De donde él era obispo y que, por su prisión, quedaba huérfana.
[9] No le sufría el corazón quedasen abandonadas y sin sus noticias aquellas comunidades cristianas.

unos de peatones que envíen y otros de aquellos que tú mandes con tus cartas, para que seáis glorificados con eterno premio, que bien lo merecéis. Saludo a todos, en especial a la viuda de Epítropo con toda su familia e hijos. Saludo al para mí tan querido Atalo... Saludo al que tenga la dicha de ser elegido para ir a Siria (con estos recados). La bendición de Dios eterna estará con él lo mismo que con Policarpo que le envía. Hago votos para que siempre estéis bien en nuestro Dios Jesucristo, por quien permanecéis en la unidad y en el episcopado. Saludos a Alce, nombre para mí de dulces recuerdos. Adiós en el Señor.

P. T. ZAHN, págs. 96-106.

SAN POLICARPO

Muchas fueron, según SAN IRENEO y EUSEBIO DE CESAREA, las cartas que escribió este admirable varón a las Iglesias vecinas. Sólo nos ha quedado una, de la que traducimos algunos trozos, los más interesantes para nuestro caso. Está escrita a raíz de la muerte de San Ignacio mártir; la presentía como cierta el autor, aunque no se la habían notificado aún. Como esta *Carta* es uno de los documentos que más fe hacen de la autenticidad de las *Cartas* de SAN IGNACIO, los protestantes antiguos negaron su autenticidad. Hoy ya moralmente todos los críticos, aun protestantes y racionalistas, la dan por seguramente cierta de POLICARPO. SAN IRENEO, discípulo suyo, hizo al Papa Eleuterio (174-189) alusión clarísima a esta carta, y EUSEBIO DE CESAREA la incluyó a la letra en el lib. III, cap. 36 de su célebre *Historia*. El año 180 era conocida en muchísimas Iglesias.

Carta a los Filipenses

821. POLICARPO *y presbíteros que están con él a la Iglesia de Dios, que peregrina en Filipos, que Dios omnipotente y Jesucristo Nuestro Salvador aumenten en vosotros su misericordia y su paz*[1].

[1] La ocasión de estas letras fué que los filipenses, a la vez que pedían a POLICARPO que la carta que ellos habían escrito a los antioquenos la reexpidiese él a Siria, le suplicaban que, en cambio, les enviase a ellos las cartas que él conservaba de SAN IGNACIO. Con esta ocasión, como a la vez le demandaban les diese consejos sobre asuntos propios de la Iglesia de Filipos, el Santo anciano les dirigió ésta, que acompañó a las otras que les remitía de SAN IGNACIO.

Fragmentos. Núms. 1, 3, 6, 7, 8, 9, 10, 13 y 14

822. 1. Muchísimo me ha complacido en Nuestro Señor Jesucristo el que hubiérais recibido como recibísteis a los que eran imágenes de la verdadera caridad (a Ignacio y compañeros) y el que según era digno de vosotros hubiérais hecho compañía a los que iban sujetos con cadenas, que tan bien caen a los santos y son como diademas de honor, como predilectos que son de Dios y de Nuestro Señor...

823. 3. Estas cosas os las indico, hermanos, no como quien presume de algo. Os escribo del modo de ser santos porque me habéis apremiado a ello. Ni yo ni nadie como yo se puede parangonar en sabiduría del cielo con el bienaventurado y glorioso Pablo, quien no contento con haber ahí entre vosotros tan valiente y perfectamente enseñado en persona la palabra de la verdad a los que entonces vivían, se dignó dirigiros cartas [2] en las cuales si os miráis, podéis edificaros aún más en la fe que ya poseéis. Esa fe, que es madre de todos nosotros [3], a la cual, si subsigue la esperanza, en cambio precédela la caridad para con Dios y con el prójimo. Quién guarda esto ha colmado ya la ley de la santidad, pues quien goza de la caridad, precisa ande muy lejos del pecado...

6. Los presbíteros deben ser propensos a la conmiseración, compasivos para con todos, atrayentes con los descarriados, visitadores de todos los enfermos, solícitos en mirar por las viudas, pupilos y pobres. Todos sus afanes deben reducirse a obrar el bien ante Dios y los hombres [4], lejos de toda ira y de acepción de personas, objetivos en el juzgar, enemigos de la avaricia, difíciles en creer habladurías contra los demás, nada duros en sus fallos, persuadidos de que todos somos deudores de pecados. Si pues suplicamos al Señor que nos perdone, debe primero preceder nuestro perdón a los demás, pues Dios y el Señor son quienes nos miran y el mismo tribunal es aquel ante el que debemos comparecer todos, para que cada cual dé a Dios cuenta de sí [5]. Debemos, pues, servirle con temor y toda reverencia según preceptos de El y de los apóstoles, que fueron los que nos anunciaron el Evangelio, y según también los profetas, que presignificaron su venida.

---

[2] El mismo San Pablo parece indicar a los *filipenses* (III, 1) que no era aquella la única vez que les escribía.

[3] *Galat.*, IV, 26.

[4] *Prov.*, III. 4: II *Corint.*, VIII, 21; *Rom.*, XII. 17.

[5] *Rom.*, XIV, 10, 12.

824. 7. Quien no confiese que Jesucristo vino en carne es anticristo, y quien no confiese el testimonio de la cruz, procede del diablo, y quien tuerce las palabras del Señor y según su antojo niega la resurrección y el juicio (final), ése tal es primogénito de Satanás. Así que no haciendo caso de las fantasías de muchos y de las doctrinas erróneas que cunden, volvamos a la doctrina que tenéis recibida desde el principio y vigilemos en la oración perseverando en los ayunos. Y os pedimos que hagamos preces a Dios, que a todos nos ve, para que no nos deje caer en la tentación, pues, como dijo el Señor, «aunque el espíritu está pronto, la carne está enferma».

825. 8. Perseveremos, pues, sin cesar en nuestra esperanza y en la garantía de nuestra justicia, que es Cristo Jesús, que en su cuerpo llevó nuestros pecados sobre la cruz, el que no cometió pecados y en cuyos labios jamás asomó dolo, sino soportó todas las cosas a fin de que viviéramos en El. Seamos, pues, imitadores de su paciencia, y si tuviéramos que sufrir por su nombre, sirva ello para su glorificación, ya que se dignó antes presentarnos en sí propio un modelo de esto, y nosotros tenemos fe en ello ..

826. 9. Así que os pido a todos vosotros que seáis fieles a la palabra de la justicia y sepáis sufrir con toda paciencia, una vez que ante vuestros ojos habéis tenido tales modelos, no sólo en los bienaventurados Ignacio, Zósimo y Rufo [6], sino también en otros de entre vosotros mismos, y sobre todo en Pablo y demás Apóstoles, convencidos de que no corrieron su carrera en vano, sino que gracias a su fe y a su santidad han obtenido el cielo que les corresponde en la presencia del Señor, junto con el cual sufrieron el martirio. Ellos no amaron el siglo de aquí abajo, sino a Aquél que murió por nosotros y por nosotros mereció ser resucitado por Dios.

827. 10. Cumplid todo esto y seguid en todo al dechado, que es el Señor, firmes en la fe e inconmovibles, amándoos como hermanos, unidos con el lazo mutuo del amor [7]. Sírvaos la verdad de vínculo de unión y sin menospreciar a nadie, prestándoos mutua asistencia los unos a los otros. No diferáis en el hacer caridades, porque la limosna libra de la muerte [8]. Daos los unos ventaja a los otros y sea vuestro trato con los gentiles irreprensible, pues justo es que ni en vuestro comportamiento vean nada que no sea laudable

[6] Este Rufo y Zósimo eran, por lo visto, consocios y comprisioneros de Ignacio, y no faltan autores que los creen naturales de Bitinia, que por ser ciudadanos romanos fueron remitidos al Emperador Trajano por Plinio, gobernador de aquella provincia.

[7] *Rom.*, XIII, 8; JUAN, XIII, 34.

[8] *Tob.*, IV, 11.

ni hallen en vosotros pretexto ninguno de blasfemar contra el nombre del Señor; antes, ¡ay de aquél que da ocasión para que se blasfeme del nombre del Señor! Sed modelos de sobriedad y que su mejor prueba sea vuestra conducta...

828. 13. He recibido carta vuestra y de Ignacio encargándome que si alguno va de ahí a Siria no falten letras mías, y estaba en enviároslas en la primera ocasión que se me presentase, y lo haré yo por mí mismo o por algún otro encargado mío que estoy en mandar a ésa. Las cartas de Ignacio que él nos envió y todas las demás que estaban en nuestro poder van ya remitidas, según vuestra petición, y con ellas va incluída ésta. Estoy seguro que os serán de gran utilidad, pues que están llenas de fe, de paciencia y de cuanto sirve para edificación en lo referente al Señor. En cambio, os pido nos tengáis al tanto de lo que vayáis sabiendo de Ignacio y de los suyos.

829. 14. Esto os escribo por medio de Crescente[9], al que os recomendé de antemano y os recomiendo ahora de nuevo. Su vida entre nosotros ha sido intachable; espero seguirá siendo lo mismo entre vosotros. Lo propio, tenedla ya por recomendada a su hermana para cuando llegue a ésa. Vivid incólumes en el Señor Jesucristo en gracia con todos los vuestros.

P. F. X. FUNK, vol. I, págs. 296-312.

MARTIRIO DE SAN POLICARPO

EXORDIO

Relación de la Iglesia de Esmirna a la Iglesia de Filomelio

830. *La Iglesia de Dios que peregrina*[1] *en Esmirna a la Iglesia de Dios que peregrina en Filomelio*[2] *y a todas las demás cris-*

---

9 El portador de la carta a los filipenses tal vez fuese uno de los amanuenses de Policarpo.

1 Ya llevamos varias veces advertido que el concepto del cristiano, como peregrino que camina hacia su verdadera ciudad, que es el Cielo, es idea que cuajó mucho por exacta y dulce en la primitiva Iglesia, época de tanta sangre. Tuvo su arranque principal en SAN PABLO: «No tenemos aquí ciudad permanente, sino que buscamos la futura.» (*Hebr.*, XIII, 14.)

2 Filomelio (otros la llaman Filomelia) era ciudad que estaba situada un poco al norte de Antioquía, de Pisidia. Como es natural, casi toda la literatura extrabíblica de

tiandades de la Iglesia Católica esparcidas por toda la tierra, aumento de misericordia, paz y caridad de Dios Padre [3] *y de Nuestro Señor Jesucristo.*

831. Os hemos escrito, hermanos, de varios mártires y del bienaventurado Policarpo, el cual con su martirio, como con un sello, ha puesto fin a la persecución.

Valor de los Mártires

Ibíd. Núms. 1-4

832. Todos los martirios fueron felices y llenos de generosidad como hechos por la voluntad de Dios, porque conviene que nosotros, cuanto más amantes seamos de la religión, atribuyamos más a Dios el poder sobre todas las cosas. Pues ¿y quién habrá que no se admire de la valentía y la paciencia y del amor para con Dios de aquellos hombres que, abiertas las carnes a latigazos, mostraban al descubierto la red de las venas y arterias aun en lo más íntimo de sus cuerpos, y que todo, sin embargo, lo sobrellevaron de suerte que los mismos espectadores se conmovieron hasta las lágrimas de pena, mientras que todos mostraban tal entereza que ninguno de ellos no sólo no emitió un gemido, pero ni un suspiro siquiera, dándonos clara prueba mientras tan cruelmente se les atormentaba de que los esforzadísimos mártires de Cristo eran extraños en sus propios cuerpos y que el Señor, comunicándoseles, les hablaba y fortalecía? [4] Fijos los ojos en la gracia de Cristo, menospreciaban las torturas de los hombres, mereciendo así por unos pocos momentos de dolor verse para siempre libres de penas eternas. El mismo fuego de los verdugos parecíales de hielo en estos casos, pues si por una parte tenían ante la vista el huir de las llamas in-

---

la mayor parte de *Padres Apostólicos* se desarrolla en la parte oeste, centro y norte del Asia Menor. Todas esas regiones y poblaciones que tanto se nombran en los escritos de SAN IGNACIO, POLICARPO, HEGESIPO, IRENEO, etc., forman como un racimo compacto de ciudades: *Troas, Pérgamo, Filadelfia, Esmirna, Sardes, Efeso, Magnesia, Laodicea, Mileto, Antioquía de Pisidia, Filomelio,* y más al sureste, *Antioquía* de Siria.

[3] Nótese en estos documentos antiguos con qué veneración, amor y constancia se habla del Padre de Nuestro Señor Jesucristo, quien es el que por amor ha enviado al mundo a su Hijo Unigénito y coeterno suyo para que, fundando nuestra Madre la Iglesia, nos haga a los hombres hijos queridos y electos suyos y hermanos y discípulos de Cristo. Véanse núms. 560-567.

[4] Véase la misma idea, expresada aún con más belleza, en el martirio de Santa Perpetua y Felícitas.

extinguibles, por otra los ojos de la fe les presentaban delante los bienes reservados a los que saben permanecer inmobles en la prueba, bienes divinos que «ni el oído oyó, ni jamás vió ojo humano, ni han sido sospechados por ningún corazón» [5]. Pero que sin duda se los manifestó Dios a éstos, pues que más que hombres eran ángeles del cielo. Del mismo modo también los condenados a las bestias tuvieron que soportar horribles torturas echados sobre erizos de púas y con toda clase de tormentos vejados, como si quisiese el tirano obligarles a renegar de la fe a fuerza de multiplicar los suplicios.

833. Mucho maquinó el demonio contra ellos, pero gracias a Dios, no pudo ni contra uno. Allí estaba Germánico, varón fortísimo, que con su intrepidez, ya que luchó heroicamente con las fieras, corroboró la timidez de los demás, pues cuanto más el procónsul con gestos y palabras se obstinaba en persuadirle que se apiadase de su edad, él tanto más acuciaba a la bestia hacia sí e incluso la forzó en el ansia que tenía de verse libre de gente tan malvada y vil. Entonces fué cuando toda la multitud, admirando la bravura de esta raza de hombres tan piadosos y religiosos, exclamó: «Quita los ateos; búsquese a Policarpo.»

834. Un cierto hombre llamado Quinto, frigio de nación, que acababa de venir de su patria, al ver las bestias se horrorizó; éste era aquel que a sí mismo y a otros había impelido a adelantarse al tribunal por su libre voluntad. Y de este infeliz obtuvo al fin el procónsul con muchos ruegos que jurase y sacrificase. Con razón los hermanos no alabamos a aquellos que se entregan a sí mismos al martirio, por no ser ésta la doctrina del Evangelio [6].

P. F. X. FUNK. págs. 314-318.

---

[5] *I. Corint.*, II, 9.

[6] En general, las indicadas aquí eran la doctrina y la conducta de los Santos Padres de aquellos tiempos, aunque no falten autores, como SAN JUSTINO, que no encontraban dificultad en que uno mismo se entregase valientemente al martirio. (*Apología*, II, 12). También SAN CIPRIANO, en su *Carta 14*, creía que quienes habían sido primero débiles en la confesión de su fe y hubieran dado señales de renegar de ella, podían, en resarcimiento de su primera apostasía, ofrecerse denodadamente al tribunal para confesar su religión (núms. 659-660).

Caso de San Policarpo: su profecía

Núm. 6

835. Policarpo, varón digno de toda ponderación, apenas oído el caso, no se turbó, pero de todos modos prefirió quedarse en la población. Casi todos le persuadieron saliese de allí. Salió, en efecto, a una granja no muy distante de la ciudad, en la que permaneció con unos cuantos, sin hacer más que orar día y noche por todos los hombres y por todas las iglesias esparcidas por la tierra, según costumbre suya. Y mientras estaba orando, tres días antes de ser preso, tuvo una visión en la que pareció ver ardiendo y entre llamas su cabecera; entonces, dirigiéndose a los que con él estaban, díjoles proféticamente: «Conviene que yo muera quemado vivo.»

Conatos de prenderle

Núms 6-7

836. Y como los enemigos redoblasen sus precauciones en su afán de prenderle, pasó a otra granja. Continuamente se veían nuevos espías. Y como no le encontrasen éstos apresaron a dos esclavos, uno de los cuales, sometido al tormento, declaró. Imposible eludir más la vigilancia del enemigo cuando los delatores son los propios domésticos. El Irenarca [7], que dió la casualidad que se llamaba Herodes, se apresuró a llevarle al estadio para que teniendo allí el fin de su vida se hiciese consorte de Cristo. Los traidores, a su vez, tuvieron el mismo remate que Judas.

837. Así que un viernes, llevando consigo al jovencillo (delator), salieron en busca de Policarpo, al oscurecer, con gente de a caballo, armada como si fuesen a prender a algún salteador. Llegados a donde estaba él, le hallaron descansando en el cuarto del piso más alto de una casucha, pues aunque pudo haberse escapado de allí a otra alquería no lo quiso hacer, diciendo: «Hágase la voluntad de Dios.» Como pues se oyó que ya estaban en casa, él mis-

---

[7] Cargo que el prefecto de cada provincia solía conferir a uno de los diez ciudadanos encargados en cada ciudad. Su oficio policíaco consistía en coger a ladrones y malhechores y entregar los reos, ya interrogados, a los magistrados.

mo bajó y se puso a conversar con ellos, admirándose todos los allí presentes de su edad y de su constancia y de que se pusiera empeño tan grande en querer apresar a un anciano así.

P. *Id.*, págs. 318-320.

Su bondad al entregarse

Núm. 7

838. El mismo mandó al punto se les preparase comida y bebida cuanto ellos gustasen, y les suplicó a su vez el favor de que le dejasen orar con plena libertad. No poniéndosele en ello dificultad, de pie, lleno de gracia de Dios, estuvo orando por dos horas continuas sin interrupción, de suerte que los que le oían se maravillaban, pesarosos de que les hubiesen mandado apresar a aquel anciano tan de Dios.

P. *Id.*, pág. 320.

Intentan reniegue de la Fe

Núm. 8

839. Como, pues, pusiese término a su oración, no sin en ella haberse acordado de pedir por todos aquellos a quienes había tratado alguna vez, ya fueran grandes o pequeños, nobles o plebeyos y de cualquier parte del mundo donde se halla la Iglesia Católica [8], al llegar la hora de partir, colocáronle sobre un asno y así le llevaron

[8] La oración por las demás comunidades cristianas era usadísima al principio del Cristianismo; sentían y vivían la comunión de los Santos. El mismo POLICARPO había escrito a los *filipenses:* «Que Dios y el Padre de Nuestro Señor Jesucristo y el que es Pontífice sempiterno, Cristo Salvador, Hijo de Dios, os edifique en la fe, en la verdad y en toda mansedumbre, lejos de toda ira, en paciencia, longanimidad, tolerancia y castidad, y que os otorgue el que tengáis parte en la muerte de sus santos, y a nosotros junto con vosotros y todos los demás que están bajo el Cielo y que han de creer en Nuestro Señor Jesucristo y en su Padre, quien le resucitó de entre los muertos. Suplicad por todos los fieles. No olvidéis en vuestras oraciones a los reyes y poderes y a los príncipes y a cuantos os persiguen y odien, y por los enemigos de la cruz; que vuestro aprovechamiento quede manifiesto en todos, de modo que seáis perfectos en él.» Véanse los números 747-765.

a la población. Era el día del gran sábado [9]. Salióle al encuentro el Irenarca Herodes con su padre, Nicetas, quienes le metieron en su carricoche, y así, sentándose a su lado, le exhortaban diciendo: «¿Qué tiene de malo decir: «Señor César», y sacrificar con todo lo demás que es costumbre hacer en estos casos y evadir así la muerte?» Al principio él nada les contestó, pero al ver que instaban en la misma idea: «Inútil es me lo aconsejéis—dijo—; no lo haré.» Al verse frustrados en su intento, le llenaron de improperios y arremetieron contra él de modo que, cayendo del carro, se le rompió la tibia. El, impertérrito, como si nada le doliese, lleno de alegría, iba llevado hacia el estadio [10], y era tal el tumulto que había en el estadio, que era imposible oír a nadie.

P. *Id.*, pág. 322.

Su entrada en el estadio

Núm. 9

840. Al entrar Policarpo en el estadio, le dijo una voz del cielo: «Sé todo un hombre y sé viril.» Nadie vió al que decía las palabras, pero éstas fueron escuchadas por todos los cristianos allí presentes. Metido ya Policarpo en el estadio, se levantó un gran murmullo, al saberse que traían apresado a Policarpo. Ya en medio del estadio le preguntó el procónsul si era él, en efecto, Policarpo. Oído que sí, le exhortó a negar su fe, diciendo: «Reverencia a tu edad», y cosas parecidas que suelen decirse en semejantes casos: «Jura por la fortuna del César, arrepiéntete y dí en alta voz: Quita los ateos.» Entonces Policarpo, con mesurado rostro, pasando su mirada por toda aquella masa de malvados gentiles que llenaban el estadio, alzados los ojos y con la mano extendida hacia ellos, dando un gemido y mirando al fin a los cielos, dijo: «Quita los ateos [11].» Al urgirle más y exhortarle aún el procónsul diciéndole: «Jura y

[9] Después de muchas hipótesis no se ha podido averiguar qué día quiere el autor indicar aquí al llamarlo «sábado grande».

[10] Estadio aquí, ¿se entiende por anfiteatro? Solían generalmente morir en los anfiteatros los llamados «criminales» *(damnati ad bestias)*, aunque tampoco faltaron mártires que sucumbieron en «estadios» y «circos».

[11] Tal vez en ningún pasaje como en éste se ve el juego del significado a que se prestaba esta palabra «ateo» (sin Dios), pues que si la masa gentil de Esmirna llama «sin Dios» a los cristianos, aquí veladamente Policarpo, a su vez, dice también «sin Dios» a los paganos allí presentes. Véanse los núms. 807 (nota 16), 833, etc.

te perdono; maldice a Cristo», respondió Policarpo: «Llevo ochenta y seis[12] años sirviéndole y no me ha hecho mal alguno, y yo ¿cómo puedo maldecir a mi rey, que me ha salvado?»

P. *Id.*, págs. 322-326.

Sus admirables respuestas

Núms. 10-11

841. A las instancias del procónsul, que de nuevo le repetía: «Jura por la fortuna del César», respondió él: «Si por salir tú vanamente victorioso me aconsejas que jure, óyelo bien alto: Soy cristiano, y si tienes deseo de enterarte de la religión cristiana, préstame un día y escucha.» Dijo el procónsul: «Ahí tienes al pueblo; persuádele.» Replicó Policarpo: «Es que a ti te consideraba digno de que la oyeras, pues es doctrina nuestra que a los príncipes y potestades constituídos por Dios en dignidad, les tributemos la debida reverencia; pero a esa otra gente no hay por qué le dé razón de nada.»

842. Entonces apremió el procónsul: «Mira: tengo fieras y te echo a ellas si no te arrepientes.» El: «Echamelas; nosotros no podemos dejar lo mejor por lo peor; en cambio, bien está dejar lo malo por lo justo.» De nuevo el procónsul: «Si desprecias las bestias, voy a hacer que te consuma vivo el fuego si no cambias de idea.» Díjole Policarpo: «Total, me condenarás a fuego que arde sólo una hora y en seguida se extingue; por lo visto ignoras aquel otro fuego del futuro juicio y de la pena eterna reservada a los impíos; pero ¿a qué aguardas? Saca lo que quieras.»

P. *Id.*, pág. 326.

---

[12] La mayor parte de los autores contra ZAHN, etc., se inclinan a creer que Policarpo fué cristiano desde niño; y con la base de este testimonio suyo y la suposición indicada, bastante conforme con SAN IRENEO y EUSEBIO DE CESÁREA, le creen nacido hacia el 69.

Es condenado

Núm. 12

843. Diciendo esto y otras cosas llenábase de confianza y de alegría y su mismo rostro se veía revestido de gracia especial, de suerte que no sólo no se notaba en él turbación o decaimiento de alma por lo que se le decía, sino que el mismo procónsul, admirado, ordenó al pregonero que puesto en medio del estadio diere el pregón tres veces: «Policarpo ha confesado que es cristiano [13].» Oído el pregón, toda la enorme multitud de gentiles y judíos que moraban en Esmirna, arrebatados por la ira, se pusieron a vociferar a voz en cuello: «Este es maestro del Asia, padre de los cristianos, destructor de nuestros dioses y que aconseja a muchos no quieran ni sacrificarles ni adorarles.» Y diciendo esto, gritaban al Asiarca Filipo que soltase un león a Policarpo. Este se negó a ello, diciendo se había pasado el tiempo del juego venatorio [14]. Entonces empezaron todos a una a vociferar pidiendo que se quemase vivo a Policarpo. Era necesario se cumpliese la visión que tuvo cuando, mientras oraba, vió llamas sobre la cabecera y las palabras que volviéndose a los suyos, dijo en son profético: «Conviene que muera quemado vivo.»

P.

Sublime oración en la pira

Núms. 13-14

844. Todo esto se realizó más aprisa de lo que se tarda en contarlo. La plebe, tumultuariamente, sacó de las oficinas y de los baños leña y sarmientos, formando con ellos un montón; a la vez, los judíos gozosísimos les ayudaban en todo esto. Preparada ya la

---

[13] El presidente, sentado, solía tener a su lado, en general de pie, a un notario o secretario, que llevaba acta de todo el giro y palabras de los procesos. El pregonero hacía públicas las órdenes o sentencias del presidente.

[14] Los «munera» y las «venationes», como lo llevamos ya indicado, no se podían usar indiscriminadamente y tenían sus horas determinadas.

pira, Policarpo, habiéndose quitado todos los vestidos y soltado el ceñidor, forcejeaba por descalzarse, cosa que no acostumbraba desde hacía tiempo, porque los fieles suyos emulaban entre sí por hacerle esta caridad. ¡Ya de antes del martirio, por sus admirables costumbres, era tan digno de toda consideración! Pronto, pues, se vió rodeado de todas las cosas que son precisas para formar la hoguera, y como advirtiese que le querían fijar con clavos, dijo: «Dejadme así, porque el que me da que pueda soportar el fuego, me dará el que sin estas precauciones de vuestros clavos permanezca yo inmóvil en medio de las llamas.»

845. Con todo, unas ataduras suplieron a los clavos. Entonces él, con las manos sujetas atrás, como un cordero insigne escogido de una gran grey para ser ofrecido en holocausto, hecho él víctima aceptable preparada para Dios [15], dijo dirigiéndose al cielo:

846. «Señor, Dios mío, omnipotente, Padre de tu amado y querido Hijo Jesucristo, por medio del cual hemos logrado tu conocimiento, Dios de los Angeles y de las Virtudes [16] y de todas las criaturas y de toda la selección de los justos que viven en tu presencia: a ti te bendigo, a ti que en esta hora y en este día te has dignado concederme que puesto en el número de los mártires merezca hoy participar de parte del cáliz de tu Cristo para resurrección y vida eterna del alma y del cuerpo en la incorrupción que da el Espíritu Santo, obteniendo así ser recibido entre ellos en tu presencia, como sacrificio pingüe que te has dignado aceptar según tú mismo lo has preparado, y me lo vaticinaste y lo cumples ahora, Dios veraz y enemigo de la mentira. Por lo cual te alabo en todas las cosas, te bendigo, te glorifico por medio del sempiterno y celestial Pontífice Jesucristo tu Hijo, por el cual a ti, juntamente con él y con el Espíritu Santo, sea la gloria ahora y por todos los siglos. Amén.»

P. *Id.*, págs. 326-332.

---

[15] Como se ve, lo mismo en Ignacio que en Policarpo, la idea de considerar a los mártires como víctimas vivas o sacrificio por Cristo les confortaba entre los tormentos. El mártir, él es la víctima, y el mártir, él es el oferente. Lo que da valor, mérito y corona al martirio es su unión con Cristo en Cruz, como imitación de su modelo.

[16] Los Padres apostólicos, con ocasión de su martirio, hallan ya referencias a los diversos grados de los espíritus celestiales... Aquí aparecen los Angeles y las Virtudes. San Ignacio ya antes amplió mucho más esta división cuando con las cadenas en las manos escribía: «No porque esté con cadenas dejo de tener inteligencias de cosas altas, el sitio de los Angeles, los coros jerarquías de los Principados, el mundo visible e invisible ...» (*A los trallianos*, V.)

El milagro de la llama

Núm. 15

847. Apenas había pronunciado «Amén» y terminado su oración, los sayones encargados de la hoguera prendieron fuego a la pira. Levantada en seguida una llama grandísima, vimos un milagro los que tuvimos la dicha de contemplar la escena, y creo que hemos sido reservados precisamente para dar testimonio del caso a los demás. Fué, pues, que formándose una llamarada a manera de bóveda como lona de barco henchida por el viento, rodeó todo alrededor en círculo el cuerpo del mártir, al cual lo veíamos puesto en medio no pareciendo carne que se quemaba, sino más bien como un pan cocido o como oro o plata que reluce en medio de un horno. Y percibimos tanto olor de suavidad como si llegasen a nuestro olfato exhalaciones de incienso o de cualquier otro aroma precioso.

P. *Id.*, pág. 332.

Su santo fin

Núm. 16

848. Por fin, como aquellos malvados viesen que aquel cuerpo no se consumía con las llamas, mandaron al rematador que se le acercase y le atravesase con la daga. Hecho esto, salió de él tanta sangre, que con ella se extinguió el fuego, maravillándose toda la multitud de que hubiese tanta diferencia entre los infieles y los electos, de los cuales uno fué Policarpo, mártir dignísimo de toda admiración, que ha vivido en nuestros tiempos, varón apostólico y profeta, obispo de la Iglesia católica de Esmirna. Todo cuanto él profetizó que iba a suceder se ha cumplido a la letra, y se cumplirá en adelante [17].

P. *Id.*, págs. 332-334.

---

[17] San Policarpo reunió en sí de modo admirable la autoridad jerárquica de obispo con los dones más excelentes de los carismáticos.

Lucha por sus reliquias

Núms. 17-18

849. Pero como el enemigo malo y envidioso de la familia de los santos viese la sublimidad del martirio y el natural tan puro desde su primera infancia de Policarpo, juntamente con la corona de la inmortalidad y el trofeo de la victoria que indiscutiblemente había reportado, no dejó piedra por mover para privarnos de su cadáver por más que muchos santos hermanos nuestros hubiesen deseado hacerse con su cuerpo. Y así persuadió a Nicetas, padre de Herodes y hermano de Alce [18], que se presentase al procónsul con el fin de impedir la entrega del cadáver, no sea, le dijo, que los cristianos ahora, abandonando al crucificado, empiecen a adorar a éste, cosa que decían instigados por los judíos, los cuales habían advertido que nosotros lo queríamos extraer de la pira aún ardiente. Pero ignoraban que jamás hemos de abandonar a Cristo, quien sin mancha sufrió por los pecadores y por la salud de aquellos que se han de salvar del mundo. Si le adoramos es porque sabemos que es Hijo de Dios; en cambio, a los mártires les amamos con toda razón como a discípulos imitadores de Nuestro Señor y por su gran amor a su rey y maestro, de los cuales ojalá merezcamos ser condiscípulos y partícipes de su dicha.

850. Como, pues, notase el Centurión el tumulto promovido por los judíos, poniendo el cadáver en medio, mandó quemarle a su usanza, y así nosotros pudimos depositar después en lugar de preferencia sus restos y cenizas, más ricas que todas las perlas preciosas y más purificadas que el oro. En este lugar Dios hará que, según las circunstancias lo permitan, reunidos a una los cristianos podamos celebrar el día natal [19] de su martirio, ya para recuerdo de quienes supieron luchar tan heroicamente, ya también para que los venideros se ejerciten y dispongan a sobrellevar los mismos sufrimientos.

P. *Id.*, págs. 334-336.

---

[18] Esta Alce, que por el contexto parece ser conocida de los cristianos, debía de ser la misma a la que alude San Ignacio en su carta a los de Esmirna, llamándola «nombre querido para él». Véase núm. 820.

[19] Estas frases parecen indicar (contra lo que acaban de escribir algunos autores) que fué muy anterior a San Agustín la idea de concebir el día del martirio como el día natal o de nacimiento al Cielo de los mártires. Textos parecidos se pueden también aducir de Orígenes.

Conclusión

Ibíd. Núms. 19-20

851. Sea todo esto dicho en honor del bienaventurado Policarpo, el cual fué duodécimo de los que, procedentes de Filadelfia, sufrieron el martirio en Esmirna [20]. Pero su nombre es el que más se venera sobre todos los demás; tanto que los mismos gentiles hablan dondequiera de él, y entre nosotros le reputamos como insigne doctor y mártir admirable cuyo martirio, tan conforme a las máximas del Evangelio, todos debíamos desear emular.

852. Él, con la paciencia, venció la injusticia del presidente, granjeándose así la corona de la inmortalidad. Ya en unión con los apóstoles y todos los Santos, en su júbilo glorifica a Dios Padre Omnipotente, a la vez que bendice también a Nuestro Señor Jesucristo, Redentor de nuestras almas, Gobernador de nuestros cuerpos y Pastor de toda la universal Iglesia esparcida por el mundo entero.

853. Nos pedisteis os escribiéramos todo sin dejar detalle. Esto que ahora os va es sólo un compendio redactado por nuestro hermano Marción. Apenas lo leáis retransmitídselo a otros hermanos lejanos para que también ellos glorifiquen al Señor, que así gusta de tener predilecciones aun entre sus propios siervos.

Y a aquél que con su gracia y misericordia es poderoso para por su Unigénito Jesucristo, conducirnos a todos a su Reino, sean dadas la gloria, el honor, el imperio, la majestad por todos los siglos. Saludad a todos los Santos. Os saludan todos los que con nosotros están y el transcritor de ésta, Evaristo, con toda su familia.

P. *Id.*, págs. 338-340.

---

[20] Tal vez Germánico, de que se habla al principio de estas actas, fuera otro de los doce. Ni es imposible que otros fuesen Aruto, Cosconio, Melanipo y Zenón, ya que el antiguo martirologio siríaco celebra su martirio el día 23 de febrero, junto con el de Policarpo.

SAN JUSTINO MARTIR

Ya antes (núms. 541-548) hemos indicado algunos datos principales sobre SAN JUSTINO. Sólo advierto aquí que su célebre *Diálogo con Trifón* se tuvo entre los años 155-161, en Efeso. De este *Diálogo* aducimos únicamente dos o tres fragmentos de gran importancia para nuestro fin. El primero es la preciosa página en que describe la ocasión de su propia conversión al Cristianismo. Es un retrato al natural de lo que eran aquellas discusiones al aire libre de los filósofos trashumantes de la época. JUSTINO nos abre su alma con toda sencillez y nos descubre su amor por la verdad y sus ansias de conocer a Dios aun antes de ser cristiano, y cómo una vez de haber dado con la doctrina verdadera estaba dispuesto a morir por testimoniar su verdad. Los otros fragmentos son los referentes a la parte importantísima que ya desde entonces tenían los judíos en esparcir calumnias y en hacer y agudizar el ambiente populachero en contra de los cristianos. El *Diálogo* consta de tres partes: la primera refuta las ideas preconcebidas de los judíos sobre la ley, la segunda es un tratadito de Soterología y la tercera desarrolla la vocación de los gentiles al Cristianismo.

SAN JUSTINO

Autorretrato del filósofo

EN LA SOLEDAD

Diálogo con Trifón. 1-2

854. ... Entonces él (Trifón) [1], sonriéndose cortésmente: «¿Qué opinas sobre todas estas cosas—me dijo—, o cuál es tu idea sobre Dios? ¿Qué filosofía sigues?»

---

[1] La conversación entre JUSTINO y el prófugo de Jerusalén, Trifón, se tuvo en el «Xysto» de Efeso. En estos sitios de jugadores, con sus galerías y salas laterales, solían muchas veces pasear los ciudadanos hablando de las noticia del día o discutiendo cuestiones de arte y filosofía. FILÓSTRATO escribe del filósofo Apolonio ser éste su sitio favorito, y CICERÓN, más de dos veces, alude en sus diálogos a sus paseos por el Xysto.

«No tengo inconveniente en exponerte mi parecer. Estoy convencido de que la filosofía es el más rico tesoro y don gratísimo a Dios, ya que no es otra cosa que camino y única recomendación para El; a mi parecer son verdaderos santos los que se consagran a la verdadera filosofía [2]. La lástima es que la mayor parte desconoce en qué consiste y por qué causa bajó (del cielo) a los hombres. De conocerla bien, no habría ni platónicos, ni estoicos, ni peripatéticos, ni teoréticos, ni pitagóricos, pues la verdadera «filosofía» no es sino una única ciencia [3]. No estará mal decir dos palabras de cómo vino esta diversidad de escuelas. Resultó que alrededor de los primeros que se dedicaron a la filosofía y que por eso fueron célebres en ella, sin más examen de la verdad, se formaron al punto grupos de discípulos que admirados de la constancia y continencia y del nuevo modo de exponer las ideas de sus maestros, cada uno tomó como verdad las apreciaciones de su correspondiente maestro. Y como lue-

[2] La cuestión fundamental de la filosofía—en contraposición a la ciencia—se reputaba entonces conocer cuál era el fin del hombre y de los bienes y males. Cuestión a la que cada escuela contestaba a su manera. SAN AGUSTÍN, que al igual de SAN JUSTINO fué probador de casi todas ellas, nos escribe sobre estas escuelas: «De los últimos fines de los bienes y de los males han disputado los filósofos..., quienes ventilan con particular esmero qué es lo que hace bienaventurado al hombre. Aquél es el fin de nuestro bien, que nos impulsa a desear las demás cosas por él y a él por sí mismo. Así como el fin del mal es lo que nos excita a evitar y huir los demás males por él, y a él por sí mismo. Así que llamamos ahora fin del bien, no aquel con que fenece y acaba una cosa de forma que desaparezca, sino aquello con que se perfecciona y completa, y fin del mal no aquel con que deja de ser, sino aquello hasta donde llega haciéndonos daño. Son, pues, los fines del Sumo Bien y del sumo mal. Para hallar éstos y para conseguir en esta vida el Sumo Bien y huir del sumo mal, trabajaron infinito los que en la vanidad lisonjera del siglo profesaron el estudio de la sabiduría.., poniéndolos unos en el alma, otros en el cuerpo.» (*La Ciudad de Dios*, lib. XIX, 1.)

Para los «pitagóricos», la suma sabiduría era el decir verdad y el obrar conforme a la Naturaleza; para los «estoicos», la sabiduría hácela la virtud, que consiste en vivir conforme y según las exigencias de la naturaleza humana racional; los «peripatéticos» la ponen en la felicidad del hombre, que no tanto consiste en los bienes externos y el deleite—que también forman parte de ella—cuanto en los goces de las obras propias de la razón, según una virtud perfecta dentro de una vida larga y perfecta en bienes del orden racional y aun material; los «teoréticos», a los que alude aquí JUSTINO, no son los académicos y escépticos, como han creido algunos, quienes quitan el problema de raíz negando la posibilidad de su conocimiento (AULO GELIO: *Noches Aticas*, XI, 5), sino los filósofos que ponian el fin del hombre preferentemente en la «contemplación», en oposición a los que lo colocaban en la acción. La misma expresión «teoréticos», de JUSTINO, la usó el Emperador JULIANO en sus cartas. Y por fin, los «platónicos» lo ponían en su época, según el Santo, en Dios, enseñando que la felicidad consistía en unirse en el mundo por asimilación cognoscitiva imperfecta y después por perfecta, con Dios como Bien y Unidad absoluta. Véase ΠΡΑΞΙΣ et ΘΕΩΡΙΑ (en Plotino) de R. ARNOU (París, 1921).

[3] Que es la cristiana.

go ellos a su vez entregaban a sus respectivos discípulos las doctrinas de sus maestros, u otras afines, quedaron las agrupaciones diversificadas por los nombres de los padres que originaron cada escuela.

855. De mí sé decir que cuando resolví consagrarme a la filosofía, en el afán de pertenecer a algún grupo, determiné ponerme en manos de un estoico. Viví y traté bastante tiempo con él; pero al advertir que había encontrado tope en el conocimiento de Dios—cosa en la que ni él sabía más, ni la creía necesaria para ser buen filósofo—, me alejé de él y me fuí a otro que decían era peripatético y alardeaba de ingenio agudísimo.

856. Me recibió y trató muy bien los primeros días; pero al poco tiempo me preguntó por los honorarios que le pensaba dar, para que, según él, nuestro trato científico resultase más provechoso. Viendo que semejante conducta era indigna de un filósofo, le abandoné. Yo, a todo esto, sentía cada vez más comezón y ansias por oír filosofía y aprovechar en ella; así que opté por irme a un celebérrimo pitagórico que mucho se preciaba de su saber. Apenas le hablé, resolví hacerme discípulo y familiar suyo. «¿Qué?»—me dijo él—. Por supuesto que ya habrás estudiado música [4], astronomía y geometría. Persuádete que sin esta base no es posible dedicarse a profundizar en estudios sobre la vida feliz [5]. Hace falta primero estudiar eso otro que nos enseña a abstraer de cuanto sea sensible y trascender al orden meramente de ideas, a las que puede llegar la pura inteligencia y allí contemplar las formas mismas de la Belleza y de la Bondad.» Al oír que yo le confesé mi ignorancia en esas materias, diciéndome que eran de gran utilidad si no de absoluta necesidad, buenamente me despidió de sí. Con este rechazo sentí el ver frustrada mi esperanza, tanto más que no me creía tampoco del todo ignorante. Además, conjeturando lo mucho que para ello tendría que emplear de días y trabajo, y viéndome sin solución inmediata, determiné ir a la escuela de los platónicos, que entonces eran muy estimados, y acudí a un varón prudente que acababa de llegar a nuestra ciudad y estaba conceptuado por uno de los más doctos de

---

[4] La música, con definirse *scientia bene modulandi*, no significaba entonces lo mismo que hoy. Era la ciencia del ritmo y de los números, en un sentido más amplio; nuestra métrica poética entraba de lleno en esta ciencia. La música, para muchos filósofos, era un medio que Dios da a la razón humana para subir a El por medio de los números, proporciones y sucesiones diversas y armónicas. Un detalle y eco de esta escuela es lo que tan bellamente escribe San Agustín a San Jerónimo (*Carta 166*, núm. 13).

[5] Nos constan, por un «discurso» de despedida de Gregorio, obispo de Neocesárea del Ponto (muerto hacia el 270), las ciencias que Orígenes exigía como previas para poder formar a uno en la verdadera sabiduría. Sobre este aspecto, en la escuela alejandrina, véase J. Salaverri: *La filosofía en la escuela alejandrina*, Gregoria, núm. V, XV.

entre los suyos. Le frecuenté y traté muchísimo; advertí que realmente progresaba con él, gracias a los nuevos conocimientos que veía iba adquiriendo cada día bajo su dirección [6].

P. De Otto., págs. 5-8.

Ideal y ansias de Dios

Ibíd. 2-3

857. Me arrastraba extraordinariamente la inteligencia de las cosas incorpóreas, y la contemplación de las ideas aumentaba en mí las alas en más ansias de volar. Llegué en poco tiempo a creerme sabio y tuve la presunción pueril de abrigar la esperanza de poder ver pronto a Dios, lo cual es el fin de la filosofía de Platón [7]. Con estas impresiones deseaba llenar mi corazón con una soledad absoluta. Pensé alejarme de sitios donde hubiese huella humana, y así me retiré a un campo no lejano del mar. Cuando, pues, me iba acercando a esta soledad donde habría de sepultarme en mis propios pensamientos [8], acaeció que di con un anciano, por cierto nada antipático de aspecto, que lleno de gravedad y amabilidad, a muy poca distancia parecía seguir mis mismos pasos.

858. Volviéndome hacia atrás cesé de andar, y fijamente clavé en él mis ojos.

—¿Qué, me conoces?—me dijo.

—No sé quién eres.

—¡Como me miras tan de hito en hito!

—Me chocaba el encontrarte aquí precisamente donde pensaba hallarme en absoluta soledad.

---

[6] Hay quienes proponen la hipótesis de si sería Máximo Tirio.

[7] Fueron almas gemelas en estas aspiraciones sublimes las de San Justino y San Agustín. Por eso escribió el Santo de Hipona tratando de comparar entre sí todas estas filosofías naturales anteriores a Cristo: «Cedan, pues, todos éstos a aquellos filósofos que dijeron que era bienaventurado el hombre, no el que gozaba del cuerpo ni el que gozaba del alma, sino el que gozaba de Dios, no como goza el alma del cuerpo o de sí misma, no como el amigo del amigo, sino como el ojo de la luz...» Baste por ahora decir que Platón determinó el que el fin del Sumo Bien es vivir según la virtud, que solamente puede alcanzar quien conoce e imita a Dios, y que sólo eso le constituye feliz. Por eso no duda en afirmar que filosofar no es otra cosa que amar a Dios *(La Ciudad de Dios,* lib. VIII, 8).

[8] Costumbre fué ya muy de antiguo de los filósofos, sobre todo platónicos, buscar la soledad para sus meditaciones filosóficas. Consejo que aprueba Platón mismo en su *Diálogo del Fedón.* Lo mismo consta por Plutarco, Porfirio y Plotino, de quien es la frase que «había que estar a solas con Dios; solo con solo».

—Estoy aquí preocupado a la mira de algunos de los míos, que se marcharon muy lejos; he venido, pues, en espera por si algunos de ellos se presentan de alguna parte. Y a ti, ¿qué te trae por aquí?

—Nada, que me deleita esta clase de paseos solitarios en que por el silencio que todo lo envuelve me gusta dialogar conmigo mismo; estos parajes son los más propios para los amantes de la «filología» [9].

—Me temo que seas más «amante de las palabras» que de los hechos y de la verdad. ¿Por qué no prefieres más ser hombre de realidades que sofista?

—¿Qué más realidades—le contesté—que el mostrar que la razón ocupa su puesto de preferencia sobre todo lo demás y que con ella por guía y conductora hacerme cargo de los errores y afanes de los demás; que caer en la cuenta de que no se procede en nada como se debe, ni que se trata de agradar a Dios? Sin verdadera filosofía y sana razón no existe prudencia. A todos les incumbe el filosofar [10] y poner en ello el aprecio y el ejercicio máximo, relegando todo lo demás a segundo o tercer orden.

Id., págs. 10-12.

Qué es filosofía

Ibíd. 3

859. —Según eso, ¿la filosofía es la que hace felices?

—Ella y sólo ella.

—Si no te es molesto gozaría con saber a qué llamas «filosofía» y qué felicidad es esa que le atribuyes.

—Pues la «filosofía» no tiene otro fin que el conocimiento de

---

[9] Hay aquí un juego de palabras en griego. «Filologia», en el sentido moderno, significa cosa muy distinta de lo que quiere decir aquí SAN JUSTINO. «Filos» significa «amante»; «logos» tiene dos acepciones: «palabra o vocablo» y también «razón». SAN JUSTINO la toma en este segundo sentido: «amante-de-la-razón». En cambio, su interlocutor la entiende en el sentido de «amante-de-las-palabras», de donde resulta la agudeza del equívoco de este paso del diálogo.

[10] Recuérdese que para los platónicos, como antes hemos transcrito de SAN AGUSTÍN, era axioma de escuela «Hoc esse philosophari, amare Deum...», o también «Tunc fore beatum *studiosum sapientiae* (id enim est philosophus) cum Deo frui caeperit» *(La Ciudad de Dios,* lib. VIII, 8).

lo que son las cosas; con otras palabras: la verdad y la felicidad es el premio y recompensa de esa ciencia y sabiduría [11].

P. *Id.*, pág. 14.

Definición de Dios

Ibíd. 3

860. —Y ¿cómo definirías a Dios?

—El que es siempre el mismo ni nunca cambia de modo de ser, y que, a la vez, es causa de todo lo demás. Eso es Dios—ésa fué mi respuesta. El parecía complacerse de la conversación y siguió preguntando:

P. *Id.*, pág. 14.

¿Ciencia o Fe?

Ibíd. 3

861. —Pero oye: la palabra ciencia, ¿no es común a tantas y tan diversas cosas? A cualquiera que posea cualquier arte le llamamos *sciens* (sabedor); hay ciencia de estrategia, ciencia de gobierno, ciencia médica y así de otras cosas. Pero entre las cosas divinas y las humanas, cierto que no. ¿Y no habrá acaso alguna ciencia general que comprenda el conocimiento lo mismo de lo divino como de lo humano y que nos señale después la razón que haya en todo ello de divino y de justicia?

—Claro que sí.

—Es decir, según eso, ¿serán de la misma línea el conocer al hombre y a Dios, o el conocer la música, la aritmética, la astronomía o cualquier otra cosa parecida?

—De ningún modo.

---

[11] La diferencia que ponían muchos platónicos (no todos) entre ciencia y sabiduría —a los que después siguió tanto SAN AGUSTÍN—es que la «ciencia» es ante todo el conocimiento de lo que significan fuerza y hechos de acción, pasajeras, transitorias, humanas, terrenas, como por su parte la «sabiduría» se refiere más a cuanto es eterno, inmutable, divino o en sí, o en sus formas, o ideas eternas. Aquí, sin embargo, el viejo interlocutor del diálogo parece saltar del uno al otro modo de usar los términos «sabiduría» y «ciencia».

862. —Por lo visto, antes no me has contestado bien. Pues parece claro que hay unos conocimientos que nacen en nosotros del arte y del ejercicio y otros que proceden de la visión directa de las cosas. Si te dicen que en la India hay animales de formas diversas que los que se ven en los demás países, de tales o cuales formas raras y variadísimas, ese conocimiento no lo podrás obtener ni directamente sin haberlos visto tú mismo, ni podrás creerlo por razón de ningún testimonio, si los testigos no los han visto ellos mismos.

—Así es como dices.

—Pues ahora te pregunto: ¿cómo será posible que los filósofos hablen acertadamente de Dios ni nos digan verdad sobre él si ni ellos tienen conocimiento directo de él ni han oído testimoniar sobre él a persona que le haya visto primero?

—Es que Dios Padre no puede ser alcanzado por los ojos como todos los demás animales; pero reconozco que su percepción, como enseña Platón, y en esto estoy con él, es exclusiva de la mente.

P. *Id.*, págs. 14-16

Dios y el alma según Platón

Ibíd. Núm. 4

863. —¿Pero posee nuestra mente tal y tanta fuerza de penetración que conozca cosas que primero no hayan sido percibidas por los sentidos [12], o puede acaso la inteligencia humana llegar a ver a Dios sin que la ayude el Espíritu Santo? [13].

A esto, yo:

—Ya dijo Platón que la pupila de la mente es de tal índole y que el fin al dárnosla Dios fué tal, que de poseerla en su integridad puede uno lograr ver aquello mismo que él es, lo cual es tam-

---

[12] Difícil se hace entender lo que quiere expresar aquí el anciano venerable. Los autores se inclinan a creer que no es otra cosa que lo mismo que dice el adagio escolástico: «Quidquid animo cernimus id omne oritur a sensibus».

[13] No es que aquí quiera decir el dialogante que la razón sola no puede llegar a probar la existencia y los atributos de Dios. Lo que pregunta es a ver si sin el Espíritu Santo puede llegar el hombre en el actual estado de cosas a tener, por sola la fuerza de la razón, todo ese conocimiento y posesión de Dios de que habla PLATÓN como fin perfectísimo del hombre. SAN IRENEO tiene una idea parecida en su obra *Contra las herejías* (lib. IV, cap. 20): «Dios sólo se deja ver por los hombres que llevan su espíritu.» Muchos Santos Padres entendieron así «bienaventurados los puros de corazón porque ellos verán a Dios» (MAT., V, 8). Véase núm. 549.

bién causa de todo cuanto contemplamos con la razón: Sér sin color, Sér sin figura, Sér sin mole, Sér sin nada de cuanto cae en el dominio de los sentidos. Pues entonces, ¿qué es? Un Sér que trasciende todas las categorías de esencias conocidas..., y así se escapa a toda explicación o descripción. Lo Bello absoluto, lo Bueno absoluto, que sólo se descubre al punto a las inteligencias apenas se disponen para ello, como por cierto parentesco con él y ansias de conocerle [14].

864. —Y ¿en qué consiste ese nuestro parentesco con Dios? ¿Qué? ¿Acaso esta animilla nuestra es inmortal y una partícula de la gran «regia mente»? [15]. ¿Y acaso puede estar capacitada como ella para ver a Dios de modo que por esta nuestra inteligencia de Dios resultemos verdaderamente felices?

—Ni más ni menos.

—Y a esa altura, ¿pueden llegar lo mismo las almas de los hombres y de los grutos? ¿O es que hay diferencia entre las almas del hombre y las de las bestias, como las del caballo o del jumento?

—Alma por alma son iguales todas.

—Es decir: que ¿tú crees que también las almas de los brutos alguna vez podrán llegar a ver a Dios?

—Eso, no; como tampoco el vulgo de los hombres. Sólo quienes purificados [16] sepan armonizar su bien vivir con la justicia y todas las virtudes [17].

865. —¡Ah! ¿Luego la razón de ver a Dios no es precisamente nuestro parentesco con Dios, ni el ser alma, sino la vida virtuosa de ésta?

---

[14] Ideas tomadas del *Fedón*, de PLATÓN.

[15] Muchos platónicos creían, en efecto, que nuestras inteligencias eran partículas derivadas de la misma esencia divina.

[16] Esta idea de la purificación del alma y del ojo de la mente para ver a Dios aparece cristianizada y bellísimamente expuesta en los últimos capítulos (33-36) de *Sobre la cuantidad del alma*, de SAN AGUSTÍN.

[17] Para los platónicos, en el mundo actúan el alma universal y las almas particulares que se derivan de la primera; las individuales se extienden desde el hombre hasta las mismas rocas; todo está animado en el Universo. Todos los seres del cosmos tienen cuerpo y alma; ésta es aquello por lo que viven los seres. Si el alma «del Universo» participa de Dios mismo, exactamente lo mismo ocurre a las almas «particulares», por lo que son imperecedaras. Su destino último es la contemplación de las ideas eternas, y en esa y por esa contemplación, hacerse felices. El alma en sí divina, por su encarnación en el cuerpo, participa de los males de éste. El «amor» a la Belleza, a lo Bueno que eso es el «Eros», hace que el alma, por un sentimiento vago que le da su origen altísimo, tienda a quererse librar de lo vil para volar a su primer estado. El alma lleva el eterno binario de lo divino y bajo, de señora y de esclava, de alada y de pesada dentro de sí, que la hace la eterna «contradicción de sí misma».

El estado actual del alma en el mundo es estado de expiación (en realidad) y de

—Eso es; y además el que posea aquello en lo que pueda ver a Dios.

—Pero dime: y las cabras y las ovejas, ¿tienen alguna malicia o pecado?

—De ningún modo.

—¿Entonces, según tú, también ellas podrán alguna vez ver a Dios?

—Jamás; pues su cuerpo les sirve de impedimento.

—Créeme que si los animales pudiesen hablar habían de decir cosas aún peores contra nuestro cuerpo. Pero pase eso, y demos sea así. Respóndeme ahora: ¿y el alma cuándo verá a Dios: en vida o cuando esté libre del cuerpo?

—Aun en vida le es posible; pero la perfección de esa visión se le dará al estar libre del cuerpo cuando se halle sola; entonces se hará poseedora de aquél que por tanto tiempo amó.

—Y cuando después vuelva al hombre, ¿se acordará de haber visto a Dios?

866. —No creo.

—Entonces, ¿qué utilidad saca de haberlo visto? ¿En qué está en esto la diferencia del que lo ha visto o no, si el que gozó de su vista no se acuerda después de nada de eso?

—Eso no te lo podré determinar.

—Y las almas que por indignas no merecieron ver a Dios, ¿a qué castigo se les somete?

—A vivir incluídas como en prisiones en algunos cuerpos de animales; ahí tienen su castigo.

—¿Y tienen ellas conciencia de por qué están encerradas en tal cárcel, y caen en la cuenta de qué pecado les mereció aquel estado de encierro?

—Para mí que no.

—Pues lo mismo digo: ¿qué fruto se saca entonces de ese casti-

---

elevación (en tendencia). Están, pues, compenetrados cárcel y encarcelada, corcel y caballero, piloto y nave. En nuestros actos, el cuerpo es instrumento del alma; pero causa principal e instrumental forman un solo compuesto de recíproca y antagónica influencia. El alma misma se subdivide como en dos actividades yuxtapuestas, pero separables: el alma superior o racional, que es eterna como Dios, y la concupiscible y la irascible, que sigue las vicisitudes del cuerpo. Alma de estas cualidades tiene que ser eterna emigrante en su viaje hacia su origen por medio de una metempsicosis de un período de diez mil años. En esta metempsicosis es donde se bifurcan las almas aladas, amantes de la Belleza, de la Bondad absoluta, que se libertan relativamente pronto tras una larga ascensión de sér en sér y de estrella en estrella, y las almas vulgares y rastreras dadas a los goces vulgares, que tienen un recorrido más lento y vil de animal en animal. Cuando las almas en alas del divino «Eros» hayan llegado al cuarto estadio de la libertad, se sentirán anegarse en Dios.

go? Ni creo merezca eso tampoco el nombre de castigo, pues no lo advierten los mismos castigados.

867. —En eso estoy contigo.

—Yo creo que, en lógica, ni las almas ven a Dios ni vuelven a animar otros cuerpos, pues de ser así, caerían en la cuenta de que estaban castigadas y tendrían mucho más cuidado en no volver a pecar ni siquiera levemente. Estoy contigo en que las almas podrían extender que existe Dios y que la justicia y la piedad son rico tesoro.

—Asiento en absoluto.

P. *Id.*, págs. 16-22.

La verdadera filosofía
El problema de la inmortalidad

Ibíd. Núm. 5

868. —Persuádete que de todas estas cosas están ayunos los filósofos y que no tienen ninguna idea exacta de la misma alma.

—Tal vez.

—De suyo no debería al alma llamarse (en absoluto) inmortal [18], pues de ser así ni podría ser hecha como lo es.

—Pues ciertos llamados platónicos bien que la creen inmortal e increada.

—¿Crees tú que es también así el mundo, increado?

—Muchos lo afirman, pero no me han convencido.

—En pensar así procedes bien. ¿Cómo no va a ser hecho por causa superior cuanto es sustancia corporal, sólida, dura y es un conglomerado que cambia y empieza y deja de ser cada día? Y si el mundo es creado, lo mismo debe decirse del alma, que podía no haber existido. Su razón de existir, lo mismo en los hombres como en los animales, es el compuesto para el que están ordenadas, si es que no dices que fueron hechas por separado y no a una con sus propios cuerpos.

[18] Supuesta la existencia del alma espiritual, de su misma naturaleza espiritual se deduce su simplicidad, y de ésta su inmortalidad. Pero no es ésa la cuestión de este diálogo. Para los platónicos, las almas no «son hechas», y por su misma esencia son necesariamente inmortales. Esta es la idea que aquí ataca el venerable anciano. Las cosas que no tienen por su esencia el ser y el existir, tampoco pueden tener el ser eternas en el sentido platónico.

—Parece lógico.

—¿Por qué, pues, creerlas inmortales?

—En el sentido dicho, de ningún modo; ya que el mismo mundo ha sido hecho.

869. —No quiero con esto, sin embargo, decir que las almas acabarán de existir, caso que para los malvados sería una ganga. ¿Qué entonces? Pues que las de los buenos gozarán de mejor estado y de mucho peor las de los malos, las unas y las otras en espera del día del juicio.

Las que en ese día saliesen bien del juicio gozarán de una eternidad feliz; en cambio, las condenadas estarán sometidas a tormento mientras a Dios plazca que existan y sufran [19].

—¿Sabes que me hace la impresión de que estoy oyendo algo parecido a lo que insinúa PLATÓN en el *Timeo* sobre el mundo, cuando dice que está expuesto a la corrupción en cuanto que es creado, pero no porque por voluntad de Dios no se descompondrá ni vendrá a caer en la fatalidad de dejar de existir? ¿No es eso lo que me explicas del alma y de las demás criaturas? Todo cuanto es y será inferior a Dios son de tal naturaleza que la incorruptibilidad no les es de esencia, y, por consiguiente, de suyo pueden dejar de existir pasando a la nada. Sólo Dios es quien es increado; es por sí mismo incapaz de corruptibilidad, y por eso precisamente es Dios. Cuanto no es Dios, en cambio, como creado que es, en sí mismo lleva la corruptibilidad. Ni es otra la causa por lo que aun las almas mueren y sufren castigo. De ser increadas serían impecables, ni capaces de ignorancia, ni flojas, o, al revés, de nuevo tan feroces. Ni ellas nunca por sí se degradarían a habitar en cuerpos de perros, serpientes y gorrinos. Ni sería digno que nadie les forzase a ello como increadas que [20] serían. Lo increado debe ser igual a lo increado, ni más ni menos, con absoluta igualdad en poder, dignidad; ni serían posibles preferencias entre ellos, de donde ni puede haber más que

---

[19] A primera vista no compaginan bien este pasaje y la doctrina verdadera que indica el mismo Santo en la *Apología*, I, cap. 8. «Nosotros—escribe—decimos en esto lo que PLATÓN de las penas (después de la muerte)...; pero nuestra doctrina tiene su origen en Cristo, la cual enseña que las almas de los malvados, junto con los mismos cuerpos, sufrirán una «pena eterna», y no como escribió PLATÓN, durable sólo por 10.000 años.» Por otra parte, adviértese en algunos autores antiquísimos, aun cristianos, como ORÍGENES, cierta oscuridad y errores en esta materia, hoy tan clara, que SAN AGUSTÍN trata de dilucidar muy despacio en *La Ciudad de Dios* (lib. XXI, cap. 17 y siguientes) y en su libro *Sobre la fe y las obras* (cap. 14 y siguientes). Si bien en esos puntos, más que de personas en general no cristianas, se trata de quienes han muerto después de haber recibido la fe y la sagrada eucaristía, a las que está prometida la «vida eterna».

[20] Todo esto se habla en la hipótesis de los platónicos antes expuesta a que a la sazón pertenecía Justino.

un solo Increado. Porque de ser desiguales, no habría donde hallar la razón de su diferencia. Sería un perderse la mente en infinitos de infinitos hasta que tuviese que dar con uno solo, el último Increado, que por necesidad tendría que ser única causa de todo lo existente fuera de sí mismo. ¿Pudo esto ocultarse ni a Platón ni a Pitágoras, hombres inteligentísimos, que para nosotros son como la mejor muralla y defensa de la filosofía?

P. *Id.*, págs. 22-28

La verdad cristiana

Ibíd. Núm 6

870. —No hay por qué me detenga ni en Platón ni en Pitágoras, ni me interesa saber en esto su opinión ni la de otros como ellos. La verdad es como te la expondré, y tú mismo me darás la razón. El alma o ella misma es vida en sí o la tiene recibida. Si es vida, hará vivir a otra cosa, no a sí propia, como el movimiento es lo que hace poner en movimiento a otras cosas, no a sí [21]. Y que el alma vive, nadie lo duda. Pero si vive no es que viva porque ella misma sea vida, mas porque participa de la vida. Una cosa es la que participa de algo y otra aquella que da su participación. El alma participa de la vida porque Dios quiere que viva; si Dios alguna vez quisiera lo contrario, entonces dejaría de vivir. No es, pues, la vida de esencia del alma, como lo es de Dios, antes así como el hombre no es perenne ni el cuerpo está eternamente unido al alma, sino que cuando llega su tiempo se corrompe la armonía de ambas sustancias y el alma abandona al cuerpo, dejando de existir el hombre; del mismo modo cuando llegue su fin al alma, queda abandonada por su espíritu vital, ni existe más el alma, sino que vuelve al origen de donde procedió [22].

P. *Id.*, págs. 30-32.

---

[21] La idea es parecida a la que la «Escuela» solía expresar con aquella frase: «Quidquid movetur ab alio movetur», o la del «motor immobilis», que SAN IRENEO, hablando de la vida, la expresó casi con idéntica fórmula que aquí SAN JUSTINO: «No es el alma vida por sí, sino que la tiene participada de Dios.» (*Contra las herejías*, lib. II, cap. 34.)

[22] Parece aquí a primera vista insinuarse como una reminiscencia de dualidad de almas; una, la vida participada de Dios, y otra, después, el principio y raíz anímico de esta misma vida participada. Muchos platónicos admitían una doble animación no homo-

Sus fuentes antiguas

Ibíd. Núm. 7

871. —Pues si ni los filósofos dieron con la verdad, ¿dónde poder encontrar maestros que dirijan acertadamente nuestros pasos?

—Hubo en tiempos antiguos, mucho antes que aquellos en que nacieron estos filósofos, varones justos y amigos de Dios que, llenos de la inspiración del Espíritu Santo, vaticinaron profecías que se cumplen en nuestros días... Se les llamó profetas. Sólo ellos vieron la verdad y la predicaron a otros sin miedos ni respetos humanos y sin ansia ninguna de vanidad, antes con la mira puesta sólo en comunicar a los demás lo que habían conocido y oído llenos del Espíritu de Dios.

872. Ahí están sus escritos. Quien los leyere, si les da fe, hallará en ellos fuentes de conocimientos exactos de los principios y fines de las cosas y de todo cuanto pueda interesar a los filósofos. Ni esperes de ellos grandes disertaciones que ellos no acostumbran. Testigos de mayor excepción, gozan de una garantía sobre toda demostración humana, y sus vaticinios evidentes, que vemos cumplidos en el pasado y en el presente, exigen se les deba absoluta fe. Esto sin contar el crédito que les merecieron los milagros que realizaban. Nadie como ellos ha celebrado la obra creadora del Dios Padre, a la par que anunciaban a los hombres la venida del Hijo de Dios, Cristo, que había de llegar enviado por su Padre. ¡Qué distintos de tantos otros seudoprofetas, que llenos de un espíritu mendaz e inmundo ni han obrado ni harán verdaderos milagros, antes, contentos con ciertos trucos y apariencias de prodigios con que embaucar a los hombres, dan ocasión a que salgan gananciosos los demonios y los padres de la mentira... [23]. Tú ya sabes el remedio: orar

génea: el alma misma, que es divina, pero que a la vez contiene en sí elementos vivientes de seres extraños más bajos y materiales. Es, pues, como un espíritu materializado; la primera alma vuelve a Dios, la segunda muere con la muerte. La idea de San Justino aquí no se precisa más; de todos modos no habla de su absoluta extinción, pues que la hace volver «al origen de su ser».

[23] Ya llevamos indicado que por esta época la doble fiebre de la magia y de los encantamientos traían embaucados a los pueblos. A milagros reales respondían los milagros aparentes, como a los mártires verdaderos los mártires falsos de las sectas. Ni los unos ni los otros los negaban los Santos Padre. Para lo escritores cristianos de esta época, la intervención demoníaca era evidente en tales hechos. Así, por ejemplo, la demonología juega un papel importantísimo en las primeras *Apologías*, verbigracia, Ta-

para que se te abran las puertas de la luz, pues es axioma cristiano que nadie puede alcanzar ni entender estas cosas si no le dieran inteligencia de ello Dios y su Ungido.

P. *Id.*, págs. 30-32.

CIANO, en su *Discurso contra los griegos*, en los demonios encuentra la fuente del manantial de los pecados de los hombres (núm. 8); los demonios son los que siembran de supersticiones la tierra (núm. 9); ellos, más poderosos que los hombres, son también más severamente castigados por Dios (núm. 14); ante los hombres hacen alarde de su poder (núm. 16); engañan con apariencias de salud, que parecen conceder por medio de trampas y reliquias de los muertos (núm. 17), y para garantizar sus inmundicias presagian y vaticinan cosas futuras (núm. 19); y su obra es la de las apariencias y engaños (número 18); ellos se hacen señores de juegos y diversiones (núms. 22-23); la lucha contra ellos ha de ser a base de la filosofía cristiana (núm. 31); sabemos que de esta lucha tenemos todas las de perder humanamente, pero estamos dispuestos a morir y abrazar gustosos la muerte antes de abandonar nuestra religión (núm. 27), por más que el matar a uno solo por el nombre de cristiano, sin probarle crimen ninguno, creemos una injusticia (ibid). También, como llevamos indicado antes, aparece con más fuerza, si cabe, esta lucha entre el Cristianismo y los malos espíritus en la *Súplica de Atenágoras por los cristianos*, desde el capítulo 22 al 27, con ocasión de los milagros aparentes, vaticinios, curaciones y sacrificios atribuídos a los demonios. Ni son menos indicio de lo dicho las obras mismas de SAN JUSTINO. Para JUSTINO, ya la lucha persecutoria contra los cristianos, por sólo el nombre de cristiano, es de sugestión demoníaca (*Apolog.*, I, 4); a ellos se debe también la acusación de «ateos» contra los cristianos (cap. 5). Uno de los frutos del Cristianismo es la moralidad que reina en los cristianos que han abandonado los demonios (cap. 14); los mitos gentílicos son obra de los demonios (cap. 23). El mito de los hijos de Júpiter es invención maliciosa de los demonios para desautorizar la Encarnación del Hijo de Dios (cap. 54). Los demonios desconocieron la eficacia que iba a provenir de la Cruz (cap. 55). Los grandes herejes, como Simón, Menandro y Marción, fueron instrumentos de los demonios (caps. 56, 58). Los demonios, en previsión del bautismo conocido en Isaías, inventaron las purificaciones y lavatorios de los gentiles (cap. 62). Y en la *Apología II* insiste aún mas en parecidas ideas. El gran triunfo del Cristianismo sobre los malos espíritus se nota en los admirables efectos de los exorcismos (cap. 6). Dios, para mostrar la garantía de la libertad, no impide que los hombres incitados por los demonios causen tantos mártires (cap. 7). Los demonios no sólo persiguen a los hijos del Verbo, sino aun a cuantos participaron algo del mismo Verbo, como muchos admirables varones de la antigüedad (cap. 8). Otro de los motivos del ensañamiento de los demonios contra los cristianos es que por el Cristianismo aun los indoctos y sencillos pueden poseer la doctrina, y por ella una vida de Cielo (cap. 10). Estas y parecidas ideas, cada vez con más precisión y con menos errores y vacilaciones sobre la naturaleza y modo de obrar de los demonios en que incurrieron algunos antiguos escritores, fueron ampliándose y desarrollándose por los Padres de siglos posteriores, hasta formarse ya el sistema perfecto que hoy todos los cristianos sobre esa materia conocemos desde el catecismo de las escuelas.

Desaparece mi interlocutor

Ibíd. Núm. 8

873. Con esto y con otras muchas cosas que me dijo, cuya enumeración no es ahora del caso, se retiró indicándome reflictiese a solas sobre lo que habíamos tratado... Lo cierto es que nunca más le he vuelto a ver. Sus palabras habían encendido en mi pecho brasas que me originaron un amor encendido a los profetas y a aquellos hombres tan de la intimidad de Cristo. Y dando vueltas y revueltas en mi corazón a lo que oí de sus labios vine a deducir en conclusión que para mí ésta era la única «filosofía» verdadera y segura.

Ahí tienes cómo y por qué soy filósofo. Y quería que cuantos andan por pasos parecidos a los míos den en este mismo camino del Señor. Doctrina es ésta que entraña una majestad llena de reverente temor. En cambio, quien tiene la dicha de poseerla, encuentra en ella el más dulce de los alivios.

874. Ya ves, pues, si quieres mirar por ti mismo, si amas tu salvación y confías en Dios, en tu mano está—ya que tienes mucho camino ganado—: apenas se te dé a conocer Cristo déjate iniciar en sus misterios y religión, y sin duda que hallarás la felicidad.

P. *Id.*, pág. 32.

Comienza la disputa con Trifón

Ibíd. Núm. 8

875. Decir yo esto, queridísimo [24], y reírse todos los amigos de Trifón fué una sola cosa. El, sonriéndose amablemente, me dijo: «Estoy conforme contigo en todo lo demás e incluso admiro tu entusiasmo por las ciencias divinas. Pero, a decir verdad, harías mucho mejor dedicándote a estudios según Platón u otras escuelas y darte a las virtudes de la constancia, abstinencia y sobriedad, que dejarte engañar por semejantes señuelos de talentos mediocres y pensar en seguir su religión. Si continúas en tu vida de filósofo que has emprendido y con una vida austera no tienes por qué, con bochorno,

[24] Este amicísimo es *Marco Pompeyo*, a quien por lo visto fué dedicada la obra presente.

desconfiar de un futuro halagüeño. En cambio, a quien abandona a Dios y pone su confianza en un hombrecillo, ¿qué esperanza de salvación le puede quedar? No soy quién, pero si quieres oír un consejo mío, pues te considero ya como a amigo del alma, haz circuncidarte cuanto antes, después guarda lo precripto; en una palabra: observa las prescripciones de la Ley, y de esperar es que te alcance la misericordia divina... Pero de ese Cristo, aunque ha nacido y vivido por ahí en algún sitio, no dudes quedará desconocido, pues ni él mismo tuvo conciencia de sí, y no poseerá poder ninguno hasta que viniendo Elías le unja y le manifieste a la faz de todos. Ya a vosotros, contentos con no sé qué rumores sin realidad, os ha dado por forjaros en él un verdadero Cristo, e incluso os abrazáis por él con la muerte como unos necios.

876. «Dispénsame, Trifón, y de mi parte te perdono. Hablas de lo que no sabes crédulo en demasía con unos maestros que sin entenderlas creen comprender las Escrituras; dices vaciedades, echando por esa boca cuanto te viene a las mientes. Vengamos a razones y te probaré que no somos nosotros los engañados y que no estamos dispuestos a dejar de confesar a Cristo por muchas maldiciones con que nos envuelvan los hombres y por mucho que se empeñen los tiranos en arrancarnos a viva fuerza esta fe. Bien pronto te probaré que no somos unos cándidos que tragamos cuentos y consejas sin base, sino que si a algunos hemos dado fe es a quienes nos la han garantizado con su espíritu de Dios, con sus copiosas virtudes y gracia perenne.»

877. A estas palabras mías, los compañeros de Trifón soltaron la carcajada entre denuestos. Yo me levanté, y ya me disponía a alejarme de allí, cuando Trifón, asiéndome del palio, me dijo no me dejaría partir sin haber antes cumplido lo prometido.

P. *Id.*, pág. 34.

Escenario

Ibíd. Núms. 8-9

878. «Pero a condición—le dije—de que no haya alborotos; si pues quieren oír, estén en silencio, y si tienen quehaceres pendientes, que se marchen. Y pues te gusta, nosotros dos, apartándonos un poco y en sitio cómodo y descansado, podemos seguir nuestra discusión.» Le gustó la idea, y avanzando un poco, llegamos hasta el centro del Xysto, donde está el estadio. Dos de aquéllos, después de

chancearse y de haberse divertido algo en el estadio, se marcharon. Todos los demás, al llegar al sitio donde caen las dos hileras de asientos de piedra, de frente la una de la otra, nos sentamos, ocupando todos ellos juntos uno de los lados. Y así sentados, uno de ellos sacó la conversación sobre la guerra de los judíos. Terminada ésta empecé a mi vez yo...

P. *Id.*, págs. 34-36.

HACIA EL MARTIRIO

Caso de cuatro mártires

Apología II [25]. Núms. 1-2

879. «Lo que ocurrió ayer y anteayer en la ciudad bajo el mando de Urbico [26], romanos, y lo que contra toda razón vemos se hace en todas partes por los prefectos, me obligan a presentaros esta memoria, pues sois de la misma naturaleza y hermanos nuestros. Tal vez ni os cuidéis de estas cosas y las ignoréis, dada la altura de ciertas llamadas dignidades...

880. Para que veáis clara la causa de todo lo ocurrido bajo el mando de Urbico, os expondré sencillamente los hechos. Es el caso que una mujer vivía con su marido, que era un perdido y antes lo había sido también ella. Pero una vez oídas las enseñanzas de Cristo, ésta se dió a bien vivir y se esforzó por conseguir lo mismo de su marido. Hablábale de los mandamientos de Dios y poníale ante los ojos los fuegos eternos que aguardan al que no vive según razón. Pero él, empedernido en su vida licenciosa y disoluta, lo que hizo es enajenar para con él la voluntad de su mujer. Convencida la mujer de que era criminal convivir y cohabitar con un hombre que sólo pensaba obrar con ella contra naturaleza y toda clase de abusos sexuales, pensó en separarse de él. Suplicáronla sus allegados aguardara, pues tal vez con sus palabras podría cambiar de vida su ma-

[25] Aunque esta *Apología* suele llamarse II y está escrita unos diez años más tarde que la I con todo, por lo que indica el mismo San Justino al comienzo de ella, más merece considerarse como apéndice o complemento de la I.

[26] Urbico fué prefecto de Roma entre los años 144 y 160.

rido; accedió ella contra su voluntad. Enterada al fin de que su marido, tras un viaje a Alejandría, había recaído aún en cosas más detestables, por no querer aparecer viviendo y cohabitando con él en mesa y lecho, cooperadora y compañera de vida tan licenciosa, se resolvió a dejarle, dándole lo que llamáis libelo de repudio [27]. Entonces a aquel admirable y buen hombre (en vez de alegrarse de que la que había andado antes hecha una ramera con esclavos y mercenarios entregada a bebidas y libertinaje, se hubiese corregido, y no contenta con esto procuraba también corregirle a él) se le ocurrió, persistiendo en su mala vida, denunciar como «a cristiana» a la mujer que le había dejado.

881. Ella, remitiéndote a ti, Emperador, un libelo suplicatorio, te pidió que se le permitiese primero poner en orden las cosas de su casa, y una vez hecho esto, se presentaría al tribunal a dar razón de su acusación. Le concediste el favor. Mas el ex marido de ésta, que vió que con esto no podía por mucho tiempo hacer nada contra su mujer, se vengó dando del siguiente modo contra un tal Ptolomeo que había sido catequista en la fe de ella y que al fin fué ejecutado por Urbico. Al Centurión, amigo suyo, quien había mandado prender a Ptolomeo, le había indicado se acercase a Ptolomeo tan sólo para preguntarle por su filiación religiosa: «si era cristiano». Ptolomeo, alma sincera e incapaz de doblez y mentira, respondió lo era, en efecto. Negar en esos casos equivale a condenar lo que se niega o a querer evadir el testimonio por creerse uno indigno y extraño del asunto que se ventila, y ninguno de los dos motivos tiene cabida en un cristiano.

882. Al punto, pues, el Centurión mandó le echasen cadenas y le dió tormento muchas veces en la prisión. Al presentarle después a Urbico, sólo se le hizo la misma pregunta: «si era cristiano» [28]. De nuevo, sabiéndose lo que se hacía, confesó su filiación cristiana, institución orginaria de Cristo y de virtud divina. No tenía él por qué

---

[27] Lo que la ley judaica concedía a sólo los varones (*Deut.*, XXIV, 1), la legislación romana puso también al alcance de las mujeres. Recuérdese lo que San Pablo escribía en la *I a los Corintios* (VII, 12-16): «Si algún hermano tiene por mujer a una idólatra y ésta consiente en habitar con él, no la repudie. Y si alguna mujer fiel (cristiana) tiene por marido a un infiel (pagano) y éste consiente en cohabitar con ella, no abandone a su marido. Porque un marido idólatra es santificado por la mujer fiel, y la mujer infiel es santificada por el marido cristiano. Pero si el infiel se separa, sepárese, porque en tal caso ni nuestro hermano ni nuestra hermana deben sujetarse a servidumbre.»

[28] Extraña que no se le hicieran más preguntas, pues, en general, en los tribunales, a esa solían acompañar otras indicaciones, como la de que jurasen por los genios de los Césares u ofreciesen incienso a los dioses. Todo lo cual, al sentir de Justino, indica la malevolencia de Urbico.

negarla, pues el negarla entonces, o sería porque rechazaba uno la fe o porque, por indigno, quería evadir el testimonio de confesarla; y nada de esto toca al que de verdad se siente cristiano.

883. Cuando, pues, Urbico mandó llevasen al reo al sitio del suplicio, un tal Lucio, que también era cristiano, viendo una sentencia tan fuera de las formalidades y de razón, increpó a Urbico diciéndole qué crimen era aquél. «¿Cómo a un hombre que no había cometido ningún adulterio, ni estupro, ni homicidio, ni robo, ni es convicto de ningún delito, sólo por el nombre de cristiano le aplicas la última pena? Urbico, tu sentencia no está en consonancia con un Emperador piadoso, ni con un César filósofo [29], ni con un Senado sacrosanto.» A lo que Urbico contestó, dirigiéndose a Lucio: «¿Qué? ¿También tú eres como éste?» Y como Lucio replicase: «Y a honra», mandó Urbico le llevasen también al suplicio. Respondió Lucio le hacía un favor librándole de tan perversos señores y haciéndole ir al Padre y al Rey de los cielos. Se complicó el caso con otro tercero, y también este tercero fué condenado a muerte.

P. RAUSCHEN, pág. 110-118.

Ibíd. Núm. 3

884. «Y a la verdad, yo mismo estoy esperando de que alguno a quien acabo de nombrar vuelva a sus insidias contra mí y me vea en el cepo, y si ellos no, ahí está ese Crescente que sólo piensa en granjearse fama y ostentación. Mal le cuadra, por cierto, el nombre que lleva de filósofo, puesto que de nosotros habla lo que ignora—a saber: que los cristianos son impíos y ateos—con sola la intención de captarse así la popularidad y el favor de las masas. Porque si, sin haber leído la doctrina de Cristo, nos ataca, es un malvado y mucho más inicuo que la gente ignorante que suele procurar no hablar de lo que no sabe para no levantar así calumnias. Pero si la conoce, o es que no ha entendido su majestad o, de haberla entendido, es que nos ataca para evitar la sospecha de que le achaque a él ser cristiano, evitándose así el peligro y ganándose la simpatía y aura popular, lo cual, por lo que supone de cobardía y absurda pasión populachera, sería todavía más inicuo.

885. Porque conviene sepáis que al proponerle yo ciertas cuestiones, me persuadí y le convencí de que era un ignorante. Y para

---

[29] Antonino Pio y Marco Aurelio.

que veáis no exagero, estoy dispuesto, si es que no han llegado a vosotros aquellas discusiones, a volver con él ante vosotros a nueva discusión. No sé si esto sería cosa digna del agrado regio. De todos modos, si han llegado a vuestras manos mis preguntas y sus contestaciones, en ellas salta a la vista su crasa ignorancia sobre asuntos cristianos, y si los sabe, se ve que su cobardía no tiene la libertad de Sócrates ante el auditorio. No es filósofo, es un mero ambicioso de fama y populachería, pues no mira a aquel gran principio de Sócrates de que nunca se debe anteponer el hombre a la verdad [30].»

P. E. DE OTTO, págs. 202-204.

ACTAS DE SAN JUSTINO Y SUS COMPAÑEROS

«Por el mismo tiempo [31]—escribe EUSEBIO DE CESAREA—, Justino, cuya mención hemos hecho antes, a poco de haber presentado su segunda *Apología* a los Emperadores ya dichos, sucumbió mártir por las fraudes y maquinaciones del filósofo Crescente, cuya vida era del todo conforme y lógica con la filosofía cínica que profesaba [32]. Como muchas

[30] Lo entrecomillado lo hemos tomado no de la edición de RAUSCHEN, que lo omite, sino, aun con ser edición anterior, de la de OTTO, por no acabarnos de convencer las razones de aquél para omitirlo. La frase que a continuación pone JUSTINO, y que es ciertamente de él: «Y nadie salga con un «Dáos muerte de una vez a vosotros mismos e id a vuestro Dios, y no nos compliquéis la vida» (*Apolog.*, II, núm. 3), tiene algo de semejanza con el dicho de Arrio Antonino en Asia, cuando vió se le presentaban ante el tribunal en masa todos los cristianos de aquella ciudad. Pues mandando matar a unos cuantos, dijo dirigiéndose a los demás: «Desgraciados, si tanto deseáis morir, ahí tenéis precipicios y horcas donde acabar con vuestra vida.» (TERTULIANO, *A Escápula*, cap. 5.) SAN JUSTINO contesta inmediatamente a esas palabras: «Diré por qué no hacemos semejante acción; antes al contrario, si se nos pregunta confesamos impávidos nuestra fe. Sabemos que el mundo no fué criado por Dios para el acaso, sino que el hombre fué su fin al crearlo. Y ya os lo he dicho antes: quien desea darle gusto no tiene sino imitar lo bueno que es en sí. En cambio, le desagrada... Si pues detenidos se nos somete a un interrogatorio, no tenemos inconveniente en confesar de nuestra parte, porque no hallamos mal ninguno en ser cristianos, y además porque creemos ser pecado el no decir en todo la verdad; antes con ser verídicos sabemos se complace Dios...» (*Apol.*, II, núm. 4).

[31] En tiempo de Antonino Pío había publicado JUSTINO su *Primera Apología* (hacia el 155); la segunda, ya en tiempo de M. Aurelio, entre el 164 y 165; y poco después sucumbía por la fe, víctima de odio por insidias de Crescente.

[32] La escuela cínica fundada por Antístenes tuvo muchos cambiantes de opiniones, aunque dentro de un marco general. Por esta época—pues en otras variaron sus tendencias—el cinismo ponía el fin del hombre en la «indiferencia» ante las cosas de este mundo, creyéndola «el máximo bien». El encuadre general de la escuela cínica dentro del marco de las demás tendencias respecto del modo como creían ellos se obtiene la bienaventuranza propia del hombre, puede verse en *La Ciudad de Dios*, de SAN AGUSTÍN (lib. XIX, caps. I-V).

veces JUSTINO, ante concurso de gentes, le dejase corrido en las disputas, obtuvo morir en favor de la verdad cuyos fueros sostenía. Ya él mismo, estudiosísimo defensor de la verdadera sabiduría, en la antes indicada *Apología*, predice claramente el fin que bien pronto le aguardaba...» De él, el mismo TACIANO—hombre que en su juventud se dedicó a la retórica, conocidísimo por su dominio de las disciplinas de los paganos y que escribió después muchas obras que son un monumento de su gran ingenio—dice en su *Libro contra los griegos* (capítulo 19): «Y con razón JUSTINO, hombre digno de la mayor admiración, comparó a estos cínicos con los ladrones.» Y añade algo después: «Crescente, que había fijado su estancia en la gran ciudad, se había entregado sobre todo a los feos placeres de los niños y al amor al dinero; y el que exhortaba a los demás a que habían de despreciar la muerte, la temía de modo que al mismo JUSTINO se la procuró como el peor de los males, por la razón de que en su amor a la verdad les había probado que los filósofos (cínicos) eran unos glotones y embaucadores.» Y esta fué la causa del martirio de JUSTINO[33]. *Hist. Ecles.*, lib. V, págs. 25-26.

MARTIRIO DE LOS SANTOS MARTIRES JUSTINO, CARITON, CARITO, EVELPISTO, HIERAX, PEON Y LIBERIANO[34]

886. En tiempo de los perversos defensores de los ídolos, por pueblos y aldeas se colgaban edictos impíos contra los buenos cristianos para obligarlos a libar a los ídolos.

---

[33] Realmente, con este testimonio de TACIANO, discípulo de JUSTINO, que apenas martirizado su maestro, hacia el año 161, escribió su precioso librito *Discurso a los griegos*, y con el texto aducido por EUSEBIO como escrito por JUSTINO, y que acabamos de copiar, no comprendemos por qué tan categóricamente RAUSCHEN y otros autores llamen error a la afirmación de EUSEBIO de que el causante de la muerte de JUSTINO fué Crescente. No deja de ser mordaz la idea despectiva que el mismo TACIANO, poco antes de esta cita, apunta de que estos filósofos, que cobraban del erario del Emperador al año seiscientas piezas de oro, en vez de dedicarse a una sana filosofía, no hacían nada más útil que el aliño de su característica barba. Lástima que ingenio tan poderoso como el de TACIANO, arrastrado por su exagerada austeridad, al remate hubiese caído en la herejía de los Encratitos, negando la santidad del matrimonio, el uso de la carne en las comidas y aun el del vino en la consagración de la Eucaristía.

[34] No fué SAN JUSTINO de los que llama ORÍGENES «logósafos», que dicen y no hacen; sus *Apologías* fueron sus convicciones sentidas, y su muerte fué la apología viva de sus escritos.

887. Apresados así los antes mencionados santos varones, fueron conducidos al prefecto de Roma, llamado Rústico [35]..

888. Una vez ya ante el tribunal, el prefecto Rústico dijo a Justino: «Ante todo reconoce a los dioses y cumple las prescripciones de los Emperadores.» Justino contestó: «A nuestra integridad y moralidad compete el que obedezcamos a las enseñanzas de nuestro Salvador Jesucristo.» El prefecto Rústico dijo: «¿Qué doctrinas expones?» Replicó Justino: «Procuré examinar todas las escuelas filosóficas, y al fin me adherí a la doctrina cristiana, que es la verdadera, aunque bien sé no es del agrado de quienes viven en error.» El prefecto Rústico dijo: «Infeliz, ¿conque tanto te agrada esa doctrina?» Justino respondió: «Así es, pues sigo sus dogmas, que se identifican con el recto camino.» Rústico prefecto insistió: «¿Pues qué enseña esa doctrina?» Justino: «Que adoremos al Dios de los cristianos, a quien creemos único Creador y Hacedor desde el principio de todas las cosas visibles e invisibles, y a Nuestro Señor Jesucristo su Hijo, de quien ya antes vaticinaron los profetas había de venir como anunciador de la salvación del mundo y como Maestro de excelentes discípulos. Lo que siento es que, como hombre que soy, no atino a decir nada para lo que merece su infinita divinidad, de la que han hablado ya los profetas, pues sábete que, como llevo dicho, su venida estaba vaticinada como Hijo de Dios por los profetas y que había de habitar entre los hombres.»

889. El prefecto Rústico interrumpió: «¿Dónde os reunís?» Respóndele Justino: «Donde cada uno quiere y puede. ¿O es que te imaginas que no tenemos más que un sitio de reunión? No. Como el Dios de los cristianos no queda circunscrito por ningún lugar, sino que en su indivisibilidad llena el cielo y la tierra, puede ser adorado por los cristianos en todos los sitios.» Rústico insistió: «Di dónde os reunís y en dónde juntas a tus discípulos.» Dícele Justino: «Pues vivo cerca de la casa de un tal Martín, en el balneario Timiothino [36], y en toda mi permanencia aquí sólo he venido dos veces a Roma; apenas he tenido otro sitio de reunión que éste. Si alguno gustaba en oírme yo le comunicaba de grado la doctrina de la verdad.» Dijo Rústico: «¿Así que sigues siendo cristiano?» Respondió Justino: «Soy cristiano, en efecto [37].»

---

[35] Esta introducción está hecha por el cristiano que dió forma de historia a las Actas que publicó, sacándolas de algún archivo público. Las *Actas de San Justino* son de las más indiscutibles que existen. Rústico fué prefecto de Roma entre el 163-167.

[36] Los baños tiomiothinos, que también se llamaban novaciones, por haber sido construídos por los dos hermanos Timoteo y Novato, hallábanse en el montículo Viminal.

[37] Había escrito JUSTINO en el *Diálogo con Trifón* (núm. 96): «Os llamamos hermanos y como a tales os ofrecemos la verdad. Pero inútil, pues os empeñáis en hacernos

890. El prefecto Rústico, después, dirigiéndose a Caritón, le dijo: «¿Y tú, eres también cristiano?» Contestó Caritón: «Soy cristiano por moción de Dios.» Dice el prefecto Rústico a Carito: «¿Y tú, Carito, qué dices?» Carito contestó: «Que soy cristiano por gracia de Dios.» Rústico preguntó a Evelpisto: «¿Y tú?» «Soy Evelpisto, esclavo del César—contestó—; también soy cristiano liberto de Cristo, y participante de la misma esperanza por la gracia de Cristo.» Rústico el prefecto dice a Hierax: «¿También tú eres cristiano?» Dijo Hierax: «Sí, soy cristiano; adoro el mismo Dios que éstos.» El prefecto Rústico preguntó: «¿Es Justino quien os ha hecho cristianos?» Dijo Hierax: «Lo era ya de antes y lo seré.» Peón, que estaba allí de pie, saltó a su vez: «También yo soy cristiano.» Rústico el prefecto dijo: «¿Quién ha sido tu maestro?» Respondió Peón: «A mis padres debo esta bella confesión.» Evelpisto añadió: «Me gustaba oír a Justino; pero también yo debo a mis padres mi cristianismo.» El prefecto Rústico dijo: «¿Dónde viven tus padres?» Evelpisto: «En Capadocia.» Y Rústico, dirigiéndose a Hierax: «¿Y tus padres, dónde viven?» Contestóle éste: «Nuestro verdadero Padre es Cristo, y nuestra Madre, la Fe en El. Mis padres carnales murieron ya, y yo fuí traído acá desde Iconio de Frigia.» El prefecto Rústico preguntó a Liberiano «¿Y tú qué dices? ¿Eres también cristiano y te niegas a dar culto a los dioses?» «Yo también soy cristiano, y ni adoro ni reverencio a más dioses que al único verdadero [38].

891. El prefecto dijo, dirigiéndose a Justino: «Oye, tú que te llamas docto y crees estar en posesión de la verdad, si eres azotado y después decapitado, ¿crees subirás al cielo?» Respondió Justino: «Espero gozar de los bienes del cielo si me mantengo firme hasta el fin, pues tengo por cierto que cuantos viven así conservarán la gracia divina hasta la conflagración final del mundo [39].» Prosiguió el prefecto Rústico: «Y de subir al cielo, ¿sospechas serás acreedor a premio?» Replicó Justino: «No sólo lo sospecho; lo sé cierto, y tengo de ello seguridad absoluta.»

892. El prefecto Rústico dijo: «Pero volvamos ya al asunto nuestro, que urge. ¡Ea! Todos a una, sacrificad a los dioses.» Jus-

---

renegar. Pero ya veis que escogemos y preferimos antes morir, convencidísimos de que lo que Dios permite suframos por Cristo, no quedará sin recompensa.»

[38] Había dicho JUSTINO al judío Trifón: «Nunca hemos visto a nadie dejarse matar por la fe en el Sol (dios); en cambio, ante nuestros ojos se ven casos de todas las clases sociales que por el nombre de Cristo han padecido y padecen todos los más crueles tormentos por no negar a nuestro Dios.» (Núm. 121.)

[39] «Por no rendir culto a los dioses que antes adorábamos, se nos aplican los últimos suplicios; pero mientras morimos, gozamos sin asomo de duda de que Dios, por Cristo, nos volverá a la vida.» (*Diálogo con Trifón*, núm. 46.)

tino responde: «Nadie que sea cuerdo ha de caer de la fidelidad en la impiedad.» El prefecto Rústico dice: «Si no obedecéis seréis torturados sin compasión.» Replicó Justino: «Es nuestro deseo salvarnos siendo atormentados por Nuestro Señor Jesucristo; así nos presentaremos con mayor confianza y garantía y obtendremos la salvación ante el tribunal para todos de Nuestro Señor y Salvador, tribunal mucho más terrible que éste.» Igualmente, todos los demás mártires procesados dijeron: «Haz lo que quieras. Somos cristianos y de ningún modo sacrificaremos a los ídolos.» El prefecto Rústico pronunció la sentencia, diciendo: «Los que no quieren sacrificar a los dioses ni obedecer el mandato de los Emperadores, previo los azotes de costumbre, paguen su merecido siendo decapitados conforme a ley [40].»

893. Los santos mártires, glorificando a Dios, salieron al sitio señalado de las ejecuciones, donde fueron decapitados, consumando así el martirio en confesión de su fe. Algunos fieles, cogiendo sus cadáveres, ocultamente los enterraron en sitios a propósito, ayudados por la gracia de Jesucristo, a quien sea la gloria por los siglos de los siglos [41].

P. P. Franchi dé Cavalieri, págs. 33-36.

CARTA DE LAS IGLESIAS DE VIENA Y DE LYON A LAS IGLESIAS DE ASIA Y FRIGIA

¿La redactó San Ireneo? Lo objetivo que tiene esta carta es que, sea quien fuere su autor, es completamente auténtica. San Ireneo, en 155, estuvo de paso en Roma, coincidiendo allí con San Justino, cuando estalló la persecución de Marco Aurelio. Hacia el 177 ó 178, a raíz de los martirios que vamos a describir, sucedió en el episcopado lyonés a San Potino. Su célebre obra, en cinco libros, *Contra las herejías,* las redactó por partes entre el 180 y 189. Se duda si murió mártir el mismo año que Santa Perpetua y Felícitas (202). Lyon era por entonces la Roma de las Galias, y su clero ejerció una gran labor incursio-

[40] «Cuando nos siega la espada, o nos clavan en cruz, o nos echan a las fieras, o nos sujetan a la tortura del fuego, o nos someten a cadenas y todo género de suplicios, como es patente a todos, nos mantenemos firmes en la confesión de nuestra fe; y cuantas más torturas se nos aplican, tanto más crece la familia piadosa y fiel de Cristo.» *(Diálogo con Trifón,* núm. 110.)

[41] Este último párrafo es del mismo autor que el de la pequeña introducción de estas bellas *Actas.*

nera en los países circunvecinos. En esta cristiandad antiquísima parece ser que la base principal la constituían elementos venidos del Asia y Frigia. De ahí que la misma *Carta* sobre nuestros mártires fuese dirigida a esas iglesias orientales. He aquí lo que sobre esta relación escribía EUSEBIO DE CESAREA en su *Hist. Ecles.* (lib. V, 1 y siguientes): «Era el 17 del Imperio de Antonino Vero. Por este tiempo, en varias regiones, debido a motines populares [1], se excitó una violenta persecución contra los nuestros, en la que sucumbieron en todas partes innumerables mártires. Por lo sucedido en una sola provincia se puede colegir lo ocurrido en las demás. Actos que, como dignos de memoria imperecedera, constan por documentos escritos y transmitidos a la posteridad. *Las Actas* mismas, que están llenas de todas estas referencias, las hemos insertado íntegras en nuestra obra *Sobre los mártires*. Los hechos de más relieve de todo ello que pueden sernos útiles a nuestro fin he creído útil, recogiéndolos, ponerlos aquí. Otros escritores de historias apenas si se preocupan en sus páginas de otra materia que de victorias militares y de trofeos ganados al enemigo. Nos cuentan empresas admirables de capitanes, hazañas heroicas de soldados que, al luchar por su patria, por sus hijos y por sus bienes, mancharon sus manos con la sangre e infinita mortandad de enemigos.

Pero nosotros, que tratamos de hacer una historia de una Institución santificadora en sí y divina en su origen, queremos legar, por escritos imperecederos a todos los venideros, guerras pacifiquísimas emprendidas por la paz espiritual, y héroes que más que por su patria y por sus hijos lucharon por la religión y la verdad...

La región esta a que aludo, escogida para estadio de estos combates, fué la llamada Galia [2]. Son célebres y reputadas sobre las demás ciudades de esta nación, como madres de otras ciudades, Lyón y Vienna [3], ambas a orillas del Ródano, que en rápida corriente serpentea por

---

[1] Esta persecución del tiempo de Marco Aurelio duró varios años y presentó diversas modalidades según la índole de las provincias y sus legados o procónsules. En la misma Galia presentó diversos grados de intensa exacerbación, siendo la más aguda esta del año 17 del Imperio de Marco Aurelio.

[2] Las Galias estaban divididas en cuatro provincias; Lyon era, a la sazón, la Roma de las Galias. Podía acuñar moneda propia de oro, poseía una fuerte guarnición y era famosa por considerársela cómo la ciudad aduanera o emporio central de todas las Galias. Confluían allá por su rico comercio, por el Ródano, mercaderes de todas las regiones del Imperio; y Asia y Frigia fueron las dos regiones orientales más apostólicas en enviarle hombres y talentos que fueron ornamento de la primitiva Iglesia. Lyon tiene la gloria de ser una de las herederas más auténticas, por medio de San Potino y San Ireneo, de las almas de San Policarpo y de San Juan Evangelista. De ahí la correspondencia que la cristiandad de Lyon mantuvo entonces con tanto cariño con las Iglesias del Asia.

[3] Vienna caia unos cuantos kilómetros más hacia el Sur de Lyon, en las mismas márgenes del Ródano. Parece lo más cierto que por entonces los cristianos de Vienna dependían del obispo de Lyon.

todo aquel país. Las nobilísimas Iglesias de entrambas ciudades mandaron la relación de la Pasión de sus mártires a las Iglesias de Asia y Frigia con cuanto había ocurrido, contándolo del modo siguiente, pues que tengo gusto en poner sus textuales palabras.» Helas aquí:

SALUDO DE HERMANOS

Persecución humana, ayuda divina

Lib. V, cap. I, 2-6

894. «*Los siervos de Cristo que viven en Vienna y Lyón de las Galias a los hermanos que moran en Asia*[4] *y Frigia y que viven con nosotros en comunión de la misma fe y esperanza de la Redención, paz y gracia y gloria de Dios Padre y de Cristo Jesús Señor Nuestro.*» No hay nadie, ni nosotros, que pueda expresar con exactitud de palabra y por escrito ni la multitud de los trabajos que tuvieron que soportar los mártires, ni el furor y rabia de los gentiles contra ellos, ni la cantidad y calidad de las torturas a que se les sometió, pues el enemigo cargó sobre nosotros con todo su ímpetu, dándonos a sentir desde entonces las primicias de lo que sin freno descargaría después sobre nosotros. No dejó nada sin probar, ya en el entrenamiento de sus ministros, ya en los ensayos que preludiaban la lucha contra los siervos de Dios. Se nos arrancaba de las casas, de las plazas, de las termas, a la vez que se nos prohibía presentarnos en público. Por la gracia de Dios luchó en nuestro favor, y al paso que guardó a los más débiles, hizo que el choque primero fuera contra gente varonil que, firme e inmoble como columnas, logró con su fortaleza atraer hacia sí toda la virulencia del demonio. Sostuvieron éstos cuerpo a cuerpo toda clase de oprobios, y juzgando baladí lo que para otros es largo e insoportable, se apresuraban a ir a Cristo probando con su ejemplo que los sufrimientos de este siglo no son dignos de parangonarse con lo que nos aguarda en la gloria[5].

P. SCHWARTZ, págs. 402-404.

---

[4] El Asia se entiende aquí no en el sentido moderno ni de toda Asia, ni del Asia Menor actual, sino de una pequeña región de la actual Asia Menor de Turquía, que comprendía las ciudades marítimas de Esmirna y Efeso, etc.; colindaba por el este con la Frigia.

[5] *Rom.*, VIII, 18.

Vejámenes de toda clase

Ibíd. Núm. 7

895. Y lo primero, cuanto iba contra ellos salido de las masas del pueblo lo soportaron pacientemente; a saber: griterías, golpes, arrastres, despojos de los bienes, pedreas, prisiones... y todo eso a que la chusma suele echar mano contra sus enemigos cuando le entran la rabia y el paroxismo.

Id., pág. 404.

Ante el populacho

Ibíd. Núm. 8

896. Conducidos después a la plaza por el tribuno de los soldados y por los magistrados de la ciudad, son presentados allá ante todo el pueblo, y confesando ellos ser cristianos, se les guarda en la cárcel hasta la llegada del presidente.

P. *Id.*, pág. 404.

ANTE EL PRESIDENTE

Admirable conducta de V. Epagatho

Ibíd. Núms. 9-10

897. Fueron luego presentados al presidente, quien usó con ellos de todo género de vejaciones. Estaba allí presente Vettio Epagatho, hermano nuestro en la fe, conocido por su grandísima caridad con Dios y con el prójimo, hombre de estricta y severa moralidad. Aunque joven aún, ya merecía los elogios del anciano Zacarías [6], pues

---

[6] Este distinguido caballero lyonés, probablemente de familia senatorial, mereció para sí aquel elogio con que SAN LUCAS, en el cap. I, 6, dice de Zacarías, padre de San Juan, que «era justo a los ojos del Señor, guardando como guardaba todos los mandamientos y leyes del Señor irreprensiblemente».

que caminaba por todos los mandamientos y justificaciones del Señor sin queja de nadie, y su corazón estaba lleno de fervor y del celo de Dios, viéndosele a la vez dispuestísimo a hacer cuanto significase obsequio y servicio de toda clase de caridades con el prójimo. Este, pues, no pudo soportar el injusto proceder contra los nuestros: antes, lleno de indignación, pidió se le permitiese abogar en favor de sus hermanos, pues podía probar ante todos que no había en ellos nada de impío e irreligioso. Como era muy distinguido, alborotáronse contra él los que rodeaban el tribunal, y el presidente, llevando muy a mal su pretensión, le preguntó tan sólo si era cristiano. Como él dijese que sí con clarísima voz, se le incluyó en el grupo de los mártires, calificándosele por boca del juez de abogado de los cristianos; pero teniendo en realidad dentro de sí otro Abogado [7], mucho más copiosamente que Zacarías, pues bien lo manifestó la inmensidad de su caridad en que se abrazó con la muerte por defender a sus hermanos [8]. Fué discípulo gemelo de Cristo, que seguiría al Cordero doquiera éste fuese [9].

P. *Id.*, págs. 404-406.

Confesores y desertores

Ibíd. Núms. 11-13

898. Ocasión fué ésta en que se empezó a conocer y distinguir lo que eran los demás. Unos prontos y entrenados como campeones al martirio [10], llenos de júbilo para hacer al estilo de los mártires la solemne confesión de su fe; otros aparecieron claramente mal preparados y poco avezados, ineptos para poder hacer rostro a tan terrible prueba. De éstos hubo unos diez, que cediendo en breve, nos llenaron de inmensa tristeza y de lágrimas y quebraron el entusiasmo de varios, los cuales, aunque todavía no estaban detenidos, llenos de celo y pasando por mil dificultades, se les veía al servicio de los mártires,

---

[7] JUAN, XIV, 15-17: «Observad los mandamientos y yo rogaré al Padre y os dará otro abogado para que esté con vosotros eternamente, a saber: el Espíritu de verdad a quien el mundo no puede recibir, porque no le ve ni le conoce.»

[8] ID., XV, 13: «Nadie tiene mayor caridad que aquel que da la vida por sus amigos.»

[9] *Apocal.*, XIV, 4: «Estos siguen al Cordero do quiera que va.»

[10] En griego pone el autor «proto-mártires»; lo traduzco por «campeones de los mártires», pues toda esta narración está llena de atletismo viril, que así fué, en efecto, el combate por su fe de los mártires de Lyon.

sin apenas alejarse de su presencia. Ante tal caso todos temblábamos, preocupados e inseguros del éxito del combate de la fe. No es que nos preocupase el dolor de los tormentos, sino la vergüenza de que pudiera aumentar el número de desertores.

899. Cada día había nuevos apresados de gente que era digna para llenar el vacío de los primeros, y tanto fué esto así, que entre los detenidos resultó a la vez estar toda la flor y nata de las dos Iglesias y quienes más habían trabajado e influído para la organización de aquellas comunidades.

P. *Id.*, pág. 406.

Calumnias de esclavos nuestros, gentiles

Ibíd. Núms. 14-15

900. Como efecto de las medidas dadas de que se hiciesen sobre nosotros todo género de pesquisas, se apresó a varios esclavos de cristianos que eran gentiles. Movidos por el demonio y temiendo que también se les sometiese a ellos al tormento que veían sufrir a los nuestros, a instigación de los mismos soldados, declararon, calumniándonos, que entre nosotros se celebraban, en efecto, las cenas tyesteas, las incestuosas uniones de Edipo [11] y crímenes análogos que ni pronunciar ni pensar es lícito, y que nos resistimos a creer se hayan cometido nunca. Tales calumnias difundidas por el vulgo excitaron a que todo el pueblo rugiese, enfurecido, acerbísimamente contra nosotros. Se cumplía lo que el Señor había profetizado: «Vendrá un tiempo en el que todo el que os matare creerá haber hecho obsequio a Dios [12].»

P. *Id.*, pág. 406.

Primeras torturas

Ibíd.

901. Desde este momento se sometió a los mártires a tales sufrimientos que no hay palabras para describirlos. Satanás anhelaba

[11] Véanse sobre estas eternas acusaciones de entonces los núms. 576-577, 690-707, 770-780. etc.

[12] JUAN, XVI, 2.

que también a ellos mismos les envolviese la misma blasfema declaración [13].

P. *Id.*, pág. 406.

Maturo, Atalo, Blandina

Ibíd. Núms 15-19

902. Pero donde descargó todo el furor el presidente, pueblo y soldados, fué sobre Santo, diácono de Vienna; sobre Maturo, que, aunque neófito, resultó generosísimo atleta de Cristo; sobre Atalo, también oriundo de Pérgamo, considerado siempre como columna y sostén de nuestra Iglesia, y sobre Blandina, por cuyo medio patentizó Cristo cómo lo vil y deforme y despreciable a los ojos de los hombres merece a veces el máximo honor de Dios, gracias a un gran amor hacia El, que no se gloria de vanas apariencias, sino se manifiesta en virtud y poderío. Todos temblábamos—incluso su señora temporal, quien también combatió valientemente entre los demás mártires—que por lo ruin de su complexión no pudiese Blandina mantenerse libre para la confesión de la fe. Pero apareció la esclava con tal reciedumbre de espíritu, que los verdugos que sucediéndose unos a otros la atormentaron sin cesar con todo género de suplicios desde la mañana a la tarde, al fin hubieron de ceder cansados por la distensión de los músculos. Confesáronse vencidos y maravillados de que ella, aun después de sufrir cuantas torturas pudieron infligirle, todavía viviese con todo el cuerpo desgarrado y abierto en surcos. Confesaban debería bastar un solo tormento de aquellos para quitarle la vida; cuanto más tantos y tales. Pero ella, como atleta generosísima en su misma confesión, recobraba nuevos bríos y fuerzas. Sus palabras «soy cristiana y nosotros no hacemos nada de mal» le servían de refrigerio y descanso y le hacían por el momento insensible al dolor.

P. *Id.*, pág. 408.

---

[13] A esto venía todo aquel alarde de insufribles tormentos: a obligarles a declarar, a fuerza de torturas, que realmente cometían aquellos nefandos crímenes.

Torturas a Santo [14]

Ibíd. Núms. 20-23

903. También Santo, sufriendo con entereza todos los tormentos que a ingenio humano le es concedido idear, cuando ya los malvados esperaban saliese de sus labios, arrancada por insoportable dolor, alguna palabra de defección, mostróse tan viril, que no pronunció ni el nombre de su nación, ni de su ciudad, ni si era esclavo o libre, sino sólo esta palabra en latín que era su única respuesta: «Soy cristiano.» Este nombre—confesaba—era para él patria, raza y todo lo demás. Ni hubo modo de que los paganos le arrancasen otra palabra. Razón por la que el presidente y verdugos se volviesen más pertinazmente contra él, tanto que cuando ya no les quedaba clase de tormentos a que no le hubiesen sometido, al fin le aplicaron láminas candentes de metal a las partes más sensibles del cuerpo. Se abrasaban los miembros, pero él, erecto e inmoble, sostuvo a pie firme su confesión, como si se le rociase y robusteciese entonces la fuente de agua viva que mana del seno de Cristo [15]. Bien a gritos decía su cuerpo la carnicería hecha en él, pues nada presentaba que no fuesen surcos y desgarraduras; todo él, contrahecho y retorcido y sin viso de forma humana. Como Cristo era quien sufría en él, también obró grandes milagros derrocando del todo al enemigo y mostrando a los demás con insigne ejemplo, que no debe haber temor donde reina la caridad del Padre ni dolor donde interviene la gloria de Cristo.

Id., pág. 410.

Treguas y nuevos suplicios

Ibíd. Núm. 24

904. Pues sucedió que como después de varios días volvieron a torturar de nuevo al mártir, convencidos de que si le aplicaban del

[14] Santo parece haber sido nacido en Vienna, al sur de Lyon, pero era diácono a la sazón de la comunidad lyonesa. No era, pues, de extrañar que mientras los demás mártires oriundos de Asia y Frigia usasen en general la lengua griega, él dijese su profesión de fe en limpia lengua romana.

[15] «Del seno de aquel que cree en mí brotarán, como dice la *Escritura,* ríos de agua viva.» (JUAN, VII, 38.)

todo los mismos tormentos a las llagas, aún tumescentes e inflamadas, le sería imposible soportar la impresión, ya que las heridas no podrían sufrir ni el mero contacto de la mano, o en todo caso sucumbiendo entre tormentos, infundiría estremecimiento a los demás; lo cierto es que no sólo no ocurrió nada de esto, sino que, lo que nadie sospechaba, en las pruebas posteriores irguió su cuerpo aliviado y tieso, recuperando a la vez la primera forma y soltura de los miembros. Así esa segunda carnicería, merced a favor divino, más diría le acarreó energías que dolor.

Id., pág. 410.

Apóstatas que vuelven a confesar la Fe

Ibíd. Núms. 25-26

905. Otra fué Biblíades, una de las que habían primero renegado. Cuando ya el demonio la tenía por tragada y creía que había de sellar con nueva blasfemia contra la fe su anterior caída, llevóla al suplicio, queriéndola forzar a que, víctima de su debilidad y desgaste, declarara crímenes contra nosotros. Todo lo rechazó entre torturas, y quedó como si despertase de un sueño, fijos los ojos de la fe en los tormentos del infierno; sólo sabía decir a los malvados: «¿Cómo van a comer carne de niños quienes no pueden ni probar sangre de animales?» Y después, confesando ser cristiana, fué añadida al grupo de los mártires.

Id., págs. 410-412.

De nuevo a los cepos de la cárcel

Ibíd. Núm. 27

906. Como, pues, todos los tormentos de los tiranos quedasen por la constancia de los mártires anulados y sin efecto, el demonio excogitó nuevas maquinaciones contra ellos: que fueran aherrojados en lo más oscuro y duro de la cárcel con los pies distensos y separados en el quinto hueco del cepo [16] y con otros suplicios pareci-

[16] Este suplicio consistía, como ya se ve por el texto, en que al reo le hacían meter los dos pies abiertísimos en los agujeros de un tablón agujereado; metidos los pies y atados luego en esta abertura violentísima, se graduaba el tormento según se distendiesen más los pies de sus víctimas, ya que el tronco tenía varios agujeros cada vez más separados.

dos, con los que, incitados por el demonio, los verdugos suelen torturar a los presos. Tanto, que los más de los encarcelados murieron como asfixiados; el Señor, en su divina Providencia, les había preparado para su gloria.

Id., pág. 412.

Mueren algunos en la cárcel

Ibíd. Núm. 28

907. Otros, en cambio, aun con haber sido antes cruelísimamente atormentados, de modo que por más que se les cuidase con toda clase de medios parecía no podrían resistir más, siguieron con todo en la cárcel destituídos de todo humano auxilio, pero asistidos por Dios, quien les inyectaba fuerzas físicas y morales, cosa que todavía hacía irritarse más a los enemigos. Otros, en cambio, de complexión delicada y recién apresados, por no poder habituarse a resistir tanto tormento ni a sufrir la pesadez de las prisiones, quedaron exánimes en la prisión.

Id., pág. 412.

El ultranonagenario obispo Potino

Ibíd. Núm. 29

908. También fué conducido al tribunal el bienaventurado Potino [17], que entonces regía el Obispado de Lyón. Era de verle ya muy achacoso, ultranonagenario, a quien su estado de sumo desgaste apenas si le permitía respirar; pero poseía un temple de alma valeroso, debido a sus ansias y gusto por obtener bien pronto el martirio. Si pues su cuerpo se veía consumido y exhausto por casi un siglo y achaques, en cambio su alma encerraba tales energías que podía por ellas triunfar Cristo en él.

Id., págs. 412-414.

---

[17] Fué discípulo de San Policarpo, y por la edad y lugar de su nacimiento incluso podía haberlo sido, cuando niño, del mismo San Juan Evangelista.

«Si te haces digno le conocerás»

Ibíd. Núms. 30-31

909. Lleváronle los soldados al tribunal; seguíanle los magistrados de la ciudad y una gran masa del público, acosándole como si fuese Cristo mismo. Fué entonces cuando dió admirable testimonio de Cristo. Preguntado por el presidente quién era el Dios de los cristianos, respondió: «Si te haces digno le conocerás.» Dicho esto, sin ninguna consideración humana fué arrastrado y despiadadamente vejado. Los que estaban cerca de él le ultrajaban a puñadas y coces, sin reverencia ninguna a su ancianidad, y los que lejos, le arrojaron encima cuanto podían haber a las manos; como que todos los allí presentes se hubieran creído reos de delito y expiación si no hubieran procurado hacer contra él cuanto podían con toda clase de ultrajes y desvergüenzas. Para ellos ésa era la mejor expiación por la ofensa contra sus dioses. De allí, casi agónico, fué retirado a la cárcel, en donde a los dos días expiró.

Id., pág. 414.

Renegados y mártires

Ibíd. Núms. 32-35

910. También en esta ocasión brilló una dispensación particular de Dios y una señal más de la inmensa misericordia de Cristo, sin duda para escarmiento de los hermanos y cosa propia de la destreza y sabiduría de Cristo. Pues fu éel caso que cuantos apenas detenidos negaron la fe, después aherrojados en la cárcel hubieron de sufrir lo mismo que los demás mártires. De nada les sirvió, pues, su apostasía. Al contrario: a cuantos confesaron lo que eran, sin más motivos ni otra causa, les encadenaron por la única razón de ser cristianos.

911. A los renegados encarcelábanles igual que a los homicidas y criminales, con lo que, en realidad, tenían que sufrir un suplicio doble que los otros. Pues mientras a los unos todo les suavizaba el gozo del martirio, la esperanza de la bienaventuranza prometida, la caridad para con Cristo y el Espíritu de Dios, a los otros, en

cambio, les atormentaba la conciencia. Y así fué que cuando los sacaron se les distinguía entre sí sólo por el aire y el ademán del semblante. Los unos entraban alegres, con los rostros llenos de majestad, mezclada con cierta prestancia, de modo que diríais que los grilletes eran su mejor adorno, algo así como son para las novias los ribetes de oro y de variados bordados; a la vez despedían suave perfume de Cristo, tanto, que no faltó quien los creyó iban ungidos de cosméticos olorosos [18]. En cambio, los otros, hundido el rostro, demacrados, decaídos, sucios y como cubiertos de todo género de cosas de repulsión. Los mismos paganos los despreciaban como a flojos y cobardes, pues habiendo perdido el venerando, glorioso y saludable nombre de cristiano, se expusieron a que se les tratase como a criminales vulgares. Visto lo cual, todos los nuestros cobraban aliento para la lucha, de modo que si después prendían a algún cristiano confesaba la fe al punto y sin vacilaciones, no admitiendo ni como ocurrencia lo que pudiera ser sugestión o tentación del demonio...

Id., págs. 414-416.

Escena de los «ludi» con los mártires

Ibíd. Núms. 36-40

912. Tras estos hechos resultó que los martirios se podían clasificar en varios grupos, ya que los bienaventurados mártires tenían que ofrecer a Dios Padre una corona tejida de diversas flores de distintos colores; era también justo que los denodados atletas, después de múltiples combates y tras gloriosa victoria, recibieran la insigne corona de la inmortalidad. Maturo y Santo, junto con Blandina y Atalo, fueron llevados a las fieras en el anfiteatro para espectáculo público de la brutalidad de los gentiles, ofreciendo a propósito un día de «juegos» con los nuestros. Y Maturo y Santo de nuevo volvieron a pasar por todos los tormentos en el anfiteatro, como si antes no hubiesen ya padecido nada, o mejor dicho, como atletas que después de haber vencido repetidas veces al enemigo [19] ya sólo

[18] Los más célebres púgiles no dejaban de tomar masaje de perfumes y ungüentos muy costosos.

[19] La idea del texto original se refiere a los juegos atléticos, y compara a estos mártires a la selección que se solía hacer de entre los combatientes para las luchas. Era costumbre escoger por suerte a los que debían luchar en cada caso. Había una urna de plata para el sorteo, donde se contenían boletos con letras por pares: A, B,

luchasen por el campeonato de la corona. Tales fueron los golpes de azotes que otra vez hubieron de soportar, las dentelladas de las bestias que los procuraban arrastrar y cuanto el público, frenético, imponía a su talante a fuerza de gritos, hasta la banqueta de hierro, sobre la que se les tostaban los miembros a los mártires, haciéndoles despedir así el acre olor tan repugnante al olfato. Pero ni con esto se calmó su ferocidad. Al contrario, en la lucha, a mayor constancia de los mártires, reaccionaba más ardiente el frenesí del público. Pero con todo, no lograron arrancar de labios de Santo otra palabra que su acostumbrada contestación de la profesión de su fe.

913. Así, después de haber sostenido un combate durísimo, cuando ya apenas les restaba ni casi aliento para respirar, murieron degollados. Tal fué aquel día el gran espectáculo dado al mundo en lugar de aquella múltiple variedad de que se alardea en los combates de gladiadores.

Id., págs. 416-418.

Las fieras respetan a Blandina

Ibíd. Núms. 41-42

914. Blandina, por su parte, levantada en un poste, fué expuesta a las fieras, la cual, al parecer como fijada en forma de cruz y orando gozosa a Dios, infundía alientos a sus compañeros de martirio, puesto que éstos en la lucha, bajo la forma de su hermana que allí veían con los ojos de la carne, reconocieron a Aquel que había muerto en cruz por su salvación y había persuadido a sus fieles que saber sufrir por la gloria de Cristo era hacerse acreedor a la convivencia con Dios. Al ver que ninguna fiera tocaba el cuerpo de Blandina la bajaron del poste y la reservaron en la cárcel para nuevo combate. Así triunfante sobre el enemigo ya en diversas acometidas, si por una parte vencía definitiva y evidentemente a la tortuosa serpiente, encendía por otra con su ejemplo a sus hermanos a imitarla. Mujer enfermiza, de baja clase y desmedrada, pero al fin revestida del valor de aquel invicto atleta divino Cristo, repe-

---

etcétera. Los dos que sacaban por suerte el A deberían luchar entre sí los primeros (eran el protos-Kleros). Después luchaban los segundos entre sí, los del boleto B, etc, y así los demás. De los que iban resultando victoriosos de cada bina se iban emparejando después, también por suerte, para nuevas luchas, hasta que a fuerza de eliminaciones quedaba al fin un único victorioso, que resultaba el campeón de todos.

tidas veces venció al enemigo, y en brillante lid ganó la corona de la inmortalidad [20].

Id., pág. 418.

«Este es Atalo cristiano»

Ibíd. 43-44

915. También Atalo, como hombre célebre que era, requerido reiteradamente por el populacho para el suplicio, se presentó denodado en la arena, fiado en la conciencia de sus buenas obras. Y así es que siempre se le había considerado entre los cristianos como hombre sólidamente amaestrado en la virtud y testigo fiel de la verdad. Al obligarle a hacer el desfile [21] por el anfiteatro, colgada la tablilla delante en la que estaba escrito en latín: «Este es Atalo, cristiano», enfurecióse el público contra él. Pero advertido el presidente de que era ciudadano romano [22], retirándole, lo guardó en custodia con los demás.

Id., pág. 418.

Los «cives romani»: consulta a Roma

Ibíd. Núm. 44-47

916. Consultóse el caso al César por escrito, y se aguardaba la respuesta sobre cuantos se detenían encerrados en la prisión. La demora de la contestación no les fué inútil ni sin provecho a los mártires; antes también, entonces, por su modo de llevar la cárcel, brilló de nuevo la misericordia de Jesús. Los miembros muertos [23]

---

[20] Así como en la pasión de las Santas Perpetua y Felícitas padecieron a la vez por lo que parece ama y esclava, así también en Lyon admiran por su heroica constancia la esclava Blandina y su señora, con la diferencia de que en el martirio de los mártires africanos la protagonista resulta Perpetua, mientras en el anfiteatro de Lyon Blandina excedió a todos por su fortaleza.

[21] Antes de empezar los «ludi» se obligaba a los «noxii» a hacer un desfile junto con los «venatores» y «gladiatores», que pasaban ante el edil del juego o del gobernador con música y algazara del populacho.

[22] Los ciudadanos romanos tenían muchos privilegios, y uno de ellos era que sin abuso de la ley, sino en casos muy excepcionales, no podían ser ejecutados sino al filo de la espada.

[23] Los que antes habían apostatado turbados del terror.

de la Iglesia, por influjo de los vivos, recuperaron la vida, y los mártires beneficiaron a los que habían renegado de la fe, con lo que la Iglesia, Madre virgen, se veía aumentada ya con los mismos a quienes arrojó muertos de su seno y ahora los tenía de nuevo en su regazo con aliento de vida. Era un hecho que los que habían apostatado, por medio de los bienaventurados mártires [24] tornaban a tomar la forma de cristianos y como si hubieran sido concebidos a nueva vida, y con ésta recuperada, ellos mismos se disponían a librar nueva batalla por la fe. Llegado el caso, en efecto, llenos de vida y vigor, gracias al Señor, que no quiere la muerte del pecador, sino que con su bondad le invita a penitencia, resultó que inoculándoles Dios ánimos se presentaron al tribunal para que fuesen interrogados de nuevo por el presidente, pues había un rescripto imperial que ordenaba se dejase libre a los renegados y muriesen al filo de la espada los que confesasen la fe.

Id., págs. 418-420.

El mercado de Lyon y los «noxii» cristianos

Ibíd. Núms. 47-48

917. Celebrábase uno de los solemnes mercados [25] del país, al que confluyen muchedumbres de gentes de todos los pueblos y provincias circunvecinas, y el presidente tomó esta ocasión para hacer comparecer ante el tribunal a los bienaventurados mártires, dando así al acto, ante tanto público aglomerado, el aspecto de una de las grandes pompas teatrales [26]. Preguntóseles, pues, allí de nuevo. Los que se vió eran ciudadanos romanos fueron decapitados, y los res-

---

[24] Los que eran ya confesores de la fe y presto serían también mártires en todo el rigor de la palabra.

[25] Con ocasión de este concurridísimo mercado en Lyon, el presidente dió varios días de luchas de fieras y gladiadores en el anfiteatro al lado del Ara de Augusto. De suyo, los juegos de fieras tenían plazos prefijados. Fuera de estas temporadas ya establecidas, ni los duúnviros ni los jefes de juegos podían ellos por sí suministrarlos. Pero los presidentes y legados de provincia tenían mayores facultades para cada caso, una vez que también ellos estaban en posesión de lo que se llamaba «ius gladii» o derecho de vida o muerte; y a las veces se servían de este derecho para en «fiestas populares» dar con más solemnidad muerte a los condenados criminales, con regocijo y júbilo del populacho, siempre sediento de sangre humana. En nuestro caso, pues, el presidente, además de los días, por decirlo así, de rigor, señaló uno más para estas luchas, en el que entrarían en escena sólo «noxii» cristianos.

[26] Teatrales aquí significa propia del anfiteatro.

tantes quedaron condenados a las fieras. Fué grande la gloria que se derivó a Cristo de la confesión valiente de quienes primero habían renegado por la esperanza y expectación de los gentiles. Habíanles preguntado por separado, creídos de que los absolverían [27] al punto. Pero al oír que se confesaban «cristianos», les sumaron al grupo de los demás mártires.

Id., pág. 420.

Sublime constancia aun de muchos renegados

Ibíd. Núm. 48

918 Los únicos que quedaban fuera eran los hijos de la perdición, los que con su vida infaman la religión que profesan, aquellos en cuyo corazón no queda ni rastro de fe ni reverencia del vestido nupcial [28], ni nunca habían tenido un adarme de temor de Dios. Fuera de éstos, todos los demás reentraron en la Iglesia.

Id., pág. 420.

Heroicos combates

Ibíd. Núms. 49-52

919. Cuando se trató el caso de éstos, Alejandro, frigio de raza, médico de profesión, que llevaba muchos años viviendo en las Galias, persona reconocidísima por su amor de Dios y por la libertad que tenía en predicar la fe (pues gozaba del carisma apostólico), presente allí en el tribunal, exhortábales incluso con los gestos a retener la fe, de modo que a los que rodeaban el tribunal les hacía la impresión de que sentía ansias como de darles a luz. Así la chusma, llevando a mal que quienes habían antes negado la fe ahora la confesasen de lleno, irrumpieron en una gritería contra Alejandro, creyéndole autor de aquella mudanza.

920. Al punto, el presidente le urgió preguntándole quién era. Apenas dijo que «cristiano», le condenó furioso a las fieras. Al día siguiente entraba junto con Atalo, pues también a éste había con-

[27] Porque creían renegarían de nuevo de la fe.

[28] MAT., XXII, 11.

denado de nuevo a las bestias por dar gusto a las masas. Ambos, después de haber pasado denodadamente en el anfiteatro por todas las torturas que contra ellos se podían idear, acabaron su vida al filo de la espada. Y por cierto que a Alejandro no se le escapó ni un gemido ni un «¡ ay !», sino que en su interior hablaba con Dios. Como a Atalo, colocado en una parrilla-banqueta, le tostasen por los lados y su cuerpo medio asado oliese a carne chamuscada, dijo en latín al pueblo: «Esto que hacéis, esto, es devorar hombres. Nosotros ni devoramos hombres ni inferimos daño a nadie.» Preguntándole qué nombre tiene Dios [29], replicó: «Dios no tiene nombre como lo tenemos los mortales.»

Id. pág. 422.

Pantico y Blandina

Ibíd. Núms. 53-56

921. Después de todos éstos se exhibió de nuevo en el último día de los espectáculos a Blandina, y con ella Pantico, de edad de unos quince años, a quienes todos los días anteriores les habían llevado al anfiteatro para que viesen con sus ojos las torturas a las que sometían a los demás. Y aun constreñidos a jurar por las estatuas de los gentiles, como los vieron firmes en negarse a ello y en no reconocer a los dioses, se puso tan incandescente el frenesí del pueblo contra ellos, que no tuvieron miramiento ninguno, ni a la ternura del niño ni al sexo de la mujer. Para obligarlos a jurar les hicieron recorrer uno a uno todos los tormentos y todo género de suplicios, pero nunca lograron lo que pretendían. Porque Pantico, animado con las exhortaciones de su hermana [30], que bien veían los gentiles era ella la que confortaba y sostenía al niño, después de haber sufrido valientemente todos los tormentos, expiró.

922. La última de todos fué la bienaventurada Blandina, que como madre generosa había animado a todos como si fuesen sus hijos para luchar con valor y los había hecho preceder victoriosos al rey; ansiaba, pues, reanudar toda la trayectoria de luchas que habían corrido sus hijos y se disponía anhelosa a ir al combate llena de júbilo y alegre ya de su fin, como si se tratase no de ir

[29] En las sarcásticas preguntas de los paganos aparece en todos estos diálogos cómo el motivo religioso de la muerte de estos mártires era una causa solamente religiosa.

[30] No hermana uterina, sino en la fe.

a las garras de las fieras, sino a un convite nupcial. Así que, después de azotes, después de desgarraduras de las fieras, después de la sartén, envuelta en una red, fué echada a un toro [31]. Arrojóla éste diversas veces al alto, pero ella, en absoluto, no sentía nada, ya por la esperanza y logro de los bienes que le aguardaban, ya por la íntima comunicación que tenía con Jesús en oración. Por fin, al igual que si fuese una víctima, fué degollada. Los mismos gentiles sinceramente confesaron que no recordaban hubiera existido nunca mujer ninguna de que se supiese haber sufrido ni tantos ni tan grandes tormentos como ella. Pero ni así siquiera se sació el furor y crueldad de los enemigos contra los santos: fiera y bárbara chusma no podía aplacarse todavía agitada como estaba por la salvaje bestia del demonio.

Id., págs. 422-424.

Y su Dios, ¿dónde está?

Ibíd. Núms. 57-60

923. En su protervia ideó un nuevo género de crueldad aún en los cadáveres de los santos. No les daba vergüenza y confusión el haber sido vencidos por los mártires. En ellos no se veían ni razón ni humanos sentimientos; antes se acrecentó más todavía el furor bestial del presidente y del populacho. Caso no visto; todo era rabia en ellos sin miras a derecho ni razón. Se cumplía la Escritura: «El malvado obre todavía con más malicia, y el justo justifíquese más... [32]» Los cadáveres de quienes murieron asfixiados en la cárcel se arrojaron a los perros, y día y noche vigilaban para que los nuestros no cogieran sus restos para sepultarlos. Después, si había aún residuos que hubieran respetado las fieras o el fuego, exponían los trozos, o carbonizados o desmenuzados, y lo restante del cuerpo, cabezas y troncos, quedaban insepultos por muchos días bajo el cuidado de gente de armas. Otros, rechinando los dientes contra los muertos, todavía les querrían dar tormentos más exquisitos. Quiénes, en cambio, se burlaban y mofaban, glorificando a sus

---

[31] Los domadores adiestraban a los toros bravos a arrojar al aire y jugar con bolas o redondeles de madera, cuyos modelos aún se conservan en algunos anfiteatros. A eso aludía MARCIAL cuando escribía aquel célebre verso: «Taurus út impositas iactat ad astra pilas.» En casos como el nuestro cambiaban los redondeles por víctimas humanas desnudas envueltas en las mallas de una red.

[32] *Apocal.*, XXII, 11; Cfr. DANIEL, XII, 10.

dioses, pues todo aquello no era sino castigo infligido por ellos en venganza del desprecio de los cristianos. Algunos, más mesurados y haciéndose cargo del mal, decían, no sin cierta pena y recriminación: «¿Y su Dios dónde está? ¿Qué les vale su religión, y eso que la anteponen a su misma vida?» Tal era la variedad de afectos con que los gentiles juzgaban nuestro caso.

924. Nosotros, por otra parte, sentíamos lo indecible no poder dar sepultura a los cadáveres. Ni las sombras de la noche, ni el oro ofrecido, ni las súplicas bastaron para doblegar sus pechos. Custodiaban sus restos con tal esmero como si hubiesen de hacer fortuna con tenerlos insepultos... Así que los cuerpos, después que los hubieron sometido a todo ultraje y los tuvieron expuestos a la intemperie durante diez días, al fin quemados y hechos cenizas, los echaron a la corriente del Ródano para que no quedase ni rastro de ellos. Creían con esto ser superiores a Dios e impedir la resurrección de sus cuerpos. Lo confesaban ellos mismos: había que quitarles la esperanza de la resurrección. Pues fiados en ella introducen una religión extraña y no tienen inconveniente en tolerar gustosos las torturas más insufribles y en abrazar alegres la muerte. «Veamos ahora con esto si resucitan, si Dios está con ellos y si les puede librar de nuestras manos...»

Id., págs. 424-426.

Fueron verdaderos mártires

Ibid. Núms. 61-63

925. ... Estos mártires se afanaron tanto para emular e imitar a aquel Cristo, quien teniendo la forma de Dios no creyó rapiña el creerse igual a Dios [33], que con estar encumbrados a tanta gloria, con haber ya sufrido el martirio no una, sino varias veces, de modo que de las garras de las fieras les volvían otra vez a la cárcel, y con tener las carnes selladas con quemaduras de fuego y todo el cuerpo cubierto de llagas y surcos, sin embargo, ni jamás osaron llamarse mártires ni permitieron les llamásemos otros así. Antes, si alguno nuestro o por carta o en conversación les clasificaba de tales, ellos le reprendían e increpaban. El título de mártir dábanlo gustosísimamente a Cristo como a verdadero y fiel testigo, como a primogénito de los muertos y príncipe y autor de la vida del cielo.

[33] *Filip.*, II, 6.

A los que no tenían dificultad en llamarlos mártires era a los que habían ido ya al cielo, y exclamaban: «Esos sí que son mártires que pasaron del tormento a Cristo, marcando con la muerte como con un sello la profesión de su fe. Pero nosotros, ¿qué somos sino ruines y míseros?» Y derramando lágrimas suplicaban a los hermanos que no cesasen de orar ante Dios para que al fin merecieran el término de la corona.

926. Y realmente bien que mostraron virtudes de mártires al responder con tanta libertad como confianza a los gentiles; y manifestaron el viril temple de sus almas no menos que la tolerancia del dolor en la carencia absoluta de miedo y preocupación. Y con todo, aun por cierto temor de Dios, rehuían incluso el oír que sus hermanos les llamasen mártires... Y se achicaban bajo la diestra poderosa, que ahora tan alto los ha elevado [34]. Tomaban la defensa de todos, no acusaban a nadie, absolvían a todos, a nadie ligaban. Más aún, imitando al modelo de mártires San Esteban, rogaban a Dios por quienes tan cruelmente los torturaban: «Señor, no les tomes en cuenta este pecado» [35]. Y si aquél pidió tanto por sus verdugos, cuánto más es de creer pedirían éstos por sus hermanos. Y tal fué su último y mayor combate con el demonio por su sincera y nada fingida caridad, que la presa que el diablo creía había de devorarla viva, se vió precisado a dejarla escapar de sus rotas fauces. Pues no se vió en ellos nada de infatuación ni arrogancia contra sus hermanos caídos, sino que con lágrimas ante Dios y con entrañas llenas de amor maternal, repartieron con ellos amorosamente de los bienes en que ellos abundaban.

927. Pidieron la vida y Dios se la otorgó, vida que también se la comunicaron a sus prójimos, subiendo así bajo todos los aspectos victoriosos a Dios. Amaron la paz, recomendaron la paz y con la paz volaron ellos a Dios. Al irse no dejaron nada: ni de dolor a la Madre [36] ni de desunión y escisiones a los hermanos; antes gozo y paz, concordia y caridad para todos.

Id., págs. 428-430.

928. «*En la misma carta en que se describen las hazañas de los mártires antes narradas*—escribe EUSEBIO DE CESÁREA—*se incluye una relación muy digna de recordarse, y que nada prohibe la ponga-*

---

[34] I. S. PEDRO, I, 5-6.

[35] *Hechos de los AA.*, VII, 60.

[36] La Iglesia Católica.

mos aquí. Es así el caso: Alcibíades, uno de aquellos mártires, ya de antes había seguido un modo de vivir áspero y esquelético: no tomaba alimento ninguno sino sólo pan y agua. Ya en la cárcel quiso seguir con el mismo género de vida, mas he aquí que Atalo, después de su primer combate en el anfiteatro, tuvo una visión en que se le reveló que el proceder de Alcibíades no era ni recto ni ordenado, pues no sabía usar bien de las criaturas de Dios y podía servir de escándalo a otros. Obedeció al punto Alcibíades y empezó luego a tomar sin distinción toda clase de alimentos, dando gracias a Dios. Se ve, pues, que la gracia de Dios no les privaba de su presencia, antes que su consejero era el Espíritu Santo.»

Id., pág. 432.

MARTIRIO DE LOS SANTOS ESCILITANOS [1]

Los mártires de Scili fueron las primicias de los mártires africanos. Murieron el 11 de julio del 180, en Cartago.

---

929. Sindo Claudiano y por segunda vez Presente, cónsules en las Kal. XVI de agosto, llevados al Secretariado (casa del procónsul) de Cartago Esperato, Nartzalo, Cittino, Donata, Secunda, Vestia, el procónsul Saturnino [2] dijo: «Aún estáis a tiempo para lograr el perdón de Nuestro Señor, si es que entráis en cordura.» Esperato dijo: «Nunca hemos hecho mal ninguno, ni hemos perpetrado delito. Jamás hemos maldecido, y aun hemos dado gracias del mal recibido. Ya ves, pues, que honramos a nuestro Emperador.»

930. El procónsul Saturnino dijo: «También nosotros somos religiosos y nuestra religión es bien sencilla y juramos por el genio de nuestro señor el Emperador y rogamos por su salud, obligación que también vosotros la deberíais cumplir.» Esperato dijo: «Si tranquilamente prestas oídos te expondré el misterio de la sencillez.»

---

[1] Scili, ciudad de la Numidia. Adviértase, sin embargo, que pertenecía a la jurisdicción del Africa Proconsular.

[2] P. Vigelio Saturnino fué, según TERTULIANO (*A. Escap.*, 3), el primer procónsul en cuyo mando se desencadenó en Africa la primera persecución en grande. A la memoria de estos mártires se había levantado en Cartago una espaciosa Basílica donde algunas veces predicó San Agustín. Sus columnas, lo mismo que las de la Basilica de la Paz, sirvieron siglos después para la construcción de mezquitas en el norte y este de Africa.

931. Saturnino dijo: «Dado lo mal que empiezas a despotricar contra nuestros dioses, no esperes te preste oídos, lo que debéis hacer es jurar por el genio de nuestro señor, el Emperador. Esperato dijo: «Yo no conozco como máximo el Imperio de este siglo, sino que más bien sirvo a aquel Señor a quien no he visto ni puede ver con sus ojos hombre ninguno. No he cometido hurto, y si algo compro, también pago el impuesto, y eso porque reconozco a mi Señor y al Emperador de los reyes y de todas las naciones.»

932. El procónsul Saturnino dijo, dirigiéndose a los demás: «Dejad de tener las convicciones de éste.» Esperato dijo: «Lo que sí es mala persuasión es la de ser homicidas o decir falsos testimonios.» Saturnino, el procónsul, dijo: «Mirad: dejad este género de locura.» Cittino dijo: «No tenemos miedo si no es a nuestro Señor, que está en los cielos.» Donata dijo: «El honor a César como a César, pero el temor sólo a Dios.» Vestia dijo: «Soy cristiana.» Secunda dijo: «Lo que soy, eso, eso es lo que quiero ser.» El procónsul Saturnino dijo a Esperato: «¿Y tú, continúas en ser cristiano?» Esperato dijo: «Soy cristiano.» Y todos reafirmaron lo que él. En asunto tan justo no ha lugar deliberación. El procónsul Saturnino dijo: «¿Y qué traéis en ese zurrón.»[3] Esperato dijo: «Unos libros y las cartas de Pablo, varón justo.» El procónsul Saturnino dijo: «Os doy un plazo de treinta días para que reflexionéis.» Esperato respondió de nuevo: «Soy cristiano.»[4] Y lo mismo repitieron los demás. Entonces el procónsul Saturnino leyó el decreto en la tablilla: «Esperato, Nartzalo, Cittino, Donata, Vestia, Secunda y los demás que han confesado haber vivido como los cristianos, a causa de que habiendo sido invitados a seguir el uso de Roma lo han rehusado obstinadamente, se determina sufran la pena de la espada.» Esperato dijo: «Demos gracias a Dios.» Y Nartzalo: «Hoy, ya mártires, estaremos en el cielo. Gracias a Dios.»

933. El próconsul Saturnino mandó anunciar por pregón: «Esperato, Nartzalo, Cittino, Veturio, Félix, Aquilino, Letancio, Genara, Generosa, Vestia, Donata, Secunda[5], sean conducidos al suplicio.» Todos dijeron: «Gracias a Dios.» Al punto rodaron sus cabezas en

---

[3] Al apresar a los mártires el juzgado, éste se había hecho cargo del zurrón, y al ver contenía libros, como estaba prohibido por ley romana llevar y retener libros mágicos, el procónsul les hizo esta pregunta. Tal vez estos libros eran algunos de los Evangelios o Salmos.

[4] Por esta época aparece en los cristianos una fortaleza admirable. Por entonces fueron aquellas escenas de las que habla TERTULIANO en su *Carta a Escápula*.

[5] De estos doce aquí condenados y nombrados, parece que sólo ocho ofrecieron su cuello a la espada; los demás no estuvieron presentes al martirio. ¿Se habían evadido antes de ser conducidos al tribunal?

nombre de Cristo. Y así, todos juntos, coronados del martirio, reinan con el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo por los siglos de los siglos.

C. Kirch, págs. 53-54.

MARTIRIO DE LOS SANTOS CARPO, PAPYLO Y AGATONICE

Eusebio de Cesarea, en el lib. IV, XV de su *Hist. Ecles.*[1], habla del martirio de Carpo, Papylo y Agatónice. Las actas que corrían en la Edad Media eran de composición de Simeon Metafraste (siglo x). En 1881 Aube halló las *Actas* breves genuinas en un códice griego de París. El descubridor de las *Actas* las publicó y comentó en 1888. Harnack dió al público un estudio más completo de las mismas *Actas* (1888). Según este autor, el martirio tuvo lugar en tiempo de Marco Aurelio, aunque no faltan autores que lo ponen en tiempo de Decio. Carpo, ¿fué obispo? Papylo, ¿diácono o misionero? No se sabe nada de cierto.

SAN CARPO

Soy cristiano

I-5

934 En Pérgamo[2], estando allí el procónsul, fueron presentados a éste los bienaventurados Carpo y Papylo, mártires de Cristo. El procónsul, habiéndose sentado, dijo: «¿Cuál es tu nombre?» El bienaventurado: «Mi nombre, el primero y más especial—respondió—es «cristiano». Ahora, si me preguntas por el nombre del mun-

[1] Refiriéndose a la época en que murió Policarpo: «Andaban también por ahí—dice Eusebio—de mano en mano las *Actas* de unos mártires que murieron en Pérgamo, ciudad del Asia, y son las *Actas de Carpo, Papylo y de cierta mujer Agatónice,* que terminaron su vida con ilustre fin, tras muchas y gloriosas confesiones de nuestra fe.»

[2] El procónsul del Asia solía por esta época residir habitualmente en Efeso. Pérgamo era ya centro de comunidades cristianas desde el tiempo de los apóstoles. Una de las recriminaciones más fuertes del *Angel del Apocalipsis,* de San Juan (cap. II, 12-17), fué a la Iglesia de Pérgamo; a ella también dijo Dios: «Al que venciere daré a comer del maná escondido y le daré una piedrecita blanca y en la piedrecita un nombre nuevo, escrito el cual ninguno conoce sino el que lo recibe.» (V. 17.) Entre los mártires de Lyon aparece uno de los principales: Atalo, natural también de Pérgamo.

do, me llaman Carpo»[3]. El procónsul dijo: «No desconocéis lo prescripto por los Augustos, que tenéis que adorar a los dioses, administradores del Universo. Os suplico, pues, que os acerquéis y sacrifiquéis.» Replicóle Carpo: «Yo soy cristiano, adoro a Cristo, Hijo de Dios, quien al fin de los tiempos[4] ha venido por causa de nuestra salvación y a libertarnos del engaño del demonio; en cambio, a estos ídolos no puedo ofrecer sacrificio.»

HARNACK, pág. 441.

No podemos adorar a los demonios

6-8

«Tú verás, haz lo que quieras; imposible que yo sacrifique a las falsas imágenes de los demonios, pues quienes les sacrifican se hacen parecidos a ellos. Porque así como—según la palabra del Señor—los verdaderos adoradores que rinden culto a Dios en espíritu y verdad adquieren la forma de la gloria de Dios y se hacen con él inmortales participando de su vida eterna por medio del Verbo[5], del mismo modo, quienes adoran a estos ídolos se hacen parecidos a la vanidad de los demonios y partícipes también de su pena en el infierno. Pues bien merecido tiene su castigo el seductor del hombre, que es la porción más elevada de la Creación; me refiero al diablo, que con su malicia invita a los demonios para esto. Ya ves, pues, procónsul, que es imposible pueda yo sacrificar a estos dioses.»

Id., págs. 442-444.

---

[3] Algunos cristianos, al igual que lo usaban también los soldados en su clase, solían a veces tener dos nombres: uno el nombre de mundo, y otro que en las *Actas de Balsamo* se llama «nombre espiritual», que corresponde al que hoy llamaríamos nombre de pila. Sin embargo, en los procesos muchas veces no se oía ni el uno ni el otro, sino como en este caso: «Soy cristiano.» «Soy cristiana.»

[4] El fin o plenitud de los tiempos se llama aquí al tiempo en que cumplidas y llenadas todas las profecias vino Nuestro Señor. SAN PEDRO, en su *Carta I* 1, 20, ya dice que Cristo fué manifestado en los últimos tiempos. De donde tomó la misma expresión que nuestro autor la II CLEM., XIV, 2.

[5] Esta misma idea de la forma de Dios traspasada al cristiano por el Verbo, la expresa casi con las mismas palabras TACIANO en su *Discurso a los griegos*, núm. 7.

Expone al procónsul la Doctrina cristiana

19-20

935. Airado el procónsul, exclamó: «Andad, sacrificad y no seáis necios.» Carpo, sonriendo, respondió: «A dioses que no han creado ni el cielo ni la tierra no hay por qué tenerlos en algo.» El procónsul repite: «Tú sacrifica y obedece a lo mandado por el Emperador.» Carpo repuso: «Los vivos no deben sacrificar a seres muertos»[6]. Le preguntó el procónsul: «¿Qué? ¿Es que acaso te parecen muertos los dioses?» Y Carpo: «¿Estás dispuesto a oírme? No fueron ni siquiera antes hombres de modo que pudiesen morir. ¿Quieres ver la verdad de ello? Quítales el honor que tú parece les quieres tributar y verás que son nada, que sólo son tierra y a su tiempo se descompondrán. En cambio, nuestro Dios, sin tiempo él, pero a la vez hacedor de los siglos, es incorruptible y eterno, y esto de modo que tampoco está sujeto a nada que diga aumento ni disminución, mientras que estos otros dioses son hechura de los hombres y están sujetos, como dije, a desaparecer con el tiempo. Y aunque pronuncien sus oráculos no te admires jueguen con vosotros[7]. El demonio, desde el principio, apenas cayó de su primer estado de gloria[8], por su malicia procura defraudar el amor que Dios tiene a los hombres, y vencido como queda por los santos[9],

---

[6] Como llevamos muchas veces repetido, los mártires, lo mismo que los apologetas del siglo II, tenían casi todos interés en recalcar especialmente en sus confesiones su creencia en *Dios creador del cielo y de la tierra*, como declaración expresa de su «no ateísmo», contra lo que se les acusaba tantas veces, y en oposición al politeísmo falso de los paganos.

[7] Una de las defensas paganas contra el Cristianismo era la creencia que había sobre los oráculos de los dioses, como Apolo, etc. Apologetas y mártires, en los libros y tribunales, tocaban este punto tan vital para la lucha de entonces. Se oponían milagros a milagros, vaticinios a vaticinios, y no cesaron las réplicas y contraréplicas sobre este asunto por más de tres siglos, hasta incluso en *La ciudad de Dios*, de SAN AGUSTÍN. Los dioses y los demonios por una parte, Dios Padre y Jesucristo por otra, eran los términos que se oponían. Las *Cuestiones cristianas a los griegos* (o paganos) *y las de éstos a los cristianos*, que en forma de preguntas y respuestas mutuas se publicaron anteriormente al siglo V, prueban la importancia profunda de estas discusiones, en las que el punto referente a los verdaderos y falsos prodigios presentaba tanto contraste.

[8] La noción de los demonios, relacionada con su caída del Cielo, aparece clara en Carpo.

[9] «Santo» equivale aquí, como en muchos pasajes de SAN PABLO, a «fiel cristiano». Se dejó de llamar en general así a los cristianos desde el siglo III. Tal vez desde que

les declara guerra al paso que, adelantándose, comunica cosas a los suyos. Y coligiendo de lo que suele ocurrirnos a diario, como él es muy anterior a todos nosotros, predice vaticinios, parte por conjetura de lo pasado, parte porque está al tanto de muchas cosas que está en hacer él mismo. Pues por lo que ya nos dice Dios, el demonio sabe los caminos de la perversión y, permitiéndoselo el Señor, tienta a los hombres en su afán de alejarlos de Dios. Ya ves, pues, procónsul, si vivís vosotros en ruin engaño.»

Id., págs. 444-446.

Primeras torturas

21-23

936. Díjole el procónsul: «Mucho tolerar es oírte tan necios dicterios contra los dioses y Emperadores, y no conviene se avance más. ¿Sacrificas o qué haces? Carpo respondió: «Ni puedo sacrificar ni nunca he sacrificado a las imágenes.» Al punto mandó el procónsul suspenderle y desgarrarle con uñas de acero [10]. El gritaba sin cesar: «Soy cristiano.» Como continuasen desgarrándole largo rato, desfalleció y perdió el habla.

Id., pág. 447.

SAN PAPYLO

«Tengo muchos hijos, según Dios»

24-33

937. Terminado lo de Carpo, el procónsul mandó le presentasen a Papylo, diciéndole: «¿Eres senador?» «No; sólo ciudadano

---

los marcionitas, a fines del siglo II, empezaron a dar a la palabra «sanctitas» un valor de secta exclusiva suya, pues para ellos, ser marcionita equivalía a ser y llamarse «sancti».

10 Corresponde a lo mismo la frase de TERTULIANO *(Apologet.*, 12): «Raen con uñas los costados de los cristianos.» Las expresiones «colgar», «estar pendiente», «ser raído» andarán después muy unidas en las *Actas* posteriores.

romano.» «¿De qué parte?» Papylo respondió: «De Thiatira.» Preguntóle el procónsul: «¿Tienes hijos?» Replicóle Papylo: «Y tantos. ¡Pero, por Dios!» Uno de los allí presentes levantó la voz: «Habla al estilo de los cristianos y se refiere a los hijos por la fe.» El procónsul le increpó: «¿Cómo mientes, diciendo tienes hijos?» Le replicó Papylo: «¿Qué? ¿Quieres conocer si digo verdad o mentira? En toda ciudad y provincia tengo muchos hijos, pero son según Dios»[11].

Id., 447-448.

Tres veces desgarrado

Respondió el procónsul: «¿Sacrificas o qué dices?» Respondió Papylo: «Desde niño he servido a Dios, ni jamás he ofrecido sacrificios a simulacros; soy cristiano. Y ahí tienes todo cuanto pueda decirte; además que no hallo ninguna otra cosa ni mayor ni más hermosa que decirte.» También éste, suspendido, fué tres veces desgarrado con dobles garfios sin exhalar un gemido[12], y como atleta verdadero, supo sobrellevar generosamente el furor del enemigo.

Id., pág. 449.

Mueren quemados en el Anfiteatro

36-41

938. El procónsul, viendo su inquebrantable constancia, ordenó se les quemase vivos, y ambos porfiaron por llegar pronto al anfiteatro, para que cuanto antes pudieran verse libres de este siglo. Fué Papylo el primero que, crucificado con clavos, fué levantado en un poste y, tranquilo, exhaló el alma abrasado por la hoguera encendida a sus pies. Después, Carpo, fijado ya con clavos, se sonrió. Los asistentes, estupefactos de aquella presencia de ánimo, le dijeron: «¿Qué? ¿Por qué te ríes?» Respondió él: «He visto la glo-

---

[11] Ya en las *Actas de San Justino* decía el mártir Rústico (véanse los números 887-890) que su «padre era Dios y su madre la Fe».

[12] SAN JUSTINO acababa de escribir: «Sufrimos todas las torturas sin que de nuestros labios salga ni una sola voz de infidelidad para con la fe de Cristo.» *(Diálogo con Trifón,* núm. 131.)

ria de Dios y me he llenado de gozo; además, ya de una vez me veo separado de vosotros ni participo de vuestras maldades.» Después, cuando un soldado echó a sus pies brazadas de leña y prendió fuego al montón, el bienaventurado Carpo, ya colgado en alto, dijo: «Procedemos de la misma madre Eva y llevamos la misma carne que vosotros; pero con los ojos fijos en el verdadero tribunal, todo lo soportamos.» Dicho esto y crecida la llamarada, oró diciendo: «Bendito seas, Señor Jesucristo, Hijo de Dios, porque me has considerado digno, aun a mí pecador, para hacerme compartícipe tuyo.» Y dicho esto entregó su espíritu [13].

Id., págs. 449-451.

AGATONICE

Visión, heroísmo y muerte de Santa Agatónice

42-47

939. Cierta Agatónice, entonces allí presente, también vió (en éxtasis) la gloria del Señor que decía Carpo haber visto él, y notando además que se la llamaba del cielo, súbita y espontáneamente, empezó a vociferar: «Este banquete me ha sido preparado; también yo debo ser comensal de tan opíparo convite» [14]. La muche-

[13] Aunque Carpo perdió el habla y los sentidos en las torturas del interrogatorio, vuelto en si, sintió fuerzas suficientes para morir en el anfiteatro.

[14] La idea espiritualizada del banquete en el Cielo tuvo probablemente su origen en San Mateo y San Lucas, en la parábola del hijo del Rey (Mat., XXII, 4 y siguientes) y en aquella frase de uno de los convidados, que exclama: «¡Oh, bienaventurado aquel que tendrá parte en el convite del Reino de Dios!» (Luc., XIV, 15.) *El Apocalipsis* mismo nos invita al banquete nupcial del Cordero en el Cielo, y aquello de «Ven; así mismo el que tiene sed venga y el que quiera tome de balde el agua de vida» (*Apocalipsis*, XXII, 17). La entrada de Agatónice en escena no deja de ser sorprendente. Harnack, con eso de que Thiatira era uno de los grandes focos de montanismo, sospecha que éste es un caso de éxtasis montanista en su amor furioso por el martirio, en el que se gloriaban de superar a todos los demás cristianos. Para ellos ese su cálido predominio en su martirologio era precisamente una señal divina, clara, de la verdad de su espíritu profético. La tradición cierta del Catolicismo de estos mártires no se puede echar abajo por una conjetura basada en tan futiles bases. No menos que estas *Actas* están llenas de entusiasmo carismático las obras de San Ireneo (véanse los números 551-552), sin que por eso nadie le crea adicto al montanismo. Agatónice presenta además una psicologia que cuadra muy bien con el mismo espiritu de Justino.

dumbre dijo: «Ten compasión de tu hijo.» Pero la bienaventurada Agatónice les replicó: «Tiene a Dios, que tendrá compasión de él y que tiene providencia de todas las cosas. Y yo, ¿qué hago aquí?» Y despojándose de sus vestiduras, llena de júbilo, ella misma se subió al poste. Los que presenciaban la escena lloraban, diciendo: «Cruel condena e injustos decretos.» Levantada en el poste y presa de las llamas tres veces, se le oyó exclamar: «Señor, Señor, Señor, ven en mi ayuda, que a ti me acojo.» Y así entregó el espíritu, terminando su vida junto con la de los otros bienaventurados. Los cristianos, habiendo conseguido ocultamente los restos de los tres, guardaron las reliquias para gloria de Cristo y alabanza de los mártires: «A Él le corresponde la gloria y la virtud, al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo, ahora y siempre, por los siglos de los siglos. Amén.»

Id., págs. 451-458.

MARTIRIO DE SAN APOLONIO

«Por aquel tiempo, reinando el Emperador Cómodo, escribe EUSEBIO (*Hist. Ecl.*, V, 24): «La vida cristiana gozó de paz y tranquilidad, paz que se extendió a todas las provincias del Imperio [1]. Y mientras tanto, la palabra divina atrajo al culto del verdadero Dios innumerables personas de toda condición; y fué esto tanto, que muchos de la misma ciudad de Roma, ricos en bienes e ilustres de nacimiento, se pasaron a nuestra Religión con toda su casa y domésticos. Pero no pudo soportar tanto bien el demonio, ya de suyo tan envidioso. Así que se lanzó a la lucha pertrechado con nuevas maquinaciones contra nosotros. Entonces vivía en Roma un tal Apolonio [2], fiel versadísimo en letras humanas y filosofía. Citósele al tribunal, acusado por un malvado, que por sus crímenes fué escogido por el demonio para esta clase de bajezas. Pero el infeliz pagó bien pronto su intempestiva acusación, pues por edicto

[1] Cómodo, despreocupado de los asuntos de estado por dedicarse más a la vida de placer y a juegos atléticos, fué el primer Emperador de que se sirvió Dios después de tantas borrascas contra los cristianos en tiempo de Nerón, Domiciano, Trajano y Marco Aurelio, para suavizar la violencia persecutoria anterior e incluso mostrar indulgencia positiva en favor de los cristianos.

[2] Por aquel mismo tiempo vivían dos célebres Apolonios cristianos, ambos filósofos, uno escritor antimontanista y el otro mártir. SAN JERÓNIMO, por una mala inteligencia, al mártir le hizo senador. Escritores eruditos hacen intervenir en esta escena a un Severo que SAN JERÓNIMO dice fue el esclavo delator de Apolonio. De todos modos, el discurso de San Apolonio se tuvo ante senadores.

imperial debían perder la vida los delatores contra sus amos [3]. Se le aplicó el tormento de la quebradura de las piernas, ordenado por el mismo Perennis, a quien se llevó la delación. El mártir, aceptísimo a Dios, fué rogado por el juez a que se sincerase de su fe ante el Senado. Lo hizo, en efecto, con elegantísima pieza oratoria habida ante todos, y el Senado al fin le condenó a pena capital, ya que era ley sancionada que cristiano acusado ante el tribunal, si no cambiaba de propósito, debía ser ejecutado. Quien desee conocer pormenores de aquel juicio, lo que el mártir contestó a las preguntas de Perennis y el discurso que pronunció en el Senado en favor de nuestra fe, puede leerlo en la colección que hemos dado al público de las antiguas *Pasiones de los mártires*» [4]. Por lo que acabamos de transcribir de EUSEBIO DE CESAREA, Apolonio murió mártir en tiempo del Emperador Cómodo. El esclavo que le delató al Santo fué muerto, según disposiciones últimas imperiales, con el tormento *crurifragium*. El martirio acaeció el 21 de abril, entre el 183 y el 185. Estas *Actas* plantean algunas cuestiones difíciles de resolverse. Las que traducimos son las más auténticas de cuantas existen sobre el Santo. Tal vez la defensa de la fe que se contiene en éstas es el «discurso» del Santo tenido ante el Senado, a que aludían los autores antiguos. HARNACK juzgaba esta *Apología* como la más notable y bella de la antigüedad. Evidentemente es una joya de primer valor dentro de la primera literatura cristiana.

---

[3] Unos creen—alude EUSEBIO—al rescripto de TRAJANO o al de ADRIANO a Fundano (números 219-226); otros a alguna providencia de MARCO AURELIO, según el *Apologético* de TERTULIANO, cap. 5. Lo cierto es que varios Emperadores castigaron con severas penas a los esclavos delatores contra sus propios amos. En la *Vida de Pértinax* (capítulos 9 y 10) aparecen terribles castigos contra esclavos calumniadores, etc.; lo mismo ocurre en la *Vida de Didio Juliano* (cap. 2). A esta clase de esclavos era frecuente colgarlos en la cruz. Pero una vez hecha la delación en regla y sostenida y no revocada, el proceso debía seguir su camino y terminar según justicia.

[4] Esta *Colección de Actas*, de EUSEBIO DE CESÁREA, se perdió. Eulogio, obispo de Alejandría, pidió una copia de esta *Colección de Actas y Proceso de Mártires* al Papa San Gregorio Magno, quien le contestó, el año 598, diciéndole que por entonces dicha *Colección* no existía en el archivo de la Iglesia de Roma, pero que de lograrla se la mandaría (*Reg.*, VIII, 28).

MARTIRIO DEL SANTO Y MUY NOBILISIMO APOSTOL APOLO EL ASCETA. SEÑOR BENDICE

ACCION PRIMERA

La confesión de la Fe

I-5

940. Siendo Emperador Cómodo se inició una persecución contra los cristianos. Era a la sazón procónsul del Asia Perennis [5]. Apolo, pues, apóstol, varón religioso oriundo de Alejandría y temeroso de Dios, detenido, fué llevado al tribunal..

941. Una vez en el tribunal, dijo el procónsul Perennis: «Apolo [6], ¿eres cristiano?» Respondió Apolo: «Lo soy, y por eso adoro y temo al Dios que hizo el cielo y la tierra y todas las demás cosas.» Dijo el procónsul Perennis: «Apolo, desiste y obedéceme y jura por la fortuna del Emperador Cómodo, nuestro señor.» Apolo, que se llama también el «asceta», respondió: «Oyeme atentamente, Perennis, pues pienso defenderme ante ti según ley y costumbre en uso. Mira: quien se aparta de los preceptos justos de Dios, bien maravillosos por cierto, ése tal sí que es antilegal, impío, y si quieres, en verdad, «ateo» [7]; en cambio, quien se retrae de toda injus-

[5] De Trigidius Perennis se sabe fué prefecto del Pretorio durante los años 183-185. Fué el primero de los grandes favoritos de Cómodo, hombre de su absoluta confianza, y que, en vez del Emperador, llevó él el peso de todos los negocios del Imperio. Al fin, acusado por sus émulos, cayó en desgracia de Cómodo, como pretendiente al Imperio en su hijo. Acabó vilmente asesinado, y tras él fueron muertos su esposa y dos hijos. (Dión Casio: *Hist. Rom.*, lib. 72, 9.)

[6] Las *Actas*, unas veces le llaman Apolo, otras Apolos, otras Apolonio; su sobrenombre de *Sa Keas* (el del saco) equivale a «el asceta», por el vestido que usaban los ascetas de entonces.

[7] Era la eterna acusación contra los cristianos: su inadaptabilidad a los dioses de Roma. La belleza de este discurso nos obliga a indicar aquí el proceso lógico de las ideas que Apolonio desarrolla en su defensa. Esta, ante todo, se divide en dos acciones. En la primera, en un breve exordio, expone tres puntos capitales en la mentalidad pagana, lo cual supone el cambio de doctrinas: lo que es el jurar por el César y lo que son los sacrificios que se le piden ofrezca a los dioses. Con esto termina la primera

ticia, libertinaje, idolatría y malos pensamientos, evitando del todo caer en la tiranía de los pecados, ése no puede menos de ser justo. Y colige, Perennis, de esta misma defensa, qué santos y excelentes preceptos hemos recibido del Verbo Divino, quien penetra hasta los más íntimos pensamientos...

E. T. KLETTE, págs. 92-94.

El juramento de los cristianos

6-9

942. ...Ante todo, por lo que se refiere al jurar, jamás nos es lícito hacerlo; antes tenemos mandado de no salir nunca de la verdad. Como el juramento es lo mismo en orden a la aserción de la verdad, no está bien lo use el cristiano. Imposibilitada la mentira, que es madre de la desconfianza, huelga el juramento. Pero si quieres con todo que yo jure, también nosotros tenemos un Emperador a quien honrar [8], y gozamos en orar por su Imperio; así que, con gusto, juro suplicando al Dios verdadero, que existe (por sí) eterno, a quien no han fabricado manos humanas; antes, por el contrario, El es Creador de todo y hace que unos hombres tengan mando en los demás de la tierra.»

Id., pág. 98.

Los sacrificios de los dioses

10-14

943. El procónsul Perennis dijo: «Haz lo que te he mandado y cambia de consejo, Apolo; sacrifica a los dioses y a la imagen del

---

acción. En la segunda expone la doctrina cristiana sobre la idolatría, lo que es la muerte y la mortalidad, el credo cristiano, y al fin presenta tres aspectos importantísimos de Cristo: su grandeza por ser el Logos, su doctrina admirable y su Pasión y Muerte. Termina con un remate brevísimo, sereno y digno de un filósofo cristiano.

[8] Ideas análogas se leen en casi todos los apologetas de los siglos II y III. Célebre es la frase de TERTULIANO, en pasaje semejante a éste, en su *Apologético* (32): «Magnum iusiurandum est ipsa veritas..» «Amamos a los Emperadores, les servimos, oramos por ellos, pero juramos sólo por Dios.»

Emperador Cómodo» [9]. Apolo, sonriendo, dijo: «Sobre el cambiar de pensar y sobre el juramento ya te he dicho mi sentir; ahora óyeme dos palabras sobre el sacrificar: Yo ofrezco un sacrificio incruento e inmaculado, y eso, lo mismo yo que todos los cristianos, le ofrecemos a Dios Señor del Cielo y de la tierra y de todos los seres vivientes, y lo hacemos sobre todo con súplicas y ofertas, principalmente de orden espiritual, y con imágenes suyas (cuales son las criaturas racionales) que por providencia divina han sido colocadas al frente de las criaturas. Así que cada día, y eso por prescripción obligatoria, pedimos a Dios que está en los Cielos, por el Emperador Cómodo, rey de este mundo, estando ciertos y con razón de que éste posee el Imperio del mundo, no por otros, sino por la ordenación del invicto Dios [10]. El, como he dicho, abarca todas las cosas.»

944. Perennis, el procónsul, dijo: «¿Qué? ¿Has venido aquí a filosofar? Te doy un día, Apolo, para que tú mismo mires qué te conviene y a qué expones tu vida. Muestra en eso tu sabiduría» [11].

945. Y transcurridos tres días, mandó llamarle de nuevo. Había allí gran concurrencia de senadores, consejeros y doctísimo auditorio [12].

Id., págs. 100-102.

ACCION SEGUNDA

Los decretos de los Emperadores

14-15

946. Leída la orden de la citación, dijo: «Léanse las actas de Apolo.» Y recitadas éstas, dijo el procónsul Perennis: «¿Qué has

---

[9] La fórmula de hacer sacrificar de estas *Actas* se asemeja mucho a lo que ordenó PLINIO el joven a los cristianos de Bitinia: «Et imagini tuae.. cum simulacris numinum thure ac vino supplicarent.» Véanse núms. 216-218.

[10] Valiente alusión de APOLONIO a los gustos de Cómodo, que a imitación del dios Mitra, gustaba le llamasen, entre otros mil nombres divinos, «Sol invicto», cuando, el único dios invicto, en realidad es el único Dios verdadero. Habia mandado Cómodo nombrar todos los meses con calificativos propios suyos divinizados, y al mes segundo le llamó «Invicto», en alusión a su persona misma, como identificada con la divinidad del «Sol invicto» o Mitra.

[11] Hemos puesto entre paréntcsis variantes de otros códices de valor.

[12] Sin que esto signifique que APOLONIO fuese él mismo senador. Todo este auditorio selecto se debió a indicaciones del Emperador por razones que no nos constan. ¿Influencias de Marcia? ¿Que APOLONIO era de familia senatorial?

pensado hacer, Apolo?» Apolo respondió: «Guardar mi religión, como se concluye de las actas, de lo que me examinaste.»

Dijo el procónsul Perennis: «Te advierto por un decreto del Senado que tornes a buen camino y rindas culto a los dioses que adoramos todos los demás, y así sigue viviendo con nosotros.»

Diversos grados de idolatría

947. Respondió Apolo: «Conozco, en efecto, ese decreto del Senado, Perennis; pero como adorador que soy de Dios me es imposible dar culto a estatuas hechas por manos de hombres. Sábete, pues, que nunca me postraré ante objetos de oro, plata, bronce, hierro y esas piedras o leños que falsamente se llaman dioses, que ni ven, ni oyen, como obra que son, al fin y al cabo, de artistas, plateros o escultores, esculturas de hombres incapaces aún de moverse por sí. Sirvo al Dios de los Cielos y sólo a El adoro, que infundió a los hombres el alma espiritual y cada día les sostiene la vida. Perennis, no hay por qué hacerme inferior a lo que soy, ni me abajaré al igual que los pedruscos, pues es vergonzoso adorar lo que o es igual a los hombres o por lo menos es inferior a los espíritus.

948. Pecan los más incultos de los hombres [13] adorando cosas que son mero producto del arte: piedras labradas en frío, maderas ya secas, metales duros y huesos sin vida. ¡Qué insulsez y qué aberración! Los egipcios, a su vez, entre otras cosas bajas adoran un dios hecho de barreño que, entre otros muchos, tuvo el bajo destino de servir para el lavabo de los pies [14]. ¡Extravagancia rústica por cierto! Los atenienses, aun hoy día, dan culto a una cabeza broncínea de buey llamándola «la Fortuna de los Atenienses», con la particularidad de que no es lícito pedirle éxitos prósperos [15]. Co-

---

[13] Aquí empieza la enumeración de los cuatro grados de idolatría que expone APOLONIO.

[14] Véanse los núms. 698-703.

[15] Los romanos, según CICERÓN, habían también consagrado un ara a la Fortuna (mala) en las Esquilas. ¿La diosa a que alude CLEMENTE DE ALEJANDRÍA cuando dice que los romanos consagraron un ara a la diosa Fortuna en un estercolero? SAN AGUSTÍN escribe que muchas veces la pintaban ciega. Pero ésta, más que diosa de la fortuna, se debería llamar diosa «de la suerte», pues era la diosa que presidía las cosas que dependen «de la suerte». La Fortuna con cabeza de buey no se conocía en Roma. En cambio, divinidades con testas bovinas no eran raras; no pocas veíanse en el panteón egipcio y en algunas religiones semitas.

sas todas que sobre todo a los creyentes no pueden menos de perjudicarles. ¿Y en qué se diferencian estas cosas de los objetos de cerámica, de arcilla hechos al fuego y de las vasijas cocidas? Ya que en todos estos casos se hacen súplicas a simulacros de demonios que no oyen (a los que les invocan), aunque parecen oír, ni tampoco dan a los que no les suplican. Verdaderamente que sus figuras son mentira; parecen tener oídos y no oyen, ojos y no ven, manos y no las mueven, pies y no andan; la forma no cambia la sustancia de las cosas. Por eso creo yo que cuando Sócrates juró por el plátano, ese leño silvestre, lo hizo para poner en ridículo a los atenienses.

949. Más pecan todavía los hombres contra los Cielos cuando dan culto a objetos animados capaces de crecimiento, como son las cebollas y puerros, divinidades de los pelusiotas, comestibles todos ellos que van al vientre y terminan en la cloaca.

950. Subiendo más, pecan también contra el Cielo los que dan culto a seres dotados de sentido: peces, palomas. Por ejemplo: los egipcios, al perro, al cinecéfalo, al cocodrilo, al buey, al áspid, al lobo, imágenes todas de sus costumbres [16].

951. En el último grado pecan los hombres cuando adoran seres racionales: hombres que se comportan al igual que los demonios, como bien indican sus leyendas, habían sido hombres primero, y después los llamaron dioses; como que dicen que Dionisio fué descuartizado [17], Hércules puesto vivo sobre el fuego y Júpiter sepultado en Creta. De sus hazañas mientras vivieron se tomaron sus nombres, y de las fábulas y mitos que los envuelven comprendemos su significado.»

Id., págs. 104-108.

Decretos humanos y decretos divinos

23-25

952. El procónsul Perennis dijo: «Apolo, ya sabes que, según decreto del Senado, no se puede ser cristiano.»

---

[16] Tótemes, todos ellos de los nomos del Nilo, que después pasaron al panteón egipcio con misterioso simbolismo. Algunos peces, además, obtuvieron culto no sólo en Egipto, sino también en Siria y aun en Grecia. El cinecéfalo, animal especie de mona, con cabeza y cola de perro. El dios principal de esta forma era Anubis, o sea el Mercurio de los egipcios.

[17] Esta «pasión» de Dionisio vese representada en los misterios dionisíacos, que aún aparecen en la «villa dei misteri dionisiaci», de Pompeya.

Apolo, o sea «el Asceta», respondió: «Pero jamás decreto humano podrá prevalecer sobre los decretos divinos. Más aún, sabemos que cuanto más sean ejecutados injusta y extrajudicialmente los cristianos sin haber cometido falta ninguna, tanto más hará Dios crezca su número [18]; pero conviene adviertas, Perennis, que la misma muerte la ha fijado Dios Señor de todas las cosas para reyes, senadores y aun hombres revestidos de los más altos poderes; para ricos y pobres, libres y esclavos, grandes y pequeños, doctos e indoctos, y tras ella, El es quien nos ha de juzgar a todos los hombres.

Criterios morales y vida del cristiano

26-32

953. La diferencia está sólo en la clase de muerte. Por eso, los discípulos del Logos, que vivió entre nosotros, cada día morimos a los deleites, mortificamos las pasiones con la abstinencia, únicamente atentos a vivir según la ley de Dios. Y créenos, Perennis, que no te mentimos, porque, en efecto, procuramos que no haya en nosotros ni una partecita de placeres desordenados, e incluso apartamos toda mirada peligrosa de ojos provocativos a fin de que nada manche nuestro corazón [19].

Id., págs. 110-112.

954. Hechos a esta vida, procónsul, naturalmente no se nos hace molesto el morir por el verdadero Dios, pues lo que somos, por Dios lo somos. Y sabemos tolerar todo por evitar una mala muerte, pues, ya vivamos ya muramos, somos del Señor [20]. ¡Cuántas veces se muere de disentería y de fiebres! Pues me haré cargo de que muero de una de estas enfermedades» [21].

955. El procónsul Perennis dijo: «Así que, Apolo, obstinado en lo tuyo, ¿estás resuelto a morir con gusto?»

---

[18] Se ve por este texto y otros anteriores de SAN JUSTINO y ATENÁGORAS que no es TERTULIANO el primero que expresó esta idea, aunque su frase ha quedado por lapidaria en todas las *Apologéticas*.

[19] Véase ATENÁGORAS, núms. 706-707 y los núms. 684-686.

[20] SAN PABLO: *Rom.*, XIV, 8.

[21] La misma idea desarrolla TERTULIANO en su *Exhortación a los mártires*. Véanse números 682-683, y la *Didascalia*, 671 y siguientes.

Respondió Apolo: «¿A quién no gusta vivir, Perennis? Pero te aseguro que tampoco me da temor el morir por apego que tenga a la vida. Nada más bello que la vida, pero se entiende la vida eterna, que consiste en la inmortalidad del alma, merecida con una santa vida.»

956. Dijo el procónsul Perennis: «A la verdad que no te entiendo, ni veo a qué vienen esas cosas dentro de lo que te concede la ley.»

Replicó Apolo: «¡Qué compasión me das, que te veo tan desconocedor de los bienes de la gracia! Con el corazón que ve al Logos, Perennis, ocurre lo propio que a los ojos que miran la luz; y así es que aprovecha poco cuanto estoy diciendo: a los ignorantes, como a los ciegos, les es inútil el nacer de la luz» [22].

Id., págs. 112-116.

Un filósofo cínico

33-34

957. Un filósofo cínico [23] que allí había prorrumpió: «Apolo, búrlate de ti mismo; aunque te creas listo, sábete que andas bien equivocado.» Dijo Apolo: «Lo que yo he aprendido es a orar, no a burlas, y ese disimulo que muestras arguye la ceguedad de tu cabeza, que te ha hecho resbalar a tanta garrulería; ya se sabe que la verdad, para el necio, es ludibrio.»

Id., págs. 116-118.

---

[22] Los Padres Apostólicos y todos los apologetas del siglo II tenían metidísima esta idea de la necesidad de la gracia o del Espíritu Santo para ver las cosas de Dios. Véanse, por ejemplo, SAN JUSTINO, ATENÁGORAS, SAN IGNACIO, TEÓFILO DE ANTIOQUÍA, TERTULIANO, CLEMENTE DE ALEJANDRÍA, etc., quienes sobreabundan en estas mismas repeticiones.

[23] Los filósofos cínicos eran los más destacados en hablar y maquinar contra los cristianos; también su vida, al igual que la de los epicúreos, era la que más contraste formaba con la primitiva austeridad cristiana. Véanse la *Apología* de SAN JUSTINO, números 884-885, y el núm. 957 de las *Actas de San Apolonio*.

La doctrina de Cristo

35-41

958. Perennis el procónsul dijo: «Advierte que también nosotros sabemos que el Logos de Dios es el engendrador del cuerpo y del alma de los justos, y que él es quien conoce y enseña lo que es grato a Dios [24].»

Apolo dijo: «Este Salvador, nuestro Jesucristo, en cuanto hombre nacido en Judea, fué justo en todas sus cosas, además de estar lleno de la divina Sabiduría [25]; fué Maestro nuestro humanizado y nos enseñó quién es el Dios de todo y cuál es el fin de todo acto virtuoso en orden a la santificación de la vida, tan propio por otra parte a la naturaleza humana. El, sufriendo, dió fin a la tiranía de los pecados, enseñó a alejar la ira, a moderar la concupiscencia, reprimir la ansiedad de deleites, cercenar la tristeza, hacerse sociales, fomentar la amistad, eliminar toda hinchazón, no vengarse del ofensor, despreciar—pero aceptándola sin menoscabo de la autoridad—la muerte infligida por los poderes; además, someterse a las leyes emanadas de las autoridades, acatar a los reyes, pero adorar en cambio al solo Dios inmortal, creer en la inmortalidad del alma, hacernos saber que daremos todos cuenta de nuestros actos propios al fin de la vida y, por fin, a esperar el que Dios, a quienes han obrado virtuosamente, otorgará después de la resurrección la vida eterna.

959. Enseñándonos esto con toda autoridad y garantizando su doctrina con multitud de pruebas, se granjeó gran reputación de virtuoso pero no sin haber atraído contra sí envidias de los que no creían en él, algo como ocurrió ya antes a otros filósofos rectos, pues sabido es que los buenos siempre son estorbo para los depravados [26] ...

---

[24] Hay quienes en estas réplicas creen ver referencias a la Estoa o a la escuela de Filón. Tal vez tengan más sabor de escuela neoplatónica mezclada con la de la Estoa.

[25] Apolonio hace el paso del Logos de los filósofos al de los cristianos Cristo Jesús, que no es sino ese mismo Logos divino que, encarnado, enseña y da a los hombres la vida y secretos de Dios. (Cfr. los núms. 558-571.)

[26] «Oprimamos al justo desvalido; no perdonemos a la viuda, ni respetemos las canas del anciano de mucha edad. Sea nuestra fuerza ley de justicia, que lo flaco está reconocido por inútil. Acechemos, pues, al justo, porque nos es de estorbo y contraría nuestras obras y nos echa en cara nuestros pecados contra la ley.» (*Sabid.*, II, 10-12.)

De los buenos es el sufrir

960. ... Hay un dicho de que no en vano dicen los necios: «Atemos al justo, porque nos es sin provecho.» Y aun hubo entre los griegos, según dicen, quien escribió: «El justo será azotado, atormentado, atado; se le arrancarán los ojos, y después de haberle hecho sufrir todo, se le hará subir al patíbulo»[27] ...

Cristo y Sócrates

961. ... Si hubo delatores atenienses que después de haber hecho creer al pueblo falsedades, al fin condenaron inocentemente a Sócrates, de igual modo gentes malvadas fueron las que obtuvieron también condenar a nuestro Maestro y Salvador, después de haberle apresado[28]. Parecido fin habían tenido los profetas que precisamente habían vaticinado cosas tan altas de este insigne varón, del cual predijeron cómo había de venir a ser modelo de bondad y de rectitud y cómo a fuerza de hacer beneficios había de persuadir a los hombres la virtud y enseñar a dar el culto debido al verdadero Dios creador de todo: Dios, por cierto, a quien nosotros somos los primeros en honrar y cuyos mandamientos—antes por nosotros desconocidos—los hemos aceptado con la circunstancia de que en nada hemos sido engañados...

Id., págs. 118-122.

Resurrección y juicio final

42-44

962. ... Más aún: aunque vosotros juzgáis es un error el afirmar que el alma es inmortal y que debe dar cuenta de sí al morir,

---

[27] PLATÓN: *De la Repúbl.*, II.

[28] Dada la celebridad grande que tenía Sócrates entre los neoplatónicos y filósofos de la época, paganos y cristianos, como lo llevamos advertido, instituían puntos de parecido o de semejanza entre Jesús y Sócrates. SAN JUSTINO, en la *Apología I*, núm. 5, escribió en el mismo sentido que habla aquí APOLONIO, suponiendo a Sócrates enemigo de los demonios, que precisamente, por odio de éstos contra la idea exacta de Sócrates sobre Dios, le maquinaron la muerte, so pretexto, como a los cristianos, de que era «ateo» e «irreligioso».

y que ha de tener su merecido en la resurrección según el fallo de Dios Juez, con todo sostenemos con gusto este error, ya que nos sirve para vivir santamente, a la vez que nos hace esperar una vida mejor, mientras sufrimos tantas contrariedades.»

La inmortalidad del alma

963. El procónsul Perennis dijo: «Apolo, creía que siquiera al fin cedería tu obstinación y que, como nosotros, no tendrías inconveniente en adorar a los dioses.»

Apolo respondió: «Pues yo, a mi vez, confiaba, procónsul, que estas reflexiones piadosas te habían de hacer bien y que mis explicaciones te abrirían los ojos del alma, no sin provecho tuyo, de modo que acabases por adorar al Dios creador de todas las cosas y que, dedicándote a su servicio con limosnas y mansedumbre, harías que tus oraciones fuesen como hostia incruenta y pura a los ojos de Dios» [29].

Id., págs. 124-126.

Fallo del procónsul

45-46

964. El procónsul Perennis dijo: «Yo te quisiera librar, Apolo, pero me lo impide el decreto del Emperador Cómodo; seré lo más benigno posible en aplicarte la pena.»

Y dió la señal para que se le aplicase la muerte por «crurifragio». Apolo, o por otro nombre «el Asceta», dijo: «Procónsul Perennis: yo, juntamente con cuantos creen en Dios omnipotente y en Jesucristo, su Unigénito Hijo, y en el Espíritu Santo, doy gracias a Dios y me felicito por la sentencia que acabas de dar contra mí.»

Así terminó, mártir, glorioso y triunfante, con mente sobria y corazón decidido, este santísimo varón por sobrenombre «el Asceta».

Id., págs. 126-128.

---

[29] Los mártires, de los tribunales, hacían púlpito de la fe. Morir no era sólo confesar la fe; era predicarla. Sobre la predicación expresa o tácita del martirio en orden a la dilatación de la fe, no conocemos haya hasta ahora tratado nadie la materia tan bellamente como el P. José Aguirre-Ceciaga, S. J., en su estudio *La vida misional en la era de los mártires* («El siglo de las Misiones», Burgos).

FINAL

Veneración de los cristianos

47-48

965. Hoy fué el día señalado en el que combatiendo con el enemigo malo reportó el premio de la victoria. Ea, pues, hermanos, puestos ante los ojos sus hechos insignes y valerosos, hagamos nuestros corazones más firmes en la fe, para que amadores de tal gracia, prevalezcamos por la misericordia y gracia de Jesucristo, con el cual a Dios y al Padre, a una con el Espíritu Santo, sea la gloria y el poder por los siglos de los siglos. Amén.

966. Fué sometido al tormento tres veces el beatísimo Apolo, con otro nombre «el Asceta», en el día XI antes de la Kal. de mayo, según los romanos, y según los asiáticos, en el mes octavo [30], reinando sobre nosotros Nuestro Señor Jesucristo, a quien sea la gloria por los siglos.

Id., págs. 128-130.

LA PASION DE LAS SANTAS PERPETUA Y FELICITAS

He aquí las últimas escenas auténticas de martirio que presentamos al lector. Es demasiado célebre y conocida esta perla literaria para que nos extendamos en encomiarla. Repútasele como el primer documento en su género. Consta de tres partes: dos autobiográficas y una narrativa. La primera está escrita por la pluma de la misma mártir protagonista, SANTA PERPETUA; la segunda débese a la mano de SATURO, compañero en el martirio de la misma, y lo restante—preámbulo y epílogo—corresponden al armonizador de toda la pieza literaria, tal vez TERTULIANO, que la debió ofrecer al público en griego y latín. El martirio de estos santos, ciertamente se tuvo no después del 203 y muy probablemente como consecuencia del edicto de Septimio Severo contra los cristianos, promulgado el 202. La escena fué en el anfiteatro de Cartago. Como la hermosa exhortación de TERTULIANO al martirio, de no estar

[30] El 21 de abril. Hay quienes ponen este martirio el 18 del mismo mes. Respecto del calendario asiático, al que aquí se hace referencia, se supone es el siromacedónico, cuyo primer mes empezaba el 1 de octubre o septiembre.

escrita el 197, fué compuesta el 202, precisamente con ocasión de los muchos encarcelados por cristianos en ese año en el Africa proconsular, hemos ya incluído antes (núms. 676-683) este precioso opusculito como preámbulo a la pasión de Santa Perpetua y Felícitas, pues dado el nombre de TERTULIANO entonces y la materia de la exhortación, es casi imposible no la conociesen los Santos mártires de Cartago e incluso no se animasen con su lectura a derramar su sangre por Cristo. Así queda todo el conjunto completo.

INTRODUCCION

I. 1-6

967. Si la razón de haberse consignado por escrito los antiguos ejemplos de la fe, no menos testimonio de la gracia de Dios que causa de la edificación del prójimo, fué el que la lectura de ellos como representación de los hechos sirviese para honra del nombre de Dios y para robustecimiento del espíritu de los hombres, ¿por qué no consignar también por escrito para entrambos fines enseñanzas modernas que pueden servir para el mismo fin? Y añádase a esto que también estos documentos, que por su modernidad no gozan de la respetable autoridad que dan los años, con el tiempo pasarán también a ser antiguos y necesarios a los venideros.

968. Y presuponiendo, como es verdad, que es la misma gracia del mismo Espíritu Santo la que actúa en todos los tiempos, hay razones para creer que la época moderna y novísima es la que más ha de abundar en estos dones conforme a la superabundancia de gracia reservada para los últimos tiempos. Porque en los últimos días, dice el Señor, «derramaré mi espíritu sobre toda carne y profetizarán sus hijos y sus hijas, y derramaré de mi espíritu sobre los esclavos y siervas, y los jóvenes tendrán visiones y los ancianos soñarán sueños» [1].

969. Por esto nosotros, que reconocemos y veneramos igualmente como prometidas para hoy las profecías y visiones, como lo fueron entonces, y que juzgamos que los demás carismas del Espíritu Santo son medios que pone Dios en manos de la Iglesia—a la que fué él enviado y él es también el que entre todos distribuye sus dones conforme al beneplácito de Dios—, creemos necesario ya el escribirlas, ya también leerlas para gloria de Dios [2]. Así ni la debi-

---

[1] JOEL, II, 28-29.

[2] En este prefacio, tan de sabor tertulianista, se advierte la propensión del autor a estimar y ponderar las revelaciones y visiones de los santos que con tan brillante

lidad ni la desconfianza de la fe nos harán juzgar que esos dones de Dios fueron sólo exclusivos de los antiguos, dándoles a ellos solos la gracia del martirio o de la revelación. Dios siempre es buen cumplidor de sus promesas, dando así prueba de la fe para los infieles [3] y prueba de amor para los fieles.

970. También nosotros os anunciamos, hermanos e hijuelos, lo que oímos y lo que tocamos con nuestras propias manos [4]. Así, los que fuisteis testigos de vista de lo que se cuenta gozaréis con el recuerdo de la gloria de Dios, y los que ahora os enteráis de oídas tendréis la comunión con los Santos Mártires y, por su medio, con Nuestro Señor Jesucristo, a quien sea la claridad y el honor por los siglos de los siglos. Amén.

VAN BEEK, págs. 6-8.

971. Fueron apresados los jóvenes catecúmenos Revocato y Felicitas, ésta también, como aquél, de condición servil; Saturnino y Secúndolo. Entre éstos estaba también Vibia Perpetua, de ilustre cuna, de formación culta [5], casada con la dignidad de las matronas, a quien aún vivían padre y madre y dos hermanos, uno de ellos catecúmeno también como ella, y un niño de pecho. Ella tendría unos veintidós años. Esta fué la que de su puño y letra, y según sus ideas, escribió ordenadamente la narración de su martirio y nos la legó.

---

manifestación se presentan en escena dentro del cuadro de este martirio. Esa fué precisamente la debilidad del férreo TERTULIANO; y aunque, en efecto, en esta narración no hay nada que claramente arguya principios montanistas, no faltan, con todo, en ella toques y expansiones que en aquella época hacen sospechar mano de alma «pneumática». Por esta predilección al carisma, no sólo el montanismo, sino también el novacianismo, donatismo y marcionismo, se creían por entonces una Iglesia «más pura» que la «grande Iglesia», o sea la católica. Sea lo que fuera de lo dicho, lo cierto es que esta «Passío» de las Santas Perpetua y Felícitas se aceptó, se leyó y se consideró siempre—como así es la verdad—por una de las más bellas páginas del Martirologio de la Iglesia Católica.

[3] No está mal recalcar aquí el valor apologético, como llevamos también indicado otras veces, que daban ya los primeros cristianos a los mártires y carismas de la Iglesia, pues que los creían «pruebas» de la fe para los gentiles.

[4] I. JUAN, I. 1-3.

[5] Por esta época la cultura grecolatina se cultivaba con gran avidez en Cartago. Dados los textos de la narración que desde el principio coexistieron en griego y latín de estas *Actas*, se duda en qué lengua la redactó Perpetua, pues, como aparece al fin de la «Passio», Perpetua hablaba perfectamente el griego. El mismo TERTULIANO, varias de sus primeras obras las publicó en griego antes que en latín.

I. RELATO AUTOBIOGRAFICO DE SANTA PERPETUA

III-X

Dificultades de su padre

III, 1-8

972. Dice, pues: «Estando aún con los guardias de custodia [6], como mi padre hiciese de palabra lo posible porque yo mudase de parecer y se obstinase en que yo cediese, le dije: «Padre, ¿ves, por ejemplo, este vaso caído o esta orcita?» Contestó: «Lo veo.» «¿Qué? ¿Puedo llamarle con otro nombre de lo que es?» El: «No.» «Pues ni yo puedo decir otra cosa sino que soy cristiana.» Al oír esto mi padre se lanzó fuera de sí sobre mí, como para arrancarme los ojos. Pero sólo me golpeó algo, y se fué persuadido de lo que le había metido el diablo. Al encontrarme sin el padre di gracias a Dios, y su ausencia me sirvió varios días de lenitivo. Durante aquellos precisos días logramos recibir el bautismo [7], y el Espíritu Santo me dió a entender que en aquel momento no debía solicitar de Dios otra gracia sino la de que no cediera la carne ante la prueba que nos aguardaba.

[6] «Prosecutor» es el que sigue a uno por razón de vigilancia o policía. Los mártires, al principio, no eran llevados a las cárceles públicas, sino quedaban en sus familias o casas particulares bajo fianza, como detenidos, pero aún no encarcelados. Desde este momento quedaban bajo la custodia de los soldados «prosecutores».

[7] Ya antes llevamos indicado que al ser detenidos sólo eran catecúmesos. La materia de la *Didaché,* que en los núms. 583-641 hemos ofrecido al lector, era la que se daba en las catequesis para los catecúmenos. A éstos se les explicaban las *Sagradas Escrituras* y las normas de bien vivir, no en instrucciones particulares, sino en explicaciones que se daban a los cristianos antes de empezar la misa, a cuya parte principal en general podían asistir los catecúmenos. El catecumenado era una prueba larga y una instrucción. Dada buena cuenta de sí, los catecúmenos pasaban al grado de «competentes» o aspirantes que ya piden el bautismo. Este grado era una especie de escuela litúrgica ascética. Se les explicaban en ella los misterios de la fe y se les daba la debida iniciación. Hacían vida de bastante penitencia. Se exigía vida moral y santa. Este grado era el último anterior a recibir el bautismo.

973. A los pocos días ya nos metieron en la cárcel [8]. Me horroricé; jamás había sentido sensación de tal oscuridad. ¡Terrible día! Insoportable estrechez por la aglomeración; pero mi mayor preocupación era por mi chiquitín. Entonces Tercio y Pomponio, bondadosísimos diáconos que estaban a nuestro servicio [9], lograron obtener, pagando algo [10], el que dejándonos por varias horas un sitio más espacioso pudiésemos sentir algún descanso. Así, todos fuera ya de la cárcel, miraba cada uno por sí. Yo daba el pecho al niño, que estaba esmirriado por no haber mamado nada. Sin dejar el cuidado de éste, hablé también a mi madre, animé al hermano y recomendé a mi pequeño. Me consumía viendo que ellos se consumían por lo que me querían. Fué esto para mí como una desazón grande, que duró varios días.

974. Logré al fin que el niño se quedase conmigo en la cárcel. Adquirí con esto nuevo vigor y se me quitó todo cuidado y trabajo por él, y noté como si la cárcel se me hubiese convertido en pretorio [11] y ya prefería quedar allí a estar en ningún otro sitio.

Id., págs. 10-14.

Primera visión

IV, 1-10

975. Entonces me dijo mi hermano: «Señora [12] hermana: Ya estás en gran dignación ante Dios, y así suplícale te revele en

---

[8] Se ve, pues, que de la «custodia libera», bajo la cual habían estado hasta ahora, pasaban a las cárceles verdaderas, uno de cuyos tipos se nos conserva todavía en la «cárcel mamertina» de Roma.

[9] Estos diáconos, que estaban al servicio de los confesores de la fe, eran los encargados oficiales de parte de la Iglesia para ver de ayudarles en sus necesidades y llevarles la sagrada Eucaristía, según hemos visto en la descripción de la Misa, por San Justino.

[10] Ya Cicerón dice de Verres que éste y sus oficiales se dejaban fácilmente corromper en la vigilancia de las cárceles, etc., por quienes ofrecieran buenas sumas. De la cárcel de Cartago el piso superior era el menos molesto, pues desde una de sus ventanas se podía siquiera divisar el mar. Los pisos inferiores eran horribles por su oscuridad, estrechura y fetidez.

[11] El palacio del procónsul, algo así como nuestras «capitanías generales» en provincias romanas.

[12] Nombre de dignidad. Dábase no pocas veces éste aun a hermanas por cariño y respeto; en este caso porque se la creía probable «mártir de Cristo», que en la primitiva Iglesia era una de las mayores glorias para las Iglesias y familias cristianas.

visión si has de morir mártir o estás aquí sólo de paso.» Yo, que ya tenía presentimiento de que Dios se me comunicaría, pues cada día experimentaba favores de él, le contesté sin vacilar: «Mañana te daré la contestación.» Pedí, pues, a Dios, y vi en visión lo siguiente: Vi una altísima escalera de bronce cuyo remate llegaba al cielo, pero tan estrecha, que por ella no se podía trepar sino uno a uno, y a los dos costados de la escalera se veían fijos innumerables instrumentos de hierro: espadas, lanzas garfios, cuchillos y puntas de armas arrojadizas [13]. Si uno subía descuidado o sin tener fijos los ojos arriba, metiéndosele en ellas le desgarrarían las carnes aquellas puntas aceradas.

Al pie de la escalera había un enorme dragón [14] tendido, en acecho de quienes la escalaban, para impedirles la subida. El primero en subir vi a Saturo, maestro nuestro, que después, espontáneamente, se había ofrecido por nosotros, ya que cuando nos apresaron no estaba allí presente. Llegado que hubo al remate de la escala, se volvió hacia mí y me dijo: «Perpetua, te sostengo, pero ten cuidado no te muerda ese dragón.» Díjele yo: «No me dañará en el nombre de Jesucristo.» El dragón, por debajo de la escalera, como si recelase de mí, despació levantó la cabeza, y yo, como si pusiese el pie sobre la primera grada, se la pisé y subí. Y ante mis ojos se abrió como un inmenso jardín. En medio de él estaba sentado un hombre alto, como [15] en traje de pastor, y ordeñaba las ovejas. Y a su alrededor, millares de gente vestidos de blanco. Y levantando la cabeza, fijó los ojos en mí y me dijo: «Bien venida, hija.» Y pronunciando mi nombre, me dió a comer un bocado de queso que estaba cuajando. Yo lo recibí con las manos juntas [16] y lo comí. Y todos los circunstantes dijeron: «Amén» [17]. Al ruido de las voces volví en mí y todavía me quedaba no sé qué saboreo de dulcedumbre. Al punto se lo conté a mi hermano, y los dos lo to-

---

[13] Van Beek pone «verruta», palabra que no la hemos hallado en Forcellini. Creemos será «veruta». Franchi de Cavalieri, en su texto crítico, no pone ni la una ni la otra; las excluye.

[14] También en la visión del *Apocalipsis*, de San Juan, aparece un dragón luchando contra la Iglesia (*Apoc.*, XII, 3). Así como también escala parecida a la de esta visión es la escala de Jacob descrita en el *Gen.*, XXVIII, 12. La graderia, que muchas veces estaba impresionante por los instrumentos de hierro para los suplicios, era la que conducia a la parte alta del tablado o tribunal donde se ponia a los mártires para sus declaraciones y primeras torturas.

[15] Véase la misma idea del Pastor en el *Carmen abercianum*, núms. 580-582.

[16] Las mujeres, al recibir el pan eucarístico, recibíanlo también en las manos, pero casi siempre cubriéndolas con un pañito sobre el que se depositaba el pan consagrado.

[17] Todas estas alusiones de pastor, comer, manos unidas al recibir el bocado, decir todos «Amén», parecen revelar una alusión al rito de la Eucaristía.

mamos en el sentido de que me aguardaba el martirio..., y desde aquí comenzamos a no poner la esperanza en nada del mundo.

Id., págs. 16-22.

Rumores de tribunal

V, 1-6

976. Pocos días después se esparció el rumor de que nos someterían a un interrogatorio. Acababa de subir mi padre de la ciudad consumido de pesadumbre. Subió[18] a donde yo estaba para hacerme cambiar, y me dijo: «Hija mía, ten compasión de mis canas, ten compasión de tu padre, si es que merezco de ti el nombre de padre. Y pues he hecho con el trabajo de estas manos llegases hasta la flor de la edad e incluso te he mejorado sobre todos tus hermanos, no seas al fin mi baldón a los ojos de los hombres. Mira a tus hermanos, mira a tu madre y tía materna, mira tu hijito, que no podrá sobrevivir a tu muerte. No seas empedernida, ni la ruina de todos nosotros. ¿Quién de nosotros osará abrir la boca con libertad si te cae esta pasión?» Estas palabras poníale en los labios su corazón de padre. Me besaba las manos, se echaba a mis pies, y con lágrimas me suplicaba, llamándome no hija, sino señora suya. Yo era la primera en sentir el trance de mi padre, y veía que él sería el único de toda la parentela que no se alegraría de mi martirio[19]. Y le di ánimos diciendo: «No se hará otra cosa en el tablado del tribunal, sino lo que Dios tenga determinado. Y sábete que nuestra suerte no está en nuestras manos, sino en las de Dios.» Y se apartó de mí del todo entristecido.

Id., pág. 23.

---

[18] Byrsa es un collado que dominaba Cartago; allí estaban el Capitolio y el palacio del procónsul de África. No lejos de estos edificios se alzaba la cárcel donde estaban encerrados los mártires.

[19] Eran casos muy ordinarios estos en que no todos los de una familia eran de la misma religión, con sus lógicas tragedias en circunstancias como las de Santa Perpetua.

Interrogatorio y confesión de la Fe

VI, 1-8

977. Otro día, estando aún comiendo, de repente se nos llevó al sitio del interrogatorio. Llegamos al *forum*. Se esparció el rumor por todas las partes cercanas de la plaza, y se apiñó una muchedumbre inmensa. Nos hicieron subir al tablado [20]. Preguntados, todos los demás confesaron su fe. Cuando me tocó el turno a mí me apareció al punto en escena mi padre con mi chiquito en brazos, y apartándome un poco de la gradería: «Sacrifica y ten piedad de tu hijo», me dijo. Entonces, el procurador Hilariano [21], que por defunción del procónsul Minucio Triminiano tenía el poder de vida o muerte: «Perdona a las canas de tu padre—me dijo—y perdona a la tierna infancia... Ofrece sacrificio por la salud de los Emperadores» [22]. Repliquéle yo: «Jamás lo haré.» Hilariano: «¿Te confiesas cristiana?» «Soy cristiana, en efecto», le dije. Y como mi padre insistiera en que yo renegase, Hilariano ya entonces mandó que le echasen abajo, y le maltrataron con una vara. Sentí los varazos como si me los hubiesen dado a mí. Me daba pena, por su avanzada edad. Entonces Hilariano falló sentencia contra todos nosotros, condenándonos a las fieras. Y todos, alegres, bajamos a la cárcel. Como ya el niño se había habituado a tomarme el pecho y sentía placer en estar conmigo, mandé aprisa al diácono Pomponio para que se lo pidiese al padre. Este se negó a darlo. Pero gracias a Dios resultó que el niño no tenía más ganas de mamar, con lo que me sentí aliviada al verme así libre de la preocupación del niño y de la molestia de los pechos.

Id., págs. 24-26.

---

[20] Estos tribunales (catasta) o estrados de audiencias públicas se tenían o en los foros o también en las «aulas tribunalicias» de Basílicas, según la calidad de los reos. Habia catastas de pocos peldaños; otras a las que se subía por graderías más numerosas, muchas de ellas rodeadas con instrumentos de suplicio.

[21] Por lo que se lee en el memorial de TERTULIANO (*A Escápula*, 3), se ve que este Hilariano actuó también en otros procesos de mártires.

[22] En este caso eran Augustos L. Septimio Severo y su hijo M. Aurelio Antonino (Caracalla), y P. Septimio Geta, sólo nobilísimo César. Pocos años después de esta escena Geta seria asesinado por orden de su hermano Caracalla en el regazo de su propia madre. Y su nombre y sus efigies quedaron borradas y deshechas de todos los sitios públicos de Roma.

Segunda visión

VII. 1-10. VIII. 1-3

978. Tras pocos días, estando todos en oración, dimidiada ésta, sentí de repente que sin advertirlo pronuncié el nombre de Dinócrates. Me asombró el caso, pues jamás me había ocurrido esto así sino sólo entonces, y sentí lástima con el recuerdo de su muerte. Y presentí que pronto sería yo digna para que pudiese pedir alguna gracia por él. Púseme al punto a pedir mucho y a sollozar por él al Señor. Aquella misma noche vi la siguiente visión: Vi a Dinócrates que salía de un lugar tenebroso donde había otros muchos; parecíame jadeante y sediento, y su pálido rostro estaba lleno de sordidez; llevaba en su cara la úlcera que le había llevado al sepulcro. Este Dinócrates había sido hermano mío carnal [23], que murió a los siete años por un cáncer que le comió la cara, y tan repugnante quedó, que su cadáver producía repulsión a todos. Oré, pues, por él. Entre los dos mediaba un precipicio que era imposible salvarlo ni él ni yo [24]. Además, en el sitio [25] donde se hallaba Dinócrates veíase una piscina llena de agua, pero con los bordes más altos que los que daba la estatura del niño. Y el pobre niño se estiraba esforzándose por poder saciar su sed. Yo sufría al ver que por la altura de la piscina no podían llegar al agua los labios de Dinócrates [26]. Me desperté y conocí que mi hermano sentía trabajos, aunque confié se los podría yo aliviar. Y suplicaba a Dios por él todos los días hasta que fuimos trasladados a la cárcel militar [27], pues nuestra lucha había de ser en los juegos castrenses en

---

[23] Perpetua, a la palabra «hermano», añade aquí «carnal», sin duda para diferenciarle de los demás cristianos, quienes entre sí solían, por uso ya muy corriente, llamarse «hermanos».

[24] Luc., XVI, 26.

[25] Parece que la santa se refiere aquí al Purgatorio.

[26] Esta imagen de la piscina tuvo después más o menos felices imitaciones en posteriores *Actas de Martirios,* como, v. gr., en las de los Santos Mariano y Jacobo.

[27] Cárcel de los cuarteles militares. Aunque alguno pudiera creer, por lo que parece indicarse en estos pasajes, que estos juegos en honor del cumpleaños de Geta se celebraron en un anfiteatro propio del ejército, por eso de que también en Roma tenían los militares reservados para sus diversiones un anfiteatro exclusivo llamado asimismo «anfiteatro castrense», en cuyo caso natural era que dicho anfiteatro tuviese cerca de sí lo mismo «cárceles» para los «noxii» como depósito de fieras; con todo, esa suposición debe descartarse, pues es cierto que en Cartago no hubo sino un único anfiteatro, situado en

honor de Geta. Y con lágrimas y suspiros oré día y noche para que se me concediese la gracia.

979. El día que pasamos en el cepo [28] se me hizo ver lo siguiente: Vi el mismo lugar de antes donde estuvo Dinócrates, a quien vi ya limpio el cuerpo, bien vestido, en ademán de reposo; pero no la llaga primera, aunque sí su cicatriz. La misma piscina que antes había visto había ya bajado los bordes hasta la cintura del niño y éste bebía del agua seguido, sin respirar [29]. Y sobre el pretil había una copa de oro llena de agua. Y se acercó Dinócrates y empezó a beber, y el recipiente no se gastaba. Y ya saciado, salió del sitio del agua para jugar contento, según el uso de los niños. Y desperté. Entonces entendí que el niño había dejado ya el lugar de la pena.

Id., págs. 28-32.

Antes del Anfiteatro; tercer asalto del padre

IX, 1-3

980. Después de pocos días, Pudente, soldado puesto por el tribuno al cuidado de la cárcel, empezó a ensalzarnos por la gran fuerza de Dios que reconocía en nosotros y facilitó nos pudieran visitar muchos para que todos mutuamente nos pudiéramos consolar. Pero apenas llegó el día del «juego» veo que entra mi padre a donde yo estoy, macilento por el dolor, y empezó a mesarse la barba y a arrojarla por el suelo y a prosternarse sobre su rostro y a maldecir sus años y decir tales cosas que ablandaría hasta a los peñascos. A mí me afligía tan infeliz vejez.

Id., pág. 32.

---

el costado occidental del collado de Byrsa. En este gran anfiteatro, cuyas ruinas se descubrieron en nuestros días, se celebraron en las fiestas del Congreso eucarístico de Cartago, con ramas y laureles de jóvenes vestidas de blanco, los más emocionantes recuerdos de los mártires cartagineses.

[28] La palabra «nervus» solían definirla los antiguos latinos «ferreum vinculum quo pedes vel etian cervices impediuntur». Sin embargo se usaba en general más en el sentido de cepo agujereado donde se fijaban los pies de los criminales. En este lugar, muchos juzgan es sólo sinónimo de cárcel.

[29] Hay criticos que entienden este pasaje no en el sentido de Van Beek, sino en el de que «el agua era la que corría sin cesar».

El egipcio y la victoria

X, 1-13

La víspera ya de nuestro combate vi en visión lo siguiente: que el diácono Pomponio venía a la puerta de la cárcel y llamaba fuertemente. Salí, pues, a él y le abrí. Llevaba un vestido blanco desceñido y unas sandalias de variada hechura. Y me dijo: «Perpetua, te esperamos. Ven.» Y me asió de la mano y empezamos a andar unos senderos ásperos y tortuosos. Llegado que hubimos jadeantes al anfiteatro, me llevó al centro de la arena: «No tengas miedo—me dijo—. Aquí estoy contigo y lucharemos juntos.» Y desapareció. Y vi una inmensa muchedumbre atónita. Y como sabía que me habían condenado a las bestias, me extrañaba que no me echasen ninguna. Y salió a luchar contra mí un egipcio [30] de mala catadura, junto con sus ayudadores; vinieron también a mi favor jóvenes arrogantes auxiliares y colaboradores míos. Me despojé de los vestidos, y me hallé hecha varón. Y comenzaron mis partidarios a darme masaje de aceite, como es estilo en los combates, y vi que en frente de mí también el egipcio se revolvía en el polvo [31]. Y apareció allí un hombre de proporciones ciclópeas, de modo que su estatura destacaba aun por encima del anfiteatro. Estaba suelto el ceñidor, ostentando su manto de púrpura sujeto con dos broches que le hacían lucir en medio el pecho; sus sandalias estaban bordadas en oro y plata, y tenía en la mano el bastón de los juegos que llevan los que presiden los combates, y también un ramo verde del que pendían manzanas de oro. Y haciendo una señal de silencio dijo: «Este egipcio, si logra vencer a ésta, la rematará con espada; pero si, por el contrario, ella vence al egipcio, quedará premiada con este ramo.» Y dicho esto se retiró. Nos acercamos los dos el uno al otro y empezamos a puñadas. El hacía por cogerme de las piernas; yo, a mi vez, le daba con los pies en la cara. Y noté que yo subía en el aire, y comencé a golpearle, como si no tocase la tierra. Pero

[30] La más antigua literatura cristiana ha venido llamando al diablo «egipcio». Los primeros cristianos imaginaban al demonio negro; de ahí que los romanos le llamasen también «egipcio». Además podía ser porque el Egipto aparece en el Antiguo Testamento enemigo del pueblo de Dios. (Cfr. TERTULIANO: *De spectaculis*, cap. 3.)

[31] Los luchadores de palestra, en los combates greco-romanos, a veces, antes de las luchas, se dejaban frotar la piel con agua muy barrosa. Otros, tras masaje de aceite, solían revolverse en el polvo o cubrirse de él.

como vi que aquello iba largo, procuré enzarzar sus dedos con los míos, y asiéndole de la cabeza le hiçe caer de bruces y se la pisoteé. En los espectadores se oyó una gran aclamación, y mis partidarios aplaudían. Y me acerqué al presidente del combate y me dió el ramo, y besándome, me dijo: «Hija, la paz contigo»[32]. Y así me dirigí, llena de gloria, hacia la puerta sanavivaria[33]. En esto desperté. Y conocí que mi lucha acabaría no con las bestias, sino contra el diablo. Pero no dudaba de la victoria.

Esto lo he anotado yo misma hasta la víspera de la lucha; si algún otro tiene voluntad en ello, escriba lo que ocurrirá el día mismo del «juego».

Id., págs. 32-38.

II. Relato autobiográfico de Sáturo

La visión del Cielo

XI, XII, XIII

981. También el bienaventurado Sáturo dejó esta otra visión suya, que él mismo la redactó: «Habíamos ya sufrido (el martirio) y salido de la carne, y cuatro ángeles nos llevaban con dirección al Oriente, pero sin tocarnos con sus manos. Ibamos en actitud, no de recostados supino rostro arriba, sino de quienes suben una suave pendiente. Y fuera ya del primer mundo, llegamos a una región de inmensa claridad, y dije a Perpetua, que iba a mi lado: «Esto es lo que nos ha prometido el Señor. Estamos en posesión de la recompensa.» Y cuando aún nos iban llevando los cuatro ángeles, llegamos a un espacio ancho que parecía un jardín con toda clase de árboles, de rosales y de flores. La celsitud de los árboles era como la de los cipreses que daban una continua lluvia

[32] Saludo típico de los cristianos.

[33] El anfiteatro tenía para los luchadores dos grandes puertas: la libitiniense y la sanavivaria. Por la primera se sacaban arrastrados por garfios los cadáveres de gladiadores, noxios y venatores muertos en los juegos; en la segunda se reunían los que aún quedaban vivos para ser rematados, o si aún quedaban sanos conservarlos para otros juegos.

de hojas. En el jardín divisamos otros cuatro ángeles más, que hicieron señales de gran deferencia y dijeron admirados a los otros ángeles: «Son ellos, son ellos», y los cuatro ángeles que nos conducían, todos admirados, nos descendieron allí. Y a pie atravesamos el estadio por la vía ancha. Allí encontramos a Jocundo, Saturnino y Artaxio, que en la misma persecución perecieron abrasados [34], y a Quinto, que expiró mártir en la cárcel. Les preguntamos dónde estaban los demás. Nos contestaron los ángeles: «Pero ante todo, venid, entrad y saludad al Señor.»

982. Y llegamos cerca del lugar cuyas paredes eran de tal modo, que se las creería hechas de luz. En el umbral de aquel edificio vimos de pie cuatro ángeles, que entrando dentro, se vistieron estolas blanquísimas. Penetramos dentro y percibimos una voz acorde que resonaba sin interrupción: «Santo, Santo, Santo.» Y vimos allí a uno que parecía hombre cano, de cabellera como nieve, pero de rostro juvenil [35]. No alcanzamos a ver sus pies. A derecha e izquierda había otros cuatro ancianos, y tras éstos, una muchedumbre de ancianos en pie. Llenos de sagrado temor, nos pusimos ante el trono; cuatro ángeles nos hicieron subir a donde estaba El; dímosle el ósculo, y él acarició nuestros rostros con su mano. Y los demás ancianos nos dijeron: «Fijos de pie.» Y nos quedamos así y nos dimos la paz. Y nos dijeron los ancianos: «Ya podéis iros y gozar.» Y dije a Perpetua: «Tienes lo que ansiabas.»

Y ella me replicó: «Gracias a Dios, si en carne fuí siempre alegre, cuánto más ahora.»

983. Y salimos y vimos a la puerta al obispo Optato, a la derecha, y al presbítero doctor Aspasio a la izquierda, ambos distanciados y tristes. Se echaron a nuestros pies y nos suplicaron: «Haced nos reconciliemos los dos, pues salisteis y nos dejasteis así (separados).» Y les dijimos: «Pero ¿qué? ¿No fuisteis acaso tú nuestro Papa y tú nuestro presbítero? ¿Cómo estáis echados así a nuestros pies?» Y nos conmovimos y les dimos un abrazo. Y empezó Perpetua a hablar en griego con ellos, y apartándolos un poco los llevamos al jardín debajo de un árbol de rosas. Estando en esta conversación, intervinieron unos ángeles, y les dijeron: «Dejadles que gocen, y si estáis mal avenidos, perdonaos mutuamente.» Y los

---

34 El suplicio de ser quemados vivos se reputaba en la legislación romana pena de la gentuza más baja y soez.

35 La idea de canas de nieve en rostro juvenil—pero de mujer—aparece también en el *Pastor de Herman* aplicada a la perenne juventud de la Iglesia, que en su antigua existencia desde los primeros justos conserva la invariable lozanía, siempre antigua y siempre nueva, de esposa de Jesucristo.

llenaron de turbación, y dijeron a Optato: «Corrige a tu grey, porque van a ti como si salieran del circo, discutiendo sobre los diversos equipos» [36]. Y nos hizo la impresión de que querían cerrar las puertas. Y comenzamos a reconocer allí a muchos hermanos y algunos mártires; todos nos confortábamos con un perfume indescriptible que nos daba hartura. En este momento, lleno de alegría, volví en mí.»

Id., págs. 38-44.

III. Relación del narrador de las actas

EL MARTIRIO

Favor de Dios con Felícitas

XIV, XV, 1-7

984. Tales son las descripciones que de sus propias visiones escribieron Sáturo y Perpetua. Por lo que mira a Secúndulo, Dios le anticipó las fieras. Pero de todos modos la espada, aunque no el alma, le penetró el cuerpo.

985. En cuanto a Felícitas, también ésta sintió particular protección de Dios. Fué el caso que por haberla llevado a la cárcel estando encinta y en el octavo mes del embarazo, como por una parte se echaban encima los días del espectáculo y por otra temiese no diera a luz para entonces, se acongojaba viendo que según la ley [37], de no aplicar la última pena a las embarazadas, se le diferiría la muerte, y así tendría que derramar su sangre santa e ino-

[36] Dada la indescriptible pasión que había en las grandes ciudades de unos por unos, otros por otros equipos o colores del circo, se ve lo que aquí le quiso decir el ángel al obispo al advertirle que sus feligreses, con sus desavenencias, traían alborotada la sede episcopal, divididos unos en favor del obispo, otros por el presbítero Aspasio, maestro de catequesis, al igual que el pueblo se divide en favor cada parte de sus respectivos favoritos del circo.

[37] Esta ley la observaban en líneas generales lo mismo egipcios que griegos, de donde pasó a los romanos.

cente mezclada con facinerosos [38]. Todos los conmártires se le unían en la pena, con el temor de que quedase rezagada en el camino de una misma esperanza, ella sola, tan excelente compañera. Todos unidos, entre gemidos, dirigieron a Dios su oración a este fin. Estaba encima el tercer día de los juegos. Hecha la oración le sobrevinieron los dolores del alumbramiento. Y como por natural ley del octavo mes se sintiese molestada con los dolores de la hora, díjole uno de los guardias de la cárcel: «¡Pues si ahora sientes esos dolores, qué será echada a las fieras! Ya ves el fruto de haber despreciado los sacrificios.» A lo que contestó ella: «Ahora lo que sufro, sufro por mí; pero allí otro será quien sufrirá por mí, ya que yo sufriré por él» [39]. Y dió a luz una niña, que una hermana [40] la educó como suya.

XVI, 1

986. Como el Espíritu Santo permitió, y permitiéndolo lo quiso, que se describiese todo el proceso del combate, aunque indignos de tomar la pluma para complementar tanta gloria, con todo como mandatarios de la bienaventurada Perpetua y dar así cumplimiento a una sagrada manda, queremos añadir aquí la narración de su constancia y lo sublime de su corazón.

Perpetua y el tribuno carcelero

XVI, 2-3

987. Sucedió, pues, que el tribuno, por ciertos recelos y miedos que le habían metido algunos malvados de que se le podían escapar los presos por arte de encantamientos y de magia, extremó más la dureza dentro ya del rigor mismo de la cárcel; y entonces fué cuando Perpetua le dijo a su propia cara: «¿Cómo no miras un poco más por nuestro bien, *noxios,* que somos nobilísimos y reservados para las luchas del aniversario del nacimiento del César?

---

[38] Se refiere aquí a los «noxii», que por sus crímenes o delitos solían ser, en general, la gente escogida para estas cacerías y juegos de fieras, con lo que las autoridades, además de cumplir con la justicia, creían ofrecer un espectáculo grato al pueblo.

[39] Admirable fórmula de la idea general que entonces tenían los mártires de la especial asistencia que sentian de Dios (núms. 508 y siguientes).

[40] Aquí, hermana equivale a cristiana.

¿Qué? ¿No sería glorioso par ti que nos presentásemos en la arena más rollizos [41] de carnes? Tembló y se ruborizó el tribuno. Y así ordenó que se les diese el mejor trato, permitiendo que los hermanos y demás que lo deseasen pudieran visitarles y aliviarles, tanto más que el mismo oficial de la cárcel ya era creyente.

La «cena líbera»

XVII, 1-3

988. La tarde anterior al juego, cuando se les concedió, como es uso en esos casos, la que llaman «cena libre» [42], procuraron de su parte transformarla en «ágape» [43]. Y con admirable constancia, ya imprecaban y amenazaban con el juicio de Dios al público allí presente, ya le daban a entender lo felices que se sentían de morir por la fe, ya también tomaban a risa la curiosidad de los concurrentes. Díjoles Sáturo: «¿Qué? ¿No os basta el día de mañana? ¿Cómo tanta curiosidad por lo que así odiáis? Hoy camaradas, mañana enemigos. Fijaos bien y advertid los semblantes de cada uno de nosotros para que nos reconozcáis en aquel día.» Muchos se marcharon confusos y no pocos abrazaron la fe.

Luchando con las fieras

XVIII, XIX, XX

989. Brilló al fin el día de su sacrificio; todos marchaban al anfiteatro como en viaje al Cielo, alegres, con los rostros bañados de satisfacción y estremeciéndose más de gozo que de temor. Iba detrás Perpetua, reluciente el semblante y con andar lleno de majestad, como matrona de Cristo, con una finura divina, haciendo bajar a todos los ojos con la fuerza de su mirada. Cerca, Felíci-

---

[41] Solía ser costumbre entonces, a los que eran destinados a las fieras en castigo o por necesidad del arte de «gladiator», «venator» o «bestiarius», cebarlos bien antes de las luchas, para que éstas resultasen más vigorosas y vivas. Sin duda que la frase de Perpetua alude a esta costumbre de los circos y anfiteatros.

[42] Los condenados a las fieras la víspera de la carnicería tenían opción a una opípara cena fuera de las celdas de la cárcel, a la que tantas veces alude TERTULIANO en su *Apología*, escena a la que tenía entrada libre el curioso público.

[43] Recuerde el lector lo que tantas veces llevamos expuesto sobre el «ágape» o «banquete de caridad» de los primitivos cristianos.

tas, jubilosa por haber dado ya a luz y poder así luchar con las fieras, pasando de sangre a sangre, de la obstetriz al reciario [44], dispuesta a después del parto lavarse con el agua de un segundo bautismo. Llegadas ya a la puerta, cuando se les dijo cambiasen sus vestidos, los hombres por los ornamentos de los sacerdotes de Saturno y las mujeres por los de las sacerdotisas de Ceres [45], Perpetua, alma nobilísima, se opuso hasta el fin: «¿Cómo—dijo—venimos acá tan espontáneamente para no perder nuestra santa libertad e incluso abrazamos la muerte por no querer hacer nada de esto y ahora queda reducido a eso lo pactado?» Reconoció su injusticia la justicia y cedió el tribuno para que, como estaban, se les llevase a la arena. Perpetua cantaba pisoteando la cabeza del egipcio. Recovato, Saturio y Sáturo conminaban a los espectadores. Avanzado que hubieron hasta donde presidía Hilariano [46], con gestos y ademanes le dijeron: «Tú a nosotros y a ti Dios.» Furiosa con esto la plebe, pidió que uno por uno se les fuese sometiendo en hilera a azotes, según el orden de los «venatores». Y todos dieron gracias a Dios, porque habían sido tenidos por dignos de poder sufrir algo por lo que pasó Jesucristo.

990. Pero quien dijo: «Pedid y recibiréis», dió en efecto a cada uno el cumplimiento de las cosas según el deseo de su corazón. Pues cuando hablaban entre sí del modo que les gustaría morir mártires, Saturnino solía repetir que su gusto sería si le echasen todas las bestias para poder así tener un martirio gloriosísimo. Y así fué: a él y a Revocato, una vez comenzado el espectáculo, les soltaron un leopardo, e incluso puestos después sobre un tablado, fueron dejados maltrechos por un oso. Sáturo, en cambio, a nada temía como al oso, y presumía que podría morir entre los dientes

---

[44] Los «reciarios» eran los gladiadores cuya particularidad consistía en luchar con una red en que envolvían al adversario y con un largo tridente, con el que le acosaban, procurándole matar. Pasar de la obstetriz al reciario quiere significar que el «reciario» la había envuelto en su red para que fuese así, desnuda y enredada, juguete de los cuernos de la vaca brava. Cosa que no toleró el público por lo que indican las mismas *Actas*.

[45] Los ornamentos sacerdotales de los ministros de Saturno eran de color de púrpura; los de Ceres, completamente blancos. Lo mismo en los teatros que en los circos y anfiteatros, muchas veces se veían precisados los condenados a representar al vivo con espléndido ropaje escenas mitológicas de las «pasiones» de sus dioses. Véase número 795.

[46] Las cuadrillas de «gladiadores» y «venatores» que iban a combatir, al igual que las masas de los pobres «condenados», hacían su desfile ante el presidente antes de empezar la lucha, algo así como aún sucede en España en las corridas de toros. Entonces era cuando «los que iban a morir saludaban a los Emperadores» en los casos en que éstos presidían el acto.

de un leopardo. Y resultó, que cuando se le soltó un jabalí, el «venator»[47] que les había atado[48] fué el que moría después de algunos días por efecto de lo que le oprimió la bestia. Sáturo sólo sufrió el magullamiento de ser arrastrado. Y cuando le pusieron atado en una tarima para un oso, éste no quiso salir de su guarida, y así Sáturo de nuevo fué retirado ileso.

991. A las chicas les echaron una vaca ferocísima, buscada para el caso fuera de lo acostumbrado, traza del diablo, quien ideó que bestia y víctimas fueran del mismo sexo. Desnudas y envueltas en redes, aparecieron ante el público. Se horrorizó el pueblo viendo a la una joven tan delicada y a la otra que le goteaba aún leche de los pechos por su reciente parto. Fueron, pues, retiradas al punto y se les vistió con túnicas ajustadas. La primera en ser volteada por el aire fué Perpetua, y cayó sobre los lomos. Apenas se sentó, preocupada más del pudor que del dolor, atrajo la túnica al lado de la rasgadura para tapar el muslo. Después, tomando una horquilla, se sujetó los cabellos desordenados, pues no era decoroso que una mártir sufriera con los cabellos revueltos, dando en el momento de su gloria sensación de plañidera... Una vez así se levantó, y viendo que Felícitas estaba ya maltrecha, le dió la mano para alzarla, y las dos quedaron de pie. Suavizada con esta escena la dureza del pueblo, fueron llevadas a la puerta sanavivaria. Allí fué cuando Perpetua, recibida por un tal Rústico[49], a la sazón catecú-

---

[47] Los «venatores», gentuza de circo, domadores y especialistas ellos mismos en luchar con las fieras y en azuzarlas cuando luchaban otros, se servían de látigos, correas y púas al rojo para azotar o excitar a las fieras y personas tímidas en el combate. Antes de empezar los juegos era común se sometiese a los condenados, puestos en hilera, a la tortura de los azotes, tan del gusto de la justicia romana.

[48] Lo que se buscaba en estos «ludi» era el refinamiento de la voluptuosidad cruel del público, que dependía mucho de la vivacidad y furia de los animales, de la valentía e imperturbabilidad de los condenados y del gusto que siente el hombre animal y degenerado en las contorsiones de dolor de las victimas, creídas dignas de tales suplicios. De ahí que se excogitasen al caso tantos modos de torturas, de asaltos de fieras, de alturas en plataformas en declive, donde no se pudiesen sostener las fieras después de sus saltos contra los «noxii». Todo era sangre, desgarramiento de carnes, carreras, mezcla de luchas simultáneas de las fieras contra los condenados, y de los «venatores» a la vez contra esas mismas fieras en el momento en que éstas se lanzaban contra sus víctimas. A las veces, como se ve por algunos mosaicos antiguos, ataban con sogas largas las víctimas con sus respectivas fieras y venatores; otras veces se sujetaban los reos en postes, cruces, ruedas giratorias fijadas sobre plataformas, para admirar más los ágiles saltos y el furor de las bestias.

[49] Cuando después de las luchas eran las victimas, medio muertas, retiradas a la puerta para el último degüello y acabar así con todas ellas, fácilmente eran confortados los mártires por cristianos ocultos, desconocidos para las autoridades, que procuraban animarles y recibir sus últimas mandas y también recoger sus cadáveres.

meno, que la asistía, entre la admiración de todos le preguntó como saliendo de un sueño y mirando en torno de sí—tan endiosada y extática había estado hasta entonces—: «¿Y cuándo nos echan a aquella vaca; aquella... no sé...?» Y como le dijesen que eso ya se había hecho, no lo acababa de creer, hasta que notó en sí y en sus vestidos señales claras de la furia de la vaca. Entonces, acercándose a su hermano y a aquel catecúmeno, les habló diciendo: «Estad firmes en la fe, amaos unos a otros y no os escandalicéis por nuestros martirios.»

La sortija del soldado

XXI, 1-6

992. Por su parte, Sáturo exhortaba en otra puerta al soldado Pudente, diciéndole: «Hasta ahora—dijo—, como presupuse y lo predije, no he sentido mal ninguno de las bestias, y créeme ahora de todo corazón. Volverán a llevarme allá y acabaré de un mordisco de leopardo. Y, en efecto, al fin del juego, arrojado a un leopardo, de un mordisco quedó tan bañado en sangre, que el público, al verle tornar, entre ovaciones, le dió el testimonio de su segundo bautismo, gritando: «¡Que sea salvo el lavado! ¡Que sea salvo el lavado!» ¡Qué mejor salvación, en efecto, que el haber sido lavado así! [50]. Entonces, dijo al soldado Pudente: «Adiós; y acuérdate de la fe y de mí, y estas cosas sírvante más para afianzarte que para vacilar.» Y pidiéndole a la vez la sortija de su dedo la hundió en su herida y se la devolvió como herencia y como recuerdo y prenda de su sangre. Y de allí ya casi exánime, se fué al sitio de costumbre [51] a juntarse con los otros para, tendido, ser degollado como los demás.

993. Pero como toda la muchedumbre, entre griterías, los reclamase para el centro de la arena, a fin de saborear mejor su muerte, metiendo sus ojos cómplices del homicidio junto con la cuchilla

---

[50] «Salvum lotum» era aclamación y voz de buen augurio en las Termas. Y aunque el pueblo se la aplicó a Sáturo en son de burla por lo ensangrentado que iba, el narrador del martirio lo toma en el sentido sublime de la purificación del alma obtenida por este segundo bautismo o lavado, no de agua, sino de sangre propia.

[51] En el «espoliario», sitio donde se acababa de rematar a todos los condenados todavía medio expirantes.

en sus cuerpos, todos se levantaron gustosos y se trasladaron al sitio que reclamaba el pueblo no sin besarse mutuamente antes para completar así su martirio con el signo litúrgico de la paz.

Id., pág. 60.

El gladiador aprendiz

XXI, 7-10

994. Todos los demás recibieron el golpe de la espada inmóviles y en silencio; mucho más Sáturo, que fué el primero en subir [52] y en entregar su espíritu como que sostenía a Perpetua [53]. Perpetua, para que también saborease algún dolor, al sentir que la espada se le metía entre los huesos, dió un grito, y asiendo con su mano la derecha vacilante del aprendiz [54] gladiador le acercó el filo a su cuello. Tal vez, mujer tan varonil y tan temida por el diablo no pudo haber sido muerta de otro modo si no era queriéndolo ella.

Id., págs. 60-62.

¡ Oh, fortísimos y bienaventurados mártires ! ¡ Oh, verdaderamente llamados y predilectos para glorificación de Nuestro Jesucristo ! La cual, quien la desee engrandecer, honrar y adorar, sin duda debe leer estos maravillosos ejemplos de nuestros días, que no menos que los antiguos sirven para edificación de la Iglesia. Pues estas virtudes de hoy testimonian que es el mismo Espíritu Santo el que sigue operando hasta nuestros días, al igual que el Padre Omnipotente y su Hijo y Señor Nuestro Jesucristo, a quien sea dada toda gloria e inmenso poder por los siglos de los siglos.

[52] Se refiere el autor a la subida por la escala que vió Santa Perpetua en su primera visión.

[53] Alusión también a la misma visión de la Santa, en que aparece Sáturo animando a Perpetua a subir tras él.

[54] En estos menesteres de rematar «noxios» y gladiadores medio agónicos, fieras heridas, etc., se empleaban los aprendices a gladiadores por venta, por castigo o por afición.

APENDICES

I

EUSEBIO PANFILO, OBISPO DE CESAREA

Se le reputa como a «padre de la Historia eclesiástica». Nació en Palestina el 263 y se formó y educó en Cesárea. Es autor de grandes obras. Como teólogo tiénesele como de poca importancia, pues su «teología» fué de esas llamadas «políticas», que más están al servicio del que manda que de la verdad. Sus dos obras—*La preparación evangélica,* en quince libros (años 315-320), y *La demostración evangélica* (sólo quedan diez de sus veinte libros por la misma fecha)—sirven de excelente cantera para la historia de las religiones. Su valor como historiador está muy reconocido. El mismo estuvo encarcelado (307) por la fe en tiempo de la persecución de Maximino, y anduvo errante por Tyro y Egipto. Terminada la persecución (313-314), fué consagrado obispo de Cesárea. En la cuestión arriana no parece tuvo ideas claras; ejerció mucha influencia sobre el emperador Constantino el Grande. Los diez libros de su *Historia eclesiástica* son básicos para el conocimiento de los tres primeros siglos del Cristianismo, que sin ellos hubieran quedado en casi absoluta oscuridad. Consultó muchos archivos y bibliotecas del Oriente y Occidente. Complemento que es necesario de la documentación de autores del siglo II, que él la conoció y manejó cual ninguno—como lo habrá advertido el lector—, nos hemos servido de varios fragmentos de su *Historia* para nuestra *Antología,* porque sus alusiones arrojan no poca luz sobre el espíritu de muchos hechos que llevamos consignados y sobre escritos referentes a los mártires de los dos primeros siglos. En este *Apéndice* sólo incluímos trozos correspondientes al tiempo de los Emperadores hasta el primer decenio inclusive del reinado de Septimio Severo; es decir, desde el primer libro hasta los primeros capítulos del libro VI, o sea hasta la juventud de Orígenes y el martirio del padre de éste, Leónidas.

No busque el lector en esta última parte cuadros completos de conjunto. Nuestro fin ahora es sólo el de aducir algunos datos de relleno histórico antiquísimo para algunas alusiones que por precisión han tenido que quedar a media luz en el cuerpo de nuestra *Antología.* Se hallan en la célebre *Historia eclesiástica,* cuyos siete primeros libros es-

taban ya publicados por el autor para el año 303. Veinte años más tarde (el 323) aparecía el libro X, o sea el último de su *Historia*. EUSEBIO murió hacia el año 340.

FRAGMENTOS PRINCIPALES ALUSIVOS A MARTIRES DE ESTA EPOCA

TIBERIO

¿Pilatos escribe sobre Cristo a Tiberio? [1]

Lib. II, cap. 2, 5-6

995. Como, pues, la admirable resurrección y la subida a los cielos de nuestro Salvador se divulgase por referencias de muchísimos, siendo como era entonces [2] estilo de los gobernantes de las provincias poner a los Emperadores al tanto de cuanto ocurriese de nuevo, a fin de que nada les quedase desconocido, vióse Pilatos en la precisión de tener que escribir al Emperador Tiberio sobre la resurrección de Jesucristo, ya que ésta era un hecho notorio en toda Palestina. A la vez enterábale de otros muhos milagro. cuya noticia le constaba por la fama, y cómo por haberse él resucitado, muchos le consideraban como a Dios. Dícese que Tiberio llevó el asunto al Senado, pero que éste no lo tomó en consideración, bajo el pretexto de que materia de esa índole no era de su incumbencia, siendo así que existía una ley vieja [3] entre los romanos de que a nadie se diera culto divino sin decreto del Senado. Pero la razón era que la predicación de la doctrina divina no necesita ni de la autoridad ni del apoyo de los hombres. Habiendo el Senado repudiado

---

[1] En general, los historiadores no dan gran valor a este testimonio. De todos modos, alusión es esta de interés que creemos oportuno consignarla aquí.

[2] El relatar por menudo los pretores y procónsules que gobernaban las provincias de Roma, el estado de cosas de sus respectivos países era, en efecto, costumbre introducida desde el tiempo de la República.

[3] Este *Vetus decretum*, de TERTULIANO, tal vez sea la misma ley de que habla CICERÓN en *De Leg.*, II, 8: «Separatim nemo habessit Deos neve novos sive advenas nisi publice adscitos privatim colunto»

la propuesta sobre Nuestro Señor al modo dicho, Tiberio, constante en su primer plan, dicen que nunca tomó medida ninguna contra la doctrina de Cristo. Todo esto refiérelo TERTULIANO, varón en leyes romanas peritísimo y de gran renombre entre los escritores latinos, en su *Apología*[4], escrita en latín, y que después fué trasladada al griego. Idea que la divina Providencia quiso infundírsela en la mente a Tiberio para que la predicación del Evangelio, que entonces comenzaba, se dilatase por el mundo sin mayor contratiempo.

SCHWARTZ, vol. I, pág. 110.

CLAUDIO

Martirio de Santiago el Mayor

Lib. II, cap. 9, 1-3

996. Al mismo tiempo, en el principado de Claudio Augusto, el rey Herodes empezó a perseguir a algunos de la Iglesia y mató con espada a Jacobo, hermano de Juan[5]. Y por cierto que de este Santiago nos da CLEMENTE, como recibido por la tradición, el caso siguiente en el libro VII de sus *Hypotiposis*[6], muy digno de conservarse: Dice, pues, que «quien había citado a Santiago al tribunal, como viera a éste confesar allí su fe con tanta libertad de espíritu, conmovido de su entereza, afirmó que también él era cristiano. Ambos, pues—sigue—, fueron conducidos al suplicio. Y como en el camino suplicase el compañero a Santiago que le perdonase, éste, deteniendo un poco el paso, le dijo: «La paz para ti», y le besó. Y así, los dos juntos, fueron después decapitados».

Id., pág. 124.

---

[4] *Apologeticum*, cap. V.

[5] *Act. AA.*, XII, 1 y siguientes. Véanse SUETONIO: *Vida del divino Claudio*, 18; JOSEFO: *Antig.*, XX, 2, 6. Véanse núms. 148-149.

[6] Obra perdida. Sólo se conocen de ella algunos fragmentos por EUSEBIO y CASIODORO.

Muerte de Herodes Agripa [7]

Lib. II, cap. 10, 1-9

997. Por entonces, como cuenta la Sagrada Escritura, al ver que la muerte de Santiago (el mayor) había producido excelente impresión entre los judíos, empezó Herodes a acariciar la idea de quitar la vida a Pedro, a quien tenía preso entre cadenas. E iba ya a hacerlo si no es que la gracia de Dios, en forma de un ángel, que se le apareció de noche y fuera ya de toda esperanza, hubiese ayudado a Pedro [8], con lo cual éste quedó libre para poder predicar el Evangelio. Todo lo cual era señal de una intervención divina.

No se hizo esperar mucho el castigo que iba a infligir Dios al rey por su persecución contra los apóstoles, pues bien presto intervino en ello un ángel como instrumento de la divina justicia. Porque, como dice la Escritura [9], apenas obró así contra los apóstoles, se dirigió a Cesárea. Allí, un día solemne de fiesta, cubierto de blanquísimo manto regio, cuando dirigía la palabra al pueblo desde el tribunal y le ovacionaba la muchedumbre, diciendo que oía no la palabra de un hombre, sino la de un Dios, según la Escritura,

---

[7] Herodes el Grande murió el año 4 antes de Cristo. De sus diez mujeres sólo se saben los nombres de los hijos de cinco de ellas, que fueron diez varones y tres hembras. Las esposas que tuvieron descendencia de reyes furon CLEOPATRA (de Jerusalén), de quien tuvo a *Felipe el Tetrarca,* muerto sin sucesión; MALTHACE, de quien le nacieron *Arquelao*, que reinó en Idumea, Samaria y la Judea, depuesto el año 6 después de Cristo, y *Herodes Antipas,* desterrado por Calígula el 39. Este *Herodes Antipas,* rey de Galilea y la Perea, fué el de la muerte del Bautista y las mofas contra Jesús. Al ser desterrados estos dos hermanos, sucediéronles en sus pequeños reinos los nietos de MARIAMNE I, la segunda mujer de Herodes el Grande. *Herodes el Menor,* casado con su sobrina Berenice II y rey de Calcidia del 41 al 48, y *Herodes Agripa I,* rey también del 37 al 44, hermano de la célebre Herodías de San Juan Bautista, la cual vivió contra ley con su tío Herodes Antipas y a quien siguió en su destierro a las Galias. *Herodes Agripa I,* casado con CYPROS, tuvo, entre otros, a *Agripa II* y Berenice II, mujer ésta de tres maridos y querida de Vespasiano y Tito, que acabó por morir misteriosamente con su hermano Agripa II. Casi todos estos *Herodes* son célebres: el primero y mayor por su crueldad y magnificencia; *Arquelao* por la matanza de los niños inocentes; su hermano *Herodes Antipas* por el caso del Bautista y el juicio contra Jesús; *Herodes el Menor* por su vida con su sobrina, la célebre Berenice II; *Herodes Agripa I* por su persecución contra los apóstoles, y *Herodes Agripa II* por su colaboración con Tito y Vespasiano en la toma de Jerusalén y su entrevista con San Pablo.

[8] *Actos AA.,* XII, 6.

[9] *Ibid,* XII, 19.

fué herido por el ángel del Señor, terminando la vida comido de gusanos... JOSEFO escribe en el libro XIX de sus *Antigüedades*.

«Era ya el tercer año desde que mandaba en toda la Judea, cuando se fué a la ciudad de Cesárea, llamada antes Torre de Stratón. Dió allí un espectáculo en honor del César, pues sabía que esas fiestas estaban instituídas a la salud del Emperador. Concurrieron de la provincia al acto todos cuantos eran de algún viso o estaban constituídos en alguna dignidad. El día segundo de las fiestas se presentó muy de mañana en el teatro, cubierto de un manto maravillosamente bordado todo él de plata. Bien pronto los rayos del sol naciente hicieron brillar extraordinariamente a su luz la riqueza del manto; todo el público quedó admirado y atemorizado ante tal alarde. Al punto se oyeron voces de los aduladores, entre quienes hubo que le llamaban «Dios» y le suplicaban favores. «Hasta esta hora—le gritaban—te hemos dado homenaje como a hombre; pero ya vemos que tu dignidad, por dicha, es mucho más que humana.» Oíalo todo él sin señal de reconvención ni desechar de sí la adulación. Pero no pasó mucho tiempo sin que al levantar una vez la cabeza viese sobre sí a un ángel, y empezó a creer que quien antes había sido señal de dicha, ahora lo era de su desgracia. Ya no hubo quien pudiera arrancar de su corazón la tristeza. Y bien pronto fué víctima de terribilísimos dolores de vientre. Y volviendo los ojos hacia sus amigos allí presentes, se vió precisado a exclamar: «Ya veis adónde llego: vuestro dios presto será presa de la muerte por fuerza del destino que declara cuánto de engaño y falsía entrañan las palabras que me acabáis de dirigir. Me dijisteis inmortal, y siento las garras de la muerte. Y pues Dios lo quiere, me atengo a la fuerza del destino; al fin y al cabo nuestra vida no ha sido desgraciada, sino de las que los hombres llaman gloriosa y afortunada.» Al decir esto, ataques agudísimos de dolor le hacían revolverse.

Apenas transportado a su palacio, cundió el rumor de que el rey estaba en las últimas. Al punto, todos, hombres, mujeres y niños, cubiertos del saco de penitencia, se sentaron, según usanza de la nación, pidiendo a Dios por la vida de su rey. En toda la ciudad se oían lástimas y lamentos. El rey, desde una solana alta donde le habían colocado acostado, al ver al pueblo postrado en tierra suplicando por él, no pudo contener las lágrimas. Al fin, tras cinco días continuos de horribles dolores, exhaló su último suspiro, a los cincuenta y cuatro años de edad y siete de reinado [10].»

Id., págs. 126-128.

---

[10] *Antigüed.*, XIX, 8, 2.

Simón Mago y San Pedro

Lib. II, cap. 13-14-15

998. En efecto, sabemos por tradición que este Simón Mago fué el principal cabecilla y autor de la herética perversión. Y cierto que aun hasta nuestros días (los de San Ireneo), cuantos profesan esa secta, con simular que han abrazado la religión cristiana, toda ella modestia y santidad, se ve que no han abandonado el culto supersticioso de los demonios, que parecían habían ya dejado; antes lo profesan de nuevo. Y así se les ve postrarse del todo delante de unas pinturas e imágenes de Simón y de Selena [11], tributándoles culto con sacrificios, inciensos y libaciones. Y las cosas secretas en que se envuelven, con cuya noticia los adictos quedan impresionados, o para usar la fórmula de oráculo, estupefactos y transportados, no dejan de estar llenas de verdadero estupor, enajenamiento y locura, pues que por su desfachatez y cruda obscenidad no caben ni en escritos ni en labios de ninguna persona decente. Por mucho que nos la imaginemos de torpe, todo lo deja muy atrás esta impudentísima secta, en que se sabe desempeñan un importante papel mujerzuelas desgraciadas de todo género de lacras morales.

Satanás, pues, tan enemigo de todo, vino en estos tiempos a presentar en medio a este Simón, constructor de tan grandes crímenes, y su fin en ello era oponer un rival digno a las maravillosas y grandes obras de nuestro Salvador. Pero la gracia del Cielo, que siempre acompaña a los ministros de Dios, bien pronto, con sola su presencia y virtud, iba a apagar del todo la llama que con esto encendiera el demonio, no dejando rastro de la arrogancia e hinchazón con que desafiaban a Dios. Y así fué que ni la conspiración de Simón ni ninguna otra comenzada en la edad apostólica logró tomar cuerpo... Pronto, pues, aquel hechicero, herido por el resplandor de la divina luz, apenas se vió confundido por el apóstol Pedro en Judea, quedando descubiertas todas sus trapisondas de mago, creyó lo mejor alejarse lo más posible a tierras allende el mar, pasando del Oriente al Occidente, único medio, a su parecer, de quedar libre y salir triunfante en sus trapacerías. Llegado a Roma, por auxilio y

---

[11] Unos la llaman Elena, otros Selena, o, lo que es lo mismo, Luna, mujer de vida pública, después de muchísimo influjo en la mentalidad moral de la herejía simoniana. Otros creen que esta Elena más fué un símbolo doctrinal de la Gnosis que una persona histórica.

protección del demonio, en poco tiempo supo utilizar sus artes de modo que aun logró que los romanos le levantasen una estatua [12]. Pero no duró mucho su dicha, pues por aquellos mismos días, en tiempo del Emperador Claudio, no sin benigna y particular providencia, llevó Dios a Roma al principal y más denodado de los apóstoles y jefe y abogado de todos los demás, que se encargó de luchar contra aquella peste y apostema del género humano [13]. Esta fué la ocasión por la que Pedro, como valiente capitán de las milicias del Señor, provisto de las armas de Dios, trajo del Oriente al Occidente el don precioso de la luz inteligible de lo Alto, que no fué otra cosa la luz que iba a infundir en los corazones que la doctrina saludable de la predicación del Reino de los Cielos.

Id., págs. 136-138.

---

[12] La causa de esta creencia de la estatua fué una confusión de San Justino, de quien tomaron la idea otros autores. La estatua aludida no estaba dedicada a Simón Mago, sino a Sanco, el dios de los contratos y pactos de los sabinos.

[13] San Justino, San Ireneo y Eusebio de Cesárea ponen la venida de Simón Mago a Roma en tiempo del Emperador Claudio, y no en el de Nerón. Y como el triunfo de San Pedro sobre Simón indican fué rápido y no mucho después de su llegada, parece deducirse que la muerte de Simón Mago acaeció en el principado de Claudio. La razón de que en varios *Apócrifos* aparezca este desenlace en la época neroniana, podía tal vez ser por el interés que había de hacer tomar parte en las luchas y escena final a San Pablo, cuya venida a Roma fué en tiempo de Nerón. Es curioso que casi toda la historia de San Pedro en las *Actas apócrifas* se desarrolla alrededor, y teniendo a éstas como su punto central, de sus luchas contra Simón Mago. He aquí lo que sobre este Simón nos dicen los *Hechos de los apóstoles* (VIII, 18-25): «Habiendo visto Simón que por la imposición de las manos de los apóstoles se daba el Espíritu Santo, les ofreció dinero, diciendo: —Dadme también a mí ese poder para que cualquiera a quien imponga yo las manos reciba el Espíritu Santo. Mas Pedro le respondió: —Perezca tu dinero contigo, pues has juzgado que se alcanzaba por dinero el don de Dios. No puedes tú tener parte ni cabida en este ministerio, porque tu corazón no es recto a los ojos de Dios. Por tanto, haz penitencia de esta tu maldad y ruega de tal modo al Señor que te sea perdonado ese desvarío de tu corazón, pues yo te veo lleno de amarguísima hiel y arrastrando la cadena de la perversidad.» Véanse los núms. 1111-1116.

NERON

La esposa de San Pedro, mártir

Lib. III, cap. 3, 2

999. Y como viene bien al caso, no estará mal copiemos aquí un relato que cuenta CLEMENTE en el libro VII de sus *Strómata* con las siguientes palabras: «Cuentan—dice—que el bienaventurado Pedro, cuando vió que a su mujer la llevaban al suplicio, se llenó de gozo porque había sido llamada por Dios y bien pronto tocaría a su patria, y que llamándola de su propio nombre la iba animando, y que le dijo en tono lleno de consuelo: «Mujer, acuérdate del Señor [14].»

Id., pág. 262.

VESPASIANO

Elección episcopal de San Simeón [15]

Lib. III, cap. 11

1000. Tras el martirio de Santiago, el año 62, y verificado el asedio de Jerusalén, es fama que los apóstoles y todos los discípulos que habían conocido al Señor y aún sobrevivían se reunieron desde

---

[14] Lib. VII, 11. CLEMENTE ALEJANDRINO, en este capítulo, trata del caso de la esposa de San Pedro, con motivo de querer probar que el verdadero «gnóstico» o sabio contemplativo debe despreciar todo, sea duro, sea dulce, e incluso la muerte, si esa fuese la voluntad de Dios. BARONIO no tiene el hecho por improbable. Conviene, con todo, anotar que en este siglo se leían muchos *Apócrifos* referentes precisamente a San Pedro. Su supuesta hija, Petronila, desempeña un papel importante en las *Actas* falsas de *San Nereo* y *Aquileo*. Y de algunos *Apócrifos* sobre *San Pedro*, donde se hablaba de Petronila curada milagrosamente por su padre, advierte SAN AGUSTÍN que eran libros muy del paladar de los maniqueos. (Cfr. *Contra Adimanto, discípulo de Maniqueo*, cap. 17.)

[15] Véanse los núms. 796-799.

varios sitios en un solo lugar, y así todos a una, junto con cuantos tenían vínculo de parentesco con el Señor—pues aún vivían los más de ellos—, resolvieron en consulta quién había de suceder a Santiago en el Obispado de Jerusalén. Y todos ellos, por unanimidad, resolvieron que fuese Simeón, hijo de aquel Cleofás de que se hace mención en el Evangelio. Pues se tiene como hecho que dicho Simeón fué primo hermano del Salvador, una vez que, según testimonio de HEGESIPO, Cleofás era hermano de José.

Id., pág. 228.

Exterminio de la familia de David

Lib. III, cap. 12

1001. Por el mismo tiempo, Vespasiano, según corre fama, después de abatida la ciudad de Jerusalén, mandó se inquiriese por los descendientes de la estirpe de David para que no quedara vástago de aquella familia entre los judíos y, así, aun por esta causa, fueron los judíos víctima de nueva y durísima persecución.

Id., pág. 228.

DOMICIANO [16]

Lib. III, cap. 17-18, 1-4

1002. Como Domiciano diese grandes pruebas de su crueldad con muchos y mandase injustamente quitar de en medio a no pocos nobles e ilustres caballeros de Roma, no contento con eso, desterró y multó con proscripción a innumerables personas inocentes, gloriándose de ser continuador de la hostilidad contra Dios del mismo Nerón. Este fué quien desencadenó la segunda persecución contra nosotros, aunque Vespasiano, su padre, jamás pensó en infligirnos molestia alguna.

Durante esta persecución, el apóstol Juan, el mismo que el Evan-

[16] Véanse las notas de los núms. 184-208, 796-797.

gelista que aún vivía, dícese que fué desterrado a la isla de Patmos por dar testimonio del Verbo divino. IRENEO, en efecto, en su libro V *Contra las herejías* [17], escribiendo de las letras que forman el nombre del anticristo [18]—detalle de que hace mención el mismo Juan en su *Apocalipsis*—, dice lo siguiente, hablando de Juan: «Y si en este tiempo hubiese de ser predicado públicamente el nombre del anticristo, bien lo hubiera declarado el vidente del *Apocalipsis*. Pues esta revelación no fué vista allá hace tiempo, sino casi en nuestros mismos días, hacia el final del Imperio de Domiciano.» Por entonces había florecido tanto la doctrina de nuestra fe, que aun escritores muy ajenos a nuestra religión no dudaron en hacer mención en sus Memorias de las persecuciones y martirios de los nuestros. Ellos fueron también quienes, con sumo cuidado, consignaron las fechas de la persecución. Y así refieren que al año 15 del principado de Domiciano [19]...

Id., págs. 230-232.

NERVA

Lib. III, cap. 20, 8-9

1003. Muerto ya Domiciano, que reinó quince años, el Senado decretó se devolviesen a todos sus primeros honores y que tornasen a su patria los desterrados y se les devolviesen sus bienes a quienes se los había confiscado. Hecho que lo consignan los historiadores más objetivos de la época. Entonces fué también cuando, según nos lo da la tradición de los antiguos, Juan el Apóstol salió de su des-

---

[17] V, 30, 3. SAN IRENEO, en este capítulo, propone diversos nombres con cuyas letras procura deducir su conclusión con verdadero candor infantil.

[18] SAN AGUSTÍN, en la *Ciudad de Dios* (lib. XVIII, cap. 52), escribe: «Tampoco me parece deber afirmarse o creerse temerariamente lo que algunos autores han opinado u opinan de que no ha de padecer la Iglesia más persecuciones hasta que venga el anticristo que las que ya ha padecido; esto es, diez; de forma que la undécima, que será la postrera, sea por causa de la venida del anticristo.» Se ve por los Santos Padres que los antiguos relacionaban mucho la idea de la última persecución con la del anticristo, detalle que arranca ya desde SAN IGNACIO, POLICARPO, HEGESIPO e IRENEO, y sobre todo HIPÓLITO ROMANO.

[19] Véanse núms. 211-212.

tierro de Patmos y, por el derecho de restitución, volvió a habitar en su casa de Efeso [20].

Id., págs. 234-236.

TRAJANO

Caso de San Juan

Lib. III, cap. 23, 1-24

1004. Por estos primeros años aún gobernaba en Asia las Iglesias el Apóstol y Evangelista Juan, el predilecto de Jesús, después de la muerte de Domiciano [21], restituído ya a Efeso de su destierro en la isla. Que Juan llegó en su vejez hasta este tiempo basta probarlo con dos testigos. Los dos son dignísimos de fe, pues ambos fueron defensores de la verdadera y católica doctrina; a saber: IRENEO, CLEMENTE y ALEJANDRO. El primero de éstos escribe en el libro II *Contra las herejías* [22]: «Y todos, los presbíteros que convivieron familiarmente en Asia con Juan, discípulo del Señor, decían que así habían recibido las cosas de él por tradición.» Y en el tercer libro viene a afirmar lo propio: «La Iglesia ofesina—dice—, que debió su origen a Pablo y que fué regida por Juan hasta los tiempos de Trajano, es testigo indiscutible de la misma tradición apostólica» [23]. Y CLEMENTE, en el libro que publicó, *¿Qué rico se salvará?*, además de coincidir en el mismo tiempo, añade una relación de mucho interés, sobre todo para cuantos gozan con todo lo noble y provechoso. Tomando, pues, el libro, recítame la historia, que es así: «Oye una leyenda—dice—. ¿Qué digo leyenda? Un sucedido verdaderísimo de Juan, cuya certeza nos la garantiza la tradición y recuerdo cuidadoso de los antiguos. Como después de la muerte del tirano (Domiciano) hubiese regresado de la isla de Patmos a la ciudad de Efeso, cediendo a ruegos se trasladó a las provincias colindantes, parte para darles obispos, parte para disponer y organizar

[20] Véase el núm. 215.
[21] Véanse los núms. 215, 1002.
[22] Lib. II, 22, 5.
[23] Lib. III, 4.

del todo algunas iglesias ya constituídas, parte también para adjudicar al clero, clase selecta del Señor, personas que le inspiraría el Espíritu Santo. Venido, pues, que hubo a una ciudad no muy distante de Efeso (algunos dan su nombre) y habiendo consolado a los hermanos con sus palabras, al fin, viendo allí a un joven de rostro no desagradable, de presencia esbelta y corazón brioso, volviéndose al obispo a quien acababa de consagrar: «Te lo recomiendo encarecidamente—le dijo—a la faz de la Iglesia y bajo el testimonio de Cristo.» Recibióle el obispo y prometió tomar a su cuidado al joven, pero Juan insistió, exigiendo seguridad en la misma forma que la demanda. Y con esto, Juan tornó a Efeso. El presbítero, recibiendo al joven recomendado en su casa, lo educó, agasajó, mantuvo y acabó por administrarle el bautismo. Poco a poco el sacerdote aflojó en el cuidado y formación del joven, pues creyó que con el carácter sacramental quedaba asegurado como bajo un guardián eficaz. El joven, con esto, gozando de demasiada prematura libertad, intimó con unos camaradas flojos, disolutos y desgarrados en todos los vicios. Lo primero le aficionaron a espléndidos convites; después, por las noches, llevábanle consigo para saltear a los viandantes que venían de paso. De ahí le animaron a más horrendos crímenes. El, sin notarlo, se acostumbraba a todo, y como generoso y desenfrenado caballo, arrebatado y mordiendo el freno, cuanto era de más generosa índole, tanto más se desbocaba al abismo. Al fin, perdiendo la confianza de la salvación que al principio había puesto en Dios, no contento su corazón con maldades vulgares, se lanzó a los crímenes mayores, y ya sin esperanza ninguna en el alma, se resolvió a exponerse a las mismas penas que los demás. Reunido, pues, con todos aquellos camaradas y formando una banda de salteadores, con gran osadía hízose jefe del grupo, aventajando a todos en violencia, matanzas y ferocidad. Pasado algún tiempo, Juan hubo de volver por algún negocio a la misma ciudad. Llegado que hubo y arreglado ya todo lo que había sido motivo de su viaje: «Ea—dijo—, obispo, restitúyenos el depósito que yo y Cristo te confiamos bajo el testimonio de la iglesia que gobiernas.» A esto, el obispo, primero se pasmó creyendo que por calumnia se le exigía un dinero que él no había recibido. No podía ni dar crédito a lo que parecía exigírsele de lo que él nunca recibió, ni por otra parte podía tampoco desconfiar de Juan. Pero cuando éste le dijo: «Me refiero al joven y al alma del hermano», el anciano, bajando el rostro y lleno de lágrimas, suspiró: «Está muerto.» «¿Cómo?—replicó Juan—. ¿Cuándo y con qué clase de muerte?» «Está muerto a Dios; pues ha resultado un perverso y ha acabado en bandido. Ha cambiado la iglesia por

el monte, yendo con gentuza parecida a él.» Oído esto el apóstol, rasgando el vestido y golpeando la cabeza, dijo entre gemidos: «He dado con buen guardador del alma del hermano.» «Ea, presto un caballo y venga un guía.» Y así como estaba, salió de la iglesia y dió espuelas al caballo. Llegado al lugar, fué apresado por los ladrones que hacían guardia. Pero él, sin pedir perdón ni querer huir, gritaba: «He venido a esto mismo; presentadme a vuestro jefe.» Este, armado, estaba a la expectativa del caso. Pero al notar que era Juan el que se le acercaba, huyó de vergüenza; Juan, sin mirar su edad, apresurando el paso, hizo por alcanzarle, dándole continuas voces: «¿Cómo, hijo, huyes de tu padre viejo e inerme? Ten piedad de mí, hijo; no temas; te queda esperanza de salvación. Yo satisfaré a Cristo por ti. Por tu causa aceptaré gustoso la muerte, al igual que el Señor sufrió y murió por nosotros. Pondré mi alma en tu lugar. Para y créeme: me envía Cristo.» Al oír esto el joven, primero se detuvo con la frente baja; después echó las armas temblando y lleno de lágrimas. Abrazó al anciano, que se le acercó, y entre un mar de lágrimas y sollozos suplicóle con toda la eficacia que podía le perdonase. Sus lágrimas parecían un segundo bautismo de expiación; sólo escondía la mano derecha. Entonces el apóstol, prometiéndole y conjurándole que se lo lograría de parte del Redentor, puesto de rodillas, cogiéndole la mano derecha del joven como limpiada ya por la penitencia, se la besó, y él mismo le condujo a la iglesia. De allí en adelante, parte con oraciones frecuentes a Dios, parte como emulando mutuamente quién aventajaba en ayunos, no descansó Juan hasta que, conquistando del todo su corazón a fuerza de buenas palabras, haberle puesto al frente de la iglesia, proporcionándonos a todos así un ejemplo de sincera conversión, una prueba ilustre de reiterada regeneración y un trofeo de admirable resurrección. Este caso relátalo CLEMENTE [24].

Id., págs. 238-244.

Martirio de San Simeón, obispo de Jerusalén [25]

Lib. III, 32, 1-5

«Este Simeón frisaba en los ciento veinte años cuando fué martirizado en el principado de Trajano Augusto, administrando la Siria

[24] *¿Qué rico se salvará?* (cap. 42). Esta bella homilía de CLEMENTE viene a probar que los ricos pueden salvarse, pero a condición del buen uso de sus riquezas.

[25] Véanse los núms. 796-799.

el legado consular ático»[26]. El mismo autor escribe cómo después resultó que varios de los mismos que acusaron a Simeón por haberse descubierto en las pesquisas que también ellos procedían de la estirpe de David, fueron convictos del mismo origen. No es absurdo creer que este Simeón conoció y trató al Señor, cosa nada difícil si se advierte su edad y lo que narran los Evangelios, en que aparece una tal María, hija de Cleofás, cuyo hijo hemos explicado antes (lib. III, 11) ser este Simeón.

Los padres apostólicos[27]

Lib. III, cap. 36, 1-5

1005. Por aquellos días florecía en Asia Policarpo, discípulo de los apóstoles, quien había recibido el Obispado de Esmirna de los mismos familiares y ministros del Señor. Era a la vez célebre en Hierápoli su obispo, Papías, y también Ignacio, tan renombrado aun hoy en día por sus muchos escritos, regía la iglesia de Antioquía; el segundo, después de Pedro el Antioqueno. Este, al ser transportado de Siria a la ciudad de Roma, es tradición murió devorado por las fieras. Al ser conducido por Asia bajo estrechísima vigilancia de guardas, animaba con sus prédicas y exhortaciones a todas las iglesias de cada ciudad de tránsito por doquiera pasaba, amonestándoles se precaviesen ante todo de las opiniones de los herejes, que entoncs empezaron a pulular. Exhortábales igualmente quedasen asidísimos a las tradiciones de los apóstoles, tradiciones que él, de su parte, para que llegase su conocimiento a la posteridad, creyó como prueba deberlas consignar en sus escritos. Así que al llegar a Esmirna, donde vivía entonces Policarpo, dirigió una carta a la iglesia de los efesios en la que hace mención del pastor de ellos, Onésimo. Escribió otra a la iglesia de la ciudad de Magnesia, situada en la parte de Meandro, en la que alude también a su obispo, Dama. Mandó otra a la iglesia de los Trallanos, con referencia asimismo a su obispo, Polypio. Además de éstas se conserva otra carta suya dirigida a la iglesia de la ciudad de Roma, en la que suplica y pide a los romanos que por sus recomendaciones y valimientos no le defrauden en su deseo y aspiración de morir mártir... Después, dejando ya Esmirna, al llegar a Tróade envió desde aquí otra carta

---

[26] Los sirios acostumbraban por entonces computar los años por los nombres de los legados allí de Roma, como en Roma por los cónsules.

[27] Véanse los núms. 800-853.

a los filipenses y a la iglesia de Esmirna, y una particular al obispo de allí, Policarpo. Viendo la bondad de éste, Ignacio, a su vez, como Pastor que era él mismo de la grey de la iglesia de Antioquía, quiso dejarla confiada a tan apostólico varón.

Id., pág. 274-276.

Evangelizadores de Cristo

Lib. III, cap. 38, 2-4

1006. Además de éstos hubo por entonces otros muchos a quienes correspondía el principal puesto entre los sucesores de los apóstoles. Estos, como discípulos que eran de tales maestros, varones admirables y llenos de Dios a su vez, lo primero que hicieron fué con nuevos aumentos completar en varios sitios la obra de las comunidades cuyos cimientos habían echado los apóstoles, lo cual verificaron promoviendo más y más la evangelización y esparciendo doquiera [28] por todo el mundo la saludable semilla del Reino del Cielo [29]. Pues fué cosa que la mayor parte de los discípulos de aquel tiempo, cuyos corazones habían ardido más inflamados por la palabra de Dios en el amor a la filosofía, repartieron sus bienes entre los pobres, y no contentos con eso, abandonando su patria, ejercían lejos de ella el oficio de evangelizadores ante quienes aún no conocían la fe, ni tenían más afán ni negocio que el de predicar a Cristo y extender los libros de los Sagrados Evangelios. Estos, una vez que echaban los fundamentos de la fe en aquellas remotas y bárbaras regiones, poniendo a su frente pastores que tuviesen cuidado de la nueva plantación, contentos de su labor, se apresuraban con la gracia y fuerza de Dios a llevar el Evangelio a nuevos países. La fuerza y poder del Divino Espíritu les acompañaba por su parte con hacer por ellos muchos milagros. Y tanto fué así que oída su predicación, pueblos en masa recibían con ánimo bien pronto el culto del verdadero Dios. Como por otra parte es imposible demos cuenta aquí uno por uno de todos los nombres de cuantos fueron obispos y misioneros por todo el mundo en aquella primera época de la sucesión de los apóstoles, hemos decidido nombrar sólo a aquellos cuyos escritos han quedado como monumentos transmisores de la doctrina apostólica.

Id., pág. 282.

---

[28] Véanse núms. 264, 274-275.

[29] Véanse los núms. 551-552.

ADRIANO

Primeros apologistas

Lib. IV, cap. 4, 3

1007. A éste (Adriano) presentó CUADRATO su discurso de defensa por nuestra religión al ver que almas malévolas se empeñaban en hostigarla y dañarla. Y aun hoy muchos hermanos, nosotros entre ellos, poseemos este brillantísimo discurso en el que se patentizan su talento y la doctrina de la fe apostólica. En él declara el autor su propia antigüedad, pues escribe: «Las obras de nuestro Salvador siempre fueron patentes, como verdad que eran; muchos librados de enfermedades y algunos resucitados después de muertos. Estos no sólo se podían ver por todos en el tiempo de la curación o de la resurrección, sino en tiempos posteriores; ni sólo mientras vivió el Señor en la tierra, sino que aun subido éste al Cielo, algunos han seguido viviendo hasta nuestros mismos días.»

Id., pág. 302.

Mártires de Esmirna

Lib. IV, cap. 15, 46-48

1008. Otros varios martirios que por la misma época en que murió Policarpo sucedieron en Esmirna se cuentan juntos en la relación [30]. Entre ellos está Metrodoro, que había sido presbítero de la secta de MARCIÓN [31] y murió abrasado entre llamas. Otro, entre

[30] Parece lo más probable que lo que ahora indica EUSEBIO es que en un mismo libro o códice o colección de martirios iban las *Actas* de los mártires de Esmirna y la relación del martirio de San Policarpo; tal vez este «Corpus de martirios» lo formaban los martirios de San Pionio y de San Policarpo, a los que se añadieron las *Actas* o relación del martirio de los Santos Carpo y Papylo. De las *Actas* de estos últimos mártires, véanse los núms. 934-939.

[31] MARCIÓN fué uno de los grandes peligros de la Iglesia naciente. Hijo del obispo de Sinope, murió hacia el 160; fué excomulgado por su propio padre. Logró buenas amistades en Roma hacia el 138. En 144 fué ya declarado hereje. Su herejía austera,

los más famosos mártires del mismo tiempo, fué sin duda Pionio. Quien quiera conocer cada una de todas sus «confesiones» [32], su libertad en el hablar, su elocuencia en favor de nuestra fe ante el pueblo y los presidentes, sus discursos instructivos sobre la fe, sus arengas e invitaciones a los que cedieron débiles en lo recio de la persecución, sus palabras de aliento y consuelo a cuantos hermanos iban a visitarle estando él en la cárcel, las torturas y tormentos sin cuento que sufrió, el taladramiento de los clavos y su constancia en medio de la hoguera y, por fin, la muerte que siguió a todos estos hechos portentosos, a ése tal le remitimos a la carta que hay sobre su martirio, que se conoce detalladamente descrito y que nosotros hemos incluído en la obra sobre los antiguos mártires, cuyas pasiones recogimos y colocamos en su debido orden. También corren de mano en mano otras actas de los que en el mismo tiempo fueron martirizados en Pérgamo de Asia; a saber: Carpo, Papylo y una tal Agathónice, que, tras muchas y gloriosas confesiones de la fe, terminaron con ilustre fin.

Id., págs. 352-354.

MARCO AURELIO

Cartas de los mártires de Lyon sobre varios asuntos

Lib. V, cap. 3, 3-4

1009. Por lo demás, cuando Montano, Alcibíades y Teodoto [33] empezaron entonces por vez primera a ser tenidos por profetas en

antijudía y de pretensiones científico-místicas tuvo enorme aceptación en varias provincias orientales del Imperio. Fué el que mejor supo acomodar la «gnosis» a errores heréticos. Fué fecundo escritor y gran propagador de sus ideas. Negó el carácter sagrado del Antiguo Testamento y de su Dios, y rechazó el uso del matrimonio, de la carne y del vino.

[32] «Confesiones» aquí significa las veces que, llamado uno a declarar, confesaba que era cristiano. Se debe notar que los mártires eran muchas veces primero sometidos al tormento para ver si seguían confesando la fe o por si declaraban algo que fuera contra la ley, y dictada la sentencia eran, además, después, torturados en razón de pena merecida por el delito de lesa patria o religión.

[33] Con ocasión de los carismas aparentes y de la doctrina sospechosa de estos tres personajes, surgió en Asia Menor una fuerte lucha ideológica. Los presbíteros de Vienna y Lyon de Galia, que tenían muchas relaciones con las comunidades frigias, desearon

Frigia—pues los mismos milagros que mediante la gracia de Dios solían hacerse a la sazón en varias iglesias dieron ocasión a algunos para creerlos también a ellos profetas—sobrevino por esta causa una escisión, la cual fué motivo para que los hermanos de las Galias añadiesen a la misma carta su parecer privado, pero religioso y muy conforme a la fe sobre este asunto, presentándoles varias cartas de mártires ya muertos, quienes, estando aún en prisión, las escribieron, ya a los hermanos de Frigia y del Asia, ya al obispo de Roma, Eleuterio, haciendo el oficio de medianeros para la paz de las iglesias.

Dichos mártires recomiendan al por entonces presbítero de Lyon, Ireneo, ante el susodicho Eleuterio, llenándole de elogios, como bien lo expresan sus palabras, que dicen: «De nuevo y siempre deseamos, Padre Eleuterio, te vaya bien en el Señor. Hemos pedido y suplicado a nuestro hermano y compañero Ireneo fuese portador de estas letras. Te lo recomendamos encarecidamente como émulo que es del testamento de Cristo. Si hubiera que decir que la justicia hace acreedor a uno, te lo recomendaríamos ante todo como a presbítero de la iglesia, pues que tiene esta dignidad.»

Por lo demás, ¿qué necesidad hay de copiar aquí el catálogo de los mártires de que hablaba la carta anterior, de los que unos murieron al golpe de la segur, otros expuestos a las fieras, otros ya habían quedado sin vida en la cárcel? Mas ¿y a qué nombrar aquí a todos los confesores que después sobrevivieron? Todo esto lo podrá ver plenamente quien con atención lea la misma carta, que, como

---

se compusiera el litigio a buenas. Y en ese sentido parece escribieron cartas a Frigia y al Papa Eleuterio en Roma, en bien de paz. Pero la escisión resultó de materia dogmática. Los presbiteros juntaron a las suyas, para hacer más fuerza a su deseo, otras cartas de los mártires entonces en prisión y que pronto habían de sucumbir. Acudieron al Papa Eleuterio, consecuentes a su idea del Primado del obispo de Roma. Los tres rebeldes siguieron en su error, y la Iglesia los separó de sí. Para entender bien este fragmento se debe advertir que Eusebio en estos capítulos habla de dos clases de cartas de los presbiteros de Lyon a Frigia: Asia y Roma. Una de estas cartas a los frigios era la narración de cómo murieron los mártires de Lyon. Con ocasión del envío de esta carta, que son las *Actas de los mártires lyoneses,* que copiamos íntegras después, enviaron otras que se referían al asunto de Montano, Alcibíades y Teodoto. Añadieron otra sobre esto último al Papa Eleuterio. El portador de estas últimas a Roma fué el mismo San Ireneo. Los mártires, pues, antes de morir, habían escrito en la cárcel las cartas de paz que se llevaron a Frigia después de su martirio. El montanismo, de tendencias ultrarrigoristas y de sabor peligroso místico, fomentó mucho entre sus seguidores el millenarismo (o chiliasmo), quienes estaban persuadidos de que antes de la venida definitiva de Cristo Juez habría en el mundo mil años de un reino temporal de Cristo. Esta idea, procedente de una mala inteligencia del *Apocalipsis* del mismo San Juan, tuvo muchos partidarios aun entre insignes escritores católicos de la primitiva Iglesia. (Véanse los núms. 894-926.)

llevamos dicho, la hemos incluído íntegra en la colección de *Pasiones de los mártires* por nosotros reunida. Y todo esto ocurrió en el principado de Antonino.

Id., págs. 432-434.

La lluvia milagrosa [34]

Lib. V, cap. 5, 1-4

1010. Cuando el hermano de éste (Antonino), el César Marco Aurelio, sostenía la guerra contra los germanos y sármatas, una vez que tenía que lanzar sus tropas para dar la batalla, sintiéronse éstas acosadas de terrible sed, y es fama que de la falta de agua se hallaron en tan extrema necesidad, que no sabían ya qué determinación tomar. Entonces fué cuando los soldados de la legión melitina, legión que aún hoy en día es conocida por el mérito de su fe, al ver que ya se iba a entablar la batalla entre ambos ejércitos, puestos de rodillas al modo nuestro (el de los cristianos), suplicaron agua al Dios de los Cielos. Lo insólito del hecho dejó atónitos a los enemigos; pero por lo que es fama, sobrevino pronto una maravilla que colmó su admiración; pues fué el caso que al punto, mientras por una parte los rayos que caían desbarataban las tropas enemigas poniéndolas en fuga y desbandada, por otra, sobre toda esperanza, gracias a la abundancia de la lluvia caída, quedó aliviado el ejército que acudió con preces al Señor y el cual estaba ya a punto de desfallecer de sed. Hecho cuya historicidad está consignada no sólo por autores cristianos, sino aun en los anales de escritores nada adictos a nuestra religión. Con la particularidad de que los escritores no cristianos dan el suceso como milagroso, pero sin atribuirlo a las oraciones de los nuestros, al paso que nuestros escritores describen toda la verdad del hecho objetiva y llanamente. Y uno de éstos es APOLINAR [35], quien añade que el Emperador quiso que la legión a quien se debió el milagro, en adelante se denominara «fulmínea» por razón del caso. Otro buen testigo es TERTULIANO, que, hablando de lo mismo, en sentido cristiano, lo atestigua con más valía y eficacia en la *Apología* que escribió en latín en favor de nuestra Religión, dirigiéndola al Senado romano. Cuenta, pues, allí cómo en su tiempo aún se conservaba la carta misma del Em-

[34] Véanse los núms. 233-236.
[35] Autor de tres *Apologías* en el siglo II.

perador Marco Aurelio, en la que constaba cómo estando el ejército romano en peligro de perecer por la sed en Germania, se vió libre de él gracias a las oraciones de los cristianos. Y añade TERTULIANO que el Emperador prescribió que en adelante, so pena de muerte, nadie delatase a los cristianos [36].

Id., págs. 434-436.

II

APOCRIFO

Apócrifos, en nuestro caso, se llaman en la literatura cristiana antigua los escritos que no estando inspirados por Dios ni por consiguiente pertenecer al canon de los Libros Sagrados, con todo, sea ya por razón de su título, ya de su argumento, simulaban arrogarse la autoridad de los Libros inspirados, y en algunos sitios o por algunos autores se consideraron como tales. Entre los cristianos, los apócrifos, aunque no del todo, en su máxima parte se distribuían en dos clases: entre apócrifos del Nuevo Testamento y apócrifos de actas de los apóstoles. Los primeros eran como evangelios fingidos y devotos, algunos de ellos anteriores incluso a la muerte del mismo San Juan Evangelista, y los segundos, una especie de hehos de los Doce o de los apóstoles más insignes. Antes de la muerte de San Justino corrían por varias iglesias algunos Evangelios apócrifos, muchos de ellos de tendencia gnóstica, que se ve servían de magnífico vehículo popular para la propaganda de sus ideas. Un poco después, por lo menos desde el 180, se conocieron también actas espúreas de las correrías, milagros y predicación de varios apóstoles. Una de ellas es precisamente la que presentamos al lector. Quiénes la llamaban «Martirio de San Pedro»; otros, «Pasión de San Pedro».

Todos los críticos convienen en que la primera redacción griega de esta «Pasión de San Pedro», atribuída falsamente a San Lino, fué mucho más breve y antiquísima, núcleo que fué después aumentándose con paráfrasis y adiciones de siglos posteriores, pero dejando bastante intacto el argumento central. Muchos apócrifos que empezaron por ser gnósticos en el siglo II, recibieron poco después elementos católicos, como, al revés, apócrifos originariamente de pluma católica, se colorizaron más tarde por mano extraña de ideas heréticas. Hemos escogido el presente como modelo de apócrifos martiriales, por el protagonista del escrito y por ofrecer al lector el primer documento literario donde aparece despacio la célebre escena del «Quo vadis?», que, fuera legenda-

[36] En ningún otro documento antiguo se lee alguna referencia a esta última indicación tan explícita de TERTULIANO.

ria o histórica, empezó ya a correr de mano en mano entre los cristianos, lo más tarde al fenecer el siglo II. El original traducido presenta claramente algunos influjos accesorios aun de los siglos III, IV y V.

Martirio del bienaventurado Pedro por el obispo Lino

1011. I. Pedro[1] era ya célebre por sus prodigios y predicación y grandísimo fruto en Roma, que a la sazón estaba corrompidísima como resultado de su riqueza y molicie. Oídas las predicaciones de Pedro, muchísimas matronas romanas se consagran a una perfecta castidad, dejando su vida de placer y aun conyugal.

II. Nerón le manda prender y encarcelar. Con todo, van a oír su palabra a la cárcel cuatro concubinas del Prefecto de Roma, Agripa, llamadas Agripina, Encaria, Eufemia y Dionis. Impresionadas con lo que el Santo les dice de los preceptos de Dios y de la castidad, resuelven las cuatro retirarse totalmente de la vida de pecado con Agripa. Este lleva a mal el caso y manda espías a que se enteren de lo que ocurre con éstas en la cárcel de Pedro.

Llegadas a casa, las increpa Agripa; les dice que ya sabe todo lo que sucede y que en todo ello sólo intervienen las artes mágicas de Pedro para enfriarlas en su amor. Ellas no ceden a todas las caricias y amenazas de Agripa. Cumplen sus propósitos de castidad.

Agripa las amenaza con, si siguen así, quemarlas vivas y someter a Pedro a terribilísimos tormentos. Ellas le replican que prefieren morir entre torturas a ser infieles a la palabra dada a Cristo. Agripa se resuelve a buscar una ocasión para deshacerse de Pedro.

III. Mientras tanto, iban a oír a Pedro, Xandips, esposa de Albino, amicísimo de Nerón, y otras nobilísimas matronas, y también éstas resuelven vivir en absoluta castidad, incluso alejadas de la unión con sus maridos. Albino amenaza con castigar a Pedro, y a Xandips, su mujer, la quiere persuadir inútilmente siga con él su vida marital. Con esto Albino avisa a Agripa del hecho y le pide haga justicia con Pedro. En caso contrario él mismo se tomaría la venganza. Agripa le contesta hallarse él en las mismas circunstancias. No pudiendo lograr de ningún modo Albino volver a vivir maritalmente con su esposa, Xandips ruega a Agripa se apoderen de Pedro como de un maléfico embaucador.

Xandips manda secretamente un propio a Pedro para que, enterado de lo que se tramaba contra él, huya de Roma y se ponga en seguro,

---

[1] Advierto al lector que, por razones fáciles de entender, de los tres primeros números sólo ofrecemos un extracto; en cambio, desde el núm. IV hasta el fin la traducción es completa y literal.

y pone despacio a Marcelo, hijo del prefecto Marcos y ya fidelísimo compañero de Pedro, al tanto de la trama que urdían Albino y Agripa.

Reúnese muy de mañana el Senado y determina quitar de en medio a Pedro, que era divorciador de matrimonios, con ocasión de unas nuevas leyes. El fin era originar un tumulto. Agripa se alegró de que con esta resolución del Senado se diese una magnífica ocasión para que se realizaran sus deseos. Pronto se enteró Pedro de todo lo tramado contra él.

1012. IV. Ante esto, Marcelo y los hermanos suplicaron a Pedro se pusiese en seguro escondiéndose. Díjoles Pedro: «¿Cómo, hijos míos y hermanos, evitar yo los sufrimientos por Cristo Señor que de tan buen grado aceptó la muerte por nosotros?» Marcelo y los hermanos todos, deshechos en lágrimas, le replicaron: «No es eso. Te pedimos tengas piedad y misericordia de los jóvenes y de las almas tiernas aun en la fe. No nos abandones ahora en este torbellino de los infieles que nos amenaza.» Respondióles Pedro: «Si huyo, como me decís, lo que haré es meter en los corazones de los jóvenes y débiles en la fe el horror a la pasión, cuando lo que debemos hacer es no cesar de predicar la palabra de Dios y conservar cada vez más los sólidos fundamentos de la santa castidad. Decís que huya para evitar la muerte..., esa muerte que hemos estado pidiendo al Señor tantas veces con lágrimas y suspiros, como puerta que es de la vida, y con la que, según me manifestó el Señor por revelación, debo glorificar a mi Señor.» A estas palabras, los hermanos prorrumpieron en sollozos profundísimos y exclamaban: «¡Oh, Padre, todo verdad! ¿Y dónde está tu palabra, tantas veces repetida, de que estabas dispuesto a morir por nuestro bien? ¿Y resulta que ahora no podemos recabar de ti el que precisamente para fortalecer esta nuestra vida alargues un poco más el vivir?» Los más jóvenes, en cuya formación en la fe y castidad se había él esmerado tanto personalmente, levantando las manos al cielo con sollozos, los más lastimeros le decían: «Oh, buen Pedro, Padre y Pastor, el más complaciente después de tu Señor, ¿para qué con tan maternal desvelo nos engendraste por el bautismo en nuevo nacimiento al Señor, por lo visto inoportunamente y antes de hallarnos en sazón para que lo que nunca antes hemos visto en ti, con ánimo cruel nos dejes y quedemos expuestos a caer entre los dientes de ferocísimos lobos?» Lo mismo sollozaban las matronas con las cabezas cubiertas de ceniza: «¿En esto había de terminar la misericordia que nos has predicado de tu Salvador, de aquél a quien negaste por debilidad para ganarle después para siempre gracias a tus lágrimas de dolor? Y tú, en cambio, sin hacer caso de nuestras fuentes de lágrimas, no te dignas quedar con nosotros un poco más, sobre todo que todavía puedes servir al Señor, viviendo, a la vez que ganas para ti corona inmarcesible.»

V. Aun los guardias de la cárcel, Proceso y Martiniano, con todos los demás oficiales de la prisión, a la vez le suplicaban diciendo: «Señor, huye a donde quieras, pues creemos que el Emperador se ha ol-

vidado de ti. Quien se apresura a perderte es el malvado Agripa que, desfogando su libertinaje, arde en amores de concubinas. Si se tratase de aplicarte una condenación imperial habríamos ya recibido orden de ejecutarte de parte de Paulino, personaje ilustre, a cuyas órdenes te tenemos preso en custodia. Ya ves que desde que haciendo brotar el agua con tus oraciones de una roca, aquí cerca de la Cárcel Mamertina, nos bautizaste en nombre de la Santísima Trinidad, pudiste salir libremente de la prisión sin que nadie te molestase. Y aun ahora sería lo mismo si el incendio demoníaco que trae agitada la ciudad no hubiese entrado con tanta furia en el alma de Agripa. Así que te suplicamos que, como instrumento que has sido de nuestra salvación, aceptes de nuestra parte la recíproca recompensa; y pues gracias a ti nos hemos visto libertados de las cadenas de los pecados y de los demonios, a tu vez, por nuestra permisión y aun ruego, y para salvación del pueblo, salgas ya de aquí libre de la prisión y de estos grillos cuya seguridad nos ha sido confiada.» Aun las viudas, los huérfanos y los viejos ya decrépitos, tirándose de los pelos e hiriéndose las mejillas y descubriéndose el pecho, exclamaban: «Ahora resulta que tú, que sanaste de muchos males a varios de cuyos servicios gozamos e incluso los resucitaste a la vida, te vas, Padre amorosísimo, y nos abandonas; si así es, mándanos delante de ti, para que ni nuestras almas perezcan viéndonos destituídos del pábulo de tus enseñanzas ni queden yertos nuestros cuerpos sin el alivio de tu providencia. Y así procura aprisa aceleremos la ida a la meta de tus anhelos, para que viendo que aun sobrevive nuestra vida a la muerte del Señor, no muramos infelices arrastrando más esta vida.»

1013. VI. A esto, Pedro, oyendo repetir por todas partes la misma demanda, como tenía entrañas sobre manera maternales, ni era capaz jamás de ver lágrimas de otros sin derramar las propias, vencido por tantos sollozos y lástimas, les dijo: «Que nadie venga conmigo. Iré solo, y saldré cambiando el vestido.». Y en la primera noche, una vez ya celebrados los actos religiosos, despidióse de los hermanos, y dejándoles en manos del Señor, marchó solo. Y al caminar notó se le cayeron de las rodillas las vendas gastadas ya por los grilletes. Pero cuando llegó a las puertas de la ciudad para alejarse vió que le salía al paso Cristo. Cayó Pedro de rodillas, en ademán de adoración ante el Señor, y le dijo: «Señor, *Quo vadis?*» (¿Adónde vas?). Dícele Cristo: «A Roma vengo a ser crucificado de nuevo.» Y díjole Pedro: «¡Cómo, Señor! ¿Serás Tú crucificado de nuevo?» Replicóle el Señor: «Así es; de nuevo he de ser puesto en cruz.» Dícele Pedro: «Volveré atrás y seguirte he.» Tras estas palabras, el Señor subió a los cielos. Siguióle largo rato Pedro con la mirada y con los ojos arrasados en dulcísimas lágrimas. Y recapacitando en sí, cayó en la cuenta de que aquello le había dicho el Señor refiriéndose a su propia muerte, mediante la cual el Señor habría de sufrir de nuevo la Pasión, pues Cristo es, en efecto, el que sufre en sus escogidos, primero por la compasión de su misericordia y después por la fama de su glorificación.

VII. Y retornando Pedro a la ciudad, lleno de gozo y glorificando a Dios, puso a los hermanos al tanto de cómo le salió al encuentro el Señor y cómo le dijo que en él había de ser crucificado de nuevo. Oír eso y romper todos a llorar, fué todo uno. Imposible poder ni detener ni aliviar sus sollozos: «Oh, buen Pastor, considera tus ovejas—le suplicaban—, sostenlas, pues que su vacilante fe necesita aún el arrimo confortador de tu voz. Sus corazones titubeantes todavía reclaman que los fortalezcas tú.» Pedro les respondió: «Fácil le es al Señor suplir con su gracia la fortaleza que un pobre ministro suyo, como yo, os puede proporcionar con su presencia. Planta sois suya, y él os hará crecer para que a vuestra vez hagáis también vosotros nuevas plantaciones. Yo, siervo suyo, al fin y al cabo no debo hacer otra cosa sino cumplir la voluntad de mi Señor. Si él dispusiese que yo, para consuelo vuestro, permaneciese aún entre vosotros, no lo rehusaré; pero si sus designios son que muera ya por su nombre y se digna aceptar mi oblación mediante mi pasión, dichosísimo y gozoso recibiré tal regalo de su gracia.»

VIII. Como, pues Pedro, con estas y otras palabras, consolase sobremanera los corazones de los hermanos, sin que éstos, con todo, pudiesen contener las lágrimas, presentóse allí Hieros con cuatro esbirros y otros diez hombres, y cogiendo a Pedro lo llevaron, arrancándole de entre sus hermanos, y lo pusieron atado ante la presencia y miradas del prefecto de la ciudad, Agripa. Y díjole éste: «Por lo visto, criminal, tienes mucha confianza en esa chusma de que te rodeas y en las mujeres a quienes persuades que no cumplan su deber conyugal con sus maridos. Y por lo visto aún has osado con injuria de los dioses introducir el culto de un tal Cristo y predicar una doctrina necia y vacía, pasando para ello por encima de toda la tradición religiosa y la devoción de la Ciudad Eterna.» Al punto, un rayo de luz como el sol fulguró en el semblante del apóstol, quien recriminó al prefecto, diciendo: «Sé adónde apuntas, apitán de la lascivia, amador de vileza, fraguador de crueldades, perseguidor de inocentes, fautor de engaños, inventor de falacias, morada de Satanás. No acabas de caer en la cuenta cuál es la gloria en la que me glorío. Y por eso sales con que mi fuerza está en las masas y mujeres.» Replicóle Agripa: «Pues sabes ignoro el secreto de tu gloria, ea, muéstramelo.» A lo que Pedro: «No tengo otra gloria sino la cruz de Nuestro Señor Jesucristo, cuyo siervo soy.» Entonces, Agripa: «Es decir, que entonces ¡querrás ser crucificado como lo estuvo tu Dios!» A esto Pedro: «No soy digno de hacer testigo al mundo de mi pasión quedando erguido en la cruz. Pero estoy dispuesto, y créeme que con gusto, a seguir sus huellas con cualquier género de suplicio.» Al oír esto el prefecto, víctima de su pasión de impureza, pero simulando motivo de religión, ordenó que Pedro fuese puesto en cruz.

1014. IX. A todo esto había concurrido allí una inmensa muchedumbre de toda clase de gente, hombres, mujeres, ricos, pobres, viu-

das, pupilos, los desheredados de la vida junto con otros poderosos, que gritaban levantando la voz: «¿Por qué se da muerte a Pedro? ¿Qué crimen es el suyo? ¿Qué daño ha inferido a la ciudad? ¿Qué? ¿Y es lícito matar a un inocente? Con esto, ¿no nos exponemos a que en castigo por la muerte de este santo y admirable varón se vengue Dios de todos nosotros, haciéndonos perecer?» Y las masas empezaron a soliviantarse contra Agripa, dispuestas a arrancarle vivo de entre sus manos a Pedro. En la ciudad oíase ya el griterío imponente de la gente. Pedro, al notarlo, opúsose decididamente a ello, y subiendo a un saliente e imponiendo silencio hizo señal y exclamó: «¡Oh, varones y fieles de Dios, que militáis a las órdenes de Cristo!; ¡oh, todos los que tenéis puesta vuestra confianza en Cristo! Si vuestro amor hacia mí es verdadero y guardáis entrañas de absoluta benevolencia para conmigo, no queráis hacer volver atrás a quien camina ya hacia Dios ni poner estorbos al que se apresura ir a Cristo. Quietos todos; alegraos y estad jubilosos para que, lleno de regocijo, me ofrende también yo cual hostia al Señor, pues Dios ama se le obsequie con alegría» [2]. Dicho esto se sosegó el tumulto y se evitó un mal día para el prefecto, pues estaba ya en la ardiente decisión de las turbas el derribarle. Desgracia que se evitó porque veían todos que con ello darían un disgusto a Pedro, quien se proponía seguir la lección de su Maestro, que había dicho: «Podría ahora mismo, si quisiera, mostrar en mi favor doce legiones de ángeles» [3].

1015. X. Vino, pues, junto con el apóstol y los sayones, una muchedumbre inmensa al sitio que se dice Naumachia, cercana del obelisco de Nerón [4], hacia el monte, pues allí se había fijado la cruz. Pedro, viendo llorar a todo aquel gentío y casi dispuesto a un motín, díjoles levantando la voz: «No queráis, hermanos míos, impedir mi sacrificio ni traméis nada contra Agripa, sobre el que os pido no abriguéis rencor alguno. Otra fuerza es la que le maneja, pues en toda esta persecución contra mí, si sólo se mira al exterior del daño corporal, el diablo es el que, por permisión de lo Alto, la enciende y la fomenta. No hay otra cosa sino que está rabioso porque almas que hasta ahora eran vasos de contumelia se han transformado por mí en relicarios de continencia, en templos de Cristo y en morada de dignidad y de gracia. Así que, mis buenos hermanos e hijos, sed obedientes, pues bien claramente se me ha revelado por el Señor Jesús lo que conviene debe suceder conmigo. No hay por qué el discípulo sea más que su Maestro, ni el esclavo mayor que su Señor [5]. Tengo ya prisas para, saliendo de mí, volar al Señor. Hora es ésta en que me toca inmolarme por él. Sólo os suplico no os olvidéis de las señales prodigiosas, curaciones y milagros, que en virtud y por ayuda de Cristo he

---

[2] II *Corint.*, IX, 7.

[3] MAT., XXVI, 53.

[4] Esta descripción coincide con el Vaticano actual.

[5] MAT., X, 24.

obrado con tanta impresión vuestra ante vuestros mismos ojos. La curación de tantos cuerpos no ha tenido otro fin que la curación de las almas de todos, ni las resurrecciones hechas en cadáveres han sido sino para resurrección de las almas. Pero ¿a qué me detengo y no me abrazo a la cruz? Adiós, hermanos; sed sufridos y no echéis en olvido lo que habéis aprendido. Os encomiendo al Señor Jesucristo.»

XI. Y acercándose ya a la cruz y de frente a ella, exclamó: «¡Oh, nombre de cruz, lleno de misterios ocultos! ¡Oh, gracia inefable! Pues en el nombre de la cruz se halla la paz. ¡Oh, cruz, que uniste al hombre con Dios, arrancándole espléndidamente a la vez del tiránico cautiverio del demonio! ¡Oh, cruz, que con la verdadera fe, a la par que nos recuerdas la pasión sufrida por el Salvador del mundo, representas incólume la obra de la libertad redentora del cautiverio del género humano! ¡Oh, cruz, que diariamente distribuyes a los pueblos fieles la carne del Cordero inmaculado, haciendo a la vez que la bebida saludable (de su sangre) sea antídoto eficaz contra el veneno nocivo de la serpiente, y apagas por siempre y por completo para los fieles la espada flamígera que guarda la entrada del Paraíso! ¡Oh, cruz, que cada día pacificas lo terrestre con lo celeste y ante el Eterno Padre haces eficaz la muerte del Mediador, que resucitó para no volver a morir, renovando y reformando por medio de la Iglesia a los hijos de ésta. Ya siento ansias por ti, y ahora que estoy en el momento de verme libre de esta vida, no descansaré hasta manifestar los misterios que Dios encerró en ti, que ya de antes predicó mi corazón. ¡Oh, vosotros los que creéis en Cristo, no penséis que la cruz es lo que parece a su exterior! ¡Para vosotros entraña sentidos íntimos y divinos! Y los que ahora, momentos antes de yo morir, podéis escuchar mi palabra, recoged vuestras potencias y, apartando el alma de cuanto dice sentidos, reconcentradla sólo en aquél que es invisible; ya sabéis que por la cruz se verificó en Cristo el misterio de la salud. Pedro, ahora te toca entregar tu cuerpo a la tierra, este cuerpo recibido mediante aquéllos que perdieron la inmortalidad para el cuerpo.»

XII. Y añadió al punto, dirigiéndose a los jefes de los verdugos: «¿A qué esas complacencias? ¿Cómo permitís se demore tanto en aplicarme la muerte? Cumplid con lo que tenéis ordenado; despojadme de este envoltorio mortal, para que mi espíritu se una ya al Señor.» Se lo suplicó de veras, y dijo luego, hablando a los sayones ejecutores: «Os ruego, ¡oh hombres de bien y ejecutores de mi dicha!, que al crucificarme me pongáis con la cabeza para abajo y los pies arriba. Pues no es decoroso que yo, el último siervo, esté crucificado como lo estuvo el Señor del Universo cuando se dignó dejarse morir por la salvación del mundo, y que sé de cierto quedará ahora glorificado con mi pasión. Así podré de frente ver mejor el misterio de la Cruz y los presentes podrán percibir más claras las palabras que yo pronuncie crucificado.»

Logrado que se hubo todo a su gusto, Pedro empezó a consolar desde la cruz con maravillosas palabras al pueblo que allí lloraba a su lado: «Grande y profundo es—decía—el misterio de la cruz, lo mismo que

inefable e irrompible el vínculo de la caridad. Dios quiere atraer hacia sí todas las cosas por la Cruz. Este es el árbol de la vida, que destruye el imperio de la muerte. Misterio es este que me revelaste, Señor. Haz que ahora vean lo mismo todos los aquí presentes y que conozcan así la consolación de la vida eterna.» Y dicho esto, abrió Dios los ojos de los que los tenían arrasados en lágrimas por la muerte de Pedro. Vieron ante sus ojos unos ángeles que estaban en el vértice de la cruz levantada con coronas de flores y de lirios en las manos; veían también (en visión) a Pedro de pie, que recibiendo un libro de manos de Cristo, lo leía, que no eran otras las palabras que ellos oían. Con tal visión, el júbilo y la alegría en el Señor invadieron el alma de todos, y fué esto de suerte que los mismos paganos y verdugos asistentes al acto, al ver el cambio en tan repentino gozo de quienes acababan de estar llorando inconsolables, viéronse sobrecoger y desaparecer como humo.

XIII. Viendo Pedro que a muchos que antes no podían contener las lágrimas se les había manifestado la gloria de Dios, dió gracias a Nuestro Señor Jesucristo diciendo: «Tú solo, Señor, eres el único que dignamente fué levantado en cruz en alto; Tú, que desde allí rediiste del pecado a todo el Universo. Mucho he anhelado imitarte en tu pasión, pero no he tenido la presunción de ser crucificado cabeza arriba; pues nosotros somos meros hombres hijos de Adán y nacidos en pecado. Tú [6], en cambio, eres Dios de Dios, Luz verdadera de Lumbre verdadera, anterior a todos los siglos y que al fin de los tiempos has sido hecho hombre sin mancha y sin contagio humano, para, como Salvador, redimir gloriosamente a los hombres. Tú siempre recto, Tú siempre levantado, Tú siempre en alto. Nosotros, en cambio, somos, según la carne, hijos del primer hombre, que lo que tenía de mejor lo enfangó hasta la tierra, caída que se representa con el modo mismo de la generación humana. Porque nacemos de manera que parecemos ser echados a la tierra, y lo que está a la derecha es para la izquierda y lo que a la izquierda se hace para la derecha, pues la condición de los padres de esta vida está cambiada por completo. Ejemplo de lo que sucede en este mundo, el cual a la izquierda júzgala derecha, esa izquierda en la que Tú, Señor, nos hallaste como a los ninivitas y de la que hemos sido libertados gracias a tu predicación.

XIV. »Pero vosotros, hermanos, a quienes corresponde ahora escuchar, aplicad los oídos del corazón y penetrad en el conocimiento de lo que os voy a anunciar, a saber: el Misterio de toda naturaleza y el comienzo de toda hechura creada. Pues que el primer hombre, a cuya especie pertenezco yo mismo, invirtiendo su cabeza hacia abajo, dió a entender hace tiempo la depravación de la generación, ya que ésta quedó muerta sin nada de movimiento vital. Pero el Principio, atraído por su misericordia, descendió al mundo bajo la forma de carne mortal, para

---

[6] Alusión al primer capítulo de SAN JUAN.

bien de aquél a quien la debida justicia había derribado en tierra, y colgado de una cruz, restituyó (lo perdido), bajo la forma de esta santa vocación, simbolizada en la cruz, y nos devolvió todo aquello que por el pecado de los hombres de muy atrás había sido cambiado, haciéndonos invertir las cosas presentes por la izquierda y la izquierda por las cosas eternas. La derecha, glorificando todas las señales, había cambiado la naturaleza a su prístina forma, e hizo que se tuviera por bueno lo que no se reputaba como tal, lo mismo que hizo apreciar como recto lo que se creía incluso dañoso.

»Por lo que había dicho el Señor en misterio: «Si no hicierais la derecha como izquierda y la izquierda como derecha y lo que está arriba como lo que se halla abajo y lo que está delante como lo que está detrás, no conoceréis el Reino de los Cielos» [7]. Este dicho del Señor me lo he aplicado a mí mismo, y no es otra la razón por qué estoy colgado en la postura en que me véis. Es el modo en que quedó el primer hombre. Vosotros, queridos hijos míos, oyendo esto y poniéndolo en práctica durante la vida, dejando esta posición equivocada del primer error, volved a la segurísima posición de la fe. Perseverad así, y sobre esa regla corred con los ojos puestos en el descanso de la celeste vocación. El camino que para eso debéis recorrer no puede ser sino Cristo. Conviene, pues, con Cristo Jesús, Dios verdadero, subir a la cruz, ya que él solo es la única Palabra. Por lo que dice el Espíritu: «Cristo es palabra y voz de Dios»[8]. Palabra en cuanto significa la rectitud del leño (vertical) en que estoy crucificado, y como la voz es propia del cuerpo, significa que (lo que estaba en él en cruz) no era lo que tiene forma de Dios. Por los dos lados del travesaño horizontal de la cruz se entiende la naturaleza humana, que había sido cambiada por el error en el primer hombre, pero que volvió a recuperar la verdadera sabiduría gracias al Hombre-Dios. Pues ella fué la que quedó fija en medio de la cruz con los clavos de la disciplina; a saber: con la conversión, con una santa vida y la penitencia a una con la fe.»

XV. Y diciendo esto, con alegre rostro y aspecto sereno, prorrumpió en esta oración:

«Tú, Señor Jesucristo, Palabra de Vida, me has dado a entender estas cosas, y te doy gracias a ti que me has revelado esto que he predicado sobre la cruz. Te doy gracias por ello, no con este corazón al que se insinúan a veces afectos no tan dignos, ni con estos labios atados, ni con esta lengua de la que salen lo mismo lo falso como la verdad, ni con palabras articuladas y hechas con sonido material, sino te doy gracias, mi buen Rey, con aquella otra voz que se entiende por el silencio, voz que no repercute al exterior, ni se sirve del órgano corruptible de la lengua, ni hace vibrar los sentidos del oído, ni llega a percibirse con nada material, ni es ella de tierra, ni baja a la tierra; voz que no se deja coger para ser trasladada a los libros y que sin dejar imprimir

[7] Tomado del *Evangelio* apócrifo *de los egipcios*.

[8] Se ignora de dónde tomó el autor esta cita.

en nadie una percepción material, ella misma trasciende toda materia. Te doy gracias, Jesucristo Señor y Maestro nuestro, con el mismo espíritu con que creo en Ti, te comprendo a Ti, te amo a Ti y te poseo a Ti. Con la voz de ese espíritu te hablo y te suplico, pues que tú solo eres inteligible para los espíritus sencillos que íntegramente son tuyos.

»Tú eres para mí Señor, padre, amigo, autor y consumador de la salvación; Tú, anhelo y alivio mío; Tú, quien me sacia totalmente. Tú me eres todas las cosas, y cuanto puedo anhelar para mí, todo está en Ti. Tú me eres todo; y todo cuanto hay para mí eres Tú, porque Tú me eres todas las cosas. En Ti vivimos, nos movemos y existimos [9]. Por eso debemos tenerte en lugar de todas las cosas, para que hagas Tú sea ya realidad en nosotros lo que hasta ahora son promesas tuyas; todo aquello que ni el ojo vió, ni el oído oyó, ni ha barruntado nunca corazón humano [10] y Tú tienes ya preparado para los que te consagren su amor. Reserva eso para tus siervos, dáselo y otórgaselo. ¡Oh, eterno y el mejor de los Pastores [11], verdadero Hijo de Dios! Te recomiendo las mismas ovejas que Tú me confiaste. Llévalas a tu grey, consérvalas, porque Tú eres la Puerta del aprisco, Tú el portero, Tú el pasto, Tú la refección de la vida eterna. Sea a Ti la gloria con el Padre y el Espíritu Santo por los siglos de los siglos.»

1016. XVI. Y al punto que todo el pueblo allí presente respondía a grandes voces: «Amén», Pedro exhaló su espíritu. Marcelo, sin esperar órdenes de nadie, viendo ya que Pedro había expirado, bajó su cadáver con sus propias manos de la cruz, lo lavó con leche y vino exquisitísimo y le dió sepultura con todo cuidado, pero no sin haber antes empleado en embalsamar tan santo cuerpo 1.500 minas en esencias destiladas de lentisco, de áloes y de mirra y diversas plantas aromáticas y otras 1.500 minas en estacte y todo género de perfumes. El sarcófago, que aún estaba sin estrenarse, al colocar el cuerpo perfumado, se hallaba lleno de miel de Atica.

Cuando la primera noche hacía guardia al sepulcro el mismo Marcelo, hecho un mar de lágrimas por las ansias de estar con Pedro—pues había decidido no separarse de la tumba de éste por todos los días de su vida—, vió aparecérsele el santo apóstol. Marcelo sintió una sacudida de estremecimiento al verlo, y levantándose de un golpe, púsosele delante. Entonces le dijo Pedro: «Hermano Marcelo, ¿no recuerdas haber oído las palabras del Maestro que dice: Dejad a los muertos entierren a los muertos?» [12]. Respondióle Marcelo: «Amadísimo Maestro, lo sé.» Entonces Pedro: «Pues para que no aparezcas que muerto te preocupas y lloras por los muertos, antes que vivo te alegras y congratulas con quien vive y es feliz, deja ya que los muertos entierren a los muertos, y tú, según lo aprendiste de mis labios, ve a predicar el Rei-

---

[9] *Hechos de los AA.*, XVII, 28.
[10] *I. Corint.*, II, 9.
[11] JUAN, X, 11-14.
[12] MAT., VIII, 22; LUC., IX, 60.

no de Dios.» Marcelo, lleno de gracia, puso al tanto de todo lo sucedido a los «hermanos», y el resultado fué que con esto y por los merecimientos del bienaventurado Pedro, la fe de los fieles quedó más robustecida por Dios Padre en nombre de Nuestro Señor Jesucristo y en la santificación del Espíritu Santo.

XVII. Enterado Nerón de que Pedro había muerto, a quien él había mandado no matar, sino sólo ir apretándole cada vez más su prisión, ordenó se apresase al prefecto Agripa, dando por razón que había mandado ejecutar a Pedro sin esperar sentencia de él, ya que era plan suyo ir atormentándole cada vez más con diversas y graduadas torturas. Pues se querellaba de que por arte de encantamiento de Pedro se había visto privado de Simón (el mago), dispensador de su salud, y sentía, según él mismo lo confesaba, que con la desgracia de tan gran amigo, habían de quedar él y la república desprovistos de innumerables beneficios. Pero Agripa, gracias a la mediación y recomendación de muchos amigos, logró que le dejasen retirarse con vida a su casa como privado y deshonrado, pero dimisionario ya de sus empleos oficiales. Y aunque con su valimiento obtuvo eludir el castigo del César, no fué así con Dios, quien bien pronto hizo pesar sobre él terrible muerte. Lo que sí ocurrió fué que con todo esto Nerón encendió una nueva persecución más violenta que la primera contra los que se enteró habían intimado más con Pedro, creyendo saciar así con la sangre de éstos sus planes de ferocidad que le fallaron en Pedro. Pero el bienaventurado Apóstol se encargó de, milagrosamente, advertir el peligro a los hermanos, dándoles a la vez el modo de evitarlo. Pues fué el caso, que un día Nerón vió aparecérsele Pedro, y sintiéndose durísimamente azotado por uno, según mandato del Apóstol, oyó decir: «Contén esas manos, impiísimo, y evita tocar a los siervos de Nuestro Señor Jesucristo, quienes están ya fuera de tu alcance.» Nerón, aterrado con tal aviso, se contuvo. Y a la vez los hermanos se congratulaban del suceso llenos de gozo en el Señor, pues también a ellos se les había aparecido repetidas veces Pedro, con lo que todos glorificaron y alabaron a Dios Padre Omnipotente y al Señor Jesucristo junto con el Espíritu Santo, a quien sea la gloria, la virtud y la adoración por los siglos de los siglos. Amén.

LIPSIUS, vol. I, págs. 1-22.

III

SAN AMBROSIO

Pocas actas han sido tan estudiadas y con tanto esmero como las de Santa Tecla. De todos estos estudios, los mismos racionalistas, como HARNACK, etc., han deducido la consecuencia de que en todas ellas sub-

siste un fondo histórico. Ya en los siglos II y III, Santa Tecla, por su relación de decidida compredicadora con San Pablo del Cristianismo, ocupó un puesto de preferencia entre las santas vírgenes en los escritos de los Santos Padres. En el famoso *Symposión,* de SAN METODIO, primer tratado en gran estilo sobre la virginidad consagrada a Dios, ella desempeña el papel principal entre todas las comensales, y al fin del acto sus labios son los que cantan el bellísimo himno de las vírgenes a Jesús, divino Esposo de las vírgenes, contestando en coro las demás tras cada estrofa. En las innumerables actas noveladas de Santa Tecla es donde aparece descrito más al detalle el exterior de San Pablo. Santa Tecla fué una de las heroínas milagrosas del anfiteatro. Por más que todos reconozcan un fondo real en las actas de la Santa, es difícil, con todo, determinar cuáles son los detalles que se deban a la Historia, cuáles a la entusiasta leyenda aumentada de siglo en siglo gracias a la popularidad de la Santa. SAN AMBROSIO, en su aromática obrita *De las vírgenes,* nos ha trazado un breve esbozo del martirio de la Santa, que creo no debe faltar en esta Antología, última rosa de púrpura, que queremos se desprenda de las páginas de este libro a las manos del lector.

De las vírgenes

Lib. II, 15-26

1017. Tal es el retrato de la virginidad. Tal fué también María, de modo que así la vida de una ha llegado a ser dechado para todos... ¡Cuántas clases de virtudes brillan en una sola Virgen! El recogimiento del pudor, la bandera de la fe, el servicio de la piedad... Virgen en casa, compañera en el servicio, madre para el templo. ¡Oh, a cuántas vírgenes les saldrá al paso y a cuántas, abrazándolas, las llevará hasta Dios, diciendo: «Esta ha conservado el lecho de mi Hijo, ésta ha custodiado el tálamo nupcial con inmaculada pudicia»! Igualmente el mismo Señor encomendará las vírgenes a su Padre, repitiéndole aquello [1] de «Padre Santo, éstas son las que tengo guardadas para ti, en ellas descansa reclinando su cabeza el Hijo del hombre: Pídote que donde yo esté, estén también ellas conmigo. Pero para que demasiado avaras de sí propias no aprovechen ni vivan para sí solas, redima también ésta a sus padres y

[1] Todo este capítulo, lleno de unción, es una bella acomodación de SAN AMBROSIO a las vírgenes de lo que en el sermón de la cena pidió Jesús en su oración sacerdotal por sus queridos Apóstoles. (S. JUAN, cap. XVII, vv. 11, 20, 24 y 25.

amigos. Padre Justo, el mundo no me ha conocido; éstas, en cambio, me han conocido y no quisieron conocer el mundo.»

1018. ¡Qué pompa aquélla, y qué júbilo el de los ángeles exultantes al ver que así merece habitar en el cielo la que ha vivido vida de paraíso en la tierra! Entonces también María, tomando instrumentos músicos, animará a los coros virginales, mientras cantan al Señor, el que hayan atravesado el mar del siglo ilesas del influjo del oleaje del mundo [2]. Entonces, cada una prorrumpirá en himnos diciendo: «Y entraré al altar del Señor, mi Dios, y al Dios mismo, que es el gozo de mi juventud» [3]. «Ofrendo a Dios el sacrificio de la alabanza y presento al Altísimo mis ardientes anhelos» [4].

Ni dudo decir confiado que se os abren nuevos altares, cuando vuestros mismos corazones son otras tantas aras en las que cada día se inmola Cristo por la redención de su cuerpo (místico). Porque si el cuerpo de una virgen es ya templo de Dios, ¿qué será su alma cuando, desaparecidas las cenizas en que se disuelve el cuerpo, descubierta con la mano del Eterno Sacerdote, exhale el vapor de divina llamarada? [5] Dichosas de vosotras, vírgenes, que exhaláis olor de inmortal gracia, como los jardines con las flores, los templos con la liturgia y los altares con el sacerdote.

1019. Se ve, pues, que María os debe informar en el magisterio de una nueva vida. ¡Enséñeos Tecla a su vez a ser inmoladas! Había rehusado el estado conyugal, por lo que fué condenada por denuncia de su furioso prometido; pero logró a su vez que las fieras, contra su natural, venerasen a la virginidad. Ya estaba expuesta a las bestias, y evitaba las miradas de los hombres, cuando, presentada su vida a la fiereza del león, obtuvo que quienes primero habían fijado en ella sus ojos lascivos la mirasen después con veneración. Era de ver cómo la bestia, recostada en la arena, le lamía los pies, como señal y testimonio mudos de que no podía violar el sagrado relicario de la virginidad; la bestia adoró a la que debía ser

---

[2] *Exod.*, XV, 20-21: «Entonces María, la profetisa, hermana de Aarón, tomó en su mano el pandero, y saliendo en pos de ella todas las mujeres con panderos y danzas, cuyos coros guiaba, entonando la primera: Cantemos a Jehova porque ha dado una gloriosa señal de su grandeza, precipitando en el mar al caballo y al caballero.»

[3] *Salm.*, XLII, 4.

[4] *Salm.*, XLIX, 14.

[5] Era costumbre de los antiguos romanos, cuando inmolaban víctimas en las aras, dejar sobre éstas algo de las cenizas de los sacrificios, para que al ofrecer nuevas víctimas se hiciese el nuevo fuego sobre las cenizas de los sacrificios anteriores. Aquí, pues, San Ambrosio, sirviéndose de este uso como símil, compara el ara al corazón de las vírgenes, y los miembros del cuerpo que inmolan éstas mediante su voto, a las cenizas de los sacrificios.

su presa y, olvidada de su naturaleza de fiera, se revistió de la humanidad que habían perdido los espectadores [6]. Hubieras visto allí invirtiendo sus naturalezas: a los hombres, hechos fieras, azuzando al león para que la desgarrase, y a éste, besando los pies de la virgen, dando así lección de comportamiento a los hombres. Tal es el destello de la virginidad, que lo reconocen hasta los leones. Eran fieras, pero ni la presa las atrajo aunque hambrientas, ni el vocerío logró incitarlas a que se lanzasen contra ella, ni el aguijón las puso exasperadas, ni la costumbre les hizo obrar como siempre, ni su naturaleza las tornó feroces. Enseñaron religión postrándose a los pies de la mártir y enseñaron castidad cuando, fijos los ojos en tierra, como avergonzadas, sólo besaron las plantas de la virgen, para que ninguno, ni siquiera bestia, viera desnuda a una virgen.

O. FALLER., págs. 50-52.

N. B.—*No faltarán lectores que tal vez hubieran preferido las* Actas del Martirio de Santa Cecilia *a estas alusiones de* SAN AMBROSIO. *Nosotros en cambio, ya porque Santa Tecla es muy anterior a Santa Cecilia, ya porque las* Actas *de esta en su forma última tampoco son acreedoras a mucha más fe que las de la virgen de Iconia, y lo que más nos mueve en este caso, ya sobre todo, porque no nos acaban de persuadir del todo las razones de los que la creen mortirizada en tiempo de Marco Aurelio, y no en el de Alejandro Severo—bastante entrado el siglo III, (228)—, hemos al fin optado por cerrar las páginas de nuestro libro con las exquisitas palabras transcritas del virginal obispo y doctor de Milán.*

[6] Este hecho admirable de las fieras con Santa Tecla aparece en casi todos los *Apócrifos* más antiguos, no sólo en los de PABLO y TECLA, sino aun en las *Actas* de PEDRO, de PABLO, de PEDRO *y* PABLO, y de TADEO, remontándose la tradición hasta fines del siglo primero.

BIBLIOGRAFIA SELECTA

para quienes deseen más facilidad para conferencias sobre los mártires del siglo II

Por si algunos de nuestros lectores quisiesen alguna indicación bibliográfica que les sirviese para, a base de nuestra Antología, dar algunas conferencias, les indicamos «la bibliografía» que por hoy nos parece la más conveniente para quienes desean comprender a fondo el problema religioso-político de los mártires cristianos del siglo II. Suponiendo conocida la propuesta en las páginas 43-45, clasificaremos las demás obras en diversas agrupaciones: 1) Ediciones principales de actas. 2) Problemas sobre el nombre de «mártir». 3) Las actas y los géneros literarios legendarios. 4) Estudios de más interés para lo más general sobre los martirios de la época aludida.

PARTE PROFANA

Como muchos de nuestros lectores no habrán podido tener la oportunidad de frecuentar la «Mostra augustea della romanita» (1938), a la que nos referimos en la página 37, advertimos aquí como detalle bibliográfico sobre *Res Gestae Divi Augusti* que un año antes de dicha Exposición apareció en Roma (1937) el magnífico trabajo crítico de Concepta Barini *Res gestae Divi Augusti ex monumentis Ancyrano, Antiocheno, Apolloniensi,* en las dos lenguas griega y latina, como una de las obras que forma parte de las publicaciones en estas dos lenguas, editadas bajo los auspicios de Benito Mussolini. Sobre mitología grecorromana acaban de publicarse los dos tomos de G. Prampolini, *La mitología nella vita dei popoli*, Milán, 1942.

PARTE CRISTIANA

I. Ediciones principales.— *Acta Sanctorum,* comenzadas en Amberes en 1643 por el P. J. BOLLAND, S. J., y continuadas después en 65 volúmenes. Desde 1882 se publica en Bruselas, como complemento suyo

en estudios y nuevas ediciones, *Analecta Bollandiana.* T. RUINART: *Acta primorum martyrum sincera et selecta*, París, 1689, obra muy reeditada y traducida.—R. KNOPF: *Ausgewählte Märtyrerakten*, varias ediciones, Tubinga.—P. BEDJAN: *Acta martyrum et sanctorum* (1-7), París, 1890-1897 (textos siríacos).—ASSEMANI: *Acta SS. Martyrum orientalium et occidentalium* (1-2), Roma, 1748.—H. LECLERCQ: *Les martyrs,* París (11 vols), 1902-1911.—P. MONCEAUX: *La véritable Légende dorée,* París, 1928.—S. COLOMBO: *Atti dei martiri,* Turín, 1928.—A. EHRARD: *Die griechischen Martyrien,* Estrasburgo, 1907.

II. Sobre el nombre y significado de mártires.—H. DELEHAYE: *Martyr et confessor,* en «Analecta Bollandiana», Bruselas, 1921, páginas 20 y siguientes.—PEETERS: *Les traductions orientales du mot Martyr,* en «Analecta Bollandiana», 1921, págs. 50 y siguientes.—C. MICHEL: *Prophet und Märtyrer,* Gütersloh, 1932.—H. V. CAMPENHAUSEN: *Die idee des Martyriums in der alten Kirche,* Gottingen, 1926. Véase la Revista *Theologie und Glaube,* Paderborn, 1937, páginas 340 y siguientes, y *Nouv. Rev. Théol.,* LV (81-99), 1928.

III. Los mártires y la leyenda.—H. DELEHAYE: *Les légendes hagiographiques,* Bruselas, 1905.—ID.: *Les légendes grecques des saints militaires,* París, 1909. *Les passions des martyrs et les genres littéraires,* Bruselas, 1921.—H. GÜNTHER: *Legendenstudien,* Colonia, 1906.—A. DUFOURCQ: *Etude sur les gesta martyrum romains,* t. I.°, París, 1900.—F. LANZONI: *Genesi, svolgimento e tramonto delle leggende storiche,* Roma, 1925.—En sentido totalmente racionalista escribió E. LUCIUS *Die Anfänge des Heiligenkultus,* Tubinga, 1904.

Prescindiendo de obras de carácter más general, como las de K. MÜLLER (1924-1928), CH. POULET (1932-1934), I. P. KIRSCH (1930) K. BIHLMEYER (1931) y A. BOULANGER (1931), etc., citaremos ahora tan sólo unos cuantos autores de estudios especiales sobre los mártires.

IV. Estudios especiales.—B. AUBÉ: *Histoire des persécutions de l'Eglise* (4 vols.), París, 1875-1886.—ID.: *L'Eglise et l'Etat,* París, 1886.—P. ALLARD: *Histoire des persécutions pendant les deux premiers siècles* (2 vols.), 3.ª edición, París, 1903 y 1905.—ID.: *Les persécutions du III° siècle,* París, 1898.—ID.: *Dix leçons sur le martyre,* París, 1930.—H. ACHELIS: *Das Christentum in den ersten drei Jahrhunderten* (2 vols.), Leipzig, 1912, 2.ª edición del vol. I, 1924.—H. DELEHAYE: *Les origines du culte des martyrs,* Bruselas, 1933.—

SANCTUS: *Essai sur le culte des saints dans l'antiquité,* Bruselas, 1927. L. DE REGIBUS: *Etoria e diritto romano negli Acta Martyrum,* Torino, 1927.—GALLEGARI: *Ale. Severo e gli Acta Martyrum,* Roma, 1919.—GROSSI-GONDI: *Principi e problemi di critica agiografica: atti e spoglie dei martiri,* Roma, 1919.—F. AUGAR: *Die Frau im römischen Christenprozess,* Leipzig, 1905.—A. MANARESI: *L'Impero romano e il Cristianesimo,* Turín, 1914.—L'HOMO: *Les empereurs romains et le Christianisme,* París, 1931.—S. TROMP: *De revelatione cristiana,* Romae, 1937.—A. LINSENMAYER: *Die Bekämpfung des Christentums durch den römischen Staat,* 1905.—C. CALLEWAERT: *Les premiers chrétiens furent-ils persécutés par édits généraux ou par mesures de police?,* en «Revue d'Histoire Ecclésiastique», Lovaina, 1901 y 1902. *La méthode dans la recherche de la base juridique des premières persécutions,* ibid. 1911.—C. KNELLER: *Die Märtyrer und das römische Recht,* en «Stimmen aus M. Laach», 1898.

INDICES

I. INDICE

Ampliatorio del general de la Obra (22-36) [1]

Páginas

[1] La numeración de este índice I se refiere sólo a las páginas del libro.

Páginas

APÉNDICES:

II. INDICE ESCRITURARIO [1]

[1] La numeración de este índice II se refiere a los números marginales, y los paréntesis, en todos los índices, a las notas.

III. INDICE CRITICO [1]

[1] En los indices III y IV, los números que siguen a la p. indican las páginas, y lós que a la n., los números marginales.

IV. INDICE DE PERSONAS [1]

[1] Los autores que ya figuran en las bibliografías documental (págs. 37-42), subsidiaria (págs. 43-45) y selecta (págs. 626-628) se han omitido en este indice IV.

V. INDICE DE MATERIAS [1]

---

[1] Sólo los números precedidos de una p. se refieren a las páginas; todos los demás, a los marginales; los incluídos entre paréntesis indican las notas.



Octaviano Augusto oficiando de Pontífice máximo

Detalle. Museo de las Termas (Roma)

Augusto fué el gran restaurador, organizador y unificador del culto imperial romano. Gran parte de los templos de Roma le debieron su ornato, cuando no su reconstruccíón. Con él y Julio César empezó la divinización de los Césares. (Véanse los números 39 (22), 62-67, 93-130.)



Ara Pacis

Detalle de los flámines y familia imperial de Augusto en la procesión de la Consagración del *Ara*. (Véanse los números 104[1a]-106, 132-137, 150-995.)

Dos flámines, el popa principal, Agripa, el niño Gayo Cesar, Julia y Tiberio..



Reconstrucción ideai del Atrium Vestae

(Benvenuti Arquit.)

Palacio de Tiberio y Calígula en el Palatino

Arco de Tito.
Templo de Roma
y de Venus. Arco de Augusto.
Saliente del templo de Faustina.

Atrium Vestae.
Templete de Vesta.
Templo de Cástor y Pólux.

(Véanse los números 25, 103, 139, 369-393, 449, etc.)



Una Vestal máxima

He aquí una de las más hermosas estatuas de una de las Superioras de las Vestales, cuya consagración, ritos e importancia religiosa llevamos indicadas en nuestro libro. ¿Qué tesoros misteriosos guardaban en su templo redondo como objetos celestes las Vestales? El «Palladium», que representaba la garantía de la inmortalidad de Roma; el «Velo» de Ilión (Troya) y el «Cetro» de Príamo. La Vestal máxima era la única que podía verlos, y era la única también que podía discernir el original de las copias sacadas por el artista Manuncio. El templete de Vesta quedó entero hasta el saqueo de Jenserico, el año 455 d. de J. C. (Véanse los números 67, 103 (17), 369-373, 449 (14).



Arco de Tito

(Detalle.)

En el triunfo en Roma de Vespasiano y Tito después de la toma y destrucción de Jerusalén. El candelabro de oro macizo de los siete brazos. Al lado se advierte un «titulus». (Véanse los números 187, 197-209.) (Foto *Alinari.*)

LA ROMA DE LOS CESARES



Templo de Júpiter Capitolino

Sobre magnífica y airosa colina, que hacía de plataforma, llena de estatuas de oro y templetes, se levantaba el templo de Júpiter Capitolino, el dios de las victorias romanas. La figura nos da la reconstrucción aproximada del templo, debido a Domiciano, el año 82. La Tríada Capitolina la formaban Júpiter, Juno y Minerva, cada uno con su capilla. Para calcular su riqueza, recuérdese que sólo su techumbre costó 12.000 talentos áticos, es decir, entre 59 y 66 millones de liras oro. La estatua colosal de Júpiter, de oro y marfil, tenía 18 metros de altura; su manto, que representaba constelaciones siderales y los signos del Zodiaco, era de oro, y estaba cuajada de piedras preciosas: zafiros, rubíes, perlas orientales, diamantes y flores de esmalte. Aquí terminaban, con un sacrificio de victoria, los grandes triunfos de los emperadores. (Véanse, sobre todo, los números 172, 189-209.)



Virtudes romanas

Personificadas y divinizadas tales cuales s hallan en varias monedas de bronce de los siglos I y II de la Era Cristiana. 1) *La Esperanza* del pueblo romano; 2) *La Seguridad* del mismo pueblo; 3) *La Fecundidad* augusta; 4) *La Justicia* augusta; 5) *El Honor y el Valor*, y 6) *La Providencia* augusta. (Véanse números 31, 34. De la Nostra Augustea, sala LIV.)



Bajo relieve del Arco de Marco Aurelio

Marco Aurelio, en hábito de Pontífice máximo, inicia el sacrificio ritual del final de los triunfos. (Véanse los números 94, 102, 126[33], 204-206, 230[1], 340[3].) (Foto *Alinari.*)



Bajo relieve del Arco de Marco Aurelio

Apoteosis de Faustina, esposa de Marco Aurelio y madre de Cómodo. Marco Aurelio presencia la subida de su esposa al Empíreo. El alma, divinizada, en alas del genio de Roma, sale de la pira, en la que quedan las cenizas de los restos de la nueva divinizada. (Véanse los números 66, 127, 455 y siguientes; 472 y 483-487.)



Septimio Severo

El Emperador más relacionado con los mártires del siglo II y comienzos del III. (Véanse los números 316, 482-487, 524.) (Foto *Alinari.*)



Mitra sacrificando un toro

(Museo Vaticano.)

Recuerda el *taurobolio* de Cibeles. Mitra inmola el toro entre animales divinizados del Zodiaco. De esa sangre proviene la vegetación y aun la purificación salvadora de las almas. El perro, la serpiente y el escorpión toman del animal inmolado: el perro, el alma; la serpiente y el león, su poder victorioso en las luchas, y el escorpión, los orígenes de la vida. Mitra se identifica con el Sol invicto, y a la sangre regeneradora de su sacrificio deberán los hombres su purificación e inmortalidad futura. (Véanse números 26-30, 39[22], 223.) (Foto *Alinari*.)



La diosa Reina Isis
(Museo Egipcio Vaticano.)

Con su característica flor de loto, las ínfulas de Faraona y los cuernos en la cabeza. La diosa Isis presenta infinidad de variantes escultóricas. (Véanse los números 30, 374-411.)

(Foto *Alinari.*)



Procesión isíaca

(Museo Egipcio Vaticano.)

Abrela una sacerdotisa con su *flor de loto* en la cabeza y con una *sítula* y la *serpiente* arrollada en el brazo; síguenla un *escriba*, con sus *rollos* y la cabeza rasa; *el profeta*, con su *cántaro de agua sagrada*, que lleva entre sus manos cubiertas, y una acólita agitando el *sistro* y llevando un *simpulum* de vino en la izquierda. (Véanse los números 233, 380-392.)

(Foto *Alinari*.)



Culto egipcio

Osiris (?)

Fresco pompeyano en el Museo de Nápoles. Al templo rodéale un jardín. Dos esfinges custodian su entrada. Sobre la gradería vense tres oficiantes (dos hombres y una mujer). El sacerdote del medio presenta el «agua sagrada» en un vaso de oro. Los otros dos agitan el sistro. Un cuarto sacerdote dirige abajo la adoración de los devotos. Por fin vese el altar para los sacrificios. El acto representa la «adoración del agua sagrada». (Veanse los números 30, 73, 173[6], 272[18].)

(Foto *Alinari.*)



Grafito del Pedagogio del Palatino

(Siglo II, o comienzos del III (?))

Alexámenos adora a su dios crucificado con cabeza de asno. Sarcasmo de desprecio de los pajes imperiales contra el culto de algún esclavo cristiano (o judío (?). Se halla hoy en el Museo Nacional de las Termas. (Véanse los números 177[12], 262[8], 279 y 733-735.)

(Foto *Alinari.*)



El Buen Pastor

(Del Museo de Letrán. Siglo II o comienzos del III.) (?)

El Buen Pastor fué el símbolo más usado en las inspiraciones de arte Cristiana de las Catacumbas aun primeras de Roma. (Véanse los números 580-582, 42[24], 87[57].)

(Foto *Alinari.*)



